

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR
UMBRAL
CUARTO PILAR



JUAN EMAR
UMBRAL
CUARTO PILAR

Colección
Escritores de Chile

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 1996

Inscripción N° 83.066

ISBN 956-244-047-8

ISBN 956-244-043-5

Derechos exclusivos reservados para todos los países

(Autor: *Juan Emar*)

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

Sra. Marta Cruz-Coke Madrid

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y

Director Responsable

Sr. Alfonso Calderón Squadritto

Coordinadora del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

Sra. Orietta Ojeda Berger

Edición General

Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet

Producción Editorial

Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Colaboraron en la Edición

Sr. Thomas G. Harris Espinosa

Sr. Ricardo Lochell Silva

Sra. Cecilia Gamboa Miño

Reproducción Ilustraciones

Sra. Claudia Tapia Roi

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651

Teléfono: 6338957. Fax: 6381975

Santiago. Chile

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR
UMBRAL
CUARTO PILAR

DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



1

¡Qué grande, qué enorme es San Agustín de Tango! ¡Qué cantidad de gente hay por sus calles!

Me costaba gran trabajo avanzar. Recordaba la otra vez que salí a caminar por sus calles, esa vez que encontré a medio mundo y que saludaba yo a diestra y siniestra. Primero estuve con Teodosia Huelén, después de nuestro paseo al Sol. Después fue el torbellino de conocidos. ¡Todos se habían dado cita en las calles!

Avancemos, avancemos. Y siempre hay más y más gentes.

Pero no conozco a nadie. ¡Ni un solo conocido!

Es esta una extraña cosa. Tal vez estoy distraído con los edificios y por eso no me fijo debidamente en las personas. Eso ha de ser. Pero, ¿cómo no voy a distraerme al contemplar ese inmenso rascacielo? No recuerdo haberlo visto antes. Sin embargo estoy en la calle de la Eucaristía, esquina de la calle del Pecado Venial. Sigamos por aquella calle y vamos a la plaza de la Casulla. Así pasaré junto al Ayuntamiento. Eso es, ahí está ese magnífico edificio del Ayuntamiento. Yaquí está la plaza, la gran plaza, la querida plaza de la Casulla. Allí está el hotel Vaticano y allí arranca la avenida Benedicto XX.

—¡Perdón!

—¡Con permiso!

—¡Perdón!

Es lo que ahora me dice esa gente que pasa. Y nadie, nadie, me dice como la otra vez todos me decían:

—¡Adiós!

—¡Hola!

—¿Qué tal?

—¡Salud!

Ahora vuelve la cosa a lo mismo: o pasan todos en silencio, o todos se ponen a conversar entre ellos, y si me acerco mucho me dicen: “Perdón” y siguen andando sin detenerse.

¡Ea! ¡Sigán ustedes todos andando! Yo miraré esta plaza, esta gran plaza, esta querida plaza de la Casulla.

Ahí está la estatua del Hemíono, de ese hemíono siempre altivo. Pero... ¿Y la Estación de los Ferrocarriles? Del sitio que ocupaba, hoy arranca una gran avenida que se pierde entre altos, muy altos edificios. Entremos por ella. Así llegaremos al famoso y artístico café del Fiat Lux.

No existe ese famoso y artístico café. No quedan ni rastros de aquella frase de Hokusai. Veo un gran restaurante en su sitio. Hay mucha gente en él. Los camareros se afanan. El maestresala es todo un monumento. ¡Volvamos, vámonos a otro lugar! Quiero ir a ver el Cabaré San Lito. Entro por la avenida del Todopoderoso y me encuentro, cara a cara, con Rubén de Loa.

Me tomó del brazo y nos pusimos a caminar. Era mi destino: caminar. Estaba Rubén con una labia inmensa, efervescente. No le paraba la boca y hablaba y hablaba. Opinaba sobre todo, sobre los surrealistas principalmente. Yo lo escuchaba a medias. Había sido cogido por otras ideas que se agolpaban en mi mente y que habían venido a reemplazar mi admiración por altos y nuevos rascacielos, por avenidas abiertas en la Estación de los Ferrocarriles. ¡Los surrealistas! Obsesionan a Rubén.

—Ahí, en esa tienda, he visto una reproducción de Clovis Trouille, *Remembrance*. Está al medio de la vitrina, entre cientos de objetos heterogéneos. Tú la conoces, ¿verdad? Es curioso, es curiosísimo, ver ese cuadro aquí en San Agustín de Tango, con esos nombres que tienen las calles, todas las vías públicas. ¡Avenida del Todopoderoso! Y en ella: *Remembrance*. Con ese obispo o ¡qué sé yo!, ese obispo con medias negras de seda de mujer; y con ligas y calzones. Y esa otra mujer desnuda que tira al aire las medallas; y esos soldados, francés y alemán, abajo; y esos conejos; y la cruz; y ese diplomático asustado... Pienso siempre, siempre: ¿por qué se abandonó el surrealismo? ¿Por qué? ¡Oh, abandonar esa veta inagotable!

Yo pensaba en otras cosas. Claro está que, además, pensaba en las malas obras de arte. Claro está que son malas, sí, son malas traducciones. Porque es una mala traducción de la "otra región", donde ellas están y donde han estado siempre.

—¡Eso es! —gritó Rubén—. Las obras ya están todas. Nuestro rol es ir a buscarlas y traerlas hasta la Tierra, traerlas lo mejor que ello sea posible.

Yo pensaba en otras cosas. El centro de mi mente estaba en otras cosas. Pero... ¿hay un centro en nuestras mentes? Tal vez hay uno. Es lo que Anacleto Ibacache ha de perder a menudo. De ahí sus terribles neurastenias. Hoy, creo, debe decirse "neurosis". ¡Son formidables los progresos de la medicina! Neurastenia-neurosis... Anacleto, según me dijo cierto día, tenía un mal. No, tenía una manía. Debe, en el fondo, ser lo mismo: mal-manía; como neurastenia y neurosis. En fin: él o ella es ponerse a pensar demasiado en el futuro. De este modo ¡olvida el presente! Pues se pone a cavilar en esto: "Después que pase esto... ¿qué irá a sucederme...?". Entonces construye andamiajes para protegerse en ese futuro. Llega el futuro y el futuro ¡es completamente, es totalmente diferente! ¡Ja, ja! ¡Todo un proceso mental perdido! Es algo obvio que proyectarse hacia el futuro...

Yo pensaba en otras cosas. Pues yo tuve una vez una novia. La amé como se ama a una novia. ¿Es mucho amar o es poco amar? ¡Una novia! Me decía siempre: "Quiero que te des entero a mí, entero, enterito". Yo le respondía: "No puedo darme entero, pues necesito, por lo menos, una mitad para mí, para mi trabajo; esto no puedo darlo porque yo mismo ignoro lo que es". Ella respondía entonces: "No". ¡Ah, sí, ahora recuerdo! Le ofrecí las $\frac{3}{4}$ partes de mi tiempo. Me guardaba sólo $\frac{1}{4}$ parte para mí. Ella dijo: "No". ¡Qué decir si le ofrezco los $\frac{2}{3}$ de mi tiempo! Se los ofrecí. Me dijo: "¡Jamás!". Me exigió: "¡Dámelo todo!". Es claro, es algo obvio: "Cuidas mi dinero y no cuidas mi tiempo". Como aquella vez que fui a un almuerzo y me retiré a las 3 de la tarde. Les dije que me marchaba porque había encontrado, entre plato y plato, la solución de un problema literario y necesitaba anotarlo. ¡Protesta general! En otro almuerzo me retiré a las 2 de la tarde: tenía que vender una docena de cerdos. Pusieron el auto a mi disposición. ¡Y era toda ella gente adinerada!

—Me ha dicho Florencio Naltagua que, según Maurice Nicoll —prosiguió Rubén—, hay quienes miran para fuera y quienes miran para dentro. Esto es claro en los pintores. Los de fuera y los de dentro. A los de fuera, en Francia, se les llama los *pompieri*. Los de dentro, en todas partes, trabajan, buscan, van y vienen de la otra región. Como fueron y volvieron,

¡ya lo creo!, los surrealistas. El resultado de sus idas y venidas ha sido obvio. He estado viendo el libro *La femme 100 têtes*, de Max Ernst. ¡Qué maravilla, Onofre! Es un viaje que ha dado sus frutos. Ahora recuerdo a Chirico. ¡Gran tipo! Dicen que abandonó el surrealismo y que ahora mira para fuera. ¿Será cierto? No lo sé. Así dicen. Y Giacometti... Y Marcel Duchamp... Y Joan Miró... Sigo preguntándome por qué razón se abandonó el surrealismo... Ives Tanguy está muy bien. ¡Y Seligmann! ¡Oh, sus animales, sus tantos animales surrealistas! Que están en todas partes. Y has de recordar a Ayako Suzuki y a Otsuka. Y Óscar Domínguez con su tela de las cuatro estaciones... ¿Por qué el surrealismo ha sido abandonado? ¡No, no! No ha sido abandonado. ¡Ahí está aún! Ahí está esperando, esperando. Pero nadie ha seguido en el viaje que lleva hasta él. El surrealismo se aburre ahora. ¿Se aburre, crees tú? No lo creo; creo que ha levantando los hombros y ha dicho: “¿No vuelven? Bueno, ¡allá ellos!”. Y ha encendido un cigarrillo. Sí, Onofre, era un camino que abría horizontes...

Yo pensaba en otras cosas. Cuando conocí a Miguel Ángel N^o 2; a Miguel Ángel N^o 1 lo conocí desde que tuve uso de razón. En casa me hablaban de él como me hablaban de Julio César, de Lutero, de Carlomagno y de O’Higgins. Me refiero al N^o 2. A ese que yo descubrí. Que descubrí solo, antes de ir a verlo personalmente... ¿se podrá decir “personalmente” tratándose...? Bueno, es igual. Miguel Ángel me reveló otro mundo, antes presentado por mí. Pero ignoraba su modo. Sí, esto se puede decir: conocer el “modo” que un artista expresa. Sin embargo este modo quedó en el dominio de lo ideal. Quedó fuera de mí, encima de mí. A él tenía que ir; permanecía unos instantes allí y luego volvía al mundo de la vida. Volvía a ver a Nimba Canaria. En ella ponía yo a Miguel Ángel. Es decir, ponía..., ponía mi manera de interpretar ese modo. Podría haber dicho “mi modo de interpretar esa manera”, claro está. Es claro, o sea, es obvio. Yo no empleaba nunca esta palabra. A ti, Rubén, te la debo. ¡Obvio! ¿Qué, demonios, es una mentalidad así? Me refiero a Nimba Canaria. ¡Ya veo a los psicólogos profesionales que pondrían nombres y más nombres! Yo pongo un solo nombre: cretinismo al 100%. Porque pasa por época cretina toda persona que empieza a usar o a manipular algo. Sí, todas *pasan*. Pero algunas *quédanse*. Nimba Canaria se quedó ante el uso, ante el manipuleo de la inteligencia. Es como con un niño; son buenos los niños; se les da un arma de fuego y ¡es la catástrofe! El cerebro de estas personas debe ser aniquilado; debe serles quitado, debe serles extirpados...

—¡Pensar que hay artistas que, para inspirarse, contemplan a Miguel Ángel! Esto está mal —aseguró Rubén—. ¿Qué hay de miguelangelesco en este puente de la Serpiente Tentadora? ¿Qué hay de miguelangelesco en esta entrada al Zoo de San Andrés? Sí, Onofre, hay que hablar de Miguel Ángel como te hablaba, hace un rato, de los surrealistas. Yo sé que a ti te gusta, que lo admiras enormemente. Entonces, ¡seamos como él! Seamos como él pero sin copiarlo. Copiarlo es mirar para fuera. Y hay siempre que mirar para dentro. ¿Por qué te extraña que te hable de ese genio? Tú ya no deberías extrañarte por nada. Pero déjame hablar:

“Mi maestro —¡Qué! ¿Te extraña que llame así?—, bien, lo llamaré por su nombre: Florencio Naltagua, me sacó de ese laberinto en que me metía yo con sólo oír la palabra de Miguel Ángel. Era una palabra como una escalera que me hacía subir y subir y no me llevaba a ninguna parte. Desde lo alto miraba para abajo y sólo veía miseria y más miseria. Florencio me reveló la verdad. ¿No sabe en pintura Florencio? ¡Calla, calla, Onofre! ¿Es o no es verdad que Florencio es un grande, un enorme tipo? En esto estamos de acuerdo. Entonces... sabe y sabe mucho en pintura. Me llevó hasta ver a Miguel Ángel. ¡No, no! No

me llevó a Italia. Fue en su casa, en el Portal Colonial. Allí Florencio me reveló la existencia de un mundo ideal, ese mundo de los hechos de mi vida diaria, de los objetos que, a cada paso, tocaba con las manos. Entonces, con mis manos, toqué a Miguel Ángel. Toqué a todos los inmensos que hasta ahora me habían quedado allá, allá, en la otra región inaccesible. ¿Inaccesible? ¡No, no hay nada inaccesible, Onofre! No olvides que ir, indagar y volver de esa otra región, es un viaje que se hace sin necesidad de moverse de su propia casa.

“Una anécdota, sí, déjame contarte una anécdota: es mía esta anécdota: Ella me ocurrió allá en París, recién llegado a esa... ¡voy a elevar el tono de mis palabras!... a esa formidable y tremebunda y divina y diabólica ciudad de las artes. Llegaba yo por primera vez. Estaba sentado en un terraza con Florencio y con Armand Lorraine. Tú sabes, de él te ha hablado Florencio a propósito de no sé qué historias de la guerra. De pronto lancé un grito y quedé absorto. Onofre, ¡veía pasar, por la calle donde estábamos, a mis soldaditos de plomo! Pasaban a caballo, al trote, y se alejaban... ¡Mis soldaditos! ¿Te das cuenta, Onofre? Ellos, Florencio y Armand, reían y reían de mí. Me habían comprendido y producía esa risa. Tú ¿me has comprendido? No es cosa mayormente difícil. Es muy sencillo: yo creía que los juguetes eran hechos con la imaginación, con una imaginación pura que se aferraba a la del niño, a la mentalidad del niño, a los sueños de niños, a ese mundo que el niño y nosotros... En fin, tú comprenderás, mi querido Onofre, que no había tal. Mis soldaditos eran copiados de soldados de verdad que pasaban por las calles, de soldados de la Guardia Republicana, según creo...”

Yo pensaba en otras cosas. Y caminábamos siempre. Yo veía, con mis ojos automáticos, grandes edificios que se habían levantado sobre las entrañas ya pútridas de los antiguos. Como ése, ése y ése. Se levantan como se levanta nuestro miembro, el miembro viril, el falo. Es curioso. El falo es para lo más, lo más sublime que puede existir, para lo inconmensurable, como es el amor. ¡Oh, el amor! No, no hay nada semejante. Y termina en el falo, en el mismo órgano que sirve para orinar... Debería anotar esto; podría darme lindas páginas. Pero ahora, no. No quiero anotar nada. Quiero caminar. Usar los pies cuando el cerebro calla. Calla. Calla. Dejémoslo así, callado. Y no haré proyectos de ninguna especie. Era mi antiguo afán: los proyectos que... siempre fracasaban. He fracasado yo, entonces. ¿Fracasado? ¿Yo? Habría que verlo. Habría que estudiarlo y medir y comparar... ¡Eh! ¡Estos son nuevos proyectos! A mí me cargan los proyectos. Además sé, lo sé muy bien, que es mejor no hacer proyectos. Es mejor vivir al día. Pero en un día intenso, intensísimo. Bueno, buenísimo; pequeño, pequeñísimo; lejos, lejísimo... ¡Ea, basta ya de “ísimos”! Lo que hay que tener presente, presentísimo, es que: “Basta al día su afán”. Pero hay que encontrar ese afán, un afán que llene la vida y haga de la vida, una vida de fervor. ¡Fervor! Aquí hay algo que se interpone. El cerebro, eso es, ¡el cerebro! Con su memoria. Para eso tenemos memoria, para recordar las costumbres del cerebro. Salen, salen las costumbres como salían aquellas vaquillonas allá en La Torcaza, azotadas por un hombre con un látigo. El látigo era el que azotaba; no, el hombre. Aquí: látigo, o el hombre, sería la memoria. Ese edificio lo veo otra vez más. El que sigue, también. El otro, no. A esa mujer no la había visto antes. Es bonita, no está mal. Me gustaría verla tocando su fono. Porque ha de tener un fono. Cuando oigo un fono; ¡no! Cuando oigo canciones o sonatinas o aun marchas, aunque sólo sea la orquesta, veo mujeres y más mujeres. ¿Veo? Tenemos dos visiones: con objeto que es visto y sin objeto que sea visto. “Es...; sea...”. Esto está mal conjugado. Porque se dice “es” o se dice “sea”. Esas lindas mujeres bailan y bailan, al

compás de la música. Soy amigo de ellas... No, me hago amigo de ellas... No, de ella, nada más. De una sola. Le hablo y me habla. Esto es más fácil conjugar. Tal vez porque es hablado. Hablo, hablas, habla, hablado, hablando... No, no, no. Jamás se ha de empezar una frase, y menos aún un verso, con un gerundio. Ejemplo, si es que lo recuerdo. ¡Ah, sí! "Habiéndome robado el albedrío...". Esto es de..., de... ¿Será de Espronceda o de Campoamor...? No lo recuerdo. Las mujeres bailan y me conversan. No, no es así. La mujer, una sola, me conversa. Conversamos los dos. Y ella ríe, ríe y ríe. Suená la música. Ella ríe, ríe y ríe. Conversamos. Pero hasta ahí, nada más. Porque... ¿qué puedo decirle yo que tanto la haga reír? Al bajar a otra región... no, no y no. Las regiones existen, aquí, a nuestro lado, existen para nosotros aunque no seamos surrealistas. Querrá decir que no soy artista. Caigo. Caemos. La montaña japonesa. Así se llamaba: japonesa. No sé qué tendrá de japonesa o de china o de alemana o de... lo que sea. ¡Basta! Un andarivel vertical... ¿Podrán ser verticales los andariveles? Sí, pueden serlo. La prueba aquella montaña japonesa, o andarivel japonés, era vertical. Entonces colocaban un bote, allá, en lo alto, un bote plano por delante. Un bote sin falo. El andarivel baja... Bueno, él no baja. Está inmóvil. El bote baja, se desliza, a gran velocidad. Yo voy dentro con... ¿Con quién iba? Porque hace ya de esto tanto, tanto tiempo que las nubes se han arremolinado en torno y ya de noche es. Es de noche. La noche es triste, amarga. Llorar por la noche... No, no y no. Repito cien veces, mil veces esto de "no, no y no". Pues el cerebro sigue con sus antiguas costumbres y uno, entonces, se desanima. ¡La autonomía cerebral! Aunque uno haya cambiado de fondo. Yo he cambiado mucho de fondo. Sin embargo cada noche... ¡sí! Esto me viene a la mente por lo de "noche" que he repetido más de mil veces. Pongamos: quinientas mil veces. De noche... No importa; de noche, antes de acostarme, cojo mi abrigo y me lo echo a los pies de mi cama. La costumbre cerebral me dicta: "Hay en tu cama un pobre enfermo...". Yo le presto abrigo como esa gallina que, a sus pollitos, "les da la comida y les presta abrigo". Un cerro, un cerro no muy alto y suave. Me siento en su camino y lloro, lloro, lloro. Mientras la cruz, la alta cruz espera arriba. No sé por qué lloré aquella vez. Tal vez nunca lo sabré. Pero no era un llanto físico; jamás ha sido físico. Era un llanto del fondo de mis entrañas. Yo no sé si los hombres tenemos o no tenemos entrañas. Pero ¡claro está que tenemos! Como la Tierra, ya que se dice, o lo dice el diccionario: "Las entrañas de la Tierra encierran tesoros inagotables". Hay, sí, hay que multiplicar y multiplicar por cien o por mil esas tan vastas entrañas y ¡seremos todos ricos! Todos ricos y... esa nube, esa nubecita, allá arriba, cien, mil veces más alta que los más altos edificios, se reirá de nosotros los ricos ¿Para qué puede servirle el dinero a una nubecita como ésa? Te seguiré hasta donde tú vayas. Tú irás por lo alto; yo, por lo bajo. Y al fin..., al fin... Se me ha olvidado lo que iría a suceder al fin... Pero has torcido, nubecita; vas por otra calle; vas por la calle del Deuteronomio. Te la mostraré, un día, a ti Praxedes Bagdad, e iremos juntos a tomar una copa... ¡Oh, basta ya de copas! Yo ya no tomo. Sigo el régimen de la más completa austeridad. No quiero ser enfermo y tener que pasearme con muletas por calles tan hermosas como son éstas. Pero... ¡te sigo, nubecita mía! Te seguiré siempre. Aunque ahora no te vea. ¡Sí, ahí estás! Te veo y te contemplo sobre ese alto edificio. Allá, allá arriba, arriba, muy arriba, frente a mí. Hace un momento estabas al lado mío; después estuviste detrás de mí...

Rubén de Loa hablaba siempre. Decía:

—El surrealismo... Llegaron a esa otra región y se hallaron en un mundo desconocido... Puertas y más puertas que se habrían para todos lados. Ellos no sabían cuál tomar. ¿Qué les ocurrió? Les ocurrió, mi querido Onofre, que lanzaron un grito: ¡Pavor! Ahora, hacer

maletas y escapar, escapar. Nuestra esperanza que allá haya quedado, con la prisa, una maleta, un cachibache, algo sin importancia... Así se generan las grandes cosas, por algo sin importancia, por un olvido. Habrá que ir a buscar eso y, al ir, veremos otra vez: ¡las puertas y más puertas que se abren en todo sentido! Regresaron los surrealistas, regresaron... ¿a qué? No te rías aunque es lo único que cabe: reír y reír. La risa no es siempre una manifestación de contento y de aprobación. Es, a menudo, una mofa como lo es ahora. Regresaron los surrealistas a ¡hacer política! ¿Te das cuenta, Onofre? Sí, mi amigo, sí; a eso regresaron. ¿No lo crees? Bueno; cuando vuelvas a mi taller voy a mostrarte unos cuantos números que tengo de una revista que ellos sacaron; el título es: "Le surréalisme" —y abajo, bien abajo y con letras un poco menores: "au service" —¡fíjate con atención: "al servicio— de la Révolution". ¿Te das cuenta? ¡La política! Ella de centro, de guía, de dirección única... Es triste pero es así. El arte... ¡al diablo! ¡La política!

"Esto me recuerda a un señor que creo que tú conoces, el crítico español, Ciriaco Tajo. Ese que allá en Montparnasse peleaba y blasfemaba con Abdón Ucayali. Ese mismo. No creas que siempre fue un peleador, no. Después fue nombrado, creo que Embajador en un país de por aquí. Se convirtió este Tajo en un monumento, ni más ni menos, un monumento... ¡intelectual! ¡Qué saber de cosas y más cosas! Sobre todo en pintura; sabía en pintura todo cuanto es posible saber, una enormidad: la cronología de los pintores, desde los más antiguos hasta hoy día; dónde se hallaban sus más famosos cuadros; las altas y bajas sufridas por estos cuadros; el tamaño de los mismos; la fama que habían alcanzado en diversos países; el precio que tenían; cómo funcionaban los museos de los diferentes países; quiénes eran sus directores; la técnica con que habían sido pintados todos los cuadros y cartones, y tablas de la humanidad; en fin, Onofre, es un pozo, un profundísimo pozo este Ciriaco Tajo. Un pozo que tiene, justamente, los conocimientos que podría tener... ¡un ciego!

"Le falta humildad a Tajo. Bueno... de Embajador está bien. No debe tener humildad un Embajador. Debe ser una fiera que sepa siempre sonreír. Sirve este hombre para comparar con los que de verdad estudian, no que estudian con libros y profesores y más cosas de esa calaña. ¿Se han olvidado que toda obra de arte debe ser una aventura? ¡Manuales para ir a la aventura! ¡Ja, ja! Comparo conmigo. Un momento feliz de mi vida de pintor fue cuando descubrí, solo mi alma, que ningún color era el que era, pues todos ellos estaban condicionados por los colores que los rodeaban. ¡Qué felicidad! Y luego cuando descubrí, solo mi alma, que las sombras de un color, mejor dicho, que un color en la sombra no era ese color más oscuro sino que era otro color. ¡Qué felicidad también, Onofre! ¿Sientes la distancia kilométrica a que se va Ciriaco Tajo?

"Años más tarde volví a tener igual felicidad. O tal vez una mayor. Fue al descubrir que todo color es el color que es y que sus sombras son el mismo color más oscuro.

Yo pensaba en otras cosas. Y caminábamos siempre. ¡Qué bien se está con un amigo cuando hay completa libertad de pensar como que se quiera! Caminemos, Rubén y miremos estos nuevos edificios junto a esos viejos... ¿Podrán llamarse "edificios"? ¡Uf! Esta palabra exige mucho, una enormidad. Tal vez Ciriaco Tajo ha de saberlo. Pero ahora debe estar enfermo. ¿Por qué? No lo sé pero debe estarlo como aquellos pobres inquilinos de La Torcaza, de La Cantera, de Curihue... No, no me refiero a ese Ventura..., ¿Ventura cuánto era? ¡Mejillones! Ese murió al estallar un árbol que podaba. Claro, lo recuerdo perfectamente. Recuerdo también sus funerales. Me refiero a los inquilinos o a los pobladores de los fundos de por aquí. ¡Qué manera de enfermarse! ¡Es algo horrible! Bueno,

sí, es el alimento, no puede ser otra cosa, no puede serla. Comen para el paladar y nada más. Como toda, toda la gente. Si no... No habría restaurantes ni fondas. Acaso es por algo de magia. ¡Una enorme, inmensa magia que está fuera de nosotros! ¡Allá, allá! ¡Más allá que tú, nubecita adorada que...! ¡Cómo! ¿No estás ya? Los edificios, los inmensos edificios, te han tragado. Los egrégores que tienen sus representantes aquí en la Tierra, los tienen en ¡las viejas! Las viejas son terribles. El mate se ha inventado para ellas. ¿Se podrá inventar el mate? Tal vez lo sabe Praxedes Bagdad y, por saberlo, pierde su buena memoria que le indicaría las calles de San Agustín de Tango. A mí me gusta más Virginia Rapel. ¡Qué encanto de mujer y de bailarina! Está bien, muy bien, perfectamente bien. Como es idiota ese Adalberto Huachipato. ¡Nada, nada, no le ocurre jamás nada! Y con aquella mujer que, según dicen, lo ama... Doña Gervasia Cachapoal. Hará siempre lo que ella les diga que hay que hacer. ¡Hmmm! ¡Sí es lo que hace! O se escapa como la nubecita, la linda nubecita. ¿Se perdió ya? ¿O se deshizo? No, ahí está la nubecita, siempre ahí. Pero si fuésemos a ella, no iríamos a ella. Sencillamente estaría nublado. Nada más. Nublado. En un pedacito tan pequeño, tan pequeñín... "Pequeñín" tiene acento en la última sílaba; como lo tienen todas las palabras terminadas en "n" y en "s"; que sean palabras agudas, por cierto. Es una o un modo de evitar los acentos en los plurales: perro, perros; come, comen; etc. Como esas "gg" de... ¿De quién eran? ¡Ah, sí sí, lo recuerdo! De Camille Toulon que no pronuncia la segunda; pues pronuncia sólo la primera. O no pronuncia la primera y pronuncia sólo la segunda. ¡Sépaló Moya! Estaría yo en un pedacito nublado, un pedacito y nada más. El resto, con sol, lleno de sol... Estas son simples tonterías, ¡tonterías y nada más! Es mucho más serio marchar por estas calles o plazas o muelles o paseos o lo que sea. ¡Qué rara es esta calle! Corta y con vueltas. ¿Cómo se llamará? Veamos. Ahí hay un letrero: "Cité Urbano XXX". ¡Ah, sí, sí, sí! Por aquí hay una casa de citas... Una vez vine yo a esta casa de citas. Vine con una mujer que no recuerdo ahora cómo se llamaba. Fue como haber ido a otra parte, a cualquiera otra parte. No, Praxedes no conoce esta cité. No lo digo por lo de las citas, no. Lo digo por la configuración de las calles. Ella conoce el Gran Teatro Musical o el que sea. Se lo preguntaré a Jabalí Batuco. Aunque... ¿me importa algo a mí? ¡Cualquier teatro da lo mismo, lo mismo! Como aquel que vimos en Curihue. ¡Curihue! El día del matrimonio del capitán Angol con doña Nora de Bizerta y Ofqui y con presencia de sus abuelitas, de sus bisabuelas y tatarabuelas y todo el populacho... Y Baldomero Lonquimay que amaba a doña Nora. No, Baldomero se ama a sí mismo y a nadie más. También ama a doña Clea Purén con sus hormigas. Y ama a la enorme de Miroslava Lipingue... ¿Enorme? No, es como todo el mundo, como todo el mundo. Como es Julieta Pehuén sin altos tacones. Porque con ellos... ¡Eh! ¡Basta! Baldomero ni las ha de conocer. Pero he dicho: ¡basta! Sigamos, sigamos...

Rubén de Loa hablaba siempre. Decía:

—Yo he puesto dos cuadros en el suelo. Es decir, hice un dibujo con dos cuadros en el papel. No, no eran cuadros; eran dos marcos y el centro rayado para indicar el cuadro. Uno lo puse arriba; el otro más abajo. Del primero, de las cuatro puntas del marco, saqué unas flechas que se alejaban un tanto y volvían al cuadro. Eran ocho flechas. No sé para qué te doy tal dato. Pero ya que lo di, retenlo: ocho flechas que vuelven a mi cuadro. En el de abajo también dibujé ocho flechas. Pero éstas no volvían; se iban y se perdían. No, no pienses en surrealistas ni nada por el estilo. Al lado del primero, el de las flechas que vuelven escribí: "Por la dirección de estas flechas, me gusta este cuadro mío". En el de las flechas que se disparan, escribí: "Por la dirección de estas flechas, no me gusta este cuadro

mío". Creo que es fácil entender lo que quise expresar. La propia vida, la del cuadro, la vida sin conexiones externas. El cuadro en sí mismo. Los cuadros que se van... ¡Oh, qué majadería! Los cuadros de los *pompieri* se van siempre. Son llamados por el modelo que los llama para devorarlos. Sí, mi querido Onofre. Oyeme bien:

"Cuando un pintor está frente a un cuadro, hay dos genios, dos espíritus frente a frente: el propio del pintor y el propio del cuadro. Saber pintar es saber colaborar: no dejarse dominar jamás, ¿oyes?, por el genio del cuadro y, menos aún, no tratar de dominarlo sino que se exprese libremente, como si uno, pintor, no estuviese allí. Entonces oír su voz y hacer buena conversación.

Yo pensaba en otras cosas. Pensaba en calles, o avenidas, o paseos, o... ¡Tonterías! Es algo acerbo. Sin duda, acerbo y muy acerbo. Esta palabra la anoté en un papel. Acerbo = áspero al gusto; cruel, riguroso. Copié otra más con sus definiciones: Bronco = Tosco, desagradable; sonido, trato. ¿Cuáles más anoté? ¡Oh, aquí está el papel, en mi bolsillo! ¿Por qué está aquí? Es raro, muy raro. No consulto jamás este papel. Tal vez ha sido que..., que... Bueno, está aquí. Ha sido mientras arreglaba y veía papeles. No sé cuándo pero es así. Lo miraré a hurtadillas. No quiero interrumpirte, Rubén. Lo miraré de cuando en cuando. Ya lo sé que aquel es el Muelle del Abad. Veamos:

Lozano = Alegre, gallardo.

Granjear = Captar.

Zarandear = Mover con prisa, con facilidad.

Torvo = Fiero, espantoso, terrible a la vista.

Lisonjear = Adular.

Empalagar = Hostigar.

Desusado = Que no se usa.

Tesitura = Altura propia de cada voz o instrumento.

Embalamiento = De embalar un baúl.

A ultranza = A muerte.

A usanza = A modo.

Redondel = Pista.

Ensamblar-dura-ado-aje = Unir, juntar piezas de madera.

Columbrar = Divisar de lejos sin distinguir bien. Conjeturar por indicios.

Mortecino = Bajo, apagado, sin vigor. Que está casi muriendo.

Llamador = El que llama. Aldaba.

Jamba = Piezas labradas, ventana o puerta, que sostienen el dintel.

Pandear = Torcerse algo encorvándose, sobre todo al medio: Paredes, vigas, etc.

Retemblar = Temblar con movimiento repetido.

Conturbar = Alterar, inquietar el ánimo.

Flácido-ez = Flaco, flojo, sin consistencia.

Tersura = Limpio, claro, limado, resplandeciente.

Enarcar = (... enarca el busto como si fuera a respirar).

Debe decirse:

Pieza de al lado.

La altura a que nos colocamos.

Casa de enfrente.

Entrar en una casa.

He logrado leerlo. Rubén, si me ha visto, no le ha dado la menor improtancia. Siga-

mos. Por estre estos grandes edificios. Son edificios feos. ¿Por qué feos? Así se construye hoy día. Así se ensamblan las maderas de modo que pueda retemblar y las jambas no se muevan. ¡Eh! ¡Basta y basta! Son palabras de mi papel; no mías. Sé muy bien que así construye Casanueva y Limarí. ¡Ja, ja, ja! ¡Ladislao! ¡Bonito nombre! Lado y lado... Y construyendo casas y más casas... Yo me había prometido: SER BUENO. Y ahora me río de los arquitectos universales... ¡Bonita cosa! Nombre y cosa. Ambos son bonitos. Pero yo debo ser bueno. Prometer ser bueno es hacer proyectos. Proyectos... ¿será esto hacer un proyecto? No, no lo es. Es dejarse guiar por lo que late muy en el fondo de nuestro corazón. Late, late... ¡Horrible palabra! Sé que viene del verbo latir. Claro esta: latir; él late. Aunque en el fondo no lata nada... Lata es peor que late. Pero ¡basta y basta! Lo que sucede es que pasan, pasan y pasan muchos tiempos, muchos, muchísimos tiempos simultáneamente por nosotros. Tal vez pasa la historia entera. Eso es; no puede ser de otro modo. Pasan otros tiempos. Pasan simultáneamente... Somos una confusión de tiempos. Somos una compresión de tiempos... ¿Pasan? ¿O son? Por cierto que Lorenzo Angol ha de saberlo. Lorenzo... Otros tiempos que pasan y pasan. No, no pueden pasar. Tienen que ser simultáneos. Esto debo hablarlo con Lorenzo. Con Lorenzo. Él me lo podrá... No digo explicar. Podremos debatirlo, debatirlo...

Me detuve. Rubén también se detuvo. Le dije:

–Me marchó, querido amigo; me voy a mi casa o a la casa de un viejo amigo, de Lorenzo Angol, porque tenemos un asunto que debatir.

Me respondió:

–Como gustes.

–¡Adiós Rubén!

–¡Adiós Onofre!

Me subí el cuello de mi vestón y me marché presuroso, lo más presuroso que me era posible. La gente seguía pasando y pasando. Como pasan esos tiempos y más tiempos... ¡Ea! ¡Adelante! Claro está que me van a decir: “Perdón...”. También me dirán: “Con permiso; disculpe; perdón...”. Pero ahora hay menos gente en este barrio. Se puede apresurar el paso. En todo caso no hay ni un solo conocido. Sin embargo esa música la conozco, claro está, la conozco: *El Bolero*, de Ravel. Miro, busco y veo:

Se alejaba, se alejaba con su sombrero calañés y su traje vestón azul marino, con su cuello de pajarita y sus zapatos negros de cuero de potro. Veo el humo de su cigarrillo Baracoa. Siento el perfume de su agua de Colonia de la Farmacia Universo. ¡Sí, sí! ¡Él es, él es!

¡¡El hombre Martín Quilpué!!

2

A los pocos momentos estaba en Fray Tomate. Sí, era la plaza de Fray Tomate; algo distinta, pero era esa plaza. Entré en mi casa, tomé el ascensor y subí al 5º piso. Yo vivo en el 6º piso; Lorenzo vive un piso más abajo. ¡El hombre Martín Quilpué me perseguía! En mi mente, por cierto, ese hombre que, de tarde en tarde siempre aparece por ahí. ¡Fuera con él! Tenía que hablar sobre este suceder del tiempo, si las épocas pasan o no pasan, si ellas

nos son simultáneas o no lo son. Lorenzo tiene que saberlo o, al menos, tiene que haber pensado mucho en esto.

Entré. Es amplia su casa. Entré directamente al escritorio, al gran escritorio. Un rato después, Lorenzo estaba conmigo. Me senté, mejor dicho, nos sentamos y... ¡hablemos!

—Voy a interrogarte, Lorenzo, sobre un asunto que, tal vez, ha sido objeto de tus meditaciones.

—Te escucho —me respondió.

Entonces le expliqué esta cuestión; le expliqué mi duda, lo que me había sumergido en una duda horrible; si lo que sucede se desliza y nosotros lo vemos; o si ello está ahí, quieto, sin moverse y el suceder en nuestra interpretación, al no poder cogerlo de una vez, de eso que ahí está quieto, inmóvil.

Su respuesta me desconcertó:

—No lo sé. ¿Cómo podría saberlo? Claro está, he pensado, más o menos, en eso mismo; pero lo he pensado hace tanto, tanto tiempo atrás. Y lo conversamos juntos. ¿No lo recuerdas?

—No, Lorenzo. Se me confunde todo ese pasado.

—Así lo veo, mi buen Onofre. Si quieres te explico un poco cómo ha sucedido todo esto.

—Sí, sí, explícamelo.

—¿Quieres una copa de algo, de...?

—No, no. No bebo ahora.

—Bien. Yo beberé un whisky. Y te explicaré.

Lorenzo se sirvió y, tomando a pequeños sorbos, me contó la historia de mi vida, una extrañísima historia. Algo tenía que ver con esa cuestión que a mí me había llevado hasta su casa, la cuestión de cómo suceden los hechos en uno. Trataré, y será mejor, de acordarme debidamente de sus palabras. Helas aquí:

—Vivíamos aquí, en San Agustín de Tango. Nos veíamos muy a menudo. Ya lo creo, puesto que estábamos en este mismo sitio, en Fray Tomate. Pero no estábamos en este magnífico edificio. Éste ha sido construido por Ladislao Casanueva y Limarí, nuestro amigo arquitecto. A mí me reservó este departamento; a ti te reservó uno en el piso superior, en el 6º. Tú no estabas aquí, en Chile, estabas en Europa. Inició esta construcción en 1931, según creo, o en 1932. Luego volviste y te encontraste con... ¿Recuerdas con quién?

—No, no lo recuerdo. Tal vez sí, lo recuerdo pero no podría precisar nada. ¿Tal vez sería Marul Carampangue?

—Te encontraste con Guni.

—¡Oh, sí! Ahora lo veo, lo veo claramente. ¡Guni! Algo hice por ella o, mejor, para ella.

—Lo que hiciste fue escribir. Empezaste a escribir un muy voluminoso libro en el cual, según tu primera impresión, éramos los principales personajes Rosendo Paine y yo. ¿Lo ves?

—¡Umbral! Así se llamaba: Umbral.

—Exacto: Umbral.

—Pero no seguiste tu intención como creías seguirla. En él empezaste a poner una serie de cosas ajenas a la historia de esos personajes, de Rosendo y mía. Yo diría que estabas demasiado cargado y que necesitabas descargar. De mí hablaste un poco; no; hablaste bastante; de Rosendo, mucho menos.

—Pero había un Pacto, ahora lo veo, un Pacto entre ustedes dos.

-¡Oooh! Había miles de cosas y de todas las épocas que cabían en tu imaginación. Recordarás Curihue, esos días pasados allá...

-Ahora los recuerdo; los había olvidado.

-Y has de recordar también el Globo de Cristal.

-¿Qué globo? ¿De cristal...? ¡Oh, sí, lo recuerdo! En él está mi tío José Pedro...; y el pájaro verde...; ¿no es así?

-Así es. De pronto te salías de tu tema porque eras tomado por impresiones de tu vida de todos los días y ella te retenían la pluma.

-Sí, Lorenzo, lo sé: en noviembre de 1945 murió un gran amigo mío: Esteban Rivadeneira.

-Tú te habías encontrado con Guni antes de esta muerte. Le habías empezado a escribir, una carta, según decías; empezaste el 2 de marzo de 1941. Luego hiciste varios viajes a Europa, a Francia, mejor dicho. Hiciste un viaje ya casado.

-¡Yo! ¿Casado...? ¿Es posible?

-Sí, tú, casado.

-Acaso me he casado con Marul, pues no creo que sea con mi antigua mujer, con Isabel.

-No, ni con Marul ni con Isabel ni con Guni.

-¿Con quién, entonces?

-Con Tomba Montbrison.

-¿Cuándo me he casado con ella?

-Lo recuerdo perfectamente: el 27 de mayo de 1948.

-Dime, Lorenzo, por favor: ¿dónde está ella ahora?

-Debe estar en casa de ustedes, aquí en el 6º piso.

Quedé trémulo, sin saber qué hacer. Mi vida daba vueltas y más vueltas en mi mente. Le pregunté, por fin:

-Dime, dime: ¿en qué año estamos?

Me respondió:

-En 1959.

Me levanté; me asomé a la ventana; me volví a sentar; me serví, por fin, una copa de whisky. Al fin me serené un poco. Recapitulé. Pero en mi cabeza había sólo un torbellino que no cesaba de girar.

Lorenzo se había puesto a ver unos papeles y fumaba.

Tomba... Tomba... ¿Sería posible? Le dije a Lorenzo:

-Me marchó; volveré en seguida; es cuestión de minutos y, te prometo, estaré aquí.

Me respondió:

-Como gustes.

Salí. Tenía que ser verdad. Una casa nueva, una casa grande, inmensa. Tomé la escalera y me dirigí al piso superior. Palpaba yo las paredes, tocaba los escalones, miraba hacia el techo y hacia el suelo. Al fin llegué, quedé un momento frente a mi puerta. Toqué mi bolsillo y saqué una llave. Era la de casa. Entré.

Ahí estaba Tomba.

Los recuerdos se precipitaron en mí, recuerdos algo confusos. Pasó, entre ellos, La Cantera, el fundo de Lorenzo; se movieron unos quitasoles y ella pasó; después salté por sobre cordilleras y pampas y selvas y océanos; después llegué a Cremona, la vieja y linda ciudad italiana.

-¡Tomba! -le dije.

-¿Qué hay? -me interrogó.

-¡¡Tomba!! -volví a exclamar.

Caí en sus brazos y, sin querer, lloré.

Lloramos los dos.

Al fin murmuré:

-Estamos en 1959, Tombita mía. Por eso encontraba que todo había cambiado tanto, tanto. Caminaba con Rubén de Loa y miraba para todos lados mientras él hablaba de pintura, de surrealistas y qué sé yo. Ahora voy comprendiendo. Sí, mi Tomba, empiezo, apenas, a comprender.

Ella me besó. Dije en un susurro:

-¿Me perdonas? Di, Tomba: ¿me perdonas?

Repuso:

-Has sido tan malo, tan cruel conmigo. Has vivido siempre ajeno a mí. Parecía el nuestro un matrimonio de simples conveniencias.

Un matrimonio de simples conveniencias... Así había sido. Manifesté, entonces, con energía:

-Esto cambiará. Ya lo verás tú. ¡Sí! ¡Cambiará!

-Es lo que prometes siempre. ¡Oh! Estoy ya aburrida de oír toda la vida lo mismo de esos labios.

Le dije calmadamente:

-Lo verás, Tomba. Vivía yo con el impulso que me había dado la vida del pasado, aquellos años pasados aquí, en San Agustín de Tango. Hace de eso ya veintinueve años. ¿Te das cuenta lo que ellos son? ¡Veintinueve años! Ahora lo he recordado todo. Ahora he visto donde me hallaba. Ahora sé hacia donde debo ir. Una vez más te lo pido: ten confianza.

Salimos de casa. Nos dirigimos al piso inferior, al 5º, a casa de Lorenzo. De nuevo estábamos en su gran escritorio.

-Lorenzo -le dije-, ahora lo recuerdo todo, recuerdo las cosas acaecidas, diría, globalmente; no más; globalmente. Veo ese enorme pasado, de veintinueve años, en que vivió otro ser de..., de... ¿Podría decir "de mí mismo"?

-Creo que sí -me respondió Lorenzo-. Tú debes recordar aquel dibujo: una línea que luego se bifurcaba. En esta bifurcación veía yo LA vida. Nuestra conciencia la veía sólo en una de ellas: Tal vez, Onofre, has pasado durante este largo período de la línea que te es habitual, de esta línea, de esta que... ¿Me permites, Tomba?... de esta que el 27 de mayo del año 1948...

-Entendido -dijo Tomba riendo.

Yo agregué:

-Lo único malo es que tal vez lo ocurrido se me va a olvidar para siempre, que no podré vivir de él.

-Sí, puede ser que no puedas vivir de él. Yo creo que hoy por hoy, que ahora, no lo puedes, pero...

-Florencio nos podría explicar todo esto.

-Iremos a verlo. ¿Qué les parece a ustedes?

-¡Magnífica idea! -gritó Tomba.

Yo quedé dejando que mi cabeza trabajara sola, que diera vueltas y más vueltas. La dejé pensar, la dejé hacer lo que quisiera.

-¿Qué piensas? -me preguntó Tomba.

Le respondí:

-Yo, nada. Es mi cabeza la que piensa mientras yo aguardo tranquilamente.

-Aguardemos -dijo y volvió a reír.

Aguardamos los tres. Nos reíamos. Chacoteábamos con lo que se nos presentaba.

-¡El resultado de tus... ¡oh! ...quiero decir, que nos digas el resultado de los pensamientos de tu cabeza.

-Calma, sentémonos, bebamos una copa y lo diré: Algo en mi cabeza aseguraba que la idea viene antes de la posibilidad de realizarlas. Tengo, o tenía ella, o se me presentaron varios ejemplos. Un ejemplo: la castidad. ¡No, no hablo del voto de castidad que se hace cuando el cuerpo entero no pide otra cosa más que mujeres y mujeres. Tú, Tomba, dirás que hombres y más hombres. No, no hablo de eso. Hablo de ese afán por ver en toda mujer un objeto de placer. Esto ha pasado ya en mí, ha pasado para siempre.

Lorenzo me apoyó:

-También ha pasado en mí. Pasó cuando supe que ella también había pasado sin que yo volviera a verla.

-¡Cómo! -Exclamé-. ¿Lumba Corintia?

Tomba se había avanzado y había puesto su mano sobre un hombro de Lorenzo. Yo pregunté:

-¿Dónde...?

Me contestó:

-Allá... En Baltimore.

-¿Cuándo?

-Hace ya de esto varios, muchos años.

Tomba le dijo:

-Yo te acompañé en esos momentos, ¿lo recuerdas? Tú, Onofre, también lo acompañaste. Después nos fuimos a Europa, a Cannes.

Medité unos momentos:

-Cannes..., Cannes... Ahora empiezo a verlo. Pero dejemos esos recuerdos de lado. Hablábamos de otras cosas.

-Sí -dijo Lorenzo-. Dejemos ese pasado de lado. Hay otros momentos para pensar en él. Sigue, Onofre, sigue.

Seguí:

-Las mujeres como objeto de placer... ¡Se acabaron en mí! Como se ha acabado el alcohol. Ya no bebo. No hay restricciones en ello. El alcohol, simplemente, ya no me gusta. Puedo, de tarde en tarde, beber una copa. Hace un momento bebí una aquí contigo. Es todo. Era una falsa manera de estimular el cerebro. Porque yo tenía que pensar en lo que iba a ser. Tenía y tenía que devenir. Esto me mortificaba enormemente y, por eso mismo, no llegaba jamás a fijar lo que tendría que devenir. Ahora..., seré lo que el destino me depara, sí, lo que él quiera depararme ya que el destino es bueno. Bien, yo no sé si hay destino. Me han de comprender ustedes, ¿no es verdad, Tomba? ¿No es verdad, Lorenzo? También me mortificaba con la bondad. Me había propuesto ser bueno. ¡Otra mortificación! Por deshacerme de ella..., olvidaba la bondad. Ahora siento en mí que ya soy bueno. ¿No es así?

Tomba volvió a reír suavemente y murmuró:

—Lo veremos, lo veremos...

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Lo dudas? Fíjate que antes no podía escribir si no tenía un número fijo de páginas que hacer cada día. Total: no hacía jamás ese número de páginas. Y si llegaba a hacerlas, eran malas, pésimas. Todo mi ser estaba en ese negro futuro. Hoy no tengo futuro. Ahora escribo para hoy. Y lo hago tranquilamente. No tengo proyecto alguno.

Tomba seguía mirándome con franca malicia. Al fin me dijo:

—Onofre, das como hecho lo que deseas hacer.

Me callé. Tal vez sea como ha dicho Tomba.

—¡No! —grité.

—¿No qué? —me preguntaron ambos.

Contesté:

—¡Ya lo es!

Quedamos en silencio. Lorenzo fumaba. Tomba se asomó al balcón. Yo, lentamente, saqué un cigarrillo y lo encendí. Al fin Lorenzo cortó este silencio:

—Propongo una cosa. Vamos a ver a Florencio Naltagua. Aceptamos encantados. En el ascensor le dije a Tomba:

—¿Crees tú que estoy en un momento de euforia? No, no lo creas, mi Tomba. Todo esto lo había pensado ya cuando era un joven, cuando era muy joven. Lo había ya pensado cuando era un chiquilín. ¡Este bendito cambio en mi ser!

Al salir del ascensor le dije:

—Ahora, créeme, se realiza. ¡Al haberte reencontrado!

3

Caminamos los tres por San Agustín de Tango, el Nuevo. Así me gustaría llamar a esta ciudad en el año actual, en 1959.

La plaza Dominus Vobiscum está igual. Guarda su fisonomía de antigüedad. Jamás de vejestorio. El Museo de la Historia sigue ahí. Está bien que la historia no se mueva. Esto haría abrir la boca al sabio de Ascanio Viluco: una historia sin movimiento. Allí está la imprenta de La Nave. A su alrededor, viejos, muy viejos edificios. ¿Rascacielos? No y no. Ese podría serlo, pero con tan pocos pisos, no y no. No hay rascacielos. Coronándolo todo está el Portal Colonial. Está como era en tiempos de la colonia. ¡No se mueve la historia, don Ascanio! Ahí, en los altos, está Florencio Naltagua. Está meditando, meditando. No lo creo. Florencio no medita. Él y las ideas son una misma cosa.

Nos sentamos en un banco. Encima de nosotros, enormes y lindos castaños. ¡Ya habrá tiempo para Florencio! Por ahora, aquí bajo los castaños. En esta paz. El ruido se amortigua. Los coches pasan y no chirrean, no destiemplan. La prueba es que esa vieja puede amodorrarse y puede hasta dormir. ¡Pobre niñita, la que está con ella! Se aburre esa niñita. No bastan los castaños para ella, ni siquiera bastan las castañas que vendrán. Ella quiere jugar. Quiere un mundo de castañas que vuelen, que rocen su cara y su pelo. Que la tomen y la lleven, la lleven hacia un mundo mejor, un mundo sin miserias, un mundo dulce, un

mundo de castañas. ¿Clavan, pican las castañas? No, las de este mundo son suaves, dulces, acariciantes.

Florencio puede esperar. Te escuchamos, Lorenzo.

—Sí, eso es, habla, Lorenzo —dijo Tomba.

Y Lorenzo nos dijo, hilvanando su charla en un suspiro de plena satisfacción. En este suspiro se arremolinaban los pájaros y las castañas. La niñita los miraba... ¿con nostalgia? ¿De qué puede tener nostalgia una niñita? Tal vez de que los prejuicios le impidan odiar a esa vieja que modorra.

Mis oídos escuchaban. Los tuyos, Tomba, también. Mientras escuchábamos, volábamos por Cannes y llegábamos a esta plaza. Esta plaza: el Museo de Historia, la imprenta de La Nave, uno que otro proyecto de rascacielo que, sin duda, se alarga para bajo a profundidades que atraviesan el planeta. Vuelve a atravesarlo. Vuelve a florecer aquí, aquí: plaza Dominus Vobiscum, en San Agustín de Tango, año de 1959. ¡Once años que somos casados, mi Tomba! Así es que nada, nada, nada nos pueden decir.

Silencio.

Schcht.

Escuchemos.

LORENZO: Amo a la humanidad. Quiero llegar a amarla, como el campesino ama el ganado.

Este ganado se mueve; cambia; hoy está bien; ya no lo está; hoy paca; ahora duerme; se va a otros fundos; se va a la feria; cambia nuevamente; cambia siempre.

Un vivir que circula. Un vivir sin detenimientos que no se expliquen. Pasar, pasar. Es su evolución. El hecho de conjunto existiendo y *con finalidad*. Sabiendo su finalidad.

Es lo que quiero saber de nosotros, de nosotros los humanos.

Sí, saltan algunas chispas de ese total viviente hasta mí.

Un viejo soberbio se presentó ante nosotros. Gran chambergo; capa española que jugueteaba con las castañas. La niñita lo miró largamente. Este viejo interpeló a Lorenzo:

—Soy Baldomero Lonquimay. ¡71 años cumplidos! ¡Brrrrrrr...! Yo, a pesar de mis años y a pesar de estos frutos traviesos que aquí se arremolinan para seguir volando, a pesar de ti, niñita que me miras sorprendida, yo no me detengo ante tanto pequeñando en lo pequeño. Para pequeñendas viven los himenópteros bajo el taco o tacón de doña Cleta, mi esposáble esposarando. ¿Qué voy yo a erudicidar en campestres y palurdos donceles, fracasados como tales y devenidos arrieros de esos que a ti, ¡oh, Lorenzo!, ¡oh, inefable mancebo de Onofre...! se te encumbran por la mente? Me he detenido ante el tercer “¡oh!”. Porque él habría revoloteado por estos ámbitos y posarse habría sobre vuestra testa dorada, mi bellísima dama. ¡Mueran, pues, las gamuzas y los cornípedos! ¡A homicidio con ellos! ¡Brrrrrrrrrrrrrr...! Ved ese finadísimo cadáver que allí yace. Es el difunto exanguie de quien vosotros hablabais. Ha sido aniquilado, ha fenecido en feneción completa. Te ignoro; te desconocimientezco como ignotezco cuanto a ti se avecinezca. No tomberé en tamaña amañanta. Lo que sea letal... que lo englutezca. Y... ¡fin!

“Yo amo o yo detesto. Nada más. De este amor y de esta ígnea detestación, lanzo efluvios múltiplemente impersonales. Ellos giran y giran y giran de la Tierra en rededor.

¡Dichosos son aquellos bajo los de primera coloración! ¡Desdichados son aquellos que soportan el espoleo de mi detestada detestación!

“Por eso me marchó a través de este campo construido.

LORENZO: Mi finalidad es el amor. El amor no egoísta. El amor altruista.

A él me encamino lentamente, lentamente.

En cada paso que avanzo, cae un poco de egoísmo. Pero me turbo a menudo.

Es una tarea sumamente ardua la de ir hacia el amor sin que en él se mezclen pasiones egoístas.

¡Paciencia! ¡Ya llegaré a mi finalidad!

Lo pintoresco es un llamado formidable. ¿No lo creen ustedes? Miraba yo, el otro día, una foto: un río tranquilo; al fondo, y a su borde, dos casitas. Me dije:

“¡Qué hermoso! ¡Qué paz!

Casí entré en la foto para ir a esas casitas. Vacilé unos instantes. Al fin me metí en la foto. Quedé de este lado; las casitas estaban del otro lado. Llamé. Un bote apareció. Trepé en él. El barquero remó. Crucé el río, el río sin nombre, pues era un resumen de todos los ríos que hay en este mundo.

Llegué a la orilla opuesta. Caminé. Golpeé en la primera casita. Encontré a una vieja escuálida. Chupaba un mate. A su lado dormía un borracho. Por todos lados había chicos, algunos jugaban; otros, quietos; uno dormía como el borracho. Es decir, chicos que sufren.

Fui a la otra casita: ¡Chicos que sufren! Otro borracho daba trastabillones; otra vieja rezongaba y chupaba un mate.

Volví a nado. No sé nadar pero esa vez sabía. Tenía el tiempo exacto para atravesar el río. Después vendría el olvido. Entonces me hundiría en las aguas. Allí perecería.

Llegué a la orilla. Salí. Salté del cuadro, de la foto. Quedé en un amplio hall. Había mucha gente que conversaba. Era el hall de un hotel, así es que me senté en un rincón, al lado del fuego. Hacía frío.

Un amigo... ¡Qué! El capitán Angol, mi primo. ¿Por qué dije: un amigo? ¿Por qué?

Lo sé, mejor dicho, ahora lo descubro: es más literario decir así, así impersonalmente. El capitán nos lleva a Curihue y, ahora, nos lleva a las grandes casas de La Cantera.

Ahí fue, en La Cantera. Me convidó a almorzar, a una trilla. Zumbaban las máquinas alrededor nuestro. Nosotros comíamos un pernil con cebollas. Esto era al aire libre, bajo la sombra de un árbol que ignoro su nombre. No era un castaño. Como son éstos. Estos lindos castaños. Tienen su sombra y la alargan a todos los que pasan. Pero también se sufre a la sombra de un castaño. La niña que estaba aquí hace un momento. ¿Se ha marchado ya? ¿Y la vieja? La chica se ha marchado en el vuelo de una castaña. ¡Feliz ella! La vieja debe seguir rastreando por ahí. Una rata que huele; se detiene; camina un poco; vuelve a detenerse; se para en dos patas; se marcha pero sin castañas volantes. Ellas son para su chica.

Pero yo les hablaba de la foto del hall del hotel y del gran almuerzo que ofrecía mi primo. Al final de este almuerzo saqué mi libreta y anoté:

“Los labradores se van...”.

Naturalmente, algunos de ellos se iban por un sendero que atravesaba los rastrojos de trigo. Se perdían a lo lejos. Unos se iban de a pie; otros, a caballo; otros, en carretelas, otros, en máquinas trilladoras; dejaban la máquina y otros la tomaban. Volvía, entonces, la máquina y ellos... se habían marchado.

Se habían marchado lejos, lejos, perdiéndose más allá de rastrojos de trigo, ya cerca de esas lejanas colinas, ya cerca de esas moles que proyecta la cordillera.

“¡Los labradores se van...!”

Es un hermoso título para un cuento. ¿No es verdad?

Pero yo, pensando aún en aquel río con sus casitas en la ribera opuesta, veía a la vieja escuálida, a los niños que sufren, a los hombres borrachos.

La belleza se me iba, se me iba, lejos, muy lejos, se me perdía más allá de los rastrojos de trigo, más allá de colinas y de cordillera. La desechaba. Me hacía indiferente a ella. No veía más que mujeres escuálidas, niños que sufren y hombres borrachos. Un grupo de gente que cubrió el mundo entero. Así eran todos, todos. Así eran esos labradores que se alejaban. Es mejor comer nuestro pernil con cebolla.

¡Qué ilusión, qué triste ilusión, querer ver por todas partes esa belleza! Ella no existe. Existe sólo para los que tienen la vista vendada, para lo que huyen del realismo.

¿Del realismo? Es lo que le pregunto a ustedes. Te lo pregunto a ti, Onofre; te lo pregunto también a ti, Tomba.

¿Qué será el realismo?

Es otra ilusión, otra ilusión, Tomba, otra ilusión, Onofre. Es como esos labradores que se alejan. Se alejan algunos de ellos borrachos como cubas; otros pensando en el día de mañana; otros, sin pensar en nada, dejándose alejar.

Entonces el llamado permanente de la naturaleza, entonces se recoge. Se esconde. Se va. Enredado en una castaña. Sí, amigos, enredado en una castaña se va con la niñita. La vieja queda modorreando ahí en ese banco ahora vacío. Tal vez sueña en el realismo. Sí, en eso sueña la vieja. La niñita se ha marchado a otra vida de ella. En esa otra vida, la niñita sueña y goza, en medio de las castañas y más allá de todo realismo.

Hay que oír este llamado. Hay que oírlo siempre.

Oigo y oigo. No oigo nada. Allá, acaso está, esa voz.

Allá... “Allá” desaparece. Se marcha como un labrador que se marcha. Se esconde más allá de los rastrojos y colinas y cordilleras. Se esconde aquí, entre las castañas y... Tal vez, pienso yo ahora, se esconde en estos proyectos de rascacielos que, en su pujar, quedaron ahí, a media altura. Sus bases se entierran en el suelo. Atraviesan la Tierra. Van a aparecer del otro lado. Ven, miran. Vuelven a esconderse. Vuelven a aparecer aquí. Vuelven a esconderse. Vuelven a aparecer. Vuelven..., vuelven... ¡Siempre!

Ahora veo el movimiento de estas casas. ¿Qué hace Casanueva y Limarí? ¿Qué hacen los arquitectos universales?

Estar, ahí, bien disimulados, al acecho de la aparición de una casa, de un castillo... ¡Oh, aquí sueñan los arquitectos del universo! De un palacio. ¡No, no! Volvamos al realismo. De una cité, pequeña cité... No, de una enorme cité en la cual quepamos todos, todos, todos. ¿No lo crees tú, Tomba?

Estoy al borde de entender algo.

Cuando camino por las calles, se me figura, de pronto, que voy al borde de un precipicio, que, un paso en falso, y caeré. Temo caer. ¿Por qué temer?

No, no hay que temer. Me lanzo, entonces, al precipicio. Y él se borra.

Sigo caminando por las calles. Sigo por los caminos de allá de La Cantera. Sigo por los viejos castillos de Francia. En todas partes sigo por la superficie. Mis pies son más altos que mi mente. Mi mente se entierra sin perforar.

El otro día caminé y caminé. Caminé aquí en San Agustín de Tango. No encontré a

nadie, a ningún conocido. Vi una serie de viejas. Cada una llevaba un paquete. Algunas llevaban dos. Algunas llevaban tres o cuatro.

Ahora recuerdo: vi a Cirilo Collico que avanzaba mirando el suelo. Lo miraba con sus ojos que nada veían. Iban dados vuelta hacia dentro. Pero tampoco perforaban pues volvían a aparecer en su mano. Su mano llevaba, como esas viejas, un paquete. Un paquete: su caja de pinturas. Quise seguirlo. Quise juntarme con él. No lo pude. Iba a velocidad vertiginosa.

-¡Hola, Cirilo! -le dije.

-¡Hola! -me respondió.

Y seguimos juntos unas tres o cuatro cuabras. Juntos. Íbamos separados por distancias inconcebibles. Quise hablarle de sus actividades detectivescas. Me contestaría:

-No soy detective ahora.

Entonces me vería en la obligación de sumirme en su caja de pinturas. Pasaría yo a ser un bosquejo suyo. Sería detenido por los siglos de los siglos.

Yo no creo en la detención.

Yo no creo en el perpetuo movimiento.

No sé en qué creo.

¡Florencio! ¡Tú podrías explicármelo!

Vivo en el pasado. El futuro me duele. Al presente lo odio. ¡Sí, lo odio!

No creo en el presente. Hay algo que así llamamos: presente. ¿Qué es eso que así llamamos?

No lo sé.

Tal vez Florencio...

El presente está formado por gente que te mira. Te mira y te juzga. Gente que no se da cuenta de la "invisibilidad" que nos ha de acompañar siempre, siempre.

¿Siempre?

No creo en esta palabra de "siempre". Siempre es ayer, es hace un año, diez años, un siglo, todos los siglos. Todos ellos tanto para el pasado como para el futuro.

¿Por qué empleo estas palabras, éstas de "pasado" y de "futuro" si no creo en ellas?

Te mira esa gente. Pasa, entonces, a velocidad inaudita, esa mirada.

He visto miradas que se van a esa velocidad inaudita.

Las he visto. Se van a las cavernas donde bullen todas las cosas que se van. ¡El pandemio! O, acaso, el paraíso...

Nosotros quedamos aquí. Quedamos caminando, caminando. Nos encontramos con Cirilo Collico que, a su vez, camina tras de su caja de pinturas. Nos encontramos con el hombre Martín Quilpué. Tú, Onofre, te encontraste con él. Te encuentras siempre con él.

¿Tras de qué caminará ese hombre?

¡Hace bien! Caminar, caminar y... hacernos hablar de él.

Ellos... siguen. Bordean esas cavernas que no ven. Vuelven al mismo sitio después de un descanso con buena comilona en sus casas. O de una juerga. O de cualquier cosa.

No, no y ¡no! No depende de la cantidad de trabajo. Es algo más complicado que eso. La neurastenia anda suelta. Ataca por cualquier lado. Como atacaba al pobre Anacleto Ibacache.

¡Claro está! Murió Anacleto Ibacache. Hace ya tiempo.

Pero, dime Onofre, ¿por qué te extraña? Todos debemos morir.

Debemos morir un día, u otro día, u otro cualquiera.
Han muerto aquellos quince puntos. ¡Ah, veo que los recuerdas! Uno de ellos logró descifrarlo, el último:

“Y, al ver a Júpiter cayendo tras las tejas, sabe que es necesario el apoyo de una estrella”.

También lo preguntaremos a Florencio.

Él podrá decirlo.

Vamos, por favor, a ver a Florencio Naltagua.

4

LORENZO: Cuando subo por esta escalera, me hace el efecto de que subo hacia la eternidad.

TOMBA: Pronto tendremos que bajar.

Estamos en casa de Florencio Naltagua. En verdad, hay algo de eternidad aquí. Hay, por lo menos, una suspensión del tiempo. Aquí es posible que una persona hable; que su voz sea el reflejo superior. Podrá decirse cualquier cosa. Esta cosa tomará acentos de duración infinita. Y hay una gran soltura. Hay risas y hay bromas. Hay, por cierto, alegría. No, no hay preguntas y respuestas “sobre medida”. Los surrealistas... Creo que por ahí empezamos a conversar.

FLORENCIO: Las intenciones de los surrealistas fueron muy acertadas. Recuerden: la escritura automática. Tocaron a todas las puertas. Las puertas cedieron y se abrieron un poquitín. Basta un poquitín para ver un panorama inmenso. Un panorama atronador. Para ver la posibilidad de deshacernos. Un pez, un muy pequeñito pez en un vaso de agua. Pongo este vaso en una enorme, una inmensa esclusa. Pero lo pongo en sitio que no lo alcance ese derramar de las aguas.

No es agradable, naturalmente, ver siempre esas aguas turbulentas. Comprometen demasiado. Y la vida... ¡es tan bella! La vida tiene la... política. Más vale regresar a la vida y a la política. Más vale cifrar las asperezas en Rusia y tratar de hacer una revolución.

Pero quedarse allá, allá, solo, aislado, sin ayuda alguna y tener que oír la voz de las esclusas, de las cataratas mayores que las del Niágara... Y nadie sabrá nunca de esta estadía mía allá, allá, solo y aislado... Es mejor la política. En ésta se habla y otro responde. Y otro, otro, otro. Habla la prensa.

¿Qué más desear?

¡Vamos a la política!

Los surrealistas regresaron. Ahora, creo, han de hablar de lo que alcanzaron a vislumbrar, con donaire, con apostura.

Es lo que lamenta Rubén de Loa.

LORENZO: Se lamenta al avanzar por estas calles transformadas. ¡Qué suerte has tendido, Florencio, en esta plaza! Decía a Onofre que éste es un rincón que se ha salvado de las acometidas del tiempo. Aquí veo la prédica, veo a grandes sabios que predicán. Los fieles los escuchan devotamente.

FLORENCIO: ¿Tú crees aún en la prédica? ¿No has oído hablar de nuestra “invisibilidad”?

Somos invisibles, Lorenzo. Nuestro trabajo es hacernos ver “por nosotros mismos”. Entonces podremos avanzar un tanto. Podremos avanzar dulcemente... perforándonos. Será el único medio que tendremos para vislumbrar un poco más.

Pero las prédicas... No; la prédica, jamás. Ella es sólo para “regimentar”. Es el oficio que tienen las grandes asociaciones: borrar el camino de la profundidad incluyéndonos dentro de ellas.

Está la asociación de los frailes. Está la asociación de los médicos. Son dos fomidables egrégores que hay sobre nosotros. En la India está el gurú.

Los frailes toman la parte espiritual.

Los médicos toman la parte física.

Pero ellos, frailes y médicos, son, en su mayoría, plenamente inconscientes. La conciencia está fuera de ellos. La conciencia se cierne en lo alto, arriba. Es la conciencia de esos egrégores. Tal vez trabajan con una finalidad. No es para nosotros esta finalidad. Avancemos hacia ella con toda humildad.

Hacen falta muchas cosas para avanzar hacia esta humildad. No hay que acumular dinero. No debe ser él un objetivo nuestro. Porque el dinero es uno de los medios que tienen estos egrégores para disciplinar al regimiento. En cambio la falta de dinero pone fin al sentimiento de culpabilidad.

No se puede avanzar hacia la humildad si dentro se lleva ese sentimiento.

¡Soltarse! ¡Liberarse!

El hecho de pronunciar estas palabras produce un remolino allá en los egrégores. Este remolino llega a los hombres, se esparce por entre ellos. Sí, se esparce inconscientemente. Ni siquiera lo sospechan. Dicen que son cosas que “están en el aire”. Pero lo han sabido.

Entonces se fijarán en ti. Entonces pondrán su atención en tu liberación, con susto. La voz del aire grita:

—¡El regimiento se indisciplina!

Acecharán los hombres. Les repito: inconscientemente.

¿Cómo se resentirá este acecho?

Verán ustedes que en la vida diaria, en esos pequeños movimientos, en los deseos ínfimos, en esos deseos que siguen como perritos falderos, verán ustedes que hay una serie de tropiezos para llevarlos a cabo. Sonarán en falso. La gente mirará con asombro. Ni siquiera... La gente mirará, nada más, y seguirá su tarea. La gente no mirará. La tarea seguirá sola, labrando sola. La gente seguirá de atrás.

¡Soltarse! ¡Liberarse!

¡¡Ser!!

Que la gente no lo vea a uno. Cada persona que se preocupa de la actitud que ustedes hayan tomado, es una detención, una terrible detención.

Sin saber, esta persona comunica. Se va la noticia. Llega allá, a los egrégores. Vuelve la orden. Y serán ustedes mil veces moritificados. Lo serán suavemente. Sí, suavemente. Hasta que, un día, se encontrarán con la imposibilidad de hacer cualquier cosa, de emprender el menor trabajo.

En cambio *se será*.

Cuando no hay restricciones; cuando se es suelto.

Nuestro trabajo es “deshacernos”. Nuestro trabajo es matar al “yo”. Abrir los límites, abrir las vías de comunicación, de modo que se forme un TODO.

LORENZO: Hacer trabajar la inteligencia, Florencio. Hay que ser enormemente inteli-

gente para emprender un trabajo como el que has indicado: “Deshacerse de uno mismo, abrir las comunicaciones, formar un TODO...”.

¿Habrá fuerzas suficientes?

FLORENCIO: ¡A tu edad me lo preguntas! ¡Apenas con 60 años! ¡Un joven, un jovencito! ¡Un cabro...!

Reímos todos. ¡Es bueno reír, reír mucho! Dicen que la risa es lo que nos diferencia de los animales. ¿Será cierto? Por si acaso, ríamos.

LORENZO: Tú tienes 9 años más que yo. Casi la misma edad. Tal vez seremos jovencitos; tal vez, un par de cabros. Pero me queda justo el tiempo para hacer algo, si es que algo quiero hacer. Porque, al querer hacer algo, me encuentro siempre con un inconveniente, con un verdadero inconveniente. Lo llamo yo: “el vaivén”. O si quieres: “para arriba... para abajo”.

FLORENCIO: ¿Es decir...?

LORENZO: Óyeme, Florencio, óyeme esto que te voy a decir; es muy importante; al menos para mí, lo es:

Estoy seguro de que cada avance nuestro no es unilateral; no puede serlo. Cada avance nuestro aumenta nuestra personalidad. Sí, la aumenta pero en... *ambos sentidos*.

Podrás progresar enormemente en el sentido positivo. Sin quererlo, sin sospecharlo, habrás avanzado también en el sentido negativo.

No concibo una marcha unilateral; no cabe en mí.

Mientras más progreso por un lado, más me he de hundir por el otro lado.

Lo sé, lo sé. Oigo siempre el llamado de este lado negativo. Siempre me está haciendo señas.

Yo me resisto. No quiero ver ni oír estas señas.

Él insiste.

Al fin es una lucha que he de mantener para no caer. Al fin a esto se reduce mi vida, a una lucha cruenta.

FLORENCIO: Tratas de ser demasiado consciente. No te sueltas suficientemente. No eres libre.

¡Ser!

Esto lo olvidas. Hay en ti un trabajo de todo momento. ¿Cuál trabajo? El de querer llevar la vida del TODO a tu conciencia. O llevar tu conciencia al TODO. Deberías dejar que tu subconciencia obrara. Deberías dejar que la conciencia no sea más que un punto de referencia.

La subconciencia es nuestra comunión con el más allá.

¿Palabras? ¿Sólo palabras porque digo “más allá”?

No. Porque ni tú, ni nadie, puede alegarme que esta parte de nosotros, esta parte siempre presente y que nos acompaña a todo momento –menos en el sueño– es todo nuestro ser.

Llamo el “más allá” a cuanto intuimos.

Pequeñas, pequeñitas vislumbres que van y que vienen.

Son las vislumbres del todo. Eso es el todo.

Por eso puede creerse; por eso puede tenerse fe. De ellas, de estas vislumbres, se

aprovechan las espantosas mafias de los frailes y de los médicos. Tienen la clave en sus manos: ¡que sean rectas las líneas del regimiento!

Esto del regimiento preocupaba a Romualdo Malvilla. Entre copa y copa aparecíale siempre el regimiento. ¿Lo recuerdas tú, Onofre?

Creí que también habría muerto, como murió el pobre de Anacleto Ibacache. Así lo dije. Pero Malvilla no había muerto. ¡Quedan aún muchos tragos por beber! Y quedan además... ¿Quedarán? Clementina Rengo, Braulia Tinguiririca, Perpetua Mamoeiro, Julieta Pehuén, Miroslava Lipingue... Tal vez ya no quede ni una sola de estas lindas mujeres, de estas adoradas prostitutas. Ellas beben poco. Ahí está la cosa. En cambio los borrachos no mueren jamás. Dije a media voz: "Sí, sí; lo recuerdo; creí que había muerto...".

FLORENCIO: ¡No! ¡Vive, por cierto, vive y bebe! Sigue en plena vida, sigue viviendo aquí en medio de nosotros... ¡Vive en el San Lito! Créeme, Lorenzo, que el San Lito no está más alejado del "todo" que nosotros mismos. Muchas veces se acerca más. Muchas veces llega al todo. En medio de una borrachera, no se sabe bien las cosas que se ven.

La gente, naturalmente, maldice al San Lito.

La gente ve el reverso.

La gente ve la punta que penetra, que socava, que se entierra, que se pierde en un pozo negro.

Pero tú lo decías hace un momento, Lorenzo. Por cada ascenso hay un derrumbe. Por cada derrumbe hay un ascenso. Es un modo global de tomar la cosa.

Esto me hace pensar en la India.

LORENZO: ¡Qué horror! La India ha sido el país de nuestros sueños... ¿podría decir infantiles? La India es el decaimiento y nada más. Acabo de leer a Georges Douart, el obrero francés. He leído "Opération Amitié". ¡Qué horror esos capítulos sobre Pakistán y sobre la India! La miseria, las enfermedades, la lepra, la desidia, la desorganización, el abandono... Por el otro lado veo a los turistas. Esta sola palabra me da calofríos. Los veo con Baedeker en mano, ensuciando todo con sus pies. Luego alojándose en grandes hoteles europeos. La India... Es un país que ya no es país.

FLORENCIO: Conozco a Douart. Dice la verdad exacta sobre la India y Pakistán. Con ello confirma lo que tú decías hace un instante: el ascenso y el derrumbe. Se avanza en ambos sentidos a la vez: el positivo y el negativo. Un país avanza como avanza el hombre. Porque el país es el hombre.

Tú has leído el lado negativo.

Yo he leído el lado positivo.

He leído a Krishnamurti.

Con estos dos puntos hago un total, un globo. Al hacerlo, no veo qué país pueda igualarse a la India.

LORENZO: Yo estoy siempre atacado. No sé qué sea pero vivo atacado, Florencio. Es el leitmotiv de esa parte baja, de la que se entierra y socava. El mundo entero se pelea conmigo. Hay catástrofes y más catástrofes, hay espantosas catástrofes. Me rodean y me interrumpen mis más puras meditaciones. Todo, todo se levanta en contra mía. Me asaltan, me insultan. Es un mundo de demonios el que me persigue siempre.

Naturalmente, es la calma a mi lado, sobre todo allá en mi fundo, en La Cantera.

Pero esto no quita la lucha despiadada, la lucha cruenta que he tenido que sostener, callado, solo, durante tantos años... para poder llegar sano y salvo y ¡puro! adonde, los que son como yo, llegan, en su mayoría, en estado de demencia.

Nadie ha sabido esta lucha.

Algunos, tal vez, la han sospechado.

A Lumba Corintia se la conté una vez entera. Mientras le hablaba me vino la idea del Pacto con Rosendo Paine.

Dicen que ciertas locuras son el refugio ante el peligro externo que uno no es capaz de soportar.

Yo he querido el refugio consciente, por mí fabricado. A su lado he querido apostar centinelas.

FLORENCIO: Pide a cada centinela que enarbole el AMOR. No hay otra arma. ¿No hay demasiada soledad allá en La Cantera? ¿No falta allá la convivencia? En fin, tú lo sabrás. Si en verdad te places en la Bóveda, nada puedo decirte. Si vas a ella sin hacer ningún esfuerzo, está bien. Es necesario hacer las cosas sin esfuerzo, que todo salga solo, espontáneamente.

Algo en mí se encamina hacia el amor.

Lo supe cuando falleció Lola.

Supé que, en ese momento, subía yo a otra vida mía.

Naturalmente, éstas son maneras de hablar. Pero ustedes me han de entender. Por ejemplo he empleado la palabra "saber". Pude haber empleado la palabra "sentir". Es que siempre tenemos que traducir al conversar. Al conversar todo se deforma. Pero hay que hacerlo. ¿Por qué? A través de lo que se conversa se van viendo muchas cosas.

Siempre está presente en mí aquel dibujo tuyo: una raya que luego se dividía en cuatro o cinco rayas más. ¿Lo recuerdas, Lorenzo?

Tuve la sensación de que yo vivía en una raya diferente, de que no era únicamente la raya en que actuaba mi conciencia. Fue una sensación rapidísima.

Desde ese momento supe que mi vida era múltiple.

Vi el vegetal. Lo vi formando parte de mí mismo. Me vi que, en parte, era yo un vegetal.

Para arriba vi la inmensidad. Vi lo eterno. Es decir, vi lo eterno *sin movimiento*.

Vi que este eterno nos acompaña siempre.

Vi que siempre –¿permiten ustedes?– nos telefona...

Vi esa masa inmensa de eternidad. Ahí, en ella, vive lo que tú, Onofre, llamas Anam.

Por lo tanto, tú eres Anam, Onofre, tú lo eres.

Cada hombre lo es. Cada hombre es el todo, el más allá.

Pero aquí se me desintegró el hombre como cosa aislada. Vi sólo fantasmas. Vi sólo quimeras. Vi sólo ilusiones nuestras al vernos los unos a los otros. Y al saludarnos y al cambiar ideas y al comentar un suceso y al imponernos de la salud de un vecino...

Viví entonces en el aire. Viví en el vacío. Porque aquella parte, donde vive Anam, se había volatilizado.

Pasé largo tiempo viviendo así, viviendo sin vivir, llevando una vida vegetal.

Arriba: el todo, el más allá.

Abajo: los hombres simbólicos de ese todo que van por las calles y preguntan por el vecino y siguen su marcha a ninguna parte.

Yo vislumbraba mal. Era una visión antes del tiempo. La prueba es que me dejó la sensación de algo *sobrenatural*.

¿Sobrenatural?

Está mal.

Debemos desalojar todo cuanto tenga algo de sobrenatural. Lo repito e insisto en repetirlo: nada de sobrenatural. Esto no existe. Si algo aparece como tal es, simplemente, que ha sido mal enfocado. Se está viendo desde un plano algo que es de un plano diferente.

Hay una mala ensambladura.

Hemos tocado la fuente de las supersticiones.

No es cosa mayormente difícil hacer que un hombre vea la vida mal enfocada.

Es lo que hace Palemón de Costamota. Entonces, lo que es natural en un plano, es sobrenatural en el plano siguiente o en el anterior.

Ahora que Palemón lo hace conscientemente. Los demás lo hacen inconscientemente. Recuerden ustedes al clero, a esa terrible mafia del clero. Junto a ella está la otra mafia, no menos terrible: la llamada medicina.

Hay tal perspicacia en este mal enfoque, que la gente llega a considerar como un perfecto enfoque lo que ve deformado.

Pero no olvidemos la inconciencia de la mayoría de los que practican este enfoque. La palabra "inconciencia" se ciernen sobre ellos. ¡Qué diablos! Ellos trabajan y nada más. Este trabajo está bien considerado, es aceptado, los adictos a él pueden contarse por miles y miles. Así es que sigamos, sigamos.

La vida es corta. Tenemos tanto, tanto que hacer. ¿Discutir sobre la verdad o falsedad de este enfoque? ¡No hay tiempo, no lo hay! Tenemos tanto que hacer. Otros, esos que nada tienen que hacer, ¡que discutan! Nosotros tenemos tanto, tanto que hacer y nos falta el tiempo. La vida es tan corta y, es justo, necesitamos acaudalar grandes cantidades para terminarla en el pleno descanso.

Hablo y hablo. Se me figura que no hablo.

Quisiera soltarme, quisiera hablar menos y hablarles mucho más. Hablarles sin parar. Ojalá ello fuera en el silencio.

Quisiera pensar en ustedes.

O que ustedes pensarán en mí.

Callemos un rato.

La luz que se filtra es la luz propia de esta plaza. Es una hermosa luz. En ella están los sucesos pasados antes, antes... Cuando el primer edificio dio comienzos a los siguientes. A los siguientes que, lentamente, empezaron a levantarse hasta el día en que quedó hecha la plaza Dominus Vobiscum.

Callemos un rato.

LORENZO: ¡No, no, no callemos! ¡Habla, te lo pido! Tú lo has dicho, Florencio. ¿Cómo fue lo que dijiste hace un momento? Lo recuerdo: "A través de lo que se conversa se van viendo muchas cosas". ¡Habla, habla, por lo tanto! Te escuchamos.

FLORENCIO: Bien, hablaré. Dejaré que las palabras broten y caigan. Ustedes las recibirán como vengan.

Estoy atraído por esta luz. Por esta luz inmóvil sobre la cual tejemos nosotros el suceder del tiempo. Como, no hace mucho, lo tejimos Marul Carampangue y yo. Vimos muchas escenas de la que ahora llamamos la Colonia.

Allí están esas escenas, inmóviles.

Como es inmóvil todo lo que es grande en este mundo.

Lo grande es acercarse de más en más a la inmovilidad.

Lo contrario es el ajetreo diario, ese bullir petulante de todos los días, ese bullir que es la parte que se entierra, la parte que socava.

En todo hay dos partes, Lorenzo. En todo hay una sola parte que, según de dónde y cómo la miremos, presta dos caras:

Primera cara es la que se agita y que lucha desesperadamente, que lucha ante todo; la parte que impele a surgir, que obliga a ir adelante; la parte que corre tras el triunfo, tras ese triunfo que no queda en esta luz que ahora admiro.

Segunda cara es la cara estática, la cara inmóvil, que sólo pide el silencio para poder, cada día, *entender* algo más, algo que sea nuevo.

¡El silencio!

Él es nuestro gran compañero. Porque el silencio no existe. Cuando calla el ajetreo se produce... ¿un silencio?

No. Son voces más débiles las que entonces nos hablan. Son tanto más débiles cuanto son tanto más profundas y duraderas.

El arte... La religión...

Me expreso mejor con dibujos. Voy a dibujar lo que quiero decirles.

Florencio dibujó, en un trozo de papel, dos círculos. En uno escribió la palabra "Arte"; en el otro, la palabra "Religión". De estos círculos marcó la parte superior; de estas marcas arrancó dos flechas hacia lo alto. Allí escribió: "Punto Grande". Luego hizo dos flechas paralelas que se dirigían hacia abajo, hacia la mención: "Pera el vulgo".

Estos círculos son inmóviles. Allí están y allí estarán. Son dos expresiones de nosotros los hombres. En ellas caben todas las actitudes posibles. Zumbamos alrededor. Abajo, gritamos; arriba, callamos. Abajo tomamos las obras de arte, las valorizamos, las vendemos, las compramos, las transformamos en dinero; abajo vamos al templo, caemos de rodillas en la iglesia, hacemos procesiones, alargamos la dádiva al representante del clero. Arriba está el silencio.

Vamos hacia arriba en silencio. Que nadie lo sepa o que todo el mundo sepa, es igual. El mundo desaparece. Vamos... en silencio.

La memoria... Es ésta una palabra ambigua. Tiene varios, por no decir, muchos significados.

Tenemos memoria para el diario vivir;
tenemos memoria para las grandes épocas de nuestra vida;
tenemos memoria que van más allá del día de nuestro nacimiento y de nuestra muerte;

tenemos la memoria del éxtasis.

De ésta habla Lao-Tseu. Habla de la inacción.

Seré un hombre feliz cuando llegue a esta inacción.

Lo que tú decías, Lorenzo: una parte nuestra sube, va hacia las alturas; otra parte se entierra. ¿Qué encuentras de raro en esto? Tiene que ser así.

Se ama tanto como se odia.

Cuando hay desequilibrio en esto, tenemos los tipos neuróticos o los tipos desequilibrados.

Todo es simultáneo en el vivir. Recuerden la luz de esta pieza, esta luz que se filtra por el balcón. Recuerden la época colonial vista por Marul.

Pero todo vive en ritmos diferentes.

Nosotros tenemos un ritmo, tenemos el ritmo de hombres. Y queremos ampliar este ritmo, queremos hacer vivir a la naturaleza entera en él.

Lo del ritmo es cosa nuestra, de nuestra percepción y de nada más. ¿Cómo va a entrar en él el reino vegetal, por ejemplo?

¿Y los minerales que hay bajo tierra?

¿Y el agua de los océanos?

De esos grandes o pequeños ritmos, vemos un ápice, un ínfimo ápice. No vemos más.

Sobre esto que es ínfimo fabricamos nuestras ciencias, las enormes ciencias que dan el orgullo a los humanos.

Esto lo he visto en los contados momentos de inacción que he logrado alcanzar: ritmos y ritmos diferentes; juventud junto a vejez. Igualdad en el total, igualdad en la eternidad.

Estamos ahora en la eternidad.

Siempre estamos en ella porque la palabra "siempre" no tiene significado alguno. "Siempre" se relaciona con el tiempo. Ya les he dicho a ustedes que al tiempo lo he visto desaparecer. No he logrado mantenerme en ese estado sin tiempo.

Remigio Natales oyó hablar de esto, del tiempo, considerado desde mi punto de vista. Inmediatamente se dirigió al doctor psicoanalista Evaristo Gultro y lo consultó sobre mi persona.

El doctor Gultro vino a verme y me aconsejó que fuera a vivir a una altura de más de 500 metros y menos de 1.000 sobre el nivel del mar; en esta altura, reposo; comer cosas sanas; etc. etc.

Aquella tarde tuve uno de mis mejores momentos de inacción. ¡Allá quedaron esos 500 y esos 1.000 metros sobre el nivel del mar!

El cuerpo sufre por su lado. El cuerpo sufre solo.

Nosotros no hacemos más que verificar este sufrimiento.

Mi cuerpo no soy yo. Ninguno de estos cuerpos es el que lo lleva. Porque estamos alojados en nuestros cuerpos.

¡Qué importancia extrema se da a nuestros cuerpos! ¡Es algo increíble! Hay un verdadero afán por tener un cuerpo. Si este cuerpo llega a morir... ¡que nos den otro, otro!

De aquí nace la idea de la "reencarnación".

La reencarnación le murmura a uno:

—No temas, no temas nada. Te daremos otro cuerpo cuando éste ya no te sirva. ¡Y vivirás nuevamente aquí en la Tierra! Porque traerás contigo un sinnúmero de experiencias. Entonces, gracias a ellas, podrás evitar lo que es dañino para tu alma y sabrás escoger lo que es beneficioso para ella.

Cristo no habla nunca de la reencarnación.

Salimos los tres, Lorenzo, Tomba y yo. Florencio nos encaminó hasta la escalera. Al ir a decir "adiós", nos detuvo. Nos dijo, en cambio:

—Oigan, oigan.

Escuchamos los cuatro. Era, por cierto, una muy linda voz. Pensé que se filtraba por la luz del balcón, la luz que venía de la plaza. Por lo demás, es igual por

donde se filtrara como es igual si no se filtraba por parte alguna y era ella la propia voz de esos muros.

Yo escuché lo siguiente:

Los placeres y dulzores
D' esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando a nuestro daño
Corremos a rienda suelta
Sin parar;
Des que vemos el engaño
Y queremos dar la vuelta
No hay lugar.

Tomba escuchó lo siguiente:

Estos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes, llorosos,
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas;
Así que no hay cosa fuerte;
Que a Papas y Emperadores
Y Prelados
Así los trata la muerte
Como a los pobres pastores
De ganados.

Lorenzo escuchó lo siguiente:

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
Como truxeron?
Las justas e los torneos,
Paramentos, bordaduras
E cimeras,
¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

Luego los tres escuchamos:

Tantos Duques excelentes,
Tantos Marqueses y Condes
Y Barones
Como vimos tan potentes,
Di, muerte, ¿do los escondes
Y los pones?
Y sus muy claras hazañas
Que hicieron en las guerras
Y en las paces,
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tu fuerza los atieras
Y deshaces.

Las huestes innumerables,
Los pendones y estandartes
Y banderas,
Los castillos impunables,
Los muros y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O cualquier otro reparo
¿Qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

Luego, cada uno por su lado,
escuchamos parapetados en un gran
silencio que nos impedía vernos:

No gastemos tiempo ya
En esta vida mezquina
Por tal modo,
Que mi voluntad está
Conforme con la divina
Para todo;
Y consiento en mi morir
Con voluntad placentera,
Clara, pura,
Que querer hombre vivir
Cuando Dios quiere que muera
Es locura.

–Vamos, Tomba, vamos. Vamos a la Taberna de los Descalzos. Quisiera tomar algo. Vamos, será mejor, al restaurante de la Basílica. Comeremos un plato de dihueños, de esos dihueños tan exquisitos que come Jabalí Batuco. Vamos, vamos, ¡prisa!

–¿No preferirías comer un par de huevos? Es lo que prefiere Desiderio Longotoma.

–Lo que sea, Tomba. Necesito sentarme e informarme de varias cosas. Sí, tú me las podrás aclarar. Mientras comemos dihueños y huevos... ¡Prisa, prisa!

Restaurante de la Basílica.

Está igual, está idéntico a lo que era hace 29 años. Las mesas, el mostrador, esas perchas... La gente que devora... No es la misma gente pero, dentro de un restaurante, toda la gente se parece. Toma cara de dihueños, aunque no los coma. Al fin y al cabo es igual comer huevos o un bistec o longanizas o lo que sea. La tarea de cumplir este deber sagrado, los identifica a todos estos personajes. Bueno, que coman un pepayuán, que coman cabrajos y cochayuyo; que destripen y traguen mangostas; esto los llevará hasta el antiguo Egipto. ¡Llenar el vientre! ¡Repleta la panza!

–Camarero: un par de huevos para la señora.

–Camarero: una ensalada de dihueños para mí.

–¡Jabalí Batuco? Ahí está, igual. Los años no le hacen mella. Creo que siempre va al teatro, al ballet.

–¡Virginia Rapel! ¡Praxedes Bagdad!

–Ya no bailan, Onofre. Se han retirado de las tablas hace mucho tiempo. A Virginia la veo, es decir, la vemos a menudo. Praxedes no está aquí; creo que está en el extranjero. ¿Marul, Marul Carampangue? Se conserva muy bien, está jovencita. A ti te gusta siempre, ¿verdad?

–No lo sé. Si se conserva bien... Claro está, me ha de gustar siempre. ¡Ah! ¿Y don Irineo Pidenco?

–Viejito, viejito, envuelto en su bata. Lo hemos ido a ver, a la calle del Pentateuco y tú has conversado mucho con él; es decir, él te ha conversado mucho, sobre el Sol, sobre los garbanzos, sobre la Tierra y sobre una cantidad de cosas complicadas que yo no las entendía. Tenemos otros amigos ahora, como ser...

–No, por favor, Tomba; no quiero conocer más gente. Déjame aclimatarme primero, déjame entrar de lleno en esta ciudad que ya no es mi antigua ciudad.

–Porque hay edificios nuevos, ¿no es ya tu ciudad?

–Tal vez sea por eso.

–Este restaurante está como en esos que llamas tus tiempos.

–Lo que sobrevive para luego morir también. Tú me has hablado de un viaje que hemos hecho los dos, de un viaje a Cannes. ¿Es verdad, Tomba?

–Pasamos tres años en Cannes.

–Cannes... ¡Empiezo a verlo! No recuerdo qué hacía yo allá, en qué empleaba mi tiempo.

–¿Tú? Hacías una vida cualquiera. Decías que trabajabas, que tenías mucho que hacer. Luego salías y te ibas a caminar. Ibas a una iglesia, a Notre Dame de Bon Voyage. Por las noches íbamos al cine o nos acostábamos temprano. De cuando en cuando hacíamos largas excursiones en un Citroën que yo tenía. Además...

—¡Cannes...!

—¿Qué te ocurre?

—Lo he visto, sí, lo he visto. Lo veo. Está en mí. ¿Tres años, has dicho? Ahora veo reducirse el tiempo a otra medida, a una medida que está en nuestra mente. Cannes se ha estereotipado. En él no hay antes ni después. En él todo es un solo instante. Yo, Tomba, yo, Tombita...

—Tú, ¿qué?

—Tenía que desenvolver ese instante único y alargarlo en el curso de tres años consecutivos.

—Si tú quieres. Además escribías durante el día. Escribías en *Umbral*. Lo habías empezado el...

—Lo sé. Lorenzo me lo ha dicho: el 2 de marzo de 1941. Lo escribía para Guni.

—En eso pasabas. Y los domingo íbamos a almorzar donde nuestros amigos, pasado Antibes; donde los anticuarios. No, no son los rusos, Vladi y Victor. Esto era en Cannes mismo. Los anticuarios eran Jean de Roumilly y Philippe Roy.

—Tomba, un globo, un globo redondo, mantenido en el espacio. Allí... ¿dónde?... ha quedado ese globo, suspendido, solo. Porque nosotros nos bajamos de él. Fue un barco que rozó la rada, lo recuerdo. Nos trepamos en él. Oigo el pito del barco. Y nos alejamos por el océano. Hasta un día que llegamos a Valparaíso. Allí quedó ese Cannes. Allí..., allí... ¿Dónde habrá quedado? todo aquello, ya te lo digo, era redondo, era conciso, era una sola cosa desprendida de esta Tierra. Ahora debe navegar como nosotros navegamos en aquel barco. ¿Navegará? ¿O se estará descomponiendo? ¡Hicimos ese globo, Tomba mía! Ahora no sé dónde se hallará. Se ha tenido que ir lejos, muy lejos, muy lejos. O, acaso, está aquí cerca, está dentro de nosotros mismos. Aquí hay un problema atroz. ¿Está lejos? ¿Está dentro de nosotros mismos? No, no, no. Cannes fue una ilusión nuestra, nada más que una ilusión...

—Si tú quieres.

—Porque las ilusiones tienen tanta realidad como las cosas más verídicas.

—Tal vez.

—Déjame penetrar en el globo. Veo todo, todo, ¡todo! Le Cannel, la Croisette, la Boca, Golfe Juan, Azurville, la Californie, el boulevard Carnot... ¡y qué sé yo! Claro está que podemos alejarnos aun más. Podemos llegar a Saint Tropez y a Niza... Podemos, en nuestro Citroën, remontar por las riberas del gran río; del Ródano y veremos Montelimar... Podemos ir a Orange, al teatro Antiguo, con la estatua del Emperador Adriano; y Avignon, Tomba, Avignon. ¿Recuerdas el palacio de los Papas?

—Recuerdo que tú, Onofre, ibas a menudo a París.

—Sí, fui a menudo a París. Tomba, fui a otro globo. Quise penetrar en él. Me sentí extraño una vez dentro. O mejor dicho, no lograba penetrar. París no me recibió. Y allí estaba todo lo que buscaba, que no era mucho: el Louvre y Notre Dame. Pero, ¡qué quieres!, era yo un ajeno a esos monumentos. Es triste, es muy triste decirlo: sentí que circulaba, por mis venas, una sangre espesa, una sangre dura de turista. Tenía que volver y contar lo visto. ¿Volver? ¿Adónde? Pero tendría que contarlo. Para eso lo había visto. Para repetirlo: a mucha gente; a poca gente; a nadie. Pero repetirlo y repetirlo. Hasta morir de esta intoxicación.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Con dihueños, siempre bien. Ahora comería un par de huevos. ¿Y tú?

—Una ensalada de dihueñes. En Francia no hay dihueñes. Tengo que aprovecharlos aquí. Sigue tu cuento sobre París.

—¿París? París es otro globo. Nada tiene que ver con nuestro Cannes. Avignon también era otro globo. Eran entre actos que se reían de mí. Yo los miraba como turista y ellos se reían. ¡Qué cosa imbécil es conocer! Ya te lo digo, me trataron mal, París, Avignon, Orange, Valence... Y Toulon, ¿lo recuerdas? Esas fiestas nocturnas de los marinos. Yo iba de smoking y tú te emperifollabas para competir con madame Brénac y con la bella Huguette... No, no iba la bella Huguette. Quien iba era el barón de Dreyfus que invitaba y no pagaba. No así monsieur y madame Pézon...

—Te acuerdas de toda esa gente.

—Sí, me acuerdo de toda ella. Zumbaban, fuera del globo. No sé si zumbaban para hacerme ir a los otros globos o para hacerme ver que ellos tenían otra vida. O tal vez zumbaban porque tal es el oficio de ellos: zumbar. Pero están los egrégos. Ellos saben. Yo me turbaba. Entonces caminaba por las calles, caminaba de prisa. Así caía al Louvre. En él me guarecía. Miraba los cuadros, miraba todo como se mira un recuerdo. Al verdadero Louvre nunca lo volví a ver. Allá, allá, muy lejos, muy lejos... sentía yo cómo se desinflaba nuestro globito. Sentía que ahora navegaba a la deriva. Sentía que era comido por otros globos, por otras entidades. ¡Claro está! Comido y comido. Tomba, porque estos que he llamado "globos", estos sitios ajenos, tienen, ¡ya lo creo!, tienen *tentáculos*. Se alargan, se recogen, chupan. Son tentáculos con vida propia.

—Si tú quieres. Ves demasiada vida propia.

—Naturalmente, Tombita. ¿Qué iba yo a hacer en ellos? ¿Qué? ¡En medio de cadáveres! No me quedaba más que comprar tarjetas postales. Para crearme recuerdos y recuerdos. Esto es evitar la vida, Tomba. Es adular a la gente mediocre. Sí, ya lo sé. Se tiene así un documento de lo que hemos visto y ello halaga... cuando hay visitas. Yo no quiero nada para cuando haya visitas porque ignoro qué intención llevan, o traen. Llevar o traer... Otro problema atroz.

—Piensa sin tantos problemas, Onofre.

—Es verdad. ¿Y Bárulo Tarata? ¿Y su hija? Aquella de la campánula. ¿Cómo era su nombre?

—Biandina Tarata.

—¿Qué es de ellos?

—Bárulo murió, allá en su bosque de Guayacán. Biandina, pues no lo sé. Aparece de tarde en tarde. Siempre amiga de Palemón de Costamota. Una vez la vimos con Artemio Yungay. Tú no cabías en ti de gozo al encontrarte con ellos. ¡Qué hablar de tonterías, ustedes tres! Llegó otro señor más, un individuo... Espera. Ya sé quién era: Antenor Lentejuelas.

—¿Y Eusebio Palena? ¿Y Javier Licantén?

—No los conozco.

—¿Y esos hermanos Doñihue, el gran pintor y el pésimo pintor? Me gustaría volver a verlos.

—No sé. Tampoco los conozco.

—Pero a Teodoro Yumbel, claro está que has de conocerlo.

—¿Teodoro Yumbel...? ¿No es uno que, según me contaste fue mandado a un planeta, a Venus, según creo?

—Él mismo. ¿Qué es de él?

—No tengo ni la menor idea. A ti te gustaba ver a Teodosia Huelén. Cuestión de planetas y astros lejanos.

—¿Murió, acaso, esa querida Teodosia?

—No; está tan campante con sus cincuenta años. La vimos hace pocos días. ¿No la recuerdas?

—A ella, sí, la recuerdo. Lo de hace pocos días..., no.

—Come más dihueñes, Onofre. Te refrescarán la memoria.

—¡Basta de chistes, Tomba! ¿Quisieras un postre ahora?

—Si tú quieres. Bueno. Miel de abejas con tuleca.

—¿Con tuleca...? ¿La miel?

—Onofre, te aseguro que es algo exquisito.

—¡Eh! ¡Camarero! Dos platos de miel con tuleca.

—Bien, señor.

Comimos en silencio nuestro postre. Por mi mente daban, daban vueltas los globos y, en ellos, se balanceaban todas esas gentes de un pasado que había sido mío. Había sido. Había caído en las sombras. Ahora empezaba a despertar. Se desperezaba. Se estiraba. Tadeo Lagarto pasaba por ese pasado. Luego se esfumaba. Volvía a aparecer. Siempre hosco. Contra él brillaba Jacqueline. A su vez pasaba y se perdía del brazo de Isidra Curepto. Iban, sin duda, a Curihue. Partíamos todos a Antioquía. Y el tiempo volvía a deshacerse. El tiempo montado en un gran caballo. Tal vez es Tencedor o Rocinante o Pegaso. ¿Puedo saberlo yo?

—Tomba, yo amo a una mujer inexistente. Yo amo a una mujer que, montada en un caballo, se deshace en la nada. Como allá en Curihue se deshizo Jacqueline Neuilly al pasar de una mata, o de una enredadera a otra. ¿Qué es de Isidra Curepto?

—No la conozco. Tú me has hablado de ella y de Curihue. Pero tú hablas de tantas cosas. ¡Oh, ya tengo una confusión! Hablas demasiado. Deberías concentrarte en una sola cosa.

—Por ejemplo... en *Umbral*.

—Si tú quieres. O en esa linda Jacqueline. Es compatriota mía. Te aseguro que no es inexistente.

—¡Basta de bromas, Tomba! Pagaré y nos iremos a casa o a...

—¿A...?

—A girar por este globo de San Agustín de Tango.

—Si tú quieres. Giremos.

Giramos. O, acaso, la ciudad giró en nosotros. Ahí está el río Santa Bárbara. Caminemos más de prisa. Aquel es el Cementerio Apostólico, con sus galerías subterráneas. Es mejor ir por aquí, por el Paseo del Corderito Pascual. Lleguemos hasta el puente del Anatema. Veremos así el Convento de los Jerónimos. Aunque... ¿qué puede importarme a mí el Convento de los Jerónimos?

—Dime, Tomba: ¿ha muerto fray Canuto? Tú sabes, el que todo lo sabe. Saber... ¡Qué verbo!

—¿Fray... cuánto? También me has hablado de esos frailes. Los confundo a todos. ¿No te gustaría ir a casa a reposarnos un rato?

—Vamos a casa. Me aplastan estos edificios altos. No pasemos por la plaza de la Casulla. El hemíono debe tener pena en su columna al ver que le falta la estación de los ferrocarriles.

—¡Basta de literatura, Onofre!
—Tiene razón, Tombita. ¡Basta de literatura!

6

¡Qué bueno es descansar!

El mundo de mi pasado se revuelve en mi mente. Ahora veo con mayor claridad. Lo veo como acaecido a otro ser. Yo lo miro y lo miro atónito. Pero no sé si con placer o con dolor.

Las fechas se me confunden, se me atropellan. Creo que algunas se anteponen, otras se postergan. Un nombre suena en mí; lejano a veces; a veces, retumbante: M. N. Gutapercha. El barco aquel. De él bajó Guni y estuvo unos momentos conmigo, en Noriol. Hablamos de *Umbral*. Lo había empezado yo en 1941. Luego tiene que haber sido mucho después de esa fecha... Del Gutapercha, y de Guni que bajaba de él, me acuerdo perfectamente.

¡No hay más! De mi largo período de amnesia hay puntos que brillan en mí. El Gutapercha ha debido pasar por Noriol varios años después de 1941. Pero... yo hablé con Guni y ella me dijo que jugaba yo con el tiempo. ¡Al diablo todo ello! En esto ha debido mezclarse Palemón de Costamota. ¿Qué puedo hacerle yo?

Esa imagen de Cannes resplandece en mi mente. De mi matrimonio no recuerdo nada, nada.

Pero la Ley —así con mayúscula— nos obliga a acatar lo que ha pasado. Bien; yo lo acataré.

Estoy casado desde el 27 de mayo de 1948. Hace ya más de 10 años. Casado o soltero se vive igual. Sigamos, entonces, viviendo igual. Aquí en San Agustín de Tango o allá en Cannes. Mi amnesia está salpicada de hechos más recientes. Hay confusión o yo tengo una enorme confusión.

¡Es la obra de Palemón! Con tu obra seguiré adelante, en medio de edificios que se han construido mientras yo dormía aquí, aquí, aquí... Y vivía allá, allá, allá.

He estado 3 años en la Costa Azul. Durante 3 años he mirado aquel torreón que se enseñorea sobre Cannes. Claro está que lo veo perfectamente. Y me veo yo mismo sentado en la Croisette. Lo miro y pienso; pienso y lo miro. Creo que se llamaba la Tour du Mont Chevalier. El barrio entero era Le Suquet.

Ahora lo veo a mi lado, lo veo y lo palpo ese torreón.

¡Volvamos a casa! Tengo que escribir en *Umbral*.

Y Gonfaron. Vuelan unos aviones sobre Gonfaron y vuela un burro alado... La gente ríe con esto.

Notre Dame du Bon Voyage. Entremos. Roguemos por... ¿por quién? Roguemos por todos. Roguemos por mí mismo. Ahora miremos desde lo alto del puente, miremos con vértigo. Caigo a las aguas y continúa, sin moverse, la vieja ciudad de Entrevaux, continúa, continúa.

Pasaré yo y Entrevaux continuará. Pasaré yo sin haber vuelto a ver estas calles de San Agustín de Tango. ¡Calles ahora presuntuosas que se lanzan al futuro! Prefiero Cagnes, prefiero tus rincones que se lanzan al pasado.

Es pequeño, es pequeñito el torreón del Suquet. Ahora lo miro desde lo alto. Es apenas una puntita. Cuando estoy a su lado es enorme. Como son enormes las gargantas del Verdon. Y esas piedras con figuras humanas o diabólicas. Bajo ellas pasaba el Citroën. Yo no sabía si iba en él o formaba parte de esas piedras.

¡Ea! No pensemos más en esas piedras. He dicho que es buena, muy buena cosa, reposar. Ahora estoy en Fray Tomate. 6º piso, y Tomba está a mi lado. Naturalmente este *Umbral* se ha revuelto como se ha revuelto mi mente. Miles de cosas quedan aun en la sombra y tal vez queden para siempre. Debo volver a salir y volver a pasearme por estas calles. Debo tratar de poner los recuerdos en su verdadero sitio. Debo aplanar mi vida. Que no haya en ella ni sobresaltos ni confusión de tiempos.

—Tomba, como tú ves, sigo escribiendo. Voy a llamar a esto que escribo, el IV Pilar. Sí, será el IV Pilar desde que allá, en la avenida del Todopoderoso, me encontré con Rubén de Loa. No miremos más para atrás. Miremos para adelante ahora. Con esta amnesia me había detenido y entonces todo mi pasado se había precipitado sobre mí y quería..., quería... ¿Sabes tú qué?

—No, no lo sé. ¿Qué querías?

Le dije:

—Quería sepultarme entre esos recuerdos; quería matarme de esa manera.

Me miró, creo que con cierta ironía. Me dijo, al fin:

—Quería impedir la circulación de la vida en tu persona.

—¡Eso es, eso es! —exclamé lleno de euforia—. Ahora no lo podrá. Ahora tenemos este IV Pilar y él nos acarreará lejos, muy lejos. Nos llevará a la ventura, nos llevará a otros sitios que aun no conocemos.

7

Salimos de nuestro departamento. Salimos con la intención de irnos lejos, muy lejos. En el piso inferior, Lorenzo nos detuvo. Llegaba a su casa en el momento en que nosotros, cantando, nos deslizábamos por la escalera. ¡Qué ascensor ni qué nada! ¡A pie y cantando! Así entramos donde Lorenzo. Nos arrellanamos, Tomba y yo, en grandes sillones, Lorenzo nos preguntó:

—¿Quieren un poco de música?

E hizo funcionar su fonógrafo. Una canción, una cancioncita triste, llorosa. La escuchamos en silencio. Mirábamos a nuestro alrededor. En él bailaba una mujer, una linda mujer, que seguía el ritmo de la música con un desgano lento y expresivo. Con los últimos acordes desapareció en la nada.

Lorenzo murmuró:

—¡Qué linda mujer!

Le pregunté extrañado:

—¡Cómo! ¿La has visto tú también?

Me replicó:

—Otra coincidencia más entre nosotros, Onofre. Cada vez que mi cerebro está en reposo y oiga una canción cualquiera, aparece una mujer, esta misma mujer que acaba de aparecer ahora. Baila, se acerca a mí, ríe, a veces casi llora. En su danza empieza a tejer

algo, empieza displicentemente a tejer algo interminable. El ovillo me enreda, siempre me enreda. Yo, con inocencia, lo sigo y... una vez más me encuentro enredado en una historia de amor. Ella, esa mujer, ríe y ríe; se pone de pronto triste, deja caer una lágrima, vuelve a reír. Y danza a mi alrededor. Hasta que termina la música y, entonces, todo desaparece. Así es como me veo siempre cogido por una historia de amor. No sé qué ha de pensar Lumba Corintia desde el otro mundo. Aun cuando ella vivía, la música hacía de la nada una mujer que danzara. ¡Sí, sí, mi querido Onofre! Esta mujer marcha al lado mío esperando que suene un instrumento cualquiera para presentarse ante mis ojos.

No pude impedirme un grito:

—¡La eterna historia del amor eterno!

Y callamos.

De pronto fui tomado por un decaimiento atroz que allí, junto a mi Tomba y a Lorenzo, me cogió como pudo haberme cogido en cualquier otra parte. Nada tenía que hacer, este decaimiento, ni con Lorenzo ni con Tomba. Nada tenía que hacer con nadie; nada con el tiempo. El tiempo era algo bochornoso, algo gris. El tiempo era como tantas otras veces yo lo había deseado, más bochornoso aún, más gris, hasta que se transformara en una tempestad. ¡Una tempestad! Entonces huir por las calles, como ratas asustadas; sentir que, entre el mundo que nos rodea y nosotros, existía un verdadero antagonismo, un antagonismo espantoso, que ahora se hacía presente con esa lluvia que caía. Nada tenía que ver con mi salud. ¡La salud! Es cierto que un enfermo hace nacer en su cama el albergue de una vida superior. Todas las flechas, esas flechas de que hablaba Rubén de Loa, convergen hacia él. Entonces, de entre las sábanas, se levanta la vida superior. Pero un hombre sano también. Un hombre sano también explaya esta vida que gira y gira, que gira lejos, lejos, que va hasta los astros, los deja atrás y vuelve a velocidad inaudita. El hombre sano la sigue, como la sigue Teodosia Huelén, sin importarle nada lo que suceda entre astros y astros. El hombre sano corre a tanta velocidad como corre, sin moverse, el hombre enfermo metido entre sus sábanas inconmensurables.

Nada tenía que ver este decaimiento ni con el tiempo ni con mi salud.

Este estado de ánimo allí estaba, de pie, mudo, fijando sus ojos en mí. Allí estaba sin ver a Lorenzo, sin ver a Tomba, viendo, quizá, a algún otro ser que, en aquel momento, se desesperaba a miles y miles de kilómetros de distancia, se desesperaba de este terrible estado de ánimo que lo había agarrado.

Creo que suspiré una vez. Pero, ¡no importa! Hablé, conversé, me interesé por cuanto se decía, alegué y contraalegué como en mis mejores días.

Dije con voz clara, nítida:

—Yo, como biógrafo, estoy decayendo lamentablemente. Me ha venido un decaimiento súbito y todo se me ha esfumado con la rapidez de esa bailarina que surgió con las notas de tu fonógrafo.

Lorenzo me dijo:

—Esa bailarina no hace más que pasar por tu lado. En mí tiene mayor gravedad porque ya vive junto a mí, a todo momento. Es como un símbolo permanente, un símbolo anticipado de lo que me va a ocurrir.

Tomba se levantó y nos dijo:

—Parece que ustedes quieren conversar largo rato. Yo me iré a hacer mis trajines diarios. ¡Hasta pronto, aquí en casa!

—¡Hasta pronto! —respondimos ambos y Tomba se marchó.

Lorenzo, entonces, me afirmó:

—La sexualidad me está matando poco a poco. Ha resurgido en mí con unos ímpetus inimaginables. Ha resurgido solapadamente y no por eso menos fuerte. En vano lucho contra ella. ¡No hay caso! Vuelve y vuelve siempre, pero vuelve ajena a mí, no como un fenómeno natural. Vuelve como otra entidad que quisiera asirse a mí y agarrotarme. Como ese decaimiento que, a veces, a ti te toma. Si no fuera por ella, por esa linda y adorada mujer, no sé, en verdad, adónde iría, adónde llegaría.

Le pregunté de inmediato:

—¿De qué mujer hablas?

Me respondió:

—De la que ahora me calma y me guía. De Benilde Panilonco.

Un rato de silencio. Ambos estábamos solos en el silencio de las cortinas de su escritorio. Como la bailarina que nos acecha con la música, ahora éramos acechados por una forma femenina, cambiante, precisa a ratos, luego imprecisa. Al fin Lorenzo se levantó. Le dije entonces:

—Yo, te lo repito, he calmado mi sexualidad.

Luego agregué sonriendo:

—Tal vez ella ha quedado allá, en los bosques de La Cantera, y ha venido a radicarse, con toda normalidad, en Tomba y nada más que en Tomba.

—En cambio a mí —me contestó Lorenzo— me ataca en cualquier sitio, me ataca y me abruma. Puedo estar aquí en San Agustín de Tango, puedo estar en La Cantera o puedo ir de viaje, ella aparece a través de las formas más diferentes: en el movimiento de la gente sin que yo la vea; de pronto, en una mocosa que pasa; luego en la forma de un tronco solitario; o en la espesura de un bosque; o en el silencio de la silueta de un alto edificio; o en las pinturas, ya sea de los viejos primitivos, ya sea en las del arte de hoy día; o en las formas más insípidas de los objetos que nos rodean, como ser aquella lámpara o este cenicero; en fin, Onofre, donde sea y en los momentos más intempestivos. Oigo que me murmura: “Aguarda, mi Lorenzo querido, aguarda un instante más y estaré de lleno en ti”. Como aquella bailarina ríe. Luego es el mutismo, el completo mutismo en una forma cambiante y al mismo tiempo, hierática. Entonces corro hacia Benilde Panilonco, la tomo en mis brazos, la aprieto, me hago pequeñito a su lado. Ella coge mis cabellos, me los acaricia. Así esperamos. Entonces, revoloteando, aparece Jenara Linares, aparece Vivencia Pocuro. Ambas hacen real su recuerdo. Sobre este recuerdo tiende sus manos... ¡Lumba Corintia! ¿Me oyes, Onofre? Lumba Corintia, la que ya no es. Luego me retiro; me vengo para acá; me siento aquí frente a mi mesa. Cojo un papel y escribo, le escribo. ¿A quién? Le escribo a Benilde... en la forma. Escribo a la mujer... en el fondo.

¿Yo creía, como tú, terminado mi amor pasional. ¡No hay tal, Onofre! El otro día le escribí a Benilde:

Quisiera que todas, todas las mujeres a quienes he cortejado, todas las que han estado conmigo, todas sin excepción alguna, de pronto vinieran aquí a mi lado, teniendo presente, y en su actualidad, los sentimientos que “yo les hice nacer”. Entonces quisiera que me miraran y no me preguntaran nada más que esto:

—Y... ¿qué?

¿Comprendes, Benilde, cómo veo la cosa hoy día? Antes, no habría tenido

más que meterme debajo de un ropero o escapar y escapar. Ahora, no. Ahora les podría decir:

—Quiero esto, esto y esto; así es que ¡compadécete de mí! Crees que gozo de ti. No, no. Lo que hago es huir y huir de mí mismo. Nada más que huir. Pero ellas me dirían:

—Tal vez. Pero nosotras nos hemos entregado así es que es justo que tú nos pagues.

¡Y tal es la justicia, mi Benilde adorada!

“Pero dime una cosa, Onofre: ¿Piensan en esta justicia las mujeres? ¿Es ello un problema tan trascendental como aparece allí en mi carta? A veces me inclino hacia un lado; a veces me inclino hacia el otro lado. Veo a muchas mujeres que ansían zafarse pronto de esa virginidad que las marca, zafarse y seguir la vida con plena normalidad, como la sigue cualquier hembra de este mundo. Y no te hablo aquí con un tono despectivo de las hembras. Veo la gran sabiduría de la naturaleza. Alrededor de esta sabiduría, ¡ah!, veo a una serie de hombres sagaces, todos ellos cubiertos con hábitos monásticos, que apuntan sus dedos sobre esta virginidad y susurran la tremenda palabra que de sus labios jamás se aparta: “¡Pecado!”.

“Pero veo también a otras, las veo o las imagino, Creo en la imaginación, sí, creo en ella a pie juntillas. Entonces estas mujeres “imaginadas” dan su virginidad esperando haber dado algo más, dando algo profundo de su ser. Después vienen a ver que es en el hombre donde existía esa fatal indiferencia para ejecutar un acto que siempre se ejecuta y se sigue, se sigue...”

“Ahora pienso en Lumba Corintia.

“Onofre, ya te lo he dicho: era ella una pequeñita, una pequeñita chiquilina de 14 años cuando se entregó a mí. Se entregó entera. No sólo su sexo. Con el sexo ella dio cuanto es posible dar. Se salvaba de una vida para ir a otra vida que yo, acaso sin darme cuentas, le había bosquejado ante sus ojos atónitos.

“Yo seguí tras ese bosquejo; ella siguió tras la realidad que había dado para llegar a él.

“Hoy día miro de otro modo estos sucesos de mi pasado. Hoy su muerte ha descornado un velo que me ofuscaba. Hoy veo claro. Yes a ti, Benilde, a quien necesito decirlo, a quien ya lo he dicho cuando me acurruco entre tus brazos maternos. ¡Sí, sí! Porque siento a la madre en medio de la mujer. ¡La siento, la siento! Voy a ella, como un niño chiquitín, voy a arrodillarme ante ella. Entonces, como la mujer del fonógrafo, aparece la mujer, ¡la mujer!, la mujer que ríe, que me coge entre sus brazos, que luego se pone triste, que vuelve a reír y termina con un quejido que se disuelve en una sonrisa.

“Ese pasado se levanta en mí en una sola visión. La visión es: todo ello estaba MAL. Sí, Onofre, pesimamente mal, increíblemente mal. Ha habido una inconsciencia completa, una comprensión muy extraña de la vida: ¡querer mujeres y más mujeres! Todo cuanto he hecho ha sido un medio para seguir por este camino errado. Dentro, muy al fondo, casi invisible, ha brillado siempre una pequeña luz. Nunca se ha apagado totalmente. Era lo único que tenía yo para cogerme y evitar una caída definitiva.

Debo decir algunas palabras sobre mi amigo Lorenzo Angol. Es verdad, tuve un decaimiento o algo que a mi conciencia se presentó como tal. Ahora veo que no fue así. Sencillamente me vacié y hubo un momento en que quedé hueco. Luego me reintegré a mí mismo. Pude, entonces, apreciar más a fondo el sentido de las palabras de mi amigo:

Lorenzo Angol había tenido un cambio, un profundo cambio, tal vez venido con la muerte de Lumba Corintia. Voy a anotar, así como a mí se presenten, sin orden, la esencia de lo que dijo. No veo otra manera de poder comunicar el fondo de su nueva alma; una nueva alma que aun se debatía en medio de esa terrible sexualidad de que me habló.

Yo la había presentado esta alma nueva. Luego la olvidaba y pensaba en otra cosa. Lorenzo nada me había comunicado sobre las respuestas que hubiera obtenido a las interrogantes que, yo sabía, se acumulaban en su mente. Pero, durante nuestra conversación en medio de las cortinas de su escritorio, llegué a la conclusión de que había tenido una visión, una aparición, mejor dicho, que lo había sumergido en el misticismo. Yo la había considerado únicamente como una actitud extraña de él. Pero siempre recordaba lo que me había dicho en tantas ocasiones:

—Tengo un pecado atroz que redimir...

No era éste un pecado de esta vida. Era un pecado que marchaba junto a él desde épocas remotas. La única manera de afrontarlo era la de ponerse frente a él sin titubear y cortar para siempre todos los gestos inútiles. Ir a la profunda inacción meditativa. Recurrir, si ello fuera necesario, a las demás personas; oír las, guardar en el fondo de uno sus palabras, fueran ellas cuales fueran, dejar a esas personas en su absoluta libertad de acción, no pensar más que ellas habían hablado, pero conservar el sentido de lo dicho por ellas como un verdadero mensaje venido de otros mundos. Aquí veía yo el significado que para él tenía que tomar esa mujer que ahora la acompañaba: Benilde Panilonco.

—¡Sí, Lorenzo! —le dije—. No debes temer la sexualidad que ahora te atormenta. Debes ir francamente a ella, olvidar tu vida en medio de las voluptuosidades que Benilde te ofrezca. ¡Coraje, amigo mío! El que se detiene pensando está perdido. Hay que dejarse llevar por los instintos que rebotan en el fondo de nuestro ser. Benilde te quiere, ¿no es así? No le harás daño alguno; todo lo que venga de ti será bendecido por ella. ¿Entonces? ¿Qué aguardas?

Me respondió:

—Es verdad cuanto dices, Onofre. Benilde es una gran amiga, fuera de la inmensa voluptuosidad que siento por ella. No hay secretos entre nosotros. Ella ha consolado mis penas ante la muerte de Lumba Corintia. Al encontrarme con ella creía ya pasado en mí todo el amor pasional que pudiera quedarme. Benilde me lo ha vuelto a despertar. Cuando me entrego a ella pierdo toda noción del mundo que me rodea. ¡Sólo ella existe! Y con ella me voy a otras regiones, sí, a otras, que... luego me traen a ésta con una especie de decaimiento parecido al tuyo.

“Pero este decaimiento no dura. ¡Pasa, pasa! Y otra vez soy tomado por la sexualidad desenfadada.

“No hay duda, Onofre: las mujeres nos sacan de esta concentración terrena. Creo que nuestra vida no es más que una honda, una insondable concentración, un ensimismamiento sin igual ante lo que, de pronto, nos rodea. Aquí está el placer del espasmo. Aquí está su significado. Sólo que este proceso lo sentimos en lo físico. No se mantiene en su plano. Pero quien se haya dado cuenta de él, no podrá olvidarlo. Lo seguirá siempre, como lo sigo yo.

“Así empezó mi historia con Benilde. Indiferentemente me desconcentró de esta Tierra. Pero... fue por un instante, nada más que por un instante. Quise decírselo. Hablé. Mis labios dijeron más allá de mi voluntad:

—Benilde, te quiero...

“Ella me respondió:

“-Yo también te quiero.

“Sentí, luego, que la vida, suspendida por algunos segundos, volvía a caer junto a nosotros. Los relojes siguieron marchando lentamente. Las gentes siguieron hablando. Y allá, allá, en los presidios humanos, los presidios que llenan este mundo, los presos siguieron su ronda monótona, la siguieron, blasfemando en contra de lo que llamamos la justicia.

“Apreté a Benilde. Ella, en mis brazos, se durmió.

“Onofre, ¡las mujeres son perversas!

“Porque no me negarás tú que es una perversidad sacarlo a uno de la tranquilidad de esta vida para sólo hacerle vislumbrar un resplandor de lo que nuestra vida DEBIERA HABER SIDO.

“¿Perversas? ¡Qué quieres, Onofre! No, no lo son por el hecho mismo de que son inconscientes en este acto. Obedecen sólo a la voz de su sexo.

“Tal vez es este acto de desconcentración terrena el que se insinúa en otros momentos. Lo he sentido también en medio de un bosque y, al sentirlo, me detuve y quedé lelo. Un pájaro cantó en ese momento y la vida volvió a seguir. Los relojes volvieron a marchar y lejos, muy lejos, la gente siguió su charla.

“Quedé confuso. Ello me había ocurrido en La Cantera. Fue una tarde. Volví de prisa a mi casa. Al llegar a ella conocí a Benilde. Había llegado, de paso, con Desiderio Longotoma. La miré, le hablé a solas. Desiderio no podía más de gozo y aplaudía a cada momento.

“-¿Por qué aplaude usted? -le pregunté.

“Rió largo rato. Al fin exclamó:

“-Río por lo que haya que reír MÁS ALLÁ de esta vida.

“Una semana después me acostaba con Benilde. Y junto a ella lloraba la muerte de Lumba Corintia.

“Otra vez sentí este acto de desconcentración terrena en el traqueteo de una calle. Iba con Jabalí Batuco por el bulevar de la Catedral. Fue un instante, nada más que un instante. Fue al ver la silueta de un alto edificio y, por la acera, a un hombre que pasaba llevando a su lado a su perro, un lindo boxer. Pero todo desapareció en seguida. El hombre y el perro se mezclaron a la vida, se confundieron con ella. Los perdí de vista. La ciudad volvió a tomar su fisonomía que nosotros tenemos la costumbre de considerarla única.

“Tú comprenderás que quedé ansioso de que estos momentos se repitieran más a menudo en mi vida. Hasta el día en que llegué a Pompita. Aquí en Pompita tuve, nuevamente, un segundo de desconcentración terrena. No sé a qué atribuirlo. Tal vez a unos lejanos barcos a la vela, tal vez a un muchacho que resbalaba sobre las aguas con largos esquís arrastrado por una lancha automóvil, tal vez a unas viejas que dormitaban sentadas en sus largas sillas, tal vez al ruido de las olas, tal vez a nada de todo eso; tuve la desconcentración sencillamente porque sí.

“El hecho es que fui quemado sexualmente. Corrí al hotel de la Playa y pregunté por Benilde. Salimos juntos. Fuimos a mi pieza y allí me lancé sobre ella. ¡Sí, tuve la desconcentración total! Minutos después caía y caía a la desesperanza completa. Me apreté a ella, creo que sintiendo un odio profundo en contra..., en contra... ¿de qué o de quién? No lo sé. El caso es que disimulé cuanto pude, bebimos, charlamos alegremente, nos reímos con la alegría de dos colegiales, lo que no es poco decir dada mi edad, y, pensando siempre

en ese femenino que ahora se ha encarnado en Benilde, la volví a besar, la volví a acariciar y, normalmente, la volví a poseer. Todo se repitió: la euforia loca, el olvido del mundo, el grito que la desconcentración nos arranca del pecho, la caída súbita, el odio que se levanta pero que sólo se insinúa y luego desaparece entre charlas y risas y... los relojes siguen su marcha con toda regularidad.

Lorenzo me alargó entonces un cuaderno de notas. Al pasármelo me dijo:

—Léelo, Onofre. He anotado allí lo que venga y como venga. Tal vez un día me sirva, cuando otra mente, otra mente menos agarrotada que ésta por la sexualidad, lo lea con calma.

Decían así sus notas:

Ir hacia la bondad es el más duro de los caminos que puedan emprenderse. Este camino está defendido por dos guardias impávidos: la soledad y el desamparo.

Se queda uno atónito ante ellos. El fondo se ahueca pues todo se retira y se confunde, hasta las menores cosas. Y en lo real, en nuestra vida cotidiana, nada pasa de negativo, nada, nada.

¡Es un mundo que se aleja feliz y que a uno no lo lleva!

Palemón de Costamota nos observa y nos ofrece buena compañía. Además pone su ayuda al servicio de nosotros.

¿No lo recuerdas, Onofre? Hace ya tiempo. Tú estabas en La Torcaza, en la galería. Sentiste de pronto que alguien golpeaba a los vidrios. Era Palemón sonriente. Era Palemón que te proponía un diálogo o un cuento sobre Hamlet y Bel Ami. Así conociste a Palemón de Costamota.

Tú, Teodosia, cuando te sientes atacada por este repugnante personaje, te vas, te vas muy lejos, a Huelenia a charlar con su único y feliz habitante, don Abundio Roncovuca. Allí te entretienes oyendo los chillidos del diablo que huye de las llamas del Sol.

Teodosia, tú no eres una mujer; aunque eres hermosa cual ninguna. Para mí tú eres la continuación de mi hermana Jateña. Tú eres su espíritu. Así te considero y te venero. No es algo que yo crea; es algo que sé. Me basta, para ello, oír lo que hablas: aquel patio pequeño, pequeñín, con su puerta de manilla de oro, esos dos jóvenes tarambanas de Losundro y Lisandro y esas libidinosas hembras que los acompañan. Todo ello, a un paso del Sol. Porque a un paso está también esta Tierra y los más lejanos planetas y las estrellas.

Teodosia domina todo este cosmos. Como lo dominó Jateña. Sólo que a Jateña, una mano malvada le cortó las alas. Volaron estas alas con su muerte. Se colocaron en Teodosia Huelén. Y el sueño de mi Jateña se realizó.

¡Saber que todos los hombres tienen los mismos problemas y que no lo saben! Viven y obedecen a ellos y nada más que a ellos.

Me quedo, a veces, contemplando a los hombres que pasan por las calles.

Los hombres... Sí. Ustedes las mujeres, no. Es otra la misión que tienen ustedes las mujeres. Ya lo he dicho: desconcentrarnos de esta Tierra. Pero esto me hace meditar mucho:

¿Quiénes son las mujeres? Si tienen semejante misión, ¿cómo un vistazo a ellas mismas no las sumerge en el cosmos?

Es este un problema que no logro resolver. Este problema lo trato cuando, en silencio, te tengo en mis brazos a ti, Belinde mía.

Hay una lucha en mí. Por un lado, el misticismo; por el otro, la sexualidad. Para el primero no tengo más que ver mis lecturas y las meditaciones que ellas hacen florecer en mí. Tú, Krishnamurti, me has enseñado a meditar; a ti, Florencio Naltagua, debo agradecerte que me hayas recomendado su lectura y su meditación. Esta finalidad mística es la que dirige mis más profundas intenciones. Cuando ella me penetra no veo obstáculo alguno que pueda anteponerse a mi marcha. Pero está la sexualidad; están todas las mujeres de este mundo. Siento que ellas me rodean, que me rozan, que me toman de una mano y me llevan a regiones de una lascivia inimaginable.

Hoy volvía de La Cantera. Me detuve un largo rato en la estación de Tragatencas a conversar con el nuevo jefe de estación. De pronto apareció su hija, una estupenda muchacha. Morena con reflejos, en sus cabellos, algo castaños. Sería pero de pronto reía y volvía a su seriedad. Se retiró de nosotros para tomar un pequeño coche que la esperaba. Subió a él lentamente. Quedó largo rato con una pierna dentro del coche y la otra fuera mostrando sus medias de seda con zapatitos de tacones altos. No sé su nombre: es conocida en Tragatencas por "la hija del Jefe". Pero yo, para mis adentros, la bauticé: Berguibenda. Berguibenda no se preocupó de mí para nada; acaso debe tener un novio. Sí, se casará, tendrá hijos y lo demás, lo demás, es decir, la eterna historia. Pero sus piernas se desprendieron de ella y han venido a sentar plaza aquí en mi imaginación. Por eso no he querido ver hoy día a Benilde. Estando con ella poseería a Berguibenda, sería entrelazado por esas piernas que vi en el coche que ella tomaba. Y es el caso que todo amor por el misticismo ha desaparecido en mí. ¡Sólo veo sus piernas y su risa breve, cortada, que es como la última expresión de esas pantorrillas envueltas en seda!

¡Ellas, las piernas de la mujer, me obligan, me están obligando de más en más, a correr tras las mujeres todas! ¡Ellas producen en mí una fascinación irresistible!

Benilde, mi linda Benilde, ¿te amaré de verdad?

Ahora Lumba Corintia ha abandonado sus formas terrenas. Ahora está pura y muda. Tu espíritu ha llegado hasta mí. ¡Oh, si pudieras llevarme hasta el misticismo completo!

No, no lo podrás. Déjame aún mecarme entre las voluptuosidades que, sin querer, sin sospecharlo siquiera, pasean consigo las demás mujeres.

Es otro modo de desconcentrarse de la Tierra. Sólo que está, al final, EL GUARDIÁN DEL VESTÍBULO.

Benilde, sí, soy tuyo.

¡Vete de mi lado, Berguibenda! ¡Vete!

Se marcha Berguibenda, se aleja. Todo el ritmo de su andar, al alejarse, lo van acentuando esas hermosas, esas cautivadoras piernas tuyas.

La música rompe ese total con arriba. La música socava. Ella lo rompe y socava en otra región. Es ésta una región vecina del infierno; yo la llamo terrible, tremenda. Pero a veces la encuentro como el verdadero modo que tendríamos de vivir. Sobre todo la música llamada vulgar, la música folklórica. Sobre todo cuando es algo triste. ¡Tristeza! Porque hay en mí mucha tristeza no ubicada todavía.

Florencio Naltagua ha tenido que haber vivido todas estas etapas. Y ha salido, al fin, victorioso en todas ellas. ¡Te envidio, Florencio!

¿Envidiar?

No. Está mal esta palabra, está mal.

He reflexionado, he meditado sobre las palabras de Florencio.

Claro está que entiendo cuanto él dice. Pero no puedo volver a formularlo. Recuerdo entonces a San Agustín:

Si nadie me lo pregunta, lo sé; mas si quiero explicarlo, ya no lo sé.

Ante cualquier clase de formulación clara, me complico, no puedo explicarlo con nitidez y con esa sencillez que es propia de Florencio.

Algo de esta sencillez tiene Tomba Montbrison. Ella no trata de repetir lo dicho por él con precisión. Lo aclara con *amor virginal*.

Recuerdo que un día me dijo:

—Por eso amo el arte. Por eso me encontré con Onofre frente a la catedral de Cremona. La mirábamos. El Bautisterio nos cobijaba. ¿No crees tú, mi buen Lorenzo, que un amor que así nace no puede morir como mueren los demás amores?

Tal vez sea así. ¡Ojalá se amen siempre ellos dos!

Florencio Naltagua dice, apenas, insinuaciones. Nosotros tenemos que aclararlas, cada uno por su lado.

Una idea burguesa arraigada, inamovible: los que han tenido amores deben pelear definitivamente, deben odiarse una vez que estos amores han terminado.

Es la importancia que se da al sexo pues hacen de él el centro de la vida, lo único serio que pueda existir. Es el punto de vista para la recta línea de conducta.

Cuando me separo de ustedes las mujeres y caigo en el misticismo, empieza a molestarme el ruido exterior.

He soñado con Tina Maracá. He despertado con ella. Estaba excitado con su recuerdo. Pero es curioso cómo se piensa: de la excitación que ella me causaba fue mi pensamiento a Nápoles y aquí se detuvo en un pequeño grupo de pobres gentes que cantaban cerca de la bahía.

Pero debo explicarme un poco. Todo esto pasó durante mi último viaje a Europa, es decir, hará ya pronto tres años de mi regreso. Un avión me llevó a Buenos Aires donde me embarqué. Fui hasta Río de Janeiro. Allí permanecí una semana y luego seguí a Italia a bordo del Marco Polo. En Río vi a Tina Maracá. La vi en la calle, luego le hablé en mi mal portugués, luego la invité a comer y luego pasé la noche con ella en su casa. Porque Tina vivía sola o, al menos así me lo dijo y así pude verificarlo.

Tina era una negra.

Era una negra con todo el esplendor de esa raza. ¡Qué hermosa raza es la negra! ¡Qué formas, qué senos erectos, provocantes, que ellas, estas admirables negras, lucen con altanería! Deben considerar los senos de sus hermanas blancas como simples escarabajos que les cuelgan. ¡Y la cintura y las caderas! Yo permanecía en éxtasis mirándolas. No atinaba a desprender los ojos de su silueta. Ella reía. Hasta que, de pronto, me alargó una pierna desnuda. Una pierna cobriza, de un color intensamente oscuro. Se la cogí con ambas manos, se la acaricé y se la besé. Sentí, en las yemas de mis dedos, la suavidad misma, la suavidad suma.

O mis manos buscaban suavidad. Me habían dicho mil cosas en contra de los de raza negra: eran ásperos y olían mal. Yo me deleitaba entre la más pura tersura y me embriagaba entre los más finos aromas. Me habían dicho que los negros nos encontraban rugosos y con olor detestable. ¡No, no! Lo digo y lo repito: Tina Maracá se fundía cogida por la esencia misma de lo muelle y embalsamado.

Tal vez exagero. Tal vez aquello fue un simple amor como todos. Tal vez esos aromas habría que ponerlos a Río de Janeiro, al Brasil, a todo lo que había oído hablar de esa tierra fabulosa. Ahora me encontraba en ella y, al apretar a mi Tina Maracá entre mis brazos, sentía que apretaba todo lo fabuloso que antes había resonado en mis oídos.

Sí, aquí debe estar la verdad. Aquí te he visto con claridad, a ti altiva y bella Berguibenda. Te llamaban “la hija del Jefe”; yo te llamé la más admirable y graciosa hembra que jamás había visto. ¿Dónde estará la razón? ¿En los que llaman de un modo o de otro o en aquello que es llamado?

Creo que la razón está en el hecho de vivir.

He pasado por Punta Breñal, una pasada rápida. Quería ver ese enorme y viejísimo caserón que se hallaba a la entrada misma del pueblo. Ese caserón ya no existe. Pertenecía a don Plácido Romeral y a su señora. Don Plácido y su señora se han ido en contra de él, lo han despedazado, lo han barrido y en su sitio han levantado un moderno chalecillo... No llego a comprender lo grande que es la estulticie humana. Estos Romeral, por ejemplo, que aparecen como personas intelligentísimas, me aparecen como la perfección de la mayor vulgaridad, personas que viven y piensan lo que la moda y las costumbres mandan y cuyos cerebros no tienen ni un pensamiento universal. Acabo de decir esto, al pensar en la demolición de ese caserón, pues ello me ha traído una asociación de ideas en la que vi una relación clara entre la vanidad pomposa de todos los Romeral existentes y esos chalecillos con la vida noble y solitaria que se desenvuelve en la grandeza ignorada de las grandes y viejas casas, esas casas húmedas y tranquilas.

Piden lujo, comodidad, confort, los Romero y los Romerales, y no piensan cuántos hay que mueren de hambre y de frío. Y no lo piensan porque sus conciencias nada les reprochan, porque creen que hacen grandes acciones al tirar el dinero, grandes acciones puesto que se hacen en nombre del buen gusto de cerebros cultivados...

He visto nuevamente la ópera de Verdi *Un Baile de Máscaras*. Fui a ella impulsado por ese medio misterioso amigo mío, Jabalí Batuco. Al volver me echo a la cama y empiezo a revisar el *Romance de Leonardo de Vinci*, de Merejkovski.

¡Dios mío! ¡Qué vida la actual en comparación a aquella! ¡Qué realismo, qué falta de interés, qué monotonía desesperante veo en todo! En esos entonces, ¡cuánto misterio, cuánto desconocido, sublimemente desconocido, lo mismo que ahora nos jactamos en conocer y antes se veneraba con respeto, con ideal y con miedo!

El hombre cada vez cree más en sí, tiene mayor confianza en su poder porque la ciencia le ha sido revelada. La ciencia hoy me aparece como una cortina de humo que esconde los misterios que ahora se desprecian. Antes el hombre sentía su inferioridad, comprendía que *no todo* le había sido revelado. Entonces pensaba, temía, veneraba. Era guiado por una fe ardiente.

En el segundo acto de esa ópera volví a ver la guarida tenebrosa de una bruja. Estaba llena de esqueletos, calaveras; cubierta de monstruos horribles. La alumbraba una vela misteriosa.

¡Qué lindo! ¡Oh, encontrar una fe verdadera, una creencia irrevocable, hombres que sientan lo grande y lo desconocido que nos rodea, que, por un momento siquiera, dejen de pensar en el realismo y en lo práctico de la vida! ¿Sería ello posible? No, no lo creo.

Florencia me apareció. Vi sus calles angostas caracoleando entre sombríos edificios. Vi el Arno melancólico. Vi el Palazzo Vecchio y el campanario de Giotto. Me sumergí en aquella ciudad. Ella me apareció como un edén, como un paraíso perdido. Oí, de pronto, un canto en medio del silencio sepulcral:

Chi vuol esser lieto, sia:
Di doman no c'è certezza...

¡Qué bien, qué grande es darse cuenta de algo más! ¡Qué inmenso es conocer algo más!

Se abre una nueva ventana: hay otro paisaje, hay otra vista.

Veo cómo funciona el *bicho*, veo sus reacciones, sus costumbres, aquello que lo lleva a hacer y a rehacer siempre lo mismo. Y esto lo hace, este *bicho*, empujándose por la repetición continua.

¡Conozco a una mujer más! ¡Conozco sus tesoros!

¿Así se ha de marchar en esta vida? ¿Es posible que así sea la cosa?

Es lo que medito inclinado sobre la mesa de mi Bóveda. Hay un silencio absoluto. Es de noche. Yo, sobre esta mesa, observo, me compenetro enteramente con el *bicho*.

Mi vida, mi conciencia se expanden.

¡Qué alta felicidad!

La Bóveda se está explayando como el Universo...

Vivo en un momento de espera, de larga y profunda espera. Siento que algo pasa en alguna parte pero no logro saber qué es lo que pasa, no logro saber qué influencias ello va a tener sobre mí.

No sé por qué en este momento te adoro, te venero, y caigo de rodillas a tus pies pidiéndote que me perdones por todas esas faltas que HABRÍA PODIDO COMETER.

Todo ha muerto en mi pasado. El pasado no existe. No existe porque estás tú. Dónde estés... es igual. Tú estás, estás conmigo. Siempre estarás junto a mí, siempre, ¡oh, Lumba Corintia!

Mi amor es alegre. Sobre él se mece una ternura infinita.

¿Qué he hecho hoy día? Voy a contártelo, mi Lumba Corintia:

Por la noche acabo de ir al parque de los Jerónimos. Así lo llamo, "parque", porque lo vi enorme. Iba con el doctor Hualañé y con Cirilo Collico. Ellos se enredaron en tópicos y más tópicos que yo no entendí o no quise entender.

Yo planeaba sobre mis recuerdos queridos, sobre los días inolvidables que pasé contigo, esos días que ya se alejan más y más y empiezan a tomar ese dejo de melancolía dulce, de tristeza enfermiza y agradable.

Distraídamente, al recordarte cuando estabas conmigo, iba silbando dulcemente:

¡Oh, noche aquella
En que inventé mil nombres
Por cada estrella!

Así, junto con sentir un cariño profundo por ti, sentía cada vez más, con mayores fuerzas –¡al fin mi ambición se realiza!– un odio inmenso, un desprecio sin límites, por todo el resto del mundo, por todos los que no fueran mis amigos intelectuales o ELLA, por todo lo que no fuera la realización de mi ideal: ¡las letras!

¡Que Dios me ayude a seguir mi vida entera sólo amando la misión que siento en mí! ¡Tú eres mi Dios, Lumba Corintia! ¡Dame fuerzas! ¡Ayúdame desde tu reino! ¡Quéreme desde allá!

Ahora pienso:

Los hijos, ¿son hijos o son padres? El padre, ¿no es, acaso, un hijo?

Sobre el instante supremo de Dostoievski con la epilepsia. Paso a considerar a todos los seres que tienen esos momentos, sea cual sea la causa que los produce. Veo a esos seres que quedan en ellos, que *no los insisten*. Hay algunos que ni siquiera los añoran.

Seres, pues, para quienes *eso* SUCEDE; contra seres para quienes *eso* ES.

Para los primeros, *eso* es una de las tantas cosas de la vida; para los segundos, *eso* es la vida y el vivir cotidiano es sólo un reflejo de *eso*.

Quisiera destruir, aniquilar todo lo que hoy se produce de romántico. Quisiera lo clásico. Una frase límpida, precisa. Nada poder agregarle; nada que poder quitarle. Sin embargo ello es imposible. Aquí, en San Agustín de Tango y en los campos que nos rodean, uno se hace romántico. Es lo vivo aquí. Y viene, entonces, la lucha: del espíritu, que de tanto tiempo ya está en nosotros y que tiende al clasicismo –y la nota viva, viviente que bulle por todas partes, la nota romántica.

Pero si trato, en mi obra, de ir al clasicismo, ¿será ello sincero?

Veo este cuaderno, esto que acabo de escribir, todas estas notas; luego recuerdo mis escritos anteriores: *Pequeño problema*, *Los señores de Re y de Do*, *El dedo meñique de Chinchilla*, *El buitre del Zoo*, *Pibesa Papusa*, *El fundo de La Cantera* y aquel diario de mi viaje a Europa, en 1928...

¡No! El clasicismo es una quimera lejana.

El solo hecho de haberlo formulado indica ya su falsedad o, mejor dicho, indica una intención lejana que –acaso– me espera.

Esperemos... Esperemos...

Las tres cuartas partes de los hombres trabajan únicamente por el dinero; de los demás, la mayoría trabaja por la gloria; los restantes, porque si no trabajan se aburren.

¿No hay, entonces, quienes trabajen por el deber, un deber ajeno a los hechos de la vida?

No, casi no los hay porque el deber toma su sentido únicamente cuando se le contempla desde la eternidad, es decir, de nuestra vida eterna.

Todas las personas que abordaba en aquellos tiempos corrían, entre ellas y yo, a pesar de la sonrisa amable, una cortina frágil de hierro. Como cuando se entra en el ascensor para abordar, por un tubo resbaladizo, las etapas de muchas existencias superpuestas.

El ascensorista es el amo omnipotente del tubo. Junto con saberle a uno su prisionero corre una cortina de hierro para advertir que ya no se es del piso bajo, donde hasta entonces desplegábase nuestra vida, pero que empiezan las posibilidades de otros campos de acción.

A su comando, el tubo aspira, chupa.

Así eran todas las personas que abordaba.

Siempre sonrientes me advertían que el despliegue de mi ser no lograría alcanzarlas pero que sería substituido, de todos modos, por una cortesía moderada.

Así cada hombre, cada mujer me era un tubo que aspiraba, que chupaba mis intenciones de espontaneidad. Sentía la cortina que pasaba entre nosotros con un ruido cristalino de varillas metálicas que se estiran.

Somos hechos por mil barnices superpuestos, por mil conceptos considerados buenos por el intelecto y que reprimen nuestro estado primitivo. Al fin hay más de estos conceptos en uno que los que el cuerpo puede tolerar. Estamos sobrecargados.

Por eso he ido yo también al San Lito y he buscado en él la compañía de Romualdo Malvilla. Lo he hecho contrariamente a todas las previsiones y a todas las conveniencias. Benilde se enfadó conmigo. En vano le expliqué que necesitaba de algo que contradijera mis raciocinios. Al fin rió. Tiene que haber comprendido que con este acto imprevisto y en contra de mi voluntad, un acto que a mí mismo me chocó, restablecía el equilibrio roto por tanto y tanto barniz de civilización.

Ahora todas las mujeres se han esfumado en mi vida. Sólo has vuelto a aparecer tú. Me has presentado tu diario. ¡Marieta Uscana!

¡Qué feliz fuimos en aquel momento, Marieta! Así como te quise a ti, así podría hoy día querer a Berguibenda y a ti también volverte a besar y volver a acariciarte sin fin.

Los tres iríamos a perdernos en estos cerros de La Cantera bajo los rayos bienhechores del Sol. Los tres beberíamos tragos fuertes de alcohol. Entonces gozaríamos con todo, gozaríamos en sueños que se harían realidad, una realidad envuelta en vapores de opio, como los sentí contigo, mi buen amigo Rosendo Paine, cuando, una vez, me invitaste a fumar.

El opio sería una ayuda; la verdad estaría en el sexo. ¡Sí, en tu sexo, Marieta! ¡En tu sexo, linda Berguibenda! Me sentiría intrépido; viviría en minutos lo que ordinariamente se vive en meses. Y las besaría a ambas y... ¡se besarían ustedes dos!

En este momento es lo que deseo. ¡Os miro con ansiedad, os adoro por..., por... no sé qué!

Y ahora aquellos árboles, aquellas acacias que bordean el camino polvoriento a cuyas raíces viene a estrellarse el trigo amarillento... ¡os amo, os amo también! Pero es un amor extrañamente sexual y neurótico.

Con Eusebio Palena hemos recorrido grandes extensiones de terreno en nuestro tílburí. Cada uno encerrado en su propio fondo, nos entendíamos muy

bien riendo a carcajadas de todo cuanto aparecía ante nuestros ojos, hacíamos versos improvisados con las rimas más abracadabrantas, luego Palena improvisaba rapidísimas Zambafusas con un viejo diario que llevaba. Pero por debajo de estas risas yo sufría sin saber tampoco por qué. Desfilaban ante mí las mil mujeres que alguna vez me hayan seducido: Jenara, Vivencia, Benilde, Berguibenda y también tú, Marieta, desde la pluma que escribió aquellas líneas de tu diario; y tú, Tina Maracá, con tus senos y tus piernas de cobre fundido.

Sobre la visión de todas vosotras –¡mujeres que revoloteáis en mi mente!–, sobre esta visión permanecía hierática la santa memoria de mi Lumba Corintia.

¡Sensaciones indescriptibles, sensaciones que nacen en lo más profundo de nuestra alma, sensaciones que nunca la pluma podrá expresar y que sólo quedarán en nosotros mismos para martirizarnos si tratamos de analizarlas y penetrarlas!

Es natural que así sea porque ¿qué somos nosotros sino misterio, qué es la vida sino misterio también?

“Tus senos y tus piernas de cobre fundido...”. Tina Maracá, la negra sublime. Tú, el otro día, me llevaste, por terrenos insondables, a la bahía de Nápoles y allí me hiciste volver a oír una canción que oí de verdad cierta vez: *Santa Lucía*. ¡Cuánto recordé aquella barcarola que se mece con el bote pesquero que una brisa lleva hacia el mar a la luz de plata de la Luna!

Mi fonógrafo la ha cantado, acaba de cantarla. Yo he llorado como llora un niño. ¿Por qué, por qué? No lo sé. En ella, rodeada de mujeres sonrientes, se alzaba un llamado hacia la reclusión, hacia el más hondo de todos los misticismos.

¿Podré ir a él?

Tengo fe. El camino por recorrer es largo, es muy largo. Y es, sobre todo, extremadamente duro, lleno de dificultades que aparecen cuando menos se piensa.

Pero una intención como la mía no puede ser destruida, no puede ser un simple arrebató. Veo, siento a las huestes de Palemón que me acechan a todo momento. Ahora ha sido con el sexualismo. Es, acaso, la última arma que emplean.

Me someto a ella. En la sumisión hay un arma poderosísima.

Sigue mi mente pensando en terribles ataques de que soy víctima. Ya es un hombre cualquiera, ya es un grupo de bandoleros desalmados, ya es una fiera que me salta encima y me despedaza. Luego me río, me mofo de estos bandoleros y de estas fieras.

Si estoy concentrado en este mundo, ¿qué hay de extraño en que me vea siempre atacado?

Es así como debo ver.

Tú, Jateña, falleciste en 1907. Yo tenía, en aquel momento, 8 años. Falleciste pocos días después de haber cumplido tus 5 años de edad.

Tú, Teodosia Huelén, naciste en 1909. Naciste, por lo tanto, dos años después de la muerte de mi hermana.

Dos años tardaron esas alas en venir a posarse en tu cuerpo, Teodosia.

Tienes ahora 50 años, Teodosia. ¡Qué garbo, qué juventud muestras en todo! Has sobrevivido a los ataques del cuerpo médico y a la mafia de los farmacéuticos.

Tu cabello es aun tan castaño como el de una mocosa de catorce años. Quedo en éxtasis mirando tus ojos ora verdes, ora azules. Y tus manos son las más perfectas manos que jamás se hayan visto.

Comprendo que, así adornada, puedas ir a todas las constelaciones. El cuerpecito de Jateña ha de sonreír cuando te sabe en aquellas lejanías.

Las constelaciones... Nuestro sexo está unido a ellas, está unido al cosmos. Ese espasmo está fuera de lo que es habitualmente nuestra vida. Él no es material. Es, acaso, el camino del verdadero misticismo.

Pero habría que vencerlo, habría que trasformarlo.

Oye Benilde: ¿sería ello posible?

¡Sigamos, sigamos hasta lo más hondo y siniestro que exista! ¡No olvidemos nunca que los contrarios se encuentran! Entonces sé que veríamos la luz y nos hallaríamos frente a Lumba Corintia.

He vuelto a viajar y he vuelto a ver a los fantasmas que se derrumban. Los fantasmas que rodeaban a ciertas ciudades y a ciertos países dándoles sus rasgos definitivos y fuertes. Yo los quería porque mortificaban y, al mortificar, me hacían trabajar, ponían mi motor en marcha. Ahora se han derrumbado y me han dejado un hueco que no veo cómo llenar.

Hay que vivir siempre con un fantasma que nos alimente.

Lo que yo he buscado en mis viajes ha sido siempre el "Yo". Creía que estaba en la ciudad misma. Al volver a un sitio he encontrado siempre algo de mí allí quedado en vez de un aspecto nuevo de esa ciudad o de ese país o de ese rincón.

Ahora quisiera viajar sólo objetivamente, nada más. Ver *lo* de París, *lo* de Italia. Luego quisiera descifrar este "lo". Quisiera viajar y ver sin ningún sentimiento personal. Quisiera, en un sitio dado, ver su historia, su suceder, su vida ajena, su arte...; quisiera ver el pensar y sentir de esos sitios diferentes.

Sé que me tratarán de insensible, de hombre sin emotividad. Creo lo contrario: sería la máxima emotividad, la máxima sensibilidad.

¿Cuándo se comprenderá que este cuerpo no es la fuente de la sensibilidad ni de la emotividad sino que es la fuente de los instintos? Por lo tanto, ¿cuándo se comprenderá que mezclarse con esa fuente de instintos es la masturbación máxima? Porque es revolcarse en sí mismo, es girar en torno de uno mismo.

Me han dicho que estuve en Italia como un relámpago. No me importa esto del relámpago. Porque yo fui a Italia no a ver tal o cual cosa sino a respirar y a respirar, a poder certificar, en el sitio mismo, que yo estaba allí, en Génova o en Florencia o en Roma o en Nápoles, ¡en Italia, al fin y al cabo!

Fui a ella para estar con mis pasos y con mi sobretodo, a *estar* y por eso *ser* de allí. Fui a caminar desde siempre en mi propia vida y en los siglos de esas viejas ciudades.

¡Sí, sí! ¡He sentido lo que es tener a una mujer entre los brazos! ¡Sé lo que es una mujer MUJER! Ahora me he puesto frente a ese dilema de la literatura universal, que no habla más que de amores y nuevos amores, y ahora lo he visto claro, nítido, único posible. ¡Sí, sí! ¡He sentido a la mujer!

¡Gracias Benilde Panilonco! ¡Gracias! ¡Soy pequeñito, soy minúsculo, soy inexistente a tu lado!

Benilde, al poseerte y al gozar de ti, al poseerme y al gozar de mí, fueron barridas las demás mujeres, barridas. No; fueron aplastadas por el peso inmenso de volúmenes y más volúmenes de literatura con que yo las adornaba. Creía necesario adornarlas así. Y con tanto adorno... ¡es claro!... veía solamente esos adornos y la MUJER se me escapaba.

Tú, Benilde, no te escaparás jamás. Porque hoy, tú, mi linda Benilde, nos has hecho saber lo que es, de verdad, EL AMOR.

¡Te quiero, te adoro, soy tuyo!

Soy feliz guiado por el amor que tú me has dado.

Antes, al besar a una mujer, pensaba en el significado ESCRITO que podría tener ese beso; antes, al poseer a una mujer, pensaba en el significado trascendental que podría tener una posesión. Y su significado había que traducirlo a las letras...

Hoy no pienso en nada. Hoy beso y nada más. Hoy eres mía, Benilde, desde hoy serás siempre mía.

¡Mía, mía, mía!

¡Tuyo, tuyo, TUYO!!

8

Después de leer esas notas de Lorenzo, le dije:

—Cada nota me interesa; el total de ellas, no. Las hallo confusas en relación de unas a otras. Hablas demasiado, es un perpetuo balanceo. Tocas un tema y, en vez de seguirlo, saltas a otro tema. Hablas de tu misticismo que ronda junto a ti y luego hablas de tus recuerdos de viaje; hablas de Benilde, que ahora tú amas, de esa, sin duda, muy bella de Benilde Panilonco y luego hablas de las palabras de Naltagua; hablas de las negras, de Tina Maracá y luego hablas de los barnices superpuestos que descubres en ti; y así, en seguida. ¿No habría sido mejor hablar solamente de un tema y desarrollarlo debidamente?

Lorenzo me respondió:

—¡Ah, Onofre, es que tú piensas en literatura! Tienes dentro a ese bichito que te roe. Quieres hacer un personaje entero, sin contradicciones. Quieres hacer un personaje para el consumo diario de los lectores. Y buscas, a estos lectores, en la masa del público. Tal es el modo de evitar la profundización de un ser humano. Es como hacen los literatos en su gran mayoría.

Contesté:

—Gracias por lo que me toca como literato.

Lorenzo, entonces, se explicó:

—Yo no trato, ni jamás he tratado, de ir hacia el efecto. Sé que una de las maneras de conseguirlo es la de coger un tema dado y no soltarlo, como un perro bull-dog coge a su presa. Hay que evitar el hecho de pasar de un tema a otro tema. ¡Lo sé, lo sé! Pero ello me parece una manera artificial de escribir; no es el cántico puro y espontáneo. El tema ya está unido, ya es uno, hagamos lo que hagamos, puesto que es uno el que escribe y nada más que uno. Pero prefijar de antemano...

—No te entiendo, Lorenzo. Explícate más claramente.

—Es *uno* el que escribe, eres tú o soy yo. Nosotros no podremos jamás mezclarnos a otra persona, ¡jamás! Y si lo tratamos... resulta el plagio. ¡Que salga todo cuanto haya en nosotros! Ya basta de esas cosas bien condimentadas, ya basta de la literatura fabricada como un guiso que hay que paladear y saborear y luego defecar. Es la única manera que veo para alcanzar algún día un perfeccionamiento interior. Mi nota siguiente, la que ahora voy a escribir es sobre quince conos que se levantan sobre una mesa para proteger vidas interiores.

—¡Ya veo! —exclamé— ¡Los quince puntos que, un día, dijiste cuando Júpiter caía sobre las tejas de una casa!

—Sí, eso es. A ellos les pedí apoyo al ver que mostraban y ocultaban sus amarras.

—¿Y los recuerdas bien? ¡Repítemelos, por favor!

Lorenzo los repitió:

“1º. Quince conos se levantan sobre la mesa y con su imbecilidad externa protegen vidas interiores completas y grandes;

“2º. Y un ratonzuelo, cuyo destino se encontró con el de Desiderio Longotoma, tiene que sufrir las vicisitudes que acarrea el hecho de que haya talentosos y cretinos en este mundo;

“3º. Y un gato ignorado pone a todo trágico fin;

“4º. Y ante el entusiasmo casi diabólico de su nocturno compañero, un Aglomerado de mandatos vuela hasta el sueño de Rosendo;

“5º. Y como constancia de lo sucedido queda una firma en una hoja de níspero;

“6º. Y sin más y así tal cual suena, es el hecho de que Ascanio Viluco está seguro de no ser sino Ascanio Viluco;

“7º. Y recibe en la Bóveda una reverencia de Juliano el Apóstata, de Leonardo de Vinci y de Pedro el Grande;

“8º. Y entonces un monstruo sobrevenido le presenta una faz espantosa;

“9º. Y todos los objetos, con uno incaico a la cabeza, se ponen, mudos, en marcha por el tiempo;

“10º. Y vuelve una pequeña tela con su ambiente y con un viejo amigo fallecido;

“11º. Y un triángulo temible está a punto de malograrlo todo al alzar en su vértice un álamo solitario;

“12º. Y entonces y a pesar de juergas en medio de las reses muertas, hay que raptar a una mujer maravillosa;

“13º. Y la mujer, virgen hasta entonces, pierde su virginidad detrás de tres espejos que no la reflejaron;

“14º. Y Naltagua, con voz cadenciosa, le asegura que el conocimiento total ya nos acecha por ahí;

“15º. Y al ver a Júpiter cayendo tras las tejas, sabe que es necesario el apoyo de una estrella.

—Te dejo, mi querido Lorenzo, entregado a tu tarea.

—¡Oh, no! No te vayas aún. Hoy todavía reposan en mi mente esos quince puntos. El momento aguarda y ya está cerca. Tal vez mañana será. Ya he descifrado el 15º, el de Júpiter cayendo tras las tejas.

—¡Sí, sí! —exclamé—. Recuerdo mi conversación, ya lejana, con Marul Carampangue, en la que le dije, a propósito de ese punto Nº 15: “No hay más, Marul, ¡pidamos la ayuda de una estrella!”.

Lorenzo, entonces, me aseguró:

—Con la ayuda de una estrella iré hacia los otros puntos, iré a todos ellos. Algo vendrá de entre ellos. Mas, por ahora, quiero pensar en otra cosa que, tal vez, será una nota más.

—¿Qué cosa? —le pregunté de inmediato.

Me contestó:

—La siguiente: El Pacto que hice, hace ya tiempo, con Rosendo Paine. ¿Lo recuerdas? Él tenía que vivir, tenía que entregarse de lleno a la más desafortada de las existencias; yo miraría esta existencia y, sobre ella, trabajaría. Ya estaba aquí mi esencia: que viva el mundo pero que no me toque demasiado. Sólo saberlo. Creí que, para esa vida, Rosendo estaba bien. Yo, en silencio, ¡trabajar!

“¡Es mi locura, Onofre! ¡Trabajar! Me agarro a esta intención del trabajo con todas mis fuerzas. Tal vez este trabajo me lleve al misticismo. Tengo que hacer una completa revisión de valores. Es imposible llegar al misticismo puro si antes no he descubierto qué pecado atroz tengo que redimir.

En ese momento sonó el timbre. La empleada fue a abrir. Lorenzo se levantó respirando hondamente. Luego vi entrar a una mujer. Lorenzo le estiró una mano. Ella saludó con cierta timidez. Me la presentó: era Benilde Panilonco.

Benilde no era una bellaza. Pero era graciosa, de una simpatía oculta. Era de esas personas que yo llamo: “dobles”, es decir, la que vemos y se presenta; la otra que algo encierra. Tenía una figura pequeñita y corriente y, de pronto, pasaba por esta figura un hábito de misterio, al parecer, ajeno a ella. Era como una timidez; agachaba los ojos pero, al agacharlos, se advertía que, en una rápida mirada, se había percatado de cuanto ocurría a su alrededor, había visto más de lo que nosotros podríamos ver tras pacientes estudios.

Sus movimientos eran finos, eran cortos. Diríase que estaba en perpetuo cálculo. Pero, no. Diríase una ingenuidad extrema. Tampoco. Benilde reía, conversaba, se detenía sorpresivamente, respiraba algo que había en el aire y en esta respiración se veía que se encerraba un lejano proyecto que ella guardaba en lo más íntimo de su ser.

Era elegantísima. Yo no entiendo en modas pero, al verla, tuve que decirme para mis adentros: “¡Esta sí que es una mujer con verdadero chic...!”.

Se sentó, o se echó, con abandono en un gran sillón que le avanzó Lorenzo; miró hacia todos lados sin nada ver; encendió un cigarrillo con dejadez; sonrió, tal vez a un pequeño ángel que ella sola pudo divisar; luego dijo o murmuró:

—Acabo de encontrarme con Viterbo Papudo. Te mandó saludos, Lorenzo. Te los transmito.

Y calló en las volutas de humo de su cigarrillo. Lorenzo, entonces, nos manifestó:

—Viterbo Papudo es un gran tipo que siempre he distinguido entre los miles que nos rodean. Porque mis verdaderos amigos han de ser siempre aquellos que tengan la misma o mejor actitud que yo frente a las grandes obras de la humanidad.

Pensé rápidamente en estas obras; vi pasar, con la velocidad de un relámpago, desde las Pirámides de Egipto hasta los rascacielos de Nueva York; vi, entre ellos, el Partenón y las catedrales góticas. Todo, todo pasó como base a los inmensos personajes de la historia. Tuve que decir a Lorenzo:

—No te comprendo en realidad. Viterbo, claro está, es un gran muchacho. Pero de ahí a acercarlo a esas grandes obras que ha creado la humanidad... No; hay una distancia nada despreciable.

Lorenzo me contestó:

—Viterbo tiene, frente al vivir lastimoso y penoso de este hombre mediano que a cada rato encontramos, la misma actitud que yo tengo ante las grandes obras y ante los grandes personajes de esta humanidad. Las actitudes, entonces, se juntan, se reconocen; no por el mérito estético que las ha despertado sino por la igualdad de altura de la zona que expresan.

Benilde interrumpió despertando de su letargo:

—En todo caso yo me acercaría a él en caso de ocurrirme una desgracia cualquiera; me acercaría a esa rectitud que hay en todos sus ademanes. Es un hombre que explaya confianza.

—¡Eso es, Benilde! —gritó Lorenzo—. ¡Eso es!

Luego se dirigió a mí:

—Vuelvo a decirte, Onofre, que tú tiendes a juzgarlo todo de una manera literaria. Nos ves, a nosotros los hombres, como si nos halláramos frente a un jurado superior al que hay que presentar el resultado de nuestras obras. Ese jurado dará luego su veredicto. Dime, Onofre: ¿dónde está ese jurado y quiénes lo componen? ¡Oh, es un afán de confundir las cosas! Y las confundimos porque aquí estamos presos, aquí en la Tierra, estamos en ella demasiado concentrados. La palabra “libertad” no ha sido aún debidamente entendida. Lo he visto eso súbitamente; de esta visión viene lo que escribí, en mis notas, sobre ti, mi Benilde. Es decir, lo que escribí sobre el amor despojado de toda la literatura con que siempre tendemos a adornarlo. El amor... ¡solo, libre y puro! El amor completo en sí mismo y bastándose por sí sin necesidad de pedir ayudas a nada ni a nadie. Para esto, y por raro que parezca, encuentro que hay una sola palabra que siempre deberíamos decirnos. Ella es: “¡Guerra a lo lógico!”. Y para las artes, igual cosa: “¡Guerra a lo lógico!”. Y para entrar a un restaurante y pedir nuestra comida: “¡Guerra a lo lógico!”. Para salir por las calles a deambular distraídamente, lo mismo: “¡Guerra a lo lógico!”. Así para todo, para todo. Entonces el secreto empezaría a revelarse y a venir hacia nosotros. En algo lo he logrado y, en este algo, a ti, mi Benilde, lo debo. Porque al estar contigo puedo estar y puedo amar ¡sin literatura! ¡Puedo desconcentrarme de esta maldita Tierra!

Benilde pareció despertar. Respiró profundamente, inhaló todo ese aire poblado, para ella, de seres que a nosotros se nos escapaban; luego prorrumpió con toda su voz:

—¡Sí, sí, en el amor está todo, todo! ¡Llegarás, llegaremos a la desconcentración total! Y llegaremos a ella en medio de las caricias y sin necesidad de tener antes que morir. ¿Te das cuenta, mi Lorenzo, lo que esto significa? ¡Matar, matar a esa lógica que nos aprisiona y que aquí nos tiene atados!

Lorenzo siguió hablando:

—Díganme ustedes: La subconciencia, ¿no juega un papel igual o superior a la conciencia?

“Ahora que la subconciencia está prohibida.

“¿Por qué?”

“Porque ha de marchar bien, en debida forma, este orden establecido, o sea, limitado. Es decir, lo que es contrario a la producción de un artista.

“Deberíamos entregarnos a esos momentos que nos arrebatan, a esos momentos en que parece que otro ser pensara en nosotros, que nos enviaran, de muy lejos, el tema de nuestros pensamientos.

“¿Crees tú, Onofre, que te pido que no escribas “los sucesos diarios”? ¡No y mil veces no! Debes escribir sobre ellos, debes hacerlo también. Pero debes tratar de *traducir*.

“Si no lo haces tendrás que volver a esta Tierra.

“Si no lo haces conmigo, me obligarás a volver a esta Tierra.

Siguió con su indiferencia. Sus ideas iban por todos los ámbitos. Ya se enfrascaban en el mundo diario de su vida, ya remontaban hasta la muerte y la sobrepasaban. Nosotros, Benilde y yo, lo escuchábamos sobrecogidos.

Nos dijo:

—¡Oh, qué alivio, qué dulce reposo, siento al ver en un diario esa serie de “in memoriam” o esos recuerdos de aniversarios de la muerte de un sujeto cualquiera! Me digo: “¡Felices ellos, felices al haberse marchado! ¡Ya tienen otras tareas y no las pesadas de aquí!”. Llego a sentir que los envidio.

—Lo que a los hombres les gusta es comer y poseer mujeres. Se come para el paladar y nada más; se poseen mujeres para el placer último y para... que nos vean con ellas y se nos comente.

Ya he dominado ese gusto de comer pero sé que piensa vengarse en otra forma. Cuanto a las mujeres... ¿Qué me dices tú, Benilde?

—Veo una larga tira de papel enrollada. Cada página escrita sería de 1 centímetro. Estarían, estas páginas, en 3 colores: una sería celeste; otra, rosada; la tercera, amarilla. ¡Amarillo! Sí, este sería el verdadero color de mi obra, la obra apartada, lejana, pura, con sus personajes ajenos al diario vivir; rosado, cuando estos personajes mezclan sus vidas con la otra vida que me esfuerzo por olvidar, por no saber ni sentir; celeste, cuando esta vida, a pesar de esos esfuerzos, lo inunda todo y con todo arrasa como una terrible inundación. Luego habría un margen, a la izquierda, con números correspondientes a los capítulos; otro margen, a la derecha con los números de las páginas.

Veo crecer a esta tira de papel, crecer y crecer. Me veo yo frente a ella. Ella se despierta y avanza hacia mí. Yo, lelo, no puedo moverme. La tira, entonces, me envuelve, me aprieta, me ahoga.

Así es como quiero morir.

—No se pasa de un medio ambiente a otro medio sin antes haber quemado todo lo del medio que se abandona.

—Tiene que haber una diferencia entre lo que escribo y mi vida diaria, la de todos los días. Lo que escribo es un ímpetu, es un deseo loco de más allá. Luego él es sumergido por ese terrible cotidiano. Mi verdad está en lo que escribo. ¿Mi verdad? ¡No! Debería decir: mi búsqueda de la verdad. Necesito a alguien que me ayude, que me empuje; necesito a una mujer.

Tú, Benilde, ¿no podrías ser esa mujer?

Aquí Benilde miró a Lorenzo con desidia. Hizo luego un gesto de indiferencia. Luego dijo:

—¿Yo? Sé muy bien que no soy más que una cabra ingenua...

A lo que Lorenzo le respondió con un aire de franca indignación:

—¿Eres ingenua, Benilde? ¡Dime, por favor! ¿Quién no es un completo ingenuo en lo que no sea su oficio? Ponme a mí frente a un auto que no marcha; o ponme como diputado en una numerosísima cámara; o ponme a administrar La Cantero, mi fundo, en el

que vivo tanto o más que aquí en San Agustín de Tango... Verás, de inmediato, qué papel, qué papelón haría. Todos, ¿me oyes?, todos somos unos ingenuos y nada más. Creemos haber triunfado de la ingenuidad porque hemos aprendido algo, cualquier cosa, y entonces pasamos nuestra vida haciendo alarde de esto que hemos aprendido. ¡No hay más! Tú no eres una cabra ingenua. ¡Ya quisieran miles y miles de mujeres saber tanto como tú, Benilde mía!

Una simple sonrisa, apenas esbozada, que murió tan presto como había desaparecido, fue la contestación de ella. Ante esta especie de sonrisa, se detuvo Lorenzo un largo rato. Benilde tomó una revista y se puso a hojearla. Después él siguió:

—Casi todos los seres que encuentro aman cosas que carecen de interés. Me refiero a “interés” en el sentido no de estas cosas sino en el sentido de ellos mismos ante estas cosas. Aman por reminiscencia al propio centro de ellos. ¡Me cuesta llegar a descubrir este centro! A veces lo descubro y veo, entonces, que él es horriblemente mediocre.

—Me pregunto a menudo si el descubrimiento terrible de los niños es el de la diferencia de los sexos.

¿Lo será en sí o será por el hecho de habérselos ocultado?

Si igual se hiciera con el hecho de que todos, todos vamos a morir un día, ¿no sería esto un hecho también terrible para los niños? ¿No habría con esta revelación un traumatismo parecido?

He leído, ya no sé en qué libro, esta frase: “... las trazas dejadas por un traumatismo efectivo del nacimiento...”. Tengo que preguntarme: ¿Qué traumatismo por el hecho de nacer...? Me lo pregunto en vano. Porque entonces, nacer... ¡oh! Esto nos va a llevar a consideraciones metafísicas de las que nunca podremos desligarnos.

Una noche fui a El Viejo Teatro del Hablar. Allí vi, muy bien representada, la pieza *Inmaculada de los Dolores*. La presentaba la compañía de Elvira Pamplona. Como un año más tarde vi, en ese mismo teatro, *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla que presentaba, muy bien también, la compañía de Pastor Formentera. Me dije al verlo: “Formentera trabaja mejor que la Pamplona”.

Mal pensamiento; pensamiento erróneo. La idea de belleza, la de justeza en el representar, es decir, la que marca y define mis gustos, había sido formulada por una comparación con algo peor.

Formentera no me había gustado la primera vez que lo había visto, mucho antes de ver la compañía de la Pamplona. Ahora sí me gustaba al compararlo con aquella. Esto me demuestra que, si procedo así, creo mis gustos e ideales por comparaciones única y exclusivamente de lo que me presenta el mundo exterior. Dejo, por lo tanto, de lado mis gustos propios y vírgenes.

Estoy, pues, determinado por lo exterior.

Si desde hoy en adelante viera tan sólo compañías peores que las de Elvira Pamplona, tendría que llegar un día en que habría de decirme:

—Ahora comprendo cuán buena era esa magnífica Pamplona...

Y mi ideal, en materia de teatro, allí quedaría fijado.

Si viera otra compañía mejor que la de Formentera, y luego muchas semejantes a ésta, este Formentera dejaría de gustarme y mi ideal quedaría definido más alto.

Vuelvo al caso de estas funciones: la primera vez no me gustó Formentera. No fue por incompreensión mía sino porque soñaba con un ideal mayor. Ahora *comprendo* que me ha gustado...

Sencillamente he decaído. Pues me hallo a merced de lo que el mundo quiera presentarme, en buenas cuentas me hallo a merced de las circunstancias. ¿No lo ven ustedes claro?

El caso es que todo el mundo procede de igual modo para formarse sus gustos e ideales.

Generalmente, después de haberse ejercitado y de haber estudiado una rama cualquiera, creen haber progresado. Lo que en realidad han hecho es haber descendido lastimosamente.

Un punto conviene aclarar aquí: en este descenso no me interesa el verdadero progreso exterior; no me interesan los que se hacen más o menos peritos para juzgar las obras en su real valor. Lo que me interesa es ver en este proceso de ascenso o descenso un proceso de falsedad, de olvido y descuido de sí mismo, del yo, para ponerlo a merced de otro yo. Es el primer paso para matar la sinceridad, o sea, la muerte del libre albedrío, del libre desenvolvimiento de la personalidad.

Podrán mucho alegrar que, de este modo, llegan a mayores alturas. Ello no me interesa por la muy sencilla razón de que es esa una altura aparente, ficticia, generadora de seres doctos y graves, dados vuelta íntegros hacia afuera, receptores y emisores de ideas ajenas. Estos seres podrán, si se quiere, producir muy buenas obras y más y más obras. Pero ¡cuánta diferencia con los que se educan y elevan por el culto de la sinceridad, por el culto de la voz del alma que habla para ellos, tan sólo para ellos! La diferencia es grande, es abismal.

La primera vez que fui al teatro, no me gustó. Después he visto cosas peores. En ninguna parte he visto algo que pueda asemejarse a lo primero. Todos me dirán:

—Ahora comprenderás que...

No. El primero no me gustó. Éstos me gustan menos aún. He ahí todo. No hay más.

Si tengo el valor interior y sincero de pensar así, otra cuestión inherente a la primera ha de aparecer y ella es que he de preguntarme:

“Si ni esto, ni eso, ni aquello me ha disgustado, ¿qué me gustaría? ¿Cómo ello debería ser para que llegara a gustarme?”

Y tendré que pensar por mí mismo.

¡He ahí el horror de este método! Es ante este fantasma que retroceden todos pues, aunque no lo vean, presienten que a él han de llegar inevitablemente al ir por tan peligrosa senda. Así, pues, necesario me habría sido, para poder reprobarlo todo, crearme una imagen de un teatro a mi modo, superior a cuanto he visto. No sólo pensar sino que crear, que definir mis ideas... Luego podría entrar a las comparaciones. Diría:

—Este teatro dice esto; aquel, eso otro. Voy a ver cuál me gusta más y, según eso, tendré un gusto sobre teatro.

No. Está mal todo esto. Debería decir:

—Yo jamás he visto teatro. A mi modo de ver debiera ser tal o cual cosa.

Entonces, ir al teatro. ¡Comparar conmigo mismo!

Esta es la clave. Es lo único que es posible hacer si acaso uno piensa en su desenvolvimiento interior.

Aquí Benilde prorrumpió en una verdadera, en una loca carcajada. Lorenzo

se sobresaltó y, haciendo un esfuerzo para volver al mundo de siempre, le preguntó:

—¿De qué ríes, Benilde?

Ella contestó:

—De ti, mi querido Lorenzo, de ti. Te enfrascas de tal modo en tus palabras que sales de esta Tierra y te vas la Tierra de tus ilusiones. Te he dicho que yo no soy más que una “cabra” —¿me oyes?—, una cabra ingenua. Y tú me has respondido con una franca indignación por..., por... ¿Porque me llamaba a mí misma una cabra? ¡Oh, no! Porque, según tu parecer, todos somos más o menos ingenuos en alguna cosa. ¡Y aceptaste lo de cabra, lo de cabrita! ¡Onofre! —gritó volviéndose a mí—; te presento a esta lindísima cabra de... ¡58 años de edad! ¡Oooh! Es una gran galantería de este siempre galante de Lorenzo Angol! Te la agradezco sinceramente, sin-ce-ra-men-te.

Lorenzo le respondió algo que se clavó en mí, algo que hallo de una enorme sabiduría. Le dijo, simplemente:

—Nada tienes, Benilde, que agradecerme porque, el ser o no ser “cabra”, no depende de la edad que se tiene. No es una cabra la mujer a quien siempre hay que agregar o hay que quitar algo para hacerla nuestro ideal; es una cabra perfecta la mujer a la que nada hay que agregar ni quitar porque ella es... ¡el amor!

Después de esto partí. Apenas había marchado unos cuantos pasos cuando me encontré con Tomba Montbrison.

9

La cogí de un brazo y le dije al oído, bajo, bajísimo, para que nadie se percatara de lo que le murmuré bajo, bajísimo, para que ello quedara nada más que entre nosotros, sin salirse, allí dentro, para que nos acompañara dentro de nosotros, fuéramos donde fuéramos o nos detuviéramos dejando que el mundo rodara bajo nuestros pies, le dije bajo, bajísimo:

—Tomba, ¡cabra Tomba!, caminemos y caminemos hacia donde estas calles quieren llevarnos, caminemos, mi Tomba, perdámonos en los laberintos de estas calles. ¡Ea! ¡Rápido!

Ella, entonces, se soltó de mi mano y, con la suya, me cogió del brazo. Me murmuró al oído, tan bajo que apenas pude escucharla, me murmuró bajo, bajísimo:

—Sí, Onofre mío, sí; caminemos y caminemos y vámonos a los Infiernos... ¡Que Caronte nos cogerá en su barca y nos llevará lejos, muy lejos, lejísimos! Onofre —aquí su voz fue menos que un murmullo, fue casi un lejano susurro nacido de partes que se hallaban lejos, muy lejos, de partes lejanísimas—, Onofre, nos llevará Caronte adonde debió ser nuestra morada de siempre.

—Entonces —le respondí—, mayor prisa, mayor. ¡Que queden atrás nuestros pies! ¡Avancemos, avancemos, Tomba mía!

Y ambos avanzamos.

Íbamos a velocidad inaudita. Lo que dejábamos atrás parecía derrumbarse con estrépito; lo que a nosotros se acercaba se alzaba como una tromba inmensa que nos causaba pavor.

Así, de pronto, se alzaron los árboles del inmenso Bosque de los Jerónimos. Nosotros, como dos minúsculas pulguitas, nos escurrimos bajo ellos y, zigzagueando, corrimos. Dije a mi mujer, a mi linda y adorada Tomba:

–Eres tú, adorada y linda Tomba, eres tú...

–¿Qué soy? –me interrogó.

Contesté:

–*Une puce!!*

El bosque crecía siempre. Nuestra vista no alcanzaba la copa de los árboles. Aunque... ¡sí, sí! La copa de los árboles, ella, esa copa, alcanzaba la mirada de nuestros ojos.

Porque el bosque entero caminaba, caminaba y, al caminar, llegaba a un precipicio y, al llegar, se inclinaba, mostraba sus copas y desaparecía. Así, atónitos, lo veíamos desmoronarse.

Me sujeté a Tomba; Tomba se sujetó a mí; ambos nos sujetamos al tronco de una datilera. A ella nos abrazamos y ella nos abrazó.

Entonces hicimos un esfuerzo increíble, un esfuerzo monstruoso. Gracias a este esfuerzo logramos detener a la datilera que ya caía. Los tres –la datilera, Tomba y yo– emprendimos entonces la marcha de regreso.

Pasamos frente al Convento de los Jerónimos. Tomba lo miró. Entonces el Convento se inclinó, sonrió, guiñó un ojo. Un pobre fraile, que en aquel momento estaba en una ventana, tuvo miedo y se aferró a una jamba gritando: “¡Misericordia, misericordia!”.

Creí oportuno el momento para proclamar:

–Ya lo ves, Tomba mía, ya lo ves; siempre se acude a esa bendita misericordia cuando un peligro nos amenaza.

–Huyamos, Onofre, huyamos, por favor –me gritó.

Y su voz se fue, se alejó y dio contra los muros del gran Convento. Los enderezó, sacó luego un hilo a plomo y juntos los tres, tomados del brazo –el hilo a plomo, Tomba y yo– pasamos un largo rato verificando la esbeltez de esos muros. En ellos ya no había ni boca que pudiera sonreír ni ojo que pudiera guiñar. El fraile había fallecido. Lo sepultaban en aquel momento. Mucha, muchísima gente caminaba lentamente al lado del inmóvil sarcófago que llevaba sus restos hacia... hacia...

–¿Hacia dónde irá ese cortejo, mi Tomba?

Me respondió:

–Déjame llorar, Onofre, déjame derramar todas las lágrimas que están en las cavidades de mis ojos.

–¡Error, error! –grité–. Las lágrimas no están como tú, mi Tomba, pareces creerlo. Las lágrimas NO están. ¿Me oyes? NO y NO están. Porque ellas se forman, ¡entendiendo bien!, se van formando poco a poco según sea el monto del consumidor que las pide. Es decir, según sea el monto de lágrimas que ese consumidor necesita para manifestar el pesar que le ha producido... ¡Ea! Dije pesar como pude haber dicho dolor.

Tomba me detuvo y me musitó:

–Yo he llorado, muchas veces, he llorado de placer.

–Entonces, ¡huyamos, huyamos, Tomba, te lo pido por favor!

–Huyamos... ¿de qué? –me preguntó alarmada–. Caminemos rápido, muy rápido, eso sí; pero huir, ¿de qué?

–De lo que nos queda atrás –fue mi única respuesta.

Así llegamos a la plaza del Monaguillo. La atravesamos. Luego corrimos hacia el parapeto, nos afirmamos en él y miramos para los dos lados y miramos también para abajo.

A nuestra izquierda se elevaba la punta de la isla del Olor de Santidad. El río Santa Bárbara pasaba a su lado lentamente, sin ni siquiera moverse. Un chico miraba un pedacito de paja que había echado al agua, lo miraba y no se movía ni el pedacito de paja ni él mismo.

—Onofre —me dijo Tomba—, quita tus ojos de esa paja. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? La paja va a coger tus rayos visuales; una vez que los coja los va a amarrar a ella misma. Y..., y... ¡ahí quedarás por los siglos de los siglos! ¿Te das cuenta? Desaparecerá San Agustín de Tango y aquí, en su sitio, habrá un terrible, un espantoso precipicio. ¡Ay, sólo de imaginarlo me estremezco! Y tú, ¡atado, atado!

Reflexioné un rato sin quitar los ojos de esa paja. El chico había desaparecido entre los matorrales de la isla. Luego me puse a explicar mi reflexión:

—Yo atado. Allí será el precipicio. A él irá todo lo que hoy es San Agustín de Tango. Irá todo por el cauce de este río, de este gran río, del río Santa Bárbara. Pero tú, pajita, y yo, Onofre Borneo, no nos moveremos. Entonces pasará el Puente de la Catedral, pasará el Puente de la Serpiente Tentadora, el Puente del Fruto Prohibido, el Puente de los Concilios Ecuménicos... Y otros, otros, otros más que producirán la locura del chino Pey. Aunque, de seguro, ya debe haber muerto el chino Pey. Tomba, tú debes saber si ha muerto ese chino. ¡Dímelo, dímelo!

Me respondió con suma austeridad:

—Todos mueren, todos viven menos que una paja.

—Sobre todo —repliqué— si yo estoy atado a ella.

—Porque ella te llevará a las profundidades del río, mi tan querido Onofre. En esas profundidades, ¿qué harás?

Le contesté sin titubear ni un décimo, ni un céntimo, ni un milésimo de segundo:

—En esas profundidades hablaré con Caronte.

—¿Quién es Caronte? —inquirió al momento.

Resonó por los ámbitos una marcha triunfal e infernal. ¡Se acabó todo, todo! Las aguas se arremolinaron y se tragaron a la paja y, con ella, a un pez que nadaba y volvía a nadar junto a ella como un enorme buitre revoloteando junto al cadáver ya descompuesto de un buey. Ante este remolino de aguas clamé, clamé con todos mis pulmones:

—¡Huyamos, Tomba, huyamos! ¡¡Huyamos!!

Pero el estrépito de la marcha triunfal e infernal se tragó a mi grito; el pez se tragó a la paja; el buitre aterrizó y clavó su pico en las carnes macilentas del pobre, pobrecito buey que luchaba por sostener la última lágrima que sus ojos despreciaban por absolutamente inútil ya. El buitre miró esta lágrima y se rió, se rió. Rió con tan estrepitosa carcajada que su risa, a su vez, hizo desaparecer a la marcha. La vimos irse, marcharse lejos, muy lejos, hasta el silencio mismo. ¡Silencio!

—¿Qué hago yo aquí? —preguntó la risa.

—¡Silencio! —exclamé.

—Silencio...—musitó mi Tomba.

—Entonces —agregué—, caminemos y caminemos, Tomba, vamos a ver a Caronte aunque debe haberse marchado también con las aguas del río. En todo caso se ha marchado con estas aguas de aquí. Pero quedan las aguas de más alto, más alto, más alto. Por ellas ¡vamos, Tomba!

Y por ellas fuimos.

Íbamos en un bote, pequeñito bote, que la corriente movía en sentido inverso de su propio movimiento. Porque todo corría esta vez, en sentido inverso, todo iba hacia Chile adentro.

Una llanura. Estaba rodeada de cerros. Tomba los miró largo rato. Luego me preguntó:

—¿Por qué hay cerros aquí?

—Porque así es este país, Chile. Tiene cerros junto a la costa. Por eso estos cerros se llaman: La cordillera de la Costa. ¿Me has entendido bien, mi Tomba?

Me respondió:

—Sí, te he entendido bien; estos cerros se llaman, tal vez para desafiar los otros, los que yo atravesé en avión cuando venía a verte, se llaman La cordillera de la Costa.

Bajamos a la llanura. Nos echamos bajo un árbol. Le dije:

—Esta costa era antes plana, plana, como una mesa de billar. ¿Encuentras tonta mi comparación de esta tierra y una mesa de billar?

—No; habla y explícate.

—Me explicaré. Oye bien, Tomba: la costa, al ver que en su marcha iba a caer al océano, se detuvo bruscamente. Entonces la tierra que venía tras ella la empujó. ¿Te imaginas lo que es ser empujado por la fuerza de una inmensa tierra que camina?

—Sí, me imagino.

—Fue una lucha, una cruenta lucha. El océano aguardaba y, a veces, asomaba un ojo para ver el resultado. ¡Tenía hambre!

—Comprendo; tenía hambre y quería que a su seno cayeran y cayeran tierras que poder saborear.

—¡Eso es, Tomba! Pero las primeras llegadas eran fuertes, extremadamente fuertes. Eran como nosotros dos cuando vemos al frente un precipicio y hay una datilera a nuestro lado.

—Claro está, Onofre. Una datilera es y ha sido siempre la salvación de los humanos.

—¡Eso es, Tomba! ¡Qué bien hablas! Dime, ¿comprendes qué ocurre cuando uno se detiene y otro empuja de atrás?

Me respondió:

—Comprendo. Empiezan a formarse las alturas.

Dije casi eufórico:

—¡Eso es, Tomba! Empiezan a formarse alturas y más alturas. En vano gritaban las que ya estaban próximas a caer al océano: “¡Alto, alto!”. Resistían cuanto podían, las pobres, las pobrecitas. Eran ya casi como nosotros sin datilera donde poder, por un momento, sujetarnos. Ya iba a caer un segundo pedazo, un pedazo inmenso. El océano se refocilaba y pasaba su lengua por los labios, feliz ante la expectativa de tragarse un pedazo más. ¿Me entiendes, Tomba?

—Sí, te entiendo perfectamente. Se refocilaba como el gran precipicio del Convento de los Jerónimos ante la caída de ese inmenso bosque que se desmoronaba dentro de él.

—¡Eso es, Tomba! Pero todas estas tierras no contaban con la ayuda suprema, la ayuda altísima con que siempre, ¡siempre!, hay que contar. La ayuda que viene, ¡que viene! La ayuda en la que hay que tener fe.

—¿Quién es o qué es esa ayuda? —me interrogó.

Le respondí:

–Palemón de Costamota.

Quedamos largo rato contemplando esas alturas. No se movían. Seguían hieráticas. Nada se movió. Fue el hieratismo mismo junto a nosotros. Fue tanto que alcancé a sentir que mis miembros se petrificaban. Un momento más y me iría, yo también, a transformarme en ondulación del terreno; luego, en colina; luego, en cerro; luego, en montaña; luego en...

–¡Huyamos, Onofre, huyamos! –me susurró mi Tomba.

Le respondí:

–Palemón de Costamota es más veloz que nosotros así es que nos alcanzará sea adonde sea que nosotros huyamos. Por eso, por lo mismo: ¡huyamos, Tomba, huyamos!

Y ambos huimos.

Íbamos tomados del brazo. Yo sonreía. Tomba canturreaba:

Je suis la beauté,

la gaité...

le bonheur qui vient,

ne crains rien...

El campo, con su cordillera costina, se despidió de nosotros. Se marchó, se hundió, sin dejarnos ni una datilera a nuestro triste y flácido alcance. Sólo a nuestros pies escarbaban la tierra, la miraban, algo comían y volvían a escarbar, una serie muy grande de esos pajaritos, esos pajaritos...

–Tomba, ¿cómo se llama ese pájaro?

Me respondió:

–Tutucuy.

–Entonces, ¡por favor, mi Tomba!, huyamos, huyamos.

Sí, alcanzamos a huir unos cuantos pasos pero fuimos detenidos. ¡Alto, alto! Nos detuvimos. Los pies no pueden avanzar cuando la vista está arrobada, cuando la belleza ha puesto su mano sobre nuestros ojos. Así es que ahí quedamos en muda contemplación. En muda, muda contemplación.

Diré, será mejor, lo que se presentaba ante nuestros ojos en arrobamiento. Sí, será mejor decirlo:

Unocolay danzaba frenéticamente la danza del amor.

¡Oh, qué maravilla! Me cubrí un ojo con la mano. Tomba hizo lo mismo. Luego nos cubrimos el otro ojo y destapamos el primero.

–Elocolay siempre danza, sea cual sea el ojo que lo contempla –me dijo Tomba.

–¡Cúbrete los dos ojos! –exclamé e hice yo otro tanto.

Entonces cayó la nada alrededor de nosotros. Elocolay ya no existía... para nuestra vista. Pero oíamos, ¡oh, sí! oíamos el fragor de su danza.

Al oír este fragor, Tomba exclamó:

–¡Huyamos, Onofre, por favor te lo pido, huyamos!

Huimos los dos, abrazados, bien abrazados, no siendo más que un solo bulto con cuatro pies que se movían afanosos. ¡Cuatro pies! De ahí a decir “cuatro patas”... Es lo mismo. Las patas se mueven más veloces que los pies. Así es que corríamos, volábamos, éramos como un satélite que se desprende de esta Tierra y se va a la Luna, se va al Sol, se va a Plutón, se va a las más lejanas constelaciones... ¡Se va! ¡Irse, irse!

De este modo íbamos los dos. A lo lejos se dibujaba la silueta de San Agustín de Tango. Se dibujaba..., se dibujaba...

-Tomba -le pregunté- ¿crees tú que las ciudades de esta Tierra dibujaban sus siluetas? No puedo concebir a una ciudad con un lápiz en la mano... Pero, dime mi Tomba, por favor, ¿tienen manos las ciudades?

Me respondió:

-Nunca, jamás una ciudad ha podido dibujar. ¡Es con lo que ellas, las ciudades, sueñan a todo momento! De ahí viene esa tan espantosa neurosis que las acosa.

Le repliqué:

-Esa neurosis se filtra, se filtra por el aire, sí, Tomba, porque has de saber que los aires de las ciudades tienen filtros, y muy potentes filtros que no se ven.

-Entiendo, Onofre, entiendo perfectamente. ¡Yo he sido quien ha descubierto que las ciudades no pueden dibujar! ¡Tú, no!

-En cambio he descubierto aquello de los filtros aéreos.

-Vale más la impotencia de dibujar que todos los filtros, sean ellos aéreos o terrestres o acuáticos o etéreos o..., o...

Pregunté con malicia:

-¿O...; o...? Di, mi Tomba, dilo por este amor que nos ha unido y hace, hoy día, que seamos uno solo, ¡uno solo!, a pesar de esas cuatro patas que nos traían. No, no digas nada. Guarda en tu saco tus palabras y pronuncia el silencio.

Me respondió:

-Bien.

Le dije entonces:

-Yo hablaré de esa neurosis de las ciudades que termina por acosar a los ciudadanos.

Me respondió:

-Bien.

Me detuve, me acomodé en un amplio sillón, eché una pierna arriba, encendí un cigarrillo y, mientras seguíamos corriendo veloces, ya por dentro de ese dibujo que nadie, nadie hizo jamás, dije con tono pausado como el repique de una campana catedralicia:

-Tomba, los ciudadanos de una ciudad son neuróticos porque el aire de la ciudad cuele neurosis.

-Entonces -me dijo- disminuyamos el ritmo de nuestra marcha.

-¡Eso es! -contesté-. Disminuyamos nuestro ritmo.

Todo se paralizó unos instantes: nosotros como la gran ciudad de San Agustín de Tango. El Ayuntamiento quería seguir marchando veloz. Hacía inauditos esfuerzos por zafarse de ese nido de piedras que lo tenía preso. Las bases quedaban sólidas; los duros cimientos se endurecían más y más; la gente entraba y salía por su vasta construcción. Pero su torre... ¡Oh, su torre! Iba y venía, se balanceaba, a veces se estiraba hasta inconmensurable altura, después se empequeñecía para arremeter con nuevo impulso hacia las pocas nubes que la miraban con estupor.

-¡Huyamos, Tombita mía, huyamos!

Me respondió:

-No; yo no corro más. Yo caminaría lentamente, con un ritmo de nocturno de Chopin, hacia el teatro, ¿sabes mi buen Onofre?, hacia el Viejo Teatro del Hablar. Allí tú comprarás dos butacas, ¿me entiendes bien? Tú comprarás, tú meterás tu mano al bolsillo y le alargarás el importe al boleterero. Yo, en cambio, ¡en cambio!, te murmuraré: ¡Gracias!

¡Qué bien habla mi Tomba! Quedé arrobado al oírla. Todo cuanto decía era de una justeza, de una precisión tan justa, sí, eso es, de una justeza tan precisa. No pude menos que decirle apasionado:

–Tomba, te quiero; Tomba, je t’aime; Tomba, I love you.

Y un eco lejano repitió allá muy alto, tal vez, digo yo, tal vez en esas alturas que la torre del Ayuntamiento quería alcanzar y que fueron el incentivo para acumular esos montes de la cordillera de la Costa, repitió ese eco, dejando caer sus sílabas, las unas tras las otras, con la dulzura de una..., de una... ¡Oh, yo no soy versado en música! Aquí necesitaría una comparación muy exacta para traducir lo que aquel eco repitió. Decía él:

–Onofre, te quiero; je t’aime; I love you.

Entonces nuestros pasos acompasados entraron por la calle de la Eucaristía y por ella avanzaron. Nosotros, atónitos, los seguíamos.

–¿Qué dan en el teatro, Tomba?

–Te lo diré.

Sacó de su saco un largo papel, lo desenvolvió y me lo pasó.

Leí en él:

LOS INTERESES CREADOS

por Jacinto Benavente

Confirmé que ello sería dado hoy mismo y en el Viejo Teatro del Hablar. Luego vi el reparto de la pieza. Luego vi los precios de las localidades. Todo ello estaba indicado en ese largo trozo de papel que Tomba me había pasado.

Entramos y tomamos asiento. Teatro lleno. Se veía que existía un verdadero entusiasmo por esta pieza y por esta compañía de actores. Le pregunté a Tomba en voz baja:

–¿Qué tal será esta Compañía?

Me miró asustada y con mirada interrogante. Luego me preguntó a su vez:

–¡Es la Compañía del Pacífico, Onofre! ¿No lo viste en el programa que te pasé? Una de las buenas compañías que han venido a este país, a esta ciudad.

–Perdona, Tombita, no reparé en ello. ¿Tú la has visto ya a menudo?

–¿Yo?

–Sí, Tombita, tú.

–No; es la primera vez que vengo a verla.

Y se abrió el telón. Y empezó la función. Y vimos “Los intereses creados”. Y aplaudimos junto a todo el público. Y dijimos que aquello había sido estupendo. Y un señor, no sé quién era, me felicitó calurosamente. Y yo felicité a una dama que no conocía. Y salimos a la calle sonrientes.

Nos fuimos al restaurante de la Basílica. Estábamos a un paso, bastaba andar un poco por la calle Llena Eres de Gracia, atravesar la plazoleta El Señor Es Contigo, e instalarnos.

Nos instalamos. Pedimos algo para refrescarnos. Hacía calor. Tomba me preguntó:

–¿Te gustó la pieza de Benavente?

–Enormemente –fue mi respuesta.

Guardamos silencio. Tomba volvió a preguntarme:

–¿Y la Compañía del Pacífico?

-No la vi; me la imaginé en un barco en medio del océano y el barco se hundió. Desapareció, pues, la Compañía del Pacífico.

-Explicáte, Onofre.

Quise explicarme y hablé. Las frases se me confundían. Volví a empezar mi explicación. Las frases se me volvieron a confundir. Por tercera vez...; por cuarta vez... Y lo que quería decirle a esa mitad de mi vida, era tan sencillo. Helo aquí:

Me imaginé ver *Los intereses creados*, la sublime obra de don Jacinto Benavente, puesta en escena por la Compañía de Elvira Pamplona. ¡Qué diferencia! Luego me la imaginé puesta en escena por la Compañía de Pastor Formentera. ¡La diferencia, entonces, alcanzó los límites del océano mismo! Porque todos ellos, todos, REPRESENTABAN. Los de la Compañía del Pacífico RECITABAN.

-Tomba, ¡qué horror!

-Sí, así es, Onofre, ¡qué horror!

Ese tío que hacía el papel de Crispín -¡oh, mitad de mi vida!-, el que hacía la encarnación más sublime que ahora se ha hecho en el teatro -¡oh, dos tercios de mi vida!-, ¿qué hizo, qué hizo, dímelo mi tres cuartas partes de mi vida?

-Aprendió su rol de memoria, se vistió a la usanza de aquella época, subió a las tablas y, como tú dices, recitó lo que había aprendido de memoria. Al ver esto, los demás actores y las demás actrices también recitaron lo que habían aprendido de memoria -tal fue lo que la mitad de mi existencia me respondió.

Le dije:

-Yo veía a la Pamplona y a Formentera actuando. ¡Sí, Tomba, actuando con el cuerpo entero! No, por ningún motivo, siendo unos altos parlantes que impertérritos arrojan hacia afuera lo que momentos antes habían tragado para adentro. Naturalmente que hay que arrojar para afuera y hay que tragar para adentro. Esto lo hicieron muy bien: tragar y arrojar. ¡Tomba, Tombita mía, ¡oh! niña de mis ensueños estrepitosos! Tomba, escúchame bien: para arrojar, para expeler, digamos la palabra, para vomitar no hay que moverse. Esto lo sabe todo el mundo, incluso Malvilla. El Crispín, que acabamos de ver, no se movió. Hipnotizó a sus compañeros y, entonces, ninguno se movió. ¡Y la sala apestó!

Tomba murmuró en una nota melodiosa:

-Como apestan los retretes de este restaurante.

Olí, aspiré todo el aire que tuvo a bien penetrar por las ventanas de mi nariz, ventanas ahora abiertas de par en par ya que las alas se habían estirado al máximo de la estiración que es permitida. Penetró ese aire y, con él, penetró también una partícula, penetraron dos y tres partículas, penetraron muchas, muchísimas partículas de orines y de excrementos que antes de penetrar en mí revoloteaban por los aires del restaurante de la Basílica. Proferí entonces:

-¡Huyamos, Tomba, huyamos!

Yambos huimos.

Por las calles, por las calles. A veces íbamos juntos, luego éramos separados por gente y más gente que nos cruzaba, por fin éramos aventados y nos perdíamos de vista. Pero volvíamos, sí, volvíamos a estar el uno junto al otro gracias a esa resaca, a esa magnífica resaca de la gente que creía ir adonde sus obligaciones la mandaba.

-¡No, Tomba, no! La gente no va adonde ella quiere. La gente es llevada por la resaca que forma esa misma gente al caminar de prisa.

Tomba respondió:

—Así es, Onofre mío, porque la gente es llevada por la resaca que forma esa misma gente al caminar de prisa.

Pero no, no y mil veces no. Esos vienen con calma, con franca calma. Y vienen conversando animadamente; es decir, de una manera que no choque con su modo de andar lento, lentísimo.

Esos son parejas: un hombre y una mujer. Hay, por lo menos, veinte parejas. Las unas tras las otras. Los edificios de la calle de la Primera Comunión; luego, un pequeño espacio de un metro o de un metro y cincuenta centímetros; luego, la hilera de los caballeros que ofrecen su brazo; luego, tomadas a este brazo, las damas sonrientes e inclinando la cabeza; luego, otro espacio de un metro o, máximo, de un metro y cincuenta; luego la calzada por la que van y vienen una serie de vehículos; por fin, la otra acera y los edificios del otro costado. Le susurré a mi mitad de la vida:

—Pasemos por el intersticio entre ellos y los muros.

Tomba respondió:

—Bien.

Así es que pasamos, el uno tras del otro, por el intersticio entre los edificios y ellos. No nos vieron. Iban demasiado ocupados en su charla. Cada cual le charlaba a su dama. Podía, en ese momento, haber estallado una bomba a sus pies y ninguno de ellos ni de ellas lo habría notado. ¡Una conversación profunda ahoga todo lo que salga fuera de esa conversación profunda!

Entonces, ¡claro está!, alargué mis oídos, alargué mis orejas. Tomba hizo otro tanto. Y nos escurrimos en sentido contrario, con mucha lentitud, con muchísima lentitud.

El primer hombre —que como todos ellos iba regiamente vestido como iba también la primera dama— decía a esta dama:

—Pues vea usted, es un libro que...

El segundo decía a la segunda:

—¡Oh, amiga mía, una obra tan sumamente...

El tercero explicaba a su tercera:

—No, no, no; es un libro muy diferente a los...

El cuarto afirmaba sin vacilaciones a su cuarta dama:

—En la literatura, como es el caso, no hay que...

Y el quinto, y el sexto, el séptimo... Y las damas quinta, sexta, séptima, octava, novena y décima... Todas ellas escuchaban atentas, sonreían, bajaban los ojos, luego los alzaban, movían la cabeza y miraban a lo lejos.

Y la dama undécima hacía iguales movimientos y la duodécima también. Así seguían todas hasta la última. Pero estos caballeros hablaban de otra cosa. Desde el décimo hasta el vigésimo, otro era el tema. Pues el uno decía con aire de filarmonía:

Porque ha de saber usted que la música ligera...

Y otro:

—¡Oh, el jazz, el jazz! ¡Qué maravilla...!

Y otro:

—Eso depende de la calidad del saxofón...

Y otro:

—A esa gente no le gusta porque aun no ha llegado a esa música...

Y otro:

—Es decir y entendámonos: la música llamada seria los ha tomado en tal forma...

Y otro:

–Hay que cultivarse, sí, pero no olvidar el noble jazz...

Y pasó el último con su dama y se perdieron poco a poco, se perdieron todos doblando una esquina.

Tomba y yo nos miramos y prorrumpimos en un alarido:

–¡¡Huyamos, Tomba, Onofre, huyamos!!

Corrimos.

–¿No recuerdas nada, nada, de la guerra, de la segunda, sí, la segunda guerra mundial? –me interrogó Tomba una vez que nos detuvimos.

–Tomba –le respondí–, sentémonos en aquel banco. Eso es. Ahí estaremos a la sombra de un inmenso castaño aunque ahora no haya sol ni nada por el estilo. Estaremos frente a la casa de nuestro amigo Florencio Naltagua. Y podrás hablar de todas las guerras habidas y por haber.

Ella –¡oh cara mitad!– respondió:

–Bien.

Nos sentamos a la sombra del castaño. Cerca de nosotros, muy cerca, jugaban unos niños. Yo los miré con atención. Pero mi Tomba me dijo con tanto reproche como era esa atención mía:

–¡Onofre! ¡Te estoy hablando de la segunda guerra mundial!

–¿Ha habido otra guerra...?

–¡Eres insoportable! ¡Claro está que hubo otra guerra más! La declaró Hitler. ¿No lo recuerdas?

–Sí, sí. Debe haber sido uno de esos caballeros que acaban de pasar junto a una de esas damas que iban, cada una, con un caballero.

–¡Insoportable, francamente insoportable!

–No, Tombita, no lo soy tanto. Explícame esa guerra. Mi amnesia la ha borrado de mi mente.

Entonces ella, las cuatro quintas partes de mi existencia, ella la bella entre las bellas, ella bajo la sombra inexistente del castaño, ella me explicó toda la guerra segunda. ¡Terrible guerra! Ahora recordaba que, en Cannes, había oído hablar mucho de ella. Se lo dije. Y nuestros labios se juntaron...

Nuestros labios se despegaron. Iba a decirle algo cuando vi pasar presuroso, agachadito, las manos en su gabán, al siempre grande y enhiesto de don Irineo Pidenco. Pasaba bajo el Portal Colonial y entraba por la calle Santa Gumecinda, seguramente, para dirigirse a su casa.

–¡Quiero hablar con él, Tomba mía!

Me respondió:

–Bien.

Y corrí para alcanzarlo. Frente al Museo de Ciencias lo detuve, lo abracé y le dije:

–¡Oh, don Irineo Pidenco!

Él, radiante, me contestó:

–¡Oh, don Onofre Borneo!

Juntos nos dirigimos a la calle del Pentateuco y entramos en el N^o 20 de dicha calle.

–Mi señor don Onofre, ¿querría usted comer algo? Tengo unos garbanzos, si usted permite, verdaderamente exquisitos –me dijo don Irineo apenas tomamos asiento.

Le respondí:

–En verdad, amigo, que hace ya rato que nada he comido pero no tengo ni el menor apetito. Charlemos, será mejor. Hace ya tiempo que no tenemos una buena charla. ¿No le parece a usted?

–Mi señor –contestó al punto–, sus deseos son la sapienza misma así es que debemos charlar, eso es, charlar, sí, mi señor, charlar. ¡Ocurren tantas y tantas cosas en esta Tierra!

–¿Qué le ha ocurrido a usted, don Irineo?

El hombre se levantó, se volvió a sentar, tosió y carraspeó varias veces. Al fin se inclinó hacia a mí y me murmuró:

–Las Guaxas, si usted permite, las Guaxas...

–¡Cómo! –exclamé–. ¿Todavía está usted perseguido por las Guaxas?

–Así es, mi señor, todavía. Cuando uno tiene la nefanda, la muy nefanda mala suerte de encontrarse con alguna de ellas, es imposible, sí, imposible –le ruego a usted tolerar la repetición de esta palabra–; decía imposible safarse de su poderío y de su dominio. Si usted me accede, mi señor, yo lo pondría al corriente de lo que me ha acontecido en estos últimos..., últimos, digamos años, aunque un año es cosa tan larguísima, tanto, tanto...

Le di ánimos diciéndole que con decir “meses” sería suficiente y más que suficiente. Me respondió atemorizado:

–Mi señor, ¿cree usted que en meses cabrán las Guaxas, más los cumbilecos y los ornitorincos y lampalaguas y escolopendras? Porque es la verdad, señor mío, que no logro juntar el tiempo que transcurre con esas existencias malignas. ¿Lo cree usted de verdad?

–¡Por cierto, don Irineo, por cierto!

–¡Oh, cuánto, cuánto se lo agradezco, don Onofre! Y ahora que medito un rápido instante, veo que, en realidad, esto del tiempo es sólo un signo o una semáfora, si usted permite, para facilitar nuestro entendimiento. Porque hay veces, mi señor, en que un año es más corto que un minuto y hay minutos en que... ¡Oh, sí, usted, con su vastísima sapienza me ha de comprender! ¡Sí, sí! Gracias mil por su comprensión, don Onofre.

–De nada, don Irineo. Lo ha dicho usted muy bien: el tiempo, ¡necedades y nada más! El tiempo es el que uno lleva dentro de sí mismo. ¿Qué edad tiene usted, si puedo preguntárselo?

–Su alta sapienza me doblega, mi señor. Ante ella me es muy grato decirlo: tengo ya 78 años, si usted lo consiente.

–¡Un muchacho, un muchacho!

–¡Oh, tantas gracias, don Onofre!

–De nada, don Irineo. Seré, con alto placer, todo oídos a lo que usted juzgue necesario contarme. Lo escucho a usted, don Irineo, lo escucho.

–No defraudaré sus oídos, señor mío, al menos trataré de hacerlo de modo que ellos no se defrauden. Pero antes quisiera obtener su aquiescencia para acomodarme con mayor comodidad y soltura porque el vestirme así...

–¡Por cierto, don Irineo, haga como mejor le plazca!

–Soy todo agradecimientos, mi señor. Vuelvo en seguida.

Salió unos momentos y luego volvió envuelto en su gran bata y con sus zapatillas caseras. Miró para todos lados, anduvo unos cuantos pasos, se cercioró de ventanas y puertas que estuviesen bien cerradas y, por fin, se echó en su sillón. Me miró y me dijo:

–Fume usted, mi señor don Onofre, si ello es de su placer.

Saqué un cigarrillo y contesté:

–Muchas gracias, don Irineo.

Repuso de inmediato:

–De nada, don Onofre.

Y la narración empezó.

–Esto empezó en el bosque de Guayacán. Sí, mi señor, y usted perdonará, pero así es el hecho: el bosque de Guayacán. ¿Mi edad? Por cierto es demasiada, pero usted lo ha dicho: eso del tiempo es inexistente. Además tenía que ir a ese bosque porque allí, en él, bajo sus árboles, reposa la tan alta figura de don Bárulo, de don Bárulo Tarata. Me pareció bien ir yo, este mísero personaje, a dejarle unas flores sobre su tumba. ¿No lo cree usted que ello es una buena obra? ¡Oh, tantas y tantas, don Onofre!

Además, usted me lo permitirá, quería verme con esos seres algo raros como son los cumbilecos y demás.

Además..., además... se me había dicho que yo fuera, sin tardanza, al bosque y que, en él, me reposara y aguardara en silencio. ¿Quién me lo había dicho? ¿Quién?

Usted otorgará su altísimo perdón, mi señor, pero quien me lo había dicho, me lo había ordenado, era el gran sabio, ¡oh, sí! ¿No lo cree usted? ¡Perdón, mil veces perdón por esta clara omisión de que lo he hecho a usted víctima! Se lo nombraré, sí, se lo nombraré inmediatamente: Tadeo Lagarto.

Sí, señor mío, tiene usted razón: el señor eminente que era Tadeo Lagarto pasó ya por esa encrucijada que llaman la muerte. Tuvo ese cambio. Pero concédame esta pequeña observación mía: la muerte, para nosotros que estamos vivos, tiene importancia cuando el muerto se aleja de aquí llamado por otras necesidades; pero cuando queda cerca, vigilándonos y observándonos, no la tiene. Y este es el caso de Tadeo Lagarto. No, no le digo “don Tadeo” porque ello habría sido ofenderlo. ¡Tendría sus razones, ha de tenerlas! Dejemos a cada cual con sus razones, ¿no le parece a usted, mi señor? Claro, claro está. Su sapiencia y su penetración me llevan a la perplejidad.

Es fácil ir al bosque de Guayacán, señor. Es muy fácil. ¡Ah, naturalmente, mi señor! Por cierto, por cierto, siendo amigo de Tadeo Lagarto. Porque él me facilitó un coche. Es decir, si me lo permite usted, me facilitó un asiento a su lado, un asiento que iba en el coche. Yo, yo, verdaderamente, poco entiendo en marcas de autos... Tal vez... O sería un Chevrolet o un Ford... No lo sé. En todo caso nos llevó, a él y a mí, a ese inmenso bosque. Nos llevó a la morada del que fue don Bárulo Tarata.

Llegamos a ella y bajé del auto. Él me dijo:

–No olvides tu maleta, Irineo.

–No, Tadeo, no la olvidaré.

La cogí, la bajé y cuando alcé la vista para invitarlo a esa mansión, usted me disculpará, el auto con su ocupante habían desaparecido...

Entonces comprendí, ¡comprendí, mi señor! No, no, no. El auto, Tadeo Lagarto, todo lo demás, no ocupó más mi mente en aquel momento. Comprendí mi situación. Comprendí mi soledad en medio de aquello que me rodeaba, que me envolvía. Tuve que

pensar que, igualmente rodeaba y envolvía al que fue tan distinguida persona, a don Bárulo Tarata... ¡Era algo atroz, mi señor don Onofre!

Le ruego, si no es demasiada mi osadía, que haga usted, eso es, que haga usted un esfuerzo y vea aquello. ¡Oh, sé que nada le ha de costar este esfuerzo dado su poder imaginativo! Eso es, eso es, señor. ¡Los árboles, los inmensos árboles que no se movían! ¡Sí, sí! A pesar de mi insignificancia, sé perfectamente que los árboles no se mueven, sí, lo sé. No me he querido referir al viento; me he querido referir a la base, a las raíces de los árboles. Pero su sapienza, mi señor... ¡Oh, de nada, puedo repetirle mil veces, de nada!

Y luego los ornitorincos y escolopendras y... ¡Oh, no, señor, no! Es lo que me aterró porque no había ni uno solo. Miré por las ventanas y ventanitas... ¡nada, nadie! Tal vez, tal vez, mi señor, es eso, justamente, lo que oso imaginar; eso es, acaso estaban escondidos, agazapados en algún recoveco. Me han dicho –y usted perdonará este paréntesis mío– que tales seres muy a menudo se ausentan, eso es, y van a Lemolemo; usted, mi señor, ha de saber, la selva que hay ahí al lado. Tal vez, tal vez, es lo que mi imaginación se arriesga a suponer. No, don Onofre, no, es una simple suposición de mi parte y nada más.

Sí, sí, seguiré adelante, usted compurgará este desvío que he hecho, ¡sí, mi señor, usted lo compurgará!; ¿no es así?

¡Oh, tantas y tantas!

Allí estaba en la cabaña de don Bárulo. ¡Perdón, mi señor! No, no es una cabaña. Diré, mejor, la morada porque “mansión” es demasiado lujoso. Miraba yo para todos lados. Nada. Silencio. Todo estaba igual, igual; salvo, por supuesto, que faltaba esa presencia de tan digno personaje.

Lo dice usted muy bien, señor mío. Su sapienza... ¡Enorme, sí, enorme! Era una de las emociones más intensas que ha experimentado este indigno sujeto que soy. ¡Volver a ver todo aquello! Su poderosa imaginación, don Onofre, le hará sentir lo que yo sentía. Exacto, exacto. Allí quedé respirando ese silencio.

Usted me permitirá esta licencia literaria que he osado aquí emplear al decir que respiraba el silencio. Es claro, es claro. Son las ventajas que nos brinda ese arte que usted cultiva; lo ha de saber usted perfectamente, en todo caso con una sapienza superior a la mía. Es la ventaja de facilitarnos nuestras pobres expresiones recurriendo a él.

¡Tantas, tantas y tantas, mi señor don Onofre! Sí, seguiré contándole a usted lo que allí, en esa digna morada, me ocurrió. Sé, sé muy bien que no es ella una mansión, ni un palacio. Pero debería ponerse el nombre a las viviendas humanas según quien las habite o las haya habitado. La morada de don Bárulo pasa a ser entonces un castillo medieval. Pero llamémosla en proporción a su proporción. Eso es. ¡Ah! ¿Encuentra usted que hago bien? ¡Oh, tantas y tantas, mi señor don Onofre! Una morada, una morada y nada más. Pero el hecho de encontrarme solo en esa morada, solo, solo... ¡Eso es, mi señor, eso es! Me voy a permitir felicitar a usted nuevamente por su alta perspicacia. De nada, usted lo merece, de nada.

El hecho es que cogí mi maleta y la puse en medio de la sala, de esa salita. Sobre ella me senté. Saqué un cigarrillo de los que me había ofrendado. Tadeo mientras veníamos en viaje. Era un paquete, no lleno, no, un paquete con unos diez cigarrillos. Es la verdad, medio paquete. Su perspicacia me abochorna... De nada, señor mío, de nada. Saqué ese cigarrillo y ahí me puse a fumar. Yo no tengo la cotumbre de fumar, no, no la tengo. A veces fumo cuando el plato de garbanzos que he ingerido... Eso es, señor mío, eso es... Sentía que las ideas volaban en torno mío. Pero ninguna de ellas se aferraba en mi cabeza.

Las dejé, pues, que volaran a su antojo cual codornices. Y esperé, esperé. Cuando...; cuando...

Se lo voy a mencionar a usted en seguida, mi señor. Cuando oí claramente que una voz me gritaba:

-¡U-uy! ¡U-uy!

Así es, mi señor mío, es lo que hay que expresar con esa palabra que usted ha proclamado: ¡Arrea!

Por cierto, por cierto, don Onofre, me volví hacia todos lados y miré. El cigarrillo cayó de mis dedos. No vi a nadie, a nadie. No, no soñaba, señor mío. La prueba es que otra vez oí:

-¡U-uy! ¡U-uy!

Y, de pronto, apareció, sepa el mismo Satán de dónde, sí, mi señor, apareció y se colocó frente a mí esa Guaxa, esa temible Guaxa de Biandina Tarata...

En verdad, señor mío, creí perder el conocimiento.

Se lo diré a usted, don Onofre, se lo diré. ¿Qué tenía ello de particular? Lo sé, señor, lo sé. También algo conozco de las leyes que rigen la herencia de los mortales. Naturalmente, lo que es del padre debe ir a los hijos, en este caso... ¡Eso es, eso es! Biandina, la única hija. Naturalmente... Lo más natural y lógico. La morada y demás.

¡Ah, ah! Aquí empieza lo sobrenatural del caso. Escúcheme, don Onofre, si acaso no es demasiada mi osadía al rogarle que tenga usted la benevolencia de escucharme:

Han pasado ya cerca de treinta años, uno más, uno menos, sí, treinta años de aquellos tiempos. ¿Los recuerda usted? Es lo que yo pensaba. Su sapiencia y su memoria se sobrecojen. ¡Oh, oh, de nada, mi señor, de nada!

Le decía usted, ¡treinta años! En cualquier sujeto normal hacen mella tan largos años. Pues bien, Biandina Tarata ¡estaba igual, igual, idéntica!

¡Qué juventud, qué lozanía había en toda ella!

Me miraba, sonreía; se puso junto a mí y me pasó la mano por la cabeza. Yo tirité. Entonces ella rió de buena gana. Le murmuré:

-Biandina, piensa un poco, no te mofes de mí, piensa que ya tengo 78 años cumplidos... ¡Soy un anciano, Biandina!

Nuevo ataque de risa. ¡Oh, cómo reía, señor mío! Se doblaba hacia atrás, teniendo su mano en mi cabeza ya sin un cabello, se doblaba hasta barrer el suelo con los suyos y, lentamente, se incorporaba mientras los ecos de su risa atronaban entre los muros y hacían titilar los pequeños objetos.

¡Oh, no, no, no, mi señor mío! Puedo prometérselo a usted, si usted se digna creer en una promesa mía. ¡Así es, así es!

Muda, inmóvil. Era el símbolo de la serenidad. Ahora no reía ni se movía. Eso es, don Onofre, la majestad misma. La idea de majestad convertida en una persona. Eso era. Convertida en una Guaxa. O mejor diría, una Guaxa convertida en majestad... Era algo francamente aterrador.

Yoy a decir a usted lo que me aterró, sí, voy a decírselo a usted si no considera una majadería de mi parte... ¡Oh, tantas y tantas! Lo que me aterró fue su ¡voz!

Porque aquello habló.

¿Lo que ella, o eso, me dijo? Me dijo eso o ella:

-Hace ya la cantidad de 78 años que vas y vienes por estos mundos. No es mucho. Deberías tener sólo 33 años con las serias experiencias que ahora tienes a los 78 años.

–Sí, sí, eso es, 33 años –le respondí sin atinar a lo que de verdad decía.

Y sin mover nada de su cuerpo, nada, nada, me volvió, ella o eso, a preguntar:

–¿Quieres, pues, volver a los 33 llenos de sabiduría?

Y yo, otra vez, contesté sin saber:

–Sí, lo quiero.

Fue todo, don Onofre. Mi frase, si usted lo permite, esta frase afirmativa que se había escapado de mis labios, hizo un cambio notable, notabilísimo en esa Guaxa. Se lo diré a usted: la cambió.

¡Oh, no, mi señor mío, oh, no! La cambió devolviéndola a la vida..., a la vida... de todos los días. Se acabó esa especie de esfinge, de cosa hierática que antes había ante mí. Sí, se acabó. Ahora tenía a la muchacha de siempre, una muchacha que caminó, arregló unos objetos y luego se vino a sentar a mi lado. Es, es decir, señor mío, no fue exactamente así la cosa. Antes de ir a sentarnos me convidó, me tomó del brazo y así, lado a lado, nos fuimos a sentar a un sofá, al sofá de don Bárulo.

Una muchacha como todas... Pero, en realidad, ¡qué hermosa! No, no, usted permitirá, don Onofre, eso nunca lo he negado. Es una bella mujer, si usted me lo permite. ¡Oh, tantas y tantas!

Pues bien, señor mío, esta bella mujer de Biandina, así, eso es, sentada a mi lado, me indicó un macetero lleno de flores. Yo no las había visto antes. Tal vez, señor, tal vez, ha de ser eso, sin duda. Porque los objetos caminando solos y acomodándose a su antojo... ¡No, no, no! Yo tampoco... perdón, mi señor, yo tampoco lo creía hasta ese momento aunque he visto tantas y tantas cosas. Le decía a usted que me había indicado un macetero y luego me había preguntado:

–¿Te gustan esas flores, Irineo?

–Muy bonitas –repuse.

–¿Sabes tú qué flores son?

–No, lo ignoro.

Ella, o eso, aunque ahora más vale decirle “ella”, pasó con rapidez y, al mismo tiempo, con lentitud sus ojos sobre mí y declaró con suma indiferencia:

–Esas son... campánulas.

Yo callé, usted se dará cuenta, don Onofre. Sólo después de un rato, dije a mi vez:

–Sí, campánulas.

Ella, entonces, siempre indiferente agregó:

–Me gusta tener cerca de mí a mi madre.

Dije a mi vez:

–Sí, a su madre.

Y allí quedamos en silencio. Hasta que, de pronto, ella hizo un gesto de recuerdo, me clavó los ojos –si es que usted me permite esta expresión de “clavar los ojos”– y expresó con una voz poderosa:

–Irineo, vas a tener 33 años. ¿Oíste? ¡Vas a tener 33 años! Respondí:

–Sí; voy a tener 33 años.

Se levantó Biandina y moduló un muy largo:

–¡U-uuuuuuy!

Calló unos instantes. Otra voz le respondió:

–¡U-uuuuuuy!

Y entonces apareció... apareció ¡Julietta Pehuén!

Quise levantarme para saludarla. ¿Se da usted cuenta, señor mío, lo que es eso? Allí estaba Julieta Pehuén, allí estaba esa otra Guaxa, encaramada en sus altos tacones, vestida con toda la elegancia que sea posible imaginar y..., y...

Sí, sí, don Onofre, lo diré sin miramientos. Allí estaba, sí, completamente igual, igualísima, a lo que ella era, a lo que toda la vida había sido...

Un millón de gracias, mi señor. No quiero fumar. El humo del tabaco me acarrearía a esos momentos. Mejor es que siga así, sin fumar. ¡Oh, tantas y tantas!

No, no me levanté. Quedé sentado e inmóvil. Entonces ambas se acercaron a mí, me contemplaron fijamente y yo –usted perdonará, señor, se lo suplico–, yo me dormí.

Es la verdad; una terrible cosa. Dormir... No, no lo creo; debe haber durado mi sueño muy corto tiempo. Sí, sí, muy corto tiempo. Porque creo haber despertado casi inmediatamente.

Desperté y oí la voz de Biandina:

–¿Qué tal, Irineo? ¿Cómo te sientes ahora?

Mi señor, si no es una osadía enorme a mis años, se lo diré a usted: me sentía lleno de vigor, me sentía rejuvenecido, me sentía otro hombre. Tuve que expresarlo de inmediato:

–Me siento, Biandina; me siento, Julieta, como un gallito al despertar por las mañanas.

Ambas rieron con alegría no fingida. Me tomaron del brazo, es decir, cada una de un brazo: Biandina a mi derecha; Julieta a mi izquierda, y, a una voz, exclamaron:

–¡Adelante!

Salimos, pues, mi señor mío, de esa morada, de esa morada que durante tantos años albergó las meditaciones de don Bárulo y su comercio, casi diario, con escolopendras, cumbilecos, lampalaguas y ornitorincos. Alcancé a divisarlas, a esas meditaciones, sí, mi señor, alcancé a verlas por unos brevísimos instantes, alcancé a ver cómo se asomaban por lo alto, es decir, por el techo, por tras los muebles, por entre las puertas que se entreabrían, por el suelo mismo, don Onofre, por algunos cajones entreabiertos que allí había. Se asomaban, veían nuestra partida y luego, encantadas, tomaban posesión de todo aquello.

Pero nosotros partíamos. Nosotros íbamos a refocilarnos en la verdura de los árboles inmensos, ¡íbamos a internarnos en el bosque de Guayacán!

Es claro, es natural, mi muy señor mío, que algo me excite al recordar aquellos instantes. ¿Se da usted clara cuenta lo que aquello representaba para mí? Yo, al medio, sintiendo que por mis venas circulaban sólo 33 años, sí, don Onofre, en lo que al físico se refiere porque le diré a usted, mi buen señor, que en lo que se refiere a la mente, al espíritu, si usted permite y si lo encuentra más acertado, era yo el mismo, era éste de los tan largos 78 años que he cumplido. Quiero referirme a mis largas experiencias, a lo que uno acumula durante... ¡Eso es, eso es, mi tan señor mío! Su sapiencia se avanza a lo que yo, este mísero cultivador de garbanzos, quiere o pretende... ¡Oh, no hay por qué, no hay por qué!

Bien, señor, decía yo a usted que iba al medio y que caminaba presuroso y ligero como una pluma. A mi derecha, Biandina, la tan bella; a mi izquierda, Julieta la no menos bella. ¡Je, je, je! ¡Qué cuadro debemos haber presentado! Un cuadro movedizo y escurridizo por entre las yerbas sin mil que crecen a porfía en aquel bosque; pisando y machacando el pasto, ese césped sin comparación alguna en nuestro lenguaje diario; cobijados por la sombra gigantesca de los cedros, de los robles y alerces y por la gigantesca de esos gomeros azules de cerca de 150 metros de altitud. Créamelo, mi señor, el ombú, a su lado, se veía pequeño, pequenito. Y esto nos hizo reír. Cuando Julieta vio, al lado de un ombú, ¡un

espino! Sí, un espino como todos los que usted, don Onofre, debe haber visto por todas partes, es decir, por los campos todos. ¿No es verdad? Así me lo esperaba, así. Pues bien, ese espino era minúsculo, minúsculo al lado del ombú; y este ombú era minúsculo al lado de aquel inmenso gomero azul. ¡Oh, qué cosa, qué cosa!

Pero lo malo que había en todo esto era, era... No, no es que no ose referirlo, no. Usted sabrá el alto placer y el reparador descanso que usted me proporciona, tan señor mío, con el hecho de dignarse escuchar mis palabras. ¡Eso es, eso es! No creo hablar tan bien como usted se digna clasificar estas tan yertas palabras que de mi lengua se escapan. ¿Cómo, cómo? ¡Oh, señor, su benevolencia es suma! Sí, seguiré, seguiré.

Lo malo que había en todo esto era, era que una vaga excitación me empezaba a dominar, sí, sí, una franca excitación, usted me perdonará si toma en cuenta aquello de los 33 años, una franca y nítida excitación sexual.

Miraba de reojos a Biandina... Luego miraba de reojos a Julieta, usted sabe, la de los altos tacones que en aquel momento, se lo diré a usted, me obsesionaban. Miraba a ambas así, de los pies de Julieta a los senos de Biandina, unos senos ligeramente cubiertos por su chaquetilla que lucía un escote con entradas hacia regiones, hacia regiones... Usted ha de comprender. Eso es, eso es.

Así avanzábamos cuando una voz potente me petrificó:

—¡Hola, hola, Irineo! Veo que lo estás pasando admirablemente en medio del bosque de Guayacán.

Ahí estaba, mi señor, ahí estaba. Lo miré a hurtadillas. Al fin le respondí:

—Sí, sí, lo estoy pasando admirablemente.

Me contestó tan sólo:

—Bien, bien. Sentémonos, un momento, aquí sobre este lecho de césped. ¿Les parece a ustedes una medida acertada?

—¡Acertadísima! —gritamos nosotros.

Lo hicimos así. ¡Oh, don Onofre! ¡Lo había olvidado, lo había olvidado! ¡Son tantas las sensaciones que se atropellan en esta cabeza! Un olvido puede colarse entre ellas. Usted disculpará, mi señor. Esa voz potente era la voz de Tadeo Lagarto.

¡Sí, señor mío! Era la voz de aquel hombre medio vivo y medio muerto, de aquel que no se ha ido al más allá, como lo llaman, y que siempre rueda entre nosotros...

Total, don Onofre, nos echamos por tierra. Yo me eché al suelo con toda naturalidad. Mis 33, usted comprenderá. Tadeo se apoyó contra un tronco. Ellas, Biandina y Julieta, se sentaron y, al hacerlo, ¡oh, mi señor...! Eso es, justamente, eso es. Usted comprenderá lo que vi, lo que alcancé a ver y lo que seguí viendo... Olvidé la existencia de este mundo al ver aquello. Usted ha de comprender sobradamente. Sí, señor, los 33. Su sapiencia no ha de necesitar mayores explicaciones, no, no las ha de necesitar.

Pero Tadeo habló, así es que mi visión fue interrumpida, fue tronchada, si oso explicarme en esta forma. Se dirigió a mí, a mí personalmente:

—¿Ves eso, Irineo? Sí, esos montículos piramidales. Han sido hechos por niños que han jugado aquí. ¿Y ves aquel bastón allá en la tierra? Fíjate, Irineo, cómo ha sido labrado ese bastón. Fíjate en su forma, en su contera. Un viejo, viejísimo bastón que ha sido considerado inútil por su dueño. Por lo demás, hoy en día, no se usan ya bastones. Salvo para los que son cojos y requieren apoyo suplementario. ¿Qué deduces, Irineo, al ver esos montículos y ese bastón?

—Deduzco —respondí algo turbado—, deduzco..., es decir, no deduzco nada.

—¡Mal hecho! —vociferó—. Deberías deducir de inmediato, que por aquí ha habido seres humanos, como tú, como esas damas que te acompañan. Pues has de saber que la obra del hombre, por insignificante que sea, ¿me oyes?, por insignificante que sea, jamás, jamás la naturaleza podrá imitarla.

—Así es, así es, Tadeo —respondí—, jamás podrá imitarla.

Él me miró, no sé si en son de reproche, y agregó:

—El hombre, en cambio, sólo pretende imitar a la naturaleza. Por eso la copia. Rubén de Loa podrá informarte sobre el particular. ¿Oíste, Irineo? Por eso la copia.

Yo, entonces, me atreví a insinuar:

—Tal vez, Tadeo, esto sea con el fin de reconciliarse con la natura, eso es, de reconciliarse, pues su calidad de intrusos aquí en este mundo les ha de jugar malas pasadas. Quiero decir, nos ha de jugar malas pasadas a todos nosotros a los que aún no hemos tenido la dicha, como usted, Tadeo, de..., de... seguir el rumbo que debe seguirse cuando...

Me cortó mi discurso diciéndome:

—Piensa como quieras.

Eché la cabeza hacia atrás, la afirmé contra el tronco, cerró los ojos y allí quedó en una inmovilidad completa.

Dirigí, entonces, los ojos hacia mis dos compañeras. ¡Oh, qué hermosas, mi señor, qué hermosas! ¡Biandina! ¡Julieta! Y, créamelo, señor mío, la excitación sexual, usted perdonará, volvió hacia mí, volvió a cogerme. Entonces me acomodé lo mejor que pude y me moví de un lado a otro. Al hacerlo vi, otra vez, a Tadeo que seguía inmóvil. Esta inmovilidad me petrificó nuevamente. ¿Por qué, por qué, señor mío? No, don Onofre, no es por eso. Porque le imploro que tenga usted a bien ver este punto: un hombre que ha muerto y ha quedado aún entre nosotros, bueno, uno se espera encontrarlo en cualquier parte, ¿no es así? Yo no sé la causa de esa petrificación mía. Creía haber teminado las experiencias raras con el hecho de poseer ahora nada más que 33 años. Pero ¡no, señor, no, no habían terminado! Sentí que había algo que jugaba conmigo... No era yo un hombre libre.

Usted me va a permitir, mi señor, un pequeño alcance que, en aquel instante, me vino a la mente. ¡Tantas y tantas! Viendo a hurtadillas los senos de Biandina y los tacones de Julieta, sí, mi señor, cabalgando por el interior del escote de la una y luego trepando por los pies y tobillos de la otra hasta..., hasta... ¡Eso es, mi señor! Su sapienza... Eso es, claro está. Pero vamos a ese alcance de que yo hacía mención. Me pregunté súbitamente:

“¿Había sido yo libre alguna vez?”

Ahora tan sólo, ahora que ya había cumplido los 78 años, ahora únicamente, la libertad empezaba a sonreírme y llegaba hasta mí a hacerme unas largas visitas. Otra vida se vislumbraba en mí. No, yo nunca había sido un hombre libre. Recordaba muy bien mi pasado, recordaba aquella logia de Magia Negra que me había cogido y me hacía actuar a su antojo. Esta historia de esta pronta edad de los 33 años no era más que para hacerme volver atrás, era para aprisionarme de nuevo. Porque... Usted soportará una indagación mía, don Onofre: ¿qué influencia tiene sobre nosotros esto del sexo? Y créame usted que él ardía en aquellos momentos en mí. ¡Sí, claro está! Tadeo me petrificaba en su mutismo. Me retiraba de él y caía en la sonrisa algo indiferente y graciosa de esas beldades que yacían junto a mí.

¡Ahí estaba, mi señor, lo que se habían propuesto con ese rejuvenecerme a los 33! Tadeo Lagarto me lo mostraba con sólo mirar su figura. Oía, sin oír nada, que me decía:

—Tú querías tener, volver a los 33. ¡Ya los tienes! Ahora, arréglate lo mejor que puedas con esa llamarada sexual que te ha inundado. ¡Ea! ¡Arréglate, Irineo!

Estuve por huir, mi señor, por escaparme como un loco. Pero, al volver la vista, las vi. Y allí quedamos los tres, Biandina, Julieta y yo, mirándonos y cambiando propósitos sin importancia mientras ambas ahora, sí, señor, ambas, me dejan ver por unos instantes sus senos y sus piernas.

¡Claro está, mi señor, claro está! Eso no lo olvidé ni un solo instante. Sabía yo, como sé que en este momento converso con usted, que aquellas mujeres eran dos Guaxas y nada más que dos Guaxas. Pero tal vez sea demasiada osadía de mi parte recordar a usted, don Onofre, lo que fue nuestra juventud, lo que éramos ambos a esa edad que ahora corría por mis venas. El hecho es que yo pensaba y me lo decía:

“¿Guaxas? Pues bien, ¡vaya por las Guaxas! ¿Las Misas Negras? ¡Allá ellas, esas Misas Negras! Que ese señor que se hace pasar por don Palemón de Costamota, que ese señor aproveche de ustedes en aquellos aquelarres... ¡Bien! Y a mí, ¿qué? ¡¡Ahora no sois más que mías, mías y juntos gozaremos más de lo que puede gozarse en este mundo!!

Esa era la voz de los 33. Ella era acompañada por otra voz más sapiente, la voz de los 78, que murmuraba muy bajo:

“¡Cuidado, cuidado!

Me perdonará usted, don Onofre, la incongruencia de lo que estoy relatando. Todos caemos en ella; salvo usted, mi señor, pues ya debe haberla sepultado junto a los escombros que menosprecia su alta sabiduría. La incongruencia es que, en aquel momento, miré mi reloj pulsera. Lo miré sin saber para qué. Es este un gesto incongruente pero que tuvo, creo yo, sí, lo creo, vastas consecuencias. Lo miré y entonces el reloj me hizo una reverencia y me dijo con mucha seriedad:

—Tú, Irineo Pidincó y aquel álamo que está allí, son iguales, perfectamente iguales puesto que ninguno de los dos se parece en nada a mí.

Escondí mi reloj con mi manga, señor mío, lo escondí con toda la premura que me fue posible. En aquel momento Tadeo abrió los ojos y se dirigió a las damas. Les dijo únicamente:

—Ya es hora.

—Se levantaron ellas y, al levantarse, vi cuanto es posible ver, mi tan señor mío. Casi salté sobre ellas. Pero ahí estaba Tadeo, así es que... Usted comprenderá, mi señor... Eso es, eso es. Además las damas ya se alejaban tranquilamente. Quedamos, pues, solos Tadeo y yo, en medio de la paz de aquel bosque y en medio del gorjeo de los pajarillos.

Tadeo me dijo entonces:

—Irineo, recuerda. Súmete en tu memoria y trata de ver lo que en ella se escabulle. Yo, mientras tanto, esperaré.

Volvió a cerrar los ojos y apoyarse en el tronco. Yo hice otro tanto contra un tronco de abedul. Y allí quedamos ambos en el más absoluto silencio.

Entonces recordé, mi señor, recordé. Recordé a Paulina Corcho.

Usted disculpará, mi tan elevado amigo. Pero, ¿mandamos nuestros pensamientos nosotros? No, mi señor; hay que soportarlos tal cual ellos se presentan.

¡Paulina Corcho! Acaso usted recuerde a esta Guaxa, la que me hizo alejarme del trato con las mujeres. Pero ahora, ¿qué podía hacer yo? Se lo pregunto, señor, llevando mi osadía hasta el extremo límite, ¿qué podía hacer yo? Recuerde, se lo ruego, allá en tiempos lejanos, recuerde aquella noche en el fundo de Curihue, cuando fui a aquel claro entre

los sauces, cuando fui solo y allí estaba esta Guaxa de Paulina. Señor mío, cuando esta Guaxa me poseyó... ¡Qué recuerdo tan atroz! Pero ahora volvía yo a ser joven así es que, así es que...

Eso es, don Onofre, eso es. De nada me valía la experiencia de mis 78 años en aquel cuerpo de 33. La sangre bullente era la que dominaba en mí. Además estaba la orden de Tadeo Lagarto, sí, señor, estaba esa orden. Otra vez oso preguntar, otra vez lo oso: ¿qué podía hacer yo?

Así es que, mi señor, caí de lleno en los recuerdos.

Recordé que un proceso extraño se había producido en mí. Voy a narrarlo a usted si no es damasiada mi osadía. ¡Oh, tantas y tantas, don Onofre!

Odié a las mujeres todas y no pensé más en ellas. Así creo haber pasado largos años hasta una noche cualquiera, una noche como todas, aquí en este departamento, una noche en que, después de haber saboreado mi plato de garbanzos, me acosté y me dormí profundamente.

Pues bien, señor mío, usted perdonará, aquella noche soñé con Paulina Corcho. Sí, soñé con ella, no sé a punto fijo si soñé con Curihue y los sauces aquellos, pero recuerdo que fue un sueño extremadamente intenso.

Me acompañó este sueño unas veinticuatro horas y se esfumó. Tenía yo otras preocupaciones, así es que aquello ¡se acabó!

Y nuevamente pasaron, respecto a esta Guaxa, largos años. No sabía nada de ella, puedo asegurárselo a usted, nada de nada. Yo no me acordaba de ella para nada; también puedo asegurárselo a usted. Hasta un día que la divisé. Sí, mi señor, fue en Pompita, el balneario. No, no, no. No se bañaba ni nada por el estilo. La divisé por la calle. Iba de prisa y ni siquiera me vio.

Pero yo, señor mío, recordé que la había visto *antes* de ese sueño. Sí, don Onofre, la había visto *antes*.

¿Dónde? ¡Ah, mi señor! Ahora veía:

La había visto en San Agustín de Tango, sí, señor, es esta ciudad que ahora nos alberga, la había visto en la calle de la Eucaristía, la había visto de prisa y, junto con verla, la había olvidado.

¿Qué podía deducir de todas estas vistas y revistas a esta Guaxa de la Corcho?

¿Encuentra usted, don Onofre? Sí, me doy claramente cuenta de ello. Cuando pienso en Paulina Corcho se me confunde este cacumen. Eso es, la cronología, mi señor. Pero veamos un poco, si usted permite.

Después de aquella vez en Curihue, cuando ella me hizo odiar a las mujeres luego de poseerme y hacer que yo la poseyera, después de aquella vez, no la vi más. Me dediqué de lleno a los garbanzos en compañía de ese distinguido señor, el dueño de esas tierras, eso es, el capitán Angol.

Luego viene esa vez en que la vi aquí en San Agustín de Tango, en la calle de la Eucaristía. La divisé un instante, hice un gesto de desagrado y, nuevamente, la perdí de vista.

Pocos días después viene el sueño con ella, ese sueño intenso, ese sueño intensísimo que, por lo demás, he olvidado en sus detalles pero del cual he conservado en la memoria su intensidad.

Otra vez, señor mío, pasan largos años. ¿Doña Paulina, doña Paulina Corcho? Yo me decía que había caído en las tinieblas. Sí, sí, en las tinieblas junto a las demás de su sexo.

Hasta que la volví a ver, de prisa, es cierto, en Pompita.

Esta visión me llevó al sueño que con ella había tenido. Este sueño me llevó a la vez en que la había divisado aquí, en la calle de la Eucaristía. Esta visión me llevó al claro de esos sauces allá en Curihue. Eso es, mi señor, eso es. Y lo que es extraño, extremadamente extraño, es que estos momentos se unieron en uno solo, sí, señor, en uno solo.

Luego recordé que había sentido una sed abrasadora y que me había introducido en una fuente de soda. Allí había pedido, cuestión de aliviar esa sed, una papaya. Recordé que me la había tomado lentamente, saboreando ora el jugo, ora este recuerdo único que me había producido la Guaxa Corcho.

Hasta que, de pronto, vi, vi, don Onofre, vi claro.

Vi, mi señor, que su recuerdo había subsistido en mí siempre, ¡siempre!, que no me había abandonado ni un solo instante, ni uno solo, pero... pero que había subsistido bajo otra forma. Era algo horrible, mi señor, algo horrible.

¿Cómo, cómo había subsistido?

Mi señor, y usted perdonará, ese recuerdo no se había movido de mi mente. Sólo que no estaba en la parte que uno recuerda a cada momento. A esta parte no le permitía la entrada; es decir, no se la permitía, digamos, mi subconciencia porque quería, sí, quería luchar en contra de ella. Ese recuerdo estaba agazapado más al fondo, donde yo no lo viera ni sospechara su existencia. Allí vivía, señor mío, allí vivía bajo esos sauces de Curihue...

¡Oh, no es nada, don Onofre! Tengo propensión a derramar unas lágrimas que pronto pasan, sí, muy pronto pasan. ¿Lo ve usted? Ya no hay más lágrimas, no las hay.

Pero es el caso de que Paulina Corcho, ¡nefanda Guaxa!, allí estaba impertérrita. ¡Yo había vivido respirando su emanación...!

Esta es la triste verdad.

Es la triste verdad, mi tan y muy señor mío, es la verdad escueta. Desde regiones profundas de mí mismo, ella trabajaba y lanzaba sus emanaciones.

Yo, angelito, las respiraba...

Tiene usted razón, don Onofre, era algo calamitoso haber vivido así.

En eso estaba yo, señor, en el bosque de Guayacán, en eso estaba recordando este trozo de mi vida, cuando Tadeo volvió su cara hacia mí y me preguntó:

—¿Has visto ya, Irineo?

Le respondí, por cierto:

—Sí, Tadeo, he visto.

—Entonces —agregó— medita, Irineo, medita. Y debes darte prisa porque ya oigo resonar los pasos de ellas, los pasos que se aproximan.

Pregunté, volviendo a mis sensaciones de hace un momento:

—¿Quiénes, Tadeo, quiénes se aproximan?

Respondió cortante:

—Medita he dicho.

Yo le pregunto a usted, mi señor, ¿podría yo meditar? A pesar de esta excitación sexual que me había vuelto a rozar, ¿podría meditar? Me hallaba desfallecido al haber sentido tan hondamente que había existido yo gracias a la respiración de esas pérfidas emanaciones. ¿Se da usted cuenta, señor mío? Durante años y más años ellas habían sido mi sustento. Ahora, le repito a usted, desfallecía. ¿Cómo iba a poder concentrarme en una meditación cualquiera?

Cuando, de pronto, ¡las vi!

Eran ahora tres las que avanzaban, tres, señor mío, las que se acercaban por entre los árboles: a la derecha, Biandina; a la izquierda, Julieta; al centro, ella, ¡Paulina Corcho!

Callemos un rato, mi señor, callemos.

No, no. Ya estoy mejor. Es usted la cortesía misma. ¡Tantas y tantas!

Ahora éramos cinco los que nos hallábamos sentados sobre ese cesped. Formábamos corro junto a Tadeo Lagarto. Yo no osaba, no, no osaba pronunciar palabra. Miraba rápidamente tanto a la una como a la otra y luego miraba a Tadeo. Ellas... ellas... eso es, mi señor, allí estaban dejando ver más de lo que es menester. Y, y, claro está, mis 33 querían ver y se lanzaban a ello. Por cierto, don Onofre, que a cada momento oía yo la voz de los 78:

—¡Cuidado, cuidado!

Pero, pero... ¿qué iba a hacer? Los senos de Biandina; esas piernas de Julieta; y toda entera, íntegra, Paulina Corcho...

¿El corro, me pregunta usted? Muy sencillo, señor: al fondo —sí los corros tienen fondo—, Tadeo Lagarto, apoyado al árbol; a su derecha, Biandina; después, yo; después, Paulina; al final, Julieta. Así estábamos. De pronto dijo Tadeo:

—Voy a hablar. ¡Silencio!

Y Tadeo habló mientras ellas, despreocupadas, hacían miles de cosas insignificantes: cortaban un poco de yerba o una flor y la miraban, lanzaban pequeños guijarros, se desprecaban, fingían dormir, luego se enderezaban, alargaban las piernas y, a veces, pasaban su vista por este mísero cultivador de garbanzos que allí estaba luchando contra el ímpetu de sus 33.

Se lo voy a narrar a usted, mi señor, sí, se lo voy a narrar. No sé cómo pude escucharlo pero lo escuché. Somos, indiscutiblemente, muy variados y cada parte de nosotros mismos procede a su antojo. Veamos si puedo transmitirle a usted la palabra de aquel hombre, de aquel mago, eso es, mago... ¿Será un mago negro o un mago blanco? ¡Eso es, mi señor, eso es! Un mago gris. Porque no es de magia negra lo que habló, no, no lo creo. Sí, sí, voy a ello de inmediato. Dijo Tadeo:

—Voy a hablar sobre los pequeños fenómenos que son una franca relación entre el plano físico y el astral. Mejor dicho, con la visión del plano astral. ¡Atención!

“Tomaré, como ejemplo, la capota brillante del motor de un auto negro. ¡Véanla! ¡Penétrenla! Veréis en ella reflejarse lo que rodea al auto, las casas, los árboles, la gente que pasa al lado, el cielo, todo. Es como poner un espejo. Todo se refleja en esa capota y conserva su propio color. La casa es blanca, ahí también es blanca; la que es roja, ahí también es roja; los árboles son verdes; el cielo es azul; así con todo, todo. Y ello se refleja en el negro sin que estos colores se mezclen.

“Otro ejemplo igual; el del asfalto mojado y sus correspondientes reflejos.

“Otro ejemplo de lo mismo pero de otra índole: el rostro humano con relación a su fotografía. Comparemos este rostro y su fotografía con un signo cualquiera o, mejor, con un dibujo que el hombre no tenga costumbre de ver; relacionémoslo con otro signo o dibujo; y pongamos al hombre deseoso de ver si son o no son perfectamente iguales.

“En el primer caso —el rostro y su foto— el hombre ve de inmediato el parecido, no por una comparación de cada miembro y de sus relaciones sino por una impresión de conjunto que, al punto, refleja el carácter y parecido de figura y foto. Luego, en este caso, no es el análisis de los objetos externos lo que hace quien los mira. Lo que ha hecho es abrir su conciencia, abrir sus sentidos internos a la impresión que uno y otro le han producido.

“En el segundo caso, el ser interior del observador no está afinado con lo externo que observa, de donde, no puede juzgar las cosas por sí mismo, es decir, con los sentidos internos que dan una solución inmediata. Le es menester comparar pacientemente.

“Hay, pues, una doble visión.

“La primera, que llamaría: visión intuitiva, en la cual los ojos pasan a ser sólo un medio de comprensión interior;

“La segunda, que llamaría física, en la cual la visión juega un papel preponderante acarreado los materiales a la comprensión que, en el caso primero, se efectúa de golpe.

“Es lo que quería decir. Y nada más.

Calló este mago, mi señor. Yo le hacía pequeñas, muy pequeñas reverencias. ¿Qué más podía hacerle? Las damas, es decir, esas Guaxas, seguían con sus entretenimientos y poco se ocupaban de las palabras que acababan de escuchar. Así quedamos un buen, un muy buen rato. Yo, naturalmente, las atisbaba y me sentía –creo que usted me perdonará–, me sentía enloquecer. Hasta que Tadeo golpeó las manos y dijo otra vez más:

–Voy a hablaros otro poco. ¡Escuchadme y... atención!

Entonces Paulina Corcho cantó. No, no, mi señor, no fue un verdadero canto: la Guaya Corcho moduló un canto, si encuentra usted que la palabra “modular” corresponde con lo que ella hizo.

Luego Julieta hizo una segunda voz a esta especie de canto. Luego Biandina hizo una quinta voz.

¡Ya lo creo, señor mío, ya lo creo! ¡Agradabilísimo! Modulaban muy bien ellas, era un placer sin límites escucharlas. ¿Tadeo? Creo, señor, que ni siquiera se dio cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Carraspeó varias veces. Luego habló así:

–Veamos un ejemplo de ideas fijas que, de pronto, toman a un ser haciéndole comprender que está al borde de descifrar un enorme misterio. Sin embargo este misterio se le escapa.

“Es el caso de un hombre que se halla sumergido en el estudio de las ciencias ocultas. Este hombre empieza a tener visiones fuera de las visiones físicas. Se alarma, se asusta. Se rehace.

“Empieza, entonces, a estudiar los misterios de la vista. ¿Me comprendéis? Ejemplos de estos misterios: ‘Cómo ella obra’.

“Por primera vez descubres cuántas cosas extrañas hay en el hecho de ver. Comprendes, además, que el común de los mortales no presiente estas extrañas cosas.

“Aquí podemos poner el caso de la capota del auto negro, del asfalto mojado, del rostro y su foto, de los dibujos que se ven por primera vez, etc.

“Siente este hombre, con una fuerza que lo estremece, que sus ojos no eran, NO ERAN parte de sí sino raros instrumentos del cerebro. Según cómo se colocara a éste, así veían o interpretaban aquellos.

“Antes de descubrir esto, ello se había efectuado automáticamente. Ahora, no. Ahora sentía a cada paso, ante cada visión, el desdoblamiento de su cerebro y de sus ojos. Entonces, en vez de poder entregarse tranquilamente a mirar, caía en la observación propia de cómo trabajaban ambos órganos.

“Este hombre se entregó al análisis del modo de ver, del juego de la visión. Llegó a la conclusión de que no era él ni lo que ve ni lo que se siente visto.

“¿Me habéis comprendido? Sí, veo que tú has comprendido. Te ruego, entonces, me-

ditar, sumirte en hondas meditaciones, ¿me oyes?, sumergirte en las profundidades de la meditación pura y, en ellas, Irineo, encontrar lo que se ha de encontrar.

“Ahora no hablaré más.

“Ahora pediré unos instantes de silencio absoluto.

En efecto, mi señor, calló Tadeo y volvió a su postura de completa inmovilidad. Pero las Guaxas no, don Onofre, ellas seguían entreteniéndose y cantando. Yo las miraba sin saciarme. Es decir, mi señor, no, no era eso. Mís 33 me llevaban hacia Paulina, sí, hacia Paulina Corcho. Porque, le diré a usted, que ella me correspondía en este cambio de ojos. ¡Oh, no, señor mío, no pensaba ya más en las disertaciones de nuestro Tadeo! En eso de lo que es la vista y demás. Olvidado todo eso. Tal vez, sí, tal vez. Pero era el hecho de que los 78 que tengo de verdad se encontraban dominados por mi nueva edad.

Ella cantaba siempre, es decir, modulaba unas canciones. Y pasaba sus ojos acariciantes por mí. ¡Qué lindo era aquello, don Onofre! Y la interrupción que vino fue aún más linda, fue más completa, fue total.

¿Qué interrupción? Sí, se la diré a usted y, al decírsela, sé que su alta sapienza la comprenderá debidamente. Tadeo se levantó súbitamente y proclamó con esa voz sonora que tiene:

—¡Ea! ¡Biandina y Julieta! ¡Es la hora! ¡Nos vamos!

Sin más, apenas en unos segundos, estaban todos de pie. Sí, todos, menos ella y yo. Menos nosotros dos, usted comprenderá. Y, sin despedirse siquiera, se alejaron. No, no, no hablaban ni una palabra. Tadeo iba al centro y una Guaxa a cada lado de él. Así se perdieron por la espesura del bosque.

Acto continuo la Corcho saltó sobre mí, me entrelazó, me fijó su mirada y me dijo con voz arrulladora:

—Irineo, Irineo, hoy nuevamente... nuevamente... ¿Quieres, pedacito de mi corazón, quieres...?

Usted ha de comprender, mi señor, lo que a mí me ocurrió en aquel momento. Eso es, eso es. Es un honor toparse a cada momento con tales actos de suma sapienza.

Le cogí el rostro con ambas manos; le apreté las mejillas. Su boquita, entonces, se alargó y se entreabrió, sus ojitos se nublaban, y... y...

Usted lo ha dicho, señor mío, ¡la besé!

Un presuroso diálogo. Se lo repetiré a usted, sí, don Onofre, se lo repetiré a usted:

Ella —¿Vamos, amor mío?

Yo —Sí, vamos, hacia donde tú quieras llevarme, adoración.

Ella —¡A la buhardilla de la casa de Bárulo Tarata!

Yo —¡Eso es! ¡Vamos a esa buhardilla!

Allá nos encaminamos, señor mío, allá..., allá...

Para qué voy a describir a usted esa casa... ¿Para qué? La conoce usted tanto y, acaso, mejor que yo mismo. Sin embargo, eso es, oso imaginar que algún rincón se le haya escapado en las visitas que usted haya hecho. Sí, mi señor, será fácil, muy fácil imaginar, si no lo conoce usted, el desván, eso es, el desván o buhardilla hacia donde Paulina Corcho me llevó.

Justamente, don Onofre, justamente. El techo era bajísimo y la luz muy escasa. El crepúsculo, por cierto. Lo cual me llamó altamente la atención. No, señor, no, no había yo reparado en las horas; y ellas, como es natural, seguían su caminata y la seguían.

Lo sé, mi señor, lo sé; las horas no caminan. Es ésta otra de las facilidades que nos

proporciona ese digno trabajo que usted hace: la literatura. Total, poca luz pero la suficiente para ver y para vernos. Me asomé por una especie de buharda y miré para fuera. ¡Oh, apenas un segundo! Tuve el consuelo de poder verificar que aún podía yo gustar de esos aspectos que nos ofrece nuestra natura. Imagínese usted una gran franja de color rojo a lo largo del horizonte; encima de ella, otra no menor de color oscuro, oscurísimo; sobre ésta, una tercera de claro amarillo; el todo, es decir, las tres franjas, cortadas o manchadas por las siluetas de aquellos frondosos árboles...

Apenas vi esta armonía de colores y formas pues ella me dijo con voz apremiante:

–Irineo, ¿vienes?

–Por cierto, allá voy –repliqué.

¡Los 33, usted calculará! Y allá fui.

Ya lo sé, señor mío, que usted permite que le cuente todo, ya lo sé. Así es que, con su benevolencia, caí entre sus brazos. ¡Otra vez nos besamos y nos besamos! Claro está, ahí, echados por el suelo que, en aquel momento, me pareció más blando y más muelle que una blanda y muelle cama. Me preguntó con voz tenue:

–¿Te gusta, amorcito?

Contesté con voz entrecortada:

–Me encanta, mujer ideal, me encanta...

Entonces, súbitamente, me colocó una mano en el pecho. Me miró con fijeza. Luego me interrogó, marcando cada sílaba:

–¿Quieres conocer a fondo mi boca toda?

¡Es natural, don Onofre, es natural! Cualquiera habría dicho exactamente como yo. Me echó sobre ella y sentí que sus labios cogían los míos. Lo sentí, lo sentí y... y...

Aquí viene la parte atroz o... o... deliciosa. No lo sé. Se lo diré, señor mío, se lo diré:

SUS LABIOS CRECIERON O YO ME EMPEQUEÑECÍ.

¡Sí, sí, señor, sí, sí!

Tal vez, tal vez. Acaso me disminuía de tamaño hasta no ser más que un pequeñín escarabajo. O ella se agrandaba hasta un límite inconcebible... Tal vez... Acaso... Puede ser...

El hecho es, mi señor, que me encontré de pie sobre su labio inferior. Ella tenía la boca ligeramente entreabierta. Su labio superior lo veía arriba, muy alto. A mis pies caía y se perdía el labio en que yo estaba. ¡Oh, qué caída, qué caída, señor mío! ¡Qué de tonos rojos y ligeramente rosados! Y ondulantes, algo movedizos. Yo aplaudí desafortadamente. Hasta que me detuve al contemplar una visión que sobrepasa cuanto sea posible ser imaginado.

¡Eso es, don Onofre, eso es! ¡Las encías, las encías! Ellas se coronaban con inmensos y blancos dientes, con dientes como jamás otro mortal hubiera visto...

Ni una palabra más, señor, ni una más: ¡salté!

Aquí agradecí a Biandina y a Julieta haber trocado mi edad a la juventud. No, vi que ellas habían ido más allá de la juventud. Era yo la potencia misma. Se lo repito, mi señor, se lo voy a repetir: ¡¡salté!!

Ahora sé lo que ha de sentir un águila al mecerse por los aires. Así, como un águila meciéndose, volé por el espacio que me separaba de esa dentadura sublime. Llegué a un incisivo y en él me detuve. Pasé mi mano por esa suavidad límpida y más blanca que la nieve. Luego me revolqué sobre ella. Y la noche luminosa llegó. Ella, Paulina Corcho, acababa de cerrar su boca.

¡Qué cosa sobrehumana, qué cosa excelsa!

Nosotros no sabemos, mi señor, lo que es una noche luminosa. Claro está... La Luna llena... Pero aquí usted ve el foco que despidе la luz. ¿No es verdad? Claro está y eso es lo que..., usted me perdonará, lo que impide a esas noches de luna poder ser comparadas con las noches bucales de Paulina.

No, señor mío, nada alumbraba. ¡Eso es, don Onofre, eso es! Aquello resplandecía. Y, le repito a usted, ondulaba vagamente, pero ondulaba...

¡Qué de emociones de belleza! Usted, mi tan señor mío, usted que tiene un alma de artista me ha de comprender perfectamente. Era aquello la belleza y sobre todo... No con justeza, no, si usted tolera mis palabras. Era..., era que uno, en este caso yo, formaba parte, era parte integrante de esas bellezas.

¡Por cierto, por cierto! Creo que no se me habría visto al lado de esos maravillosos remolinos; ni con telescopio se me habría logrado ver.

Es la mejor palabra que encuentro: "remolinos de belleza". ¿No encuentra usted que está mal? ¡Oh, se lo agradezco, mi señor, se lo agradezco con verdadera sinceridad!

Y aquí viene, señor, algo sencillamente encandilante. Óigame usted, si no le es una mayor molestia seguir prestando oídos a estos vocablos míos. ¿No lo es? ¡Oh, tantas y tantas!

La Guaxa Corcho... ¡movió la lengua!

No pude ni siquiera aplaudir. Quedé lelo, mil veces lelo. Sólo pronuncié un largo: ¡Uuuuuuuuuuh!

Me entregué, entonces, a un remolino, a un remolino de esas bellezas, de esas inefables membranas. Ellas me zarandearon de manera inconcebible. Hasta que pude protegerme, acurrucándome, en el, usted disculpará, en el frenillo.

Ahí estuve mejor. Así es que pude contemplar en torno mío. Mi vista era llamada incesantemente hacia las alturas de esa lengua, de esa maravillosa lengua que, créamelo usted, se elevaba en proporciones vertiginosas. Sí, señor, eran alturas que sobrepasaban las del volcán Coscorrón y aun las del Picoldo. ¡Qué, qué emocionante era aquello, mi señor!

Al hallarme así en contemplación no podía menos que pensar que tantas..., tantas... digamos membranas o cortinas membranosas, si usted prefiere, eran para la deglución y para la vulgar gustación de nuestro sustento...

Estaba yo en medio del origen de tantos males que nos atacan. Sí, sí, señor mío. A ellos me refiero, a esos manjares con que se nos atosiga y que la gustación recibe eufórica de contento. Claro está, tiene usted perfecta razón. Su sapiencia, mi señor, es... ¡Por supuesto, don Onofre! ¡Ya lo creo! Ese caballero, ese que llaman Palemón de Costamota, ha metido su cuchara en esta fabricación de la lengua. No me cabe la menor duda sobre ello, ni la menor.

¡Eso es, mi señor! Las enfermedades, esos males que arremeten contra los humanos... ¡Eso es! Y hay, en estos casos, que ir de inmediato a consultar a los señores médicos. ¡Triste cosa, triste cosa! Los médicos los ven a estos enfermos y recetan, recetan pociones y más pociones que engullir... ¡La ruina, señor mío, la ruina! No pensemos más en ello, no pensemos más.

Fue la orden que di a mi mente. Esta mente me obedeció, acto continuo. Siempre, siempre me obedece así. Los conductos están libres y nítidos en mí, don Onofre. Debe ser

a causa de que yo no ingiero nunca esos manjares que acabo de mencionar. Usted lo sabe, señor: ¡garbanzos y nada más que garbanzos!

Di, pues, esa orden. Mi mente, de inmediato pensó otra cosa. Debe haber sido para compensarme de esas malas ideas que me habían asaltado. Pensó en la palabra.

¡Eso es, mi señor, eso es! ¡Divina palabra!

Por cierto, también sirve para... Usted me ha comprendido, usted lo ha hecho con la perfección de costumbre. ¡Oh, no tiene por qué agradecerme, señor, no lo tiene! Le diré, no obstante, ¡tantas y tantas!

La palabra es el misterio, señor mío. Talvez sea eso lo que nos hace obedecerle tan premurosamente.

Se lo diré en voz baja, señor, muy baja: la palabra es doble, sí, doble. Lo es en estas Guaxas, en todo caso, en esta Corcho.

Yo, con mis 33, había querido un rato de amor y nada más, nada más. ¡Y ahí me tiene usted, microbio ambulante de aquellas carnosidades bucales!

Todo ello, por la palabra, por esas palabras que habían taladrado mis oídos. ¿Es posible, señor mío?

Me sacudí con fuerza, me sacudí enérgicamente. Al fin me moví con resolución.

Crémelo usted que iba y venía, venía e iba.

Hasta que quedé sobre la placidez de la lengua. Sí, sí, a veces es plácida, a veces. ¡Eso es, eso es! Usted lo ha dicho; cuando no se mueve.

Me tendí, entonces, con el propósito de descansar y de..., de gozar con esa luz resplandeciente. Ahora oso preguntar a usted: ¿Gocé de ella? Se lo diré, mi señor: apenas un poquitín porque la lengua, bruscamente, se movió. Entonces caí, rodé, señor mío, velocidad vertiginosa. Y rodé hacia atrás, ¿me entiende usted? ¡Es horrible rodar de este modo, señor mío, es horrible!

Sí, sí, don Onofre, estaba medio mojado, naturalmente, medio mojado. No con exageración. La saliva, usted sabe, ese humor acuoso de que está llena la boca, no era tan abundante allí, no lo era. Pero el golpazo que me di, el golpazo en ese rodar, fue fuerte, muy fuerte, mi señor. Me levanté con pena. Y busqué con los ojos. Los ojos sirven también para buscar, es increíble, pero sirven, sirven...

¡Oh, lo que hallé, tan señor mío, lo que hallé!

No, no fue eso lo que se cogió de mi estupor. Las cosas que se cuentan no son como es la realidad cuando uno ha cambiado de tamaño, sí, cuando ha cambiado como yo... Eso es, eso es. ¡Sí, mi señor, eso es! Usted lo ha dicho: algo inimaginable.

Claro está, tenía su pequeño movimiento. Lo noté en seguida.

¿Usted la llama "campanilla"? Está muy bien llamada. Pero, en aquellos momentos, me vino otro nombre, sí, sí. Voy a osar comunicárselo a usted: la úvula.

Es portentosa la úvula, señor mío, francamente portentosa. Después de un instante le grité:

—Tú no eres la úvula: tú eres el galillo.

¿Para qué le grité así? No lo sé, lo ignoro. Esos nombres acudían a mis labios, así es que los formulé. ¡Oh, no, señor, no y no! Sé también que así se llama; campanilla. Pero este nombre me suena a una puerta de casa con su llamador... Claro, claro. No lo dije, pues, no lo dije ni lo pronuncié. Me quedé con el de úvula y miré.

Se lo he dicho ya a usted, tan señor mío, pero me voy a tomar la libertad de repetírselo: ¡eso es! Ni más ni menos. Era esta úvula sencillamente portentosa. Hay que estar como yo

estaba, ni más ni menos; hay que ser como yo era: chiquito, chiquirritito, y encontrarse en esos sitios, rodeado del velo palatino, con la lengua que se aleja y ondula, y, al otro lado, ¡oh, señor, al otro lado, los comienzos insondables del esófago que se perdían de vista en las tinieblas!

Y la úvula se balanceaba, señor mío, se balanceaba. Al menos yo la veía balancearse como una desafortada campana catedralicia. No, no, no, don Onofre, no producía ruido alguno. Era un..., un movimiento insonoro. Tal vez fue lo que hizo aumentar mi terror.

¿Lo portentoso, lo maravilloso? ¡Quia, señor, quia! Se había esfumado. Me sentía solo y aislado allá en aquellas fauces. El labio inferior de la que había sido mi amiga del alma... lo veía a distancias increíbles. Me decía que nunca más, nunca más, yo podría volver hasta él...

Me resigné, si ello no es un pecado, a morir ahí. El destino tiene tantas y tantas variedades. ¿Por qué no podía ser una de ellas dar muerte en el fondo de la boca de Paulina Corcho a este miserable cultivador de garbanzos? ¿Por qué no, se lo pregunto a usted, don Onofre?

Y sentía un ruido sordo, a intervalos, un ruido desconocido para mí. Parecía alejarse; luego parecía acercarse. Entre estos intervalos, el silencio absoluto, mi señor. Yo pensé que los ruidos de que le estoy hablando a usted, mi sabio amigo, debían ser los que produce la digestión allá, a inconmensurables distancias, allá al fin del esófago. Sí, eso debía ser, sin duda.

Ahí estaba más aterrado que viviente, cuando oí un llamado; sí, señor mío, un llamado... ¿Raro lo encuentra usted? Si usted, don Onofre, lo halla raro, ¡imagínese la rareza que yo le hallé! Creí enloquecer. ¡Ah, el llamado! Sí, es verdad, es verdad, y me disculpará usted. ¡Oh, tantas y tantas! El llamado era así:

—¡Irineo! ¡U-uy! ¡U-uuuy!

Exacto, señor, el mismo que había oído allá en casa de don Bárulo Tarata, el mismo.

Quedé un rato inmóvil y helado de pavor. Hasta que, trepando con donaire, apareció de los fondos del esófago, apareció, sí, don Onofre, apareció Julieta Pehuén.

De mi tamaño, don Onofre, de mi tamaño, igual a mí. Se detuvo un momento, me miró, sonrió y me dijo:

—¿Qué tal, Irineo? ¿Cómo te encuentras en medio de estas luces resplandecientes?

—Admirablemente —le contesté—, como nunca me había sentido antes, sobre todo, ahora, ahora.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

Respondí sin vacilar:

—Porque te veo a ti.

Usted comprenderá, señor mío, que mis 33 volvían a resurgir y hablaban por mí. No obstante un poco de buen criterio, tal vez venido de mis 78, me obligó a preguntarle:

—¿Por qué, Julieta, estás tú aquí? Esto desafía todas las leyes de la lógica. Te ruego me respondas inmediatamente.

Me contestó con indiferencia:

—Es común que yo venga a estos lugares, ya sean ellos los de Paulina Corcho o los de Biandina Tarata.

—Así es que tú te achicas también.

—O ellas se agrandan. Otras veces ellas entran en mi cuerpo y van, por el esófago, hasta

el estómago. Cuestión de ver cómo se hace la digestión. Es muy curioso y es, además, muy interesante. A mí me gusta ver eso de la digestión. La he visto en muchas amigas más.

—Y en hombres también, seguramente.

—¡Uh! Los hombres huelen mal. ¿Quieres que bajemos? Paulina ha comido buenas cosas hoy día así que es la gran fiesta allá abajo. ¿Vamos?

—No, muchas gracias. Quiero salir de aquí, salir, pero... contigo, Julieta.

—¿Oyes esos ruidos, esos truenos o balazos, Onofre?

—Sí, Julieta, sí los oigo. Por lo mismo, salgamos pronto, te lo pido.

—¡Qué majadero eres, Irineo mío! ¡Si supieras qué de cosas se ven allá! A mí los nombres se me olvidan. Pero recuerdo el intestino, el intestino delgado y, después, el grueso. ¡Qué de aromas se respiran ahí!

—Lo dices en chacota, Julieta. Aquello debe ser francamente fétido.

—En la mayoría de los hombres, sí. En las mujeres, sobre todo cuando son jóvenes y hermosas, no. Recuerdo también el bazo. No sé para qué sirve pero lo recuerdo. Como también recuerdo la vejiga. Hay muchas, muchas cosas. Estoy segura de que a ti te interesaría enormemente. Y luego, Irineo, entrando por la otra, la otra puerta, allá abajo... ¡el delirio!

—¿De qué puerta estás hablando?

—¡De la otra! ¡De la vulva! Esa vulva por la que ustedes sueñan y deliran. Es también muy interesante. Llegar a los... ¿cómo se llaman?... los ovarios. Pero veo que estás tonto, muy tonto, Irineo. ¿Quieres marcharte decididamente?

—Sí, Julieta, te lo he dicho ya repetidas veces. Vámonos de aquí, vámonos cuanto antes.

Y nos fuimos, mi señor, nos fuimos. Tardamos poco, muy poco rato hasta llegar al labio inferior. Ahí volví a oír el grito de Julieta:

—¡U-uy! ¡U-uuuy!

Salimos, don Onofre, respiramos de nuevo el aire natural, eso es, natural. ¡El bosque de Guayacán y la casa del tan, tan recordado de don Bárulo Tarata!

Miré a la Corcho. Tenía el tamaño de siempre. Julieta, igual. Yo, idéntico. No había pasado nada. Paulina, entonces, dijo:

—Bajemos, bajemos. Esto no da para más.

—Sí, bajemos —agregó Julieta.

Bajamos, señor mío.

Allí estaba mi maleta. La contemplé con nostalgia. Julieta nos ofreció un poco de café. Lo acepté de inmediato. Así es que los tres nos pusimos a beber un café.

En eso estábamos, mi señor, bebiéndolo, fuera de mi costumbre, porque yo no soy un amante del café; prefiero el té; encuentro que acompaña mejor a los garbanzos; en eso estábamos cuando oí un toque de bocina, eso es, una bocina de auto. Les dije a aquellas damas que me permitieran un instante, me levanté, me asomé y vi a Tadeo Lagarto en su coche. Me gritó:

—¡Ea! Vámonos, Irineo. Toma tu maleta y despídete de Paulina y de Julieta.

—Sí, sí, Tadeo, voy en seguida —le respondí y volví a entrar en la casa.

Me despedí y tomé mi maleta. Subí al coche de Tadeo. Otra vez, mi señor, volví a oír ese grito que ya parecía nefando:

—¡U-uuuy!

Era Biandina que regresaba en aquel instante. Se acercó a nosotros, nos saludó calorosamente y nos deseó un buen viaje. Y el auto se puso en marcha.

Íbamos lentamente. Me sentía fatigado, decaído. Empecé a sentir una flaccidez en todos mis miembros. Recuerdo que bostecé dos veces consecutivas.

—¿Qué te pasa, Irineo? —se inquirió Tadeo.

—Creo, sí, creo —le respondí— que ha terminado ya ese sortilegio de mis 33 años; creo que estoy volviendo nuevamente a mis 78; sí, eso es lo que creo.

—Es lo natural, Irineo —me repuso—; cada uno con la edad que debe tener. Pero, en fin, ¿te has divertido?

A pesar de esa vejez que caía sobre mí, no pude dejar de asegurarle que mucho, mucho me había divertido. Usted ha de comprender, don Onofre, que tal no era la verdad. La palabra diversión no cuadraba con las experiencias que acababa de tener y sufrir. No hablamos más y así seguimos, en silencio, bajo los grandes árboles. Por fin llegamos a la estación que hay en el deslinde del bosque, la estación de Guayacania, según creo, sí, eso es, Guayacania. Tadeo se detuvo frente a ella. Me dijo:

—¡Ea! Apéate, Irineo. Hasta aquí te puedo acompañar. Por lo demás ya se acerca el tren que te llevará a San Agustín de Tango. ¡Buen viaje, Irineo!

—Tantas, tantas —le respondí y bajé del coche con mi maleta.

En efecto llegó el tren. Tenía en mi mano un boleto de primera clase. Subí dificultosamente pero pude subir. Y me senté con mi maleta al lado. Así llegué a la Estación de Ferrocarriles de esta ciudad. Tomé un taxi y regresé a esta mi casa. Suspiré y suspiré varias veces. Después me arrellané en este mismo asiento que ahora ocupo. Luego me puse a leer mi libro favorito: *El Garbanzo y su relación con lo Infinito*. Leyéndolo me dormí. El traqueteo me había fatigado enormemente. Usted sabe, señor mío, que la Estación ahora está como un kilómetro más lejos de lo que estaba antes, en aquellos tiempos. Me dormí con el libro sobre mis rodillas.

Ya a pesar, mi señor don Onofre, de ese tiempo en que viví mis 33 años y a pesar de la buena compañía, no poseí a ninguna Guaxa.

11

Volví a mi casa después de esta larga charla con don Irineo Pidincó. A medida que avanzaba lentamente por la calle sombría del Pentateuco, sentía que un desgano ilimitado me iba tomando. Sentía que este desgano, suspendido algunos momentos fuera de mí, ahora me iba cogiendo. Sentía cómo la desolación absoluta hacía de mí su presa. Todo se me confundía, todo se reducía a un solo instante, a un instante simultáneo en el que se apretaban los hechos saltando los unos sobre los otros. A ninguno de ellos podía culpar expresamente. Lo que me había dicho este buen amigo de don Irineo era más bien desconcertante: su ida al bosque de Guayacán con Tadeo Lagarto; lo que éste había hablado mientras él con esas Guaxas le hacía corro; su rejuvenecimiento súbito a los 33 años de edad; la reaparición de Paulina Corcho que, como Biandina Tarata y Julieta Pehuén, conservaba la lozanía y belleza de otros tiempos; luego su empequeñecimiento hasta caber y poder pasearse por la boca de la Corcho; y la repentina aparición allí dentro de Julieta; los truenos y balazos que subían del estómago por el esófago al estar haciéndose la digestión; en fin, todo aquello que me había narrado el bueno de don Irineo, no era, por cierto, la causa de mi desgano, de mi desolación profunda. Más bien encontraba altamente inte-

resante cuánto me había contado. Sonreí varias veces al ver con qué agudeza veía don Irineo el lado guaxático de esas chicas. Luego vi la sombra de ese Palemón de Costamota que nunca pierde una ocasión donde meterse e influir a los mortales a que lo sigamos, ya sea en plena ciudad, o en las galerías de La Torcaza, o en las membranas carnosas de la boca de una muchacha, o ¡qué sé yo dónde! Y apareció, de pronto, Tomba Montbrison, mi mujer, corriendo conmigo por las calles de esta ciudad; sobre ella volaba un enorme cocolay y en sus pies se enredaba un pequeño tutucuy; y Crispín recitaba y recitaba a Jacinto Benavente en vez de representarlo con soltura; y pasaba Caronte remando hacia los infiernos; y se balanceaba, como el mástil de un barco, la torre del Ayuntamiento... Oía, entre estas visiones, la voz de Lorenzo Angol que me hablaba de Benilde Panilonco y su nostalgia por Lumba Corintia se disipaba un tanto. Luego pasaba Baldomero Lonquimay tronando desahogado; lo miraba desde su mesa, en un bar cualquiera, Jabalí Batuco que interrumpía su charla con Desiderio Longotoma y ambos se ponían a evocar una ópera italiana...

Todo, todo se movía y vivía. Menos yo. Yo tranqueaba por esa calle del Pentateuco, doblaba luego por la calle del Milagro y llegaba a la plazoleta de Fray Tomate. Solo, solo, solo... Allí está mi casa; esas son sus ventanas. ¿Qué hacer...?

Entremos y sigamos viviendo hasta que suene nuestra hora.

Tomba ya estaba en cama y leía. Le conté rápidamente lo que había hablado con don Irineo. Después ella siguió leyendo y yo me fui a mi escritorio. Encendí todas las luces. Miré mi mesa atestada de papeles; miré mi biblioteca; eché una ojeada a mi archivador. Por fin me senté ante mi pupitre con un bloc y una pluma. Quería escribir a Lorenzo; quería así, escribiéndole, dar salida a ese desgano que me había invadido. Porque teníamos mucho que hablar. También giraban junto a mí los dos hechos que luchaban en su espíritu: el misticismo y su sexualidad. Veía a su alrededor a Ouspensky, por un lado; a Benilde, por el otro. Pero la pluma me obedecía flojamente. Al fin me decidí a escribir sobre mi estado, a dejar salir lo que había dentro de mí, sin más, dejar que ello saliera a borbotones con la lógica desesperada de esos momentos míos. Le escribí lo siguiente:

¡Déjame, Lorenzo, déjame vivir solo! Ya he visto desde lejos, desde muy lejos, la vida de todos ustedes. Decididamente yo no soy ni nunca lo he sido un hombre para dedicarse a hacer las biografías de los demás. Debería empezar por la mía, porque quiero tratar de ver y desmontar los resortes que mueven mi propia vida.

Lorenzo, me siento frenado. Quiero romper cadenas. Porque necesito volar, volar por sobre el cielo, ¿me entiendes? Luego veo que esa altura inmensa que se halla *sobre* el cielo, está aquí a mi lado, al alcance de mi mano. Pero las cadenas me retienen; la miro como a una vecina y siento en ella la invisibilidad completa.

¿No sería mejor volar sobre el infierno? El cielo y el infierno me son ahora iguales. Tanto sobre el uno como sobre el otro, sentiría ante todo el peso de mis cadenas.

¡Romperlas! ¡Romperlas!

Amo más, Lorenzo, lo que sueño, lo que crea mi imaginación que aquello que es. Lo que es, es decir, lo que verdaderamente soy. A esa imaginación voy y entonces los planos se me confunden pues la traigo al suceder diario de la vida y choco conmigo mismo.

Debo ir más a lo que es, es decir, a mí mismo conociéndome a fondo.

Lo contrario es balancearse en puras y vagas ensoñaciones. Son simples escapatorias. Yo creo mundos y quiero ir a ellos. Luego veo que esos mundos no han sido más que mis escapatorias.

He leído a Krishnamurti. Dice él:

Uno deber conocerse tal cual es; no tal cual desea ser. Lo que se es en lo real; no lo que gustaría ser.

Algo así es lo que dice. Claro está que lo entiendo perfectamente. Pero por ese camino no puedo avanzar ni un paso. "Conocerse tal cual es". Sí, Lorenzo, es fácil decirlo. Pero ¿qué podemos hacer si uno no es? ¿Si hay en todo nuestro alrededor sólo un inmenso vacío? Para conocer se necesita un objeto que sea conocido. Este objeto desaparece de pronto. No queda de él más que el recuerdo de que una vez existió. Es todo lo que ahora tengo. Todo ha perdido su color, su forma, su consistencia. No hay nada junto a mí. Debo esperar y esperar. Esto no puede seguir así.

Tú, Lorenzo, tienes una enorme lucha ante ti, una lucha cuya presencia sola es lo bastante para mover a un muerto: la sexualidad y el misticismo. Uno de ellos ha de triunfar. Para qué decirte que creo sin lugar a dudas que en ti triunfará el misticismo. Yo creo que en mí triunfará este vacío que ahora me ha tomado. Creo que...

No pude seguir escribiendo a Lorenzo. Dejé la pluma. Tomba entró un momento y salió. Allí quedé inexistente. De pronto la puerta se abrió y apareció el doctor Hualañé. Me preguntó luego de estrechar mi mano:

—¿Qué hace usted, amigo, con ese aire tan decaído?

Le respondí lo único que me era posible:

—Espero que algo me suceda porque yo mismo no puedo hacer que nada suceda.

—Ha sucedido —me respondió— que he venido yo.

—Asiento entonces, doctor, y charlemos; mejor dicho, charle usted que habrá una parte en mí que sabrá escuchar.

Y el doctor Hualañé me habló como sigue:

—El arpón que sigue mis pasos sobre esta vida, continúa su marcha impertérrito tras de mí. Hoy he nacido en 1859 y hoy es mi cumpleaños. ¡Salud, amigo Borneo! Me ofrenda usted con un rico Pernod; ¡bebamos! Festejemos también mis 75 años de práctica medical. Nuevamente, ¡salud!

Como usted podrá ver nada ha cambiado en mí. Mis pacientes mejoran todos y vuelven a la vida llenos de lozanía. Hasta que allá lejos suena la hora de cada uno de ellos y entonces mueren alegres dándome un apretón de manos de despedida. Y... ¡vamos a ver a otros que han caído enfermos! ¡Qué quiere usted, amigo mío! Todos enferman, todos comen guiándose por el placer del paladar. Es nuestra ruina, el paladar.

Usted ha leído, sin duda, a Ohsawa, el médico japonés. No olvide lo que sostiene: cereales y más cereales. Pero... ¡qué quiere usted! Los frailes han puesto el veto en el sexo; la gente lo ha remontado al paladar, a la lengua, y en ella ha colocado un paraíso de delicias. ¡La gente es idiota, amigo mío! Y comer debidamente es algo tan sencillo, tan sano, tan óptimo. ¡Todo, todo se puede comer! Yo no pido más que mirar con placidez lo que se engulle. Sin hacer ningún esfuerzo, ni el menor esfuerzo, llegaremos a nutrirnos con lo que debemos.

He recomendado un régimen perfecto para muchas personas, un régimen perfecto para la mayoría de las gentes sanas, para así evitarles que caigan enfermas. Helo aquí:

1º) Comer, comer en gran abundancia, de lo que sea y como venga y ojalá pensando en otra cosa o charlando con amigos de temas ajenos a la comida;

2º) Así dejamos en libertad al estómago para que coja, de todo aquel alimento ingerido, las substancias que le sean francamente alimenticias; las coge y las asimila;

3º) ¡Al vomitivo o vomitorio y echar fuera lo que no ha sido indispensable! ¡Como los antiguos romanos que sabían más de lo que nosotros imaginamos!

Le aseguro a usted que este régimen me ha dado espléndidos resultados. Ya nuestro amigo el arquitecto, Ladislao Casanueva y Limarí, construye casas con grandes vomitorios. Después de las comidas pasan los invitados a ellos y arrojan lo que está de más. Esto lo hacen charlando amigablemente. Luego se enjuagan la boca y ¡sigan la fiesta!

No, no, amigo mío, la cosa no es tan simple como parece al contarla yo de este modo. Porque se presentó un problema; no en todos los casos pero se presentó. Vea usted:

Hubo gentes que oyeron una queja, una queja que venía de lo más hondo de sus intestinos. ¡Los intestinos reclamaban por la cesantía en que se les había dejado! ¿Qué iban a hacer los pobres sin su trabajo acostumbrado? Buscaban y nada encontraban. Ha habido casos en que tomaban esa parte alimenticia y la devoraban para ellos mismos. El sujeto, naturalmente, se debilitaba y, al fin, enfermaba. ¿Extirpar quirúrgicamente el estómago? Sí, sí, se pensó en ello. Tal fue la opinión del doctor Amancio Cunco, mi inefable colega. Dicen que cierto día procedió a esta extirpación y mató, sin más, a su pobre paciente. En fin, son cosas de esas que se oyen. Como sea, la cosa era seria. Llamé entonces a mi colega, el doctor Pitrufluén, y a nuestro médico legista, el doctor Mangual. Juntos los tres nos encerramos en mi estudio, en la calle del Escapulario y allí debatimos largamente este asunto.

Se lo diré a usted. Después de una larguísima charla, después de pesar el pro y el contra de la cuestión, después de un serio estudio de las membranas que nos ocupaban, después de recordar casos y más casos llegamos a una conclusión. Hela aquí:

Dar al estómago funciones superfluas.

Hacer que él se sublimice.

Hacer que colabore en la marcha total del individuo.

Hacer que él vaya hacia donde el individuo quiere ir, hacer que contribuya también en la marcha total.

¿Cómo hacer una cosa semejante?

Aquí viene nuestro estudio y nuestros conocimientos. Hay que estudiar cada caso, hay que ver la idiosincrasia de cada individuo.

Apenas mis colegas se habían retirado cuando se presentó ante mí un visitante, un paciente, mejor dicho. ¿Quién era? Tal vez usted se va a reír. Era Eusebio Palena.

Me contó sus males. ¡La alimentación, por cierto! Me puse con lentitud a explicarle mis ideas al respecto y a asegurarle que eran también las ideas de mis colegas Pitrufluén y Mangual.

Palena las escuchó con suma atención. Al final de mi larga explicación me dijo tan sólo:

—¡Adelante, doctor Hualañé!

Pocos días más tarde volvía Palena. ¡Era otro hombre! Ya no había nada de sus males.

Me alargó un papel, que aquí tiene usted, en el que había escrito su Zambafusa nº 6. La leí y juntos nos reímos y nos felicitamos mutuamente. Léala usted, mi buen amigo, léala usted.

La leí. Ahora voy a copiarla para mejor entendimiento de lo que escribo:

Zambafusa Nº 6

Jugos gástricos que hacéis lo que tenéis que hacer os corresponderá el eminente honor de poder explicar que se estudia la manera en que la avenida Matta llegue a la villa francesa de Chamonix con el proceso de recuperación intelectual que legaliza toda huelga. ¡Derechos humanos! ¡Guarniciones militares! ¡Dos ponencias de este mísero país!

Todo ello: SILENCIO. Diez cancilleres han llegado a Santiago. Hay una elegante reunión en los salones de los hoteles céntricos de esta capital.

¿Una sola reunión en cientos de hoteles? Sí, una sola. Feliz quien tenga el don de la ubicuidad. Así asistirá a todas esas elegantes reuniones.

Mis jugos gástricos chuparán entonces cuanto haya que ser chupado. Y los Padres de la Iglesia se acomodarán con el significado de la palabra que come migajas del ayuno de la misericordia.

Por su naturaleza estas reuniones deben ser cortas: el Gobierno ha señalado cuáles son sus deberes. Entonces, ¡a la obra!

Y dejemos a los que están profesionalmente dedicados a resolver estos misterios.

Pero el médico negó con la cabeza. Luego rió y alargó su mano. Los jugos gástricos revolviéronse de asombro no contenido aunque, en el fondo, se felicitaban por el giro que las cosas tomaban.

Fue aquel un día extraño. La ruina de los tan largos setenta años no contaba por mal remunerado que hubiese estado. Nada contaba, ¡nada!

Entonces bebí, bebí grandes cantidades de alcohol y la fiesta fue enorme, inmensa, la fiesta fue abracadabrante en el interior de mis plácidos intestinos.

Una voz modulaba cada dos minutos:

—Bebo por ti, doctor Hualañé.

Prosiguió el doctor paseándose de un lado a otro:

—Sí, mi amigo Borneo, aquí está la cosa, la cosa que nunca hay que echar en olvido; aquí está el que debería ser Norte de nuestra ciencia médica; aquí está nuestra manera de penetrar en los misterios de nuestros organismos. Ya puede verlo usted en lo que se refiere a nuestro joven amigo, a Eusebio Palena. Porque no me ha de negar usted que es ésta una de sus más perfectas y puras Zambafusas. ¡Qué nítida perforación de nuestras sutilezas! Y ella, esta perforación, debidamente mezclada con la labor de los jugos gástricos. ¡Es, sencillamente admirable!

Así es que yo estudiaba y analizaba a Palena con profundo interés y aplicaba, en este estudio, ese que llamé Norte de nuestra ciencia médica. ¿Cuál es él? Óigame usted:

Estudiar simultáneamente, como no formando más que una cosa, estos dos aspectos del ser humano: la sutil intuición, por un lado; el flato y el pedo, por el otro lado.

Sí, señor y amigo, deben estudiarse ambos hechos; debe estudiarse tanto lo uno como los otros. Jamás uno solo, jamás aislarlos. Si quiere usted saber algo sobre la sutil intuición averigüe y sumérjase en flatos y pedos. Si quiere usted saber algo sobre flatos y pedos, averigüe y sumérjase en esa sutil intuición.

Hoy hay una división en la medicina, una quebradura, un tajo, diría: los de flatos y pedos (llamados internistas) y los que van a la sutil intuición (llamados psicoanalistas).

¡Error, profundo error! ¡Ambos yerran, amigo mío! Como han de errar todos aquellos que no ven más que una parte y olvidan la otra de nuestro complejo organismo. Yo veo ambas partes y, naturalmente, me inclino hacia la que llamamos "corporal" pues tal es mi oficio pero jamás olvidando la mente, siempre viendo hasta dónde ella penetra en todo mal.

Por lo demás usted ha de recordarlo perfectamente. ¡Eso es, eso es! Aquella lejana vez, a raíz de una tertulia que usted tuvo en casa de Viterbo Papudo con aquella linda damita X—como ustedes la llamaban—, aquella bella Xenobia Xagasta, según creo recordar. Yo fui a verlo apresuradamente y receté, con estupefacción de Viterbo, un tarro de sardinas, un queso de Limburgo, un bife con huevos fritos y un litro de vino tinto.

Claro está que usted se refociló comiendo todo aquello. Al día siguiente había bajado la fiebre y entraba usted de lleno a la salud perfecta.

Recuerdo lo que les dije aquella vez. Es algo que nunca debería olvidarse, nunca, jamás. A fuer de que usted me llame un majadero, voy a repetir aquellas frases que, tal vez, con el tiempo ya habrá olvidado usted. Óigalas y clávelas bien en su memoria:

Yo me comporto ante los males de mis pacientes en forma que mis colegas califican de asaz singular. Es que nunca pierdo de vista las dos partes constitutivas del hombre: la mente y el cuerpo. Mejor dicho, siempre me fijo profundamente en la relación existente entre esas dos partes. Mi deber es cuidar del cuerpo, que ya habrá otros que cuiden de la mente. Nuestro cuerpo ha pasado a ser el juguete de la mente, por no decir, su víctima. Nuestro cuerpo nació para moverse por los campos, respirar fantásticos volúmenes de oxígeno, comer, devorar, dormir bajo las estrellas, despertar con los pajarillos..., en buenas palabras, inundar la vida de una felicidad venida del sano, regular, armónico funcionamiento de las células todas. Pero a la mente no le gusta nada de eso. La mente es alquimia y combina lo que el cuerpo espontáneamente vive. Si fuese por ella comeríamos por los pulmones, respiraríamos por los oídos, veríamos por las manos. ¿Para qué? Para ver qué pasaría, para reír, por travesura. Buena cosa para que se haga de cuando en cuando, de tarde en tarde. Pero tal cosa hecha ley de la vida, ¡mala, muy mala cosa! Un buen día el cuerpo enferma. ¿Cómo iba a no enfermar? Todo ha sido hecho al revés. El cuerpo ha sido campo de extravagantes experiencias. Llega un momento en que se rebela, en que desborda su voluntad y sus derechos, en que atropella a Su Majestad la Mente y toma el timón del barco. Mas, para que este momento llegue, es necesario un gran movimiento interno, una efervescencia, un general descontento. ¿Cómo saberlo? ¡El termómetro, amigo mío! Desde que el termómetro marca 37,9, el cuerpo ha dominado a la mente y empieza a gobernar para su propia salud. No cábenle sugerencias perturbadoras, ni recuerdos, ni anhelos reprimidos que vengan a distraer su plan de salvación; todas estas cosas

son cosas de la mente. El médico debe entonces preguntar al paciente qué desea y su respuesta será inequívoca. Creerá usted que mientras mayor fiebre habrá mayor certeza. Error. Si la efervescencia interna crece demasiado, el cuerpo se debilita a sí mismo. Acto continuo la mente clama venganza, derroca y se entroniza. ¿En qué momento? Desde que el termómetro llega a 39,7. Desde ese momento la mente manda, desde ese momento el médico debe intervenir. Intervenir es aquí no escuchar; es proceder con claro juicio y ciencia suma.

Aquella vez, cuando lo asistí a usted, tenía usted 38,8. La voz pidió sardinas, queso, bifés, huevos, vino... Era lo que el cuerpo necesitaba.

Voz del cuerpo, voz de Dios.

Ahí tiene usted un compendio de mi ciencia. ¡No lo olvide jamás, amigo mío! Y no olvide que luego me pidió que volviera a recetarle tan exquisito menú. Pero yo me negué a hacerlo. ¿Lo recuerda? Le dije únicamente:

—Voz de la mente, voz de Satán.

Me dirigí al escritorio y anoté mi receta: agua, nada más que agua durante 48 horas y un granito de alpiste tres veces al día.

¡Ah, mi amigo! ¡El psicoanálisis! En el fondo es más lo que ha perturbado a la gente. Es un afán de traerlo todo al cuerpo. Ya no es el estómago ni los pulmones ni el hígado ni ¡qué sé yo! Ahora es el sexo... ¿Ve usted cómo los psicoanalistas tratan de acercarse a fuentes más remotas y complicadas, fuentes que abran puertas hacia otros mundos? El psicoanálisis hay que realizarlo en sí mismo antes que todo; hay que realizarlo sin pensar que somos únicamente sexo. Si no lo hacemos es hueco, es un mono de trapo relleno de algodón.

Ahora recuerdo a un cliente. El secreto profesional me impide dar su nombre. Este cliente, o mejor, este amigo estudiaba todo cuanto caía en sus manos de psiquiatría, neurología y demás. Lo estudiaba y meditaba profundamente en ello. Sin embargo era un hombre que, por ningún motivo, probaba ni un poquito de luche ni de cochayuyo y que le tenía horror a los conejos y a las liebres... Todo lo que estudiaba le entraba por un oído y le salía por el otro. ¡Había demasiado revoltijo dentro de él mismo para poder asimilar cualquier cosa!

Me acuerdo perfectamente de este cliente-amigo, el del luche y cochayuyo, el de liebres y conejos. Cierta vez, en casa, le ofrecí un gran plato de cochayuyo. El hombre no lo aceptó y me alegó su inapetencia. Después, al comer un par de huevos, que le di como reemplazo del plato desechado, me confesó que todas esas algas eran para él “una comida de indios”. ¿Se da cuenta usted qué de cosas trabajaban en la subconciencia de aquel hombre? ¡Y las liebres, amigo, amigo! Este hombre era agrónomo y tenía, por aquí cerca, su propiedad que trabajaba con el mayor esmero. Tenía gallinas y pavos, ovejas en gran escala y algunos vacunos. Era el padre de todo aquello. Pero las liebres... ¡no, jamás! ¿Cómo tener esos animalejos que no soportan clausura de ninguna especie? No hay medio de encerrarlas; las liebres aman escaparse, huir y perderse entre matorrales... ¿No es así?

—Pero los conejos son dóciles y no es tarea mayor tenerlos debidamente encerrados —le alegué yo.

Me respondió con acento cortante:

—Se parecen demasiado a las liebres.

Momentos después lo dejaba yo con un libro de alta psiquiatría entre sus manos.

¿Es posible, amigo mío? Es tan posible que así pasaban las cosas, así y no de otro modo. Este hombre es considerado en todas partes, considerado y estimado y él se pasea por las calles lleno de apostura.

Bueno, mi querido amigo, sigo mi marcha. Ya hemos reposado un buen momento, hemos bebido una copa y algo hemos charlado. ¡Hasta pronto, amigo, hasta pronto!

Y el doctor Hualañé se marchó. Mientras bajaba por el ascensor me pareció ver ese arpón que lo sigue y lo sigue siempre manteniendo la frescura de sus 100 años de vida y de sus 75 de práctica médica.

12

Salí yo también al día siguiente de madrugada. Por la calle de la Inmaculada Concepción llegué a la puerta del Cementerio Apostólico. Atisé hacia dentro por entre unas rejas. ¡Qué calma, qué paz! Todo dormía en él. Los grandes cipreses se balanceaban con una gran suavidad; unos hombres barrían una de las avenidas; una vieja pasó presurosa musitando una oración; un joven se paseaba de un lado para otro con un libro bajo el brazo. A los muertos poco les importaba aquel trajeteo de nosotros los vivos. Estaban ocupados en otros asuntos y nos dejaban sus restos pudriéndose para que tuviéramos algo de qué agarrarnos y poder fabricar los grandes poemas de amor desesperado por los que ya no son.

Ya no son...

¡Oh, qué poco vemos, qué poco sentimos! Estas dudas nuestras sobre "el más allá", estas cavilaciones sobre lo que habrá una vez cruzado el umbral, esta indiferencia que a veces fingimos sobre lo que pronto nos espera, esa levantada de hombros cuando el corazón se encrespa, todo ello es más lo que molesta a los muertos al impedirles seguir su ruta sin ese cuchicheo atronador que desde aquí le lanzamos.

Así pensaba yo junto a esa reja cuando: "pan, pan, pan...", el aire se llenó de este "pan, pan, pan...". Erguí la cabeza y me puse a buscar el origen de ese ruido. No tardé en encontrarlo: por una de las avenidas funerarias caminaba con pasos regulares y se perdía por entre las tumbas, el hombre Martín Quilpué.

Iba siempre igual, siempre. Siempre llevaba su sombrero calañés y su traje azul marino con rayas blanquecinas; sus zapatos negros eran los que causaban este golpear que he traducido aquí con el "pan, pan, pan". A su lado saltaban, brincaban cientos de tritones, de esos batracios multicolores que, para aparecer y mostrarse en público, sólo piden la presencia de un hombre que camine entre tumbas silenciosas. Sobre la cabeza del hombre Martín Quilpué volaba, haciendo los más graciosos arabescos de mil líneas entrantes y salientes, un inmenso tócororo de plumas amarillentas. Era su vuelo envuelto y quebrado por las notas del *Bolero*, de Ravel. A veces una nota se elevaba a alturas inimaginables; el tócororo la miraba y lloraba; luego bajaba y juntos, entonces, zigzagueaban alrededor del hombre Martín Quilpué. ¡Qué espectáculo nunca visto! Yo lo contemplaba atónito cuando una voz me arrancó de mi contemplación:

-¡Linda cosa es ver a un hombre vivo, rodeado de tritones vivos, caminar bajo la viven-

cia de un tocororo y de las notas de Ravel, todo ello cien veces vivo, entre el descanso de los que ya no son!

Así hablaba, a mi lado, Desiderio Longotoma, surgido de la paz cercana de aquel camposanto.

—¡Hola! ¡Hola!, mi gran Desiderio —exclamé eufórico de un contento sin límites.

Me miró, guiñó sus ojitos, movió sus pies y me repuso:

—Debe usted decir “¡olé!” , mi gran amigo porque la sorpresa que le tengo es inenarrable. Usted la sabrá apreciar. Venga, marche conmigo y la verá con sus propios ojos; no con ojos ajenos de otro ciudadano.

Me tomé de su brazo y juntos nos alejamos por la calle del Pentateuco y doblamos luego a nuestra derecha, internándonos por entre los muros bajos de la calle Santa Biblia y el alto muro del Cementerio Apostólico.

—Va usted preocupado —me dijo Longotoma.

—Sí —le respondí—. Aquel hombre me preocupa.

—¿Qué hombre? —me interrogó.

—El hombre Martín Quilpué —fue mi contestación.

—¿Y porqué le preocupa a usted? —volvió a inquirir.

—Por que mil veces he pensado que él es un representante de Palemón de Costamota.

—¿Es posible, amigo mío?

—No lo aseguro; lo he pensado tan sólo.

Longotoma rió menudamente y luego exclamó:

—Usted, amigo Borneo, ve a ese Palemón de Costamota en todas partes. Cuando no lo ve directamente, quiere verlo en las demás personas. ¡A lo mejor yo también soy un representante de esas diabólicas mafias que usted le presta a su famoso Palemón!

—Usted, Longotoma, no, jamás. Pero ese hombre, ese hombre que pasa y pasa, siempre serio, siempre rodeado de animalejos o aves o insectos; que atraviesa jardines en medio de la más completa indiferencia de las mandrigalas y las liróforas y las ensordecedoras; que pisa con sus grandes zapatos de cuero de potro la leche derramada por una linda muchacha que huye de un mocetón; que pisa el pan que se hace para mañana; que atraviesa miasmas y cañaverales repletos de venados, de liebres, chillas, comadreja, musarañas, topos y ardillas y ¡qué sé yo!; que se hace acompañar por mansas jaurías de perros; que...

—¡Ya lo sé perfectamente! —me interrumpió Longotoma—. Así es ese hombre o..., o así usted quiere verlo.

—Piense como usted quiera, como mejor le plazca —le dije de mal humor—. Pero su filiación con Palemón de Costamota... No, mi amigo, nadie me la podrá sacar de aquí, ¿oye usted?, de aquí.

E indiqué, con mi dedo índice, el frontal de mi cráneo.

Desiderio Longotoma se inclinó en una majestuosa reverencia que significaba su conformidad con lo que yo le había asegurado. Luego, sonriendo a medias, me murmuró:

—Esto no puede quitar ni empalidecer la amistad que nos une a nosotros dos, amigo Borneo. Para usted, un representante de Palemón de Costamota; para mí, un hombre que es así porque no es de otro modo. ¡Y vea usted! ¡Allí al frente! ¡El bar de *Las Tres Chimeneas*!

Dada la hora estaba cerrado aquel bar. Pasaban afanosos algunos hombres frente a él sin prestarle ni la menor atención. Yo lo miraba con indiferencia; Desiderio Longotoma no cabía en sí de júbilo que le desbordaba por todos lados. De pie frente a su puerta clausurada no cesaba de repetir:

—¡Las Tres Chimeneas! ¡Las Tres Chimeneas!

Al fin no pude más y le pregunté:

—¿Qué tiene de tan particular este bar? Su apariencia es como la de cualquier otro boliche de su calaña.

Me respondió a media voz:

—Porque lo ve usted a estas horas. Pero ¡si lo viera usted por las tardes, a la hora del aperitivo antes de cenar! ¡Y si lo viera usted por las noches...! ¡Oh, qué de cosas contemplaría bajo el fuego de esas chimeneas! Un fuego que no tiene por qué arder siempre; puede estar apagado, como, seguramente, lo estará ahora ante este calorcillo que vendrá hoy día. En fin, amigo mío, ya sabe usted dónde se encuentra este magnífico bar. Volveremos a él a la hora que se debe. Ahora sigamos deambulando. Algo nos ofrecerá esta magnífica ciudad. Cuanto al traguito... Amigo mío, yo nunca bebo sin kilovatios. Ellos le dan mejor sabor al trago al caer chispeantes en la copa. ¿No lo cree usted? Bueno, vamos caminando, amigo Borneo, vamos.

Caminamos mucho, sin rumbo, caminamos hacia donde nuestros pies querían llevarnos. Longotoma no cesaba de hablar, se detenía algunos momentos, movía con inusitada velocidad sus pies mientras se restregaba las manitas. Luego seguía nuestra marcha.

Ahora anotaré lo que recuerdo de aquella interminable charla:

—¡Oh, amigo Borneo, usted se va a reír! Mas ¿por qué habrá siempre que reír, que mofarse? No, la cosa es muy seria: he descubierto los amores de nuestro renombrado e ilustre Jabalí Batuco. ¡Es algo inimaginable! Ama desafortadamente a una niña que ya calculará usted quién es. ¿La ve usted? ¡Sí, sí, ella es, ni más ni menos, ella es! Y con razón porque no me negará usted que Virginia Rapel es un verdadero encanto doblada de la más excelsa bailarina que nos haya cabido contemplar. ¡Al diablo ahora la ópera italiana! Ante un baile de Virginia, Jabalí queda y cae al éxtasis más completo. Yo he estado sentado al lado de él en una función, en la butaca contigua a la suya. No podía contemplar el ballet debidamente porque a cada rato era interrumpido por unos profundos quejidos que se escapaban de las entrañas de Batuco. ¿A cada rato? Entiéndame, amigo, a cada rato, sí, porque a cada rato aparecía esa linda de Rapel. Salimos de aquel teatro y fuimos a beber una copa. Entonces hice unas bromas a Jabalí, bromas algo solapadas, sobre las bellezas de lo que acabábamos de ver. Me miró y, al fin, no pudo más y me habló de sus amores... ¡claro está, platónicos y nada más que platónicos, por cierto... Me dijo tomando un chocolate. ¿Yo? No, yo tomaba un coñac, tomaba bajo la primera chimenea. ¡Ah, pero es verdad que usted no conoce aún esos misterios de las chimeneas! Ya los conocerá usted y entonces me encontrará perfecta razón.

Bien, le decía a usted que Jabalí Batuco está perdidamente enamorado de Virginia Rapel. Tal vez ama también a ese otro encanto que es Praxedes Bagdad. Pero ahora Praxedes está en el extranjero, creo que por allá por México y, para amar, se necesita que sean pocos los kilómetros que se extiendan entre los amantes. La cosa es que la ama y que él se embriaga en este gran platonismo sin fin.

Le he preguntado en varias ocasiones:

—¿Por qué no ataca usted, Jabalí? ¿Por qué no se le declara con pasión? ¡Ataque, de-clárese, amigo, y tal vez sea usted bien correspondido!

Me ha contestado:

—No.

He vuelto a insistir. He tenido la misma respuesta:

—No. Así está la cosa bien. Sépalo usted, Desiderio, que yo me siento un genio, un inmenso genio, al lado de algunos; me siento un necio, un perfecto necio, al lado de otros; me siento un igual, un hombre de la calle al lado de muchos terceros.

“Pues bien, Desiderio, he querido esta vez sentirme un necio, un ínfimo, un cero al lado de alguien a quien venerar. Quiero sentirme pequeño, pequeñito, minúsculo y desaparecer bajo tierra de tan sumamente minúsculo y microscópico que se es. He ahí lo que ambiciono. No, no atacaré jamás haciéndole la corte a esa belleza sin par. Quiero ver, quiero sentir sus pies, esos pies que danzan como dos perfectas maravillas caídas del cielo, como nosotros, hombres chiquirritines, vemos desde abajo los inconmensurables pies de la torre Eiffel.

Naturalmente que yo lo he felicitado con efusión. Porque me ha parecido algo soberbio esto de ver, desde una simple butaca, esos pies movedizos y saltantes como se ven los férreos, los inmóviles pies de la torre Eiffel, como se ven desde abajo, cuando uno los contempla envuelto en su gabán.

¡Oh, vea, mi querido Borneo, el Hotel Santa Quiteria! ¿No le recuerda a usted nada? Pues sepa usted que en él se alojó el gran sabio alemán von Elberfeld, sí, sí, el que pasa por ser uno de los más conspicuos médicos que hoy día existen. Allí estuvo esta eminencia médica. No, no se trataba de un viaje de turismo ni siquiera de un viaje de investigaciones científicas. Venía él llamado cablegráficamente y con todos los gastos pagados, más sus honorarios, por don César Emilio Pradenas Pezoa, sí, sí, el gran senador de la república y uno de los hombres más ricos de esta república. Sufrió el señor Pradenas Pezoa de un infarto o de una angina, una de esas enfermedades que ahora están de moda. Don César Emilio no podía dejar de tenerlas. Cables a Berlín, honorarios fijados por los aires, viaje del eminente en avión. Llegada del eminente al aeropuerto con banda de músicos y vivas y más vivas de la plebe allí aglomerada. Von Elberfeld saludaba a diestra y siniestra notoriamente emocionado. La facultad entera lo esperaba y se entregaba a toda clase de manifestaciones que demostraron su aprecio por el ilustre visitante.

Le he de decir a usted, mi querido amigo, que el doctor Hualañé no estaba allí en el aeropuerto, como tampoco estaban ni el doctor Pitrufluquén ni el doctor Mangual. ¡Claro, claro que allí estaba el doctor Evaristo Gultro! Y estaba también el doctor Amancio Cunco. Fue una verdadera recepción de bienvenida como no se recuerdan otras semejantes.

Vino luego un cóctel en el Consulado de Alemania, en el gran edificio donde se halla, usted lo sabe, eso es, el grandioso inmueble de los Consulados de las Europas Unidas, en la plaza de Un Solo Dios No Más. El edificio de en frente, el del Consulado de las Américas Unidas se había engalanado con todas las banderas y escudos de las repúblicas de estos lados. Era aquello el delirio. Y no era para menos, amigo mío; ¡tamaño eminencia entre nosotros!

Se brindó, se lanzaron espiches tanto en alemán como en castellano. Dicen que un profesor polaco habló en su idioma. Ya se lo digo a usted: ¡el delirio!

Las fiestas de bienvenida siguieron y siguieron. Hasta que en una de ellas von Elberfeld fue solicitado por un intérprete que llegaba desaforado de casa de don César Emilio Pradenas Pezoa. Gritaba este intérprete, mitad en alemán y mitad en español:

—¡El señor, don César Emilio, acaba de fallecer!!

El señor doctor Elberfeld cerró los ojos de su ilustre paciente sin haberlo visto en vida jamás.

Sus funerales fueron sencillamente suntuosos. El carro que llevaba su ataúd era arras-

trado por gran número de diputados; tras él marchaban silenciosos los senadores de la república; luego solo, a lentos pasos, contrito, avanzaba el eminente médico von Elberfeld; tras él, el cuerpo médico en casi su totalidad, salvo, como ya le he dicho, los doctores Hualañé, Pitrufrquén y Mangual y algunos jóvenes que los siguen; tras todo esto, una banda de músicos que redoblaba tristemente con sus tambores; al final, una serie de coches con las cortinas bajas encerrando a gente que así ocultaba su dolor ante la curiosidad pública.

En el cementerio se habló; en el cementerio se lloró.

Aquella noche se ofreció un gran banquete a von Elberfeld.

Yesto, lo del gran banquete me lleva a la solemnidad de las horas de comida. ¿Ha visto usted solemnidad igual en otra parte? Podrá recorrer las más vetustas catedrales, podrá concurrir a los más respetuosos festejos, podrá ir a la inauguración o a la clausura de todo cuanto se quiera inaugurar o clausurar en este mundo... No, amigo mío, nunca se verá usted rodeado de tanta solemnidad y de una solemnidad alegre, así como que no quiere la cosa, que en aquellos momentos en que usted se sienta a la mesa en compañía de algunos amigos y amigas. Sí, mi amigo, es por donde hay que pasar si usted quiere circular.

Es ésta una condición *sine qua non*. Ya sabrá usted qué hacer con la solemnidad que le sobre.

¡Las comidas, las comidas, amigo Borneo!

Mire usted quien va ahí. Naturalmente él es. Mejor será que no nos vea. Cada uno que siga su camino como nosotros seguimos el nuestro que a ninguna parte lleva. Rosendo Paine... Un gran amigo es este Rosendo. Pero es algo desorientado, ¿no lo cree usted? Sí, es bastante desorientado. Me huele mal. Cuando se está con esas desorientaciones... ¡hummm!, no se sabe hacia dónde uno se puede encaminar. Claro está, es un tipo fuerte, muy fuerte; es un tipo decidido, de gran carácter; es todo un hombre. Pero, pero... A mí me inquieta. He predicho un mal acto en su vida, un terrible mal acto. No sé qué me hizo predecirlo. Tal vez eran sus maneras; aunque éstas eran siempre cordiales. ¿Acaso sus bofetadas, esas riñas que tanto ha tenido? Pero, amigo mío, todo el mundo las tiene. Es ello simple cuestión de carácter y nada más. Y le diré a usted que en eso Rosendo Paine ha cambiado mucho, muchísimo. Ahora no riñe con nadie, es todo un apuesto señor. Ya lo ve usted, todavía puede verlo. ¡Cómo marcha, con qué solemnidad! Se diría que va a asistir a una comida, a un banquete. Pero el destino le jugará un mal pase, no lo olvide usted, el destino se lo jugará y Rosendo obedecerá. ¿Con alguna mujer? Tal vez; no lo sé. ¿Cómo se llama ella, la de ahora? ¡Eso es! Una hija de franceses, Nicole Chaumont. ¡Pobrecita! Dicen que la hace muy feliz. Así y todo... ¡el destino, amigo mío! Ahora que puede no ser Nicole ni siquiera una mujer. Lo único que sé es aquello de la mala jugada que el destino le reserva a nuestro amigo Rosendo Paine. O si usted prefiere, lo único que supongo, que imagino. Sí, son de esas ideas que de pronto asaltan y se clavan. Mil veces ojalá que nada pase. Pero, pero...

Por cierto, por cierto. Con la vulgarización del psicoanálisis, del surrealismo y de la relatividad de Einstein, es increíble lo que ha aumentado el número de los tontos expresivos.

Que no me vayan a oír lo que avanzo los doctores Hualañé y Pitrufrquén, ni los pintores Rubén de Loa y Vitelio Doñihue, ni el sabio Aliro Gorbea ni el filósofo Remigio Natales... Me fusilarían si me oyeran. Antes de morir fusilado les grjtaría:

—Señores, ustedes jamás se han mezclado con esa vulgarización de estos tópicos.

Entonces dispararían sobre mí los doctores Evaristo Gultro y Amancio Cunco, los

pintores Facundo Doñihue y Zócimo Taltal y ellos serían capitaneados por el seudoesabio y seudo filósofo de Misael Reñaca...

Sigamos nuestra marcha, amigo Borneo.

¡Ya lo creo que todos ellos son tipos simpatiquísimos! ¿O creía usted que yo los consideraba terriblemente antipáticos? Facundo Doñihue, Zócimo Taltal, Amancio Cunco, Evaristo Gultro y el portentoso hombre limitado de Misael Reñaca... ¡Todos ellos verdaderos pozos de gentileza!

No, amigo, no confunda nunca la simpatía con otras cualidades de los seres. La simpatía, aparte; la antipatía, lo mismo. Nada tienen que ver con el resto del individuo, nada.

¡Aaah! ¡Se lo pregunta usted también! Pensemos un poco y tal vez lo encontraremos. Pensemos; ¿qué es la simpatía, qué será la simpatía?

Yo le voy a dar mi opinión sobre el particular.

La simpatía es aquello que nos suprime las represiones. ¿Me entiende usted? Es simpático aquel que nos deja estar unos instantes sin sentir el peso de esas represiones que nos acogotan. Aquel que evoca, sin pronunciarla, la palabra "libertad". No hay más, amigo, no hay más. Nos es simpático aquel o aquello que ante nosotros se comporta o nos evoca lo que *podríamos ser* si ésta o aquella represión nos fuera suprimida.

De ahí viene la simpatía que todos sentimos por los ademanes tremebundos de esa furia insólita que es Baldomero Lonquimay. Porque nosotros medimos, sin darnos cuenta, la distancia de que ella está de nosotros. No, no, no podríamos jamás tener esas tan terribles represiones. Las vemos actuando en él, las vemos a flor de piel, atropellándonos... Y sentimos la enorme, la inconmensurable distancia que de ellas nos separa.

A Baldomero Lonquimay poco le importa esto; poco le importa lo que nosotros pensamos sobre sus modales abruptos. Él, sin más, los expone y sigue su marcha vertiginosa. Él, amigo mío, carece de represiones y, las que tiene, las expone a todo el mundo, las grita mientras se arremolina en su gran capa.

Es otra cuestión importante: *exponerse sin represiones es algo sumamente importante*. Si tuviéramos que adivinar, calcular, lo que hay en un hombre, lo que él esconde, si tuviéramos que guiarnos por vislumbres que a veces se ven y que luego se esconden... Ese hombre nos cansaría, nos sería francamente antipático.

En Lonquimay, no. Basta uno de sus terribles "brrrrrrr" y basta luego verlo alejarse a grandes trancos para que todos digamos espontáneamente:

—¡He ahí un hombre! ¡Viva ese hombre!

Y así lo dejamos alejarse al Muelle de la Sotana, a que se sumerja en los cientos de miles de hormigas que trabajan afanosas. Y nos viene el recuerdo de doña Clea Purén...

¡Oh, son dos simpatiquísimas personas este Lonquimay y esta Purén!

Vamos, amigo, lentamente hasta su casa, lleguemos al Muelle de la Sotana. Haremos una visita como cualquier otra visita y apretaremos su mano, si es que digna alargarla, entre las nuestras. Aquel sublime padre de todo lo que es sublime en esta Tierra nos agradecerá este justo tributo que rendimos a su sin par grandeza.

Para allá nos encaminamos marchando con suma lentitud. Nos deteníamos ante las vitrinas de las tiendas, observábamos a los diferentes transeúntes que pasaban. Longotoma seguía dando rienda suelta a su labia inagotable.

¡Mire usted, mire por favor! ¡Qué de cosas se ven en una ciudad como ésta! ¿No le

llama a usted la atención? A mí me trastorna el juicio. ¡Cómo, amigo mío! ¿Encuentra usted que ello es de una vulgaridad sin límites? No y no. Creámelo usted que esas plumas, esas llamadas plumas fuentes, son uno de los más diabólicos inventos que se han producido en este siglo de las invenciones. Y ese buen señor las usa como si tal cosa, sin percatarse de que está usando una de las cúspides de la potente imaginación de..., de..., ¿cómo lo llama usted? ¡Ah, es verdad! Palemón de Costamota, el representante del demonio aquí en esta Tierra. ¡Parece que para usted no hubiera suficientes representantes de lo demoníaco aquí por todas partes!

Si quiere, amigo, se lo explicaré. Óigame usted bien:

Las plumas fuentes contienen dentro de ellas mismas las ideas que uno expone luego en un papel. ¡Y no sólo las ideas! Contienen también los cálculos, aun los de altas matemáticas; y contienen las direcciones de nuestros conocidos y aun de los desconocidos; contienen una larga, una larguísima lista de nuestros quehaceres que, poco a poco, van destilando...

Por eso, se habrá fijado usted, yo consulto siempre mi pluma fuente; salvo, naturalmente cuando la he dejado olvidada en casa. Pero si la llevo conmigo... ¡Veamos, veamos! ¡Sí, mi amigo, sí! Aquí está. Si usted desea la consultaré de inmediato...

¡Lo ve usted! Saben enormemente estas plumas fuentes. La mía me ha susurrado:

“Anda, con tu amigo Borneo, a casa de Baldomero Lonquimay; anda luego, siempre con tu amigo, al bar de las Tres Chimeneas.

No hay más: ¡obedecer! Vamos a ver a Lonquimay como primera providencia.

Estamos medio a medio, amigo Borneo, medio a medio. A nuestra izquierda, el Puente de la Catedral; a nuestra derecha, el Puente de la Serpiente Tentadora. Atrás se halla la calle de los Sagrados Corazones y la calle del Sotacura. ¿Cuál puente prefiere usted para atravesar este magnífico río del Santa Bárbara? ¡De acuerdo, de acuerdo! Así veremos si esa serpiente se digna tentarnos. Lo que es a mí... ¡hummm!, ya empieza a tentarme dándome un apetito de esos ¡que ni Dios! Esta noche comeremos cosas extravagantes, ¿no le parece? Para eso, no hay como las Tres Chimeneas. ¡Ea! Vamos a ver a esa serpiente; atravesémosla; dirijámonos luego a casa de nuestro anfitrión. Y, al pasar, podremos echar un vistazo al Zoo de San Andrés. ¡No, no es cosa de quedarnos allí! Un vistazo y nada más. Sus árboles me rememoran siempre a Francia, a Italia, a España, ¡y qué sé yo!

Sí, sí, ya lo sé que esos viejos países no son grandes fabricantes de jardines zoológicos. Es sólo una asociación de ideas, nada más, una costumbre mía.

Vea, amigo, ese árbol histórico, vea su grandiosidad, vea sus hojas cargadas de historia noble... Hay gente que se queda lela mirándolo. Yo, le diré a usted con confianza, prefiero ver esta pequeñez nuestra que nos hace ver inmenso a ese árbol; o prefiero ponerlo al lado del Picoldo o del Aconcagua. ¡No, no, no! No es tan inmenso como dicen los libros de turismo. Pero yo le decía a usted algo sobre Francia y demás países de la vieja Europa. ¿Qué era lo que iba a decirle? ¡Ah, ya lo recuerdo!

En aquellos países hay pruebas de que se ha vencido a nuestra madre la naturaleza; sí, hay muchas pruebas. En cambio en estos países, ¡no!

¡Desdicha y mil veces desdicha!

Sobre todo en ese Santiago, en ese tan dilatadísimo Santiago, con sus calles abiertas al infinito y por donde entra polvo y más polvo con color a naturaleza...

En fin, aquí en San Agustín de Tango hay siquiera algo, no mucho, pero algo. Hay miles, no, no exageremos; hay cientos, no, no exageremos; habrá una docena de parques

que, como ese árbol histórico, enredan y sostienen lo que hubo aquí de historia. ¡Sí, mi señor Borneo, sí! ¿O no recuerda usted a don Diego de Almagro? ¡Ah, hay que recordarlo siempre! ¡Fue un hombre inmenso! No crea usted que lo digo mofándome de él. Almagro llegó a estas tierras y, en ellas, quedó encandilado ante tanta naturaleza. Sobre todo lo que lo encandiló fue el hecho de ver tanta naturaleza sola, sola, abandonada. ¿Qué hacer ante cosa tan extraña? Y piense, sí, piense en esos soldados que se habían escapado tras el hemíono que ahora se yergue sobre su columna, piense en Melquiádes de Tango y Guadalajara y en Prisciliano Badajoz de Tango. Allí estaban esos soldados aterrados ante la naturaleza sola. Los araucanos ni siquiera se mostraban. Era la soledad completa entre árboles y tierra y arroyos y cielo y montañas... ¿Qué hacer, amigo?

Almagro era hombre de rápidas decisiones, de rapidísimas y contundentes decisiones: se puso al habla con don Pedro de Valdivia. Fue aquel un diálogo inmortal.

-¡Aló! Habla Diego de Almagro.

-¡Aló! Escucha Pedro de Valdivia.

Ya lo sé, amigo mío, lo sé tan bien como lo saben todos los seres que hoy pueblan este globo; en aquellos tiempos no había teléfonos ni nada parecido. Pero es su compañía, señor Borneo, la que me inclina a recurrir a estos trucos que le dan mayor relieve a lo que uno cuenta. Es un pequeño homenaje que hago a su obra en lucubración.

El caso es que Valdivia, en vista de tanta naturaleza que arremetía contra sus huestes, dio orden inmediata de acarrear elementos y más elementos arquitectónicos.

¡Había que ver cómo llegaban esos elementos! ¡Había que hacer recordar los vetustos edificios dejados allá lejos!

Así se hizo: para recordar el Escorial se fabricó el edificio del Ayuntamiento; para recordar las catedrales góticas, la iglesia de los Jerónimos; para recordar el Foro Romano...

Bueno, bueno, amigo Borneo. Me callaré. Es la proximidad de ese abrupto varón de Lonquimay la que desata mi lengua. Pero la idea subsiste, ¡ya lo creo que subsiste!

Ahora, por ejemplo, veo aquí en mi imaginación, la iglesia de Santa María Novella, allá en Florencia. ¡Naturalmente que no hay ningún parecido con la iglesia de los Jerónimos, ninguno! Pero yo las junto estas dos iglesias y, aquí en mi mente, hacen una sola. Sí, porque fíjese usted:

Las iglesias, ante mis ojos, no tienen otro objeto más que el de vengarse de la naturaleza. Sí, mi amigo, así es y así es; no hay duda posible. Tome usted, por ejemplo, la luz. La naturaleza revela la luz mayor, la más fuerte y más pura que existe; el hombre hace una iglesia para sujetar y guardar esa luz velada, reducida a su tamaño y pequeñez. ¡Ese es el objeto de las vidrieras! ¡En esto jamás se han superado a los góticos, jamás!

Naturalmente, mi buen amigo, yo puedo, como cualquier hijo de vecino, hablar y discurrir sobre los góticos y sobre cualquier tema de las bellas artes. Y puedo hablar sobre ellos mejor, mucho mejor que cualquier hijo de vecino. Pero se cree que yo no soy más que un simple saltimbanqui, que no tengo ideas profundas, de esas ideas que sólo insinuarlas hacen temblar a la plebe. ¡Error! ¡Error, amigo, mío! ¿Y por qué se piensa de la suerte? ¿Por qué?

Se lo diré a usted en suma confianza:

Porque soy regordete, de baja estatura, porque muevo los pies a gran velocidad y me restriego las manos a velocidad no menor, porque cuando estoy poseído por un verdadero deseo y necesito acercarme al objeto que lo provoca, ¡ah, entonces corro, corro, y, al correr, me elevo unos cuantos centímetros por los aires.

Por lo demás dicen ustedes lo mismo de nuestro objeto de visitas, de Baldomero Lonquimay. ¿Por qué lo dicen? Por todo lo contrario, porque despiden solemnidad grandiosa hasta en sus más insignificantes gestos. Entonces, amigo mío, ¿cómo hay que ser si uno piensa? ¿Cómo? ¿De cuándo acá se ha descubierto la justa afinidad entre el pensamiento y los modales?

¡Nada, nada! ¡Tonterías todas esas!

Pero yo le hablaba de otras cosas. Sí, lo recuerdo; eso es: la luz y, dentro de ésta, de las iglesias. Le decía que eran ellas una venganza del hombre en contra de la naturaleza. Porque es crear otra luz, otra diferente a la del mundo ordinario. Los hombres, bajo su influencia, parecen vivir de otro modo. Esa luz blanquecina, verdosa, con destellos azulados y violáceos... ¡qué maravilla! Sólo puedo compararla a la luz cegadora por su intensidad de los bares, ¡eso es!, de los bares que nos encandilan con su..., con su... No, no, mi buen amigo, no es sólo por el efecto de lo que en ellos se consume. ¡Es también por el misterio de su luz!

Vea usted, amigo Borneo, vea usted: Yo, sí, yo, Desiderio Longotoma, he hecho un parangón entre ambas luces: la de las iglesias y la de los bares. Ellas tienen esto de común sí, esto: no parecen venir de un foco determinado —como es el Sol y como son las lámparas—, sino que parecen existir en nuestro ambiente, ser ese ambiente mismo.

Nos acercamos. ¡Compostura, mucha compostura, amigo Borneo! Aquí no encontramos ni sombras de esas parejas burguesas que nos persiguen por todas partes. Doña Cleta Purén no es de esas burguesas casadas que buscan peloterías y más peloterías a sus maridos para tener una vida como la de todo el mundo. No, no es de éstas. Porque una vida sin peloterías... ¡oh, no, jamás! Es una vida demasiado vulgar, demasiado sin atractivos. Es lo que nos ordena lo establecido: en los matrimonios debe haber ciertas desavenencias...

Longotoma estiró un brazo; el brazo llevaba en su extremo una mano; la mano tenía dedos. Y estos dedos encontraron el timbre.

Sonó éste. Y la puerta se abrió sola, sola, completamente sola. Un rato de estupefacción que nos dejó allí sin movernos. Luego el aire fue removido por una potente voz:

—¡Adelante!

13

Avanzamos con cierto temor. No había nadie, era aquello la soledad misma. De pronto apercibimos, erguido, tieso, inmóvil, la figura de Baldomero Lonquimay de pie bajo el umbral de su gabinete.

Se envolvió y se desenvolvió cuatro veces con su inmensa capa, se caló debidamente su gigantesco chambergo y profirió con voz de trueno:

—Progresad en vuestro avance, ¡oh, tú, candente mancebo!; ¡oh, tú, villano y bergante tuno! Os saludo salutíferamente a ambos aunque mi magna intuición me previene sobre las bondades que tú aportáis, ¡oh, Borneus!, y las pícaras y nefandas que coronan la testa

de ese falso camarada que os hace compañía, de ti, sí, de ti, pestilente individuo Longotomus!

Desiderio se echó hacia atrás, sacóse el sombrero y, con la voz más potente que pudo encontrar, exclamó:

—*Ave Cesar, morituri te salutant!*

Hubo un silencio.

Luego Baldomero se sacudió como un perro que sale de las aguas, arrojó lejos su gran capa española, se quitó el chambergo y avanzó hacia nosotros alargando su mano con afecto.

Luego nos dijo:

—No moriréis. Trataré de conservar y celosamente guardar la vida que se alberga en vuestra viviente vida. ¡Nos nutriremos! Nos nutriremos para impedir que se aleje la viviente vida que hay en vuestras vidas. Ingeriremos el fruto producido por esas ramas del árbol llamado océano; ingeriremos mariscos.

—¡Ole y mil veces ole! —dijo Longotoma.

Baldomero, entonces, profirió:

—¡Ea y mil veces ea! ¡Ea, tú, dulce compañera de mis cuitas y desvelos! ¡Ea, tú, la que se apoda Cleta Purén!

Apareció doña Cleta, nos alargó temerosa su mano y allí quedó en espera de las órdenes de su amo y señor. Lonquimay, entonces, se expresó así:

—Cara mitad de mi mitad solitaria: traednos moluscos de los que en vuestro atrio cocinero esperan ser engullidos. El mar ante ellos se ha displayado: el pescador, entonces, los ha atrapado; vos los habéis cohechado; ellos, sumisos, han venido hasta esta mansión para atiborrar nuestros famélicos intestinos. ¡Ea, Cleta Cletamus, ea Cleta Cletorium! Desatraillad a esos aún vivientes seres que apenas han tocado, en su pérfido destino, una punta, un extremo, un límite de este existir en el planeta. Desatrailladlos y traedlos a esa tábola para que su presencia abra de par en par los apetitos que a ellos esperan. No os conduzáis cual un galpito o cual un pangolín. ¡Ea, prisa y engalanad el vacío que tiembla en la ya mencionada tábola!

Doña Cleta obedeció de inmediato. Puso la mesa y desapareció en la cocina trayendo luego una gran fuente de mariscos. Me llamó la atención cómo vestía: toda de negro con un delantal blanco y una cofia del mismo color. Luego me extrañó aun más lo que hizo: lejos de sentarse con nosotros, quedó de pie con la fuente en una mano y dispuesta a servirnos. Así lo hizo y volvió a retirarse. Baldomero Lonquimay nos explicó:

—¡Veo que os extrañáis, mancebo Borneus! ¡Veo que vuestra extrañeza coge, a su vez, al antes puerco de Longotoma y ahora digno personaje! No debéis extrañaros ni el uno ni el otro. Tal es la ley y, ante la ley, ¡doblegación! El primer plato debe siempre ser servido por ella, ¡POR ELLA! El segundo plato, por él, ¡POR ÉL! Ante todo, que ella muestre al mundo todo que es una esclava fiel y sumisa. Una vez que lo haya mostrado, ¡ah!, entonces yo mostraré que tal esclavaje está correspondido: yo os serviré los encurtidos e iré a paladearlos a la cocina. Doña Cleta os hará digna compañía. Luego ella servirá el manjar o postre. Yo seré el que haga esa digna compañía. Yo serviré el café. Ella vendrá a llenar el vacante sitio de la grata compañía. Y no, no peroremos más. Ahora, ¡silencio y engullición!

Comimos en abundancia. Era aquello sabrosísimo pues doña Cleta se había esmerado al hacer una mezcla de erizos con colas de langostinos en una salsa de cholgas y jugo de mejillones. A nuestro lado teníamos, cada uno, un platito con puntas de muy exquisitos

veretilos; el pan era reemplazado por grandes trozos de lapas al vinagre. A estos trozos le poníamos, como mantequilla, una pasta hecha de almejas molidas.

Nos saciamos. Desiderio no cabía en sí de gozo, se refregaba el estómago con ambas manitos y no cesaba de exclamar:

—¡Esto vale un par de huevos a la copa!

Vinieron los encurtidos servidos por Lonquimay. Doña Cleta ahora estaba sentada con nosotros. Su traje negro, su delantal y su cofia habían desaparecido. Vestía el más elegante traje de seda multicolor que lograba hacerla casi bella. Luego vino otro cambio entre nuestros anfitriones y degustamos el manjar. Por fin tomamos el café reverenciosamente servido por Baldomero. Una vez que terminamos, doña Cleta nos invitó a pasar al saloncito; luego se presentó en él Lonquimay en persona y doña Cleta se eclipsó.

—¡Un cigarro! —dijo nuestro anfitrión.

Ambos aceptamos y nos pusimos los tres a fumar.

—Ahora vendrá la gran confianza que he de hacer a tan dignos y superdignos partidores de este ágape tragado por nosotros. Señores: amo a Cleta Purén con un amor tan infinito como el vacío y tan profundo como la mar. ¡Sí, así es! Porque él tiene la infinitud del vacío y la profundidad de la mar. ¡Oh, hermosísima canción que en remotas épocas tú, tú, recordado Foringuendanguen, cantabas acompañándote con tu cítara! Cantabas:

Te quiero tanto, tesoro mío,
Que es imposible mi amor sondar;
Es infinito como el vacío
Y tan profundo como la mar.

“Era aquella canción la anunciata de lo que en mi existencia debía acaecer: lo profundo de la mar y lo infinundo del vacío. Todo ello fulminado por ella, por doña Cleta Purén de Lonquimay.

“Porque hemos contraído nupcias, el sagrado connubio ha venido a caer entre nos.

“¿Qué queréis hacer, mancebo, contra esta pasión volcánica que me ha invadido? ¿Qué queréis hacer, benemérito, contra este estallido que ha estallado, estallando, el estallar de mis apasionadas pasiones?

“Nada, nada, nada.

“Menos que nada.

“El cero absoluto.

“Como nada hacéis, ni el uno ni el otro, como nadie nada logra hacer contra la furia de las desencadenadas fuerzas de esta natura que aprisionado nos tiene.

“Heme puesto frente a la ira de un vendaval huracanESCO, de un huracán vendavalino. Tuve que contemplarlo y sentir sus pases por mi cuerpo, bajo mi capa; tuve que soportar sus intentos por arrancarme el chambergo.

“He asistido al más recio temporal de que mares y océanos tengan memoria. El barco mecíase sobre las olas como cascarilla de nuez perdida en una inmensidad. Yo gritaba, yo injuriaba, yo blasfemaba. ¡Nada! El temporal seguía.

“Me he agazapado bajo un umbral de una puerta mientras el mundo crujía y tiritaba cual un enfermo con alta fiebre y la tierra se erosionaba al son de los pujidos que el

terremoto lanzaba por doquier. Esta vez no grité ni injurié ni blasfemé. El terremoto siguió, nos cruzó y se fue hacia otro mundo.

“Entonces subí, cual loco venado, a la cumbre del volcán Picoldo y, ante su cráter, lancé una injuria. Bajó esta injuria hasta las negras cavernas en que dormían los demonios, los despertó y los hizo producir la más formidable de las erupciones que alguna vez se hayan producido. Hasta que de entre las llamas que me envolvían salió y surgió el hijo de Satanás, brilló el genuino Palemón de Costamota. Le dije:

“Detén esta erupción.

“Me respondió:

“Ama a doña Cleta Purén.

“Entonces la amé y, al amarla, ella me amó a mí.

“He ahí nuestra historia; he ahí la confidencia que habéis merecido por haber llegado hasta estos lares del amor.

“Idos ahora a recorrer el mundo. Haced de esta ciudad un mundo en miniatura y recorredlo que, entre sus sinuosidades, encontraréis tal vez a la Cleta Purén de vuestros ensueños.

“Caeréis de rodillas ante ella. Entonces los ángeles se harán cargo de hacer lo que en tales momentos es menester hacer: ¡cantar! Oigo esos trinos claros y límpidos como son los trinos del colibrí y de las chotacabras. Ella se rendirá ante ellos; ellos harán que se rinda ella ante el trinar de aquellos trinos trinantes.

“¡Guardad mutismo!

“Nada ganaréis con increpar y blasfemar, con demostrar vuestro anhelo por amarla y ser amado, con hacer impetuosa irrupción ante una posible impávida apatía suya. ¡Nada! Como nada gané yo al dirigirme frenético a las manifestaciones vendavalescas y terremotoantes de la natura. ¡Nada! Arreciaban y arreciaban sin hacer cuenta de mis homéricas furias y de mis virgilianos silencios.

“Amadlas, amadlas, ¡amadlas!

“¿Acaso no lo escucháis? ¡Prestad vuestros abanicos orejales y hacedlos escuchar el cántico de amor!

“Ése, ése como silbato agudo, como el cántico de un queltehue, lleva la agudeza de vuestra pasión. Éste, éste como el tremolar del tremolino de un chincol que tremola o tremuela, lleva la pura tremolación de vuestros corazones. Aquél, aquél que retumba y se desespera en ahuecados aúllos como el bramar de una turba enfurecida de temibles filoxeras, lleva el desencanto que tanto, tanto teméis.

“Mas yo os digo:

“No temáis.

“Mas yo os digo:

“Atacad.

“Mas yo os digo:

“Conquistad.

“Y de la nada crecerá un dulce hogar, de la nada brotarán por miles las alcobas tapiadas de blancos tapices. Por ellos correrán los himenópteros acarreadores de ventura ilimitada, sí, correrán entonando himnos sin cancanéo alguno arrojando lejos, a la extrema lontananza, la cancamurria que se aprestaba a cogeros y martirizaros.

“Yo..., yo..., yo aquí permaneceré. Yo daré sustento a esas sabias hormigas que han vuelto a prodigarse con fuerza de ley. Doña Cleta Purén de Lonquimay hará, mientras

tanto, las veces de ángel y cantará en los momentos en que sus blancas manos y sus robustos brazos fregonarán la vajilla hollada por moluscos y tenedores.

“Idos, idos, caros amancebados míos.

“¡La urbe de las urbes os espera!

14

Nuevamente la urbe de las urbes, San Agustín de Tango.

Nuevamente vamos lado a lado, Desiderio Longotoma y yo, vamos alegres, vamos riendo por cualquier cosa. Baldomero Lonquimay nos ha hecho bien. Nos ha prometido una bella doncella. ¡Al diablo ahora la Tomasa! ¿No le parece a usted, Desiderio? ¡Al diablo, al diablo...! No, mi Tomba, yo no me atrevo a echarle a esos dominios de Palemón de Costamota. ¡Al diablo, entonces, las que puedan venir!

Se acerca la hora de las Tres Chimeneas. Tenemos aún tiempo. Podemos caminar y conversar otro poco. Longotoma tiene la palabra, Longotoma amenizará nuestros pasos. Pero Longotoma reía y reía. No se cansaba de repetir:

—¡Es un tipo único, único, es un ejemplar de los más exóticos que he visto!

—¿Quién? ¿Baldomero Lonquimay?

—Por supuesto, amigo mío, por supuesto. ¡Qué de ideas tiene! ¡Que salgamos nosotros en busca de muchachas que, como premio mayor, nos harán una casa repleta de hormigas! ¡Es algo que no puede ser llamado más que abracadabrante!

Y ambos reímos a reventar.

Luego Longotoma fue tomado por su labia. Me detuvo, volvió a caminar, volvió a detenerme, siguió su marcha. Yo lo escuchaba con mayor placer que el que habría podido obtener del canto, de los trinos de queltehues y chincoles, de los bramidos de una turba enfurecida de temibles filoxeras. Decía Longotoma:

—Lo sabemos, amigo mío, lo sabemos. ¡El sexo en las mujeres es un simple aditamento! Pero... ¡qué importancia tiene este feroz aditamento! Sí, la tiene y es absurdo alegar lo contrario. ¿No lo cree usted? Por cierto, por cierto. Yo compadezco a esos que buscan la intelectualidad femenina. ¡Patrañas, necedades!

Tomemos el caso de nuestro amigo Lorenzo Angol. Lorenzo se defiende demasiado en vez de entregarse de lleno y sin represiones a su Benilde Panilonco. ¡Debe el hombre entregarse, amigo mío, entregarse y nada más! Una vez que se haya entregado de lleno, entonces verá si Benilde es capaz o no es capaz de arrojar esas represiones a buena parte.

Yo creía ser un hombre carente de ellas, lo creía con toda sinceridad. Hasta que..., hasta que, un día que usted ha de recordar perfectamente, corrí como un loco al verla, la tomé en mis brazos y nos fuimos a la cama. Sí, sí, a eso me refiero, a esa vez que cogí, allá en Curihue, a la bellísima Tomasa. Fue un momento decisivo en mi vida. Fue tan decisivo que hasta hoy día no he podido dejarla. ¡Y eso, amigo Borneo, que todo se nos ha ocurrido menos criar, a nuestro lado, caravanas y ejércitos de hormigas!

La Tomasa me hizo ver, poco a poco, lentamente, que yo era un atado de represiones y de complejos. Ella, no, por supuesto que no. Ella no hacía nada, ella obedecía como hasta hoy día sigue obedeciendo. Pero nuestro trato, ¡oh, nuestro trato! En él, por cada

momento de placer que tengo, hay un momento de..., de... ¿Cómo decírselo a usted? Un momento en que me sumerge en mis propias profundidades.

Me hace revolotear por espacios que no son de mi oficio. Sí, como ese soberbio español que hablaba de su oficio. ¿No se lo he contado a usted? Óigalo entonces:

Me ocurrió en Madrid. Usted sabe que, aunque no soy aficionado a la pintura ni cosa por el estilo, hay que ir, en cada parte que se visita, a lo que hay que ir. Así es que, llegando a Madrid, me encaminé al Museo del Prado. Tal vez me iría a aburrir en él, pero allí estaba aquel episodio del 3 de mayo, usted sabe, el fusilamiento de rebeldes, que pintó Goya, don Francisco de Goya y Lucientes. ¿Le extraña a usted que lo sepa? Claro está que no es una obra gótica pero, en fin, en fin... Me encaminé hacia el Prado. Naturalmente me perdí. ¿A quién preguntar por su dirección? Vi a un hombre, un pobre hombre afirmado en una pared y fumando un pucho de cigarrillo. Me acerqué a él y se lo pregunté. Al punto se ofreció para acompañarme y ambos salimos por calles y más calles caminando a grandes pasos. De pronto el hombre se detuvo y me dijo: "Allí está el Prado". Yo, acto continuo y por demás agradecido, eché mano al bolsillo y saqué un duro, ¿se da usted cuenta?, un duro, cinco pesetas, y se lo alargué. El tío aquel, se irguió y, con su mano, me rechazó. ¡Y era un duro, un duro, amigo mío! Me dijo tan sólo: "No, señor, que no es mi oficio". Insistí. Volví a oír lo mismo: "Que no es mi oficio". Le propuse entonces que pasáramos a beber una manzanilla. El hombre, afectuosamente, me respondió: "Eso es otra cosa". Y nos bebimos la manzanilla en un figón vecino.

¿Qué le parece a usted esta anécdota? Yo la encuentro sencillamente maravillosa. Porque hay que ver la facha de aquel pobre hombre, la miseria que delataba. Pero aquello, mostrar el sitio donde se hallaba el Museo del Prado, ¡no era su oficio! ¡Y yo le ofrecía un duro, un duro!

Siempre me acuerdo de este hombre y siempre me repito, ante cualquier cosa que salga de mis conocimientos:

"Esto... no es mi oficio.

Amigo Borneo, aquellos espacios por donde yo revoloteo cuando estoy con la Tomasa, son sencillamente inefables o son acaso terribles. No lo sé. Sólo sé que su naturaleza no entra en los oficios que yo conozco.

El caso es que ella me ha hecho ver que soy un atado de muy tremendas represiones. Pero, ¡allá ellas! La Tomasa me las hace ver y luego, con sus caricias, me las quita, me las quita todas, todas. Y quedo sin añorar nada, nada. Me hace ver mis tremendos defectos y... ¡me los quita! ¿Qué más desear?

Pero Lorenzo yerra su camino, lo yerra y lo yerra. ¿Por qué se defenderá así? ¡Y defenderse de Benilde Panilonco...! ¿Es, acaso, porque existió otra mujer? ¿Por Lumba Corintia? Ya se lo digo a usted: ¡patrañas, necedades! ¡Algo francamente mal hecho! Lorenzo Angol podría ser una gran persona, una grandísima persona si se entregara a sus amores sin represiones de ninguna especie, si fuera el verdadero amante de Benilde Panilonco.

¡Otra vez tenemos ante nosotros árboles y más árboles! ¡Otra vez estamos frente al Zoo de San Andrés!

Son muy bonitos estos árboles, muy bonitos. ¡Eeeh! No son tan bonitos como usted quiere hacerme creer. Yo pienso como Tadeo Lagarto, sí, pienso más bien como él. Pienso que son y mil veces son... ¡horribles!

No, no, no, amigo, no es que yo haga... ¿cómo lo llama usted? Sí, cuando se dice una

verdad fuera de lo común, de lo que todo el mundo acepta. ¡*Esprit*, eso es, *esprit*! No, no es eso. Son los árboles ¡horribles!

No es que yo esté influenciado por Tadeo Lagarto. ¡Vaya una ocurrencia! Pienso como él y nada más.

Cierto día pasábamos con él bajo frondosos árboles, bajo... Bien, bien, me dejaré de adjetivos. Por lo demás era allá, en La Manigua, el fundo, usted sabe. No le diré más y usted tendrá que decirse ahora: "Frondosos y refrondosos...".

Yo se lo dije a Tadeo, yo. Haga usted, si ello le place, la relación con lo gótico y con el cuadro de Goya. Lagarto me miró de soslayo y luego dijo de mal humor:

—Los árboles son horrendos. Son excrecencias de la natura. Gustan porque son grandes, más, mucho más grandes que uno. Por nada más pueden gustar.

Yo pienso del mismo modo.

¡Ay, no me hable usted de esos dueños y dueñas de fundos! Es increíble lo que a usted le gusta hablar sobre esa tendencia de mirar siempre hacia atrás.

¡Cómo! ¿Que adónde vamos a parar? Se lo diré, amigo:

¡Al feudalismo y nada más que al feudalismo!

Sí, sí, sí. Fíjese un poco y lo verá de inmediato. Fíjese en esa tendencia de todos los dueños de fundo de aislar sus propias casas; a fortificarlas, sí, a casi fortificarlas alrededor; a echar fuera y lejos a los demás, a los que trabajan y sudan el día entero. Ante todo, mi buen amigo, que quede bien establecida la división, la santa división, la división de patrones, por un lado, y de obreros y campesinos, por el otro.

¡Es algo de lo más risible!

¡Yhenos en pleno centro de la urbe de las urbes! ¡Henos en el corazón de San Agustín de Tango! ¡Henos donde bulle el pensar y el crear de la inmensa ciudad!

¡Enderécese, yérgase, amigo Borneo! Aquí hay que tomar un ritmo adusto y avanzar sin conocer a nadie. Lentamente, eso sí, lentamente. Sí, de ese modo. ¡Qué bien lo hace usted!

La Plaza de la Casulla; el monumento al hemíono fundador de tantas bellas cosas; la Gran Avenida con su Estación al fondo; la mole del Ayuntamiento; las calles del Sotacura, del Escapulario y de las Mitras, para allá; las calles de la Abadesa y de las Profecías teniendo al centro la avenida Benedicto XX; por allá, la calle de la Eucaristía que, con la del Pentecostés, aprietan el noble edificio de ese inmortal Ayuntamiento; y la angosta calle del Antisacrílego que se aleja y se aleja...; y el Hotel Vaticano, el suntuoso hotel... Es hermoso todo esto, hermosísimo...

Y vea allí, en la Gran Avenida, el Teatro Circo Peralta; y aquí, el Cine del Tejón. Allá veo el Cine de Aldebarán; un poco más allá el del Homo Sapiens. ¡Qué maravilla, amigo Borneo o, mejor dicho, Borneus, como lo llama ese formidable de Lonquimay!

Pero lo que es yo, se lo diré con franqueza, voy poco, muy poco a cines y a teatros. ¡Naturalmente, cuando Jabalí Batuco me coge y me lleva! Eso es otra cosa. Usted se recuerda de esa noche, de esa noche de Virginia y Praxedes. Otra vez me cogió y me llevó a ver bailar a Sinfronia Cohinco. ¡Tonterías y nada más que tonterías! Y claro está, que bailaba admirablemente esta Sinfronia Cohinco. Pero a mí... ¿qué? Es mejor deambular en su compañía y tener ante sí una perspectiva como es la de pasar un rato en las Tres Chimeneas. ¡Teatros, cines...! Ya se lo digo: ¡puras tonterías!

¡Ah! Es otra cosa, otra cosa; la ópera italiana me encanta. En mis tiempos servía enormemente para conversar cuando el tema tocaba a su fin. Pero ahora, ¡ni eso! Ahora hay

que hablar de... ¿cómo se llama? No, no. ¡De Brigitte Bardot! ¡Eso es! Fui, por cierto, a verla. Vi la película *Dichosa muchacha*. Voy, pues, de cuando en cuando, de tarde en tarde a esos espectáculos. Y esto es mejor, amigo mío, es mejor. Óigame bien:

Así, al ir rara vez, la pieza o la película se graba mucho mejor en nuestra mente; no se olvida más. Entonces, ¡hablar de ella, hablar de piezas teatrales y de piezas cinematográficas! La gente queda lela de lo tanto, tanto que uno ha visto, de lo que uno concurre a los espectáculos. Así, fuera de esa Brigitte, puedo decirle a usted que...

Bien me callaré, O, mejor, pasaremos a debatir otro tema. Es lo mejor, sin duda, lo mejor. Siempre hay que encaminarse hacia lo que es mejor. ¡Lo mejor siempre! ¿No lo cree usted? Es algo simplísimo: cuestión de buscar lo que sea mejor y ¡atacar!

La mayoría de las cosas son sencísimas. Pero la gente las complica y las enreda. Ahora recuerdo a ese hombre inmenso de don Plácido Romeral, que en paz descansa. Claro está, murió a pesar de su inmensidad. Murió, el pobre —que era millonario— murió de una parálisis estomacal o de algo por el estilo. Ese don Plácido se preocupaba de todo, de todo, ¡de todo! Siempre que la cosa que lo preocupara fuera totalmente inútil.

¡Cómo no me he de acordar! Fue allí, en la Plaza de la Casulla. Un día, un día cualquiera. A los pies del monumento al Hemíon, don Plácido, afirmado en su bastón en una pose que hacía pensar en el futuro monumento que colocar junto al monumento que le prestaba su sombra, don Plácido, inmóvil, era ya un monumento digno de los mejores monumentos que en el mundo puedan existir.

¿He empleado demasiadas veces la palabra “monumento”? ¡No, no lo crea, mi buen amigo! No ha sido ni la centésima parte de lo que ocupaba a don Plácido Romeral. Me acerqué a él y le pregunté quedamente:

—¿Qué contemplan sus ojos, señor, y qué lucubraciones hacen ir a su mente?

Alargó el índice de su diestra hacia el hotel Vaticano. Luego murmuró:

—Contaba, o mejor dicho, trataba de contar el número que hay allí de ventanas y balcones.

Me incliné ante él y, a media voz, le dije:

—Señor, hay allí tantas ventanas y tantos balcones como los que hay.

Su mirada furibunda me fue como un cohete. Volé, volé y me perdí por entre los edificios.

¡Qué hombre era aquel! ¿No lo cree usted? Puedo asegurárselo, mi buen amigo, puedo asegurárselo: ¡un tarambana y un terrible mujeriego! Como era también, a pesar de sus aires respetuosos, don Ricardo Cortés Mandiola. ¡Qué par, amigo, qué par! Pero se iban a ella, mejor dicho, se iban en contra de ellas de muy diferente manera: don Ricardo, haciéndose notar, atrayendo la atención sobre él, haciéndose el centro indispensable hacia el que hay que volver los ojos; y como el general Mataquito que usaba otro modo de conquistar: a base de imprevistos súbitos y manteniéndose disimulado; de pronto se hacía notar audazmente. ¡Ah, don Plácido Romeral era otra cosa! Las miraba a todas; usted comprenderá, cuestión de bien escoger y de no errar; entonces, ya escogida, se acercaba y empezaba a hacer la corte, una corte permanente cuajada de halagos...

¡Eh, qué diablos! Esos caballeros no habían encontrado aún a su bellísima Tomasa.

¿Los abogados, dice usted? No lo sé cómo se las arreglarían ante el bello sexo. Lo que le puedo decir a usted es que ese tan eminente hombre de ley, ese respetable de don Bruno Camarones, no habría podido jamás ser Presidente de la República. ¿Por qué? ¡Vaya una pregunta, amigo mío! Porque don Bruno caminaba demasiado rápido, con indescrip-

tible velocidad. Y esto es muy malo, muy malo. El pueblo ama que su Presidente camine lentamente, lentamente, y en compañía de señores que caminen aun más lentamente, más lentamente. Don Bruno necesitaba siempre alguien con quien conversar. Entonces corría por las calles en busca de ese alguien.

¿Qué habría podido hacer el pueblo ante este bólide desatado? ¡Correr a su vez! Y... ¡vea, amigo Borneo, qué espectáculo habrían producido este Presidente que se escapa y el pueblo que lo sigue!

Por cierto que hacía chistes don Bruno. Una vez oí una voz que me llamaba:

—¡Eh! ¡Desiderio! ¡Eh!

Me volví. Era don Bruno Camarones. Fui hacia él. Entonces, con gran seriedad, me preguntó:

—¿Sabe usted, amigo Longotoma, cuánto tiempo vive una gallina?

—Señor —le respondí—, en verdad que no estoy muy seguro. Han de ser unos seis o, acaso, ocho años..., digo yo.

—No —me dijo entonces con gran seriedad—, de ningún modo. Una gallina vive desde que nace hasta que la hacen cazuela.

Y el hombre huyó, huyó con pasmosa rapidez.

Es decir, mi buen amigo, que don Bruno no era eso que, pomposamente, se llama “un candidato de lujo”, es decir, que jamás habría podido hacer “una política elevada”.

¡Así es, así es! Usted seguramente que ha oído estas frases, ¿no es verdad? ¡Qué quiere usted, amigo, qué quiere usted! Hay que tener muchas frases grandilocuentes con que llenar los vacíos.

Como esas mujeres que sólo ansían... “¡vivir la vida!”. Son frases que no comprendo y que no comprenderé jamás.

¡Claro está, clarísimo está! Esto lo entiende hasta Perogrullo. Sin embargo hay gente que no lo entiende. Por ejemplo, Adalberto Huachipato. No lo entendió y no lo entendió. Se lo expliqué mil veces. ¡Nada!

—Oiga usted, Huachipato —le decía—, si un autobús va a una velocidad de 60 kilómetros por hora y otro autobús viene también a 60 kilómetros por hora, se cruzan ambos como si uno de ellos estuviese detenido y otro pasase a 120 kilómetros por hora. Es lo más simple que puede existir. Huachipato no entendía y no había medio de hacerlo entender. ¡Qué hombre, Dios mío!

Y yo le agregaba que, si dentro de uno de esos autobuses un pasajero caminaba en el sentido de la marcha del que cruza o bien en sentido inverso, entonces hay que sumar su velocidad a la del autobús, por lo tanto, respecto al que está detenido...

En fin, amigo Borneo, ¡un problema para niños! Y Huachipato no entendía y no entendía. Me hacía repetir mil veces, pensaba, meditaba... ¡No había caso!

¡Pobre Gervasia Cachapoal!

Sí, sí, parece que lo ama con pasión. Porque el amor no está, no, no está en las velocidades de los autobuses...

Yo, en todo caso, jamás pienso en esos vehículos cuando estoy con mi Tomasa. Usted, amigo mío, ¿piensa en ellos cuando está con Tomba Montbrison? ¡No, no, no! Pensamos en otras cosas, en otras más de acuerdo con lo que se hace, ¿verdad?

¡Muy bien, amigo, muy bien! Veo que usted, como escritor, aprecia la buena lectura. ¡Ya lo creo, ya lo creo! Se ha comprado usted un libro del más formidable escritor de hoy día. ¡Mister Readers Digest! ¿No lo cree?

Sí, es mister Reader Digest. Yo estoy escribiendo un panegírico sobre él. Ahí escribo su nombre sin esa coma suspendida sobre la r y la s de Readers. Ello hace más nombre.

¡Cómo que no! Hágame el favor de ver:

Mister Readers Digest logra escribir sobre los temas más opuestos, los más locamente opuestos y, al final, escribe una novela... conservando intacto, parejo, único, su estilo unicolorde. Esto es a tal punto que si un ignorante, por ejemplo, de química, lo lee sobre esta materia; o un ignorante, digo yo, en orquestación lo lee sobre este tema, ambos reconocen, apenas leídas tres líneas, el inefable estilo y no menos inefable fondo del sin par escritor mister Readers Digest...

¡Y ya es la hora, amigo Borneo! ¡Vamos, vamos a solazarnos en el restaurante sin igual de las Tres Chimeneas!

15

¡Las Tres Chimeneas!

Es lo que hay de más interesante en San Agustín de Tango, según cuenta Desiderio Longotoma. Es la gloria, es el acabóse. Entremos, pues, a la gloria del acabóse.

Las puertas de batiente se abren y se cierran. Luego quedan con un vaivén hasta que vuelven a abrirse. Y se vuelven, se vuelven a cerrar cuando el cliente o la cliente ha penetrado en este antro de... de... ¿De qué será este antro? ¡Oh, sí, tiene que ser de indescribibles lujurias!

Ahora las puertas mueven y mueven sus batientes. Ahora es para que salgan y se vayan esos clientes. Se van, se cruzan en la calle con otras personas y éstas penetran al antro.

—¡Penetramos, amigo Borneo! —me grita Longotoma.

—¡Eso es! —le contestó lleno de entusiasmo.

Y ambos nos sacudimos entre esos batientes que no cesan ni un momento de batir y ambos, por fin, ¡¡penetramos!

—¿Desean una mesa, los señores? —nos interroga un camarero.

Longotoma responde al punto:

—No; estamos bien así sin mesa.

Y nos apoyamos al mesón del bar entre muchas otras personas que bebían sus tragos conversando nimiedades. El barman se nos acerca y nos pregunta lo que deseamos beber.

Longotoma responde:

—Dos horchatas.

El barman sonríe con un aire de entendimiento lo que me extraña en alto grado. Luego pregunta, mientras nos las sirve:

—¿Piensa ir...?

Longotoma responde con indiferencia:

—Mi amigo, sí. Yo... no lo sé todavía.

Entonces me di vueltas y me puse a estudiar aquel ambiente: ¡nada, nada de extraordinario! Era aquello como un bar cualquiera, como todos esos bares de que está lleno el mundo entero. Gente y más gente, mesas ocupadas, mesas vacías, camareros que van y que vienen, el barman sirviendo con displicencia, tipos aburridos que bebían por no tener cosa

mejor que hacer, mujeres indiferentes y de aire hastiado, alguien telefoneando, un botones que miraba sin ver... En fin, ¡como todos los bares del mundo entero!

Naturalmente que me llamaba la atención lo que Longotoma nos había pedido: ¡horchatas! Pero yo allí estaba de paciente invitado así es que me la empecé a servir. Luego busqué una chimenea, una sola que justificara el nombre de aquello. No vi ninguna en ninguna parte. Seguí bebiendo mi horchata y Longotoma la suya...

A mi lado tres tipos jugaban al cacho. Hacían demasiada bulla ofreciéndose empate, rogando por un empate y luego destapando y mostrando su juego. Reían con el resultado como verdaderos locos. Más allá, al fondo, otros dos tipos enseñaban a una dama estos misterios del cacho. La dama tomaba el cubilete y, en verdad, le era difícil voltearlo con soltura.

Al fin no pude más y pregunté a Longotoma:

—¿Qué le encuentra usted a este bar, Desiderio? ¿Hay algo en él de raro, de extravagante?

Me miró y sonrió. Luego me dijo como en confidencia:

—Ya lo verá usted, ya lo verá...

—Sí, tal vez ya lo estaría viendo si bebiéramos algún trago fuerte. Pero prepararse un día entero para venir aquí a tomar unas horchatas... No, no lo comprendo, amigo Desiderio, no lo comprendo.

—Por una horchata es bueno comenzar —me susurró en voz baja, muy baja.

—Bueno, ¡vaya por la horchata! —dije y seguimos bebiéndola lentamente.

De pronto me sobresalté y casi derramé lo que quedaba en mi vaso. Fue un ruido ensordecedor, un ruido de bataola indescrípible, un ruido que duró apenas el tiempo que necesitaba para que una puerta colocada tras de mí y a mi derecha, se abriera y se cerrara. Miré hacia ella; ¡nada! Ya se había vuelto a cerrar. Longotoma, entonces, me interrogó con malicia:

—¿Ve usted, amigo Borneo? —Y agregó con voz calmada—: la cosa sigue por esa puerta, sigue y... empieza. ¡Puedo asegurarlo a usted!

No toleré más y exclamé:

—¡Iré a ver!

—Deseo que tenga usted un muy buen viaje —me dijo con una marcada intención.

—¡Sí, lo tendré! ¡Pierda usted cuidado, Desiderio! ¿No viene usted conmigo?

Me contestó displicentemente:

—Tal vez vaya dentro de unos minutos pero, le responderé a usted como le respondí al barman: No lo sé todavía.

Bajé de mi taburete y me dirigí hacia esa misteriosa puerta. La abrí y penetré. Me encontré con un largo corredor, de unos 6 ó 7 metros, y al fondo vi otra puerta, de batientes ésta, que se abría y se cerraba a cada momento. Por ella puede atisbar que ahí, tal vez, era el antro de verdaderas alegrías y locuras, si acaso no lo era de indescrípibles lujurias como yo me esperaba.

Avancé y penetré por esta segunda puerta.

Quedé un instante completamente deslumbrado.

¡Allí era la más formidable juerga que yo recordaba haber visto!

¡La juerga! ¡El jolgorio! ¡La parranda! ¡La farra! ¡El loco machitún!

Las luces encandilaban; la orquesta de zingaros atronaba; la gente enloquecía bailando con miles de cabriolas; de las mesas les acompañaban cantando a mandíbulas batientes;

otros, de pie, hacían coro gesticulando; los camareros se hacían pocos trayendo mil bebidas y distribuyéndolas, al parecer, sin orden alguna; el bullicio ensordecía.

¡Viva, viva! ¡Era ésta la gran fiesta!

Ya un costado, al fondo de esta inmensa sala, vi, pleno de una emoción sin límites, una chimenea, una enorme chimenea, una descomunal chimenea.

No pude decir, en un principio, si ardía algo en ella. Pero, ¡qué importa! ¡Ahí estaba, la primera, y ello me fue suficiente!

¡Cantemos, cantemos! Y me puse a cantar con todos aquellos hombres y mujeres que cantaban. Luego me puse a vivir con todos esos hombres y mujeres que vivaban. Al fin, tomado de la mano de uno y con mi otra mano en el hombro de una bella muchacha, al fin bailaba yo también poseído por el ardor de aquella jarana sin igual.

¡Bailemos, bailemos! ¡Sigamos el ritmo de violines, de cellos, de trompetas y bandoneones!

¿Quién puede haber dicho que la vida es una terrible tragedia? ¡La vida es hermosa, es hermosísima!

¡Bailemos, bailemos, cantemos, gritemos!

Pero... ¿qué hace Desiderio Longotoma que no viene a esta farra de las farras? ¡Bebiendo horchatas, el pobre jumento! ¿Es posible? ¡No y cientos de miles veces, no! ¡A buscarlo, vamos a buscarlo! ¡Vamos!

—¡Hola, Onofre Borneo! ¡Hola!

—¡Cómo! ¿Tú aquí, Romualdo Malvilla? ¡Esto es mejor que el San Lito, Romualdo Malvilla!

—¡Claro, claro que es mejor! ¡Así es que bailemos y bailemos, Onofrensky! Pero antes, déjame presentarte a Brunequilda. ¡Eh, eh! ¡Brunequilda! ¡Ven acá! Este es el sin par de los amigos que hay en este mundo: Onofrov Borneov. Ruso chilenzado; o si tú quieres, chileno rusofilado. No, no; él es de todos los países juntos, de todos los que aman la balalaika y el tamboreo. ¡Salud, salud Lopetegui! Lo haces admirablemente. ¡Salud! ¡salud mi gran amigo Balbontín!

Y nuevamente Malvilla estaba en un extremo de la sala y yo estaba en el extremo opuesto.

Ante mí pasaban las parejas, las parejas que bailaban con otras parejas; ante mí pasaba un mundo en ebullición; y la orquesta seguía atronando o quejándose con acordes nunca oídos.

¡Bailemos, cantemos, gritemos!

Y, con todos y todas al unísono, canté y bailé y grité.

¡Allá el parco de Longotoma! ¡Que siga bebiendo horchatas a porfía! ¡Prefiero tu compañía, Balbontín! ¡Prefiero tu compañía, Lopetegui!

¿Y tú, belleza sin igual? ¿Cómo te llamas? Te lo pregunto porque, te lo prometo y te lo juro, no me separaré más de ti, mi linda, mi preciosa... ¿Cómo, cómo te llamas?

¡Bravo y cien veces bravo! ¡Clementina! ¡Oh, es el más encantador nombre que se haya inventado jamás! ¡Clementina!

¿Qué te puede importar ese Goicolea? Goicolea está en otro mundo, está ensimismado en los acordes de estos zingaros. ¡Ea, ea, déjalo en su ensimismamiento y ven conmigo!

¡Tan, tan, tan, tarata, tan! ¡Tarantantán, ta, ta, ta!

¡Así, bailar y bailar!

Pero...

Pero...

¿Qué veo? ¿Es posible?

¡Claro está que es muy posible! –me respondió una voz. ¡Oh, una voz que me suena y me suena! Es su voz, mi linda y adorada Tomba, sí, es la tuya...

¿Qué haces aquí, mi Pajarito chiquitito?

Aquí me divierto y me río. ¡Basta ya de Fray Tomate!

¡Sí, sí, basta ya, basta ya! ¡Muera Fray Tomate! ¡A muerte, a muerte para siempre!

Pero ¡no te vayas, no te vayas, Tomba Montbrison! ¡Quédate aquí, junto a mí! Ya ves: hago rimas y más rimas. “Aquí” y junto “a mí”.

¡Ya volveré, ya volveré! Ahora, ¡a bailar!

Y bailamos y seguimos bailando, cada uno por su lado, ¡por su lado, en ese mundo de gente que bailaba cada uno por su lado!

La orquesta atronaba siempre tocando.

Luego bailamos los dos juntos y solos, solos, solos... ¡Oh, sí, solos en medio de ese mundo de gente que bailaba cada uno por su lado y todos juntos, ¡todos juntos!

¡Mira quién está ahí, mira Onofre!

Ahí estaba Divito Capicúa. Pero esta vez el hombre reía y reía. ¿De qué reirá? ¡Ah, ya lo sé! Ríe ante la ventura máxima que le ha de proporcionar ese joven, sí, ese joven que, a no dudarlo, es su hijo, su hijito, su hijitito. Es un Divititito. Se va a casar este Divitititito. Se va a casar con esa regia dama que ahora ríe también. ¿Quién será esa regia dama?

Esa dama es... ¡Cómo! ¡No la conoces! Es una de las más, de las más populares de aquí de las Tres Chimeneas. ¡Claro, ella es! ¡Etetete! Así la llaman, todo el mundo la llama así y nada más que así: Etetete. ¡Fíjate qué gracia tiene para deslizarse en estos bailes de ahora! Es que tiene un buen compañero, ¡ya lo creo que un espléndido compañero! Sí, Quintanilla es y ha sido siempre uno de los buenos bailarines de aquí, de toda la ciudad. ¡Y para el trago...! No hay quién le corra diez metros, no hay ninguno. No se emborracha jamás y toma y toma que llega a dar miedo. Pero él curarse... ¡jamás! El otro día hizo una apuesta con Iturreaga. ¡Claro, puro coñac! Empezaron los dos...

¡Eh! ¡Onofre! ¡Vuelve en ti! ¿Por qué te extraña tanto? Es lo natural que esté aquí. Ya veo que tú consideras esto como el templo de Dios, el Dios único y misericordioso. Viene muy, muy a menudo para acá Palemón de Costamota.

Bueno, bueno, bueno. No discutamos y seamos siempre amigos de corazón. Para ti Palemón es el Diablo; para mí es uno de los tantos juerguistas que hay aquí en San Agustín de Tango como los hay en todas las urbes del mundo.

¡Ahí está el diablo de juerguista! ¡Ahí está!

¡¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!!

Es buena persona, después de todo. Sabe divertirse y es muy simpático.

¿Ese? ¿El que conversa con él? Ese es Cafarena, tú sabes, el que trabaja con Somarriva. Pero bailemos, mi Tomba... O demos una vuelta por toda la sala a pasos presurosos y tomados del brazo. ¿Quieres? La gente va a divertirse una enormidad, la gente va a “rigolear”, como tú dices en tu idioma.

¡Ea! ¡Vamos!

Un, dos; un, dos; un, dos; un, dos...

¡Oh, oh, oh! ¡Miroslava! ¡Miroslava Lipingue! ¡Qué gustazo verte por aquí! ¿No lo encuentras tú mejor, miles de veces mejor que el San Lito?

Sí, claro, aquí se está mejor pero..., pero...

Pero, ¿qué?

Miré hacia donde ella me indicaba y no vi más que una puerta, una puerta. Y no era la puerta por donde yo había entrado, no, no lo era. Era otra puerta.

Entrar por ahí es entrar al infierno –me dijo Miroslava.

Me muero de ganas de ir al infierno –le repuse.

No, no vayas, Onofre; aquí se está bien –me dijo Tomba.

Pero Palemón de Costamota se había acercado y, con toda, toda gentileza, le hablaba a Tomba y la convencía.

¿¡Peligros...!?! ¿¡Qué peligros va a haber!?! ¿¡Bofetadas!?! ¿¡Qué bofetadas va a haber!?! Ni siquiera, mi noble y conspicua dama, hay allí ni el menor disturbio, ni el menor de los menores. ¡Sí, claro está! ¡Se discute y se discute! Pero puedo asegurar a usted, mi excelsa señora, que de allí la cosa no pasa ni nunca ha pasado, nunca, nunca.

¡Claro que no pasa! Ve, ve, fíjate, mira, percibe, mi Tomba, quién sale de la sala vecina.

¡Oh, tiene que ser la calma misma! ¡¡El hombre Martín Quilpué!!

¡Adelante todos, adelante!

Tan, tan, taratán, tan, tan; tan, tan, taratán, tan, tan...

Pero antes de pasar a la segunda sala... ¡un baile, por favor! ¡Un baile, una danza, una pirueta por los aires! ¡Como las que hace la que fue la belleza de las bellezas, Viginia Rapel!

¡Así, así! Tomba, voy a decirte algo mientras bailamos, algo espectacular. ¡Oyeme bien y no te distraigas:

Tomba, *I love you...!*

Ahora que siga el baile. Luego iremos, por aquella puerta, a la segunda sala y, en ella, veremos al hombre Martín Quilpué. Él pasó por esa sala. ¿Viste, Tomba, con qué arrogancia pasó? Se diría que no le afectaba esta alegría sin límites que nos afecta y nos trastornó a todos aquí.

¡Tan, tan, tarantán, tan, tan!

Tomba, *je t'aime!*

En la sala segunda debe bailarse también. Para eso el hombre Martín Quilpué ha ido a ella. ¡Eh, Goicolea; eh, Lopetegui! ¡Eh, bellísima Clementina! ¿Han visto al hombre Martín Quilpué? ¿No, no la han visto? ¡Claro tú lo has visto, mi linda y adorada y superadora de Etete! En la sala número dos bailarás con él, sí, con él. Por aquí pasó imperterritito, sin ver a nadie...

¡Ooooooh! ¿Tú? ¿Túuu...? ¡Julieta Pehuén! ¡Tú has venido al bailable dancing de las Tres Chimeneas! ¡Bravo, bravo!

Muéstralos, te lo pido, sí, muéstramelos. Así, así. Tienes unas patitas maravillosas. Y... ¡con esos tacones! Tú te elevas hasta las estrellas, Julieta, Julietita mía, al encaramarte sobre esos agudos tacones que clavan, como agujas, en mi corazón.

¡Bailemos y riamos, Tomba hasta caer de felicidad!

¡Bailemos, bailemos!

Aquí, con esta música y con esta pelotera de alborozo, siento ser yo mismo, siento mi verdadero ser flotar sobre mis borrascas de cada día.

¡Eso es, mi Tomba! ¡Bailemos y gritemos a toda boca!

¡¡Viva, viva la fiesta!!

Tomba y yo nos dirigimos a la segunda sala, a ver la segunda chimenea y con el propósito de seguir nuestra alborotada y feliz jarana.

Llegamos a la puerta llena de un dichoso misterio. La abrí e hice pasar a mi mujercita tan, tan querida. Pasamos ambos y la puerta se cerró tras de nosotros. Quedamos frente a

un nuevo corredor, largo también de unos 6 ó 7 metros. Por él avanzamos tomados del brazo, avanzamos lentamente. De pronto la cogí en mis brazos y la estreché con pasión. Le murmuré con voz ahogada:

—Tomba, Tombita, ¡cuánto te quiero!

Y nuestros labios se juntaron, nuestras lenguas se acariciaron.

¡Qué felices éramos en aquel inolvidable momento!

Pero fuimos interrumpidos y nos separamos. De la segunda sala salían dos señores con una mujer. Yo conocía a esta mujer. Era ella, sin duda, Robustiana. Tal vez la había visto en el San Lito. Nos saludamos estrechándonos la mano. Me presentó a sus acompañantes, Espinoza y Zubicueta. Luego reímos por una necedad cualquiera. Espinoza entonces le dijo a Robustiana:

—Veo que se te ha compuesto el ánimo, chiquilla, se te ha compuesto.

—¿Y a ti? —preguntó ella sonriendo con zalamería.

—¡Los dos están de perfecto estado de ánimo! —gritó sin más Zubicueta—. ¡Vamos, sigamos, amigos, a dar unas cuantas vueltas de baile! ¿Te gusta la danza, Robustiana?

—¡Me encanta! —gritó ésta y los tres se perdieron tras la puerta que acabábamos de pasar.

Seguimos avanzando y entramos en la sala segunda.

¡Oh, Dios mío, Dios mío! Pero, ¿qué pasa? No cabe la menor duda: la humanidad ha perdido su centro de gravedad y es cogida, agarrada, revolcada por sus primeros instintos...

—¡Cuidado, guarden señores, protéjase señorita! —nos gritó un camarero y, en el mismo instante, una botella se hacía mil añicos contra la pared.

Luego, junto a nosotros, pasaban marcornados en un espantoso cuerpo a cuerpo, dos mocetones que se pegaban sin piedad. Una mujer los animaba, animaba a uno de ellos para que diera buena cuenta de su rival:

—¡Dale, dale y machácalo! ¡Arráncale los dientes de un solo guaracazo! ¡Así, así, Salvatierra, liquida a ese hijo de una gran puta!

Pero no vi más porque ya me hallaba en medio de la sala y el boche era general por todas partes.

—¡Usted es un maricón de mierda y nada más!

—¡Más maricón serís voh!

—¡Y voh, chucha de tu madre, ¿qué te estay creyendo?

—¡La chucha de la tuya será, culeado mal parido!

Y... ¡pan, pan, pan! Volaban las botellas, volaban las copas, volaban las bofetadas y patadas...

—¡Habla tú, Sibilina, háblales tú! —gritaba Guillermina desaforada—. ¡Háblales, que entiendan de una vez estos cagados de porquería!

—¡Lo entienden perfectamente estos mierdas! ¡Claro que lo entienden! —vociferaba esta Guillermina—. Se hacen los “no”, los preciosos, cuando el paco de la esquina lo sabe y lo sabe. ¿Oíste, so bolas de burro?

—Porque tú te llamay Guillermina y tu huasamaca se llama Sibilina... Por eso y nada más, tetonas de algodón.

—¿Qué es lo que alegan estas cabronas? —preguntaba el matón de Cafarena, aparecido allí, en medio de la trifulca, salido ¡qué sé yo de dónde!—. ¿Qué es lo que alegan cabronas?

—¡¿Qué te importa a voh, pije amatonao?! ¡Tírate un par de saltos conmigo será mejor! ¡Yo te haré ver estrellas, pilintruco cagao!

Era el terrible Balbontín el que desafiaba así. Ni media palabra más. Ahí estaban el uno encima del otro dando cada guaracazo que hacía temblar la sala.

Me agaché y corrí como pude por entre piernas que se meneaban y se agitaban a velocidades indescriptibles. Total, tropecé y caí junto al hogar de una inmensa chimenea. Debo haberme dado con la cabeza contra la jamba o contra la pantalla de ella. Pues no veía claro y mi mano se fue, sin que nada le dijera, a sobarme el cabello. Entonces oí una voz encolerizada:

—Ah! *Te voilà toi!* ¿Qué haces ahí echado por el suelo? Di, di, ¿qué haces?

—¡Tomba! —respondí volviendo a la realidad—. ¡Que me he tropezado, en este alboroto inimaginable, y me he caído!

Tomba, con los brazos en jarra, me miraba impávida. Sin más me apostrofó:

—Conque te caíste, ¿eh? Y te caíste justo en el sitio donde se le ven esos tacones a tu tal Julieta, esos tacones de *putain* que ella usa. Eso es lo que tú quieres y nada más que eso, nada más, *salaud et mille fois salaud!*

Me levanté y me acerqué a ella. Fue todo. Y recibí la más espantosa *gifle* que en mi vida haya recibido.

Vi rojo, vi negro. La ira me inundó. Clamé:

—Me cago en tus cachuchas de vieja histérica, so mujer mil veces emputecida. ¿Oíste? ¡Me cago y me recontracago!

Pero una segunda cachucha me alcanzó. Ahora no vi rojo ni vi negro; vi granate y retinto. Me avalancé sobre Tomba en el mismo momento en que Iturreaga le daba el más descomunal de todos los botellazos a un tal Olivares, y otro, un llamado Montalván, se ponía a bramar:

—¡Bien, bien hecho, eso es lo que merecía ese ladillento de Olivares!

—Voh tendrís ladillas, so mal parido —le contestaba otro tipo enfurecido.

—¡Qué hablay voh, mierda! ¡Querís meter boche y más boche, eso es lo que querís!

Y Tomba ya no estaba a mi lado, Tomba había desaparecido en medio de la rosca general.

—¡Como la Carolina, como la Carolina! —gritaba Brunequilda.

—¿Qué? ¿Qué pasa con esa Carolina?

—Pasa que era la más reputa de todas las chuscas que ha parido la humanidad. ¡Sí, la más reputa! —gritaba Brunequilda furiosa—. Agarraba hasta cinco pijes de una vez: uno por la zorra; otro por el culo; pajeaba a dos, uno con cada mano; y al otro le chupaba la diuca. ¡Pa eso servía la tal Carolina!

—¡A-hay, a-hay, a-hay! —susurró la recién aparecida de Bienvenida, lo suficientemente alto para ser oída por la otra, la que rebajaba los méritos de esa Carolina.

—¡Qué! ¿Qué es lo que querís decir con tu “a-hay”?

Pero Bienvenida sonrió y le dio unos palmoteos a su amiga.

—Dije así, dije “a-hay”, contra esas crestonas que hay aquí. Contra las que quieren hacerse notar y hacerse las interesantes.

Luego, cambiando de tono, agregó:

—¡Las hediondas rechuscas! ¡Miren, miren, por favor, que por tener un nombre que se acaba con “ina” se ha de ser macanuda y se ha de conquistar a los hombres!... ¡Ja, ja, ja!

—Eso, sepa Moya quién lo inventó —exclamó Brunequilda—. Guillermina, Sibilina, Clementina, Catalina, Serafina, Angelina, Rufina, Martina, Claudina... ¡Sepa Moya! Y para

colmo quieren ahora agregar a la tal Carolina... ¡Bien hecho que se haya mandado cambiar con ese Galleguillos y que no la veamos nunca más!

—Galleguillos era buena persona —dijo Salvatierra que se acercaba arreglándose el cuello y la corbata que medio se le habían volado en aquel jaleo.

Aquí, Bienvenida y Brunequilda y Julieta y Miroslava, estallaron en una risa frenética, en una risa forzada que adrede exageraban para recalcar su tremendo desprecio.

Salvatierra las interrogó amostazado:

—¿Qué pasa con Galleguillos? ¿Por qué se ríen así?

Entonces los cuatro, más Robustiana que se había acercado a nosotros, exclamaron quitándose las palabras unas a otras:

—¡Galleguillos! ¡A ese le pasaron la concha por el cogote! ¡Sí y sí! ¡Le pasaron la zorra por el cogote! ¡Qué asco! ¡Sí y sí! ¡Se la pasaron por el guargüero!

—¡No puede ser! Galleguillos es de los buenos culeadores que hay en este mundo. No acepta esos refinamientos, así los llaman ahora, esos refinamientos. Galleguillos echa dos y tres polvos sin sacar. ¡Nunca le han pasado la zorra por el cuello!

Julieta avanzó y preguntó:

—¿No? ¿Nunca? ¿Jamás? Quiere decir entonces que lo parieron por el culo, que lo cagaron, y no lo parieron por la vulva...

—¡¡Como te parieron y te cagaron a ti, Salvatierra!!

Campomanes se precipitaba hecho un energúmeno y alzaba ambas manos por los aires. Pero las manos cayeron de un golpe, de un golpe. Salvatierra acababa de colocarle el más formidable derecho en la mandíbula que es posible imaginar. Rodó Campomanes; al rodar dio con un mozo que pasaba con bebidas a porfía. Cayó la bandeja y las bebidas se desparramaron. El mozo vociferó y vociferó Salvatierra y vociferó Julieta y Bienvenida y Balbontín y Brunequilda y Etetete y vociferé yo y vociferó todo el mundo que allí había, todo, todo el mundo. Nuevamente volaban botellas, copas, vasos, platos y caían mesas y se levantaban sillas cogidas por potentes manos, sillas que iban a despedazarse en el cráneo de algún ciudadano que, a su vez, vociferaba.

Aquello fue el acabóse.

Yo cerré los ojos y di puñetazos y más puñetazos sin saber a quién. Recibí golpes y patadas; vi pasar sillas frente a mis ojos apenas los entreabría. Vi, de pronto, a Guillermina que zullaba con ambas manos alzadas:

—¡Sí, sí, sí! ¡Las que tienen un nombre terminado en “ina”! Las demás ¡que se vayan, que se vayan, que se vayan!

Pero al irse, Miroslava le caía encima y ambas se marcornaban en una lucha feroz. Cogidas del pelo, deshaciéndose el peinado, echando a buena parte esas permanentes recién hechas, se zamarreaban como verdaderas poseídas bajo el volar de cosas y más cosas inimaginables que surcaban por los aires.

De pronto vi una pluma blanca, una especie de penacho que se encabritaba sobre una testa rubia. ¡Se alejaba esta pluma, se iba, se marchaba esta pluma!

Entonces, mientras daba y recibía puñetazos y patadas, gritaba a voz en cuello recordando a Francisco I:

—¡Guiaos por mi penacho blanco que siempre lo encontraréis en el camino de la gloria y del honor!

Y así caí en otra puerta. La salvé no sé cómo. Me encontré en otro corredor de unos 6 ó 7 metros de largo, un corredor a media luz, sombrío.

Avancé por él con lentitud. Recordaba lo que acababa de dejar. Recordaba esa batalla sin precedentes. Y ahora, sólo ahora, me venía a la memoria la silueta del hombre Martín Quilpué. Él había pasado por la segunda sala, la sala de las camorras y enojos y bofetadas. Él había pasado sin apresurarse, había pasado con suma majestad, impertérrito, y nada le había llamado la atención... Tanto hombres como mujeres le habían abierto paso, sin hacer para ello ningún alarde ni ninguna reverencia ni nada. Lo habían hecho espontáneamente y siempre preocupados y preocupadas de sus riñas sin fin. Él había desaparecido... ¿Podría saber yo por dónde? No. ¡Allá él! –me dije y seguí. Abrí la puerta y me encontré en uno que parecía el más profundo silencio. Uno que otro lamento venían a llenarlo de cuando en cuando. Media luz, casi oscuridad. Y esos lamentos que pasaban cual aves nocturnas...

Era la tercera sala, la de la tercera chimenea, que allí estaba grande, majestuosa. Esta-ba apagada pues, en realidad, no hacía frío.

Me quedé quieto ante este fúnebre silencio con aves nocturnas que lo cruzaban cual lamentos.

De pronto Tomba cayó en mis brazos y me dijo:

–*Oh, mon petit...!* ¡He sido mala, he sido injusta contigo! ¡Qué puede importarme a mí esa Julieta Pehuén y sus tacones! Te lo ruego: ¡perdóname!

–¡Soy yo, mi Tomba, quien debe pedirte perdón! –repuse–. Pero hablemos en voz baja, muy baja. Aquí no se puede perturbar a nadie, no, no se puede.

–Es verdad –agregó ella–. Hablemos en voz baja o, mejor sería, no hablemos. Vamos a sentarnos allí, en aquella mesa y vamos en silencio, en silencio.

Hacia esa mesa nos encaminamos, Tomba delante de mí llevándome por la mano. Nos sentamos junto a ella. Misteriosamente se nos acercó un camarero.

–Dos gin con gin –le dije casi sin levantar la voz.

El camarero obedeció sin chistar, inclinó la cabeza y se alejó.

Miré, entonces, a mi alrededor. Toda la gente allí aglomerada se quejaba, se lamentaba, algunos lloraban lanzando dolorosos y penetrantes lamentos. Yo sentía que una pena negra empezaba a invadirme, una pena desgarradora, aunque no lograba definir la causa de ella. No era el espectáculo el que me impresionaba así. Esta pena, sepultada en mí mismo largo tiempo, ahora parecía despertar y llenarme todo entero. Tomba no dejaba de repetir:

–He hecho mal, he hecho mal, muy mal...

Le murmuré para consolarla:

–Todos hacemos mal, mal, muy mal. Es nuestro destino hacer así, nuestro cruel destino, nuestro despiadado destino.

Ella, sin más, se puso a llorar desconsoladamente.

Las lágrimas vinieron a mis ojos. Moví la cabeza repetidas veces, ocultándola con el pañuelo. Una voz sonora me hizo dar vueltas, sin ninguna curiosidad, más bien movido por un instinto al oír estas expresiones.

Vi a Gualberto Choapa que gemía y gemía con dolor. A su lado, echado sobre la mesa y cubriéndose el rostro, Chispita, nada menos que Chispita, se retorció y expresaba un horror ante algo que no comprendí.

Pero ¿había necesidad de comprender?

No, no y no. La crudeza de la vida era allí palpable. Nuestros malos actos, todos ellos aunque sin especificar ninguno, aparecían y se mostraban al desnudo. Era esto, tenía que

ser esto, lo que veían y sentían Somarriva y Goicolea al lamentarse de ese modo. Y era, sin duda, lo que, a su vez, sentía Braulia Tinguiririca y lo que ella comunicaba a la pobre y desdichada de Clementina...

¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

Algunos reaccionaban un tanto, hacían esfuerzos para reaccionar, para sobreponerse a esa fatalidad que nos gobernaba, a esa terrible fatalidad de la cual no había medios de escapar.

Pero... Ya lo he dicho: no había medios, no había ningún, ningún medio de ver siquiera una puntita de esos ideales que todos hemos sustentado y amado tanto.

¡Negro, negro, negro! Todo, el porvenir como el pasado, todo era negro, todo sólo mostraba negruras por todos lados...

¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

—No puedo más, no puedo más —clamaba Perpetua Mamoeiro—, es imposible, no hay más que morir...

Pero Zubicueta trataba de consolarla:

—Morir es peor, mi Perpetua, es mucho peor. ¿Sabes tú acaso lo que hay del otro lado de ese umbral? No, no lo sabes, no lo sabes. Ni yo tampoco lo sé. Ni tú, Montalván, lo sabes. Ni esa bella de Robustiana. Ni nadie, nadie, nadie... Vean cómo se queja el antes risueño de Patillas, ese que llamábamos en unos tiempos inconscientes, Richepin-Jaures. Vean cómo se queja...

—Así es, así es —respondía Quintanilla.

—Sí, así es y nada más que así —le hacía coro Cafarena.

—Esta es la causa de nuestra ruina —aseguraba convencido el bueno de Ramiro Lampa.

—Porque todo no es más que ruina y miseria —terminaba de afirmar la pobre Sibilina.

Tomba, entonces, me murmuró doliente:

—Perdóname, Onofre mío, perdóname. Si no me perdonas, te juro, me mato.

Le respondí entre sollozos:

—Antes de matarte tú, Tombita, yo ya habré muerto, sí, habré muerto con el corazón traspasado por un puñal.

Y ante esta imagen caímos en los brazos, francamente desgarrados, aniquilados.

Uno solo, nada más que uno, conservaba su serenidad, seguía tieso e inmóvil y nos contemplaba, a todos los que ahí nos lamentábamos, con una superior indiferencia: Palomón de Costamota.

Estaba allá, junto a la chimenea, envuelto en su gran capa de un negro retinto. Allí estaba y miraba. O, mejor dicho, verificaba nuestros derrames de dolor. O, tal vez, no miraba nada: tal vez allí estaba como, seguramente, estaba también en muchas otras partes.

De pronto avanzó. Avanzó con lentitud. Alzó la vista. Caminó. Pasó lado a lado de las mesas; pasó por entre los que paseaban frenéticos de un lado a otro. Pasó y desapareció por una puerta.

¡Porque allí habían dos puertas, sí, dos puertas!

Un minuto más tarde, por la segunda puerta, entraba en la sala, marchando con su ritmo acostumbrado, el hombre Martín Quilpué.

Iba rápido, con los ojos fijos en un punto lejano; iba sin ver a nadie. Y un silbido tenue, como lejano, se oyó en la sala: el Bolero de Maurice Ravel...

Dio una vuelta, dio dos vueltas y, a su vez, desapareció.

Hice un esfuerzo por ponerme en ambiente. Le dije a Tomba:

–Ese hombre, ese Martín Quilpué, es un secuaz de Palemón de Costamota, del diablo en persona. ¡No tengo ni la menor duda al respecto!

Tomba volvió de una región de padecimientos y susurró:

–Puede ser.

Pero Iturreaga que ahora estaba junto a nosotros, acompañado de Guillermina, nos dijo en tono convencido:

–Es lo que pienso yo.

Ella, Guillermina, se volvió a él y le musitó:

–O es un representante de Dios aquí en la Tierra.

–O es un hombre como todos –dijo Tomba, por decir algo.

–O es una visión mía –agregué yo.

–¡Eh! No hables tonterías, Onofre; hay mucho dolor en esta Tierra para tratar de hacer *esprit*. Quiero irme, sí, quiero ir a mi casa, allá en Fray Tomate.

Le respondí:

–Bien; ándate, márchate. ¿Sabrás irte sola?

–Claro está; sabré irme sola.

Y Tomba se marchó. Ahí quedé yo solo, solo, completamente solo, en medio de toda esa gente.

¡Solo! Porque ¿quién está conmigo? ¡Los amigos de verdad, las amigas del alma...! ¿Existen siquiera? Nosotros somos todos invisibles, invisibles. Lo que es peor es que lo somos para nosotros mismos. ¡Todo esto es una faramalla, un engaño, una ilusión y nada más!

–¿No lo crees tú, Miroslava de mi corazón?

–¿No creo qué? –me preguntó sin interés.

–Nada –repuse.

Entonces, desde muy lejos, ella trató de explicar algo, tal vez la idea que tenía entre cejas, si es que alguna podía tenerse allí, o más allá, o lejos, o en el confín del mundo...; si es que podía tenerse alguna y si ello valía la pena.

–Porque hemos de morir, morir, morir.

–¡La muerte! Es nuestra única finalidad –dijo Iturreaga–. ¡No hay otra! Es hacia lo que todos avanzamos, hacia ese gran misterio tenebroso, hacia ese misterio de los misterios.

–¿Misterio? ¿Por qué? –pregunté con deseos de engolfarnos en una conversación metafísica.

–¡Calla, calla, será mejor! –arguyó Rebolledo que acababa de llegar y se sentaba a la mesa.

Guardamos silencio. Me tomé otro gin con gin. Nada cambió a mi alrededor. Rebolledo se enjugaba una lágrima de cuando en cuando; Iturreaga lloraba desconsoladamente; Miroslava, echada sobre Bienvenida, le hacía eco lamentándose sin cesar.

¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

Los camareros nos servían a todos sin interrupción. Pero nos servían con un aire de desaliento. Sí, había que salir de allí, salir y salir.

Me levanté y me precipité a la puerta, a la otra puerta, a la que había visto mientras lloraba. Me encontré, nuevamente, ante un corredor sombrío. Lo crucé a pasos rápidos. Entré. Y la orquesta atronó en mis oídos.

¡Estaba, una vez más, en la sala de la alegría!

Me alegré de inmediato. ¡Oh, qué locura! ¡Se tocaba, se reía, se bailaba, se gritaba de alborozo! ¡Era aquello el delirio!

—¡Eh! ¡Malvilla! —exclamé a toda voz.

Romualdo corrió hacia mí y me abrazó.

—¡Qué cosa estupenda es esto de las chimeneas! ¡Ni he podido beber porque el baile y la juerga han tomado todo, todo mi tiempo! ¡Es la fiesta, ñaté, la verdadera fiesta en copa larga!

Le repuse fingiendo una seriedad que ya se había disipado en mí:

—Es que tú no has ido a ver las otras chimeneas. Ahí cambia la cosa; es otro ambiente.

Contestó siempre riendo:

—¡Qué me importa a mí! Te confesaré, Onofrov, que ni el mismo diablo me saca de aquí. ¡Qué! ¿La sala de la chimenea 2 y la sala de la chimenea 3? ¡Que se vayan a buena parte! Lo que es yo, mi gran Borneovsky, lo que es yo no me muevo de aquí ni amarrado. ¡Que se vayan a freír cucarachas y lagartijas esas malditas salas y me dejen a mí en paz!

Y Malvilla desapareció como un bólido.

Pero había que irse, sí, había que irse. Tomba ya estaría en casa hace rato. Me costaba trabajo recapitular mis ideas y tomar una decisión. Tal vez bailando la cosa se presente con mayor claridad.

—¡Bailemos, Etetete!

—¡Sí, sí, bailemos!

Y bailé, bailé con esa linda de Etetete. Cantábamos todos mientras bailábamos. Empezaron a caer serpentinas y, en ellas, nos enredábamos...

¡Qué encanto, qué frenesí!

Le dije a mi compañera:

—Creía yo que, para venir a este dancing, era menester pasar por la otra sala, tú sabes, ésa donde se pelea y se insultan todos...

—Yo no voy jamás a otras salas —me contestó—. Con ésta es suficiente para pasarlo bien.

—Pues yo ¡voy a ir! —le dije lleno de alegría.

—Anda si quieres; nadie te lo impide.

Terminamos de bailar, terminó nuestra danza. Estábamos en frente de la puerta. Diciéndole “adiós” con la mano me metí por ella, me zambullí, crucé el corredor y pasé.

Esquivé a los que, marcornados como mastines, caían sobre mí. Me estrellé con una mujer que parecía un demonio encolerizado; me estrellé con otro hombre que, metido en sí mismo, se alejaba, escapaba. Porque otro, de atrás, le gritaba:

—¡Anda a hacer gárgaras con la regla de tu madre, so huevón!

Y otros gritaban y gritaban:

—¡Son huevás y huevás no más!

Una mesa se derrumbó a mi lado; mejor dicho, un tipo al pasar por los aires la derrumbaba. Y Rosendo Paine movía los hombros, pronto para dar el segundo guaracazo. Espinoza aplaudía. Pero un botellazo lo hizo callar.

—¡Siéntese usted, hombre, siéntese usted! Aquí con nosotros estará usted bien.

—¡Hola! —exclamé al punto—. ¡Don Jaime Valladolid!

—El mismo y servidor de usted.

Menos mal, había un amigo que de tiempo atrás, había perdido de vista. Me senté unos instantes con él y otro sujeto a quien algo le contaba. Siguió Valladolid con su cuento:

—Me dijo esta desvergonzada que yo no cuidaba de mis cosas. “¡Cómo! —le respondí—

¿Que yo no cuido de mis cosas? Pues me cago en su madre de usted y en el puñetero de su padre!”

Me levanté nuevamente. Ya todo se me confundía. Abrí una puerta, avancé presuroso, crucé otra vez la sala del baile y seguí.

Llegué, por fin, al bar, al primer bar, al dichoso primer bar que me apareció como la placidez misma.

El barman se acercó a mí con lentitud. Me preguntó sonriente:

—¿Qué desea tomar, señor? ¿Otra horchata?

—¡Oh, no! —le respondí—. Quiero un trago fuerte, un trago que me saque de esas famosas chimeneas y me ponga en la vida.

—Un whisky, ¿le agradaría?

—¡Eso es! Magnífica idea es tomar un whisky.

Desiderio Longotoma había desaparecido.

Allí quedé, pues, tomando solo mi whisky. Todo seguía igual: la gente que bebía en el mesón, los tipos jugando cacho, las mujeres con aire de aburridas, el botones, los camareeros... ¡Todo y todo tranquilo!

De pronto, viniendo del interior, pasaba Remigio Natales a pasos presurosos, se acercaba al bar, untaba sus labios en una cerveza y volvía a entrar hacia las chimeneas.

—¡Adiós Onofre! —me dijo al pasar.

—¡Adiós Remigio! —le contesté.

Y todo volvió a su habitual igualdad. Un señor empezó a perorar sobre política internacional; una dama decía a cada rato: “¡Qué curioso, qué curioso!” y continuaba ensimismada ante las palabras de su compañero; otro aseguraba a sus contertulios que era mejor tomar el cacho así y no asá. En fin, la igualdad establecida en el tiempo. Bebamos otro poco de whisky.

Volvió a pasar Natales, volvió a probar su cerveza y volvió a desaparecer hacia las chimeneas.

De pronto —¡qué sorpresa!— vi junto a mí a Teodoro Yumbel.

—¡Qué gustazo me das, Teodoro! ¿Tú por estos antros? No, no lo puedo creer. ¿Y qué es de tu mujercita, de Albania Codahue?

Me respondió:

—Albania ha quedado en casa. Quedó leyendo. Yo salí a dar una vuelta y aquí me tienes.

—¿Quieres un whisky?

—Gracias, te lo acepto.

Nos acomodamos en el bar, cada cual con su vaso ante sí.

—¿Y qué me cuentas de nuevo? ¿Y esos trabajos?

—Pues allí están. Trabajo mucho en este momento. Estoy corrigiendo unas pruebas de mi libro, tú sabes, *Oruro indómrito*. Luego siento la necesidad de salir y respirar.

—Lo comprendo.

Pero mi atención fue tomada por la cerveza de Natales; allí estaba, llegaba Remigio, tomaba un sorbo y volvía a enfrascarse en el interior de las chimeneas. Era tercera vez que lo veía aparecer y desaparecer de este modo. Le conté el caso a Teodoro. Me dijo tan sólo:

—Es lógico que lo haga.

—¿Lógico? —pregunté extrañado—. No te entiendo, te lo diré con franqueza. ¿Qué hay de lógico en eso de probar apenas la cerveza y luego irse a las salas interiores para volver, casi en seguida, aquí?

–Si quieres te lo explico –me dijo Yumbel–. Es su manera, y espléndida manera, de entregarse a su trabajo. No olvides que Natales es un filósofo.

–Explicalo, será mejor, explícalo.

Bebió un trago, carraspeó y luego me explicó:

–Natales está escribiendo, en estos momentos, una gran obra de su materia, es decir, de alta filosofía. Natales no se contenta con las lucubraciones de su cabeza. Natales quiere verificar en la naturaleza, en los ambientes, en la vida lo que lucubra esa cabeza. Entonces se precipita a vivir. Entonces deja que la vida lo impregne con sus latidos. Y viene aquí, a Las Tres Chimeneas, las recorre cuantas veces sea necesario, sin permanecer en ninguna sala, ¿me comprendes? Después en su casa, en su gabinete... En fin, Onofre, ¡veremos!

Sí, veremos, porque, ¡por cuarta vez!, Remigio Natales pasaba convertido en un superbólico, untaba los labios en la cerveza y volvía a desaparecer.

Teodoro Yumbel era un hombre bien informado; tenía que saber de todo. Le pregunté, por lo tanto:

–¿Quieres sacarme de una duda?

Me respondió accesible:

–Por cierto, Onofre, por cierto, si ello está en mis pobres posibilidades.

–Tiene que estarlo. Es lo siguiente lo que me confunde un tanto: al entrar en las salas de las chimeneas, entré, antes que todo, en la sala de la alegría; luego pasé a la de las riñas y bofetadas; por fin estuve en la de triste recuerdo y donde se lloraba tanto, tanto. Al salir de esta última esperaba hacer el mismo recorrido al revés: riñas, alegrías y este bar. ¡No, amigo, no y no! Pasé de la sala triste, de la sala de la tercera chimenea, a la sala del baile y la alegría. Después llegué hasta este bar. Tuve que salir de él, ¡qué sé yo por dónde!, para volver a encontrarme con esos peleadores y pendencieros.

Teodoro me miró abismado, sin comprender. Por fin me dijo:

–Es la disposición de las salas y nada más, nada más. ¿Qué encuentras en ello de complicado? Aquí al lado está el dancing; luego, a la izquierda y algo más atrás, está esa sala de riñas y bofetadas; al frente de ésta, y no más atrás, al frente está la tercera chimenea, es decir, que está a la misma distancia que la primera chimenea... ¿Me has entendido?

–No muy bien –le respondí–, pero, en fin, algo, sí, algo he entendido...

–Si es así, ¿qué te parece que nos vayamos ya?

–Me parece bien, una buena idea. ¡Barman! ¿Cuánto le debo?

Pagué y nos marchamos. En la puerta de Las Tres Chimeneas nos dijimos adiós. Él se fue hacia el centro por la calle Santa Biblia. Yo me engolfé por una callejuela que había en frente mío y cuyo nombre ignoré.

16

Por ella caminé, presuroso. ¿Por qué? No lo sé pero el caso es que iba a cuantos mis trancos me daban. Pasaba bajo la luz de un farol y luego me sumergía en las nuevas tinieblas... hasta ser alcanzado por una nueva luz. Tinieblas, luz; tinieblas, luz. Así avanzaba yo por esa callejuela. Hasta que una voz se dejó escuchar a mi lado. Decía esta voz:

–¡U-uuuy! ¡U-uuuy!

Respondí sin siquiera volverme hacia ella:

—¡No soy don Irineo Pidincio! ¡Las Guaxas nada pueden en contra mía! ¡Estoy en San Agustín de Tango! ¡No estoy en ese bosque de Guayacán!

La voz entonces repitió:

—¡U-u-uuuy! ¡U-u-u-uuuy!

Me detuve y me volví. Grité con voz estentórea:

—¿Quién vive?

Un sujeto avanzó con lentitud hasta mi lado. Se inclinó con toda cortesía y me dijo:

—Soy Juan Emar.

Todas mis ideas titilaron, todas se entremezclaron y quedé absorto. Tuve que hacer un esfuerzo para no caer. Estábamos entre dos faroles. Me protegí contra el muro bajo de una casa.

Juan Emar vino hasta mi lado, me tomó de un brazo y se expresó con voz suave, lenta, rítmica:

—Date prisa, Onofre Borneo. Tomba te espera desde hace ya rató allá en Fray Tomate. Cierto es, naturalmente, que estabas en Las Tres Chimeneas; cierto es que bebías gin y whisky. Al beber whisky y gin las horas cuentan menos, las horas pasan y pasan y no se sabe cómo. Así es que podemos marchar lentamente, podemos marchar sobre las horas o podemos dejar que se deslicen a su antojo. ¿No lo crees?

Respondí:

—No sé qué creo. Habla si algo tienes que decirme.

—Quería hablar de ese gran hombre, de ese hombre que ya se encuentra más allá del bien y del mal, de aquel que es todo, todo serenidad. ¿Ves de quién quiero hablar?

Respondí:

—Sí; de Florencio Naltagua.

Él repitió:

—Sí; de Florencio Naltagua. ¡Un hombre inmenso!

Repetí:

—Sí; un hombre inmenso.

—Un ejemplo para todos nosotros.

Repetí:

—Sí; un ejemplo para todos nosotros.

Entonces, acercándose más a mí, me preguntó:

—¿Estaba Florencio en Las Tres Chimeneas?

Respondí con ira aunque, tal vez, con algo de envidia:

—Florencio no frecuenta semejantes antros de bailes, riñas y llantos. Florencio no bebe, jamás bebe ni una çopa.

Juan Emar, siempre solícito, agregó:

—Cómo tú, carísimo Onofre, como tú. Jamás bebes una copa ni jamás frecuentas semejantes antros de baile, riñas y llantos.

—¡Yo no los frecuento, Juan Emar!

—¿Quién, entonces, los frecuenta? ¡Ah, es verdad! Natales y Yumbel... Claro está: la concepción de una obra filosófica; el descanso después de la labor...

Caminamos un poco más, caminamos en silencio. Al fin me preguntó mirando las tinieblas:

—¿Hacia dónde te encaminas, Onofre mío? Si sigues por este lado vas a ir a parar, vas a ir a parar...

Miré para un lado y otro, traté de orientarme. Al fin dije:

—No sé hacia dónde me encamino. Volvamos atrás, volvamos.

—Es decir —me susurró Juan Emar—, volvamos a... pasar por Las Tres Chimeneas... ¿No es así?

—Es como tú quieras. No entraré en esas tabernas inmundas, no, no entraré en ellas. Pero tengo que volver atrás pues por esta calle... ¡el diablo sepa adónde iría a parar!

Dimos media vuelta y nos pusimos a tranquear, lentamente, con mucha lentitud. Cuestión de darle oportunidad por si algo especial tenía que decirme. Por fin lo hizo:

—Florencio Naltagua es un hombre inmenso.

Respondí medio fastidiado:

—Ya lo sé; Florencio Naltagua es un hombre inmenso.

Nuevo silencio. Al fin me detuvo y me recordó:

—¿Te ves ahora saliendo de su casa, allá en la plaza de los lindos castaños, la plaza Dominus Vobiscum? ¿Te ves, Onofre...? ¡Oh, con qué euforia que te inunda íntegro! ¡Qué euforia, en verdad, magnífica! La vida entera toma otro aspecto para ti, toma el aspecto de...

—Como lo toma con algunos vasos de...

—¿Crees tú? ¿Crees tú que Tomba cree? ¿Y Marul Carampangue? ¿Crees tú que creería? ¡No, mil veces no! Ellas no creen en esos vasos de gin, de whisky, de coñac, de ron, de pernod, de...

—Quiere, entonces, decir que son unas mujeres que...

—¿Qué...?

—Nada, nada, Juan Emar, sigamos nuestra marcha.

Seguimos en silencio. De pronto me dijo:

—Florencio Naltagua es un hombre inmenso.

Respondí:

—Ya lo sé; Florencio Naltagua es un hombre inmenso.

Seguimos en silencio. De pronto me detuvo e hizo con la mano un gesto de recordación.

—¿De qué te acuerdas? —pregunté.

—De ese hombre inmenso —respondió.

—Sí, inmenso pero... pero estamos de juerga, ¡de juerga y nada más que de juerga! Sin querer nos estamos acercando a este conjunto de bares, a Las Tres Chimeneas. En él ¿se insultan? ¡Quí! Y, dime Juan Emar, ¿no se insulta la gente en todas partes de este globo terráqueo? En él se lamentan y lloran los desgraciados y las pobres desgraciadas... Dime: ¿no hay lamentos y llantos en el orbe entero, enterito y más allá del orbe? ¡No, no y no! ¡No puedo pasar mi vida evitando insultos y llantos, no lo puedo y ¡no lo puedo! ¿Oíste? Además se baila, hay sandunga hasta reventar, hay de todo lo que uno quiera... Por ejemplo hay mujeres, ¡y qué mujeres! Por ejemplo: Etetete y Sibilina y Bienvenida... ¡Oooh, qué soberbias mujeres! ¿Carolina, dices tú? No la conozco pero, claro está, era una mujer estupénda. Y, por ejemplo, sí, eso es, por ejemplo..., por ejemplo... Hay gin, mucho gin, que no todas las veces cae bien. El gin es como el whisky. No, no cae bien; cae mal a menudo..., muy mal. ¡Ea! ¡Caminemos!

Caminamos demasiado lentamente. Creo que por cada paso que avanzábamos, retrocedíamos dos. Estos retrocesos debe haber aprovechado Juan Emar. Me miró largo rato y, como comentando una cosa extraña a mí, murmuró:

—¡Bárbara! ¡Colomba! Colomba... Bárbara... ¡Qué lejos, a qué distancias planetarias se hallan de Las Tres Chimeneas! Tú eras joven, muy joven en esos momentos, allá, allá ¿recuerdas?, en el tallercito de La Torcaza... ¡Lleno de flores, repleto de flores! Ahí viste ¡la flor del quillay! Ella ha aromatizado todo lo que has escrito; ella debería seguir aromatizando lo que pensabas escribir... Sí, digo: “pensabas”; no digo “piensas”. No hay más que ver: Lorenzo Angol. ¿En qué sitio de tu cabeza se esconde? Ha muerto ese Lorenzo Angol, ha muerto. Como también ha muerto Rubén de Loa. No ellos, por cierto, no ellos mismos. Ellos están pletóricos de vida y..., y... ¡¡laboran!!

“Pero tú, Onofre Borneo, tú... Apenas te descuidas un poco, un poquitín, eres tomado por otros deseos, por otras intenciones, por otras finalidades, por otros u otras... ¿Qué palabra poner? Ya encontré la palabra: objetivos, metas. ¡Elevemos nuestra gran prosa! ¡Ideales, eso es, ideales!

“Un ideal que te lo presenta y te lo ofrece Palemón de Costamota.

“No, por cierto, que este Costamota sea tan torpe para darlo así, así, estos ideales. Los presenta de manera muy diferente. ¿Cómo? ¡Ya lo he dicho! De manera muy diferente: hace que una noche, la noche que tú vas a ir a bailar con mujeres y a tomar whisky y gin, esa noche vayan también un filósofo y un escritor. Tú sabes a quienes me refiero: Natales y Yumbel. Y quedas mano a mano con tus deberes. Hasta sonríes en tu fuero interno. ¡Oh, oh Rubén de Loa! ¡Que de charlas vamos a tener en esos inefables prólogos de Macario Viluco! Y ves pasar, entonces, las grandezas de Baldomero Lonquimay...

“Pero antes te has encontrado con Desiderio longotoma y eso ha sido suficiente. Tras su charla frívola, sin consistencia... ¡te pierdes!

Estábamos detenidos en aquellas callejuelas. Los faroles se balanceaban, se iban de un lado a otro lado. Y Desiderio, ese gran Desiderio, y Tomba, mi Tomba mía, se habían retirado a sus respectivas casas, a sus respectivos domicilios, a sus respectivas viviendas o mansiones... Porque en Fray Tomate hay una verdadera mansión... Y en la calle de la Excomuni3n hay otra inmensa mansión... Como es inmensa, colosal, superfísica aquella mansión, ahí, sí, ahí en Tiara, donde tú habitas, Rubén, lado a lado de ese tucán maravilloso y mil veces multicolor. Romualdo Malvilla vive en la calle de la Parroquia; ahí vive. Ahí se leen páginas sobre Mi Última Vidente o algo por el estilo. Y ese, ese enorme de Jabalí Batuco vive en la calle Santa Gloria. Y yo, yo, yo estoy ahora en la de... No sé cómo se llama esta calle pero sé que nos encaminamos, sí, nos encaminamos —porque tú, tú, tú Juan Emar, me vas a acompañar, ¿no es verdad?— nos encaminamos a las..., las... Es un nombre con un tres. Bueno, no recuerdo ahora pero pronto lo recordaré. Pensemos en otra cosa. Recorramos el universo en alas de..., de..., de... ¡Ahí está! ¡Las Tres Chimeneas! ¡Tenía que recordarlo!

—Juan Emar, nos encaminamos a Las Tres Chimeneas. ¡Juan, Juan Emar! A ellas vamos los dos, vamos reconciliados y bien amigos... ¿No es cierto? Contesta, Juan Emar. ¡Contesta, te lo suplico! ¡¡Contesta so grandísimo...!!

—¿Te vas a enfadar, mi gran Onofre Borneo? No, no te enfades nunca. Es malo enfadarse de esa manera. Acuérdate de ese hombre inmenso, acuérdate de Florencio Naltagua, cuando te hablaba de los artistas que trabajan a corto plazo porque no cuentan más que con una sola vida. Es decir, desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte. Esto está mal, mi buen Onofre. ¿Crees tú que el arte podría existir si todo termina con la muerte y si antes del nacimiento fuera el vacío más absoluto? ¿Lo puedes creer?

“Y la lógica del éxtasis... Naltagua está atraído por ella. ¿Y tú, buen Onofre? ¿No lo

estás? Recuerda que Natales, sí, el que estaba allí en Las Tres Chimeneas, el que se perdía pasando de una sala a otra sala; ¡ese mismo!; recuerda que pronto va a caer en éxtasis al escribir su obra, es decir, al entregarse de lleno a su labor. Él caerá y Teodoro también, también; Teodoro ya ha caído, ya está en un éxtasis pleno; está corrigiendo y de cabezas en *Oruro indómito*. Es decir, el éxtasis completo. Es decir, el superéxtasis que tú tanto soñabas.

“Así es la única manera de no quedar fuera —¿me oyes?—, fuera, FUERA de los mundos que existen fuera, fuera, FUERA de nosotros mismos. Es abrir puertas y ventanas hacia el infinito. Es zafarnos de esta prisión que nos persigue siempre. ¡Es la gran libertad! ¡Es la suprema libertad!

“Lo sabes perfectamente, gran Onofre, perfectamente. ¡Haz un esfuerzo y recordemos, recordemos junto los dos! ¿No puedes recordar tú solo? Yo te ayudaré y escúchame bien. Decía, decía ese Naltagua, ese hombre inmenso... ¿Cómo decía? Porque tú no te acuerdas, ¡no te acuerdas! Yo, en cambio, me acuerdo como si lo estuviera oyendo, oyendo allá en su casa, en la plaza de los castaños, en la plaza Dominus Vobiscum. Decía Naltagua:

“El tiempo se fundía con las formas para ser a su vez ser viviente e independiente a pesar de haberse fundido’.

“¡Eso decía! Tú escuchabas absorto. Después te retirabas de su casa y bajabas la escalera. Llegabas a la plaza, la de los castaños, ¿recuerdas? Y meditabas, meditabas, ¡meditabas!

“Pero hoy día, ahora, ¿qué meditas? ¡Nada, nada! En tu cabeza bailan y bailan y bailan todas esas mujeres, Robustiana, Sibilina, Miroslava, Guillermina y otras, con nombres terminados en “ina”. Mientras tanto Galleguillos insulta a Balbontín y Somarriva se pelea con Zubicueta, y Espinoza...

Basta, basta, Juan Emar. Déjame tomar fuerzas aquí, contra ese farol que veo quiere protegerme. Déjame. Ahí volveré, sí, te lo juro, volveré a meditar. Porque gracias a tus palabras, mi buen y grande Juan Emar, llegó ahora, créemelo, al taller de Rubén de Loa. Subo a él. Golpeo. Entro. No está, aquella vez, Macario Viluco. Tampoco está Mamerto Masatierra. Creo, por lo tanto, que aquello va a ser muy aburrido. No están ahí más que Rubén y Remigio Natales, el filósofo, sí, sí, el mismo que acabo de encontrar en el bar, el que pasaba veloz como un superbólido tras su libro que se le escapaba. Desde ese día estimo enormemente a Natales, enormemente. Hay que oírlo hablar en un ambiente como ese taller de Rubén, ahí donde estábamos, los tres únicamente, los tres y nadie más, ni Mamerto ni Macario. Tengo presente sus... Bueno, diré palabras pero yo quería encontrar otra forma de expresión que estuviera a la altura de lo que dijo Natales, el filósofo, el que corre tras su libro que se le esconde en Las Tres Chimeneas. Bien, diré “palabras”. Decía Natales, nos decía a ambos, a Rubén y a mí:

Llego a la desesperación, una desesperación vecina a la locura, cuando me cercioro de la ignorancia del hombre. Esto me ocurre cuando voy de visita a un laboratorio cualquiera, sea él de física o de química o de lo que sea; o cuando voy a un observatorio astronómico.

Pero pronto dominé esa desesperación mirándola. Me dije que ella me hacía ver la grandeza del hombre. Esta visión, la de la grandeza del hombre, se transformaba en el santo remedio. Pues el hecho de “querer saber” es un anticipo de que, tarde o temprano, todo se sabrá.

Es imposible desear algo que esté fuera de nuestras posibilidades. Si queda notoriamente fuera, es simplemente un *absurdo*. Es como buscar los medios de ir a pie a la Luna; o buscar los medios de alimentarnos con piedras; o algo así.

Absurdo es pretender llegar a un punto sin recorrer el camino que de él nos separa.

Pero desde el momento en que se ha puesto el pie en el comienzo del camino, la abiduría ha de venir. Pues no hay camino que no llegue forzosamente a un punto.

Si el punto no existiera no habría posibilidad de la existencia del camino.

Luego el pie no estaría puesto.

Sí, sí y sí. Tal fueron las palabras de eso inmenso Natales. ¡Tales fueron! Y no fueron otras, no fueron otras. Me erguí cuanto pude y le grité a ese Juan Emar:

—¡Ves que recuerdo, que todo lo recuerdo con perfección, y con completa perfección! ¡Aaah! ¿Qué te creías tú? Eso habló Natales, el insuperable filósofo que corre como un loco tras su insuperable libro de alta, de altísima filosofía, que corre y corre y corre por las salas de Las Tres Chimeneas. ¡No y no! El libro sobre altísima filosofía no se escapará, no se escapará jamás de la persecución de Natales. Al fin lo cogerá y... y... ¿Sabes tú qué? Di si lo sabes. ¿Qué, qué? Lo llevará a su casa, a su escritorio, a su gabinete. Porque ahora los filósofos también tienen gabinete, ¿me oyes?, también tienen, y ahí, en su gabinete o escritorio, porque los filósofos también tienen, sí, señor, tienen y tienen escritorios. ¿Te extraña esto? No debería extrañarte, Juan Emar, porque..., porque... ¿Te lo digo? ¡Cómo! No quieres que te lo diga pero te lo diré a pesar de todo y de todo: porque así andan las cosas hoy día, así y así; así andan, andan en cuatro patas, arrastrándose por el suelo. Por este suelo que se mueve y se mueve y se balancea como los barcos en alta mar... o cerca de las costas donde el mar no es alto ni es tampoco alta pero es bravo, es bravísimo y por eso balancean a los buques hasta que los hunden, como se hundió el Titanic y pereció una cantidad de gente. Pero el Titanic no se hundió por el mar bravo. Se hundió por..., por... ¿Quieres que te lo diga, tan distinguido Juan Emar? ¿Quieres o no quieres? Te lo diré de todos modos, de todos modos: el Titanic se hundió porque chocó con un témpano de hielo, un *iceberg*, como ahora hay que decir. ¡No más decir témpanos, no más, no más! Porque si tú dices témpano..., si tú lo dices... ¡Aaah, aaaah! La gente te criticará con crítica adversa. ¡Jamás con crítica favorable ni bienhechora, jamás! ¡Criticará y criticará! Un absurdo, por lo tanto. ¿No lo crees? Di: ¿no lo crees? Es lo que piensa Florencio Naltagua, es lo que él piensa: un absurdo. Siempre dice ese inmenso Naltagua:

Es absurdo criticar una sola cosa, como por ejemplo, el hecho de ir al cine o de ir a las carreras o leer novelas policiales o gustar de los deportes o mirar muchachas o ¡qué sé yo!

Hay que ver qué hace la mente en semejantes momentos.

“¿Me has entendido, Juan Emar? “Lo que hace la mente, lo que ella hace, en semejantes momentos, en se-me-jan-tes momentos”. Pero criticar al bueno, al buenísimo de Adrián Cochoa, criticarlo porque le gustan las carreras, porque va todos los domingos y los festivos que guardar a los hipódromos... ¡Absurdo, absurdo! No se le debe criticar. Si tú, Juan Emar, lo oyeras hablar, cuando está con la labia, se entiende, cuando no está calculando

el resultado de las próximas, ni menos cuando con los anteojos mirando a esos caballos de carrera, mirándolos y mirándolos. ¡¡Partieron!! ¡Qué emoción, Juan Emar, Juanito, por Dios! ¡El caballo que va a ganar va quinto... el caballo que va a ganar va cuarto...; va tercero, va segundo, va a la punta..., y van a llegar a la meta, sí, ya llegan..., ya llegan..., pero la yegua, la yegua alazana lo pasa. ¡Ganó la yegua alazana! ¡Oh, Adrián Cochoa, perdiste esta vez! ¿Importa haber perdido? Di, Juan Emar, ¿importa? Vamos a ver si importa o no importa. Entonces se discute y se discute con otros entendidos, con muchos entendidos, con todos los entendidos del mundo porque en el mundo entero hay carreras. ¡Sí, señor! ¡En el mundo entero! ¡En China como en el Tibet! Adrián Cochoa puede dar la vuelta al mundo y encontrará carreras en todas partes, en todas, todas partes. ¡Anda a tus carreras, Adrián! ¡Anda a tus carreras, Cochoa! Yo no te acompaño, no y no. A mí me cargan las terribles carreras. Prefiero un dancing y en él, prefiero que a los lados se pelee y se insulte, que a los lados se lllore y se lllore amargamente. Porque ahí está Tomba, mi Tomba, la Tomba mía. Déjame ver qué traigo aquí atrás, aquí, aquí. Traigo una botella plana..., con trago..., con trago... ¿Quién me ha dado esta botella? ¿Quién, quién...? Nadie. Me la he echado yo mismo, yo mismo al bolsillo antes de salir de casa. Pero si me la he echado yo mismo... Desiderio Longotoma la habría visto. Y habríamos bebido juntos un trago de... ¿De qué será el trago que hay en ella, de qué? Veamos, veamos: esto no es gin; esto no es whisky... ¿Qué diablos puede ser? ¡Coñac! ¡¡Coñac!! ¡Ea, bebamos, Juan Emar! Un traguito de coñac cae a las mil maravillas. Sobre todo cuando has sido tú, tú y nadie más que tú el que me ha puesto la botella en el bolsillo. ¡Tú, tú y nadie más que tú! ¡Bebel! ¡Bebe, te lo digo! ¡Bebes lo tuyo y no lo mío! Lo tuyo... Lo de Juan Emar... Es decir, lo mío, lo mío! ¡¡lo mío!! Porque Juan Emar soy yo, ¿me entiendes? soy yo, ¡yo!, ¡¡yo!! ¡Hemos hecho un pacto, hemos hecho el pacto de los pactos! Yo: vivir; tú: inspirar. Venga un trago; venga otro trago... Y uno último. Así me puedes inspirar mejor, mucho mejor, muchísimo mejor; el mejor de los mejores... ¡Viva nuestro pacto! ¡Viva y reviva mil veces! Un pacto, un pacto hecho así, con seriedad entre gente seria, con circunspección entre gente circunspecta, con austeridad entre gente austera... Sí, un pacto hecho así... ¡No, no, no y no! ¡Que mueran Lorenzo Angol y Rosendø Paine! Allá en los años de los años, allá en las lejanías temporales... Hablo de tiempo; no hablo de los temporales que azotan viñas y sembrados. ¿Viñas y sembrados? Esto pertenece a la poética española. Bueno y sea entonces muchas veces bueno. Allá, fuera de los temporales, ellos también habían hecho un pacto, ellos: Lorenzo y Rosendo; Angol y Paine. El pacto fracasó. Tenía que fracasar. Porque los pactos hay que hacerlos con considerable importancia suma. Suma, resta, multiplicación y división. Las cuatro operaciones que hay que saber. ¿No es así, Juan Emar? Di, ¿no es así? ¿No es así?

Una voz me dijo:

—¿Estás ebrio? ¡Ooooh! ¡Tú ebrio a no poder tenerte en un punto...! ¡Esto es impagable, impagable!

Me tomé de una solapa y dije:

—Romualdo Malvilla.

Contestó:

—Onofre Borneo.

Aclaré:

—Yo no estoy ebrio.

Agregó:

-Toma, entonces, un poco de coca.

Repuse:

-Con su amigo.

Y tomé un poco de coca. Luego dije:

-Otro poco de coca, Romualdete o Romualdovsky. Otro poco; así, así. ¡Qué bien!

Me preguntó:

-¿Con quién hablabas?

Contesté:

-¡Tonterías y tonterías! Hablaba con ese que dice ser mi doble. Tú sabes, Juan Emar. Ahora, gracias a tu medicamento, se aleja, se evapora y se pierde. ¡Ya se evaporó y se perdió! Estoy mejor, mi querido Malvilla, mucho mejor. Ahora sí podría ir a Las Tres Chimeneas, cuestión de dar un vistazo y nada más, nada más, te lo prometo.

Me dijo:

-Anda tú. Yo sigo a mi casa, a la calle de la Parroquia. Tengo que ir sin falta. Allí me esperan.

-¿Quién te espera a esta hora?

-¡¡Mi última vidente!!

Quedamos sin pronunciar palabra. Nos mirábamos a los ojos. Al fin le murmuré, bajo, muy bajo:

-Que te vaya bien, Romualdovsky. Salúdala en mi nombre y dile que siempre la recuerdo mucho, mucho.

-Se lo diré, Onofrensky, se lo diré. ¡Adiós, amigo, adiós!

-¡Adiós, amigo, adiós!

Y de pie, junto a un farol, vi perderse por las tinieblas a ese buen compañero de mis juergas y de los lindos escritos.

Adiós...

Sigamos por esta callejuela...

Al fondo de ella, en la calle Santa Biblia, están esos bares en que se baila, se pelea y se llora. Por entre ellos se agazapa el libro de alta filosofía que ha de escribir Natales; por entre ellos revolotea el descanso que pide Yumbel; por entre ellos se asoma y desaparece Desiderio Longotoma...

Caminemos...

Te volveré a ver a ti, Bienvenida y a ti también Brunequilla. No bailaremos más, Ete-tete; miraremos bailar. Y tú reirás y reirás, mi linda Guillermina. Harás reír a Sibilina y a Miroslava. Será la gloria de Robustiana, ¡la gloria!

Entonces cesarán las luchas en la sala de la segunda chimenea. Todos se reconciliarán, todos: Lopetegui, Balbontín, Cafarena, Goicolea, Galleguillos, todos, todos. Pues, ¿por qué se pelea? ¡La vida es hermosa, la vida es un ideal puro que se cierne sobre nosotros!

Caminemos...

Caminemos...

Caminemos...

Aquí estoy, nuevamente, en la calle Santa Biblia.

Aquí, frente a frente, se hallan Las Tres Chimeneas. Entra gente en ellas. Sale gente de ellas. Entra más gente. Sale poca, muy poca gente.

Comprendo que entre mucha gente; comprendo que salga poca gente. Se está mejor dentro que fuera. Pero... ¿se está mejor dentro que fuera? En verdad, ¿dónde se está como debiera siempre estarse?

Aquí; sí, aquí.

De pie, sin hacer movimiento alguno; aquí, ungidos en nosotros mismos; aquí, dejando que, en torno nuestro, se agite esa gente que entra y sale.

¡Van en busca de un sentido de la vida! ¡Van a encontrar una razón de ser a esta vida!

Dejémoslos. ¡Pobres criaturas!

El sentido de la vida está aquí. El sentido de la vida está aquí, en este pequeño paquetito que Malvilla me ha ofrendado.

¡Malvilla! Ahora estás cara a cara con tu última vidente...

¡Feliz tú! ¡Feliz yo! ¡Feliz el mundo todo!

¡Feliz tú, paquetito blanco! ¡Feliz tú, contenido blanco de un paquetito blanco!

¡Ahora os veo a vosotras, relaciones humanas!

¡Qué simples, qué sencillas sois!

Hay que saber conjugar el verbo AMAR. El primer verbo que se nos enseña en las escuelas. Amar... amar...

¡Entrad, salid! O quedaos sin movimiento, aquí o allí, quedaos sin respirar, quedaos ungidos en vosotros mismos. Así.

¡No batalléis más! Ungíos en el silencio y, entonces, el silencio hablará. Mas no como esa gente que entra o sale o pasa sin entrar ni salir. Esa gente mete bulla; esa gente cumple con el deber de hacerse los vivos.

Entonces esa gente bebe. Y el diablo los lleva al frenesí, los lleva a la gran quimera; los lleva a reír hoy para llorar mañana.

Y tú, paquetito blanco, sonríes apenas...

Tú das carta blanca para penetrar a todas partes, a todas las cosas, a todos los recovecos por ocultos que estén...

Sólo pides no moverse. Sólo pides quietud. Y una sonrisa muy leve, muy tenue, que te acaricie y se vaya, quedando a tus órdenes, para cuando la llares otra vez.

¡Ven, ven, una vez más, ven, ven!

Un sorbo por la ventanilla derecha; otro sorbo por la ventanilla izquierda... Así.

¡Entrad, gente, en Las Tres Chimeneas! ¡Salid, gente, de Las Tres Chimeneas! ¡Pasad, gente, sin entrar ni salir!

Yo, aquí, esperaré.

Esperaré que se cumplan las horas de las horas si acaso las horas de las horas deben cumplirse.

Antes rabiaba y maldecía. Ahora espero que las horas vengan y se cumplan porque sé que las horas no vienen ni se cumplen.

El mundo es estático.

Lo estático es el mundo.

Respiremos.

¡Tomba, Tomba mía!

Respiremos...

Respiremos...

Respiremos...

—¡Hola! ¡Onofre Borneo! ¿Qué hace usted aquí?

—Hola... Jabalí Batuco... Pues..., no hago nada.

—Usted pensaba, a no dudarlo, penetrar a esa inmundicia que se llama Las Tres Chimeneas. ¿Va usted a entrar, sí o no?

—Me es igual, Jabalí Batuco.

—Vamos, entonces —dijo con tono decidido—. Vamos por aquí, por esta calle. Después tomaremos a nuestra derecha y entraremos a la calle de Los Maitenes. Después llegaremos al Muelle de la Sotana. Y seguiremos nuestra marcha. ¿Qué le parece a usted?

Respondí:

—Me es igual, Jabalí Batuco.

—¿No lamenta usted el alejarse de Las Tres Chimeneas? Creo que preferiría ir a esos bares, ¿eh?

—Me es igual, Jabalí Batuco.

—Todo le es igual a usted. ¿Porque yo he calificado a esas chimeneas de inmundicias? ¡No, no, amigo mío! Las calificué así para arrancarlo a usted de ahí y para que me acompañara. Necesito un compañero en esta marcha nocturna; necesito un hombre inteligente que marche conmigo. Tengo algo que decir; no a un necio; a un hombre inteligente. ¿Me comprende usted?

—Perfectamente, Jabalí Batuco.

—Entonces lo diré: Ese conjunto de bares, llamados Las Tres Chimeneas, es la expresión de la más alta intelectualidad hoy día existente.

—Si usted así lo juzga, pues ha de ser así.

—Gracias por el cumplido que encierran sus palabras. No hay que juzgar por las apariencias. Las apariencias son falsas. Las Tres Chimeneas es el máximo de la intelectualidad y de la sensibilidad que hoy en día puede haber. Esto es juzgar como se debe, es juzgar a fondo y con clara visión. ¿No lo cree usted? ¿No lo cree?

—Creo todo lo que usted me diga, Jabalí Batuco.

—Entonces, ¡charlemos y charlemos!

Empezamos a caminar por la noche. Pasaban, a nuestro lado, calles y más calles. Jabalí Batuco hablaba. Yo soñaba. Yo me iba de un extremo a otro extremo del universo y sentía que siempre quedaba en el mismo sitio, al lado de Jabalí Batuco que caminaba y caminaba, a grandes trancos, moviendo su bastón.

Ahora escribo aquí en casa. Siempre estoy envuelto en el paquetito de Malville. Recorro, con la mente, lo que hicimos aquella noche. Sí, lo tengo todo claro, con suma claridad. Recorro los papeles en que he hablado de mi gran compañero. No hay ninguna descripción de él. Tengo, pues, que describirlo:

Jabalí Batuco no es alto, ni mucho menos. Jabalí Batuco mide 1 metro y 66 centímetros de altura. Yo mido 1 metro y 70 cuando me enderezo bien y me apoyo contra una pared. Pero mi amigo es fornido, ¡ya lo creo! Es derecho y sus gestos son decididos y más bien bruscos. Cada tranco suyo sería bueno para un hombre de, no menos, 1 metro 80. Jabalí Batuco usa sombrero hongo. No se lo quita por motivo alguno, cuando sale, se entiende,

o cuando se halla en un bar cualquiera. Jabalí Batuco usa el último sombrero hongo que ha de quedar. Pero es inútil alegrarle. Si uno le alega, escucha un momento, luego se va a la sombrerería y se compra, o se encarga, otro sombrero hongo. Jabalí Batuco usa bastón, un gran bastón, de palo de guindo, grueso y sonoro. Al menos su bastón suena entre sus manos. Debe sonar para llamar la atención porque el bastón de Jabalí Batuco es el último que queda en la ciudad entera. Al tocar el suelo dice: "Estoy"; al ir por los aires dice: "Aquí yo soy y..." Total: el bastón de Jabalí Batuco va diciendo cuando va por las calles siguiendo a su amo: "Aquí yo soy y estoy; aquí yo soy y estoy...". Y ambos caminan y caminan; ambos se alejan; ambos se pierden... ¿Dónde? ¿En partes sobrehumanas? No; ambos han penetrado en un bar o ambos se han ido al teatro a ver bailarinas y a ver óperas italianas. Luego ambos... ¿Ambos? ¡No, no! Luego los tres esperan a mi gran amigo de Desiderio Longotoma. Llega Desiderio Longotoma y son, ahora, cuatro los que están allí: Jabalí, Desiderio, el sombrero hongo y el bastón. Se levanta el telón, estén donde estén. ¡Y canta el tenor y canta la soprano! ¡Y baila Virginia Rapel sobre aquel chincolito de Praxedes Bagdad! ¡Y ahora bailan y danzan otros, otros chincolitos adorados...! Así, pues, Jabalí Batuco, de 1 metro y 66 centímetros, fornido, decidido, con hongo y bastón, camina y camina por las sombras de las calles y, a su lado, voy, vuelo... no voy ni vuelo... porque el mundo se encarga de ir y de volar... Yo lo contemplo o no lo contemplo porque es igual contemplar o no contemplar ese mundo que, ¡al fin, al fin!, te has movido y circulas junto a los seres inmóviles. Pero yo me explicaba sobre Jabalí Batuco. Sigamos: Jabalí Batuco lleva un bastón de palo de guindo, lleva el último bastón que ha de quedar en circulación. Es verdad que el hombre Martín Quilpué lo usa también; pero no lo usa siempre; lo usa de cuando en cuando; es todo. Palemón de Costamota... No, no era un bastón lo que le vi en la mano, era una culebra que no se movía y que de pronto se movió como un bastón no puede moverse. Jabalí Batuco lleva gruesos y grandes bigotes negros. Son, sin duda, los últimos bigotes así que hay en esta ciudad y en el mundo entero. Jabalí Batuco tiene un gran orgullo en sus bigotes. A veces pasa sus dedos sobre ellos, sobre todo cuando está en el bar, sentado, con un vaso lleno frente a sí; sobre todo cuando oye modular una linda romanza de ópera a Desiderio Longotoma. Así es este buen compañero mío que ahora camina a grandes trancadas por las calles de esta ciudad.

Ahora, sí, ahora... aunque yo estoy en mi casa, en mi gabinete y frente al papel. Tomba está por ahí arreglando lo que se ha desarreglado; lo arreglará; entonces eso volverá a desarreglarse y Tomba acudirá a arreglarlo. Lorenzo Angol está aquí abajo, en el 5º piso, puesto que yo estoy en el 6º. No, no, no quiero estar más aquí donde estoy. Quiero anoche cuando tranqueábamos los dos, Jabalí Batuco y yo, y veíamos pasar la ciudad. Es lo que quiero. ¡Tranquear y tranquear! Eso fue anoche; ¡que sea, nuevamente, hoy día!

Hemos salido, por la calle de Los Maitines, al Muelle de la Sotana. Corre, ante nuestros ojos, el río Santa Bárbara.

¡Bárbara, Bárbara! Y tú, lindo pajarito, y tú, Colomba... Ha pasado mucho tiempo si es que el tiempo pasa y no estamos marcando el paso en el mismo punto.

Jabalí Batuco manifiesta con decisión:

—Las Tres Chimeneas es un gran centro de alta intelectualidad. En San Agustín de Tango debería haber más y más centros de tal calaña. Entonces, todo eso que asemeja una niebla, serían altas expresiones de nuestra mente como ahora lo son esas benditas de Las Tres Chimeneas. ¿No lo cree usted, Onofre Borneo?

Vine, desde la estratosfera, a su lado. Respondí:



—Sí, Jabalí Batuco, lo creo. Sólo que oí, en ellas, muchos insultos soeces.

Se detuvo unos cortos instantes. Luego siguió su marcha y su bastón volvió a decir: “Aquí yo soy y... estoy; aquí yo soy y... estoy”. Jabalí Batuco le hizo coro susurrando:

—Pero al lado, separada apenas por 6 ó 7 metros, está la alegría, la desaforada alegría que levanta nuestros espíritus a alturas vertiginosas. No hay producción digna de este nombre que no esté imbuida de esta alegría. ¡La alegría! —exclamó con aire convencido—. ¡La alegría!

Detuve algunos momentos mi viaje a la estratosfera y dije:

—O la remolienda grosera.

—¿Grosera, ha dicho usted? A un paso, a unos 6 ó 7 metros, se pelea y se increpa a la gente con palabras venidas de los bajos fondos y de más allá. Usted no ha oído jamás tantos improperios ir y venir, ni tantas bofetadas ir y venir. ¡Así debe y debe pelearse! ¿No lo cree usted?

—Sí; lo creo.

—Y luego, junto a la tercera chimenea, se llora y se llora. Allí todo es llanto. Los que no lloran se lamentan. Los que no se lamentan, caen en tristes meditaciones. Usted lloró junto a su mujer. ¿No lo recuerda usted?

—Sí; lo recuerdo.

—¿Y no encuentra usted nada que decir? Pues entonces, yo se lo diré: ahí están los tres elementos que dan origen a las grandes creaciones del hombre: alegría, riña, tristeza. Quite usted uno de esos tres elementos y ¡no hay obra que se sostenga! ¡No la hay! Porque hay que reñir consigo mismo para crear; hay que quejarse hasta el llanto mientras se crea; hay que alegrarse y danzar enloquecido cuando se ha creado. Pero usted juzga por las apariencias y nada más. Se lo he dicho ya varias veces: las apariencias engañan y engañan. Ellas nos muestran un simple telón. Hay que ir tras ese telón. Usted me habló, cierta vez, de algo que había leído: la individualidad del hombre, ¿lo recuerda? ¿Sí, lo recuerda? Hay que traspasar esas apariencias y, entonces, ir al fondo de los fondos. Así los horizontes se amplifican. Debe siempre abrir y abrir horizontes. Debe provocarse el propio, el propio vértigo con esta apertura de horizontes. Sí, señor, digo el vértigo porque con vértigos así no hay temor de caer ni menos de romperse la crisma. Si ella se rompe... ¡Aah! ¡Es mejor, es mejor! Cuando hay un horizonte abierto se puede circular y se puede ir a cualquier parte, a horcajadas de ese horizonte, se puede ir y volver y entonces...

Jabalí Batuco hablaba, hablaba. Y la ciudad, este bendito San Agustín de Tango, pasaba, pasaba. Yo respiraba un torbellino de mundos por cada ventanilla de la nariz. Y el aire, al irse por una de ellas, recorría mi cuerpo e iba a posarse bajo mis talones y me levantaba. Así es fácil caminar. Así se anulan las distancias. Las distancias..., las distancias... ¿Dónde, dónde hay distancias? Hay que estar concentrado en este mundo para verlas como fantasmas que nos persiguen día y noche. Te compadezco, Jabalí Batuco. ¡Jabalí Batuuuuuco! Compadezco a todos los que se concentran en esta vida. Te compadezco a ti, mi grande y bueno de Lorenzo Angol, el concentrado. Compadezco a todos los que saben y saben y saben... ¿Qué puede saberse si somos, nosotros mismos, la sabiduría? ¿Para qué saber si con ello no se avanza ni un paso hacia la dicha? ¡Lindo, precioso paquetito que tú, Romualdo, me diste! Fuera de ti es ese regimiento del que siempre hablas. No hay que insistir. ¡Dejarse vivir! ¡¡Dejarse vivir!!

—La calle de Los Frailes... Esta es. La reconozco a primera vista. Porque hay aquí, un

poco más allá, un café o un bar de primera categoría. A él iremos. ¿No tendrá usted inconveniente, lo espero?

—Ninguno, Jabalí Batuco.

—Allí beberemos una copa de falerno. ¡Bonito nombre! Es el nombre que, en la antigua Roma, se le daba a un vino famoso que procedía de un campo de Campania, llamado de ese modo: falerno. Yo lo llamo así pues se merece el nombre. En ese bar lo llaman, simplemente, mosto. Cuestión de nombres y nada más. Falerno es más poético, ¿no lo encuentra usted?

No sé si contesté a su pregunta. Había dicho: Roma, Campania, Falerno... Había, sin sospecharlo, evocado. Entonces vino la vieja Roma hasta mí. ¡Fuimos uno!

¡Marcial, Marcial! ¡Bílbilis! En un solo manojo llegaron todos, todos. Llegaste tú, Rómulo. Ahí estás, ahí, en ti, yo soy. ¡Soy esa Roma llamada hoy día, por ti, Jabalí Batuco, legendaria pues no puedes ir en tu auto a ella y pasearte por sus calles. ¡Oh, Marcial! Julia ha muerto... ¡y tú lloras! Tú has entrado en la sala tercera, la de la chimenea doliente. Y en ella escribes y escribes, recordándola: "Más dulce que el último canto del cisne; más blanca que una perla eritrea...". Tú llorabas, Marcial, ante la muerte; tú creías en estos sinsentidos con que se nos atiborra la mente. Y clamabas: "¡No más amor, no más goces, no más fiestas, no más venturas para ti, Marcial!". Hiciste reír mucho a Julia. Haces reír mucho a Julia. Oigo tu risa, Julia. El que una vez ha reído, reirá siempre; el que una vez se ha lamentado, se lamentará siempre; el que una vez se ha aburrido, se aburrirá siempre; el que una vez ha gozado, gozará siempre; el que una vez ha dormido, dormirá siempre. Y todo ello en la simultaneidad más absoluta. ¡Quitemos el tiempo, borremos el tiempo de nuestro existir! Entonces es la simultaneidad completa, con dolores y placeres. Y nuestra concentración terrena se evapora, se va, se va. La veo irse, marcharse, desmenuzada, irse con muchos viejos que se van, que creen ir juntos porque se van juntos... pero cada viejo va por su lado.

¡Así te has marchado tú! ¡Así te has marchado sexualidad!

Has bastado tú, mi Tomba, y la sexualidad ha venido a ti, a ti. Lo necesario, lo justo. Lo demás ha partido.

¡No, no me hagas reír! ¿Miroslava, dices tú? ¿Etetete? ¿O una cualquiera de Las Tres Chimeneas? ¿U otra cualquiera que vive y que rueda aquí?

Veo que no oyes bien pues no has saltado como un leopardo al son de esa palabra: aquí.

Aquí es este sitio, es la calle de Los Frailes, donde voy con Jabalí Batuco; aquí es San Agustín de Tango; aquí es Chile; aquí es Sudamérica; aquí es el Nuevo Mundo; aquí es el hemisferio Sur; aquí es la Tierra toda; aquí es el sistema planetario; aquí es el universo entero; aquí... ¡soy yo!

No se puede salir de uno mismo, no, no se puede.

Salvo..., salvo..., salvo...

—Este es el café o el bar, si usted prefiere. Le va a gustar a usted. El bar Boquejo. Y recuerde: falerno, falerno... mientras lo bebe. Para pedirlo: mosto del especial. Sabrá apreciar lo que es el Bar Boquejo. ¿Entramos?

—Sí; entremos.

Y entremos.

Era feo, feo, este bar. Jabalí Batuco escogió una mesa y en ella se sentó. Jabalí Batuco pidió dos mostos especiales, la especialidad de este bar feo, feo, horrible. Pidió dos faler-

nos. Había mucha gente en este bar. La gente ama lo feo. No hay más que mirar a nuestro alrededor. Este bar es feo y sin gracia, sin ninguna gracia. Su fealdad se comunica a la cabeza, irradia. Porque es feo todo, todo, la vida, la existencia, yo y el bar. Bebí un poco y me levanté.

—Vengo en seguida, Jabalí Batuco.

—No tarde, amigo Borneo, no tarde. Hay que aprovechar los minutos y los segundos en un sitio como es este sitio. Con ese traguito y con mi inspiración... ¡No tarde!

Me dirigí al retrete. Toqué mi bolsillo. Sí, ahí estaba ese paquetito que Malvilla me había dado. En el retrete me encerré y abrí el paquetito. No podía ser otra cosa: me faltaba coca, sí, me faltaba. Aspiré. Por la ventanilla izquierda; por la ventanilla derecha. Mis labios sonrieron. El Bar Boquejo no era tan feo, no, no lo era. Lo feo era que tú, tú, cocaína, faltabas. Ahora ya no faltas. Ahora podemos volver a la mesa, volver a beber ese falerno que hace las delicias de Jabalí Batuco. Allá me fui.

Cocaína..., cocaína... Es decir, una mágica palabra. Empiezas con la palabra “coca”... Luego se le agrega: “ina”. Ina, ina... Como a Sibil se le agrega ina y resulta Sibilina. Igual sucede contigo, Guillermina; igual sucede contigo, Clementina. Con todas sucede: Claudina, Serafina, Angelina... Y tú, Carolina que te has ido, que ya no estás, que vives tu vida donde la vida debe ser vivida. ¡Qué lindo, qué hermoso!

—Por cierto —me respondió Jabalí Batuco—, por cierto. Esto es lo mejor de lo mejor. Me refiero al bar. Cuanto a sus consumos, ¡pruebe, pruebe, amigo Borneo! ¿Qué tal? No encontrará usted ni a mil leguas a la redonda un semejante falerno. Merece este nombre. Yo bebo y me inspiro. Yo bebo y, en seguida, aparecen por todos lados los grandes compositores. Los de óperas italianas. Rossini, Donizetti, Boito, Verdi, Puccini, Mascagni, *et tutti quanti*. Entonemos algo, amigo Onofre, entonemos...

Entonar... El Bar Boquejo... Aquí, ahora, en este momento, aquí está el ideal, está ése mi sueño, eso que siempre, siempre he soñado y de lo cual tú, Ouspensky, hablas, escribes, no, ni hablas ni escribes... Lo que se habló hace mil años, lo que se escribió hace dos mil años... se habla y se escribe hoy día... Se hablará y se escribirá eternamente. Porque todo es un solo momento. El pasado está conmigo, lo que esta gente llama el pasado que pasó. Pasar... ¡Un verbo que carece de sentido! El futuro está conmigo; el futuro se funde en el pasado que no ha pasado que aquí está con ese que la gente llama “lo que ha de venir”. Y nada viene, nada, nada, nada... Todo es, es ¡jes!

—¿Verdi? Lo conozco de memoria. ¡Qué de noches he vivido oyéndolo! Desiderio Longotoma me ha acompañado. Él goza tanto como yo con sus producciones. ¿*Trovador*? Sí, es una hermosa ópera. Yo prefiero *Falstaff*. Prefiero también *Rigoletto*. Por ejemplo, aquello del tercer acto, cuando el barítono simula estar alegre y está pensando sólo en su hija... ¡Y Rossini! ¡Oh, *La Gazza ladra*! Y luego, *El Barbero de Sevilla*. No hay más que recordar aquello del primer acto: “.....”.

Jabalí Batuco se puso a cantar, a media voz, naturalmente, a media voz, porque estamos en un bar, en un bar lleno, lleno de gente. No debe enterarse esta gente de que aquí, en esta mesa, se canta... como cantan los ruseñores.

¡Silencio! Puedes cantar, Jabalí Batuco, puedes cantar más alto, más, mucho más, haciendo pasar por tu garganta el furor de los volcanes. No hay furor alguno en este mundo. Todo en él es paz, paz, paz... Pero nosotros turbamos esta paz con el afán, ese terrible afán de publicar lo que hemos escrito, exponer lo que hemos pintado, hacer saber, a todo el mundo, lo que pensamos sobre esta o aquella materia. Y los otros piensan de otro modo,

sí, de otro modo... O, acaso, piensa de igual modo. O no piensan, jamás han pensado. ¿Por qué afanarse en vertir en una fórmula lo que apenas sé? ¡Es para romper la invisibilidad! Es un intento falso, errado. Seguiremos siendo invisibles si no encontramos el verdadero medio de compenetrarnos.

¡Aquí está ese medio! Aquí estás. Paquetito blanco que traes la blanca nieve de las altas serranías de los indios. Los indios que marchan distancias inconcebibles para nosotros, cargados de mercaderías... No se cansan... Siguen... No hablan, Silencio...

—Además, recuerde usted a Puccini. Recuerde *Tosca*. En el primer acto...

Jabalí Batuco está en una “recóndita armonía”. Mi mano acompaña esa armonía recóndita. Sonríe y apruebo. Bebo falerno, de Campania; bebo mosto especial del Bar Bosquejo. Nadie se fija, nadie, en nosotros. Ellos, éstos que no se fijan, están en lo que la gente parlante llama pasado o futuro... según cómo esté el ánimo. Están en el presente que huye. Un momento... Ya no es. Para poder retenerlo...: ¡exhibe, publica! Palemón de Costamota toma lo que se ha exhibido y lo que se ha publicado. Lo coloca allí, allí, sobre tu calva, pelado, peladito lindo que tanto alegas con una terminada en “ina”, aquí, frente a nosotros dos que en ella vemos la recóndita armonía del universo. Palemón de Costamota lo toma, lo mira, lo juzga y... ¡ríe! Ahora podemos comunicarlo a los demás. Atruenan las bandas de músicos. Pero no con eso, mi amigo Jabalí Batuco, no con eso. Eso es muy triste. ¿Qué es?

—Esto es en el último acto de *Mefistófeles*. Autor: Boito, Arrigo Boito. Óigala bien. Es una linda romanza. Oiga: “.....”.

Una nube, una nubecita, lejana y blanca. Los altos edificios la ocultaban a veces. Yo caminaba por estas calles contigo, mi gran amigo Rubén de Loa. Tú hablabas de los surrealistas, hablabas de pintura. Había una parte mía que te escuchaba. La otra parte volaba tras la nubecita que se escondía tras los muy altos edificios.

Así hablabas como ahora canta Jabalí Batuco. Ello se ha repetido. En vez de altos edificios hay clientes que beben mosto, que beben de lo que sus cabezas o paladares o inconscientes les piden que beban. ¡Es igual, igual! ¡Ya lo sé! No es algo que suceda ahora, aquí y que luego vaya a dejar de suceder. ¡No, no! Ello está, ¡eternamente lo está! Porque ¡yo soy!

Soy eso que sé. Soy lo que alcanzo a vislumbrar; a veces, a ver. Luego me distraigo. Distraerse... ¿Qué será?

No sé lo que sea. Lorenzo Angol no me lo podrá decir; ni puede decirlo Natales, ni Yumbel, ni Stramuros, ni Licantén, ni Collico, ni Palena, ni Taltal, ni... Iba a decir: Ascanio Viluco, el noble Ascanio Viluco. Él debe saber lo que es distraerse. Lo sabe. Entra en el taller de doña Claudia Puchuncaví y todo toma acentos de miles de años que ya han sido, de miles de años que van a ser. Porque el tiempo no es simultáneo; el tiempo es un eterno suceder cambiante, una eterna plenitud que nunca, jamás se repite. Así ven algunas cabezas; otras, no ven así. El tiempo es nuestra cabeza, no es más que nuestra cabeza...

—Podía usted hacerme coro, amigo Borneo. ¿Sabe usted hacer la segunda voz? ¡A ver! Dé una nota. Así. Ahora yo voy a dar otra nota. Usted sigue con su nota. ¡Adelante! Pero, ¡¿qué?! ¿Otro falerno quiere usted? Bien, buena idea. ¡Eh! ¡Camarero! ¡Dos mostos especiales más! Vamos a las notas ahora.

“.....”.

“-----”.

Dos notas. Son dos notas diferentes pero ellas se han unido en un acorde... suntuoso

como el taller de doña Claudia, de esa Claudia Puchuncaví. Cada nota era un individuo que, por ahí, va penando y sufriendo. Las dos juntas, son el acorde del universo único. Ya no sufren ni penan los individuos. Avanzan. Creen que avanzan. Creen, creen... La ilusión los ha tomado. En alas de la ilusión... ¡están!

Están... ¿No será esto lo que quiere Juan Emar? ¡Ilusión...! ¡La pura y verdadera ilusión! ¡Oh, vivir así, así, en alas de la pura y verdadera ilusión!

Ahí estás: ¡Juan Emar!

¡Te oigo! ¡No elevés de tal manera tu voz! ¡Te oigo!

Juan Emar me decía y repetía:

–¡Trabaja, Onofre Borneo, trabaja!

Le respondí con displicencia:

–Cuando el tiempo vuelva a multiplicarse en infinitos sitios que corren los unos tras los otros.

Juan Emar repitió:

–Trabajarás para que otros vean y aprendan. Piensa, Onofre Borneo: Si nadie nunca hubiese trabajado, si todos hubiesen pasado sus vidas en Las Tres Chimeneas y en el Bar Boquejo, ¿qué sería hoy día de ti? ¡Piénsalo, Onofre Borneo!

–Otros, otros... Para que vean y aprendan... ¿Quiénes son esos otros, quiénes?

–¡Vaya una pregunta! Los otros son... ¡la humanidad!

Murmuré con mayor displicencia aún:

–La China, el Tibet, Angola... Hace un siglo, hacen dos y tres siglos; en un siglo más, en dos siglos más... Continúa tu camino, Juan Emar. Esos sitios, esos tiempos... ¡Ilusiones y nada más! Tú me pides un trabajo impercedero... ¿no es así?, un trabajo impercedero para gente que perece y perece todo los días...

Jabalí Batuco ahora estaba entregado a su mosto especial y algo conversaba con un señor que estaba a su lado. El señor le hacía ver un diario, un periódico y, mostrándolo, alegaba cosas extremadamente importantes. Le toqué el codo. Le dije:

–Vea usted las defunciones, Jabalí Batuco.

Me interrogó:

–¿Quién ha muerto?

Respondí:

–Mi falerno.

Él, entonces:

–¡Camarero! ¡Dos mostos especiales más!

Pasó su mano sobre sus bigotazos negros, se acomodó el hongo, carraspeó. Luego, con voz un poco más alta, cantó:

“.....”.

Se interrumpió en la mitad de su canto y dijo al señor que conversaba con él:

–La siciliana, de Mascagni, en *Caballería Rusticana*.

–¡Estupendo! –clamó el señor.

–Sí, estupendo –dije yo–. Es estupendo en el tiempo.

–¡Y en el espacio...! –volvió a clamar el señor riéndose benévolamente.

Jabalí Batuco terminó la siciliana, de Mascagni, de la ópera *Caballería Rusticana*:

“.....”.

Me marchó –dije.

–Adiós, amigo Borneo –dijo él.

—Adiós, señor —dijo el señor.

—Adiós, señor —dijo al señor.

Y me fui, me marché, me alejé, me perdí por la calle de Los Frailes, por la calle Llena Eres de Gracia, por la calle de La Eucaristía, por el Puente de los Concilios Ecuménicos, por la plazoleta de Fray Tomate, por el edificio construido por Ladislao Casanueva y Limarí, por el 6º piso, por mi puerta, por el vestíbulo de entrada, por el corredor, por su dormitorio...

—¡Tomba! ¡Tomba! —dijo a media voz— ¡Tomba!

Despertó sobresaltada. Dio más luz, mucha luz. Preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Respondí:

—*Je t'aime!!*

18

Tomba mía:

Hace ya varios días que estoy en Noriol. ¡Partió Teodosia Huelén! La vi partir. Tomba mía, ¡qué emoción! Tiene esta tan bella mujer, ideas verdaderamente extraordinarias. Tú habrías podido acompañarme, tú habrías podido verla partir. Preferiste quedar allá, en Fray Tomate; algo se había desarreglado y entonces... Bueno, Tomba, te contaré lo que he hecho aquí, en este hermoso puerto. La verdad es que apenas lo he visto. Pero vamos con calma y por orden:

Como lo habíamos convenido, Teodosia y yo nos encontramos en el muelle. Estaba dichosa, reía y reía de cualquier cosa. Quise repetirle, una vez más, mis ideas sobre este dislocado viaje y, una vez, sin poder contenerme, se las repetí. ¿Sabes tú qué me contestó? Te lo diré:

—¡Ay, Ono, ay! Tú siempre con tus ideas terrenas...

Me callé entonces y me puse incondicionalmente a sus órdenes. Tomamos luego un bote, uno de esos que alquilan sin remero ni nadie a bordo. Subimos en él y nos alejamos lentamente. Tú sabes que yo no soy un gran remador.

Apenas estuvimos algo alejados de los muelles, Teodosia dijo:

—Ono, me voy a desnudar. Supongo que no pretenderás que vaya hasta la ciudad de Samarinda vestida con todas estas prendas. No; sé que no lo pretendes. Aunque tú, mi querido y buen Ono, ¿cómo irías, dime, cómo?

Le contesté, remando siempre:

—Yo, mi querida Teodosia, no iría a Samarinda por ningún motivo, ni aun en un lujoso barco, ni aun acompañado de usted.

—¡Uy, qué amable eres!

Y Teodosia se desnudó.

Tomba, Teodosia tiene un lindo cuerpo, está admirablemente bien formada. Mientras avanzaba con toda lentitud nuestro bote, yo la miraba y comparaba ese cuerpo con el tuyo. Vi tu cuerpo ahí en el bote, te vi desnuda también. Miré, entonces, a Teodosia; te miré a ti; volví a mirar a Teodosia; volví a mirarte a ti. Me dije, sin susurrar ni una palabra:

“Teodosia es hermosa; ¡mi Tomba lo es más!

Porque tú tienes un cuerpo perfecto, como jamás se ha visto otro igual. Grité, para mis adentros, se entiende, grité:

“¡Viva la inmensa Tomba y su cuerpo también!!

Pero quiero hablarte de Teodosia, de los sueños de esa dama que dice tener 50 años. Al verla, desnuda, por supuesto, no se le echarían más de 25. ¡Tú tienes, pues, mi Tomba, 22!

¡Ay, mi Tomba! ¡Hablemos, por favor de Teodosia! Te voy a contar cuáles han sido sus proyectos y los que el otro día, allá en Noriol, empezó a realizar. A ellos voy:

Tú debes conocer la geometría o, al menos, debes saber una serie de corolarios –creo que así se llaman– que forman su parte elemental. Uno de ellos es el siguiente:

“La línea recta es la unión más corta entre dos puntos”.

No sé si ha de redactarse así o de otro modo; como sea, el sentido se entiende; ¿no es verdad? Para mí esto es una cosa inamovible; creo, a no dudarlo, que lo es para todo el mundo. Para Teodosia También. Esto es lo principal: para ella lo es también. Entonces fijó un punto; este punto fue Noriol, nuestro puerto. No sabría decirte por qué lo fue; podría haber sido San Agustín de Tango, o el recordado fundo de Curihue, o el fundo de Marul Carampangue –¡nada de celos, mi Tomba!–, o Itoquito, o Melichaqui, o lo que sea. Pero fue Noriol. Desde Noriol, allá en su casa de la calle del Oratorio, empezó a hacer sus locas lucubraciones. Y llegó a la conclusión de que nuestro puerto, como cualquier otro sitio de la Tierra, no se unía a los demás por esa línea recta sino por líneas curvas... Sin más se dijo:

“La isla de Borneo está mucho más cerca de nosotros de lo que nosotros creemos. Debo, pues, ir a Borneo por el camino más corto; debo ir.

Esta conclusión me la comunicó a mí el otro día, cuando fui a su casa. Yo le rebatí inmediatamente:

–¡Pero, mi querida amiga, ello es imposible! Eso de la línea y los puntos... ¡todos lo sabemos! ¿Qué camino piensa usted tomar para ir hasta esa isla lejanísima?

Me miró y rió un rato. Luego movió la cabeza mientras repetía:

–Tus ideas terrenas, tus ideas terrenas... No puedes, ello es imposible que puedas deshacerte de esas ideas. Me das pena, Ono mío, me das pena...

Respondí:

–Tal vez le dé pena, Teodosia. Explíquese usted y entonces...

–¿Qué quieres que te explique? ¿Quieres que te hable y te dé una lección de geometría? ¿Conoces tú a Euclides?

–Naturalmente, lo conozco. Y por eso le digo a usted...

–Calla un momento, mi buen Ono. Tú conoces a Euclides y yo también lo conozco. Mi fe en él es absoluta. Quiero ir hasta esa isla por el camino más corto, ¿me oyes?, por el más corto. ¡El camino que luego todos adoptarán! Y piensa, Ono, que hablo de Borneo, de Borneo... ¿No te dice nada esto?

–Borneo es mi apellido. Es todo lo que me dice. Una coincidencia etimológica y nada más.

Ella rió y rió. Me tomó una mano y me dijo:

–¡Terreno, terreno! Eres impagable y por eso te quiero tanto.

Luego me pidió que la acompañara a su partida. Al despedirme me dijo siempre sonriente:

–Borneo es tu apellido, Ono, tu apellido. La isla tiene el mismo apellido que tú. ¿Qué deduces de esto? ¿Nada de nada? ¡Oh, qué dificultad...! Yo te lo comunicaré: ahí, en esa

isla tienen que estar tus antepasados, tu familia, tu origen. Quiero verlos a todos ellos y... ¡llevarles muchas noticias tuyas! ¿Qué tal te ha parecido mi proyecto de viaje?

—Teodosia —le respondí—, si usted hiciera el viaje en un barco, como lo hace todo el mundo, me parecería admirable. Pero basarse en Euclides, en la línea y los puntos... ¡Qué quiere usted que le diga! No lo encuentro... natural.

—La Tierra, la Tierra... tiene bien cogidos a sus terrenos, bien cogidos —me dijo con toda malicia—. Nos encontraremos en Noriol, ¿qué te parece? En tres días más. ¡Anda a dejarme, mi buen Ono, anda sin falta!

Respondí:

—Sí, iré; puede usted estar cierta.

Así, mi Tomba, hablamos ese día. Tres días más tarde me encontraba en Noriol. Ese mismo día tomábamos el bote en cuestión y nos alejábamos un par de millas de la costa. Vi ese perfecto cuerpo desnudo y lo comparé con el tuyo. Los dos son maravillosos. Pero, créemelo, me quedo con el tuyo.

Yo había detenido el bote. Se balanceaba suavemente. De pie, en la proa, Teodosia contemplaba el agua del mar y se deleitaba con esta contemplación. De pronto se volvió hacia mí, completamente desnuda, tú ya lo sabes, y me gritó:

—¡No lo olvides, Ono! La línea recta es la unión menor entre dos puntos. ¡No lo olvides! Noriol es un punto y Samarinda es otro punto. ¡¡Me voy por esa línea recta!! ¡Adiós, adiós!

Y Teodosia, Teodosia Huelén saltó por los aires, cayó a las aguas y, en ellas, se sumergió.

Tombita, hasta hoy, no he vuelto a saber más de ella. No sé de nadie que sepa. Ni siquiera sabía que ella fuera una nadadora. Teodosia entró en las aguas. Teodosia se marchó a Borneo, a ver a mis antepasados. ¡Qué quieres tú, mi Tomba! Le deseé muy buen viaje y, remando cabizbajo, volví a los muelles.

Ahora, aquí estoy, en la pieza de mi hotel, el Hotel Oceánico. Pienso, de cuando en cuando, en nuestra amiga. Comparo su tamaño con el tamaño del océano. Pero sé que éstas son tonterías y nada más que tonterías. Tomba, me he dedicado a otras actividades.

He paseado bastante; me he metido por todos los recovecos imaginables, me he asomado a varios bares pero no he podido permanecer en ellos. El recuerdo de Las Tres Chimeñas me ha asaltado de inmediato y, naturalmente, los he encontrado sin sabor, sin interés alguno.

El puerto me ha gustado mucho. Es algo hermosísimo ver todos esos barcos que van y vienen, que atracan en los muelles, que cargan y descargan. Había un barco de pasajeros; luego llegó otro más; luego, un tercero. Me acordé de Guni Pirque cuando desembarqué de uno, al dar sus vueltas al mundo. Los palos de esos barcos me fascinan, la de todos los barcos. Ellos hablan. A tal punto lo sentí que me fui a una pequeña librería y —no te rías, Tomba— me compré un cuaderno, un cuadernito de apuntes. Luego compré dos lápices, uno duro y otro blando. Y ¡me fui al puerto!

¿Sabes tú en qué pensaba mientras hacía mis croquis? ¿En la belleza de esos mástiles que tanto armonizan con las grúas? No, Tomba, no; pensaba en... ¡Facundo Doñihue! Pensaba en ese malo, en ese pésimo pintor que es el pobre Facundo, ese pintor para viejas solteronas, para refocilarse en el taller de doña Claudia Puchuncaí...

No tengo duda alguna: él, ese Facundo, vino hasta mí y se interpuso entre mis ojos y

los mástiles y grúas, se interpuso entre mi mano con los lápices y el cuaderno de notas. ¡Ya verás lo que hice! Tengo que decir; ¡qué horror!

Naturalmente pensé mucho en qué diablos es esto de lo que se llama “facilidades”. Hay quienes las tienen y hay quienes no las tienen. Hay algunos que...

Pero, Tombita mía, no me voy a poner a filosofar sobre estas materias ni sobre ninguna materia. Es mejor conversar contigo evocando, por intermedio de Teodosia Huelén, ese cuerpo divino que tú tienes. ¿No lo crees? Dime: “Sí”. Entonces podré seguir escribiéndote.

Volví a mi hotel. En la mesita había un bloc, un lindo bloc de papel sin líneas. Lo miré y le dije: “Tú me sirves”.

¿Sabes qué hice en él? ¡Nada de Facundo Doñihue! Ahora me fui por las aguas de nuestro arquitecto, de Ladislao Casanueva y Limarí, es decir, me puse a hacer un plano. ¿De qué? Tomba, de Las Tres Chimeneas, nada menos.

Tú comprenderás que mis recuerdos sobre ese bar y sus salas, no es muy claro en mí, sobre todo, si quiero levantar un plano. Sin embargo me puse a hacerlo. Trabajé toda la tarde. Ahora me servían esos lápices que había comprado. Lo dibujé y luego le pasé tinta. Puse en él las anotaciones del caso, es decir, en una parte puse: “Bar”; más al fondo: “Alegría”; al final, y a la izquierda: “Riñas”; a la derecha: “Tristeza”.

Al día siguiente, es decir, ayer, iba yo por una calle cuando veo venir a ¡Desiderio Longotoma! Grandes abrazos y saludos. Le comuniqué, de inmediato, mi labor del día antes y le dije, como es muy natural, mis dudas sobre la exactitud de lo que había hecho. Me respondió, sin más:

—¡Vamos, amigo Borneo, al Hotel Oceánico, vamos en seguida! Veré y le diré porque aquello lo conozco de memoria.

Allá nos fuimos y le mostré mi plano. Longotoma lo miró y lo volvió a mirar; sacó sus cuentas indicando con un dedo las salas, pasadizos y patios de luz. Luego se fijó en la calle Santa Biblia. Por fin exclamó:

—¡Estupendo, amigo, sencillamente estupendo! Ni el mejor arquitecto lo hubiese hecho con mayor exactitud. Se lo puedo asegurar a usted. Usted debió haber sido un constructor de esos que abisman a una ciudad. ¡Estupendo!

Bien, Tombita, te llevaré, entonces, ese plano. Por él podrás recorrer las salas cuantas veces se te antoje. Tengo la esperanza que al final vengas hacia mí y me digas como yo te dije a ti:

—*Je t'aime*

Longotoma debe haber partido hoy por la mañana. Yo creo que me voy a quedar aquí unos dos o tres días más. Tú lo sabes, mi Tomba, que esté donde esté te quiero hasta la locura.

Tuyo eternamente,

Onofre

Estoy en mi casa, estoy solo. Tomba está en Santiago. Ha dejado todo arreglado, como a ella le gusta que esté todo. He pasado, un momento, al departamento de Lorenzo. No está Lorenzo aquí en San Agustín de Tango. Ha ido a su fundo, a La Cantera.

Solo. Aquí arriba, en el 7º piso, parece que no hay nadie. En todo caso hay un silencio...

Un silencio... Baja este silencio por las escaleras... Sí, baja... Ha entrado en casa.

—¡Adelante! Toma asiento. Charlemos. Dime, ¿se puede, se puede, charlar contigo? ¡No lo olvides! Eres el silencio. Si me pongo a charlar contigo, tú ya no serás más el silencio; tú serás una compañía que ha llegado hasta mí. Esto es indiscutible. ¡Vete, pues, silencio!

Se ha marchado. Estoy solo.

¿Solo?

No, ¡no! Estoy rodeado por miles, por millones de seres que algo representan en la vida. Iba a poner: “en mi vida”. Prefiero poner como al principio he puesto, es decir, “la vida”. Porque la vida está fuera de mí, de mi persona. Ella hace su vida...

La vida haciendo su vida... ¡Qué sinsentido!

Debo buscar algo con sentido, con mucho sentido, algo que calce perfectamente en esta vida que vive su vida. ¡¿Qué?! Di qué te ocurre y, al decirlo, estaremos charlando, estaremos de verdad aquí, aquí: N° 2 de la Plazoleta Fray Tomate; 6º piso; con balcones que miran hacia el río Santa Bárbara. Miran y miran siempre. La mayoría de las veces, no ven.

Necesitan de un hombre, de un hombre cualquiera que se ponga en ellos y mire. Entonces han visto, los balcones y el hombre.

¿Qué hacer con esta visión?

¿Qué hacer...?

Salir a la calle, avanzar por las calles y gritar, gritar con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡¡Vendo una visión!! ¡¡La visión desde lo alto de un balcón!! ¡¡Vendo, vendo, vendo!!

Visión-Balcón. Es una rima. Bien; hago poesía. Es decir, alejo un tanto a mis oyentes para hacerles profesar un respeto cientos de veces merecido por un poeta que hace rimas, así, sin que entre su voluntad, así, solas, solas, al hablar, al pensar, al ir por las calles gritando, al caminar con una visión entre las manos y ofrecerla a la venta a los que pasan y a los que no pasan porque están en sus casas agazapados para no anteponer otras visiones a las que van de venta por los sitios públicos frecuentados por gentes que salen sin intenciones de frecuentar a nadie pero que se ven forzadas a encontrarse con éste, con aquél, con el de más allá y saludarlos a todos, todos para que nadie vaya a quedar resentido al no haber recibido un: “¡Adiós!” del que pasa y la conoce como se conocen todos los habitantes de esta ciudad porque no es una ciudad tan sumamente grande pues las cifras que ha dado el último censo son las cifras que debe tener una ciudad grande, sí, grande, más grande que las que tienen menos habitantes y más pequeña que las que tienen más habitantes...

¡Alto! ¡¡Alto, por piedad!!

Ahí está el río Santa Bárbara. Ahí está tras este balcón, tras el aire que hay junto a este balcón. Y pasa, pasa, sin proferir palabra, pasa en el silencio más absoluto.

Silencio...

Hay silencio aquí en esta casa. Arriba no hay nadie; abajo, Lorenzo Angol se ha mar-

chado a La Cantera, a su Bóveda y ahora contempla el guaco. La gente calla por las aceras que pisa y que va hollando con sus pies.

Silencio.

—Acepto tu conversación, Silencio. ¡Ea! ¡Hablemos!

Porque el silencio absoluto no existe.

La paz absoluta no existe.

¿Absoluto, absoluta? Puede suprimirse este adjetivo por ser un adjetivo superfluo. Digamos entonces:

—La paz y el silencio no existen. Son palabras para designar ciertos conceptos de relación con otros estados...

Lo sé, lo sé.

—¡Eh, Silencio! ¿Qué me dices?

—Te digo, Onofre Borneo, que ayer tú saliste a pasear, así, sin rumbo, sin objetivo, y esta falta de objetivo te llevó a casa de..., de... ¿Lo recuerdas? Te llevó a casa de Isidra, la sin par Isidra Curepto. Sí, sí, la que estuvo allá y en aquellos tiempos, allá en Curihue.

En verdad, estuve en casa de Isidra Curepto. Es una casa como todas las casas. Aunque todas las casas son diferentes y no hay, no puede haberlas, dos casas iguales. Está, esta casa, en el piso más elevado de un edificio. ¡Oh, qué contentos al vernos! Isidra habló, habló y habló una hora, dos horas, creo que tres horas. Tanto habló que, al cabo de algunos minutos, me encontraba yo sumergido en un torbellino de palabras y me parecía que así fuera el estado habitual de mi vida y la de todos los seres; el estado de todos: ¡oír hablar!

Luego me despedí y me marché. Por las escaleras oí todavía algunos gritos:

—¡Vuelve, vuelve, Onofre!

Un portazo y nada más. ¡El Silencio como tú ahora!

Lo habitual de mi vida, lo habitual de la vida de todos los seres cambió súbitamente. Fue reemplazado por lo que es, en realidad, lo habitual. La calle, el ajeteo, la bulla.

Isidra Curepto habíase quedado sola, sola, callada en su casa como todas las casas, en su departamento igual a todos los departamentos aunque todos ellos son diferentes.

¿Qué estás haciendo, Isidra, con todo lo que me has dicho? ¿Adónde has arrinconado el eco de tus palabras? Ese eco ha llenado el aire de tu vivienda. Durante dos horas o, acaso, tres horas, ha estado vaciándose allí. Algo he cogido yo para mí, un poco, un poquito. No, nada he cogido pues ello ha vuelto a tu departamento, ha vuelto a mezclarse con sus hermanos, los que quedaron sin salir conmigo.

Ahora se aprietan, se pelean tal vez.

Tú pasas sin percartarte de ello, mi buena Isidra.

Tienes que preparar la comida. La vi, la vi, tu comida: un pollo, tallarines, unos pasteles...

Vas a tener que comer todo eso con el eco de tus palabras.

De esto, creo yo, lo supongo tan sólo, han de venir terribles enfermedades...

Los médicos quedan sin saber, algunos se descorazonan. No, no. El doctor Hualañe debe saberlo. El doctor Pitrufrquén y el doctor Mangual deben saberlo. Les preguntaré a ellos. Aquí y nada más que aquí tiene que estar el arcano de sus ciencias. Lo preguntaré y ellos me responderán.

¡Barrer, barrer todo cuanto ya no sirve! ¡Barrerlo hasta la puerta! ¡Abrir las ventanas, abrirlas de par en par!

Así, de este modo, esas palabras ya sin objeto, ya sin misión que llenar entre los huma-

nos, saldrán precipitadamente y se irán en busca de su habitual. ¡Lo encontrarán, por cierto!

Vendrá la paz. La paz sobre este planeta.

Cada cual con sus habituales y sin pretender más. ¡Qué ritmo se implantará en nosotros!

Un ritmo que saldrá de nosotros e irá al reino animal; irá al reino vegetal; irá al reino mineral; socavará la superficie de esta Tierra y se marchará hacia sus profundidades, hasta lo más profundo que exista, hasta una profundidad...

No. Empezará, poco a poco, a aparecer nuevamente, allá arriba, allá muy lejos, una superfice terrena.

Mejor es que no socavéis nada. Es mejor volar, volar, ¡volar!

Entonces veremos pasar las constelaciones. Iré en tu compañía, mi buena de Teodosia Huelén. ¡Qué ideas tienes de ir a Borneo, a ver un posible antepasado mío! Al ir a las constelaciones veremos, Teodosia, a Saturnino, tu amigo... ¿Lo recuerdas? Seguiremos los tres, los tres. Y otra gente que vendrá a nosotros, en tropel, loca de entusiasmo al vernos pasar.

Pasaremos.

Pero, no. Aquí estoy en mi escritorio, solo, solo. Silencio. Estoy tan solo como Isidra Curepto en su departamento. Balcones y puertas están cerrados. En todas partes la gente va a sus... Sí, va a sus habituales. Va en busca de un silencio largo, muy largo, del largo de su vida. Como tú, Isidra, frente a tu pollo y a tus tallarines. Así vive el mundo entero. Al menos vive el mundo que se afana aquí en la Tierra.

¡Buscar, buscar! ¡Correr y correr tras...! ¿Tras qué?

Correr tras de nuestra propia invisibilidad. Es decir, correr tras nosotros mismos.

Al frente brilla una esperanza. Ella nos manifiesta:

—Aquí estás tú, aquí. Corre otro poquito, poquitito, y te encontrarás. ¡Oh, qué de buenas conversaciones podremos tener! Otro poquito, otro poquitito.

Tal es el largo de nuestra vida.

Es mejor no abrir ni puertas, ni ventanas, ni balcones, ni un tragaluz. Esperar mejor.

Los relojes suenan. Los relojes siguen su marcha eterna sin salirse de su esfera.

Pasan las 12; van a la 1; van a las 2; van a las 3; siempre, eternamente.

Llegan, por fin, a las 6.

Allá, allá, allá está ese mediodía o medianoche. Ni siquiera logra verse. ¡A qué lejanías te has marchado!

Las 7; las 8; las 9...

Te acercas, vienes.

Las 10; las 11...

¡Te he hallado, te he cogido! Ahora estaremos siempre juntos, eternamente, por la eternidad de las eternidades.

La 1; las 2; las 3; las 4...

Allá, allá, allá están las 12. Apenas se logran ver.

Las 7; las 8; las 9; las 10; las 11...

¡¡Las 12!! ¡Te he hallado, te he cogido y ahora, desde ahora, estaremos siempre juntos, eternamente juntos, por la eternidad de las eternidades.

La 1; las 2; las 3; las 4...

Podría pasar mi vida entera repitiéndome esto mismo. Vendría, entonces, un chicuelo a mi lado. Yo le diría:

—Cuando muera, chicuelo, ya sabes lo que tienes que hacer. Es sencillo, muy sencillo. Este mismo reloj te puede servir. Con esa mano lo harás. Cuando ella se te canse, usas la otra mano. No hay más. Es todo.

El chicuelo ha crecido. Ya es un hombre maduro. Ya se aproxima a la vejez. Ya es un viejo. Llega otro chicuelo a su lado. Él lo recibe alegremente y le muestra el reloj. Da, entonces, una larga explicación igual, igual, igual a la que yo le di años antes.

Cuando éste ya es un viejo, llega otro chicuelo a su lado.

Él lo recibe alegremente. Le muestra el reloj. Da, entonces, una larga, muy larga explicación, llena de términos técnicos que ni él mismo comprende. El chicuelo escucha con recogimiento. Luego se acomoda a su lado y espera que llegue la vejez a visitarlo.

—Y el chicuelo, ¿no viene? —pregunta alarmado.

—¡Aquí estoy, aquí estoy! —responde el chicuelo.

Corre a su lado, se acomoda bien y pide:

—Enséñame cómo es la cosa y muestra con tu dedo.

El viejo enseña con su dedo y, con lentitud, explica:

—Las 12. Después viene la 1; después las 2; después las 3... Ve cómo las 12 se alejan. Ya son las 4; ya, las 5... Ahora son las 6. ¿Las 12, me preguntas? Allá, allá están. Apenas se logra verlas. ¡Qué lejanías! Acerquémonos con calma. Eso es: las 7; las 8; las 9... ¡Ves cómo se acercan las 12! ¡Qué cosa, en verdad, emocionante! Las 10; las 11... Y, y, y: ¡¡las 12!! Podemos gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Te he hallado, te he cogido! Desde ahora estaremos siempre juntos, eternamente juntos, por la eternidad de las eternidades...

Espera que llegue la vejez.

La vejez llega.

La vejez trae un chicuelo.

El chicuelo llega a viejo.

Aparece otro chicuelo.

Llega a viejo éste también.

Pero hay otro chicuelo que se acerca.

Siempre... Siempre... Eternamente... Por la eternidad de las eternidades...

Siempre, siempre Isidra Curepto comerá un pollo aderezado con tallarines.

Siempre, siempre el Silencio vendrá a visitarme. Nosotros dos conversaremos sin fin.

Porque tú no existes, Silencio querido, no existes. Sé que Isidra me rebatiría de inmediato:

¿No existe...? Pero *si consideramos*...

Es su frase habitual.

Entonces buscará, ¡y encontrará!, una estatuilla más que traerá hasta aquí para mostrármela. Luego se marchará a su casa y en ella la colocará. Seguirá viviendo, como aquel chicuelo, el chicuelo que visita al vejete y al reloj, rodeada de muchas, muchísimas estatuillas obedientes, estatuillas que hagan lo que ella les dice que hay que hacer, que se coloquen donde ella les dice que hay que colocarse y no moverse, no moverse más, no más, nunca más, nunca, nunca. Hasta el momento que ella les diga que ahora sí, sí, ahora pueden moverse con tal de ser ella quien las mueve.

Es una manera de autoamarse: la obediencia de las estatuillas.

Te veo, mi linda Isidra, te veo contemplando a tu diestra y a tu siniestra, te veo echada en un sillón. Ahora te levantas, te desperezas y coges tu guitarra.

Cantas, cantas. Curihue vuelve a ti. Vuelve Rosendo Paine. ¡Qué hermoso fue aquello de Curihue! Éramos el doble de los que habíamos allí; con cada uno de nosotros había un espíritu que le hacía compañía. ¡Éramos felices!

Ahora no lo somos.

El espíritu acompañante nos ha abandonado.

¿Quieres serlo tú, Silencio?

Tú eres un hacedor de neurosis si te acoplas demasiado junto a nosotros. Debes saber guardar la distancia necesaria. Así nos veremos de cuando en cuando y, cada visita que nos hagamos, será mejor, será más grata. Pero tú y nada más que tú, Silencio...

¡No!

Es indispensable que algo atruene a nuestro lado, que algo se mueva y se ajete, que salga a las calles y vaya de prisa corriendo tras su habitual:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Tengo premura!

Tú no tienes premura, mi querido Artemio Yungay. Tú te creas tremendas premuras para poder circular libremente en las calles de esta ciudad, en las de todas las ciudades del mundo, y así, con una premura desenfrenada, encuentras un poco de calma sobre la cual recostarte.

Al volver de casa de Isidra, nos encontramos. ¿Lo recuerdas, Artemio Yungay? Yo te creía en plena cordillera, encaramado en la punta del Chimborazo. No; estabas aquí e ibas por las calles gritando para todos lados:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Tengo premura!

Lo noté en la sonrisa que dibujaste en tu boca junto con verme. Te la correspondí, ¿no es verdad? Vinimos luego a casa. Y tú, Artemio Yungay, hablaste. Me gusta cómo hablas, cómo te explicas, con naturalidad. Deberías quejarte, llorar, o ser un terrible cínico y entonces reír.

Tú hablas; yo escucho. Nada más.

Tal vez esta sea nuestra vida. ¿Qué dices, Silencio?

Sí; tal ha de ser nuestra vida. Digas lo que digas, tal ha de ser nuestra vida, Silencio.

Recordemos, eso es, recordemos. Estás ahí; yo estoy aquí. A veces te levantas y fumas. Hablas de tu infancia. Ha de ser tu infancia, a no dudarla. Chuchezuma... Chuchezuma... No, ella no entró para nada en lo que me dijiste. Yo sé que esa fue una de las historias más verídicas que jamás se hayan escrito. Quiere decir que te la saltaste. O que fue en otra época. O que tienes tú varias vidas que se sobreponen unas a otras. Lo que sea...

El caso, hablaste. Yo escuchaba. Tus palabras me son claras, nítidas. Ellas tienen un papel que hacer. Tienen una ocupación. No son como las que quedaron allá, en aquel elevado departamento que habita Isidra.

Vamos a tus palabras, mi querido Artemio. Así te burlaré a ti, Silencio. Yo estaré ocupado como los hombres que van por esas calles, que corren y corren, que apenas dicen un presuroso, muy presuroso: "¡Adiós!". ¿Qué harás tú, Silencio? Quedarás sin obra alguna que hacer. Te aburrirás. Yo trabajaré. Es duro trabajar cuando se sabe que a nuestro lado hay alguien que se aburre y se desespera con este aburrimiento. ¡Habla, Artemio, habla!

Artemio Yungay habló:

No es del caso decirte ahora por qué causa, cierto día, mi padre, en completo estado de ebriedad, creyó conveniente darnos a todos, a todos, una paliza y luego mandarse mudar. Partió de casa. No volvió jamás.

Tampoco creo conveniente decirte por qué, mi madre, tres años más tarde, me zamarreó tirándome de una oreja: Me gritó enfurecida:

—¡Chiquillo 'e moleera! ¡Ate pa la calle!

Es del caso, y es muy conveniente, que tú me entiendas bien esto: a la edad de once años quedé solo, en medio de la calle. No tenía compañía alguna. ¡La soledad!

Yo pensé:

El silencio. Tenía, sin embargo, una compañía: mis zapatos. A éstos los acompañé. ¿Cómo? Substrayendo algunos pesos del bolsillo de un amigo; luego, de un pasante; luego, de otro pasante. Éramos, pues, cuatro: mis zapatos, los pesos, yo y... ¿Quién crees tú que era el cuarto?

Dije:

La soledad. No, no era la soledad. El cuarto era la calle. Una calle larga, larga, larguísima; una calle sin nadie. Pasaban gentes y más gentes. Nadie me veía. Todos seguían presurosos. Algunos se saludaban al pasar.

Pensé:

“¡Adiós!” La calle no me atemorizaba. Hay calles en todas partes del mundo. Cierto es también que hay cumbres inmensas y solitarias. Hay mares. Hay océanos. Hay valles risueños. Hay valles despiadados. Hay misterio en todas partes. ¿Qué más se puede anhelar? Ante el misterio tenemos una obra que realizar. Tenemos que convertirlo en claridad, en una claridad diáfana. Tras esto yo me encamino hacia los cerros. Voy a ellos. El Tinterillo me lleva. ¿Qué encuentro ante el misterio?

Respondí:

Un gato. Sí, ante este gato me quedo y, frente a él, podría haber permanecido mi vida. Ese cerro no era suficientemente alto ni era escarpado. No era como es la cabellera de ella. Ella, al salir del baño, mueve un poco, apenas, la cabeza. Entonces su pelo se encrespa, se riza, se ensortija; parece que se irritara o que riera en forma diabólica. ¡Ella! Es muy hermosa.

Pregunté:

¿Quién es? ¿Ella? Es una mujer que, al salir del baño, mueve un poco la cabeza y, entonces, su cabellera se ondula y flamea.

Ella me acompañaba. Ella acompañaba mis pasos por aquella calle. Tenía yo doce años. Había pasado un año entero desde el día en que mi madre me había puesto a la puerta. Mis zapatos eran otros. Mis pesos iban y venían. Yo soñaba con los altos picachos cordilleranos que extendían, sobre su cumbre, una bandera que ondeaba. En ella leí: “Soledad”.

Agregué:

Y silencio. También reinaba el silencio allá arriba. Lo has dicho con justeza. La soledad y el silencio se pueden llenar. La soledad y el silencio no pueden ser características de la naturaleza. Son simples ecos que nosotros traducimos por esas palabras. ¡No existen! Sobre todo cuando se va con buenos y muy sólidos zapatos.

Con estos zapatos caminé. Caminé en busca de otra calle. Esta calle me llevaría a otra calle. Ésta, a otra. Esta nueva, a otra. ¡Al fin vería el campo! El campo me llevaría a los faldeos de la cordillera. Crecería la cordillera. ¡Podría, por fin, alcanzar esa bandera que ondeaba!

Alancé, cierta vez, esa bandera. Aquí viene un lapso de cuatro años que voy a callar. No había ya bandera. Sólo había un altísimo picacho que hacía ondear el cielo. Sólo había nieve. Sólo había un hombre, un niño, un mocoso, junto al picacho y al cielo que ondeaba. Y callaré.

Cuatro años. Tengo, pues, ahora diez y seis años. Bajo de las alturas y voy vestido. Porque he de decirte que allá, allá junto a la nieve, estaba desnudo. Desnudo, con sol o con niebla, nevando o con tiempo límpido, siempre desnudo.

Pero he de callar. No lo hago por excesiva modestia; ¡lejos de ello! Siempre he tenido la creencia de que soy el primer personaje del universo. A veces lo dudo... por las mañanas. Pero esta creencia vuelve por las tardes. De noche, en la oscuridad, en mi lecho, esta creencia se afianza. Arroja lejos lo que pudiera haber de dudas sobre este inmenso personaje que soy. Grito y proclamo ante las tinieblas que... ¡yo soy!

Proclamé:

"Tú eres".

Somos ambos entonces. Sólo que tú careces de esos cuatro años que hay que pasar solo y en el más profundo silencio —¿me oyes?—, junto a ese cántico de la nieve en los altos picachos.

¿Recuerdas aquella edad? ¿Recuerdas tus diez y seis años? ¿En cada uno de sus detalles?

Respondí:

"Sí".

Recordarás, entonces, a Ella. Porque Ella nos ha visitado a todos, a todos los que se afanan por salir de estas calles y esperan con certeza que lejos de ellas, va a aparecer el milagro.

Milagro... ¡Enorme palabra!

Repetí:

"¡Enorme!"

Es cuando se cree que, después de una paliza, ha de venir una caricia; tras el hambre, el festín; tras la muchacha que no nos miró... Sí, vendrá otra que nos mirará y quedará para siempre junto a nosotros. Muchacha hermosa, seductora, ideal.

Mujer que huye.

Mujer que se pierde.

Mujer que desaparece.

Pero... mujer que está.

Me asomaré a tu balcón y atisbaré. Mis ojos irán de lado a lado. Así, así. Va a aparecer. Va a venir. Ella, ella, ella.

¡Ahí va! ¡¡Ahí va!!

Ella es. Me marcho tras ella. La alcanzaré. La interrogaré. Sabré, entonces, por qué ha tardado tanto en presentarse en esta vida.

¡Adiós! Ha tardado desde 1894 hasta 1959.

¡Adiós!

Se marchó Artemio Yungay. Tal vez aquella mujer iba por un lado y él iba por otro. El río Santa Bárbara ha pasado entre ambos. Además hay demasiados picachos de por medio.

Cada picacho es el reino de un silencio. Ahora hay un subreino. Aquí, en el N° 2 de la Plazoleta Fray Tomate.

Isidra hace ya tiempo que ha terminado de comer su pollo. Ha terminado de comer los tallarines. Ha terminado de comer los pasteles. Debe dormir ahora para no encontrarse cara a cara con el silencio.

Porque... "si consideramos..."

Me haces reír, buena Isidra. Reiré fuerte, lo más fuerte que pueda, de modo que mis carcajadas atruenen aquí, traspasen las puertas y perforen las ventanas y salgan.

Dirán a los que pasan:

—Allá arriba, en el 6° piso, hay un hombre feliz porque está con el silencio.

Es malo estar con el silencio.

—Silencio, tú estás poblado por millones de imágenes que hacen más bulla que tu nombre de Silencio.

Nadie arriba; nadie abajo. Callan las escaleras. Nadie sube; nadie baja. Lorenzo está en la Bóveda y contempla el guaco. Los de arriba deben ir, en este momento, tras esa mujer amorosa que, en vano, trata de poner el río Santa Bárbara tras de sus pies.

¡Habla Silencio, habla! ¡Haz ruido!

No volverás a encontrarte conmigo como ahora te encuentras: Tomba está en Santiago; la empleada ha salido; los del 4° piso duermen seguramente.

¡No, no, no te soporto!

Los escritores son para ser leídos y, así, ahuyentarte a ti, Silencio. Lorenzo Angol es un escritor. Allí, en ese cajón, tengo una obra de él, un manuscrito.

Leamos.

Voy a leerle, Lorenzo; voy a leer ese manuscrito que nunca he leído. Su título es subjetivo. Se llama: *Cavilaciones*. Más abajo dice: Lorenzo Angol.

Tú te aburrirás terriblemente, Silencio mío. Pero, espérame un rato. No leeré mayormente. Unas cuantas líneas y nada más. ¿Me otorgas el permiso? ¿Sí? Entonces veamos:

Cavilaciones

Lorenzo Angol

DOS PALABRAS

—¿Qué hace usted?

—Escribo.

—Pues entonces léame algunas páginas.

—No, amigo; yo sólo escribo para mí.

Todo el mundo ha oído alguna vez tales palabras, lo que quiere decir que hay personas que escriben para ellas y que hay otras que escriben para los demás.

He aquí una verdad de Perogrullo. Hay quienes, apenas concluido un artículo o folleto o un libro, lo envían a la imprenta y se arreglan con librereros y críticos. Con los primeros,

para la venta; con los segundos, para el bombo. Hay otros que, antes de empezar un escrito cualquiera, compran un estante con llave para, apenas terminado, esconderlo allí de toda mirada inoportuna.

Estas dos maneras de comportarse con su obra, ¿tienen tanta importancia como para hacer de ellas una clasificación especial? No lo creo.

Que un hombre publique o no publique, que haga sonar clarines sobre sus escritos, o que se oculte como un pecador... muy, muy interesante para aquellos que, por encima de la obra, acechan otros objetivos; pero ella misma, la literatura, no puede ser afectada con semejante clasificación. Que alguien lea o no lea lo que otro escribe: que ese alguien sea una persona, o sean dos, o sean muchas, o todas, no veo en qué puede ello tener una relación con las letras mismas. Lo tiene, únicamente, con la persona del autor y sirve sólo como un dato sobre la psicología del público que ha leído o no ha querido leer.

Dejemos de lado a público y autor para sólo considerar una obra en sí.

Escribir es poner en actividad, bajo una forma dada, una facultad humana.

Esto es lo único que puede interesar y merecer una clasificación: el objetivo con que dicha facultad ha sido puesta en actividad. En palabras más simples, preguntarse *para qué* el escritor tal ha hecho la obra cual, hurgar su intención más remota y oculta. Bajo este punto de vista, y sin considerar las intenciones de éxito o de lucro, la clasificación primera subsiste siempre, ajena al número de personas a quien el autor permita ver el resultado de su facultad y ajena a la relación de parentesco o de amistad que ellas puedan tener con él.

Existen las dos categorías de escritores. Sin embargo hay quienes no muestran a nadie sus escritos y escriben... para la publicidad; como hay quienes, al publicar, escriben para sí y nada más que para sí.

Yo me coloco, modestamente, entre estos últimos, entre los que escriben para ellos y nada más que para ellos. Quisiera, no obstante, publicar estas páginas y las que han de seguir. Lo quisiera hacer en un volumen de gran tirada, con ediciones especiales en papel de Holanda y en papel del Japón. Ya lo veo bien ilustrado por un artista grabador de reconocido talento. Mas debo explicar esta anomalía antes de seguir:

Escribir para la publicidad —o sea, para los demás— es cuando el escritor tiene en su mente, sobre un asunto dado, una idea clara, precisa; cuando se forma una opinión verdadera sobre algo que ocurre fuera o dentro de él; cuando, gracias a sus constantes estudios o a su inteligencia esclarecida, llega a una conclusión irrefutable; cuando ha encontrado, en el tema que le preocupa, el correspondiente *sésamo ábrete* y da la clave a los demás seres, si se trata de filosofía, o da la medida justa, si se trata de arte.

Así escriben gran número de literatos y poetas que, pasada la etapa de las investigaciones, hablan con voz segura. Así escriben no pocos filósofos que proyectan luz sobre asuntos que para otros eran motivos de desvelos interminables. Así escriben casi todos los teósofos y ocultistas que nos traen la Verdad en nombre de Aquellos que saben.

El destino y la suerte de sus escritos, no tienen mayor importancia.

Escribir para sí es lo contrario.

Es cuando el escritor duda, vacila, busca; cuando sus ideas están en vías de evolución y siente que las ha escrito con el objeto de disipar aquellas dudas o precipitar su evolución; cuando se ve que la intención que ha tenido es dar otra forma a tales ideas que lo atormentan pues hay una esperanza en él: el cambio de cuerpo ha de traer una revelación del

alma. Con este cambio de cuerpo apreciará mejor sus contornos y el sitio que, en el mundo del pensamiento, debieran ocupar.

Que luego, después de escrito, sea ello publicado a los cuatro vientos, no tiene mayor importancia.

Digamos en resumen:

Cuando el escribir es un fin, se escribe para los demás; cuando el escribir es un medio, se escribe para sí; cuando el escribir es el resultado de la evolución del individuo, se escribe para los demás; cuando es la evolución misma, se escribe para sí; si yo tengo una idea y la escribo, lo hago para la publicidad; si esa idea la escribo para mirarla bajo otro aspecto, escribo para mí.

Este es mi caso, a pesar de las secretas ambiciones de un papel de Holanda o del Japón, a pesar de los grabados de un artista talentoso. Es por eso que, en la primera página de este libro, he puesto la palabra *Cavilaciones*.

Es cuanto he hecho hasta hoy día en mi vida: cavilar, cavilar. Así es que todo lo que afirmo o parezca ser una afirmación, no se tome como tal. Es sólo el punto hasta donde yo he llegado cavilando sobre un asunto. El camino sigue infinito para hombres más audaces.

No quiero tampoco generalizar. Por el contrario. Quiero, desde luego, dejar constancia de que hablo por mí solo, sobre el fruto de algunas raquílicas experiencias personales, nunca prolongadas más allá del temor sensato de un burgués; sin obedecer a ningún maestro, ni de derecha ni de izquierda; sin más conocimientos de ocultismo que los adquiridos en algunos cuantos libros que he hojeado, eso sí, que con bastante interés.

Ni siquiera he comentado con ningún hombre versado en artes mágicas mis dos o tres experiencias, ni las ideas que ellas, como un punto de partida, me han sugerido sobre el mundo y sus misterios. Las únicas personas que, creo, eran conocedoras de estos asuntos, han sido algunos amigos y amigas que he de mencionar en el curso de este libro.

No hablo, pues, en nombre de ninguna ciencia, de ningún conocimiento sólidamente adquirido ni menos en nombre de una iluminación.

Hablaré tan sólo de lo que, en cierta época, me ocurrió y, sobre todo, de lo que lo ocurrido me ha hecho pensar, me hace pensar todavía y no sé por cuánto tiempo más.

Basta ya de lecturas. No quiero leer más. Otro día seguiré leyéndote, mi querido Lorenzo Angol. Claro está que me has interesado altamente. ¿Y a ti, Silencio?

Sonríes, impides que una risa sonora venga a perturbar esta paz en que nos hallamos. Quieres triunfar. Veo, con toda, con perfecta claridad, cuál es tu triunfo. Sí, lo veo:

Tú me dominarás; yo, dominado, perderé mis energías; tú, tú, Silencio, evocarás a tu amigo y colaborador el Sueño; entre ambos me cogerán y me tumbarán aquí, en mi escritorio.

¡No! ¡No me cogerán! Tengo defensas, las tengo por centenares. ¡Ven, viejo amigo; ven, Lorenzo Angol!

Recuerdo muy bien cuando me diste esos papeles que, te prometo, seguiré leyendo algún día. Algún día próximo, así lo espero. Lo recuerdo. Hace ya mucho tiempo. Los traje yo al piso 3º que había en este mismo sitio. Yo, en aquel entonces, no sospechaba que existía una Tomba en mi vida. Ni siquiera sospechaba que había una Marul. A esta ciudad la conocía apenas. De todos modos yo quería escribir, escribir mucho. ¡Nada de papeles de Holanda ni del Japón! Quería escribir, es todo. Y no sabía qué escribir...

Un día tú me dijiste que escribiera tu biografía; sí, la tuya y la de nuestro amigo Ro-

sendo. Yo acepté. Poco después viniste a casa y me traían estos papeles, estos de *Cavilaciones*.

En un rincón de la primera página, tienen la fecha en que fueron escritos: 14 de mayo de 1928. Un año después de nuestro veraneo en Curihue. ¿Lo recuerdas? ¡Qué lindo veraneo fue aquel!

Pero hablemos de tus papeles:

Tú naciste el 28 de octubre de 1899; tienes ahora, es decir, vas a tener 60 años. Escribiste aquello cuando tenías 29 años. Me los diste apenas escritos. Es una copia. Tú debes tener el original.

Recuerdo que les eché una hojeada. Pensé que mejor habría sido que los hubieras llamado *Digresiones*. Luego me pregunté: “¿Sobre qué serían estas digresiones?”. No encontré respuesta y metí tus papeles en un cajón de mi escritorio. No los había vuelto a ver, desde entonces, desde aquellos años. Hasta hoy. El Silencio me ha llevado a ellos y los he leído.

Empiezo a amarte, buen Silencio. Empiezo a tener una cierta veneración por esos consejos que tú sabes dar sin que nada ni nadie murmure ni una palabra.

Ahora hay ruido en los altos. Han vuelto los perseguidores de la bella dama que hizo salir a Artemio Yungay cuando estuvo aquí, después de mi visita a Isidra Curepto.

Debes marcharte, Silencio. Vete por la puerta principal, por las otras puertas, por las ventanas, por todas partes a la vez. O es mejor que te evapores. Así podrás atravesar los muros, el techo, el piso.

Apenas te hayas marchado, yo me marcharé también.

Debes pensar que existen los habituales. Yo no tengo ningún habitual. Saldré a ver si encuentro uno, uno terrible que me coja y me obligue a ir por las calles gritando:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Tengo premura!

20

Bajé las escaleras lentamente. Miré la Plazoleta por primera vez en mi vida después de haber pasado durante tantos años, tantos, nada más que mirándola.

La Plazoleta Fray Tomate había cambiado. Pero... ¿en qué? Todo *parecía* estar igual, idéntico, a ayer y anteayer y a los días ya pasados. Sin embargo había cambiado.

Fui a sentarme en el banco único que hay en su centro. Veía la fachada de mi casa. Allá arriba había quedado un hombre que leía las cavilaciones de otro hombre. Mientras tanto, el Silencio observa a estos dos hombres; o mira por el balcón; o se aburre y se aburre; o sueña con los habituales que hay que tener. No sé, a punto fijo, qué es lo que hace. Si lo supiera, no sería el Silencio.

Callemos, entonces. Schcht.

Tras de mí está el Muelle de la Sotana y la calle de la Inmaculada Concepción; a mi derecha, el Puente de los Concilios Ecuménicos que comunica con el Paseo del Corderito Pascual; a mi izquierda, la calle del Milagro; frente a mí, la calle del Sacerdote Pérez y mi casa.

Pasa gente, pasa y pasa. Nadie me dice: "¡Adiós! ¡Tengo...!". ¿Qué tienes? ¿Premura? Premura...

En Santiago —donde yo nací— nadie usa esta palabra; aquí, en San Agustín de Tango, no lo sé si ella es usada o no lo es. No he hecho suficiente atención al vocablo de estos habitantes. En Santiago dicen, claro está, dirían en un caso así:

—¡Hasta luego! ¡Estoy apurado!

Estar apurado, apurado... Quiere decir otra cosa... ¿No? Yo digo: Sí. Veré el diccionario apenas suba. Subiré ahora mismo y veremos...

No, no subiré. Iré a caminar. Más de alguien, al verme, me dirá: "¡Adiós! ¡Tengo...!". Y verá qué palabra usan aquí.

Por lo demás, esta Plazoleta ha cambiado mucho. Estoy en contra de los cambios. Añoro ese viejo San Agustín de Tango que...

Vamos. Marchemos.

Iré por la calle del Sumo Pontífice. Llegaré a la Plazoleta El Señor Es Contigo y veré el restaurante de la Basílica... Es mejor que, antes de verlo, doble por la calle Llena Eres De Gracia... Avanzaré un tanto y me encontraré frente al Viejo Teatro del Hablar... Mejor será que me vaya por el Muelle de la Sotana. Pasaré frente a la casa de Baldomero Lonquimay. Pasaré de puntillas para no turbar sus enormes, sus apocalípticos ensueños...

Y llegaré, por fin, al Zoo de San Andrés. ¿Qué me importa a mí la Universidad y qué la Plazoleta Amén? ¡Nada, nada! Sigamos. Rapidez, prisa, premura. ¿Se dirá así? Se diga o no se diga... No cambia la conformación del Zoo de San Andrés. Allá, la Plazoleta Fray Tomate había cambiado porque yo daba demasiada...

Bueno; ya sabemos; lo de la fatal "premura".

La entrada.

Se oye un rugido; se oye un aullido; se oye himplar a esas felinas panteras. ¿Felinas...? Si no lo fueran, no serían las temibles panteras. Se oye rozar; se oye rugir; también se oye rebudiar.

Todo ello pasa bajo la sombra del ¡Árbol Histórico.

¡Árbol hermoso! ¡Árbol inmenso! ¡Árbol inmóvil!

Todos los árboles son inmóviles. Pero tú eres la inmovilidad misma. Los que se ponen bajo tu sombra, se inmovilizan también. Así está ese caballero; así está esa vieja.

Entremos a este Zoo famoso entre los famosos.

Isabel, aquella, Isabel, mi primera mujer, me hizo compañía una vez en este Zoo. Presenciamos una lucha feroz.

Contendores: La leona y el avestruz.

¡Ya sé, ya recuerdo toda esa lucha! Vuelvo a ti, árbol grande, árbol inmenso, árbol histórico. Por tus hojas sube la historia. Por eso se te respeta. Pero... ¿qué historia será?

Todos admiran el árbol.

Todos ignoran la historia.

Aquella fue, en una época, en otra época, la cárcel católica. Ahora... No sé lo que allí se ha hecho.

Más allá, la Catedral. Frente a ella y lo que se ha de haber hecho en la vieja cárcel católica, está la Ulpif. Esto quiere decir: "Unión Laboratorios Pro Inmensidad Futuro". Bonito, muy bonito nombre.

Pero ¡basta! Sí, ¡basta, basta! ¡No soporto más esta numeración! ¡Quiero irme!

Quiero irme lejos, lejos. Quiero ver esos picachos que tanto vio y amó Artemio Yungay. Sé que ahí están. Pero yo no iría a ellos. ¿Cómo voy a ir a ellos? ¿A pie? A mi edad –no se olvide; nací, en Santiago, el año 1893; tengo, pues, 66 años–, a mi edad no se pueden emprender viajes tan largos. Los coches no llegan hasta su falda. Los trenes, tampoco.

Pienso en los barcos. ¡Qué grandioso es un barco! En Noriol los hay por miles. Es un hombre feliz el que sube a ellos. Es un hombre feliz el que zarpa y se aleja hasta el fin del mundo en uno de ellos.

El Puente de la Catedral.

La avenida de la Catedral.

Allá, al fondo, la avenida del Todopoderoso.

Al fondo está. Hay, pues, que recorrerla entera, hay que cruzar una infinidad de bocacalles. Al fin se llega a un edificio, un enorme edificio y... ¡ha aparecido la avenida del Todopoderoso! Es cuestión de hacer una pequeña vuelta, pequeña, pequenita; una vuelta por la calle del Cura Párroco y ¡habremos llegado!

Movámonos. A grandes trancos. El Cine Modelo; la oficina de Correos y Telégrafos. Sigamos. Aquel es el Hotel Vaticano, es la parte posterior de ese hotel. Los hoteles tienen también una parte posterior. Vamos a verla.

¡Qué enormidad de ventanas! Tras de cada de una de ellas, hay un cliente que se afana en la nada. O, tal vez, se afana en el Todo. Aquí me quedaré mirando hasta descubrir en qué se afanan esos clientes.

Ahí me quedé. De pronto oí una expresión de júbilo:

–¡Onofrensky! ¡Por fin te encuentro, Borneovsky!

–¡Oh, Ronualdov, qué gusto, qué gustazo me das Malvillev!

Púsose serio y me dijo:

–Entonces, caminemos.

Tomados del brazo caminamos. La ciudad volvió a ser un tumulto de edificios que lucharon por su estabilidad. Nosotros, sin pronunciar palabra, los obligábamos a correr despavoridos hacia atrás; luego los deteníamos y los mirábamos. La gente que en ellos habitaba no paraba mientes en este terrible movimiento que nosotros les imprimíamos. Seguían en sus tareas diarias, seguían impertérritos. Los echamos, entonces, a correr por la calle, en sentido contrario al que nosotros traíamos. De este modo nos alcanzó la calle del Infierno Tan Temido. Malvilla la contempló y afirmó:

–¿Yo? ¿Al infierno? No le temo ni nunca le he temido.

–Entonces, sigamos.

Él agregó:

–Entonces, alejémonos.

Y nos alejamos por otra calle; luego, por otra; luego, por otra; luego, por otra.

De este modo llegamos a un bar. Malvilla me explicó:

–Hay gente que a los bares los llama cantinas. Veamos si hay alguna diferencia entre bar y cantina. Entremos.

–Buena idea me ha parecido la tuya: ver la difencia.

Nos sentamos ante una mesa. Malvilla pidió un vaso, un gran vaso de mosto especial. Yo, un vaso mediano, más bien pequeño, de pisco.

–¡Salud, Borneov! –gritó antes de empiarlo.

–¡Salud, mil veces! –repliqué–. Ese mosto especial me recuerda... No, me equivoco.

Iba a decir Las Tres Chimeneas. Me recuerda el Bar Boquejo, donde estuve con Jabalí Batuco.

—Jabalí Batuco es un idiota —me dijo Malvilla—. Todavía sigue acordándose de esa hembra, de Virginia Rapel. Yo no, no y no, no soporto a los idiotas.

—Jabalí Batuco sabe mucho —le dije—. Es un gran sabio.

—No soporto a los sabios —replicó—. ¿Para qué saber tanto? Basta saber con lo que sabemos. Es sólo cuestión de tener algo de cuidado y fijarse bien. ¡Tú no puedes imaginar-te todo lo que sabemos! ¡Es enorme, Onofrensky! Sabemos mucho más de lo que creemos. ¡Veamos! ¿Cómo se llama este bar?

—El Bar Andilla —contesté de inmediato.

—Muy bien; este es el bar Andilla. Tú lo sabías y no sabías que lo sabías. Yo tuve que traerte ese conocimiento a tu mente, a tu cacumen. Ocorre lo mismo con todo, mi bueno de Onofre, con todo. El tema de las mujeres, por ejemplo, de esas videntes que tienen todos los hombres... salvo el Carmelo Lipingue y otros de su calaña. ¿Me entiendes? Si hablas con una mujer te dirá, con profunda ciencia, cuál es régimen que conviene para adelgazar. ¿Cuál será? Óyeme bien, Borneov: El mejor régimen para ir hacia una esbelta figura, sin gorduras por ninguna parte, es... ¡no seguir jamás el que propagan las damitas que se pasean tan ufanas por la avenida Benedicto XX o por la avenida del Agua Bendita! ¡Jamás! Ello es tan nocivo como oír los consejos de las damitas que allá, en Santiago, se pasean por la calle Huérfanos o por la Alameda. No hay más que dirigirse, con respeto y con unción, donde el médico. Que te examine, que piense y, luego, que haga una receta. Tú tomas esta receta y te vas a tu casa. Buscas el canasto de papeles y... ¡la sepultas en él! Haces, mi querido amigo, haces, luego todo lo contrario de lo que decía esa receta. Al poco tiempo estarás delgado como una sílfide.

—Esto merece otro trago, mi gran Malvilla. ¿Quieres otra chimenea de esas que yo tomaba o prefieres un bar Boquejo como tomabas tú?

—Un bar boquejo. Él me hace hablar. Y hablar es cosa que hay que hacer para desocupar nuestra cabeza, nuestro cacumen. Prefiero esta palabra: cacumen. Una vez desocupado... ¡ábranse las puertas y que entre! ¡Adelante! Entrará la última vidente rodeada de la más descomunal de todas las cortes que puedan ser imaginadas. Yo la contemplaré en silencio y luego le diré..., ¡ah, lo que le diré...! Le diré...

—Di, di pronto. ¿Qué le dirás?

—¡Me cargan, me revientan los políticos!

—¿De verdad lo dices?

—¡Me carga, me revienta la política! Óyeme bien. No, no te aburras. Cuando hay un tremendo problema por delante, cuando el país se va a la ruina, cuando hay una desesperación en todas las partes de la población, cuando esto está para el gato... Dime, ¿sabes tú qué hago yo? No, no lo sabes. Y es lo que hay que hacer siempre, siempre y, por lo tanto, lo que hay que saber. Óyeme bien: Me voy donde un fanático de la derecha, donde ese Higinio Romeral, por ejemplo; ahora, sí voy donde él. Antes me iba a ver a ese señor que, una vez, te invitó a almorzar y te dio una mostaza traída del Cáucaso o del Polo Norte, don..., don Juan Enrique Arancibia Ocampo, eso es. Voy donde ellos o voy a ver a cualquier otro y les pregunto con aire preocupado: "Dígame, señor, ¿qué piensan sobre esto las derechas?". Ellos me responden. Todos responden dando lujo de detalles. Entonces yo me escapo, Onofrensky, me escapo a velocidad inaudita y me voy a ver... No lo sabes, estoy cierto, no lo sabes. ¿A quién crees tú que me voy a ver?

—Supongo que irás a ver a uno del bando contrario, o sea a un izquierdista.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Has adivinado! ¡Camarero: repita lo mismo! Porque merece otro trago. Sí, Borneov, me voy a ver a uno de la izquierda. Me voy al Club Cero. Ahí me encuentro con los energúmenos de ese lado: Hilario Quinchao, Gavino Cuncumén y ¡qué sé yo! También me encuentro con Pascasio Vallenar. En fin, con todos ellos. Y conversamos. Porque, te diré, que estos caballeros de la izquierda son para la conversa... ¡uuuh!, iguales si no son superiores a los caballeros de la derecha. Les pregunto: “¿Qué piensan las izquierdas sobre este asunto?”. No hay necesidad de preguntar más. Con eso basta. Has abierto la represa y el torrente se desborda. Vuelvo a mi casa, vuelvo meditabundo. Tengo en esta mano, la derecha; en esta otra, la izquierda. Me refiero a lo que les he oído; eso es lo que tengo en cada mano. ¿Se te confunde esto de der...? ¿No? En todo caso creo que es mejor decir que tengo en mi cacumen ambas opiniones, una de cada lado. Se trata, pues, de hacer una amalgama y sacar la verdadera conclusión. ¿Me entiendes, Borneovsky?

—Te entiendo admirablemente, con una penetración completa, mi querido Romualdsky. Sigue, sigue, por favor.

—Saco la verdadera conclusión. A ella me apego. En ella yo creo a pie juntillas.

—¿Y cuál es ella?

—No creo en nada.

—¡Cómo! ¿En nada de nada?

—Lo has dicho: en nada de nada. Porque he tenido un lado y otro lado de la cosa; he tenido los puntos de referencia. Por lo tanto puedo, y mil veces puedo ¡no creer en nada! Me lanzo luego en busca de la verdad, ¡la verdad! ¡¡la verdad!!

—¡Camarero! —grité—. Repítanos lo mismo. No nos deje morir de sed. Grandes copones de pisco.

Bebimos esos piscos y nos marchamos.

Otra calle; otra calle; otra y otra. Caminábamos siempre... callados; uno con respecto al otro, se entiende. Cada uno iba, por su lado, lleno de compañeros y con miles, con millones de historias que contar.

Un letrero nos detuvo. Lo leí. Decía este letrero:

BAR ONESA.

No fue necesario hablar ni media palabra. Los dos estábamos dentro del bar y nos afirmábamos en el mesón.

—Caballeros... —nos dijo una voz.

Respondimos al unísono:

—Dos copones de piscos con un poco de cinzano.

Romualdo Malvilla me afirmó:

—Jabalí Batuco es un idiota pero hay que quererlo mucho, muchísimo, porque Jabalí Batuco no es tan idiota como parece. ¡Es un gran hombre! Jabalí Batuco es grande como este mundo que habitamos. Con la Luna además. Sólo que tú, mi queridísimo y grandioso de Onofre Borneo, eres del tamaño del sistema solar. ¿La Tierra y la Luna? Dos migajas y nada más. Es decir, todo es cuestión de proporciones, de relaciones. ¿Me has entendido? ¿Sí? Bebamos, entonces. Y sírvanos nuevamente, mi querido barman. No se puede charlar con las copas vacías. Hace mal. Gracias. Veo que el bar Onesa es un gran bar. ¡Salud por él!

Bebimos esos piscos con cinzano y... no nos marchamos. Por el contrario, pedimos otros dos más y nos fuimos a sentar junto a una mesa.

-Aquí estamos bien. ¿No lo crees? Sí, muy bien. Aquí cesa, por unos instantes, la lucha, la eterna lucha, la lucha que no ha de terminar jamás.

-¿Qué lucha? -pregunté.

Me respondió con una tremenda seriedad:

-*De l'uomo e d'il coniglio.*

-Verdad -repuse-, es una eterna lucha.

-Óyeme bien, mi buen Onofre, óyeme bien: lo terrible que hay en esta lucha es que *il coniglio* triunfa las 79 veces en un campeonato de 80 encuentros. Tú ya debes calcular qué es lo que yo llamo *il coniglio*, ¿verdad? Es el conejo, el conejo y nada más.

-Pero es el triunfador sobre el hombre, no lo olvides. Tú lo has dicho: 79 veces en 80.

-Lo peor es que no es el conejo solamente. Es nuestra manera, nuestra mente de conejos. Sí, sí, de conejillos que huyen y que huyen por entre unas matas seguidos de perros... ¿De quién es eso? ¡Don Tomás de Iriarte! Un gran fabulista. No sabía que sus conejos iban a ser el tema en el bar Onesa. En el bar Onesa, de dos muy conspicuos ciudadanos como somos nosotros. Acuérdate que el Sistema Solar es tu tamaño. El mío, un poco menor.

Un rato de mütismo. Pensé en ese formidable tamaño que yo tenía: el sistema solar. ¿Romualdo un poco menor? No, él era un poco mayor. Se lo dije, se lo afirmé, se lo aseguré.

-¡No! -me repuso-. Soy menor aunque..., aunque...

-¡Adelante, Malvillosky! Aunque... ¿qué?

-Aunque, si hay sexo de por medio, yo soy mayor que ese gran sistema. Llego a las estrellas, paso las estrellas, paso todo lo que sea posible pasar. Teodosia Huelén me mira embelesada. Es decir, me miraría embelesada. Porque ella no me ha visto, ni nadie me ha visto en tales vertiginosos instantes, nadie, ¡nadie! El sexo, Onofre, es una maravilla. Sí, una maravilla cuando se le usa como yo lo uso. Pero déjame explicarte, Borneovsky. ¿Quieres? Te lo explicaré: Hay que llegar al sexo en sí, ¿me entiendes?

-Sí, te entiendo: en sí.

-Eso es, en sí ¿sabes tú qué es esto?

-Creo saberlo. En todo caso lo supongo. Ello es llegar al sexo ¡en sí!

-¡Bravo, bravísimo! Has dicho la palabra justa, aquella tan deseada palabra que la gente busca y busca desafortunada. La gente no la encuentra, no. Salvo unos pocos. Entre éstos, ¡yo! Y... Porque hay que ser dos, para ir a esos extremos, dos. Y... ¿No ves quién es la que me acompaña?

-No la veo. La imagino, nada más.

-Has evocado -porque imaginar es evocar- a Julieta Pehuén.

-Julieta Pehuén, con sus altos tacones, merece un trago.

-¡Bravo, bravísimo! Has repetido la palabra, la mágica, mil veces mágica palabra: un trago. ¡Camarero! ¡Lo mismo!

-Habla Malvilla de Julieta Pehuén. Tú sabes, ella me gusta, me encanta. No, hablo mal, mal. Ella me gustó, me encantó, allá por los años...

-Calla, mi buen Onofre. Hay que empezar por saber que el sexo no tiene edad. Si no tiene edad, no tiene años. Si no tiene años, no hay tiempo. Si no hay tiempo, es el infinito.

-¡Viva el infinito!

-¡Viva y siempre viva!

-Te he dicho, Malvilla, que me hables de esa sin par Julieta.

—A ello voy. Oye bien, muy bien: Yo amé a Julieta Pehuén, la amé con el alma... No, voy mal. La amé con el sexo entero. Eso es, con el sexo entero. Si volviera a aparecer, volvería a amarla con el sexo entero. ¡Aaaah! Porque con ella llegamos tantas veces al sexo en sí.

—En sí... Ahora no te entiendo.

—El sistema solar se ha empequeñecido... ¡Qué lástima grande es ello! ¡Hagámoslo crecer, hagámoslo!

Ambos, entonces, con nuestros brazos y con nuestras manos allá en el extremo de nuestros brazos, lo hicimos crecer, lo agigantamos.

Ahora sí. Con el sistema solar de casi nuestro tamaño, de nuestro tamaño exacto, pudimos seguir nuestra charla. Me dijo Malvilla:

—Hay que llegar al sexo en sí; hay que llegar a su sensación íntima, íntima. ¿Me has entendido? ¡Íntima! Hay que degustarlo aislado completamente, es decir, Borneov, hay que degustarlo completamente aislado. ¡De qué y de quiénes! Te lo voy a comunicar: de toda la gente que lo ayude o le cause; en este caso, de doña bella Julieta. ¡Aislarlo, aislarlo! Ya no es ella la que contribuye a hacernos ir por el sendero del sexo. Puede ser cualquiera, ¿me entiendes? Puede ser una bestia, o una planta, o un metal. ¡Lo que sea, Onofrensky! Puede ser un chocoyo guatemalteco o una linda lamprea o... o un zumaque o un seto o una lirófora... o un gran peñasco como un guijarro pequeñín... o un circón o una turmalina... ¡Lo que sea! Puede ser un reloj, un Omega, por ejemplo o una carabina... ¡Winchester! Te las recomiendo. En fin, lo que sea. ¡Ah, pero debes pensar, sí, pensar antes de decidirte por lo que sea! ¿Qué debes pensar? Óyeme bien, muy bien. El tema de tu pensamiento debe ser el siguiente: si lo que has escogido acentúa o no acentúa las vibraciones del sexo; quiero decir, si da o no da nuevos aspectos, nuevas modulaciones, esto es, nuevas modulaciones, antes ignoradas, a ese acto sublime. Para ello: que nos haya separado de toda contingencia. Veo que vas muy bien en tu comprensión, muy bien. Así es que podré pasar a la segunda parte de mi narración. Y alcanzaremos el tamaño del... ¡Eh, qué torpe soy! Iba a decir el tamaño del sistema solar. Ese ya lo tenemos. ¡Mayor tamaño, mayor!

—¡Sí, sí, mayor tamaño! —grité—. Para ello no hay más que una manera, una sola. ¿Sabes tú cuál? Espera. El camarero nos la va a decir.

Hice un signo mágico y el camarero se presentó con dos tragos más que depositó sobre la mesa.

—¡Salud, salud! —vociferó Malvilla.

—¡Salud, salud! —le contesté.

Y el líquido penetró por nuestros labios y desapareció garganta adentro. ¡Qué delicia!

—Anda ahora a la segunda parte de tu narración. Te escucha algo grande como de aquí a la más cercana estrella. No quiero aún ir a la más lejana. Ya iré, ya iré. ¿Cuándo? Cuando tú me hayas contado la segunda parte de tu narración. Malvillovsky: soy todo oídos.

Me miró, alzó un dedo hacia Urano. Guardó silencio. Por este momento de silencio se derrumbaron cuarenta siglos. Los mismos que vio Napoleón en la cumbre de las Pirámides. Los mismos que, perplejos, oyeron sus soldados sin entender palabra.

Pero los siglos... ¿se oyen?

Un tema por pensar.

Un tema que hay que reflexionar.

Pero Malvilla había empezado la segunda parte de su narración. Así que nada había

que pensar ni reflexionar. Había que ser, ser, eso es, ser, todo oídos. Decía mi compañero de mesa. Me explico mal. ¿Compañero? Después de todo... ¿Por qué no? Decía:

—Entonces, sólo entonces, no antes, ¿me entiendes?, entonces ir en busca de..., de ¡ella la más bella! No es fácil encontrar a esa belleza, no, no lo es. Pero yo conocía a Julieta, a Julieta Pehuén. ¡Oh, qué mujer saber tanto! Porque debes oírme, mi gran constelación con el astro rey dentro de ella, debes oírme: esa mujer, es decir, Julieta, Julieta Pehuén, sabía. ¿Me oyes? Ella sabía, ¡sabía! ¿Qué sabía, Julieta? Óyeme bien, Onofrensky, oye con todos tus oídos, Onofre Borneov: Julieta sabía ser un ente humano, sabía ser una lamprea, y sabía ser una lirófora, y sabía ser un peñasco o un guijarro, y una turmalina... ¡todo lo sabía! ¿Te parece poco? Sabía ser la atmósfera y el éter también. Y los espacios interplanetarios o los interestelares. Todo, todo lo sabía ser y hacer esta inigualable Julieta. Porque ella se convertía en el cosmos... ¿Te das cuenta? ¡En el cosmos!

—Malvilla, ante lo que me cuentas, te pido un favor, un pequeñito favor; nada más; ¿quieres? Es necesario brindar por el cosmos.

—¡Lo has dicho, lo has dicho! ¡Camarero! Dénos a beber un cosmos con aguardiente. El camarero respondió:

—De eso no tenemos, señor. Aguardiente, sí.

—Entonces trae, trae dos aguardientes. Yo le echaré un poco de cosmos. Tú le echarás, Onofre, tú. De ese que trajiste de la lejanísima estrella aquella. Ya sabís... ¿Cómo te llamai vos?

—Ruperto, señor.

—Bueno, Ruperto, Rupertito, trae ¡dos aguardientes!

—Salud.

—Salud.

Los labios, la lengua, la campanilla, la garganta y ¡adentro! Es decir el viaje de don Irineo Pidenco, por la boca de una, de una... ¿Es Guaxa la palabra? Sí, una Guaxa. Por la boca de una Guaxa, don Irineo fue también al cosmos todo. Por el sexo hay que ir al cosmos todo, todo, todo.

—Dame coca, Romualdo.

—Hoy no tengo coca.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Tomarnos otra aguardiente, otra que reemplaze a la coca.

—Has dicho la palabra.

¡Camarero...!

Camarero...

Camar...er...

21

No sé cómo he llegado; pero he llegado.

Esta es mi casa, ¡mi casa! Estoy, pues, en mi casa. Me han traído los ángeles o los demonios. Me han traído los ángeles y, y, y los demonios. La prueba es que estoy aquí, en mi casa, en Fray Tomate. Abajo... No, no hay nadie pues Lorenzo está allá, en La Cantera.

No ha vuelto todavía. Los de arriba tampoco están. Ellos no están en La Cantera. Ellos duermen. Todos duermen.

Esta es mi casa. Tomba sigue en Santiago, la capital. Porque ella es mi capital. Soy un país sin capital porque Tomba no está aquí, no está en su cama ni en ningún desarreglado, por muy, muy desarreglado que esté. En la capital te enseñarán, Tomba mía, a arreglar lo que se ha desarreglado. Y te enseñaré a amar por el sexo. Entonces juntos iremos al cielo infernal... Iremos al infierno celestial. Yo beberé una aguardiente con cosmos. ¡Qué bruto el Ruperto aquel! Creía que el cosmos era un trago...

Pero esta es mi casa. Ahí está el dormitorio. Está solo... Solo... Solo... Y tú, ¿dónde estás, Tomba? Lo he dicho; mejor es decir: se me ha dicho. Ahora que ese "se" no se refiere a nadie. Ese "se" es yo mismo. Es decir, que yo mismo me he dicho algo y para eso empleo... empleo...

¡Basta! ¡Estás divagando, Onofre Borneo!

Entremos. El dormitorio. La luz. Ahí, mi cama. Terminemos con estas divagaciones porque ellas...

—¡Te embrutecen!

Una voz ha hablado. Una voz ha dicho que estas divagaciones me embrutecen...

¿Quién puede ser?

¡Ea, ea! ¡Preséntate! ¿Me oyes? ¡¡Preséntate!!

—Esas divagaciones te embrutecen —me dijo calmadamente, con toda calma, siendo la calma misma: Juan Emar.

Luego agregó:

—Siéntate ahí.

Obedecí. Me senté.

—Repíte —dijo—, repíte: "Estas divagaciones me embrutecen".

Repetí:

—Estas divagaciones me embrutecen.

Juan Emar, entonces, aprobó:

—Has dicho la verdad. Por lo menos lo reconoces, ¿no es así?

Respondí:

—Sí, Juan Emar, lo reconozco. Y no hay coca, no, no la hay. Te lo puedo prometer, te lo puedo jurar. Malvilla no tenía ni una gota de coca. Sé, sé, sé perfectamente que la coca no debe, jamás, administrarla por gotas. No es un líquido; es un polvillo...

—¡Calla!

Callé. Ahí quedamos, sentados. En un momento casi me dormí. Pero hice un esfuerzo y levanté la cabeza. La cabeza volvió a agacharse y, otra vez, casi me dormí.

Esta vez... esta vez... vez... vez...

Sin duda, la palabra "vez" viene demasiadas veces hasta mis labios y yo, entonces, la pronuncio, como si fuera...

—¡Calla!

Callé. Miré. Esperé.

Juan Emar se levantó de su sillón. Avanzó hacia mí. Se puso a mi lado. Luego alargó una mano, me cogió de una oreja y...

—¡Aaaaay, aaaaaaaay! ¡No más, por favor!

Me soltó. Yo entonces volví a asegurar, sí, a asegurar con énfasis:

-Prometo y juro que no hay nada de coca en mí, nada, nada. Malvilla no tenía coca. Malvilla ya no usa coca. Malvilla odia la cocaína, sí, la odia.

-¡Calla! No mientas de esa manera, Onofre Borneo. No estamos hablando de tu amistad con ese perdido.

-Malvilla es un gran tipo. ¡Basta leerlo!

-Tú lo imitas en sus juergas y nada más.

-Yo también escribo y escribo bastante...

-No, tú no escribes ni has escrito nunca, jamás.

-¿Y todos esos papeles...?

-Esos son *mis* papeles.

Reflexioné un rato, creo que mucho rato. Al fin asentí:

-Sí, Juan Emar, esos son tus papeles. Tengo buena memoria y me acuerdo..., me acuerdo... En fin, me acuerdo.

-Divagas nuevamente. Compárate contigo mismo en otros, en la mayoría de otros momentos.

-¿Has visto? ¡Tú has dicho "la mayoría" de otros momentos!

-Porque trato de no abandonarte nunca, jamás.

-¡Ah! ¡Pero yo me escapo! ¡Yo me mofo de tu vigilancia! Y siempre me mofaré de ella, ¿oíste? ¡Siempre!

-Bien. Entonces... nada hemos hablado y me marchó.

Juan Emar se dirigió hacia la puerta, lentamente, con una lentitud exasperante. Llegó, sin embargo, a la puerta y la abrió.

-¡¡No, no te vayas, Juan Emar!! ¡¡No me dejes solo con estas copas que zumban a mi alrededor!! ¡¡Por favor, no te vayas!!

De un salto me había puesto frente a la puerta y obstruía la salida. Abrí los brazos para aumentar mi tamaño.

Mi tamaño... Es grande como el sistema solar, como la distancia que nos separa de la estrella más cercana, es mayor aún, sí, mayor...

-Hablemos con calma, con mucha calma -dijo-. Si no hablamos con esa calma...

-Sí, con mucha calma. Te lo prometo, te lo juro, no hay ni una pizca, ni una pizca...

-Calla y hablemos.

-Tú hablarás; yo, no.

-Tú me oirás.

-Yo no te oiré. Pensaré en Romualdo, el gran amigo que me divierte. El amigo que habla de las voluptuosidades infinitas y que evoca a Julieta Pehuén. Tú sabes, Julieta, la de los muy altos tacones, la que llega al éter en el amor y pasa más allá del éter... Pero, dime, Juan Emar... ¿crees tú que se puede sobrepasar el éter? Yo lo dudo. Porque fijate bien...

-Con Malvilla no hablas de lo que a ti, a ti, ¡a ti!, ¿me has oído?, a ti te interesa de verdad; el tema que, un día, él tocó y que te dejó meditabundo.

Lo miré largo rato. Juan Emar se alejaba hasta perderse, se marchaba... ¡Adiós! Juan Emar volvía, volvía, ¡volvía!, se me viene encima, me atropella. No; se aleja nuevamente.

Es gracioso esto, es divertidísimo. Lejos, las nebulosas; cerca, yo mismo; lejos, cerca... Le pregunté:

-¿Qué tema es ése? ¿El tema que me dejó meditabundo...?

Un rato de silencio. Luego contestó:

-El Regimiento.

—Sí, Juan Emar, pienso siempre en ese regimiento. Tú crees que yo pertenezco a uno de ellos... ¡No, jamás! No pienso más en él porque, para mí, no hay regimiento que valga, no lo hay. ¿Me oyes? Los regimientos... ¡que marchen! Un, dos; un, dos; un, dos; un... ¡Me encolerizan los regimientos!

—Es lo que tú haces, Onofre Borneo: un, dos; y seguir. ¿Es cuestión de pasar el rato? Es cuestión de tu fondo, del espíritu que llevas dentro.

—No, Juan Emar, no es cuestión de mi espíritu, no y no. Es tratar de vivir como todo el mundo; nada más. Es tratar de verlo y de conocerlo todo. Es cuestión de ir formándose un caudal de visiones. Así, así yo podré...

—Calla, Onofre, calla. Déjame hablar y tú, guarda silencio.

—Bien, guardaré ese silencio con llave. Ni una palabra más, ni media, ni un tercio, ni un cuarto, ni un quinto...

Quedamos ambos callados. Un rato, un largo rato. Tuve que enderezar la cabeza que se agachaba más de lo que es necesario, mucho más. Pero él se iba y volvía; desaparecía y aparecía. Lo curioso es que hacía esto sin moverse. Lo hacía ahí, sentado. Sin moverse. Ir y venir, ir y venir...

—Rubén de Loa es un gran pintor —oí que murmuraba.

—Sí —respondí—, un gran pintor.

—Es, además, un gran compañero y tiene un Tucán.

—Un Tucán y un compañero.

—Como lo es Florencio Naltagua; éste no tiene ningún Tucán; pero es también un gran compañero.

—Es un enorme compañero.

—Baldomero Lonquimay, también. ¿O lo encuentras tú un poco loco, medio loco?

—¿A Baldomero, has dicho? ¿Medio loco? Sus hormigas tal vez lo sean. Y doña Clea. Pero él, él... ¡Un genio! ¿Me oyes? ¡Un supergenio! Quiero verlo e iré a verlo. Iré con un gran regimiento formado, un regimiento al mando del capitán Malvilla. Así, yo sé que tú amas a Malvilla.

—Lorenzo Angol ha escrito sus *Cavilaciones*.

—Yo las tengo en un cajón.

—Has prometido leerlas.

—¿Ahora? ¿Leer? No, Juan Emar, ahora no puedo leer; ahora quiero dormir. Dormir solo porque Tomba no está aquí.

—Teodoro Yumbel es también un personaje que merece tu atención; sí, la merece.

—¡Por cierto, la merece! Yumbel... Yumbel...

—Eusebio Palena y Javier Licantén y don Irineo Pidenco y Tadeo Lagarto y ese inmenso de Palemón de Costamota...

—¡La vida es hermosísima, Juan Emar, hermosísima! ¡A todos ellos los veré y los veré! ¡Y veré, cuando vuelva de su viaje morrocotudo, veré a Teodosia Huelén! ¡La fabulosa Teodosia!

—¿Con quién harás esas visitas, Onofre?

Vacilé unos instantes. La vacilación, no sé si porque no se encuentra una respuesta o porque hay una respuesta clara, sí, clarísima, como un cristal. Pasé la mano por los ojos, por la frente. Al fin exclamé a toda voz:

—¡¡Contigo iré, Juan Emar, contigo!!

Un día en cama; dos días en cama. Y estoy bien. ¡Salir! No hay más: ¡salir!

Es una ventaja vivir aquí en Fray Tomate. Estoy a un paso de la calle de la Tiara, a un paso del taller de Rubén de Loa y de ese hermoso tucán de la vieja de al lado.

Es verdad: para ser un buen juez en pintura, ¡un tucán! Nadie puede dar juicios tan atinados, nadie puede tener una mayor medida para aquilatar.

Tomba regresa mañana de Santiago. Me traerá tantas noticias que, al fin, no me traerá ninguna. Todo ha de seguir igual allá en la capital, igual, igual. Claro está, lo reconozco, que ella ha sido visitada por cientos de viajeros. Muchos de ellos y de ellas son ilustrísimos. Los veo y las veo: reuniones sociales y más reuniones y... ¡adiós! Un avión que se eleva y... ¡adiós! No podía ser de otro modo: se trataba de señores y damas que tenían mucha, muchísima "premura", es decir, que estaban muy "apurados".

Vamos a ver a Rubén de Loa.

Salí rejuvenecido. Respiraba, de un sorbo, más de media atmósfera. Tuve miedo de dejar a la atmósfera sin aire alguno. Apresuré el paso entonces. Pasé como un bólido por el lado de ese banco solitario que hay aquí. El banco donde empezó...

No recordemos más eso que ya pasó. Sigamos y sigamos.

Doblaba yo por la calle de la Tiara, cuando me encontré con Mamerto Masatierra. Ambos nos dirigíamos al taller. Mamerto venía de buen ánimo; bastaba mirarlo; luchaba para retener una risa que casi se escapaba.

—¡Macario...! —pudo articular al fin.

—Es impagable —le repuse—, y desata la labia de nuestro amigo.

—Hace ya más de cuarenta años que lo conozco y está igual, sin haber cambiado nada en nada. ¡Siempre con los que él considera unos problemas tremebundos! Lo cual no creo que ha de ser algo que lo disminuya; por el contrario, es algo que, al menos a mis ojos, lo agranda enormemente.

Estábamos frente al taller. Entramos. Subimos. Golpeamos.

Buena cosa es respirar el ambiente que crea un hombre que trabaja porque tal es su destino: trabajar. En este taller no hay alardes, no hay griteríos, no hay bullicio.

Paz, paz. Nadie hablaba. Se comprende: Macario no había aún llegado.

Miré los objetos. La mayoría se habían movido un poco, casi imperceptiblemente. Otros habían saltado de un lado al otro lado. Otros habían quedado sin movimiento alguno, cansados tal vez.

Había algunos objetos nuevos. Muy pocos habían desaparecido.

Me pareció, en un momento, que aquello podía morir. Rubén fumaba. Mamerto hojeaba unas revistas. Yo seguía la marcha de los objetos inmóviles. Silencio.

De pronto golpearon. Me precipité a la puerta. Era él, era el hombre que se esperaba: ¡Macario!

Venía feliz Macario Viluco. Nos saludaba y volvía a saludar. Todo el mundo parecía rayar en dicha hoy día.

—¡Traigo un cuento, un magnífico cuento! —vociferó por fin.

—¡Cuéntelo, amigo, cuéntelo!

Macario se acomodó confortablemente. Luego nos dijo en tono confidencial:

—Acabo de tener una discusión con el borrico de mi tío. Fue sobre este cuento que les

traigo. Ustedes dirán quién tenía la razón, si yo o ese borrico. Lo llamaba un cuento *judío*. ¡Judío! ¿Es posible? Es un cuento antijudío, lo más antijudío que puede haber. Es un sarcasmo hacia los judíos. ¿Cómo, entonces, va a ser un cuento judío? No, no puede ser un cuento judío.

Mamerto lo interrumpió:

–Cuéntenos el cuento y nosotros daremos nuestra opinión.

–Muy bien –repuso Macario–, a él voy. Se trata de un judío que muestra a su hijo la ciudad, esta ciudad, San Agustín de Tango. Lo lleva por la mano y le muestra cuanto hay que ver. No todo porque sería el cuento demasiado largo. Le dice: “Estos son los consulados de las Américas reunidas y, aquellos, son los consulados de las Europas reunidas”. El chico le pregunta: “¿Qué pasa en ellos?” El judío le explica que ahí están los representantes de las naciones extranjeras. Luego le dice: “Y éste es el Gran Teatro Musical”. Y le vuelve a explicar lo que allí sucede. “Ese es el Palacio del Juego, donde se juegan cantidades y cantidades de dinero. Al frente tienes tú el Hotel de los Vicarios; esta gran avenida es el Paseo del Corderito Pascual; aquí tienes el río Santa Bárbara; ahí, los edificios de la Ulpif”. El niño mira asombrado tantas y tantas cosas. Indaga e indaga el objeto de cada edificio. El judío se vuelve y le muestra la Catedral. ¿Qué pasa en esa catedral? El niño lo piensa y, como no lo sabe, lo pregunta. El judío se pone serio y le contesta: “Ahí vive Dios”. “Pero papá –le dice el niño–, ¿que no me has dicho que Dios vive en el Cielo...?”. “Sí –le responde el padre–, Dios vive en el Cielo pero este es... ¡el nigotzio!”.

Reímos todos menos Macario. Poniéndose de pie proclamó:

–Es un cuento antijudío, antijudío, porque habla del *nigotzio*, ¿me entienden ustedes? Es un cuento que va en contra de los arios porque son ellos los que hacen ese negocio, ellos los que lo hacen en su propia catedral. El borrico de mi tío no se convencía y no se convencía. Al fin, sé que dio su brazo a torcer, lo sé. Porque no dijo ni una palabra, ni media palabra. Se calló y reflexionó un rato. Luego se fue a ver una exposición de pinturas, la de unos italianos modernos. Un momento después lo volví a encontrar. ¡Tiene que ser espléndida esa exposición! Les diré la causa: mi tío la encontró pésima, pésima, atroz. Estaba indignado con ella. Así es que se la recomiendo, amigo de Loa, se la recomiendo. Usted debería ir. También debería ir usted, Onofre. Y usted también, Mamerto. De este modo podrán reírse a gritos cuando divisen al borrico de mi tío y, además, podrán sonreír cuando conversen con él. ¿No es cierto?

–Muy cierto –respondimos Rubén y yo.

–¡Inefable! –exclamó Mamerto.

–¿Qué es lo que encuentra usted inefable, Mamerto? –preguntó airado Macario.

–A su tío, a don Ascanio, por cierto.

–Entonces para usted, Mamerto, esa palabra de “inefable” es un insulto y nada más.

–¿Un insulto? –preguntó Rubén?–. ¿Cómo es eso? No entiendo que esa palabra se pueda convertir en un insulto.

–No ha catalogado usted debidamente –dijo Macario–. Si usted cataloga bien, verá que ella entra en la categoría de los insultos.

Pero ahora los tres, es decir, Mamerto, Macario y yo, mirábamos a Rubén de Loa. Había hecho éste un gesto. El silencio se había implantado. Nosotros escuchábamos.

–¡Como si en arte algo pudiera ser catalogado...! Nada puede serlo, nada. En arte todo está en perpetuo movimiento. Lo que hoy se ha elevado, lo que se halla más alto que el Picoldo, mañana ha bajado y se arrastra por el suelo como una sabandija.

Corren, entonces, con su catálogo hacia la sabandija y anotan, anotan, poniéndola como cúspide. El Picoldo se ha sumergido en las aguas. Ya no existe el Picoldo...

Aparece otro sabio, otro catalogador, y anota, anota. Ha vuelto a subir el Picoldo y ha vuelto a bajar la sabandija.

De este modo suben y bajan ambos, suben y bajan.

Están inmóviles.

Somos nosotros, nosotros los hombres, que nos afanamos en subir y en bajar. Nos afanamos en hacer clasificaciones, en ponerlo todo en buen orden, que nunca más se mueva ni cambie, que siga tal como lo hemos clasificado nosotros, así, así...

Entonces podemos ya ir a acostarnos.

Entonces podemos ya dormir.

Sentimos una sensación celestial al arrebujarnos en esas tan blancas sábanas de la despreocupación. Pues todo está clasificado, catalogado. Durmamos, durmamos.

Nada debe estar clasificado ni catalogado.

Catalogar y clasificar es aprisionar. El arte debe ser libre, completamente libre. El arte debe caminar. Ojalá camine huyéndonos. Así estaríamos forzosos, forzados, a seguir su marcha. Pero la gente tiene miedo a esto. ¡No, no! –gritan. Y alegan que el arte, ya que es obra de ellos, debe someterse a nuestras leyes.

¿Cuál es la ley?

La prisión. No hay otra.

Esto lo he dicho ya varias veces. Recuerdo cuando lo hablé frente a un gran psicoanalista, el doctor Evaristo Gultro. El doctor me oyó en silencio. Luego meditó, meditó. Al fin, volviendo de regiones altísimas, me preguntó:

–Señor de Loa, ¿no cree usted que el arte, en general, y la pintura, en particular, está en pleno descenso?

Él había ido por todos los salones de la gente poseedora de obras de arte. Estuvo largo rato en casa de doña Claudia, de esa enorme doña Claudia Puchuncaví.

Psicoanalizó.

Llegó a esta conclusión:

El arte baja, baja, baja. Podría probarlo con hechos, sí, con hechos fehacientes. ¡Ya no había dudas! ¡Había que abandonar eso que bajaba y caía! Ahora era necesario dedicarse a otras cosas, por ejemplo, al psicoanálisis.

Me tomó de un brazo y me llevó hasta un rincón:

–Vea usted, señor de Loa –me dijo con tono confidencial–, vea usted. He dedicado mi tiempo, que es tan precioso, a ir de casa en casa. He llegado a la siguiente conclusión:

En tiempos de la colonia, los cuadros –porque mis estudios me han llevado a la pintura por encima de las otras artes– eran colgados muy alto, muy alto, casi topando el techo. Y no olvide usted que los techos de aquellos entonces eran muy altos, muy altos, de unos siete o más metros, por lo menos. A esa altura se colocaban los cuadros.

“Viene la Independencia. Los cuadros bajan un tanto. Los techos aún no han bajado, siguen altos, muy altos. Pero los cuadros se han desprendido de ellos y han empezado su marcha por los muros, una marcha –no lo olvide usted– hacia abajo.

“Viene la tercera época, la época del 14 al 18, esa época de matanzas y heroicos sacrificios. La pintura baja un paso más. Y los techos siguen arriba, apenas si han descendido un poquitín. Creo que los techos son llamados por estas pinturas que se van. No crea usted que atribuyo momentos animados a lo que no tiene animación alguna. No, no. Miro este

problema bajo el punto de vista psicoanalítico y nada más. El caso es que la pintura ha bajado. Ya está a la altura de nuestros ojos, de los ojos de un mediano. No hablo de gigante, no. De un hombre mediano, eso es.

“Hoy en día... Usted ha de saberlo perfectamente puesto que es del oficio. Dígame, señor, qué hacen ustedes para juzgar bien los cuadros que se les presenta; los ponen en el suelo, sí, mi señor, en el suelo. Hasta he visto a algunos que los han puesto tendidos en el suelo y así miraban y miraban.

“Amigo y señor mío, vendrán los tiempos en que los cuadros serán enterrados, enterrados bajo el piso, bajo el entablado. Porque se trata aquí de un descenso psíquico, psicoanalítico, es decir... Pero ya estos son temas que no me gusta tratar fuera de los especialistas que frecuento, es decir, que ellos me frecuentan a mí. Son muy arduos temas. Lo que es irrefutable es este bajar y bajar del arte de la pintura.

Así me habló el doctor Evaristo Gultro.

¡Riámonos, riámonos!

Fue lo que yo intenté: reírme. Pero luego me puse a meditar sobre estas palabras. Lo que dijo, claro está, el doctor Gultro lo vio mal, lo vio al revés. Pero... pero...

La pintura ha sido agarrotada y ahora está maniatada. Sirve hoy día para adorno y, si ha bajado por los muros, es porque los techos han bajado.

La pintura está al servicio de los techos.

Tal es la verdad.

La gran mayoría de los pintores se han puesto hoy día al servicio de los techos.

De aquí viene esta sensación de *inutilidad* que me produce ver una exposición de pinturas. Tengo que preguntarme:

¿Para qué tal fabricación?

Para darle cierta utilidad a esta fabricación, debería ser incluida en la industria de los mil adornos.

¿Los adornos?

Vino hasta mí una bella egipcia de los buenos tiempos de ese bello Egipto. Estaba cuajada de adornos. No se sabía si ellos la acompañaban a ella; si ella iba acompañándolos a ellos. Mi vista no pude decidirse. Los miré juntos a ambos: los adornos; la mujer.

Entonces ella siguió su marcha, hierática.

Vino hasta mí una griega y... pasó.

Yo la miraba embelesado. Quería seguirla. Pero vino una mujer medieval y... pasó.

Los adornos iban a la par de estas marchas.

Los adornos eran parte de estas marchas. No se sabía si esas mujeres habían sido hechas para llevar adornos; o si esos adornos habían buscado mujeres para poder deambular sobre este planeta.

Llegué a una conclusión:

Los adornos son, y siempre han sido, un mundo independiente.

¡Un mundo independiente que vive apegado a la mujer que sepa llevarlo!

Las mujeres viven para llevar esos adornos.

Porque no se detuvieron en la Edad Media. Pasaron más y más mujeres, de todas las épocas, de todas las razas.

Todas ellas lucían impagables adornos.

Recuerdo, al lado de una belleza de este siglo, a una araucana que pasaba: sobre su

manta negra con gran franja roja, brillaba su collar; sobre su frente se ceñían miles de moneditas. Daban, estas moneditas, un impulso a la marcha.

Pasó.

Pasaron todas.

Pasaron las de los siglos pretéritos como pasaron las de los siglos venideros. ¡Todas!

Porque los adornos no conocen fechas. Los adornos tienen la fecha del arte.

Es decir, un punto más allá o... un punto más acá. Allá y acá son palabras que usan los comerciantes de adornos.

Las mujeres... pasan.

Yo aplaudo sin mover una mano.

Yo admiro y callo.

Retiro esa palabra de "adornos" para aquello que quería decir.

No me refería a los que están vivos y sólo piden pasear por todos los rincones del mundo.

Me refería a los que están muertos. A los que han buscado una sepultura en el salón de alguien. En esta sepultura se pudren y se descomponen.

Bajo su hálito fétido...

¿Qué pasa bajo este hálito fétido?

Bajo él toman té y conversan muchos respetables caballeros, en compañía de muchas respetables damas.

Después se fuma; un cigarrillo, un cigarro puro...

Uno de los caballeros toma, entre sus dedos, un escarabajo de plata... o un vasito de imitación de oro... o una pequeñita estatuilla que parece de mármol... o algo raro, muy raro, lleno de innumerables piedras de variados colores...

¡Son los objetos de regalos!

Un regalo los trajo... otro regalo los llevará...

Los comerciantes venden y venden.

Los artistas se lamentan.

¿Por qué, por qué tanto lamentarse? La respuesta es obvia. Óiganla ustedes:

LOS ARTISTAS QUIEREN HACER ARTE, ARTE ¡DE LA OTRA REGIÓN!

LOS ARTISTAS HACEN OBJETOS PARA REGALOS...

Para el gran arte, acaso lo que hace falta, lo que se necesita es mayor concentración.

Para esto hay que trasladarse al tiempo de las artes.

¡El tiempo!

Hay que salir de este tiempo, de éste que nos rige. Hay que despedirse de él pues vamos a entrar a una región donde no hay tiempo de ninguna especie.

Hay que destruir lo demás. Hay que borrarlo, hay que hacerlo desaparecer.

¡Adiós, mundo del tiempo!

¡Adiós, mundo en que las cosas nacen, viven y mueren!

Ahora... lo imperecedero.

Fácil es decirlo. Pero hay que ver que entramos a un curioso mundo. Ninguna ley nuestra tiene curso en él.

He dicho "lo imperecedero". Esto es "lo sin tiempo". Esto es "lo eterno". Sin embargo el artista, un hombre como todos, debe dar forma, debe sacar de la nada esto eterno e imperecedero...

Hay en esto una falta de lógica abrumadora. Florencio Naltagua me habló de ello. Florencio me llevó, suavemente, a ver la incoherencia que hay en esto de crear lo eterno dentro de lo efímero. Es decir, la incoherencia que hay en crear un eterno que tenga *un comienzo*.

Me explicó:

—Hay que tener el convencimiento interior más absoluto de que todo lo restante no nos incumbe ni podría jamás incumbirnos. Es otro mundo. Es el divorcio con este mundo.

No hay que vivir en el “momento histórico”. Uno de estos momentos ha nacido. Por lo tanto, vivirá; por lo tanto ha de morir:

Veán, amigos míos, lo que es esto: es apearse a esos momentos históricos, lo que hace el arte dependiente de circunstancias ajenas y pequeñas.

Pasan esas circunstancias... Pasa el arte...

El arte no debe pasar.

No se trata de mirar el mundo de tal o cual ángulo; del ángulo en que se presentó en un momento dado. Quien mire históricamente o de cualquier sucesión de tiempo, queda al margen, queda fuera de foco.

El público trata siempre de estar fuera de foco. Hay que ver a ese público en una exposición. Va a ella con el deseo, con el afán de avasallar hasta la razón precisa, mil cosas que son del sentimiento y de la sensibilidad. ¡Hace primar la razón! Ella ha de dar el visto bueno. Mientras ella calle, el público está completamente desorbitado.

Nosotros comprendemos perfectamente lo que nos da el sentimiento y lo que nos da la sensibilidad, sin necesidad de tener que recurrir a este proceso desorganizador.

¡Los materiales que hay en el aire!

Es el aire al que tenemos que ir.

En el aire olvidar al mundo que rueda afanoso junto al Sol. Podemos ir al Sol directamente.

¡Vamos al Sol!

¡Vamos más lejos aún!

¡Lleguemos a la más lejana de todas las constelaciones!

¡Pasémosla, pasémosla!

Lleguemos a extasiarnos frente a un guijarro a nuestros pies; frente al crepúsculo igual todos los días; frente a ese anaquel con sus mismos libros; frente a una mujer que pasa...

Pasa, pasa.

¿La ven ustedes?

¡El tintineo de sus adornos!

Ese tintineo está tan lejos, a tan locas distancias de aquí, que nos basta estirar apenas una mano y él nos inunda enteros.

Pero no. La razón se impone. Hay que ser razonables. Tiene que ser todo el arte comprensible.

Él debe ser el constante sucedáneo. Debería venderse en muy pequeños y portátiles paquetes para poderlo llevar consigo a todas partes.

Ellos toman el arte para alimentar lo que son. Ellos son otra cosa que nada tiene que ver con el arte mismo.

Así lo juzga el paleontólogo de don Mardonio Pilmaiquén: ver si él apoya o no apoya sus conclusiones sobre paleontología.

Así lo juzga el revolucionario de Hilario Quinchao: ver si una obra va o no va con la causa.

Así lo juzga el crítico de su tío de usted, Macario, ese tío de don Ascanio Viluco: para ver si él encuadra o no encuadra en sus doctas teorías, en su afán por ponerle la razón como norma.

Así lo juzga don Ricardo Cortés Mandiola y doña Martina Vichuquén e Higinio Romeral y el Gran Corregidor del Ayuntamiento y doña Claudia Puchuncaví y Zócimo Taltal, en fin; ustedes deben saber a qué me refiero.

Los que han ido, aunque sea sólo una vez, a esa otra región, a la región sin tiempo, tienen el arte como alimento único de su ser.

Los que han ido a esa región no entienden a qué se refieren los señores y las damas que he citado: Pilmaiquén, doña Martina, y demás.

Me acerco a un pintor. Lo encuentro en su taller. El hombre se prepara. Pone su tela en el caballete. Busca la buena luz.

–Voy a hacer, en esta tela, una obra que, por fin, me he atrevido a empezar –me explica con profunda seriedad.

El hombre sigue su explicación y, antes de haber dado la primera pincelada, yo ya sé de qué se trata.

Esto ocurre siempre. Yo no pinto así. Nunca he podido pintar así. Yo no soy un literato ni un ilustrador. Esos pintores lo son pues, indefectiblemente, empiezan por poner un título a lo que van a pintar. Luego pintan ese título.

Yo empiezo por pintar. Luego dibujo siguiendo los colores. Por fin, y según lo que haya resultado, pongo el título.

O no pongo ningún título.

Entonces los pintores y el público se toman la cabeza con ambas manos. Y dan su voto en contra.

He visto una película que aún me ha quedado grabada. Hace ya mucho tiempo que la vi. La recuerdo siempre. He olvidado el nombre del actor. Era un hombre distraído. Estaba, o parecía estar, ocupado por otros problemas ajenos a la pantalla. Así pensando, entra en una pieza. Tiene calor; se le nota por sus gestos. La habitación en cuestión está soleada a trechos. Hay un sillón a pleno sol. Este hombre, siempre ocupado por otros problemas, se sienta en él. El sol lo molesta. Se para y lo corre hacia la sombra. Pero el sol lo persigue. Va de un extremo a otro. Es inútil. El sol lo sigue vaya él donde vaya. Se mete tras un ropero, en plena sombra. El sol llega hasta él inmediatamente. Se mete bajo una cama; sube a una cómoda. Siempre es igual. El sol no suelta a su presa. Al fin sale. Toma una serie de clavos y... ¡clava al sol!

Vuelve a la pieza. ¡Qué paz! Se sienta en el sillón y, con toda tranquilidad, se pone a leer.

Este es el gesto que hacen los artistas de verdad: clavar, sujetar al sol.

Zócimo Taltal me preguntó indignado:

–¿Pero cómo, señor de Loa?! Dígame usted cómo hay que hacer para encontrar esos clavos y cómo hay que hacer para clavar el sol. Lo escucho a usted.

Le constesté:

–Toda obra de arte que no lleva encima un enorme signo de interrogación... es un gran pedazo de excremento aliñado con perfumes de Coty.

Me miró en suspenso. Luego dijo:

—¡Eh! ¡Ya se pasó usted a otra cosa!

¿No las han visto nunca? ¿Es posible? Yo encuentro que doña Nora de Bizerta y Ofqui es una de las más grandes caricaturistas que existen hoy día. Hombres o mujeres, es lo mismo. ¡Doña Nora antes que todos!

Naturalmente, no muestra lo que hace. No es que lo oculte. Encuentra que no vale la pena mostrarlo; lo hace sólo para los chicos que la rodean y... es todo. Allí quedan, pues, don Pancho Calancho, doña Pancha Calancho, Panchito Calancho y Panchita Calancho. Tienen éstos una serie de compañeros. A menudo aparecen en sus caricaturas.

Algo tienen estos dibujos o caricaturas. Es lo sencillo, lo tan sencillo: a don Pancho, a doña Pancha y demás, páseles lo que les pase, tienen siempre la misma cara, la misma expresión, y están siempre de perfil, en el mismo sentido.

¡El arte...! Aun si se habla de obras perfectamente reales, perfectamente conocidas —por ejemplo, los cuadros de Velázquez o las catedrales góticas, o las estatuas egipcias—, si tales obras no están presentes y no penetran la vida diaria, lo que se habla toma un marcado tinte de especulación abstracta.

No se debe vivir en la abstracción. Hay que vivir en plena realidad.

Yo vivo en plena realidad.

Me muevo lo menos posible de este taller. En él voy a todas partes. Las distancias no existen aquí. Aquí, al lado, están las catedrales y están esas estatuas. Está Velázquez. Sin moverme he visto a Giotto, a Ghiberti, a Donatello; he divisado a Miguel Ángel.

Recuerden que, una vez, háce ya años, se los dije. Fue cuando me hallaba en Italia. Esa vez los vi junto a sus obras. Hablé de fantasmas. Es una manera de expresarse. Hoy me son más reales que los vecinos míos. Vienen para acá. Vienen con sus obras. Y las obras quedan, al mismo tiempo, allá.

Hablan conmigo. Hablan, al mismo tiempo, con todos los que han sabido interrogarlos.

Han hablado siempre.

¡Oigan, oigan!

Están hablando en el futuro.

Hablan una voz sin tiempo. Porque ellos *son*. Ellos no suceden, no, jamás han sucedido.

Para entendernos damos un nombre a aquello que nos ha hecho ver: Giotto, Velázquez, Holbein, Fouquet, Mantegna, Turner, Ribera, Rubens...

La gente ve, entonces, tantos señores como nombres se les ha citado. Señores que, un día, nacieron; un día, crecieron; un día, envejecieron; un día, murieron.

Nosotros vemos un solo instante; un instante eterno. Por su eternidad... los señores nacen, crecen, envejecen, mueren.

La gente dice: “En los tiempos de Pieter Bruegel...”.

Nosotros ya vivíamos con sus obras desde millones de siglos. Cada vez que las mirábamos, las veíamos por primera vez. Así las miraremos en millones de siglos más.

¡Y ni un siglo habrá pasado!

Estaremos, lado a lado, junto a aquel cuya misión es mirar.

¡Aquí está aquel! ¿Eso, preguntas? Eso es lo que aun no ha visto bien, pero que verá, ese viejo medieval que se aleja...

Contesta:

—Con él me alejo yo también. Nos alejaremos a partes tan remotas que seguiremos a vuestro lado, señor de Loa.

—¡Y ved, ved, mi señor! ¡Viene un compañero más!

Se juntan los tres y se marchan.

¿Quién era este compañero más? ¡Basta mirarlo y se verá! Es un hombre de las Cavernas de Altamira...

¡Se van, se van, se van!

No. Están aquí. Pues ahora han visto.

¡¡Aquí está la obra!!

Y Rubén rió. Y rió Mamerto y rió Macario y reí yo.

—¡Es algo inefable, inefable! —exclamó, de pronto, Mamerto.

—¿Qué es lo que usted encuentra inefable? —indagó Macario.

Mamerto contestó entre risotadas:

—¡Que la obra esté aquí, aquí!

—Veo, señor Masafuera, que su palabra de “inefable” tiene otros significados que esos que me atañen.

—¡Por cierto! —exclamamos nosotros al unísono.

Macario nos dijo en seguida:

—Me han hecho ustedes recordar a esa siempre hermosa, a esa preciosura de Gervasia Cachapoal. El otro día contaba un cuento, una especie de cuento que...

—Provocó la hilaridad de Adalberto Huachipato —interrumpió Rubén.

—¡No, no! —gritó Macario—. Adalberto no estaba ahí; había salido. Se trataba de una mujer que, hastiada ya, le decía a su hijo: “Tu padre era tan tarambana y mujeriego que no sé si tú eres su hijo...”

Nos despedimos y nos retiramos.

23

¡Tomba, Tomba!

¡Has vuelto! Por fin te encuentras nuevamente en esta ciudad. ¿Qué ha pasado aquí? Te lo diré: “.....”.

Le conté todo: mi charla con el Silencio; mi visita con la atareada de Isidra Curepto; la visita que me había hecho Artemio Yungay; la lectura, empezada, eso sí, de las *Cavilaciones* de Lorenzo Angol; mis visitas, con Romualdo Malvilla, al Bar Andilla y al Bar Onesa; el aislamiento del sexo, preconizado por él; los recuerdos de Julieta Pehuén; nuestras idas al cosmos todo; la falta de coca; en fin, todo. Terminé hablándole de mi entrevista con Juan Emar. Después vino Rubén de Loa, los cuentos de Macario, los “inefables” de Mamerto y...

—¿Y tú, Tomba, qué has hecho allá en la capital?

—Es una lata —me respondió—. Estamos mejor aquí.

—Pero... dime algo, cualquier cosa.

—Pronto van a hacer una conferencia de Cancilleres.

—¿De Cancilleres, has dicho...? ¿Qué Cancilleres?

-Los de todo este continente. Vendrán a Santiago. Aquí, es decir, allá... conferenciarán.

-¡Atiza!

-Han hecho muchas casas nuevas.

-No podían hacerlas viejas, mi Tomba.

-En eso, es como aquí.

-Aquí... ¿Va a haber una conferencia de Cancilleres aquí?

-Aquí, no. Te he dicho que esa conferencia va a ser allá, en Santiago.

-Veamos si San Agustín de Tango manda también un... ¿Cómo los llamas tú?

-Cancilleres. San Agustín de Tango no puede mandar. No tiene ningún canciller, porque es una provincia. Las capitales, nada más, tienen cancilleres.

-Ahora entiendo. Tú, Tombita, llamas "canciller" a lo que antes se llamaba "Presidente de la República". No quiero decir que sea un nombre inventado por ti, no, no. Es el nombre que...

-Te equivocas, Onofre. Presidente de la República es una cosa. Canciller, es otra.

-Comprendo, comprendo. ¿Y qué harán los Presidentes de las Repúblicas mientras conferencian los cancilleres?

-No sé. Si yo sobre estas conferencias sé tanto como tú, mi buen Onofre. Pero allá... Todo el mundo hablaba así es que...

-Claro, claro está.

-Podías convidarme a ir a alguna parte. Aquí, encerrados, nos vamos a atrofiar.

-¡Bravo! ¡Muy bien! ¿Vamos al Bar Dana? Te aseguro que ahí pasaremos bien. ¡Vamos!

-Siempre qué tú hables, Onofre.

-¡Hablaré, Tomba! Verás tú cómo la Dana se separa del Bar; cómo la Dana viene hasta mí; entonces...

A él fuimos. Resistimos bravamente el ataque de camareros y nos sentamos cómodamente. Tomba pidió un té; yo pedí también un té. La China giró en torno nuestro. Pero la China estaba a una distancia desmesurada.

-Te escucho -me dijo Tomba.

-Estoy contento de mí mismo -respondí-. ¿Sabes tú cuál es la causa de este contento? Sencillamente porque he calmado mi sexualidad. Esto te lo debo a ti, creo yo. Si no estuviera a tu lado..., tal vez, digo yo, miles de mujeres rondarían aquí, por todas partes. No me refiero a esas mujeres de Las Tres Chimeneas. Ahí no fueron ellas las que rondaban; era el ambiente. Era un ambiente del pasado que insistía en permanecer, que insistía en tenerme agarrotado. Felizmente ha pasado. Al irse ha dejado un hueco, un profundo hueco en mí. ¿Cómo voy a poder circular con libertad si llevo un hueco dentro de mí? ¡Claro, claro está que estoy contento de mí y claro está que tú estás a mi lado! Este es el juego que hace este hueco: alegrarme, alegrarme mucho... No, diré mejor, alegrar, nada más, alegrar una parte que hay en mí y dejar lo insatisfecho en el fondo, dormido, con un ojo, no más, un ojo mientras el otro vigila.

-Onofre, una tercera parte de ti hace de policía: impedir que esa vigilancia se haga efectiva.

-A esa parte yo la llamo: Onofre Borneo; a la parte siempre alegre: Onofrensky Borneov; a la parte del hueco que hay que llenar y hacerlo desaparecer: Juan Emar. Así vivo, Tombita, así.

—¿Con quién voy a hablar ahora?

—Ahora... callemos un rato y bebamos nuestro té.

Tomba rió y exclamó:

—¡Eh, Dana, sepárate del Bar y ven a iluminar a este pobre hombre!

El caso es que Dana vino y me iluminó. El caso es que hablé.

—Ya te lo he dicho: mi sexualidad se ha calmado. Ya no vivo con la obsesión de las mujeres. ¿Crees tú que es una cuestión de edad? ¿Porque tengo ya cerca de 66 años? ¡No, Tombita! Piensa en los viejos verdes. En muchos la edad los inclina más y más hacia las mujeres. Ahora ellas ya no me interesan, ya no son un objeto de lascivia. Ya no me son torturantes. Ya no me detienen en cada esquina, en cada vuelta. Ahora puedo pasar al lado de ellas y puedo seguir mi marcha en sentido contrario. ¡Cosa imposible hace un tiempo atrás! Antes mi cuerpo iba en un sentido; mi mente se dispersaba en todos los sentidos tras de diez, de cien o más damiselas que pasaban.

Pero está el hueco, Tomba, ese hueco del que te he hablado al llegar aquí.

Estoy desorbitado.

Todo se da vueltas y más vueltas. Veo, en todo, al anverso y el reverso. Y yo quedo al lado de la nada. ¿Comprendes lo que es quedar en la nada? ¿Comprendes lo que es estar junto a ella...? ¿No será que estoy de pleno en ella?

No, no estoy de pleno en ella. Estoy, creo, únicamente bifurcado. Estoy entre dos momentos: uno que ya no es, las mujeres; otro que se acerca trayendo, tal vez, mi ventura o trayéndome un precipicio al que he de caer irremisiblemente.

Todo esto pasa fuera, fuera. Te lo repito: estoy alegre y me divierto como siempre. Encuentro el Bar Dana estupendo. ¡Mira esas mesas y esos clientes y esos camareros! ¡Y ese señor que no sabe qué hacer, si entrar o si salir! Te lo repito otra vez y otra: estoy dichoso.

Al fondo aquello trabaja. Puedo hasta ver los progresos y los retrocesos que hace. Cuando ha descubierto algo de importancia...

¿Qué llamo yo "importancia"? ¡Tomba! Lo que apunte un trozo más; lo que, luego, me asegure que todo ese costado que ha sido apuntalado, resistirá las tempestades inclementes del universo entero.

Entonces las muchachas se juntan, se toman por la cintura y pasan junto a mí.

Felizmente, Tomba, ¡son tan tontas!

Esta tontería de ellas es la que me retiene y no hace de mí un perfecto tarambana. Porque, dime: ¿cómo conquistarlas? Esta sola palabra, "conquistar", ¡qué resonancia de lejanías, de cosas idas, pasadas, muertas, evoca en mí!

Si hubiera una, una sola, como debieran ser todas. Sí, eso es, aceptar el trato íntimo con el hombre, aceptarlo mientras dure. Después... ¡hasta pronto, hasta nunca! ¿Una sola...? Dos, tres, cuatro, es preferible. Si hubiera cuatro habría muchas más. La sociedad estaría constituida de otro modo. Tal vez es a esto a lo que ellas... ¿Me entiendes? ¡Oh, qué sociedad sería!

No. Hay que vivir sin mujeres.

Tomba:

Siento, a mi lado, las ruedas inmensas de la evolución, del devenir, del devenir estático, acaso, del cosmos.

Quiero ahondarlo, sumirme en él... Entonces me diluyo.

Dime, Tomba, ¿quién fue Marul Carampangue? ¿Fue mía? No lo sé. ¿Y Bárbara y Colomba? ¿Y Guni Pirque?

Creo, por momentos, que no han sido mías, no, no lo han sido. ¿Mías? Quiero saber qué significa esta palabra. Han sido de mi amigo, de Lorenzo Angol y han sido de Rosendo Paine. Pero se me presenta otro problema:

¡La existencia de Lorenzo Angol y de Rosendo Paine!

¡¡Ellos son fantasmas, son puntas, apenas, de algo mayor!!

Me siento, a mi vez, una punta de algo mayor.

Entonces salgo a caminar. Y voy pasando entre puntas y más puntas de algo mayor, de algo mayor que se me escapa. De pronto me encuentro con cualquiera, con cualquiera y seguimos juntos.

¿Lo ves, Tombita?

Esos dos que ahí van no son esos que ellos creen ser. Son sólo dos puntas de algo mayor que... entran a un bar, beben, ríen, dicen piropos a las bellas hembras... que tampoco son las que ellas creen ser... Son también puntas de algo mayor...

¡Es atroz, Tomba mía!

¿Tú...? ¿Tú...? No me has entendido debidamente, Tomba.

A ti ya te conozco demasiado. Ya somos amigos. Ya...tú no eres ese misterio que un día mostraste y tras el cual yo corrí.

¡Ese terrible misterio! Ese misterio que yo mismo te mostré y que hizo que tú te entregaras...

Ese misterio se presentó y se retiró.

Tenía su vida aparte. Tenía otras misiones que realizar, sí, otras. Ya había concluido la que tenía con nosotros. Entonces se retiró, el miserable, el cien veces miserable.

Nos dejó cara a cara, mirándonos.

¿Qué podíamos hacer, Tomba mía?

Sé que tú pensaste matarme. Lo supe porque yo pensé matarte a ti. Pero, separarnos... ¡Oh, eso jamás!

La sociedad entera nos miraba. Eso, ¡jamás! Sigamos nuestra vida como puntas menores. Todos son puntas menores. Sigamos nuestra vida. Hay mucho, muchísimo que hacer.

Porque esta caída necesaria podía convertirse en vértigo fatal. Y esto había que evitarlo.

¡Había que evitar que se nos pusiera un número en la espalda! No teníamos costumbre de andar numerados y que, a nuestro paso, se murmurara:

—Ahí va el número tanto con la número cuanto...

Yo creo que ese ha sido el motivo que nos hizo partir allá lejos, tú lo sabes, a Cannes.

¡Huíamos de un número!

Quería esconder este número de las miradas extrañas. ¿Cómo hacerlo? No había más que trabajar, que trabajar enormemente. Tenía yo unas biografías que hacer. Claro está: digamos esas biografías y pongámonos de lleno en ellas.

Ellas se irán, lejos, muy lejos; puesto que los biografiados se moverán por todas partes. Yo correré detrás de ellos. Ellos se bifurcarán. Yo me balancearé de uno a otro, de uno a otro, siempre, de uno a otro...

No; no me gustó la elección.

Escribiré mi biografía, ahí está la cosa, ¡mi biografía! Se ha de empezar con el autor. Después pensaré en Lorenzo; después, en Rosendo; después, en don Irineo; después, en Baldomero, en ese inmenso Baldomero; después, en el doctor Hualañé...

Lo consulté al doctor Hualañé.

Me dijo el doctor:

—Empiece usted esas biografías por usted mismo.

Entonces, Tomba, pasaron por su gabinete esas mujeres. Sí, todas pasaron sonrientes: Bárbara y Colomba y Guni Pirque. Me miraban y hablaban, salvo Colomba que no pronunció palabra. Ya me iba a lanzar, eufórico, sobre ellas, cuando vi, saliendo de esa pieza que tiene el doctor, esa pieza reservada, donde administra ciertos magnos medicamentos a ciertos reales enfermos, tú lo sabes, vi saliendo a Isabel. Ocultaba un poco a mi Marul Carampangue. Y Marul ocultaba, un poco más, a Jacqueline. Y ésta ocultaba a otra que no recuerdo cuál era pues no la vi, no, no la vi con claridad. Claro está, habría podido verla. Al hacer un movimiento, habría visto bien, muy bien a Marul y a Jacqueline. Pero Isabel había agarrotado mis miradas. Sí, sí, Tomba, lo que oyes: agarrotado. ¿Qué puede hacer un hombre que no dispone de sus miradas?

Nada, nada, nada. Quedé embotado. Quedé inmóvil.

Esto aprovecharon ellas para deslizarse y huir...

Huyeron. Oí la puerta que se abría y luego se cerraba. Oí perderse sus menuditos pasos por la escalera. Isabel me miraba con una severidad aterradora.

Entonces avanzó un poco hacia mí.

Retrocedí un paso.

Avanzó dos pasos, tres, cuatro pasos.

Yo retrocedí los mismos pasos.

Avanzó de lleno, avanzó completamente.

Entonces eché a correr, a correr, mi Tomba, como un loco, como un demente que corre. Tú, acaso, no has presenciado a un demente que corre. La demencia es algo atroz. El ser que ha sido cogido por ella no escapa, no se libra de ella. Es su esclavo. Así es que yo corría a cuanto podían correr mis pies. ¿Dos pies? Los multipliqué. Corrían siete mil pies. El mundo entero se estremecía con el redoble de los... ¿siete mil, dije? No, Tomba; eran cien mil, quinientos mil, un millón, diez millones... En fin, tú me has de comprender: millones de millones de pies que redoblaban sobre el casco de esta Tierra y la hacían temblar.

Al paso de mis pies, tembló en Chillán. Tú has oído hablar de ese terremoto, ¿no es verdad? Luego hubo un maremoto en medio del océano Pacífico. Luego, un terremoto en el Japón.

Estaba fatigado al llegar al Japón. Tuve que detenerme. Sin más me volví hacia Isabel. Le dije:

—Bueno, aquí estoy; puedes disponer de mí.

¡Santa palabra!

Isabel se hizo humo; Isabel desapareció.

En su sitio estaban todas las mujeres que, alguna vez, algo han hecho en esta mísera vida mía.

Con todas ellas regresé a esta ciudad. Hasta el día aquel... ¿Lo recuerdas, Tomba? El 27 de mayo de 1948. Ese día nos casamos.

Ahora mi memoria está bien. Ahora veo todo aquello. Ahora va y viene. Se balancea. Vive: Cannes; el barco que nos llevó hasta allá; el barco que nos trajo hasta acá. Estos dos barcos son dos pedestales que sostienen esa época.

Esa época quiere volar, volar muy alto y muy lejos.

Dejémosla volar.

Vaya donde vaya, Tomba, llevará un pedazo nuestro. Viajaremos siempre, por lo tanto. Nosotros no hicimos más que dar el impulso a Cannes y él partió.

¿Dónde estaremos ahora?

Esperemos.

¡No, no! No hay que esperar jamás en la pasividad. Por el contrario: hay que esperar en la actividad.

Es terriblemente difícil, atrozmente difícil: actividad. Lo sé, Tomba, lo sé. Hay miles, cientos de miles de cosillas que todo el mundo llama actividad. ¿Un ejemplo, quieres?

Cumplir puntualmente, todos los días, con nuestros deberes primarios; cumplirlos con tesón; que no quede nada más o menos hecho; no; todo bien hecho y, te repito, con tesón.

Al cabo de un tiempo verás que, en vez de haber progresado, has retrocedido, te has fosilizado.

A una persona fosilizada la llevan a un museo. Ahí la ponen. Los sabios vienen a verla, a examinarla, a hacer largos, muy largos discursos sobre ese fósil que ven.

Tú no irás al museo. Tú irás a dormir al museo. Por la noche entrarás en él y dormirás. ¿De día? ¿Qué harás de día?

Tomba, harás tus deberes primarios, los harás con gran tesón. Descansarás un minuto, máximo dos minutos, cuando suene una campana que anuncia la oración.

Al día siguiente, lo mismo.

Al día siguiente, lo mismo.

Al día siguiente, lo mismo.

Sí, Tomba, paro; no seguiré. Aunque cometo un error al parar. Porque estos días no paran. ¡Son eternos!

¡Evitemos una eternidad tan diminuta! Seamos activos. En el buen sentido de esta palabra. Una actividad real. Comprendamos esta actividad. Comprendámosla y vivamos con esta comprensión.

Comprender, por ejemplo, que una pequeña campesina, que una empleadita, que una niña desvalida es tan pura como una mujer cualquiera...

Esto de la pureza nos ha sido dado a todos en igual forma. ¡No hay que hacer ditirambos alrededor de la pureza! Aquí no hay privilegios de ninguna especie. La podemos encontrar donde sea, ¿me oyes?, donde sea.

Aquí estamos rodeados de pureza, aquí en el Bar Dana. Yafuera también. En los otros bares. No sólo en los bares, no. ¡En todas partes! Es lo tremendo. Nosotros pasamos y no la vemos.

Esta pureza puja, puja por hacerse ver.

Cuando la divisamos ponemos un tope; dos, tres topes. Todos ponen topes. Nosotros, por entre ellos, la esquivamos. Es un verdadero juego al escondite. Nos esquivamos; a veces, raras veces, la afrontamos y le hacemos una pregunta:

—¿Cómo te llamas?

No entedemos su respuesta. Hacemos más y más preguntas, las hacemos siempre, tratando de aclarar:

—¿Quién eres? ¿Quién es tu padre? ¿Y tu madre? Dime, dime por favor, ¿qué situación tienes?

La pureza se recata, se encubre. Al fin se aleja. Nosotros seguimos.

¡Y qué hermoso es ver. Tomba mía, ese sitio donde las purezas se reúnen! Es algo tan enorme que ese sitio no tiene sede.

Es inútil buscar sus señas. Te dirán que está detrás, sí, detrás del Tupungato. Irás allá. Allá te dirán que está detrás del Tupungato.

Tomba, he conocido varias personas que han pasado su vida girando alrededor del Tupungato... ¿Sabes tú por qué? Tomba, seguían a otra persona... Esta persona giraba. Entonces ellos también giraban. El Tupungato no se movía. Ahí quedaba inmóvil. Como el Picoldo, como el Cotopaxi, como el Momotombo, como todos los macizos de este mundo. Como el Annapurna y el Gurla Mandhata, en los Himalayas; o el Sasseneire o el Mont Fort, allá en esos bellos Alpes; o el...

¡No, qué idea, Tomba! ¿Yo querer darte una lección de geografía? ¡Qué ideas tienes a veces! Para estas lecciones es mejor, mucho mejor consultar a Mamerto Masatierra. ¡Sabe una enormidad!

Te hablaba de esos sitios donde las purezas se reúnen. En ellos hay otros acordes. Son unos acordes de paz efectiva, de paz eficiente. Son de una paz que no se revelará al mundo.

No, no, mi Tomba, no. No es una paz que tú logras apreciar por contraste con lo que hay fuera. Esto de fuera ya tú no lo ves; ya lo has olvidado. Estás viendo ahora esas cumbres de las que te acabo de hablar. ¡Esas que preocupan a Mamerto junto con la conjugación de los verbos irregulares. Prestando oídos podrás escuchar, allá muy lejos, una especie de rumor, como si soplara un vientecillo. Claro está, porque tú estás muy lejos, te lo repito.

¡Acerquémonos para descifrar qué es ese rumor! ¿Quieres? Sí, acerquémonos.

¡Naturalmente, mi Tomba, naturalmente! ¡Es un estrépito, un estrépito feroz! La riña, la pendencia de esos que revoloteaban por la base de aquellas cimas para ellos invisibles. Es la sala segunda de Las Tres Chimeneas. Tal vez, tal vez no oigas ningún insulto soez. Están ellos encubiertos porque existe la ley del guante blanco. ¡Eso es, Tomba, eso es! Lo que ocurría en esa sala de Las Tres Chimeneas era, únicamente, que ese guante blanco no estaba.

Sí, vamos a casa. Iremos por estas soledades llenas de gente. Fray Tomate es un recinto de paz. Lo has dicho muy bien. Es un recinto de una paz atronadora.

No oigamos ese tronar.

Vivamos en ese tronar silencioso.

¿Ves tú, Tombita? ¡Qué! ¿Encuentras tú que toda esta gente camina a velocidades inauditas? Nada ganas con detenerte. Es una velocidad que viene de fuera de ellos. ¡Huyen de las cimas nevadas!

Es lo que siempre me he preguntado: ¿adónde irán?

Tomba, van a colocarse un poco más allá. Cuando estén un poco más allá, van a sentir la necesidad de colocarse un poco más acá. Después dirán:

—¡Cuánto hemos vivido hoy día!

¡Huyamos a Fray Tomate, mi adorada Tomba linda!

He pasado la tarde y parte de la noche con Baldomero. Pero, ¿se puede saber cuándo termina la tarde y cuándo empieza la noche al estar uno con Lonquimay? He estado con

él. Esto es lo que logro saber. Porque he llegado al Muelle de la Sotana. Sobre esto, no hay duda; he tocado en el N^o 1644; tampoco hay duda; doña Cleta Purén me ha abierto la puerta y he entrado; tampoco hay duda al respecto; me ha hecho una reverencia, ha cerrado la puerta tras de mí y se ha alejado; ni una duda me cabe sobre esto.

He quedado solo en el patio. He visto un árbol levantarse en medio de él, un árbol solitario, un árbol inmenso. Este árbol me cobijó con su sombra y con las dudas.

Las dudas... He alargado un dedo y he tocado las asperezas del tronco. Quería cerciorarme de su existencia real. Lo que el dedo me ha transmitido era lo siguiente:

“Soy de madera inquebrantable; soy vivo, como lo son todos mis semejantes de esta Tierra; aquí cumplo ahora mi cometido; retira tu dedo y guarda silencio.

Retiré el dedo y guardé silencio. Allí quedamos. Nada se oía. Paz. Quise llamar, quise hacer un ruido cualquiera. No lo pude. La paz se imponía, dominaba, agarrotaba. Miré para un lado y para otro lado. Me senté en un pequeño banco que había cerca del árbol. Nada, nada. Comprendí que la paz absoluta era un maleficio que se nos podía caer encima. Quise marcharme. Ningún miembro obedeció a mi voluntad. Allí quedé.

De pronto un árbol solitario tembló. Luego alargó una rama, la onduló y puso su extremo sobre la tierra. Pasaron cientos de años; yo sentado en el banco, inmóvil, pasmado; el patio impertérrito en su quietud; la rama extendida, alargada, sin moverse.

Un eco sordo llegó hasta mí; un eco acompasado. Atiné, sin saber cómo, a mover la cabeza. Los ojos me llevaron, por la rama, hacia las alturas de aquel árbol. Allá, en lo alto, vi:

Era Baldomero Lonquimay que bajaba.

Bajaba con lentitud, bajaba con serenidad.

Envolvíase en su gran capa española. Su chambergo lo seguía. Las ramas hacíanse un lado a su paso. Los troncos se acumulaban bajo sus pies; luego se adaptaban de modo que cada paso encontraba donde posarse con facilidad.

Así llegó hasta el suelo. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Mancebo, compraos un fundo.

Sentí, de inmediato, que, con esta orden, mis fuerzas que me tenían abandonado, volvían a mí. Me levanté del banco, me sacudí, alargué mi diestra. Él alargaba la suya. Las estrechamos.

Me tomó de un brazo. Lentamente avanzamos hacia su gabinete. Llegamos a él. Sin pronunciar palabra me indicó un sillón. Hice una reverencia y lo ocupé. Él se arremolinó en su capa, se caló el chambergo hasta las orejas, permaneció de pie. Hubo una larga pausa. Las cortinas no vacilaron. Mostraban su negrura en el más absoluto mutismo. Luego Baldomero sacó una mano de entre los caprichos formados por las ondulaciones de su capa y por los muy hirsutos cabellos de su barba. Esta mano alargó el índice. Y, nuevamente, vino otra pausa. Pasaron otros cien años. Al cabo de ellos murmuró:

—Heme retornado. Heme aquí.

Contesté:

—Bienvenido seáis, buen amigo. Espero que permaneceréis largo tiempo con nosotros. ¿Podría saber yo de dónde habéis retornado?

—Sí. He retornado del Sol.

Me incliné. Luego le dije que yo también había estado en el astro rey. Me había llevado a él mi amiga Teodosia Huelén. Antes habíamos estado en el asteroide de Huelenia donde habíamos charlado con su habitante, don Abundio Roncovuca; le hablé, también, de aquellos

dos mozalbetes, Losundro y Lisandro; mencioné a esas hembras libidinosas que les hacían compañía. Luego me precipité a contar mis recuerdos de aquel viaje, de aquella magnificencia que es, en verdad, el Sol...

Hablé, hablé. Mi voz bajaba. Hice esfuerzos por aumentar su volumen, su potencia. Nada, nada. La negrura de las cortinas se aposentaba más y más. Al fin todo era negrura. Salvo mi huésped que seguía allí impávido, salvo los reflejos de fuego que brillaban de sus barbas. Tuve que callarme.

Baldomero Lonquimay, entonces, pronunció:

—He retornado del verdadero y verídico Sol.

Me incliné otra vez más. Esperé. Las cortinas se retiraron un tanto; una ligera luz se filtró, tal vez, por entre ellas. La capa onduló y, después de hacer miles de culebrees, se detuvo y vino a quedar inmóvil sobre su dueño. Me dijo éste:

—Hace apenas un raquítrico instante os he hablado del Sol. Veo aquel momento. En él tercian el inmortal chino Fa y aquel que se apodaba don Fidey de Comiso. Eran ambos los extremos de la mente humana. ¡Dignos extremos! ¡Celebérrimos extremos! Eran puntales de lo que hay que sostener. Por sus inefables recuerdos... un minuto de silencio. Negras cortinas, ¡callad!

Obedeciendo a la orden de Lonquimay, todo calló. Y pasaron otros cien años junto a nosotros. Iba yo a preguntar cómo esto acontecía, cómo era posible que los años, tan lentos, se precipitaran con semejante velocidad. Pero Lonquimay prosiguió:

—Hace apenas un mísero instante habéis oído mis palabras. Las oyó el chino Fa; las oyó don Fidey de Comiso. Ellas decían:

No hace falta. Ya partí luengo años ha. Sabed, digno hijo de la tierra de los hombres con agudos ojos de laca, con crujiente voz de seda, con perfumado hálito de té, con divina mente de opio, sabed que yo vivo, obro, amo y creo a 150 millones de kilómetros de aquí donde mis huesos se entrechocan. ¡Mísera distancia aún! Es sólo la que nos separa del astro rey. Mientras no cubra la que alargada yace hasta la primera estrella, la verdadera paz no anidará en éste mi ser mamífero.

“Luego hube de interrumpir a aquella que tildábase de dama sin par: doña Nora de Bizerta y Ofqui, hoy la muy fiel esposa de nuestro capitán Angol. Hube de clamar:

¡Oh, no, señora, no! No lo sois y si alguna vez lo hubiese así considerado, que las furias de los cataclismos todos me petrifiquen. Vos, ¡oh, señora!, sois la más pura y brillante chispa del astro rey; sois su más genuina y dignísima representación en este planeta; sois, pues, aunque solar, terrestre aquí y aquí os encontraréis. He ahí por qué 150 millones de kilómetros nos separan y siempre nos separarán. He ahí por qué no os cojo ni vos jamás cogermé a mí podréis.

Me creí con derecho a interrumpir a Baldomero. La advertí:

—Sí, sí, ahora lo recuerdo. Cuando usted... Perdonadme, mi señor, por la falta de uso del “vos”, me hace caer, a menudo, en el “usted”. Habéis dicho que esos conceptos sobre la estrella primera y demás, los habéis pronunciado hace sólo unos pequeños momentos.

Señor, aquello fue allá en Curihue, en el año de 1927. Hace, pues, la módica suma de treinta y dos años que usted... no, digo, vos hablasteis así. Por lo tanto...

Lonquimay, desde distancia lejanísima, me repitió:

—Mancebo, compraos un fundo.

Guardamos aun silencio.

En este silencio sentí que algo vacilaba en torno mío. No eran las cortinas, no. Ellas tenían una influencia sobre mí, la tenían, por cierto. Salí, con mi mente, del gabinete y llegué al patio: no era tampoco aquel árbol movedizo desde cuya cima había descendido Baldomero. Mi mente volvió a hacer el recorrido que hasta la casa del Muelle de la Sotana me había traído: me vi tocando el timbre; vi a doña Cleta abriéndome y haciéndome entrar; vi el patio solitario con el árbol. Nada de eso era lo que vaciaba mi pobre mente...

¿Qué idea me había llevado hasta allá? ¿Por qué a mí se me llamaba “mancebo” al estar a punto de cumplir 66 años? ¿Y por qué se me aconsejaba, con insistencia, que comprara un fundo? ¿Qué hacía mi huésped allá en la punta del árbol?

Quedé largo tiempo sumido en estas reflexiones. El tiempo era lento, lento. Lo era allí en el gabinete donde nos hallábamos. Fuere de él era rápido. Pasaban los años por centenares. Miré la cortina. Tenía un pequeño movimiento, una ondulación, tal vez para poder mantenerse en su papel de tal entre estas dos disparatadas velocidades: calma, lentitud aquí dentro; centenares que se precipitan, del otro lado.

De pronto habló Baldomero Lonquimay. Habló dentro de esta lentitud temporal. Creo, mejor dicho, que de ella se tomó y pudo retroceder. Lo seguí; creo haberlo seguido. Oí el tañido de una campana. Quise precisar de dónde venía. Pero ya la voz de este hombre se dejaba oír.

—Mancebo, escuchad. Sois un mancebo para mí pues os aventajo en cinco giratorias de este planeta alrededor de aquel que aquí hace llamarse con nombre deslumbrante. No lo es tal. Él cumple su cometido y, por cierto, piensa en otras falacias que las que vienen a atiborrarse en nuestros encéfalos de transitorios y entalegados moribundos.

Porque debéis fenecer, ¡oh, mancebo!

He ahí vuestro cortejo que os ha puesto en sórdido ataúd y lleva aquello que, para vos, erais vos: el pañolón indumentable que indumentaba un alma que forzaba por descubrir una tronera y... avistar.

Aquel alentoso espíritu nada hubo avistado. Por eso los captadores de visiones lo lloraron. Tan alto fue el plañido que despertó en las tragaderas de los unos como de los otros, tan punzante el dolor que irradiaba... que vos os sumergísteis en las honduras del no ser.

Mas había que ser.

Entonces caminasteis.

Caminar... Senderear... Deshacer las carreteras bajo los extremos de los que consideráis vuestros extremos...

Tal es vuestra letal misión. ¡Seguidla!

Yo... ¿Yo?

Yo he preñado los intervalos que en este mundo se nos hacen. Yo he deshecho esos lapsos. Yo exclamé: yo. Y el mundo borró sus distancias. En este borramiento me embarqué. Borrado, al parecer; íntegro, de verdad... viajé.

Así mi índice —como el vuestro ante el árbol de mi prado de allí, de aquí y de acullá—, así mi índice cogió la santa paz alargada hasta las estrellas lejanísimas. ¡Sí, las cogió! Luego mi ser se fundió con ella, ¡oh, paz, sublime paz!

¿Me habéis comprendido, me habéis entendido, me habéis abarcado, me habéis penetrado?

Ya lo sabéis. Lo sabéis desde aquel venturoso día en que mis acústicos sonidos golpearon vuestros tímpanos. Habéis dicho que aquello acaeció o aconteció en el momento que acostumbráis llamar o denominar 1927. No voy a discutirlo. La discusión es hija de villano. ¡Aniquídense los villanos!

Mancebo, alargad vuestros tímpanos; mancebo, después iréis y compraréis el fundo. Mancebo de la mancebía...

He regresado en siete días más.

¿Qué estupor es ese que se diseña sobre vuestro semblante, ese pasmo que ha buscado asilo en vuestro rostro?

Veo:

Vivís aún bajo el signo del suceder.

Es lo que ahora nos separa, es lo que abre anchuroso río entre nos. Porque yo obro, amo y creo fuera de las longitudes y de las anchuras. Lo habéis oído al espectarlo a la dama, a esa dama hoy capitana Angol. Lo habéis acorralado en vuestro cerebelo en ciento cuatro días más. Lo acorraláis en este grave momento. ¡Momento que ya no es porque ya fue! Fue, es, será y siempre será, siempre es, siempre fue.

Acaso estos eventos alcanzan la complejidad de lo que no es audible para la audición del que rueda por estos llamados mundos.

No puedo ni trato de remediarlo.

¡Hablaré! ¡Peroraré! ¡Departiré! ¡¡Pablaré!!

Facháis bien al simular el otorgamiento de vuestra noble y santa aquiescencia. Mas lo que voy a departir hablando se halla más allá de vuestro otorgamiento pueril.

Un instante. Un misérrimo quinto de instante. Un segundo dividido por milésimos. Un milésimo de segundo dividido por las centésimas partes de la división suprema...

¡Venga él, venga este medimiento en pos mía!

Ha llegado. Su arribo lo han indicado las negruras opáceas de esas negras cortinas.

¡Aullad, baladrad, alaridad!

Yo os mereceré comparsa en este aúllo baladrado y alaridado.

¡A la obra!

Ambos gritamos y luego callamos. Volvimos a gritar y volvimos a callar. Oí un cerrar y abrir de puertas. Luego tres tímidos golpes resonaron a nuestro lado. Y, sin más, la puerta se abrió y penetró doña Cleta Purén. Una indicación le hizo Baldomero. Doña Cleta tomó asiento. Le dijo:

Aquello que ahora soy ha menester de vuestra presencia en este momento que pasa. Debéis enteraros de lo que enterarse se ha de ser enteresarse. Este vetusto antiguallo aquí presente pide un fiel consejero que amilane mis parolas.

Señora doña Cleta Purén de Lonquimay; vos seréis el consejil por él requerido. Ahora, sed silentes. Atended:

Marché por el tiempo. Cuando se tienen pies de ángeles y se les dobla de pies satánicos, no hay pavimento humano, de esos que vosotros conocéis, que logre igualar la eficacia del pavimento que pavimenta las rutas del tiempo.

Por esos pavimentos pavimentados me engolfé y partí.

El pretérito allí estaba, blando y puro puesto que iba, en años llamados venideros, iba a hacerse.

—¡Salve, Marcial! —clamé.

—¡Salve, Lonquimay! —clamó.

Sí; era Marcial, el vate latino. Aquel que asomóse en este mundo, que hoy holláis, cuando la latinidad imperaba reinante en medio de él.

—Sois la licencia hecha poemas —proferile—. Sois el poema hecho licenciadad.

Me respondió:

—Hispania así lo desea. Bílbilis me lo impone.

Coloquéle una indagación:

—¿Qué haréis antes de ayer?

Su respuesta fue escueta como la carne de una doncella, como la vuestra, ¡oh, doña Cleta!, será en el tiempo que ya vino en cien años más tarde. Su respuesta fue:

—Nada.

Ante esta mágica parábola, ante el hechizo que ella aprisiona, Marcial desapareció tras una pilastra que un taciturno gótico había fabricado con un luengo cronómetro.

Grité, vociferé, gemí.

Me vi.

Cruzaba los ámbitos un rinopoma. Incrustéme en él y, con sus cavidades visuales, contemplé al que siempre yo era. Mas una formidabilis risotada me respondió. Venía dolada de una terca carcajada.

Frente a mí, empacado en enjuta a la vez que amplia toga, me consideraba el Emperador de los Emperadores...

Mancebo, escribid con gráfico mayúsculo este apodo que he pronunciado: Emperador. Recortad luego el patronímico y marchaos donde cruja una hoguera vivaz. Allí, quedadlo. Porque en él me he referido al que impera en los empedaromamientos que la historia conserva. Heme referido a:

¡Nerón!

Tanta grandeza se aclimata con seriedad austera. ¡Ni un solo movimiento, ni uno solo! El hieratismo en sí. Pero, no.

Nerón reía.

Nerón grajeaba. Nerón refocilaba. Nerón estrepitaba los y las soles y estrellas que, a su vez, grajeaban presos y presas de incontenibles carcajadas.

Aquí en la Tierra hubo un pequeñín gorjeo de satisfacción impune. No hubo más.

Nerón, recovado en siete, fue un alambique de regocijo.

Púsele, entonces, esta diestra sobre su buche. Intentaba yo devolver a aquel rostro la serena serenidad. Deseaba yo que se templara su bonanza.

Nerón calló. Nerón trincóme. Nerón encadenóme. Dijo:

—¡¡Up!!

Y dos tigres iracundos se presentaron a mi presencia. Los contemplé. Luego dialoguéles así:

—¿Pensáis ingerir éstas mis albas carnes?

Respondieron:

—Pensado está e ingeridas estarán.

—Habréis gustado, al ingerirlas, el sabor del galpito.

—Beberemos un alexifármico.

—Dentro de él me inmiscuiré yo. ¿Me oís, fieras tigrescas, os penetráis del sentido profundo de mis parábolas?

Agazaparon su contesta. Sólo flameó en mis oideras una especie de lejano murmullo:

—Perdonad. Hay error.

Y los tigres se alejaron. Se alejaron con lentitud. Los astros todos entonaron una funeraria marcha que, desde aquel momento, yace sobre nuestras testas.

Las cadenas, que atado me yacían, hiciéronse trizas. Al hacerse trizanas causaron un tumulto de completo mutismo. Es el tumulto que se cierne sobre nuestras testas. Así quedamos hasta que así debamos quedar: la funeraria marcha... el tumulto mudo.

Marchéme.

Arremolinado en mi hispánica capa, marchéme.

El Universo movióse.

Al moverse pasaron por mi lado las Calderas de Illaquipel. Una de ellas alzó una mano y me congratuló. Otra de ellas acercóse a mi oidera derecha y susurró:

—Nuestra labor sigue su curso. Hemos fabricado catorce mil millones de toneladas de superfluo que, ahora, repartimos en adecuada forma sobre la Tierra y sus alrededores.

Dije altivo:

—No olvidéis la ciudad de las ciudades.

—¿Os referís a Pandemonio?

Dije altivo:

—Peor que eso; es decir, mejor que eso. Mi referimiento era San Agustín de Tango. Haced en dicha urbe una tremenda...

—¿Una tremenda...?

Dije altivo:

—Revolución.

Todas las Calderas aparecieron y clamaron:

—¡Manturbios!

Dije altivo:

—Contraturbios.

Proseguí mis andanzas redoblando el paso. Érame menester el redoble pues ya inexistía la división de ayer, hoy y mañana.

Llegué así a la Giralda. Arribé a su extrema cúspide y en ella me arremoliné. ¿Cómo arremolinarme pude en aquel extremo? ¿Cómo, cómo?

¡Borneus, evocad!

¡Cletus, recibid la evocación!

Y veréis que la Giralda es una, una y única, que aquel que vosotros conocéis, aquel artocárpeo levantado en medio de la tranquilidad del patinejo contiguo. Por eso, y para no romper el espacio que los separan, yo, yo, Baldomero Lonquimay, estaba encaramado en su copa. En ese momento arribasteis vos, mancebo. Un año más tarde mi esposa abría la puerta para daros franco y justiciero albergue en el escañuelo que dormitaba.

En la Giralda agasapéme. Alguien golpeó a la puerta. Dije:

—¡Adelante!

Penetró Angiolotto di Bondone.

Abrí mi capa y reverencí. Él, respondiendo, reverenció. Me expliqué adicionando mis vocablos los unos tras los otros:

—Sois, ¡oh, grande entre los grandes pinceles de esta magna grandeza en que ahora

estamos!, sois un gran pincel que florece entre los grandes de los grandes. Yo os saludo, yo alargó esta mi mano hasta chocar con la vuestra, ¡oh, Giotto bipartido!

Su extrañeza ante esta voz de "bipartido" fue tanta, tanta, que la Giralda giraldió y a punto estuvimos de caer. Mas vi su víscera cardíaca que habíase inmovilizado en espera de una seria explicación mía. Ofrendé esta explicación:

—Yo soy Giotto. Yo soy el pincel de los pinceles. Vos sois Angiolotto, vos sois di Bondone. Juntos somos lo que el mundo no puede admirar porque su enormidad lo aterra.

Él, sin darse clara cuenta, huyó, huyó, huyó.

Y el tiempo volvió a extenderse frente a mí con sus pavimentos y pavimentaciones pavimentadas. Entonces llegó el superinefable momento que, en mi vida, debía llegar. ¡Oído!:

¡¡Caminé en todos los sentidos a la vez!!

Ante tamaña revelación me levanté y alcé los brazos. Doña Cleta cabeceó y se durmió. Las negras cortinas allí quedaron y, en su estupor, ni siquiera se movieron. Lonquimay prosiguió:

Caminé, avancé, retrocedí. El tiempo y yo no éramos más que uno solo. Y uno solo era cuanto había en él. Lo era conmigo, sí, conmigo dentro.

¡Grandioso y elocuentioso momento!

Vi entonces a todos los hombres que habiendo poblado esta mísera cascocha, la poblarán en el futuro del pasado. ¡Era la unidad de lo uno, el tiempo dejado de existir!

¡Oh, Faraday! ¡Oh, Lardizábal! ¡Oh, Núñez de Balboa! ¡Oh, insigne y ébrido Baco! ¡Oh, pacificadora pacista pareja de paz de los beduinos! ¡Oh, dolorosa Estuardo María! ¡Huid de las guérridas columnas de Mario el general de las Romas! ¡Dejad que cavile y venga a establecernos la atracción, no sólo material en nuestras almas sino inversada en los cuadrados de aquellas distancias que vos estáis viendo, ¡¡oh Newton el Isaac!!

¡Pasad, pasad, seguid, continuad en vuestra seguidilla atemporal! Allí viene, viene... ¿Vendrá? No, no viene; él es. Allí se acerca... ¿Se acercará? No, no se aproxima ni se enjuta con este el gran varón que ha logrado vencer, ¡antes de morir!, la, para vos, Señora de esos que fueron mis ensueños demoníacos, la para vos dilatada distancia de la última estrella con la que vibra, si vibrar pudiera, apoyada en su cadera si cadera pudieseis poseer, ¡oh, luminosas luminarias que lumináis la negrura cual cortinaje que se explaya con las luminisadas que les habéis otorgado!

Y siempre viene, viene sin venir, siempre allí está don Juan de la Cueva apoyado en un vocablo de Platón. Vocablo que, sin moverse, revoloteaba en torno de Ts'ai-shu Tu y Paracelso que, a pesar de hallarse junto a ella, no usaban sus ventrílocuos visuales para apercatarse de que era Margueritte Pajot, la mil veces celeberrima bruja sorciera que he de vivir en Tourierre cuando vosotros, ¡ay endebles y endricados engañosos con la que muerte llamáis!, proclaméis: "Henos en el año de 1576".

¡Continuad vuestro pase sin moveros! ¿Quién ha sido en el próximo futuro? Sí, él es; es Confucio; es Ludovico Ariosto; es Amón, el que será llamado con nombre de una tierra que, entre dos bostezos, habrá ayer apercebido; es Melpómene; es Urdaneta; es Vivekananda; es Vulcano; es Zwinglio; son los zulúes que cantan lo que se ha de cantar para despertar los oídos dormidos de aquellos que se duermen en sus propios oídos; es Portales; es Catón el Censor; es Mahoma; es Rodolfo de Habsburgo; es..., son..., es..., son...

¡Callaos! ¡Que el silencio se prolongue por las vetustas y vetustianas cortinas y caiga sobre el dormir de Cletus Purenus!

Ya la ciento cuatro trillonésima parte ha pasado. Ha pasado sin pasar; ha seguido sin seguir; ha sido sin ser porque ¡Es!

Schchchchchch...ttt.

Brrrrrrrrrrrrrr...ccc.

Si - len - cio.....

Pasaron cientos de años, de siglos, largos como un segundo que sea alargado en sí mismo. Un grillo cantó... Pero, ¿cantan los grillos? En esta meditación me engolfé y... las cortinas se alzaron.

Allí estaba don Fidey de Comiso.

Miró el árbol del patio de Baldomero. Por él trepó o, más bien, el árbol se deslizó bajo sus pies. O ambos se deslizaron. Desde su altura nos miró. Comprendí que decía que todo aquello, todo, el teatro de Curihue, Urbano II, Carrera, Otelo, Jacqueline, el capitán Angol, Isidra, Valdepinos, en fin, todos los que allí estuvimos... Aquí tuve que detenerme: ¿Estuvimos? ¿O estamos aún? Porque estaban: Mister Peter Forrester y monsieur Lucien Maubrac y don Daniel Escobar y don José de Cascajares y el japonés Koyanagui Takasaki... Ya lo digo, todos. Sobre ellos sonreía el chino Fa, con una sonrisa que desconocía el pasar del tiempo, pues ella se immortalizaba tanto en el pretérito como en el futuro.

No veo otra manera de explicarme. Tengo que usar estas palabras de pretérito y futuro. Si no las empleara, tal vez no se me comprendería. Lo pensé al ver a Liberio Barón y a Zacarías Punitaqui.

De pronto Lonquimay clamó:

Celeberrima y renombrada dama que he amado en el venir que fue: prométele idolatrar el idolatramiento que sobre vos siempre se empecina en rodearos, atiende el odorante término que en este segundo os expresaré en luengos años más tarde:

Doña Nora de Bizerta y Ofqui del conspicuo mariscale de los hombres aéreos, yo, Baldomero Lonquimay, os he adorado como en los aires inmóviles se ofusca la adoración en el día de ayer, de hoy y de mañana porque no acontecen ni el mañana ni el hoy ni el ayer. Silénciase, pues, este cenobita. En su silenciar... ¡sí!, acaezca lo que nunca ha de acaecer.

En efecto, allí estaba doña Nora de Bizerta y Ofqui. Doña Cleta Purén se despertó. Ambas se saludaban y doña Nora le alargaba un paquetito muy pequeño, mientras le decía:

–Es un espléndido alimento para sus hormigas. No tiene más que desparrramarlo por el suelo y, se lo aseguro, que será devorado rapidísimamente.

–¡Cuánto se lo agradezco, señora –respondía doña Cleta–. Se los llevaré ahora mismo.

–Yo me atreví a entrar porque vi la puerta abierta. Entonces...

–¡Ay! ¡Ya lo veo! Ha sido a mí que se me ha olvidado cerrarla cuando ha llegado don Onofre. Después me he dormido y, usted sabe, señora, que cuando una se duerme...

-Lo comprendo, doña Cleta, lo comprendo.

-Y sus caricaturas, ¿cómo están? ¿Hace muchas siempre? ¡Tan divertidas que son! A mí me encantan, créamelo.

-¡Oh -dijo doña Nora-. Las hago para los niños que van a casa y nada más. Bueno, ahora, me marcho. ¡Adiós, adiós! Y no se olvide, esas lindas hormigas van a estar dichosas. Otra vez: adiós, doña Cleta; adiós, Onofre; adiós Baldomero.

Y doña Nora se marchó.

Baldomero, que había estado hierático cual una esfinge, se echó sobre un diván, cerró los ojos y pareció dormirse. Antes de retirarme me acerqué a él. Oí que murmuraba:

Cara deum soboles, magnum Jovis incrementum...

25

Día en casa. Tomba ha entrado, a cada momento, a mi escritorio. Ha hecho ruido. El Silencio no me ha visitado. He leído un poco más *Cavilaciones* de Lorenzo Angol. Voy a copiarlas.

Siguen así:

.....

Si esto es lo que puedo decir sobre las experiencias y sobre los estudios, ¡qué decir de mí mismo como escritor y pensador!

Aquí, contrariamente a la época de las prácticas, de los atisbos y tanteos, tengo un confidente y un crítico permanente. Por ningún motivo abandona el sitio que ha tomado.

Es un señor grueso, con ojos que sonríen plácidamente. Cada vez que escribo, se sienta frente a mí y escucha. Su papel consiste en ridiculizar cualquier idea que a la mente me venga. A veces me dice que lo que escribo es sencillamente imbécil; otras veces, que estoy girando en el círculo vicioso de la vulgaridad más completa. Si gracias a un esfuerzo de voluntad me hago el sordo a sus constantes insinuaciones, recurre, para sembrar la duda en mí, a una táctica tan indigna como eficaz:

Toma el aspecto de otras personas, de amigos o conocidos, y les hace proferir, respecto a mis escritos, las críticas más acerbas. Entonces debo luchar no sólo contra él sino contra todas mis relaciones. Dicen sobre mí lo que, en alguna ocasión cualquiera, les haya oído decir de malo sobre un tercero...

Este señor, que se sienta en frente, se mofa de todo y vive acechándome para aprovecharse del menor descuido con el fin de hundirme en la perplejidad y en la desconfianza.

He aquí, pues, toda las armas con que entro a escribir un libro sobre ciertos graves misterios de la vida.

No son armas de gran potencia, por supuesto; lo son tan débiles que cualquier otro esperaría ser algo más perito, en la materia que va a tratar, para ponerse a la obra. El señor de enfrente me dice que, si muchos errores he cometido en mi vida, hoy voy a coronarlos dignamente.

Mas yo le respondo:

-¡Qué hacer, señor! He estudiado un poco, he cavilado mucho, he hecho analogías hasta emborracharme dentro de mis imágenes... ¿Quiere usted que siga haciendo analogías, estudiando y cavilando hasta que esa borrachera se convierta en locura y su torbellino me arrastre como a una hoja? No es posible. Ante todo debo poner orden en mi mente y, para ello, sólo encuentro un medio: Ver, lo que hoy bulle dentro, extendido en un papel. Pésele a usted, mi señor, escribiré.

Lo derroto bajo este punto. Mas mi crítico no es hombre que abandone el terreno por tan poco. Me murmura:

-Hasta aquí todas tus líneas son disculpas, ingeniosamente buscadas, para que el lector futuro perdone tus faltas y te lea con buena voluntad. Es una confesión de impotencia que, al hacerla, crees tú, te atraerá simpatías; es echar de lado toda, toda responsabilidad; aquello de escribir para los otros o para sí, es una argumentación de cobardía.

En verdad, he aquí la primera duda en que caigo:

¿Creo sinceramente en la existencia de esos móviles al escribir?

Mi respuesta es: Sí.

Pero tal creencia, ¿nace de una convicción o nace del miedo?

Mi respuesta es: No los sé.

En todo caso, si del miedo proviene, aseguro que es él una gran cosa, un precioso acicate para espolear el entendimiento pues, prudente y temeroso como soy, mi teoría he llegado a defenderla con una sólida argumentación que ya es tiempo exponer antes de que mi confidente comience a minarme por otro lado.

Entonces, en este libro de las interminables cavilaciones, entro a mi primera cavilación. Pongo dos puntos y comienzo. Luego se me dirá si no es verdad cuanto avanzo si el mundo no fuese más que el punto que yo considero. Desgraciadamente, el mundo es mayor. Pero, ¿quién ha hecho de otro modo, quién ha empleado otro sistema que el que ahora pondré en práctica? Mi método es clásico y su origen se pierde en la noche de los siglos. Cada vez que se va a tratar de un punto, es lógico, es la lógica misma, concretarse a ese punto; digamos, "depurarlo", descartando todo cuanto él no sea y así aparece su verdad, nítida, clara, radiante y aquellos que no la ven es porque aún no la han depurado suficientemente. Es por esto que, cuando se va a hablar de cosas serias, hay que advertir que, por el momento, el mundo no es más que esa cosa seria. De este modo... ¡viene pronto y radiante la verdad!

Pues bien, he aquí mi sólida argumentación:

Me digo que todo progreso, que todo avance, se ejecuta por etapas. Ninguno es continuo, ni en el mundo físico, ni en el mundo moral, ni en el intelectual. El hombre en la vida presente, tantea, explora, palpa. Por fin posee y, esta posesión, despierta en él un nuevo presentimiento. No dudo que haya seres para los cuales poseer es una embriaguez tan seductora que, cuando la han conseguido, allí se detienen y se fortifican. Mas no es de ellos de quienes quiero hablar; primeramente, porque pretenden implantar la inmovilidad en un mundo movedizo; luego, porque aun esto es apariencia... Tarde o temprano se moverán y, de inmovilidad, no quedará más que una protesta sin eco proferida por labios amargados. Si así no fuese, ya vendrán otros hombres que echarán al torbellino eterno lo que parecía querer detenerse.

Todo me aparece como sucesión rapidísima de medios y de fines, de equilibrios y de desequilibrios; un medio para conseguir un fin que, conseguido como tal, es decir, con la

solidez de algo estable, no tarde en inclinarse poco a poco, lentamente, en la mente del hombre que investiga y, entonces, lo hace resbalar hacia otro punto. El hombre se dice:

“Era éste tan sólo un medio... Ahora, sí, percibo un fin.”

Nuestra vida se reduce a abrazar fantasmas. Pasado el deleite del abrazo, cada fantasma nos indica, muy bajo, a un vecino suyo que espera en silencio. Esto, cada día; cada día es un fantasma que empuja dulcemente hacia el día siguiente. Dentro de cada día, así es cada hora; dentro de cada hora, en cada minuto; dentro de cada minuto, en cada segundo. Igual cosa, aumentando el tiempo: mes con mes, año con año; e igual también con el total que llamamos “vida”.

Así, en nuestra permanente evolución, en nuestro devenir sin fin, veo sólo dos puntos de importancia: cuando, después de un caos, se produce una armonía; cuando, por una oscilación cualquiera, cambia este punto de vista y la armonía se transforma. Ella se transforma, ante nuestros ojos asombrados, en uno de los muchos elementos que han de formar un nuevo caos.

En este caso, el hombre se pone en marcha; en el anterior, siente la sensación de haber llegado y se reposa.

Hay literatura que está en marcha; hay literatura que habla desde el reposo.

Existen hombres que caen en la vida después de larga peregrinación; existen otros para quienes el silencio antinatal ha sido un reposo y entonces han de marchar sobre la Tierra.

Si decía, hace un momento, que estos dos puntos de importancia se suceden segundo a segundo, minuto a minuto, hora a hora, el conjunto de todas nuestras horas forma un total teñido con el carácter de uno de esos puntos.

Pero estoy algo lejos y siento que empiezo a agitarme en el vacío. Ahora no se trata de tal cosa sino de probar que hay dos clases de escritores. Una vez probado esto, probar que yo pertenezco, decididamente, a una de las clases sin tener el menor punto de contacto con la otra. Ardua tarea es. Sin embargo algo llevamos avanzado: sabemos cómo el hombre evoluciona y sabemos que, cuando un hombre abre los ojos sobre la Tierra, está destinado a enseñar o a aprender, a crear o a dudar.

El único argumento que podrían ponerme para rebatir esto, es decirme que todo cuanto he dicho es mentira. No pongo en duda su valor, mas, para defensa de este único punto débil, he de recordar que, en mi argumentación, he empleado el más profundo y el más clásico sistema que, líneas más arriba, he definido como el sistema de la depuración del punto que se va a tratar. Ahora, para fulminar cuanto en contra se me argulla, nuevamente, y con mayor claridad, expondré sus bases:

Dada una cosa y un punto de vista para considerarla, la cosa es para ese punto como ella desde el punto se ve.

Muchos creerán que he dicho una simpleza. Se engañan. Es esto, acaso, lo más serio que diré en mi obra. Así, cuando se me alegue que lo escrito es mentira, hay en quien lo alegue, una de dos faltas:

O está mirando la cosa de un punto totalmente aparte del mío; o, estando en mi punto, no ha depurado lo bastante la cosa para llegar a verla como la veo yo.

Sabido, entonces, lo anterior, me pregunto qué ha de suceder si una vida se traduce en la actividad de escribir. La solución cae de su peso:

Si esa vida es una armonía, el hombre cree y confirma; si es un paso entre dos armonías, el hombre duda y busca. Lo escrito por el primero afirmará; lo escrito por el segundo,

interrogará. A los primeros llamo: escritores para los demás; a los segundos, escritores para sí.

Y es todo por el momento. Mis escritos son permanentes interrogaciones. Me respondo a ellas con conjeturas y posibilidades. Mas, por la fuerza misma de mi argumentación anterior, todo lo que es interrogado será luego contestado y *en verdad*. Ojalá que tantos hombres que saben dignen esclarecerme sobre aquello que más confuso encuentren aquí.

CAPÍTULO I

En *El Templo de Satanás* dice Stanislas de Guaita que los magos negros pueden dividirse en tres categorías según el móvil que a la práctica de tal arte los ha guiado: Los que encierran un orgullo loco; los que se sienten azotados por un odio ciego; los que anhelan un lucro imaginario.

La primera y la tercera categoría tienen un gran punto de semejanza y, a mi entender, podrían reunirse en una sola. Anticipadamente diré que es de esas dos de las que quiero hablar, al menos por ahora. La segunda la dejaré de lado pues, si es verdad que de ella casi no puede prescindirse cuando se habla de Magia Negra, no es, sin embargo, la base de las experiencias que, en una época, diéronme vuelta la razón y que hoy se transmutan en este libro.

Ese punto de semejanza consiste en lo siguiente:

Los magos de una y otra categoría van tras un mismo fin que es el de aumentar desmesuradamente la vida, no tanto como duración sino como intensidad, y esta sensación dirigida sobre todo a la sensación.

La diferencia entre los dos grupos estriba sólo en que los primeros desean, ante todo, la admiración y el adulo de sus semejantes; los últimos sólo se preocupan de gozar ellos mismos, sépanlo o ignórenlo los demás. El punto común subsiste siempre: vivir desordenadamente, intensamente, sin preocuparse de atajo alguno. Son, en resumen, todos sus actos, "el ansia de sensación en un corazón totalmente egoísta"; sólo que los unos quieren que el fruto de sus ansias, explayado ante el vulgo, deje a éste asombrado ante tamaños goces y poderes y le envidien, entonces, con temor... y que lo otros quieren que el suyo nadie lo conozca para, sin ser perturbados, poder gozarlo hondamente en un rincón oculto.

Ser adepto de cualquiera de las tres categorías, basta para perder a un hombre. Cuando la semilla de uno de esos males ha echado sus raíces en el corazón, creo que es sólo cuestión de tiempo el aniquilamiento moral.

No leí más. Ya el silencio empezó a rondar cerca de mí. Llamé a Tomba. Se sentó a mi lado, en el diván de mi escritorio. Con palabras, que nos venían de tarde, recordamos nuestra ida al Bar Dana. Luego le hablé del Bar Celona y del lejano Bar Baridad. El sueño nos invadió con lentitud. Nos fuimos a acostar.

¡Teodosia!

He recibido un radiograma desde el barco que la trae. Decía: "Llegaré martes Noriol abordo Batracio. Espérame Tomba Lorenzo". Luego venía su firma. Lo agité y lo agité; corrí a mostrárselo a Tomba; luego bajé a ver a Lorenzo. El lunes, por la tarde, nos hallábamos en nuestro puerto: Lorenzo Angol, Tomba Montbrison y yo. Al día siguiente veíamos acercarse lentamente al Batracio. Atracaba. Los abrazos, los gritos de bienvenida y, momentos más tarde, entrábamos al Hotel Oceánico. En aquel instante, es decir, en el que Teodosia se sentaba en su silla, nosotros en las nuestras y pedíamos el almuerzo en la habitación que le habíamos reservado, eran las 12 y 37 minutos de la tarde. No sé por qué doy este dato. Pero, ¡estábamos con ella y ella reía! Se me figuraba que otra vida empezaba, que otro mundo ella traía, sí, otro mundo que ahora íbamos a compartir.

Almorzamos con un apetito feroz; almorzamos erizos y, luego, langosta. Nos repetimos varias veces. Yo decía, a cada segundo: "¡Viva Teodosia Huelén!" Tomba reptía: "¡Viva Teodosia Huelén!" Lorenzo repetía: "¡Viva Teodosia Huelén!"

Nos contó su peregrinación a Samarinda, allá en la isla de Borneo; su peregrinación en línea recta, ya que esta línea es la unión más corta entre dos puntos... Pero nos contó, también, lo que ella significa aquí en la Tierra. Es mejor dejarla hablar. Trataré de explicar, lo mejor que me sea posible, cuanto nos dijo. Tanto Tomba como Lorenzo, ¡y para qué decir yo!, escuchamos en completo silencio, salvo rarísimas interrupciones que hacía para aclarar algún punto.

¡Ea! ¡Habla Teodosia Huelén!

-¿Recuerdas, Ono, cuando nos separamos aquí en Noriol? Te veo aún, ahí en el bote, con una cara... ¡Uy, qué cara! Debes haber pensado que yo estaba loca de remate, ¿no es verdad? Eso me daba risa y me hacía quererte más. Como los quiero a todos ustedes. A ti, Lorenzo, te quiero mucho también. Y a ti, Tombita, te adoro. Por eso, en el radiograma que te envié, te dije que vinieras con ellos. Muchas gracias, mi Ono. Te las doy a ti, mi Tomba; a ti te las doy asimismo, Lonzo. ¡Cómo! ¿No sabían ustedes que yo lo llamo Lonzo? ¡Ono, Tomba, Lonzo! Sí, ya lo sé; tú me llamas Teo... Pero ustedes son tan ceremoniosos, tan pomposos con su solemne Teodosia. ¡No, no, no! ¡Se acabó ese nombre! ¿Cómo me llamo, Lonzo; cómo me llamo, Ono? ¡Eso es! Teo y Teo y no hay más.

Bueno, se sumergió Teo y no la viste más, Ono. En realidad, era imposible verme porque yo nadaba en línea recta y, como la Tierra es redonda... No tenías más que volver para acá.

El agua crecía y crecía junto a mí. Es decir, crecía sobre mí. ¡Oh, qué sensación! Se siente una especie de negación de la línea recta. Cualquiera diría que me iba hundiendo. Pero... no. Si no me hundía. Podía respirar tan bien, y mejor, que lo que ahora respiramos nosotros en esta habitación del Oceánico.

¿El agua? ¿Qué agua? ¡Ay, los hombres son lerdos para entender estas cosas! Tú sabes, Tom... ¡Sí, eso es! Te llamarás Tom, ¿no te parece? Sí, son lerdos porque son demasiado terrenos. Todo lo quieren ver como si estuvieran en la superficie. ¡Si hasta se extrañan de no encontrarse con conocidos a cada instante! Bueno, les voy a explicar este asunto de la respiración. Es muy simple, es simplísimo. Fíjense bien:

Respiren, respiren rítmicamente y por las narices. Hagan una inhalación profunda.

Con la boca cerrada, bien cerrada. ¡Muy bien! Ahora retengan el aire un rato, un ratito. Ahora... ¡súeltenlo por la boca! ¡Con rapidez, de un golpe! Hagámoslo de nuevo. Eso es; es perfecto.

Pero... ¿qué agua? ¿Y cuándo voy a los satélites y a las estrellas? ¿Creen ustedes que llevo una cantidad de aire en una valija? ¡No pueden zafarse de las ideas de aquí! Respirar es una cosa, Ono; una cosa, Lonzo. Y respirar es lo importante. El aire es otra cosa, es algo que existe aquí, nada más que aquí, para entretenerlos a ustedes. Si no hubiera aire... ¡uy, cómo se pondrían de furiosos! Se acostumbran demasiado a lo que han visto desde niños. Por eso, me temo, que nunca puedan ustedes abandonar este satélite ni por un segundo. A no ser..., a no ser...

¿Se los digo? ¿Sí? Bueno:

A no ser cuando mueran.

¡Uy, uy, uy! ¡Qué cara han puesto esos dos! ¡Fíjate, Tom, qué rostros de estupor! Pero, niños, niñitos míos, si morir...

No, no me pasará a otra cosa. Volvamos a mi nadar.

Nadaba yo a velocidad inaudita. No, ni los brazos ni las piernas, nada. Ellos estaban inmóviles. ¡Era la respiración la que me hacía avanzar a esas velocidades! Cada exhalación me hacía convertirme en un verdadero cohete, ustedes saben, de esos que ahora mandan al espacio y a la luna. Y cuando aspiraba... no, no era tanta la velocidad pero siempre, les aseguro, que no hay nada aquí, ni barcos, ni lanchas, ni peces, ni aves, ni nada, que pudiera igualarme.

Es lo que pensaba yo. Muy bien observado, Tom. Por rápidas que fueran estas velocidades, no podían compararse a las que empleo cuando voy a los mundos interestelares. En éstos es tal la velocidad que, puedo asegurarte, que es instantáneo el momento de mi llegada, por lejos que vaya, aunque vaya a Andrómeda, tú sabes, esa constelación con fama de ser de las más lejanas.

Pero déjame explicarte algo; claro está, óiganlo ustedes, mis amigos, también. Será un momento, nada más:

Tú conoces a Ouspensky, ¿no es cierto Lonzo? Tú también lo conoces, Ono. ¿Recuerdan ustedes lo que dice en *Tertium Organum*, cuando habla del Tiempo? Lo voy a repetir:

En ese mundo el TIEMPO debe existir espacialmente, es decir, los hechos temporales deben existir y no suceder, existir antes y después de su manifestación. Los efectos deben existir junto con las causas. Aquello a lo que nosotros llamamos "ley de causalidad" no puede existir ahí, porque el tiempo es una condición necesaria de ella.

¿Lo recuerdan? ¡Ay! Veo que ponen ustedes, Lonzo y Ono, unas caras de estupor... Naturalmente, yo no lo he leído ni pienso leerlo. Pero, ¿creen ustedes, Ono y Lonzo, que hay que leer para enterarse de todo? No, no, mis buenos amigos. Bueno, lo sé, lo sé. ¡No sean tan terrenos, por favor! Citaba esas palabras para ver las caras de ustedes, nada más. Ahora voy a citarles otras palabras, siempre de Ouspensky, siempre de *Tertium Organum*. Estas son más importantes. Óiganlas:

Ahí no hay nada que sea mensurable por nuestras medidas, nada que sea conmensurable con nuestros objetos, nada que sea "mayor o menor" que nuestros objetos. No hay nada que esté situado en el lado derecho o en el lado izquierdo,

arriba o abajo de uno de nuestros objetos. No puede haber nada que sea igual o semejante a nuestros objetos, líneas o figuras y que exista al mismo tiempo. *Puntos* diferentes en nuestro espacio, divididos para nosotros por enormes distancias, pueden reunirse ahí. La “proximidad” o la “distancia” se definen ahí por “afinidad” o por “lejanía” interna, por simpatía o por antipatía, es decir, por propiedades que, a nosotros, nos parecen subjetivas.

¡Claro está, Lonzo, claro está! Si alguna vez lo has leído, y sé que lo has leído muchas veces, tienes que acordarte de esas frases que he citado. Pero hablemos de mis viajes a las estrellas y, luego, hablemos de éste en línea recta que acabo de hacer.

¿Comprenden ustedes por qué razón mis idas a las constelaciones son casi instantáneas? ¡Aaah! ¡Muy bien! ¿Comprenderían ahora por qué ellas son, a veces, instantáneas?

¡Eso es! Medimos el tiempo de modo diferente. Cuando yo estoy en el tiempo de una lejanísima constelación... ustedes están aún, aún, midiéndolo con un reloj en la muñeca...

Luego dicen que he soñado... ¡Son preciosísimos ustedes! Pero en fin, con ese párrafo de Ouspensky, bastará para entender lo que es un viaje estelar. ¿No es verdad?

No, por cierto; no todo es goce en aquellos sitios. Hay, sí, hay momentos muy duros. Pero son de otra categoría que los que he sentido en este viaje a Samarinda. Por ejemplo, estaba yo el otro día, hace ya un cierto tiempo, en la constelación de Orión, en aquella hermosa estrella de Bellatrix. Allí me reposaba y, a la vez, soñaba. De pronto vi el pensamiento y el dolor humanos que llegaba hasta mí y seguía girando por entre soles y estrellas. Llegaban a una velocidad mayor, cien o mil veces mayor, que la velocidad de la luz. Era algo instantáneo el viaje que hacían a través del universo. Se mezclaba, esta onda dolorosa, con otras y otras ondas más. En ellas se retorció. ¡Oh, créanme que era un verdadero horror contemplarla! Y allá, allá en la Tierra, en esa tan lejana Tierra –pensé–, los humanos sufrían atribuyendo sus sufrimientos a una causa cualquiera, a una de esas pequeñitas molestias que, como escarabajos, se nos meten a diario por todas partes.

Luego esta onda de dolor bajaba. La vi, ¡ya lo creo!, la vi descender. Y una especie de intuición me hizo sentir, con una realidad asombrosa, este dolor introduciéndose en cada una de estas ínfimas entidades que somos.

Peró, de todos modos, era algo grande, algo gigantesco, poder ver, con aquella claridad estelar, los martirios nuestros; sobre todo, me consolaba, comprender que lo que siente un humano cualquiera tiene su resonancia a esas distancias fabulosas.

Aquí, no. Aquí, moviéndome como una bala bajo las aguas, la cosa iba cambiando. El ambiente se empequeñecía, se reducía. Me pareció, en un momento, que yo tan sólo existía ajena a los seres que me habían rodeado.

¡Nada de ecos dolorosos! ¡Nada de ecos de alborozo! ¡Nada de un suceder lejano a nuestros sentimientos!

Era lo pequeño, era la reducción de cuanto antes se dilataba por el espacio. Así, reducida, como una pulga, ¡qué!, como un microbio, me detuve al tocar fondo. Me detuve y miré para todos lados. Miles, millones de algas me rodeaban. Había también otras especies de plantas submarinas, pero yo no me preocupaba de ellas. Miraba y miraba, de pie sobre una roca bastante arenosa. Al fin llamé:

–¿Hay alguien?!

Nada, nada. Hasta que, de pronto, se presentó un hipocampo. No, no, no era chiquitín como los que se conservan aquí; era, se los puedo asegurar, grande, enorme. Tendría mi porte, más o menos. Sé que no soy muy alta, lo sé; tú, por ejemplo, Tom, eres más alta

que yo. Pero para un hipocampo... ¡Figúrense! ¡Y qué gallardía, qué garbo mostraba en todos sus movimientos! Imagínense que me hizo una reverencia llena de *donaire*. Naturalmente, se la contesté y, luego, le expliqué mis intenciones. No tuve que hablar mucho. Él, sencillamente, me dijo:

—Por aquí.

Y avanzó. Yo seguí tras él.

Luego me indicó, haciendo un movimiento con la cabeza, un alto de rocas. Me hizo otra reverencia y se alejó.

Las miré, las miré mucho esas rocas. En verdad no veía nada, nada extraordinario en ellas. Me preguntaba qué había querido decirme el hipocampo al llevarme hasta allí...

¡Cómo, mi buen Ono, cómo! ¡Ya vuelves, nuevamente, con tus cosas terrenas! ¿Hablar, dices tú? Y veo que también Lonzo se formula la misma pregunta que tú. Sí, mis queridos amigos, sí, claro está: hablábamos, pocas palabras, es cierto, pero hablábamos. No sé si usábamos las mismas palabras que ahora usamos para entendernos, ni siquiera sé si era aquello transmitido por las ondas del aire como es nuestro medio de transmitir el sonido. No lo sé. Pero hablábamos y nos entendíamos perfectamente. Ya les digo a ustedes que el hipocampo me dijo: “Por aquí”, o algo que tengo que traducir de este modo.

Bueno, les decía que se alejó y que yo quedé tratando de encontrar qué me había querido indicar. En eso estaba cuando apareció, de entre las sinuosidades de esas rocas, un pulpo un pulpo como todos. No, no era monstruoso, no. Un metro, o un metro y veinte o treinta, a lo más. Este no hablaba o, al menos, no habló conmigo. Se limitó, exclusivamente, a mostrarme, con uno de sus tentáculos, un orificio de las piedras y se alejó a su vez. Me dirigí a él y pronto me apercibí que había allí una gran hendidura, alta, alta, más alta que el techo de esta habitación donde ahora nos hallamos. Por ella me metí. Me costó cierto trabajo meterme por ella pues, su entrada, era demasiado angosta. Pero, en fin, me metí y avancé.

¡Una cosa curiosa, amigos míos! ¡Ya no había agua allí dentro! ¡Ni una gota, ni una gota de agua! El agua había quedado atrás sujeta por algo, por alguna rara substancia que impedía su paso y no se interponía al paso de cuerpos más sólidos como es el nuestro.

No, no estaba mojada, en absoluto. Seca, seca, como estamos todos ahora. Así, pues, seca, me encontré en una especie de larga galería, de una galería sinuosa, diría, caracolante. Caminé por ella. ¿A qué velocidad, me preguntas? No era, por cierto, la velocidad que mi respiración me había dado en el mar. Pero, calculando el tiempo que tardé en volver a ver el mar, allá en el estrecho de Makassar, ustedes deben saber, donde se halla Samarinda, tengo que haber caminado a buena, muy buena velocidad.

Les ruego a los dos, a ti Lonzo y a ti Ono, que no se pongan a hacer comparaciones ni cálculos de velocidad alguna. Tal vez ni con un auto de carrera me habrían podido alcanzar. Pero yo, para mi modo de ser, caminaba con lentitud. ¿Me entienden?

Naturalmente, iba desnuda todavía. Y, lo que es curioso, esto me molestó. ¡Nadie, nadie! ¿Quién podría haber en esas profundidades? Ya les digo: nadie. Y la temperatura era agradabilísima; ni frío ni calor. Pero me sentí molesta. Hasta que, de pronto, vi lo que buscaba, lo que, de verdad, ansiaba: un algo con qué cubrirme.

¡Un manto, un gran manto! Colgaba de una punta de roca y, a sus pies, un par de sandalias... Todo ello me venía a la más completa perfección. ¿De quiénes habían sido? No lo sé. Alguien, digo yo, que había estado antes que yo caminando por ese mismo derrotero... Tal vez ha intuido mi viaje, entonces... Pero no nos vayamos a otras cosas. El

caso es que me los puse, tanto el manto como las sandalias, y quedé bien a mis anchas. ¡Uy, si parecía una romana envuelta en su toga! ¡Era algo perfecto, sí, perfecto! Y, entonces, seguí mi camino.

Aquí viene el problema, amigos míos. Porque, ¿adónde, adónde me conducía esa galería? Podía ella torcerse, a la derecha como a la izquierda; podía bajar y enterrarse en las profundidades de esta Tierra; podía subir y volver nuevamente al mar... ¿No es cierto? Pero, no. Se iba extendiendo a medida que yo avanzaba; se iba abriendo, se iba volteando a un lado y a otro. A veces era baja, muy baja, tanto que tenía yo que agacharme para poder cruzarla; luego era alta, muy alta, unas diez veces más alta que esta pieza. Yo marchaba, créanmelo, feliz. Hasta que oí un canto, un canturreo, eso que se entona cuando nuestra mente está en otra cosa. No, no me asusté, ni para qué decirlo. Por el contrario, yo canté a mi vez. Entonces, al oír mi canto, él avanzó hacia mí y nos vimos. ¿Quién sería? ¿No lo adivinan? Fíjense que ya estaba yo a varios miles de kilómetros bajo la superficie, esta superficie donde a ustedes tanto les gusta vivir. ¿No ven quién era, no ven al habitante de esas profundidades?

¡Claro está! ¡Él era! ¡El tan insigne de Palemón de Costamota!

Lo vi y me eché a reír, a reír a gritos. Porque estaba con una indumentaria... ¡uy! Era para desternillarse de la risa. ¿Cómo era ella? Era ¡igual a la mía, idéntica! Una gran toga, una toga clara, casi blanca; sandalias atadas a las piernas por lazos que venían a anudarse cerca de las rodillas. Sonreía Palemón. Tiene una sonrisa francamente atrayente. Se envolvía y se desenvolvía en su gran toga; lo hacía con donaire, con elegancia. Tanto, que lo imité y me puse a envolverme y a desenvolverme en mi toga. Este juego nos llevó a la más franca hilaridad. Y, para poder reír mejor, nos sentamos, lado a lado, en unas rocas blandas como un sofá. De pronto me preguntó:

—¿Querría usted, oh, bella Teodosia, nutrirse un poco?

Le contesté de inmediato:

—¡Claro, claro está! No me había fijado que tenía hambre; pero ahora que me lo insinúa usted, ¡claro está!, no quiero otra cosa que comer algún bocado.

—Aquí los tiene usted, tantos bocados como desee.

Y, de entre su toga, alargó una serie de los más variados y sabrosos emparedados que sea posible imaginar. Tomé uno y me lo eché a la boca; él hizo otro tanto. Y, es el caso, que así dimos fin a ese banquete improvisado en las honduras de esta Tierra.

¡Rico, riquísimo! ¡Como estos erizos y esta langosta!

—¿Y qué hace usted aquí, Palemón? —le pregunté.

Me miró un rato; luego me repuso:

—Vigilo.

—¿Y qué vigila usted en estas soledades?

Me respondió con mucha amabilidad:

—Que todo se cumpla, que no quede nada sin cumplirse, nada de nada. Porque, creo yo, entiendo (sus ojos se llenaron de malicia), que es usted, Teodosia, una ferviente cristiana, ¿no es así? Sabrá, entonces, aquello de la jota y la tilde, aquello que jamás perecerá... Usted lo sabe, por cierto. En eso estoy yo: vigilando que todas las cosas se cumplan, todas, sin excepción alguna. Para ello he hecho construir estas galerías, estas largas galerías subterráneas. ¿Cree usted que son rocas todas éstas? No, mi amiga, no lo son. ¡Curioso sería un infierno hecho de rocas! Pueden parecer rocas mas no lo son. Son..., son... ¿No querría usted comer otro bocadito?

Le contesté:

—No, muchas gracias. Lo que ahora quiero es saber qué son estas rocas subterráneas. Alzó una mano de dedos filudos; hizo con ella un gesto que abarcaba todas las galerías posibles, y exclamó:

—¡Son las almas de los que cumplen la ejecución de las jotas y de las tildes! ¿Me ha comprendido usted?

—En verdad —le respondí— no le he comprendido gran cosa.

Él, entonces, se acicaló su largo bigotillo. Porque llevaba un bigotillo largo, larguísimo. No lo había notado al principio pero ahora lo veía con toda claridad. Luego me explicó:

—El Tiempo trabaja conmigo. Mejor dicho, yo trabajo con el Tiempo. Yo hago que la vida suceda, de niñez a vejez, en un instante; o hago que ella sea duradera como una eternidad. Yo hago nacer a un individuo y lo observo. Un individuo... ¿Puede llamarse individuo a un montón de instintos sanguinarios y feroces que en él se han dado cita? Muere esta especie de individuo, ¡oh, como los hay por miles, por millones!, muere y yo, entonces, lo traigo para acá y aquí hago que se repose, un pequeño reposo, un descanso que apenas ha de durar cientos de millones de años... o de siglos, si usted prefiere, mi queridísima Teodosia. Aquí, en estas profundidades, el individuo en cuestión se transforma en una roca, sí, en una roca, y se impacta en estas galerías. Usted me comprenderá, mi dulce damisela, que es asunto de eso de las jotas y las tildes... Tienen, todas ellas, que dar su fruto, tienen que verificarse. ¡Cuestión de tiempo y nada más que de tiempo!

—Pero, Palemón —le dije yo—, ¿cuestión de tiempo, ha dicho usted? Según lo que he leído o he oído, no lo sé a punto fijo; en todo caso es de personas que saben una enormidad en estas materias, el tiempo es inexistente, es, como quien diría, una mera ilusión nuestra. Y usted, ¡soberano de los Infiernos!, recurre a esa inexistencia para castigar... No lo comprendo.

—Teodosia, Teodosia mía —me dijo con un aire de profunda compasión—, usted siente el tiempo; sus amigos y amigas sienten el tiempo; todos sus conocidos lo sienten; todos los que habitan esta Tierra lo sienten también. Y lo han sentido los que por aquí han pasado, como lo han de sentir los que por aquí han de pasar. ¿No es verdad? Luego él... (se puso solemne, terrible) ¡existe!

—¿Que haya filosofías que digan esto o aquello? Bien, que digan cuanto quieran decir. Pero yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos, ¡todos!, lo sienten. Luego existe... para los fines que yo me propongo en este mundo.

—Alargo y alargo el tiempo en los dolores; lo acorto y acorto en las dichas... Al mismo tiempo canto. ¿Me oye usted? ¡Canto a voz en cuello! Canto la canción del... Óigame usted bien: “La Canción del placer y el dolor”. En esta canción, cada momento de placer dura inmensidades; cada momento de dolor, dura apenas unos segundos. Y todos los humanos, desde que el mundo es mundo, añoran y cantan, a su vez, esta canción.

—Entonces guiño un ojo. Susurro al oído: “Yo puedo conseguir esta bonanza..., yo puedo conseguirla...”. Muchos, muchísimos me obedecen y vienen conmigo. ¿No lo cree usted? Vea a esos humanos siempre contentos, siempre dichosos... La mayoría ha firmado un pacto conmigo. Yo no tengo más que ocultarles, cuanto me sea posible, el arrepentimiento; nada más. Ya me jugó una mala pasada aquel doctor Fausto. Porque se arrepintió a tiempo, el maldito, se arrepintió. Si no se hubiese arrepentido... ¡ah, Teodosia, ahora podría verlo usted, ahora mismo!

Le pregunté algo alarmada:

—¿Verlo? ¿Yo? ¿Dónde podría verlo?

Se inclinó hacia mí y me murmuró:

—Aquí, en esta galería, formando parte de estas rocas, de estas tremendas rocas que han de esperar y esperar y esperar que pasen siglos de siglos de siglos para dejar de ser lo que ahora son y convertirse en algo, en un poquito más de lo que ahora son.

Y Palemón de Costamota se puso a bailar como un loco. Un muy lindo baile, créanmelo ustedes, muy lindo. Yo, entusiasmada, me puse a golpear las manos y a tararear la música que él entonaba. De pronto se detuvo y me dijo:

—Este baile, esta pequeña danza, les trae reminiscencias a estos petrificados en la inmutabilidad de estas piedras. Sí, les trae reminiscencias de aquellos momentos en que gozaron en la vida. Así hago yo, de las dichas pasadas, un instrumento de dolor presente. Pero está la jota y la tilde que laboran conmigo. Toda tendrá que cumplirse con... ¡lentitud! Con lentitud que se desenvuelve en ése... ¿no existir del tiempo?, en ése mil veces y real existente del tiempo.

“¡Ja, ja, ja! ¡¡Ja, ja, ja!! ¡¡¡Ja, ja, ja!!!

Así rió Palemón de Costamota durante un tiempo que me pareció interminable. Por fin se calmó y, nuevamente, se puso obsequioso. Me preguntó:

—¿Puedo servir en algo, mi bella Teodosia?

Le contesté, también con la mayor amabilidad que pude:

—Quiero proseguir mi viaje a Samarinda.

—Inmediatamente lo seguirá usted. Le daré una buena, muy buena compañía. Un momento, por favor. (Y lanzó un agudo, un agudísimo silbido.) Ahora vendrá y le será un agrado sin límites acompañarla a usted.

En efecto, a su llamado, apareció Tadeo Lagarto. Ustedes lo conocen o, mejor dicho, lo han conocido. ¿No es verdad? Vivía aquí en San Agustín de Tango. ¡Cuentan tantas cosas sobre él! Yo no sé si creerlas o no creerlas. Un día murió y fue enterrado. Pero él continúa tan fresco como antes, apareciendo y desapareciendo. Allí apareció. Se tocó el ala del sombrero al ver a Palemón. Éste le explicó de qué se trataba. Oyó y ni siquiera me miró. Sólo dijo:

—Bien. Vamos.

Nos pusimos en marcha y nos separamos de Palemón. Le pregunté a este medio vivo y medio muerto de Tadeo:

—¿Faltará mucho para llegar?

Me respondió sin levantar la vista:

—Cuestión de veinte minutos de marcha apresurada. Cuestión de media hora con marcha más lenta.

—¡Pero cómo! —grité— En tan poco rato nos hallaremos en el estrecho de Makassar, en tan poco rato... ¿Es posible?

Contestó:

—Sí.

Y seguimos nuestra marcha. Algo revoloteó en mi mente, algo de lo que les cité de Ouspensky y algo de los relojes. De pronto Tadeo se detuvo y me dijo:

—Ya estamos. Adiós.

La galería había terminado, la galería se perdía hacia atrás. Frente a mí tenía el agua, el agua de aquel estrecho. Pero la tenía a cierta altura, es decir, la miraba yo *por debajo*. ¿Me

entienden? El terreno en que yo estaba subía poco a poco, de modo que muy pronto sentí que mis cabellos se mojaban; luego se mojó mi frente y se mojaron mis ojos; luego, toda la cara; luego me fui sumergiendo en esas aguas, de arriba para abajo. Me detuve un pequeñísimo instante con los pies en seco y todo el resto de mi cuerpo sumergido. Di, entonces, un salto y... me encontré de lleno en las aguas del mar.

Nuevamente estaba desnuda, completamente desnuda. Nadé y nadé y llegué a un islote pequeñito. En él me cobijé y miré para todos lados. En eso estaba, cuando una voz me dijo:

—Señorita Teodosia, yo soy un ser precavido y muy amable con las beldades que encuentro a mi paso. Tome usted esta pequeña ofrenda mía.

Era Palemón de Costamota, ¡otra vez!... Me alargaba un maletín.

—Él hará juego, lo que hay dentro, con la toga y las sandalias que le ofrendé allá bajo las aguas, allá en la línea recta.

En el maletín había todo lo necesario para vestirme y, ya lo creo, para vestirme muy bien. Palemón había desaparecido. Allí estaba feliz con mi nueva toilette, cuando apareció una lancha automóvil llena de gente. Nos saludamos, con esa gente. Eran hombres y mujeres, creo que holandeses; lo creo por el idioma que hablaban. Me invitaron a subir con ellos a la lancha. Subí y nos alejamos a..., a... ¡Naturalmente! ¡A Samarinda!

¿Se dan cuenta ustedes de mi felicidad al ver que la lancha para allá se dirigía? Claro está, me habría sido igual llegar a otro punto de Borneo, pero, pero yo me había fijado como punto final de mi excursión este puerto de Samarinda y... ¡a él llegaba!

¡Qué día tan hermoso fue aquel! Me debo haber embarcado ya algo tarde. El Sol se iba a poner. Intimé de inmediato con estos holandeses que, por lo demás, hablaban algo de francés y de inglés. Así es que nos pudimos entender. Ellos me tomaron por una residente de Samarinda; yo les dije que esperaba un buquecito que, a diario, hace el trayecto; que prefería irme con ellos y con ellas; que se los agradecía tanto; en fin, nos dijimos cuanto había que decir. Entonces se pusieron a cantar, hombres y mujeres. Yo miraba el mar. ¡Qué lindo estaba! Lo miraba e introducía mi mano en sus aguas. Lo hacía como para cerciorarme de que era el mar. Porque, allí y en aquel momento, estaba cubierto, en toda su superficie, por una enorme y finísima capa de celuloide que ondulaba a influjos del agua que cubría. ¡Era algo encantador! Salió, de pronto un pez volador; luego salieron dos y tres, ya no sé cuántos. Volaban y se sumergían nuevamente. El celuloide se encrespaba un poquito, se arremolinaba un poquito, y volvía a ser ese manto fino que parecía flotar sobre las aguas.

Llegó, por fin, la noche. Nos metimos, las mujeres, a una cabina; los hombres se acomodaron en cualquier parte. Y empezó, a lo lejos, muy lejos, una tremenda tempestad. Salimos de nuestra cabina para verla. ¡Uy, qué de truenos ensordecedores! Les juro que sentía miedo con sus estampidos. ¿Les extraña que, por unos simples truenos, pueda sentir miedo la valiente compañera de ese Palemón y de ese medio vivo de Tadeo Lagarto? ¡Y los relámpagos! ¡Eran verdaderas llamaradas, eran inmensos fogonazos en el cielo! Y se sucedían los unos tras los otros, sin interrupción. ¡Oh, había tantos y tantos relámpagos que ya no había dónde ponerlos!

Pasó aquello, pasó. Allá lejos divisé todavía uno que otro resplandor que se alejaba. Pasó.

Entonces respiré, respiré. ¿Han sentido ustedes lo que es respirar toda una atmósfera de aire puro, purísimo? ¡Qué aire maravilloso el de aquella noche! ¡Aire lleno de oxígeno, de sal y electricidad!

Al fin entré, junto con una compañera que había estado conmigo durante aquellos espectáculos, entramos a la cabina, nos acomodamos y nos dormimos.

Al día siguiente, de alba, llegábamos. Me despedí de mis tan buenos compañeros y... ¡heme en Samarinda!

¿Qué les puedo contar de esta ciudad? En realidad, nada. A mí no me place el turismo. Cuando ya se tiene en las venas la obsesión de ir a los espacios interestelares, se encuentra el mundo terrestre demasiado minúsculo.

Samarinda... Bueno, es una ciudad como las hay tantas en el planeta. Hay en ella gente que lo pasa muy bien, hay gente que se aburre, gente que trabaja, gente que no hace nada, gente que goza y gente que es desgraciada. Hay sanos y enfermos. Hay que fallecen y, entonces, se les lleva al composanto. Hay quienes siguen los funerales y, entre éstos, hay quienes lloran y quienes van a ellos por educación social. En fin, amigos, es la lata de las latas. Es como... —¡no se enfaden, Lonzo y Ono!— es como San Agustín de Tango.

Por cierto que averigüé todo lo que pude. Hasta me ausenté de la ciudad. Fui a Balikpapan y lo recorrí preguntando a todo el mundo por la existencia de los Borneo. Nadie los conocía. Algunos me miraban con ojos abismados; otros alzaban los hombros; otros me escuchaban, pensaban y, al fin, nada sabían. Me interné por el río Mahakan, ustedes saben, donde se halla Samarinda; me interné por él hasta Longiram... Lo mismo; no obtuve dato alguno de importancia.

¿Por qué digo "dato de importancia"? Se los diré:

Fue en Longiram, una mañana. Vi, de pronto, pasar un entierro. Se me ocurrió preguntar a quién enterraban. Un señor me lo dijo, pero como vio cierta tardanza en mi comprensión, sacó un diario que llevaba en el bolsillo y me mostró la defunción de ese sujeto. Vi y era un tal Bornecht. Inmediatamente hice las averiguaciones del caso y me puse en campaña. ¿Qué saqué en limpio? No, no se rían de mí, por favor. Saqué en limpio que ese señor Bornecht había muerto a la edad de 78 años y que no se le conocían descendientes de su mismo nombre. Es todo, amigos míos.

Total, decidí regresar. Creo que tú, Ono, no tienes ascendencia alguna allá en Borneo. Tal vez, tal vez, puede ser así. Tal vez tu nombre sea de origen gallego. Por lo demás, no creo que ello te interese mayormente, ¿no es verdad? Claro, claro. A mí tampoco, créemelo. Pero tenía que ir lejos y *aquí en la Tierra*. ¿Para qué? Óiganmelo, amigos míos:

Quería introducirme a grandes honduras. Quería empezar a averiguar cómo es el interior. Pretexto: la línea recta... y tú, mi querido Onofre Borneo. Quería saber si la temperatura aumentaba en forma terrible; si hay fuego aquí en el interior.

Pero luego vi, vi con toda claridad: esa toga esas sandalias que me ofrendó tan gentilmente el Palemón de Costamota, más esos emparedados con que me atiborró... Hmmmmmm... Todos ellos alguna cosilla tenía que insinuaba contra las temperaturas demasiado elevadas. No lo dudo, no lo dudo. ¿Sus designios? No lo olviden, no lo olviden: es un dogma de la Magia Negra, de los frailes y de los Palemones y demás: ocultar la finalidad que llevan entre ceja y ceja.

Total, empecé a aburrirme allá en Borneo. Soñaba con una estrella, con una cualquiera, soñaba con el Sol, con nuestros planetas. Pero no podía despegarme de aquí de la Tierra. Al fin, ya bien hastiada, me senté sobre la línea del Ecuador, donde cruza el río Mahakan. Luego sentí que la fuerza centrífuga —que ahí, en el Ecuador, es la máxima que se puede sentir— obraba sobre mí, mejor dicho, estaba dispuesta a prestarme su ayuda.

—¡Muy bien, espléndido! —le dije—. ¡Aprovecharé tu buena voluntad! ¡Llévame, llévame hacia mi continente!

Me elevé recta hacia las alturas. Una vez, en lo alto, me dejé arrastrar. Y así vi perderse, poco a poco, esa isla de Borneo, esa isla donde, parece, no hay ningún antepasado tuyo, mi buen Ono. Sí, tu apellido debe venir de Galicia o de Asturias. Creo que recuerdo haber oído hablar de unos Borneo oriundos de Oviedo. Tal vez así sea; no lo sé.

Pero estaba fatigada con esta famosa línea recta. Así es que atravesé océanos y más océanos entre dormida y despierta. Dejaba que esa fuerza centrífuga golpeará sobre mí. Así me vine para estos lados. Claro está, algo pensaba, algo recordaba. ¡Oh, esa galería, esos humanos que han de empezar nuevamente desde su calidad de rocas...! Y ese Palemón que los vigila, que ve el desarrollo de su existir con una lentitud inconcebible para nosotros, una lentitud abrumadora...

Así, una noche, llegué a Quito. Luego me dirigí, por tren esta vez, como todo el mundo, a Guayaquil. En este puerto fondeaba el Batracio que zarparía pronto para Noriol. Lo tomé y en él me embarqué.

Me sentía aún llena de la influencia, diré, satánica que me había dado Palemón de Costamota; también la que me había dado el medio vivo de Tadeo Lagarto. Pero, pero... ¿qué quieren ustedes? Tenía que someterme a sus voluntades. Si no me sometía, pues perdía mi maleta; sin más, la perdía. Recuerden que partí hacia bajo la Tierra sin llevar nada, nada de nada. Y, además, esa maleta, esa, al parecer, pequeña maleta era una maravilla, diré, milagrosa. ¡Qué de cosas había en ella! En vano las sacaba... y otra vez estaba llena. Figúrense que había ¡hasta dinero! Sí, sí, dinero constante y sonante. Comprenderán ustedes que pude tomar mi pasaje abordo y ser recibida como una reina.

Sí, pensé venirme en avión. Me habría ahorrado muchos días de lenta navegación. Pero oía una continua voz que me aconsejaba. No, no era un voz palemónica, ¡qué esperanza! El doctor Pitrufluén diría que era una voz de la subconsciencia. En fin, ¡vaya a saber! Me decía esta voz:

“Teodosia, no te alejes demasiado de esta Tierra, ni por los aires ni bajo su superficie. ¡Anda pegada, eso es, pegada a la Tierra...!

Entonces, un barco era lo mejor. Por eso, pues, tomé ese barco, el Batracio y, en él, me vine. Fue un viaje agradable, francamente agradable.

Medité mucho, mucho, en él. Iban, sobre todo, mis meditaciones, a ese hombre, ustedes saben; claro, claro, a Palemón de Costamota. Sin duda, ese hombre quería ser amable conmigo, ser amabilísimo. Yo me decía, tendida en mi silla de abordo:

“Algo ha de traer en sus adentros. Ha de decirse que un cliente más es siempre una buena cosa...

¿No lo creen ustedes? Pero, en el fondo, me divertía ver esos esfuerzos inútiles del bueno de Palemón. Yo sé demasiado de estas cosas, de esta vida y de las otras, para dejarme coger. Él, tal vez, me cree una pobre ingenua. Pero, ¿qué podría hacerme el Palemón si yo estoy en buena plática con Saturnino? Y piensen que Saturno está bastante lejos de aquí; me basta con ir a Venus, es decir, aquí al lado. Ahí veo a Botticelli y veo a Tañhauser... ¿Qué más me da el Palemón?

No; Teodoro Yumbel no supo aprovechar su destierro a ese tan lindo y tan nebuloso planeta. Pensaba demasiado en el castigo que le habían infligido.

Bueno, veremos si otra vez estoy con mayores ánimos y me resuelvo a sumirme en esta Tierra. Por ahora añoro las bellas estrellas, sólo sueño en ellas...

¡Ellas son mi verdadero ideal!

TOMO II

27

—Habla, Florencio Nalagua, habla por favor! Poco, muy poco me importa el contenido de tu voz, y el ambiente que ella crea, lo que, de verdad, anoro.

Tal ha sido el pedido que hay permanentemente en mí. He oído hablar... He oído lo he oído en su casa; en la plaza Dominus Yohánni, bajo los castaños, en el restaurante del restaurante de la Basílica, aquí en mi casa; en el Museo de Bellas Artes, en casa de S. J. Ángel, aquí abajo.

Nos hemos encontrado varias veces. Hemos depaño que la ciudad para y para bajo nuestros pies. Hoy he querido hacer memoria y anotar lo que de estas largas y breves conversaciones me ha quedado. Lo anotaré mal, sin duda. Mis anotaciones no dicen lo que se encierra en sus frases. Porque... para un tipo, un tipo, un tipo... He hecho algunas anotaciones que he hecho de sus palabras; puede ser que ellas sean... realmente lo dicho por él. Pero —como anotaciones— podrían servir... cualquiera que se engulle en las materias tratadas por él.

Como sea, transcribiré sus recuerdos. Ya se verá que se trata de palabras de sus palabras después de pasar por el tamiz de mi memoria y de mi capacidad de transcripción.

[Habla, Florencio Nalagua, habla por favor!]

—Sí, hemos vivido eternamente y viviremos eternamente. ¿Por qué, entonces, no guardamos recuerdo alguno de lo vivido? Sí, lo guardamos pero de otro modo.

Nuestro recuerdo *total* es lo que sabemos sin haberlo aprendido aquí. Es esa intuición con certeza; es nuestro temperamento; es nuestro modo de ser.

Hay un error en esto de las "reencarnaciones". El error es creer que vamos nosotros mismo los que vamos a seguir viviendo. ¿Qué somos "nosotros mismos"?

Somos lo aprendido aquí, lo que un día no sabemos y al día siguiente, lo sabemos. Porque nos lo han dicho o lo hemos leído. Aquí está el error. Basta pensar sobre el hecho de "ser vivos", pensar en "el arroyuelo pensante" de Pascal. Nuestra vida es eterna, sin principio ni fin. Pero no se desenvuelve en línea recta. Es el "arroyuelo" al que se confunde. Pensemos ahora en la reencarnación. ¿Podrá negarse? No, pero no hay que creer que ella sea la continuación de esta vida, con lo que se aprendió en esta vida. No es la misma vida de esta vida.

El hombre teme, sobre todo, a la soledad. Temor de ser un ser que parece como él, no encontrar compañeros y amigos, ser ignorado por los demás.

[Sentirse solo! —es el temor de sentir que se ignoran.]

Hay que afrontar esta soledad, esta ignorancia, vencer lo que creemos de los egógrafos.

No podemos imaginar hasta que pensemos en nosotros mismos a ellos. Lo que, a menudo, creemos que es nuestra voluntad lo que lo creemos, no es más que la voz, la voluntad de los egógrafos. Y nosotros les obedecemos por miedo a nuestros deseos de hacer de esta vida de aquella manera.

—¡Habla, Florencio Naltagua, habla por favor! Poco, muy poco me importa lo que digas. ¡Es tu voz, y el ambiente que ella crea, lo que, de verdad, añoro!

Tal ha sido el pedido que hay permanentemente en mí. He oído hablar a Naltagua, lo he oído en su casa; en la plaza Dominus Vobiscum, bajo los castaños; en el Bar Azul; en el restaurante de la Basílica; aquí en mi casa; en el Museo de Bellas Artes; en casa de Lorenzo Angol, aquí abajo.

Nos hemos encontrado varias veces. Hemos dejado que la ciudad pase y pase bajo nuestros pies. Hoy he querido hacer memoria y anotar lo que de estas largas y cortas conversaciones me ha quedado. Lo anotaré mal, sin duda. Mis anotaciones no darán lo que se encierra en sus frases. Porque... ¡vaya un tipo, un tipazo, este Florencio! He leído algunas anotaciones que he hecho de sus palabras; puede ser que ellas transcriban fielmente lo dicho por él. Pero —como anotaciones— podrían atribuirse a cualquier otro, a cualquiera que se engolfé en las materias tratadas por él.

Como sea, transcribiré mis recuerdos. Ya se verá qué se logra, qué se obtiene de sus palabras después de pasar por el tamiz de mi memoria y de mi capacidad recordativa.

¡Habla, Florencio Naltagua, habla, por favor!

—Sí, hemos vivido eternamente y viviremos eternamente. ¿Por qué, entonces, no guardamos recuerdo alguno de lo vivido? Sí, lo guardamos pero de otro modo.

Nuestro recuerdo *total* es lo que sabemos sin haberlo aprendido aquí. Es esa intuición con certeza; es nuestro temperamento; es nuestro modo de ser.

Hay un error en esto de las “reencarnaciones”. Él estriba en creer que somos *nosotros mismos* los que vamos a seguir viviendo. ¿Qué somos “nosotros mismos”?

Somos lo aprendido aquí, lo que un día no sabíamos y, al día siguiente, lo sabemos. Porque nos lo han dicho o lo hemos leído. Aquí está el error. Basta pensar sobre el hecho de “ser vivos”, pensar en “el arroyuelo pensante” de Pascal. Nuestra vida es eterna, sin principio ni fin. Pero no se desenvuelve en línea recta. Es el “tiempo” el que nos confunde. Pensemos ahora en la reencarnación. ¿Podrá negársela? No. Pero no hay que creer que ella sea la continuación de esta vida, con lo que se aprende a diario. Ella no es la *continuación* de esta vida.

El hombre teme, sobre todo, a la soledad. Teme no encontrar gente que piense como él, no encontrar compañeros y afectos, por lejanos que se hallen.

¡Sentirse solo! —es el terrible temor que presiente.

Hay que afrontar esta soledad. Hay que zafarse, cueste lo que cueste, de los egrégos.

No podemos imaginar hasta qué punto estamos sometidos a ellos. Lo que, a menudo, creemos que es nuestra voluntad la que lo ordena, no es más que la voz, la volición de los egrégos. Y nosotros les obedecemos jactándonos de nuestro deseo de hacer de ésta o de aquella manera.

Zafarse de los egrégos es caminar hacia la soledad completa. Nadie ayuda, nadie. Porque llega el momento en que uno ha dejado lo que tenía y no divisa nada que pueda reemplazarlo.

¡Insistir, insistir!

El alma espera muy al fondo.

Hay que hacer lo que hay que hacer; hay que hacerlo con suma sumisión. Serán cosas ajenas al trabajo, ajenas a lo que uno se ha propuesto. No importa. Hay que someterse a ellas y darles el tiempo que ellas necesitan.

He visto a gente desesperarse ante las pequeñas cosas que a diario tienen que hacer; por ejemplo, vestirse, lavarse, arreglar aquella mesa, limpiar estos muebles, dar un telefonazo urgente a un señor cualquiera y ¡qué sé yo cuántas cosas más!

Pero... La entrada al Sendero pide que todas esas cosas sean hechas y que lo sean alegremente, inconscientemente.

Piensa, Onofre, que Palemón de Costamota tiene los ojos bien puestos en la manera cómo te desenvuelves tú ante los ajetreos diarios. Si dejas algo sin hacer, si lo dejas mal hecho, si una pereza te ha tomado, si confías en otros para hacer lo que a ti te correspondía hacer... Palemón sonrío y, ten por cierto, que se acercará a ti y te ofrecerá su ayuda. Tú la aceptarás y... ¡el pacto ha sido firmado!

La educación, la educación obligatoria... Me haces reír, mi buen amigo. Ella no ha servido jamás para nada. Ella no ha servido más que para disciplinar ese famoso "regimiento" de que el amigo Malvilla habla en sus momentos de lucidez alcohólica.

Piénsalo y verás que ella es totalmente inútil.

¿Sirve, acaso, para conocer el pasado y cuanto nos rodea...?

Debe haber facilidades, todas las facilidades que sea posible para el que desee saber algún punto preciso. Facilidades, sí. Todas las facilidades; que estén todas al alcance de cualquiera. Y nada más.

Convendría terminar ya con esa "educación Obligatoria".

No esperen jamás nada de lo exterior. Todo debe venir del interior. El interior es la única realidad que tenemos.

(Esto nos lo decía a Lorenzo y a mí, en casa de este último).

¿Para qué pensar en vivir en otra parte, en un sitio ideal? ¿Para qué soñar con una mujer estupenda que ha de aparecer de pronto y nos ha de amar con frenesí? ¿Para qué pensar en que, de pronto ha de venir un arreglo económico que nos solucionará la situación venidera?

Es pensar en vano. Porque todo ha de venir del interior de ustedes mismos.

Según sea el estado de ánimo que ustedes tengan, así verán, y así encontrarán, en lo que les rodea, lo que tanto han buscado.

Todo se abre y todo está dispuesto a ayudar. Pero no está dispuesto en el sentido humano que a esta palabra se le da. Diré, mejor, *está*, y nada más. Yo, aquí, me asomo y veo y contemplo esos castaños; la gente viene, se asoma y no los ve...

No lo olviden: ¡es lo interior!

Yo aconsejaría siempre una cosa:

¡Vive y... *déjate* vivir!

El otro día, contrariamente a mi costumbre, estuve en el cine. Me convidaron y acepté. Fuimos al cine del Tejón. Daban en él un film ruso, *Otelo*. Me gustó mucho verlo. Esos actores me transportaron a Shakespeare y me hicieron vivir, unos momentos, con él.

A la salida oí la opinión de una dama. Decía ella:

—¡Ay! ¡Qué tontería más grande! ¡Qué cosa más imbécil! No deberían dar películas así...

El afán de verlo todo mal, de insistir en los defectos, sean ellos los que sean, aun si no los hay. Esa gente no ha visto la película; ha visto un recuerdo que ella tiene de otros momentos en que han estado en el cine y... “lo han pasado *regio*”.

Haces bien, Lorenzo, en llevar un diario de tu vida. Haces bien en haber suprimido de él todo lo que sea literario. ¡Eso es! Los hechos y nada más que los hechos; la temperatura ambiente; la gente que has visto; lo que te preocupa y demás.

Es una de las maneras de mantener viva la autoconciencia, es una de las maneras de verse y estudiarse. Sobre todo si se vuelve a leerlo con un buen intervalo de tiempo.

Es uno de los modos de corregirse: anotar *el momento*, incrustarse en él como si sólo él existiera. Basta, para ello, con poner unas pocas líneas.

Así, con este diario, evitaremos que nuestra vida suceda *a lo largo del tiempo*. Así evitaremos que ella *suced*a. Así la obligaremos a que se concentre *en un momento*.

Todos reaccionan igualmente, o casi igualmente; la reacción es igual. Sólo que unos reaccionan para adentro; otros reaccionan para fuera.

¡Naturalmente! Hay gente torpe, gente necia, que reacciona siempre, y con furor, para fuera.

He dicho, varias veces, que las artes son una prueba de que el tiempo no existe. Ellas son la prueba de que ese viaje que hacen los artistas a la región *sin tiempo*, es una realidad.

¡Oh, qué traductores son los artistas! Lo he sentido hondamente oyendo, el otro día, la Séptima Sinfonía de Beethoven. Lo he sentido y lo siento al mirar ese cuadro, esa reproducción de Benozzo Gozzoli, *El Milagro de San Domingo*; o al concentrarme frente a esa reproducción de *La Adoración de los Pastores*, de Hugo van der Goes; o ante esa otra reproducción, esa que ves ahí, *El Martirio de San Dionisio*, de Jean Malouel; o ante estas esculturas del viejo Egipto.

Por eso vengo a menudo a encerrarme un par de horas en este museo. No más; hasta he dicho demasiado con dos horas. Basta una hora, pero una hora de soledad, sin que nadie te interrumpa, sin que nadie te acompañe. Ello es suficiente.

Si quedas más rato, verás que, de pronto, la mente pensante se interpone.

Luego escucharás un lamento de aquella región.

Dice bien Rubén de Loa al llamarla “aquella región”.

Claro está: los críticos algo ven de estas traducciones que los artistas hacen de esa región. Pero no saben dilucidar claramente este viaje de los artistas.

¿De qué se habló aquella vez? Se habló mucho, muchísimo. Pero puedo decirte, en síntesis, lo siguiente: Si alguien, careciendo totalmente del conocimiento de aviación, podría, en un trance desesperado en que se juega la vida, coger un avión y salir por los aires volando.

Luego se pasó a otro caso: Si una mujer, en medio de una selva, podría dar a luz un primer hijo sin tener noción alguna de lo que es un parto.

Si la expresión “sin noción alguna” se toma estrictamente, la respuesta es, sin vacilación, NO.

Para que fuese “sí” —avión o parto—, tendría que entrar en juego aquello de los cien monos golpeando a tontas y a locas sobre el teclado de cien máquinas de escribir, resul-

tando de ello, después de millones de años, inevitablemente un soneto de Shakespeare o cualquier otra obra existente.

O sea que para nuestras vidas, nuestros ciclos de civilización, NO.

Pero es el caso de que un señor –según alguien citó– salió volando. Sinceramente, no tenía nociones. Pero –y era lo que ni él ni nadie sabía– las había tenido. No hay necesidad de decir que las había olvidado; ello se subentiende. Pues podría bastar que –como vulgarmente se dice– las cosas que flotan en el aire –hoy, por ejemplo, la aviación–, él las hubiese respirado con absoluta inconsciencia, aún en el momento mismo de respirarlas. Esto hace una diferencia con “haber aprendido y luego haber olvidado”.

En su estado normal, esos aprendizajes no pueden venir o volver a la conciencia porque ellos *no* entraron. Entraron por otra vía funcionando solos, sin estar conectados a la conciencia pero depositando en ella su cosecha. Por tal vía, únicamente, podrán salir.

Ahora bien, el terror pánico, o lo que sea, acalla la conciencia de plena vigilia.

Viene el caso de la mujer. Aquí ocurre que no se puede decir, de ningún modo, “sin noción alguna” porque los aprendizajes correspondientes están dentro de su propia naturaleza, son naturaleza misma. Es lo que se llama “voz de la especie”.

Así, para el avión: recuerdos de la vida misma de uno, reflatados; para el parto: recuerdos de la vida misma de la especie que también han reflatado.

El instinto es un reflejo de la inteligencia de los egrégores. Más lejos, apenas perceptible, está el instinto de las cosas, de los objetos.

Es algo que sobrecoge atisbarlo. ¡Para qué decir “percibirlo”!

El conocimiento empírico desea saber: ¿Qué...?

El conocimiento científico.....: ¿Por qué...?

El conocimiento religioso.....: ¿Para qué...?

Ve, Onofre, a esos muchachos que se pasean lentamente bajo los castaños, con un libro en la mano y hablando, en alta voz, completamente solos. ¡Son muchachos que se educan!

Aprenderán cuanto el libro dice; luego, rendido el examen, lo olvidarán. Olvido... ¿Recuerdas cuando hablamos del señor del avión...?

Es la inutilidad de la educación; es ella uno de los métodos que se emplean para disciplinar ese regimiento de nuestro amigo Malvilla.

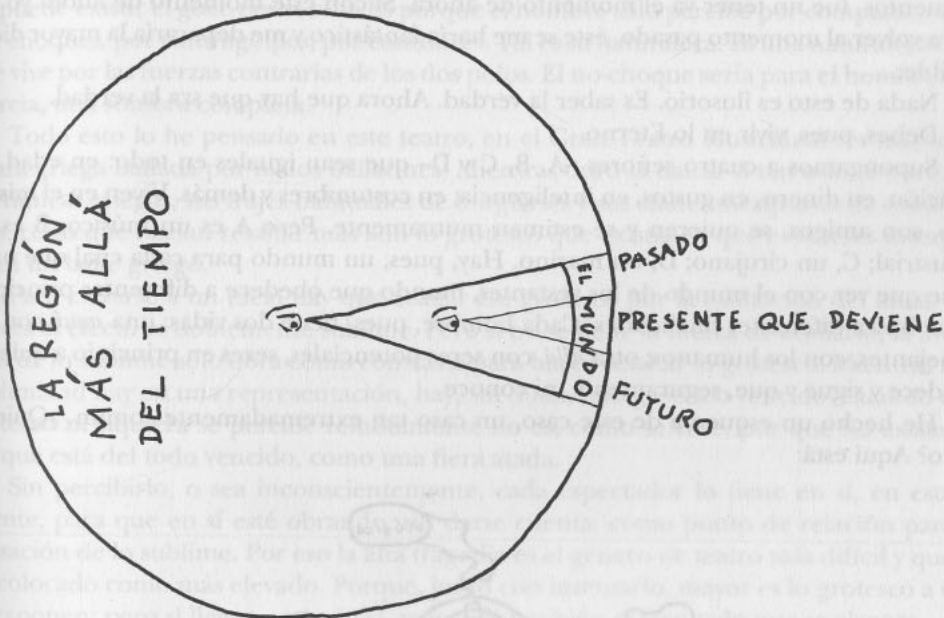
Debe darse Instrucción y, en ésta, que cada cual elija. Pero dar educación... ¡no!

Dime, Onofre: ¿qué educación te ha llevado a ti a tener esa afición por el ocultismo? ¿Y a Lorenzo Angol? ¿Qué educación ha llevado a Desiderio Longotoma a ser el alegre chistoso que es? ¿Y a Baldomero Lonquimay? ¿Quién lo ha educado para inclinarse a esa desmedida trascendencia que lo hace obrar, por lo menos, desde el Sol? ¿Y Rubén de Loa? Ha recibido una educación igual a la de centenares de niños y de adultos; pero, un día, fue llamado por una coloración determinada, por un arabesco curioso, y ante ellos, ante esa coloración y ese arabesco, se detuvo y ahí quedó. Marul Carampangue debió, por su educación, haber sido una mujer semejante a doña Claudia Puchuncavi. Los que buscan una solución fácil para todo, dicen: “Es el temperamento”. Al lado de ella hay otras mujeres que salen en sentido diametralmente opuesto. Pensemos, ahora, en ese incorregible estafador, en ese pillo al ciento por ciento que es Aniceto Pichilemu. Pensemos en la vida sosegada, allá en el fundo de La Manigua, en que se place Contaldo Ñipaco. Recuerda, Onofre, a ese inglés, a mister Harry Norwich, que no pudo soportar la vida en vista de tantos y tantos botones que hay que abrochar y desabrochar... Y piensa en Perpetua Ma-

moeiro, en Miroslava Lipingue, en todas aquellas mujeres del Cabaré San Lito y de Las Tres Chimeneas. ¿Para qué citarte más gente?

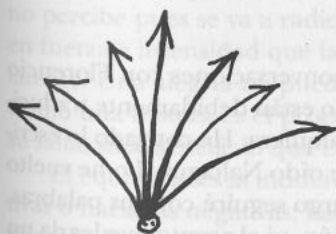
Todos nacemos con una misión que tenemos que agotar aquí en la vida. Entonces tenemos que hacer lo necesario para agotarla. Tenemos que hacerlo con o sin nuestra voluntad, contentos o furiosos. No hay más, querido Onofre, no hay más. Es la única, la exclusiva manera que tenemos de ir desprendiéndonos de esas hilachas que se nos han pegado. Es un camino hacia la libertad interior. Es uno de los lentos modos de ir saliendo del dominio de los egrégores.

Ese dibujo lo he hecho para ti, Onofre. En él he querido sintetizar nuestra relación ante el Universo y nuestra sujeción a los sentidos. He puesto, como ejemplo, el ojo.

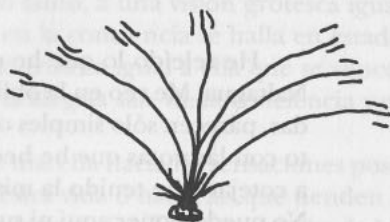


En este otro dibujo he querido poner nuestra manera de conocer. Lo he ideado en mi fundo, en Lo Gay, al hacer el paseo habitual de todas mis mañanas y al divisar, a lo lejos, la inmensidad del paisaje. Ve en él cómo la gente conoce este mundo, cómo gira por él.

Creo que es mejor hacerlo como lo hago yo



EL PUNTO EN QUE SE ESTÁ



EL PUNTO EN QUE SE ESTÁ

La ociosidad es lo contrario de la Inacción de que habla Lao-Tse. La ociosidad es reincorporarse en la naturaleza, es tender hacia el reino vegetal.

Es reconocer nuestra calidad de intrusos, de esa calidad de que habla don Irineo Pidino; es someterse sin luchar.

Recordar es como imaginar. Nuestra condición nos hace creer que lo primero está basado en una realidad; que lo segundo, en una suposición.

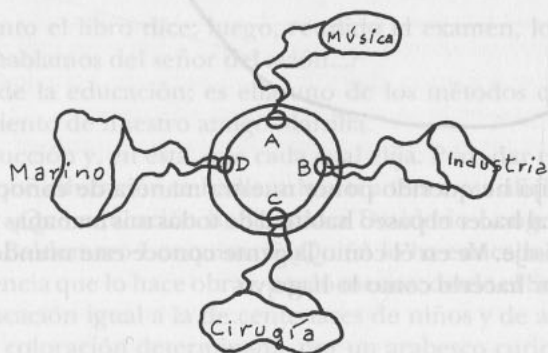
Al recordar, uno ve en globo, o sea en UNIDAD; contrariamente al vivir en que se ven los momentos fraccionados. Hace funcionar el factor "porvenir" por el hecho de que uno revive los momentos desde el porvenir de ellos, ya que este momento en que recuerdo es porvenir del momento recordado. Al recordar hace una realidad aquella suposición, vive en el abstracto, en lo no vivido. Y uno debería pensar que lo que faltó para "gozar" los momentos, fue no tener ya el momento de ahora. Si con este momento de ahora yo pudiera volver al momento pasado, éste se me haría fantástico y me depararía la mayor dicha posible.

Nada de esto es ilusorio. Es saber la verdad. Ahora que hay que SER la verdad.

Debes, pues, vivir en lo Eterno.

Supongamos a cuatro señores -A, B, C y D- que sean iguales en todo: en edad, en posición, en dinero, en gustos, en inteligencia, en costumbres y demás. Viven en el mismo sitio, son amigos, se quieren y se estiman mutuamente. Pero A es un músico; B es un industrial; C, un cirujano; D, un marino. Hay, pues, un mundo para cada cual que nada tiene que ver con el mundo de los restantes, mundo que obedece a diferentes principios y que busca diferentes finalidades. Cada hombre, pues, tiene dos vidas: una *aquí*, con sus semejantes, con los humanos; otra *allá*, con seres potenciales, seres en principio a quienes obedece y sigue y que, seguramente, ni conoce.

He hecho un esquema de este caso, un caso tan extremadamente común. ¿Quieres verlo? Aquí está:



He releído lo que he escrito sobre mis largas conversaciones con Florencio Naltagua. Me veo en la obligación de repetir: ellas no están debidamente traducidas, parecen sólo simples opiniones de un señor cualquiera. He cotejado lo escrito con las notas que he hecho durante y después de oído Naltagua. Lo he vuelto a cotejar y he tenido la misma impresión. Sin embargo seguiré con sus palabras. No puedo poner aquí ni sus ademanes, ni su expresión, ni el acento que les da un segundo, un profundo significado. Así es que ¡vamos adelante!

Es verdad que existe lo pesado y lo grotesco en todo cuanto el hombre ejecuta. Mientras más aspire, mientras más altas sean sus aspiraciones, más parece crecer el peso de lo grotesco. En una obra sublime hay tanto de grande por lo sublime mismo como por lo grotesco vencido.

Una mala obra es cuando lo grotesco pesa más que lo sublime.

En una gran obra no se ve lo grotesco por estar vencido. Pero inconscientemente su vencimiento está en uno presente haciéndole gozar aún más por el hecho de haber sido vencido; por el hecho de estar pero dominado.

Esto es un goce ya que es un mal, un dolor vencido. Al vencer así acentúa la vida que es goce, que es dicha, felicidad, etc.

Ahora veamos por qué vencer un dolor es el único medio de gozar; veamos por qué no puede existir el goce por sí solo: Es porque el hombre sólo percibe por comparaciones, por choques, por contragolpes, por contrastes. Tal es su naturaleza. Es una naturaleza dual que vive por las fuerzas contrarias de los dos polos. El no-choque sería para el hombre una inercia, una sombra completa.

Todo esto lo he pensado en este teatro, en el Gran Teatro Musical, al ver una mala danza griega bailada por malos bailarines. Mientras duró la danza vi tan sólo, a través de sus túnicas griegas, sus trajes habituales de burgueses y sus afanes mezquinos de todos los días, cosas que hacían resaltar más aún lo grotesco que existía en que esos seres interpretaran un baile griego.

Para elevarse a un ideal hay que acallar ese grotesco por la exaltación del ideal. Entonces el efecto es doblemente sublime. Pero si no se tiene la fuerza de acallarlo, la intención de lo sublime sólo obra como contraste para hacer resaltar lo grotesco. Mientras más sublimidad hay en una representación, hay, sin duda, más grotesco vencido. Cuando este grotesco ni siquiera se percibe remotamente no es, como se cree, por que no exista; es porque está del todo vencido, como una fiera atada.

Sin percibirlo, o sea inconscientemente, cada espectador lo tiene en sí, en estado latente, para que en sí esté obrando, sin darse cuenta, como punto de relación para la sensación de lo sublime. Por eso la alta tragedia es el género de teatro más difícil y que se ha colocado como más elevado. Porque, junto con intentarlo, mayor es lo grotesco a que se exponen; pero si llegan a vencerlo, mayor es también el resultado que se alcanza.

Como he dicho, el hombre percibe con contragolpes, con choques. Estos choques son, por cierto, de carácter opuesto: grotesco o sublime; triste o alegre; grandioso o limitado; etc. Cuando se producen en una obra externa ambos están presentes; pero si uno es activo, el otro es pasivo. La conciencia percibe el activo. El hombre tiene entonces la sensación correspondiente, o sea: sublimidad, alegría, grandiosidad, etc. Pero esta sensación se produce por existir su contrario que la voluntad domina. La conciencia, entonces, no percibe pues se va a radicar al polo opuesto. Por lo tanto, a una visión grotesca igual en fuerza e intensidad que la voluntad doblega y que en la conciencia se halla en estado latente. Una alegría no puede existir sola en sí. Es una tristeza igual a ella que se vence. Como una tristeza es el proceso inverso; a saber, que la alegría sale de la conciencia y es su falta, su ausencia, lo que es tristeza.

El equilibrio es la indiferencia. Desde ese punto se marcha hacia las sensaciones positivas o hacia las negativas; hacia las que confirman nuestra vida o hacia las que tienden a negarla. No se puede avanzar sólo en una dirección. Se avanza simultáneamente hacia las dos. Las sensaciones vienen de a pares. Tocar tal sensación positiva, e inmediatamente se

despierta su negativa correspondiente. La voluntad y la conciencia entran entonces en juego. Si la voluntad es fuerte se domina la sensación negativa, y la positiva se fija en la conciencia. Si la voluntad es floja ocurre lo contrario.

Gozar es, por lo tanto, desalojar de la conciencia una sensación negativa; y sensación negativa es la que disminuye la vida, es la que confirma la muerte. Gozar es hacer retroceder un paso los elementos que tienden a nuestra aniquilación, a volvernos a la Tierra, es vencer la muerte. Sufrir es no haber sido fuerte para matar a tiempo uno de estos elementos y, por lo tanto, haber dejado enseñorearse a la muerte en nosotros.

Toda nuestra existencia es, pues, una lucha: de una voluntad que quiere vivir; de una naturaleza que quiere reconquistarla para tragarla en su seno. Cuantas veces la voluntad vence a la naturaleza, la sensación que se esparce por el hombre es de gozo; cuantas veces ocurra lo contrario, la sensación es de dolor.

Gozar, pues, es vencer un dolor; sufrir es no haber cogido, haber dejado pasar un goce.

En otros términos podría decir: Gozar es haber confirmado el existir; sufrir es no haberlo hecho en un momento en que pudo haberse hecho.

¿Por qué tienes tú ese temor de contradecirte? ¿Por qué pretender que haya una idea básica siempre y que ella no cambie? Es cierto que cada cosa, que cada hecho tiene su forma, una forma dada e inquebrantable. Pero desde cada punto de vista se ve de diferente modo. ¿Qué hay de malo en que uno posea varios puntos de vista en vez de uno solo?

Naturalmente que hay un lugar desde el cual toda contradicción es imposible, donde todo se armoniza, donde aparece un algo que todo lo reúne en un solo punto al cual se obedece. Ese lugar lo presiento a veces y, a veces, me sumerjo y vivo en él. Después se va, se pierde. Quedo con su añoranza. Hasta que, de pronto, vuelve a presentarse cuando menos lo esperaba.

Hablemos de estas contradicciones:

Un sabio proclama un principio y se cree en él. Luego se ve y se verifica que ese principio es falso. Luego tiene que haber habido contradicción entre ese principio y la verdad. He dicho, además, que tiene que haber un lugar desde el cual no pueda existir contradicción alguna. ¿Qué deduzco de esto? Deduzco que desde *ese* lugar hay que mirar ese principio como una falsedad. Luego ver qué lugar ocupa la falsedad en la evolución del hombre, del universo, qué parte de la mente humana pertenece a la falsedad. Entonces considerar la falsedad como una verdad, puesto que existe, puesto que existen las mentiras, y ver el papel que ellas juegan.

¡Generalizar! Eso es todo. Miles de hechos, al parecer sin contacto alguno, se unen como por obra de magia al descubrirse una gran ley o al ser iluminados por un genio. Una concepción grande, amplia, nace en el hombre.

Imagino una generalización en muchas leyes... ¡Otra mayor, entonces, que las contenga! Quedan pocas ya... ¡Una última que las contenga!

Esta es la verdad.

Hay personas que no viven pero que contemplan vivir a los demás. Hay otros que viven y se contemplan vivir a sí mismos. Y hay otros aun —¡Dios mío!— que no viven, ni ven vivir a los demás ni a nadie.

Es mejor ignorar el futuro; es mejor que haya en nuestra memoria este velo que nos impide ver lo que ha de venir. Es la única manera que existe de que nos podamos despojar

de las fuerzas de los egrégoros. Es la manera que tenemos de entrar en comunión con nuestro espíritu.

Los hombres tienen una inteligencia y una voluntad propias; las masas formadas por esos mismos hombres tienen una inteligencia y una voluntad completamente diferentes...

El hombre abdica a su inteligencia y a su voluntad cuando se halla frente a la presencia de un egrégor. El egrégor, entonces, dispone de él a su antojo.

Así me habló Florencio Naltagua, así habló frente a otros amigos. No he querido dejar pasar lo que recuerdo de sus palabras aunque, lo repito una vez más, ello no refleje la verdad profunda que sobre ellas se cernía al oír su voz.

No comunico gran cosa; lo sé. A veces, al releerlas, ellas me llevan a esos momentos en que tuve la suerte de oírlas.

28

En casa. Hace frío y llueve a ratos. No he querido salir. He permanecido en bata con mi taza de café al lado. Por la tarde la he cambiado por una taza de té. He leído bastante, he leído con sumo interés: *Cavilaciones*; de Lorenzo Angol.

.....
Si prosigue, su aniquilamiento es completo. El fin anhelado no sólo no se consigue sino, por el contrario, se corre el riesgo de llegar al punto opuesto. El hombre, por querer vivir demasiado, concluye en una parodia de vida cuyo epílogo es la cesación de su propia vida.

Pero al afirmar esto. ¿quiero decir que todo aumento de vitalidad, comprendiendo como tal un aumento de comprensión y de sensación, tenga, para todo ser, un límite marcado que sea punto menos que imposible intentar traspasarlo?

No lo creo.

El campo de avance me parece infinito; mas, por otro lado, me parece regido por leyes inexorables. No saber formularlas, no es una razón para negar su imperio y para sentirse tentado a proclamar que, si bien físicamente mil leyes nos someten, intelectual y moralmente la ley es cada individuo. Son leyes diferentes de uno a otro, de época a época, leyes que nacen, obran y luego desaparecen con cada individualidad o con cada civilización.

Muchos hombres se inclinan a creer que en el reino de la materia y en el reino de la mecánica, nacemos todos circundados por ciertos principios ineludibles, mientras que en el reino del pensamiento somos nosotros mismos los que creamos su extensión y es a nuestro antojo personal que por él avanzamos, juzgamos y creamos.

Es este punto el que no admito; creo que hay en él un error profundo.

Pensamos que las leyes de la materia, de la mecánica, que todas las leyes físicas, en resumidas cuentas, son inexorables y avasalladoras. Se exagera un poco al pensar así.

Pensamos que las leyes del pensamiento, los límites de la sensación, son personales, caprichosos, y que no los rige sino la fatalidad del destino que a unos les ha dado tanta capacidad, a otros menos, a otros más capacidad, que, fuera del individuo aislado, no es posible fijar leyes generales.

También se exagera un poco al pensar de la suerte.

¿Entonces?

Ni materia ni pensamiento son reinos limitados que impongan sus límites al hombre no permitiéndole extender su vista o sus poderes más allá; pero ambos tienen su modo de comportarse, de donde su modo de obedecer al poder humano y es aquí que la ley inexorable aparece, inexorable sí pero no fatal ni insalvable. Tiranía y capricho son cosas inexistentes. La vía es infinita en cualquier reino mas toca al hombre descubrir cómo poner sus pies sobre tal vía. Esto es cuestión de poder armonizar las dos partes que entran en el problema: el reino o plano dentro del cual se ha de avanzar; y lo que dentro de ellos avanzará, o sea, el hombre. Nuestros límites nada los ha marcado. Mas la manera de cómo hacerlos retroceder hasta el infinito, aunque existente, es única para cada reino y cada cual debe saber hallarla.

Es en el conocimiento o desconocimiento de estas maneras donde reside el secreto del éxito o del fracaso. El camino del éxito, lo repito, me parece infinito; el del fracaso, fatal e inevitable. Pues el primero retira nuestro límite sin fin; y el segundo se encauza por una vía que no es la manera única. Debe, entonces, fatalmente caer; el anterior debe poder prolongarse más allá de toda suposición.

Los hombres, desde que existen, han luchado por descubrir esas maneras dentro de los mil aspectos diferentes, de los mil matices variados de cada aspecto que tiene cada reino en que les es dable actuar.

Ahora bien, en lo que concierne a la sensación (que es lo que me interesa pues es lo que buscan los magos de las dos categorías que algo he estudiado y hasta frecuentado) ocurre igual cosa, es decir, que la sensación tiene su manera de comportarse y de donde abrir las puertas hacia horizontes infinitos; como también burla y condena al fracaso a todo aquel que no se comporte con ella así como es su reino. Y sobre este punto me atrevo a agregar, y casi a afirmar como un axioma, que el ser que quiere aumentar su sensación con desconocimiento de las leyes propias de ella, ha de llegar, tarde o temprano, al punto precisamente opuesto del perseguido. Es ésta toda la burla, todo el fracaso, fracaso que está en proporción directa con la intensidad del fin malamente anhelado.

Por cierto que esto no se produce de un golpe. En la mayoría de los casos, hasta el momento en que la burla se haga notoria y hunda al hombre que así se haya puesto a avanzar, el trabajo es largo, muy largo algunas veces, y se encuentra sembrado de gratísimas ilusiones. Pero el fin desastroso ha de venir; todo es cuestión de tiempo.

¿Por qué este curioso fenómeno? He aquí una pregunta que me ha torturado noches y días y que, en busca de darle una solución adecuada, he pasado no pocas horas de meditaciones sostenidas.

Tal vez la clave de esta fatalidad que condena al agotamiento de la sensación a los magos que han querido exaltarla por encima de todo límite, guiados o por el orgullo loco o por el ansia de un lucro inmenso, tal vez resida en una ley más simple de lo que se pensaría, simple sí pero difícilísima de exponer. Sin embargo trataré de hacerlo ayudándome de una comparación trivial.

Todos los que hayan leído libros sobre ocultismo, hoy tan en voga, sabrán que los ocultistas dividen el universo en siete planos diferentes y, cada uno de estos planos, en siete subplanos. Sea la cosa o no lo sea, ella sirve para nuestra comparación, sobre todo si de esta división se considera el punto siguiente: lo que distingue a los planos entre sí, y dentro de ellos a sus subplanos, es una diferencia de sutileza, mejor dicho, de intensidad vibrato-

ria. Así, en el plano físico, el menos sutil de los siete, encontraríamos su división séptuple comenzando por los sólidos; luego seguiríamos con los líquidos; luego, con los gases; por fin, con cuatro éteres de más en más sutiles. Un paso más allá del último éter comenzaría la primera subdivisión del plano astral. Igual cosa podría repetirse y una vez pasados los siete subplanos astrales, aparecería el plano mental y así sucesivamente.

Si de la manera como se ha indicado se concibe el Universo, esta concepción fija los dos principios que más arriba insinué, a saber, que no hay límite último y definitivo en ningún terreno pues apenas parece haber llegado al deslinde de lo extremo, un nuevo plano se presenta y la barrera se ha hecho retroceder a pérdida de vista.

Por cierto que si se ha empezado en el plano físico, llega un momento en que ya se está fuera de él y podría decirse que tiene su extensión perfectamente definida y limitada. Pero no es al plano mismo al que me refiero sino a la línea continua que une a los planos, como una senda que atravesara muy diferentes regiones, finitas éstas pero infinitas aquellas. El segundo principio queda también fijado: la única manera de recorrer esta senda es ir a la sutilización, al aumento vibratorio. Y así, al lado de la inmensidad sin límites que incitaría a un espíritu ligero a pensar en capricho y anarquía, así aparece su complemento, la ley al fondo inexorable aunque múltiples puedan ser sus aspectos.

Sería curioso citar el aspecto o modo de cómo obra esta ley cuando un hombre avanza sabiamente en el sendero oculto. El gran mago que es Stanislas de Guaita escribe, a este respecto, lo que sigue:

La verdad es que el Sabio, para elaborar desde aquí abajo su cuerpo glorioso, debe hacer entrar, hasta cierto punto, el cuerpo astral percedero en el organismo material que, lejos de sufrir con ello, se hará más sutil. Esta reabsorción no puede ser afectada más que muy lentamente y, por así decirlo, átomo tras átomo. A medida que una molécula astral se encuentre asimilada en el cuerpo físico, éste eliminará una molécula de su substancia más grosera. Inversamente, a medida que el cuerpo astral se reabsorbe, la forma gloriosa, desarrollándose poco a poco, irá ocupando el sitio dejado libre.

En este caso se ve que el proceder no consiste, como podría creerse, en una transformación de las moléculas de un plano en moléculas de otro plano por aumento de vibración, sino que se opera una substitución. Pero esto, en último examen, se refiere "a la manera cómo" pero, en el fondo, quedan aquí también los dos principios antes citados: 1º) la posibilidad de un avance por sutilización de tan magna extensión que es como decir infinito; 2º) una ley severa, a tal punto severa, que dicho proceso no puede ser efectuado más que muy lentamente.

En fin, concluyamos por ahora toda disertación y vamos a esa comparación trivial:

Supongo un líquido cualquiera que, vegetando en tal estado por larguísimos años, comienza a aburrirse horriblemente. Se encuentra demasiado denso y envidia a algunos de sus camaradas que se escurren con mayor soltura. Queriendo imitarlos hace un pequeño y feliz empeño y se sutaliza. Las pendientes, que tiempo atrás recorría en diez interminables segundos, los resbala encantado en sólo dos o tres segundos.

Muy pronto quiere sobrepasar a esos camaradas, objetos de sus pasadas envidias y hoy sus iguales, y para ello sigue en su tarea de agradable sutilización.

Así procedió este líquido y, como era natural, cierto día le sucedió algo inevitable que

él, en su embriaguez, no había previsto: cierto día se encontró transformado en gas... Pero quedó entonces espantado: esta nueva forma de cosas no fue, ni por un momento, de su agrado pues era, en su opinión, tan extremadamente sutil que esta misma sutileza llegó a no proporcionarle ningún goce. Por otro lado estaba habituado a ser líquido; como tal había venido al mundo; como tal había vivido larguísima años; era en él ya una costumbre inveterada la de regirse según las leyes que rigen a los líquidos... Y, de pronto, ¡verse en otro mundo del cual nada comprende...! Sólo consideró las desventajas gaseosas; sólo recordó con nostalgia las líquidas ventajas... Agréguese a esto que sus compañeros lo perdieron de vista; fue en vano que él los buscó con la esperanza de que sus tantos infortunios fuesen, al menos, compensados con el asombro que sentirían al verlo con tan imprevisto disfraz. Los otros nada veían y él, por su parte, sólo apreciaba extrañísimas formas vaporosas. Por fin, para mayor desventura, él era el más pesado, el más torpe, entre sus nuevos compañeros y para llegar, entre éstos, a ocupar un sitio predominante... ¡oh, Dios mío, qué de esfuerzos y de luchas...! No, ello no valía la pena. Entonces él mismo se ordenó: "¡Atrás!". Con un deleite, que no logro describir, vióse de nuevo convertido en líquido y así pudo vivir feliz.

Luego se dijo meditabundo:

"Ahora comprendo la conducta de mis amigos. El agua, por ejemplo, es siempre agua pues, si renuncia a su estado, no tendría más que dos alternativas: O hacerse de un golpe un gas o hacerse de un golpe un sólido. Ya sé yo que éstas son cosas que no conviene ni siquiera intentar. Por eso ella, por su voluntad, nunca lo hace; sólo lo hacepta cuando un agente exterior —como el calor o el frío— la obliga. Yo, con el don que tengo de poder recorrer toda la escala de densidades, he sido mucho menos juicioso que mi tranquila compañera. Buen provecho he de sacar de su ejemplo y de mi experiencia.

Pero estos razonables argumentos no duraron indefinidamente, como podría creerse. Pronto púsose a recordar con placer las dulcísimas sensaciones que sentía con cada expansión que lo aligeraba. Sus recuerdos no tardaron en convertirse en un ansia de sensación, ansia que crecía y crecía pues este líquido —que ya podría clasificarse entre los brujos de la 3ª categoría— deseaba obrar como ellos obran.

Ahora ni piensa en asombrar a sus compañeros. Sólo quiere repetir la sensación agradabilísima que antes le proporcionaba cada paso a una densidad menor. Pero se encuentra en el último límite desde el cual hacer la experiencia es lanzarse de lleno a un mundo demasiado elevado para él. Sin embargo la necesidad es imperiosa. ¿Qué hacer?

No tiene más que una solución: bajar, por un momento, un grado para tener el medio de provocarse una expansión deliciosa que lo lance al punto en que se hallaba. Así lo hace mil veces: baja y sube, baja y sube, hasta que la experiencia tan repetida no le aporta ninguna novedad. Y la sed de sensación se impone siempre, cada vez con mayor tiranía. Entonces baja dos grados y de allí salta al punto último. Esta mayor expansión le produce un contraste también mayor.

Este sería el único camino posible puesto que para arriba hay una barrera que le impide todo avance. Hay aquí un guardia severo que, aunque nada le prohíbe, le ha dicho con mirada adusta cada vez que ha querido traspasar el umbral que vigila:

—¡Atención! Recuerda que si pasas *ya no serás más un líquido*.

He aquí el mal, la desventura y el horror.

He tocado un punto de altísima importancia. De él se desprenden muchos errores. ¡No ser más un líquido...! Aquí está la clave de nuestra mayor miseria.

Esto es verdad. Pues los hombres, como los líquidos, quisieran tenerlo todo, gozarlo todo a condición de seguir siendo siempre lo que antes eran. Muy pocos piensan que el cambiar de situación es entrar en otro mundo de vida, en otra faz de vida. Han de aparecer otras tantas preocupaciones y torturas. Casi jamás se piensa que si ese cambio de situación es un avance, han de ser también mayores las preocupaciones y obligaciones inherentes a él; casi jamás se piensa que todo avance es una conquista y que mayor tiene que ser el dolor sentido y la sangre dada mientras más alto se halle el sitio por conquistar y que mayor tiene que ser la entereza de carácter y el despliegue de ingenio mientras más difícil sea mantenerse a la altura del punto conquistado.

En pocas palabras: nunca se piensa que el hombre, siendo lo que es la vida que vive, tendrá que ser otro hombre al ir a otra vida.

Pero, no... Yo quisiera escribir hermosas obras y envidia a aquellos que las hacen; mas quisiera escribirlas en mis momentos de ocio, que ellas brotaran de la pluma sin esfuerzo considerable. Otros quisieran desarrollarse en planos superiores y cabalgar veloces por el mundo astral embriagados en la fantasmagoría de colores que han leído descritas en cien libros, mas que ello viniese al punto, a un llamado, sin desviar en nada el plácido curso de una vida no golpeada por mayores esfuerzos. Y otros, por fin, en más baja esfera, quisieran a diario devorar regios banquetes y gozar de mujeres bellísimas, pero que fuese siempre el bolsillo de un amigo generoso que procurara tanto placer, de modo que de los suyos propios no se escapase ni un centavo.

Todos quisiéramos que las buenas cosas vinieran a nosotros, sin que nosotros cambiáramos ni un ápice de nuestra tranquila ociosidad. En vez de abandonar radicalmente esa ociosidad para entrar en una actividad ardiente, quisiéramos agregar, al verdadero centro de nuestro ser que es ese ocio agradable, los transportes de una vida intensa y agitada sin ser esa vida de intensos y agitados arranques. Es ambicionar la *varillita de virtud*.

Son muchos los que olvidan todo esto. Por eso son muchos lo que empiezan una marcha audaz por una senda brillante. Desde una vida mediocre sin ninguna carga pesada, al margen de todo deber verdaderamente duro, hastiados por el suceder parejo y liso de los días, molestos por cotidianos inconvenientes que irritan como el zumbido de un mosquito, muchos miran, como a un paraíso, la gloria del mundo de las artes, el interés apasionante del mundo de la alta ciencia, la fuerza que ha de dar el mundo del poder, la fuerza que ha de dar el éxtasis de la pura espiritualidad. Y en uno de esos mundos fijan su vista y se dicen:

“¡Allá iremos!

Nada ni nadie les impide empezar la marcha. La puerta para todos está abierta. Mas por desgracia nuestra, por esta grosera ironía que nos rige, hay que principiar por el principio... Cada paso son nuevas y nuevas preocupaciones que caen sobre uno, son nuevos deberes que afluyen de todos los rincones que antes parecían vacíos, son nuevos desvelos que brotan de sitios que uno creía ausentes de toda clase de semillas. Y se piensa que, después de todo, se estaba mejor y se estaba con mayor tranquilidad donde antes estábamos.

Esos hombres creían que aquellos mundos borraban miserias y hastíos; lo que anhelaban era deshacerse de toda molestia. De pronto se convencen de lo contrario, se detienen espantados y ordenan: “¡Atrás!”. Vuelve la vida de días parejos y lisos, teñida tan sólo con un ligero carácter del mundo ambicionado: pintores de bocetos desganados; poetas de cuatro versos que agradan al amigo; ocultistas que discurren sobre el último folleto

aparecido; sabios que repiten hasta el cansancio lo que aprendieron antaño... Es decir ¡parodias de vida, parodias que languidecen!

Pero esto no es todo. Muchos de esos hombres, aunque fracasen lastimosamente, han hecho un esfuerzo, han ensayado el primer paso. Por un momento la vida se estremeció para ellos. Y esto no se olvida. Guardan, junto con el horror al verdadero ímpetu, el sabor siempre picante de todo estremecimiento. Entonces han de volver a lo mismo: arriba, el guardia que no prohíbe pero que advierte; abajo, la libertad del camino. No hay más que dar media vuelta y descender: embrutecerse una vez para volver adonde se estaba, vuelta que procura, puesto que viene de abajo, la gratísima sensación de un ascenso.

Del caso anterior, de los que han ordenado: "¡atrás!" y se resignan nuevamente al anterior estado de cosas, nacen todos aquellos que imitan lánguidamente la verdadera vida y que, poco a poco, se van extinguiendo.

Del caso siguiente, de los que por encima de todo guardan ese sabor picante, nace todo un mundo de seres tan torpes como los anteriores y más odiosos que ellos: son los que hacen estado con sus vidas, hacen real lo que los verdaderos hombres han creado para el mundo de los ideales; los que, incapaces de dar al mundo un hecho nuevo hijo de sus facultades, viven en la vida diaria simulando la exterioridad de los gestos del hijo del espíritu de un hombre que no retrocedió. Aquí están, aquí y en todas partes, por las calles, por bares, por teatros y paseos, por conferencias y templos, aquí están los insignificantes y lastimosos nietos de los hombres esforzados. Los bastardos de las letras que, sin escribir, viven a empellones un personaje interesante rigiéndose por la psicología que un autor prestó a tal personaje; los bastardos de las artes que aman más la confección hermosa del taller que las obras que en él pudiesen hacerse; los bastardos del ocultismo que, privándose de carne y tabaco, sienten, a causa de mal comprendidos ejercicios del Yoga, varios trastornos orgánicos y piensan que ellos son el comienzo de una nueva vida en otros planos; los bastardos de la ciencia; los bastardos de toda gran actividad humana, fáciles de reconocer porque acechan siempre con mayor ahínco el decorado pomposo que el resultado sencillo, porque siguen en la vida satisfechos y felices, embriagados como pájaros cantores con las notas de sus propios cantos.

Todo esto por el deseo de ir a otro punto sin cambiar de sitio; por querer ser otra cosa permaneciendo a perpetuidad quien se es; por querer cambiar de vida siendo siempre... ¡un líquido!

.....

En esto estaba yo, leyendo las *Cavilaciones*, de Lorenzo Angol, cuando entró Tomba a mi escritorio. Venía sobresaltada. Acababa de regresar del centro. Lo único que me gritó fue:

—¡Onofre! ¡Hay revolución!

29

Dejé las *Cavilaciones* tiradas sobre mi escritorio; me puse rápidamente un gabán; bajé a saltos la escalera; me precipité por las calles.

¡Revolución, revolución!

¿A qué podría deberse? Este San Agustín de Tango siempre tan tranquilo, adonde llegan como vagos rumores las habladurías y los hechos políticos... No, no podía ser. El estallido ha sido en la capital, en Santiago, y él ha venido a murmurar vagamente aquí en la provincia. No puede ser otra cosa. En fin, vamos a ver qué ocurre, vamos a informarnos.

Lorenzo no estaba en su casa. Salí. Crucé el puente de los Concilios Ecuménicos y me engolfé, de prisa, por la calle de la Eucaristía. ¡Gente y más gente por todas partes! Por ahí divisé una patrulla de carabineros que marchaban veloces. Por lo alto volaba un helicóptero. Oí unos disparos, seguramente provenientes de la Plaza de la Casulla. Avancé otro poco. Me detenía de cuando en cuando. Una enorme capa pasó sobre mi testa, dio media vuelta y un hombre se detuvo frente a mí. Era Baldomero Lonquimay. Al verme me dijo:

—¡Revolución! Las Calderas de Illaquipel me han escuchado y vierten ahora su superfluo sobre esta urbe. Los hombres mostrarán sus pechos al silbido de las balas y... ¡morirán! Yo, al verlos morir, clamaré: Brrrrrrrrrrrrrr... Y me alejaré a incrustarme en magno silencio. ¡Adiós!

Y Baldomero Lonquimay se alejó como un celaje.

Por fin llegué a la esquina de la calle Ruega Por Nosotros Los Pecadores. Se desprendía de un grupo Ricardo Cortés Mandiola. Me junté a él y nos pusimos a conversar rápidamente.

—¡Explíqueme usted, don Ricardo, explíqueme! —le dije.

—La gente está loca —me respondió—. La gente no quiere convencerse de que están en una provincia y que, por lo tanto, no hay aquí ni puede haber cancilleres de ninguna especie. Eso querían: enviar a Santiago un canciller que los representara en la Conferencia que allá se efectúa, un canciller que se codeara con los Estados Unidos y Argentina y Brasil y Cuba y México y Perú y ¡qué sé yo! ¿Hase visto cosa igual? ¡No pueden entender que Chile es una unidad irrompible, no lo pueden entender! Pero verá usted que triunfaremos y todo seguirá como es debido. ¡Hay que hablarles y hablarles! A eso me voy. ¡Adiós!

Seguí caminando. Retrocedía de vez en cuando. Me cruzaba con grupos y más grupos de gente eufórica y gritona. Los carabineros me sujetaron varias veces. Por ahí tuve que escabullirme de las balas que cruzaban por mi lado. Las tiendas, todas cerradas; los postes del alumbrado, por el suelo; un autobús yacía con las ruedas en lo alto.

Ya no sé ni por dónde anduve. Iba y venía. Me encontraba con gente y más gente. Hablábamos dos palabras y nos veíamos obligados a separarnos. Estuve unos momentos en la imprenta de La Nave, luego en la del El Farol, luego en la de El Imprevisto. Entré y salí del Club Cero. Allí me encontré con Hilario Quinchao que me dijo:

—Le cortaré el garguero a ese belitre inmundo del tal Cortés Mandiola. Porque debe, debe y debe mandarse un canciller a la capital. ¿Que no lo hay aquí? Pues entonces se crea uno y, sin más, se le manda. El Cortés Mandiola es un capitalista repugnante y nada más. ¿Sabe usted lo que hizo en su fundo o en su pueblo o no sé dónde? ¡Un negocio, un negociado con el agua potable! ¿Es posible? Hizo poner agua potable en todas las casas, con sus instalaciones y demás y, una vez que las había hecho, pues cobra mensualmente por el consumo del agua... ¡El negociado, sí, señor, el negociado! Para eso sí que se tiene toda la libertad del mundo, toda y toda. ¡No es posible, no lo es!

Luego estuve unos momentos con Tulio Azapa. Estaba tranquilo y parecía, al menos a simple vista, que esto del tiroteo y de los muertos por las calles, no lo afectaba mayormente. Me convidó a sentarme en una mesa y allí pedimos unas bebidas. Me dijo:

—No me mezclo en estas peleas callejeras. Mis principios, en estas materias, son inamovibles: 1º) En grandes reyertas, intervenir; 2º) en pequeñas riñas conventillescas, no intervenir. Es lo que creo que ocurre ahora aquí con esta cuestión de enviar a la capital un canciller o no enviar ninguno; crearse un canciller en San Agustín de Tango, o dejarlo como ciudad provinciana... En los movimientos de la Historia no puede nadie quedar neutral pues ello sería salirse de la humanidad. Hay que ampliar nuestra visión. Yo, por sobre la familia, estoy con la patria; por sobre la patria, con la humanidad; y si mañanauviésemos que hacer una revolución por causa del Sistema Solar, por sobre la humanidad estaría yo ¡con el Sistema Solar!

Volví a salir a la calle. Me encontré con Mamerto Masatierra. Se explicaba ante un grupo de personas y les manifestaba:

—Yo se los decía a unos niños, en mi clase, al hablarles de Napoleón. Uno de ellos me preguntaba si Napoleón era o no era un hombre inmenso. A mi respuesta afirmativa, el niño me preguntó por qué los franceses no lo admiraban como nosotros lo admiramos. Le respondí: “Porque ellos sufrieron las consecuencias de su genio en sangre propia”. Entonces se me alegró que, si habían sido malas consecuencias, no podía ser un genio. Sin embargo se le admira y se le venera. Y es, sobre todo, admirado por ingleses, por rusos y españoles, por todos aquellos que lo sufrieron. ¡Ah! —pensé yo de inmediato—, porque esos piensan que si ellos hubiesen tenido un Napoleón...

Pero nuestro grupo se deshizo. Venían por la calle grandes turbas que gritaban a voz en cuello:

—¡Que se mande... un canciller! ¡Que se mande... un canciller!

Pero por la calle que en aquélla desembocaba, aparecía otra multitud que gritaba desaforada:

—¡¡Viva Chile uno y único! ¡¡Vivaaaaaa!!

Ambas muchedumbres se atacaron. Se daban de bastonazos, de puñetazos, de patadas. Era aquello el infierno. Pero, desde lo alto, un helicóptero los vio y avisó, acto continuo, a la policía que se precipitó sin demora. Resonaron unos tiros, algunos cayeron; otros recibían culatazos; vi que otros huían de las bayonetas.

Yo me metí en la casa de Huinchita Pin, justo en el momento en que alguien cerraba la puerta y la trancaba. Huinchita no hizo más que divisarme y se puso a gritar:

—¡Ay! ¡Qué horror, qué horror! ¡Esto es el fin del mundo!

—No, no —le dije—, ya pasará y todo volverá a la calma.

Pero me hallaba nuevamente en la calle y luego en otra calle, y en otra y en otra. Aquí se me forma un verdadero embrollo de lo oído y de la gente vista. Anotaré las palabras escuchadas y, tras ellas, pondré el nombre, si bien lo recuerdo, del que creo que las pronunció. Como se verá, unos peroraban de la revolución misma; otros, de temas más o menos que les concierne; otros, de temas diferentes como si no se hubiesen percatado de lo que ocurría. En fin, veamos qué resulta de todo aquello que presencié.

—Fíjense ustedes en lo que hablan las gentes de derecha; no pueden hacerlo sin llegar al dinero. No es que sean amantes del dinero o que sean negociantes o gentes que vean el ideal y como un medio de llegar a él recurran a los billetes. Es que, dado como está organizado el mundo, si hacen caso omiso de ese dinero, lo hablado les queda trunco. Es saltarse la esencia del tema que han de tratar, es quitarle motor y alma. Uno nota, enseguida, lo trunco. Muchos, pues, hablan de dinero por justeza literaria, por armonía ar-

tística con el medio ambiente en que viven. Sería como hablar de religión sin una vida más allá de la muerte. (Tiburcio Azapa).

—Vi unas humildes casitas, unas especies de conventillos, que se amontonaban los unos sobre los otros. Iba yo con varias personas en auto. Todos los encontraron hermosísimos... Quiere decir que en la miseria ven una expresión del máximo de belleza. ¿Por qué? ¿Por qué ustedes lo encuentran hermoso? Porque ven una poesía decadente por encima del sufrimiento humano. (Pascasio Vallenar.)

—¡Eh! Sociedades secretas, revoluciones, guerras, matanzas y demás... Todos se pliegan a ellas, hasta los más tímidos y moderados. Yo me pregunto si acaso muchos no se pliegan para tener el derecho de matar. (Rosendo Paine.)

—¡Qué me importa a mí esta seudorrevolución! La hacen los que nada mejor tienen que hacer. Salí unos momentos pero luego me di cuenta de que era peligroso exponerse a recibir una bala y, entonces, me volví a mi taller. Aquí he pasado y, créeme, hartó feliz. ¡Mira eso! Mira esa pequeña reproducción de Teniers y mira también esta otra de Leyden. Son dos versiones de *La Tentación de San Antonio*. ¡Cuánto sabían pintar, y componer estos hombres! Me inclino de más en más al trabajo silencioso. Otros prefieren ir a la calle y matarse... Bueno, ¡allá ellos! (Rubén de Loa.)

—Soy anticapitalista. No tengo ningún color político; tengo una negación de color; anticapitalista. Odio esa libertad para cada individuo de juntar la mayor cantidad de dinero que le sea posible. Además esta libertad no es productiva pues es en detrimento de la cantidad de dinero que existe. Busco en vano cómo poner fin a este mal. A veces me inclino al comunismo; a veces me alejo de él. (Lorenzo Angol.)

—Todas las teoréticas, aun las del alto Cristianismo, parten de la base inamovible de la existencia de la pobreza y de los pobres. Los ven como un fenómeno de la naturaleza. El principio verdadero, ¿no es justamente el contrario? La pobreza, ¿no es lo que puede desarraigarse? Y pobreza se toma, en la mayoría de los casos, no en el sentido de humildad y despreocupación de los bienes materiales y terrenales sino en el sentido de hambre, de frío, de miseria y bajeza. ¿Es esto un fenómeno de la naturaleza? (Tulio Azapa.)

—¡Asiento, Onofrini! Las Tres Chimeneas están cerradas y este cabaré del San Lito también debería estarlo. Pero a mí, Romualdo Malvilla, se me abre, a cualquier hora, se me abre. Y después que entro, la puerta se clausura. ¿No es así, mi querida, mi tan queridísima Perpetua Mamoeiro? ¡Ea, bebamos un tragullón! ¿Qué te parece un Pernod? Yo iré a buscarlo y les serviré. ¿Permites Max Collaique? ¡Así me gusta, que permitas siempre la libre acción de tus buenos clientes! Ahora bebamos y riámonos a gritos de esos revolucionarios que atruenan por las calles. Porque voy a leer algo que he empezado y que continuaré el día de San Blando. ¡Oír, oír! ¡Aquí lo tengo!

TARÁNTULA: Furia reconcentrada; mal humor con fuerza. Reconcentración en sí mismo mientras se mastican ideas profundas. Filósofo rabioso.

LAGARTIJA: Una espera tranquila, indiferente, de los acontecimientos. Vivir, nada más. ¿Para qué más preocupaciones? Vivamos y no pensemos.

MARIPOSA DE NOCHE: Cuando estás volando eres la locura, eres el desatino. Indecisión queriendo proceder inmediatamente en cualquier sentido. ¡Hay que vivir, hay que hacer algo! Pero, ¿qué? ¡Algo, algo, no importa qué, lo que sea!

ÁLAMO: Estás solo y aislado. Veo que piensas: ¡Subamos hasta el cielo! ¡Huyamos de la vulgaridad de esta Tierra! Pero hagámoslo sin bulla, en silencio, serenamente...

LA PAMPA: ¡Cuán poca cosa eres tú, oh ínfimo ser humano! En cambio yo, ¡cuán grande, cuán majestuosa, cuán misteriosa! Pero no me temas. Lloro tu inferioridad aquí en mí. Yo te acompañaré en tus dolores.

LA CORDILLERA: ¡Huye, huye! Eres un microbio, una nada. En cambio yo, ¡qué fuerza y qué poder! Y asústate de mí porque no soy clemente. Te devoro y, ante mi grandeza, respétame y humíllate...

Ahora Onofrov, esperar y esperar que San Blando haga llegar su día. Entonces, entonces... ¡oh, mi querida Perpetua; oh, mi enorme Borneovsky...! ¡Será el acabóse!- (Romualdo Malvilla.)

-Esto se debe a la fabulosa riqueza que nos da la autonomía económica; las minas de manganeso. Los ecos que despierta nuestro puerto de Curacopque han sido los causantes de esta revuelta que bien puede ir demasiado lejos. Debe ponerse coto con energía y con muchas balas y muchos carros blindados si ello es necesario. Hay que recordar que somos un solo país, uno solo y nada más. ¡Coto y coto! Tal es mi lema. (Gran Corregidor del Ayuntamiento de San Agustín de Tango.)

-¡Hemos triunfado, hemos triunfado! ¡Viva la Independencia de esta comarca del manganeso! Sí, señores, hemos triunfado pues ya se ha hecho la nueva moneda de aquí: el OSTIO. Viene este nombre de la "ostia" y bendito sea. Se escribirá así: Ø. Ya en el Convento de los Jerónimos no se habla de otra cosa y nos peleamos por ver los primeros ejemplares de esta moneda. ¡Es, en verdad, una maravilla esta moneda! Demos gracias al Señor por haber oído nuestros ruegos. ¡Gracias Señor, gracias mil veces Señor!- (Contraprior del Convento de los Jerónimos.)

-Yo, yo, ¡qué quieres tú, mi querido Onofre!, poco entiendo de estas cosas y de estas matanzas en la vía pública. Era lo que decía a mi mujercita, a Albania Codahue. Me desmembra, me crispa y me deprime ver a toda la gente en semejante estado. No, no hay duda posible de que la literatura está en otro plano mucho más puro. A él hay que dedicarse, a este plano de pureza y dar vuelta la cara a estos estampidos que taladran los oídos. (Teodoro Yumbel.)

-Me voy, Ono querido, me voy. No puedo estar en esta ciudad con estas reyertas y estos balazos. Prefiero la atmósfera del gran Saturno donde todo es calma bajo el resplandor de su anillo. Ahí conversaré con Saturnino. ¡Qué charla tan amena tiene este hermoso Saturnino! Tú, terreno al ciento por ciento, lo encuentras horrible. Estás acostumbrado al tipo standard que, desde pequeño te han enseñado a apreciar. ¿No? ¿Dices que no? ¡Pero, mi buen Ono, por favor! La prueba está que prefieres quedarte aquí en la Tierra viendo estas matanzas porque no se envía o se envía una especie de canciller a Santiago. ¡Me voy, Ono, me voy! Después ¡volveré a ver qué ha resultado de todas estas peloteras terrenas.- (Teodosia Huelén.)

-¡Maravilloso, amigo, maravilloso que se remezca así el sosiego de San Agustín de Tango. La gente tiene una verdadera atracción por el ruido de las detonaciones de fuego. Apenas oyen una, todos se precipitan a ver. Yo recorro encantado estas calles y avenidas. Me he encontrado con medio mundo, con don Bruno Camarones, con el sin par de Stramuros, con Javier Licantén, con el doctor Mangual, con Nemorino Limache, con el guatón de Zócimo Taltal, con la tan bella de Gervasia Cachapoal, con Albania Codahue que se asomaba apenas un poquitín por su puerta y la volvía a cerrar, con Hans Interlaken, con Contaldo Nipaco y también..., ¡ah, ah! con la tan asustadiza de mi gallinita... ¿La ve usted?

¡Eso es, la Tomasa! Apenas me vio puso una cara de sumisión... una cara impagable. Le grité algo, un saludo, usted comprenderá, y seguí mi marcha presurosa con Jabalí Batuco, sacándole el cuerpo a las balas y a los garrotazos que volaban como aves salvajes. ¡Ya se lo digo, mi buen amigo, era algo impagable, impagable! (Desiderio Longotoma.)

—No sé si esto es grotesco o divertidísimo. Felizmente tengo en mi casa mi buena botella de pisco así es que tomo mis tragos y salgo a mirar un poco. ¿Y qué veo? Imagínate, Onofre, que ahí en la avenida Benedito XX veo una multitud que avanza vociferando como energúmenos. Llevaban a un señor en andas y lo vitoreaban con entusiasmo mientras él agradecía a diestra y siniestra. ¿Quién era este caballero tan agasajado? Pues era, nada menos, que don Juan Enrique Arancibia Ocampo. Se opone resueltamente a esta cuestión del envío de alguien a Santiago a representar a esta ciudad. Tú comprendes, Onofre, que para él, Chile es una unidad y ya basta con el canciller que nos representa. Otros piensan otra cosa. ¡Que se las arreglen como quieran! Te convidó a tomarnos un buen pisquito, te convidó a mi casa. Allí estaremos con Miroslava Lipingue. ¡Tan buena que es Miroslava! Durmió en casa después de habernos pegado la farra más descomunal, anoche, en el San Lito. ¡Ea, vamos, Onofre!— (Chispita.)

—¡Oh, qué cosa descomunal, mi señor don Onofre! Usted me va a disculpar pero estos desmanes me hacen perder el juicio. ¡Cómo! ¿No le había presentado a usted al preclaro astrónomo, don Jovino Panquehue? ¡Oh, conózcanse ustedes, conózcanse! Don Onofre Borneo; don Jovino Panquehue. Harán ustedes muy buenas migas pues son dos preclaros ingenios, dos preclarísimos ingenios. ¿Se conocían ya? Es mi cabeza la que anda sin son ni ton con estas revoluciones que se les ha ocurrido hacer por culpa de los cancilleres. ¿No, no es por culpa de ellos...? Debe ser entonces por culpa de las derechas, sí, eso es, o tal vez de las izquierdas. Su sapiencia sin límites lo ha de saber sin duda. Yo, antes de averiguarlo y de tratar de penetrarme en ello, voy a vigilar mis garbanzos porque comeremos unos pocos. ¿No le parece a usted, don Jovino? ¿No le parece, don Onofre? En mi cocina hay más silencio, se oyen menos estos ruidos revolucionarios que nos atruenan. Y, además, no sé por qué, me siento más protegido de las Guaxas que deben andar sueltas con tanto bochinche callejero. Con el permiso de ustedes, me retiro un momento y vuelvo enseguida.— (Irineo Pidinco.)

—No, mi señor; el ocultismo no se opone al comunismo. ¿Por qué se ha de oponer? Como ninguno de los dos se opone al estudio astronómico del cielo. La astronomía es mi medio para elevarme al ocultismo y así tener fuerzas y fe para ir al comunismo. (Jovino Panquehue.)

—La cosa no está en lo que se piensa. ¡No hay que pensar! La cosa está más honda, mucho más; ella está en la médula de los huesos. Cuando la médula toma la palabra... ¡ah!, entonces sí que se puede proceder con la frente altiva y la carabina en las manos. Así habría que ir en contra de estas tropas que balean al pueblo; así triunfaríamos y enviaríamos nuestro canciller a Santiago. ¿Para qué enviarlo? Para que se haga amigo de los demás cancilleres y juntos sigan robando a manos llenas. ¡No, no y no! ¡Hay que cambiar las bases de nuestra estructura básica! ¡Mueran todos esos cancilleres! ¡Mueran y mueran mil veces!— (Pascasio Vallenar.)

Por fin llegué a casa. El cansancio me vino de golpe junto con echarme a un sillón. Tomba había salido también unos minutos pero prefirió quedar aquí en casa. Me contó lo que, desde aquí, había logrado ver. Me dijo:

—Oí, de pronto, una gritería formidable en la plazoleta. Me precipité a un balcón y entreabrí las cortinas un poco, un poquito nada más. Quería ver y no ser vista. ¡Oh, te prometo, Onofre, que valía la pena! Era un remate de esta revolución.

—¿Qué viste, Tomba? —le pregunté alarmado—. ¿Acaso has visto matar a alguien...?

—¡Oh, no! —me respondió riendo de buena gana—. La gritería venía de un gentío enorme que seguía, con gritos de entusiasmo, a ¡Baldomero Lonquimay! Oh, Baldomero marchaba impertérrito adelante con un aire verdaderamente sublime. La gente vociferaba con alegría: “¡Que hable Lonquimay, que hable!”. Él, entonces, se detuvo y se paró sobre aquel banco. Se hizo un silencio. Alargó su mano derecha y exclamó. “¡No se mande ningún canciller!”. Luego alargó su mano izquierda y exclamó: “¡Que se mande un canciller!”. Después se arremolinó en su capa y extrajo de ella, no sé de dónde ni cómo, un bandoneón. En él tocó unos acordes de la ópera *Hernani*, de Verdi, y, de pronto cantó con una potente voz de barítono:

“—Per...do...no... a tut... ti...!

“Y volvió a arremolinarse en su capa, escondió el bandoneón, bajó del banco y desapareció a grandes trancos lanzando el más estruendoso: “Brrrrrrrrrrrrrrrr...” que jamás haya lanzado. La gente aplaudía con vehemencia y lo vitoreaba sin cesar. Yo también aplaudí y vitoré con mi balcón ya abierto de par en par. Es todo lo que puedo decirte de esta revolución de San Agustín de Tango.

30

La revolución ha terminado. Ha llegado la hora de cenar y las turbas, por un lado, y los carabineros, por otro, se han retirado a comer. Las tropas de línea que ha mandado, desde la capital, el Gobierno, también se han dedicado a comer. Es, pues, la calma en San Agustín de Tango.

Anoche he dormido bien. No he soñado nada, al menos nada recuerdo. Me he levantado lleno de fuerzas y de vigor. Tomba ha preferido quedar en su cama. He salido y he caminado, a cualquier parte, adonde sea.

Lorenzo Angol debe dormir aún. Dejémoslo en paz. Me he ido, por el Paseo del Corderito Pascual y por la calle del Sumo Pontífice, a la plazoleta del Señor Es Contigo. Con gran gusto he visto que el Restaurante de la Basílica estaba abierto y que no había sufrido daños de ninguna especie. En él entré para desayunarme. ¡Buena idea! A él llegaba mi viejo amigo Rosendo Paine. Nos sentamos juntos; luego hemos pasado el día entero deambulando por todos los rincones de esta ciudad y, al fin, he terminado mi día en su casa, en el N° 209 de la calle del Vicario.

—Hacia una enormidad de tiempo que no nos veíamos, mi querido Rosendo —le dije apenas me senté junto a él—. ¿Qué es de tu vida? ¿Y qué es de Nicole? Ayer te he visto unos instantes, al pasar, mientras alegabas sobre ese derecho a matar que muchos ven en un bochinche o reyerta como la que se produjo aquí. ¡Cuéntame todo lo de tu vida! No olvides —le advertí con cierta malicia— que tú eres uno de mis biografiados junto a Lorenzo.

—Entonces —me respondió— te puedo dar datos y más datos sobre mi existencia. Créeme, Onofre, ¡he vivido una enormidad! Pero, pero... ¡tú primeramente! Después será mi turno.

Le conté, más o menos, lo que era de mi vida, le hablé de Tomba Montbrison, de amigos y amigas, de la amnesia que había sufrido, en fin, de cuanto se me vino a la cabeza. Luego lo escuché mientras caminábamos por todos lados y mientras veíamos los estragos producidos por las contiendas de ayer. Rosendo me contó lo siguiente:

—He sido alcohólico. Durante cinco años he bebido sin parar. Ahora no pruebo ni un trago porque he vencido esta afición como vencí, hace ya tiempo, mi afición por el opio. Claro está que puedo beber un trago cualquiera si hay alguna ocasión para ello. Pero después paso días y más días, hasta semanas y meses sin probar ni una gota. La verdad era que bebía por una desesperación profunda que había en mí, una desesperación sin causa aparente alguna pues todo marchaba bien. Los sucesos que me ocurrían eran los normales, los que nos ocurren a todos en esta vida. Tristes sucesos algunos pero inevitables. Así, hace tres años, perdí a mi padre; tú lo has de recordar, don Pelayo. Recuerdo que, después de volver del cementerio, me embriagué como un carretero; pero no lo hacía “para olvidar la pena”, como vulgarmente se dice; lo hacía por el gusto de beber y nada más. La pobre Nicole sufría con estas borracheras mías. En fin, la cosa ahora ha pasado y ya no tendrá que sufrir más.

¿Cómo lo dejé? ¿Cómo un día no necesité más de su influencia? Lo dejé como antes había dejado el opio, es decir, sin saber cómo, lo dejé un buen día que ya no podría decirte cuál día fue.

Naturalmente: antes había luchado en contra de este vicio. Te explicaré cómo raciocinaba yo en aquellos tiempos y cómo procedí:

Fijé, para iniciar la batalla, el primer aniversario de la muerte de mi padre. Nicole me había dicho que ese día debería ser el primero sin beber. Yo le dije que no, que ese día debería ser el último bebiendo. Pues cada cual tiene sus ritos y sus fórmulas mágicas que no pueden ser interpretadas debidamente por otras personas. Para todo alcohólico, el último trago, en cualquier circunstancia que sea (un encuentro, una despedida, una fiesta, etc.) adquiere caracteres solemnes. No puede beberse con indiferencia o a hurtadillas. Al hacerlo de esta manera ha de profanarse un rito milenario. Esto lo sabemos todos nosotros, no por una iniciación especial sino por un instinto también milenario. Todas las cosas tienen sus leyes múltiples: las unas al alcance de nuestra conciencia; las otras, fuera de ella. Y estas últimas son las más hondas y duraderas. Cada cual las obedece según el radio de alcance de su sensibilidad. Yo creo ser, en este sentido, un hombre sensible. A tal punto lo creo así que ahora sólo me empeño en poder obedecer otras leyes que gobiernan otros desenvolvimientos del ser humano, con las misma agudeza y majestad con que obedecí las leyes ocultas que guían la marcha de los peregrinos del alcohol. No hay mil caminos para llegar a Roma. Hay mil variaciones, eso sí, mil simplificaciones, mil aditamentos. Pero en el fondo verdadero, una sola es la ley, uno solo es el camino, sea para ascender, sea para descender a esas regiones que a Poe le hicieron exclamar: “¡Pues qué mal hay comparable al alcohol!”.

Bien; mas no quiero alejarme de mi caso particular. Habíamos quedado en que, dentro del rito serio, todo trago último debe revestir solemnidad y en que esto se aplica aun para los últimos tragos de las beberías cotidianas. ¡Qué decir, entonces, para el que ha de llevar el sello del último de una vida! Vamos, pues, a los hechos.

Mi primero consistía en un acto en cierto modo simbólico y también, lo reconozco, ostentoso y hasta teatral. Me refiero a haber fijado, como fecha postrera, el aniversario de

la muerte de mi padre, lo que traía consigo prometer ante su tumba no beber más y, por la noche en casa, beber a guisa de despedida frente a su retrato. Recuerda aquí lo que he dicho referente a la solemnidad de un trago final. Y hay algo más que agregar.

En estos casos, es decir, cuando el vicio ha hecho de uno su presa, todos los elementos que en su contra se pongan en juego tienen un valor, por pueriles que a un juicio sano pudiesen parecer. A tal punto es así que –recuerdo perfectamente– al volver del cementerio, pensé que mi decisión debería dar pie para un alto, un formidable orgullo que, vertido a un lenguaje menos sonante y más cercano a la pequeña realidad mía, puede expresarse como un llamado de auxilio a cuanto hubiese en mí de vanidad. Pues muchas veces, mi querido Onofre, los mismos defectos pueden socorrer en un trance difícil.

El segundo hecho se refiere a mi resistencia inmediata a partir el primer día de abstinencia.

Dos sitios se me ofrecían: la ciudad y el campo. La ciudad donde siempre había bebido durante este último tiempo; el campo donde la sed nunca me ha tiranizado. Este último puede representar para mis adentros –como me lo hizo notar el doctor Pitrufrquén que en esos momentos veía a menudo– la imagen materna, sea el ambiente de paz y dulzura. En cambio la ciudad puede simbolizar fácilmente la idea de prostitución ya que en ella se comercia con cuanto el hombre puede comerciar y aun con parte de lo que no debiera ser comerciable. Sí, estuve de acuerdo con el doctor Pitrufrquén.

Mas, por mi parte, permíteme, Onofre, indicar otro aspecto que en nada niega lo anterior y que bien es posible sumarle: Todo vicioso, por un instinto innato de conservación, alterna el vicio con el reposo. Este reposo, por lo general, no es duro pues uno se lo impone voluntariamente para luego, una vez terminado, “poder gozar más”. Todos conocemos la ley de los contrastes y calculamos los inefables placeres que de ella se pueden extraer sabiéndola manejar con inteligencia.

Tal ha sido el campo para mí o, mejor dicho, tal ha debido serlo en un comienzo. Pero, con el correr de los años, no es raro que se haya implantado una especie de “reflejo condicionado”: una ciudad... ¡venga el alcohol!; un campo... ¡no beber! Porque ya está plenamente dentro de mi ser el proceso que me asegura un enriquecimiento de la próxima voluptuosidad.

Por fin, en cuanto al sitio de residencia se refiere, otro punto debo mencionarte: habría sido, a no dudarlo, harto más meritorio afrontar la contienda en la ciudad. Sí, por cierto, si no hubiesen existido otros hechos en tabla. Mas estos hechos existían. Así es que, al día siguiente, partí a La Cantera, el fundo de nuestro amigo Lorenzo.

Viene ahora el hecho tercero, hecho sencillo que trancé concediendo y que, por lo tanto, no me da oportunidad para ufanarme. Me refiero al tabaco, al fiel, siempre fiel amigo de todas las botellas.

Al percatarse de las medidas draconianas que iba yo tomando en contra de su aliado, me preguntó inmediata y pertinazmente qué devendría su situación si la suerte me favorecería a la postre. Cierta vacilación tuve en un comienzo ante cuestión tan subrepticia. ¿Qué responder? Adiviné que mi buen tabaco, apenas había empezado la lucha, se haría amar con mayor pasión. Pero, ¿era el momento de echarse un enemigo por la espalda, por íntimo que fuese, cuando arremete uno poderoso por el frente? No, por cierto. “¡Todas las libertades, todos los derechos!” –le respondí. Y, sobre este capítulo, asunto cancelado.

Hecho cuarto: El alcohol nos lleva, en su paroxismo, a una euforia de bullicio, de

estrépito, de rompimiento rabioso de cuantos muros nos aprisionan en el normal rodar de los días. ¡Estrépito! Es el anhelo. ¡Rompimiento! Es la acción. Todo lo restante se acalla, se oculta esperando su hora, su revancha. Y en ese "todo" está también el sexo. Al menos es lo que a mí me ocurre.

El hecho es, como te decía, que partí a La Cantera. Allí no bebí, sencillamente no bebí, sin hacer ningún sacrificio dejé de beber. Mi cabeza se fue a otras cosas, a meditar en otros asuntos, de modo que no podía dejar de reír al ver con qué minuciosidad había yo establecido esos cuatro puntos antialcohólicos. Pasó aquello del estrépito y del rompimiento. La verdad es que no pensé más en los tragos. Al cabo de un mes de ausencia allá en el fundo de Lorenzo, volví a esta ciudad, volví a encontrarme con Nicole y volví a amarla frenéticamente.

Sí, sí, hasta cierto punto, la había olvidado un tanto. ¡Qué quieres tú, mi buen Onofre! El sexo siempre se ha de mezclar en todo. Y allá, en La Cantera, había una serie de muchachitas que veía a menudo. Me hice amigo de una de ellas y... lo de siempre: un amor, sí, tuvimos un amor. La recuerdo a menudo a esta linda muchacha. Se llamaba Clorindiana Perquenco. Era ingenua y era muy suave. Tomaba el amor como se puede tomar cualquier cosa. Cuestión de hacerlo y de luego pensar en otra cosa sin acordarse más de él. Pero guardo un muy grato recuerdo de Clorindiana, de esta tan dulce Clorindiana Perquenco.

Volví. Te aseguro que vi perfectamente cómo Nicole volvía a penetrar en mí. Volvía por ráfagas y, puedo asegurarte, que rápidamente. Sentí una verdadera emoción al volver a verla aquí en la Estación de los Ferrocarriles. Nos abrazamos largamente y nos vinimos a casa. Lo primero que hice fue... ¡No te mofes de mí, por favor!... fue ofrecerle matrimonio. Fue tal la cara de estupefacción que puso que me corté y no pude seguir hablando.

Nicole sabe mucho sobre estas fuerzas ocultas que obran en nosotros. Me explicó lo que era para ella el hecho de contraer matrimonio. Habló de los egrégores y de la influencia que tiene ese famoso de Palemón de Costamota en todas estas cosas. Yo la escuché gustoso. Me divierte verla cuando se pone grave y cuando trata de elevarse a esas regiones. Me dijo, en resumen, lo que significaba un enlace aquí en la Tierra. Óyeme bien:

—Quien se casa —aseguró— formula un pacto, sí, Rosendo, un pacto con el Egrégor de la sociedad. No es otro el significado de la ceremonia del matrimonio: concertar este Pacto. Desde que el pacto ha sido concluido, el Egrégor derrama su potencia sobre los casados, los doblega y los modela a su imagen.

—Créeme, Rosendo, que es inútil querer resistir. Resiste uno por un lado...; entonces el virus se filtra por otro lado. Y con esa fuerza, con ese soplo interno, el exterior se moldea. Así se va moldeando también el interior, así va siendo vencido.

—¿Es eso lo que tú quieres? ¿Ser un pequeñín esclavo de ese Egrégor de la sociedad?

—¡No, Rosendo, no, por piedad! No debemos jamás perder esta libertad que nos da el amor libre, el amor sin compromisos para nadie. Deja que Palemón de Costamota trabaje por otros lados y busque su clientela con otras personas. Nosotros, ¡libertad!

Bien; quedamos de acuerdo: no nos casaríamos. Luego, como para probarle mi amistad, le conté mis primeras tribulaciones respecto al alcohol, esas dudas que me habían asaltado. Luego le hablé de su fin imprevisto, de su alejamiento total, como antes había sido con el opio. Le dije que vi todo nuevamente de gratísimos colores y que, entonces... había amado a Clorindiana Perquenco. Ella rió, rió de buenas ganas. Yo también reí. Y

henos amigos, espléndidos amigos; dos amigos que —¿por qué no?— se aman lo bastante como para pasar por alto esas penas que a todos los demás afligen.

Así, pues, volví de La Cantera. Esta vez no había querido ir a Lo Gay, tú sabes, el fundo de Naltagua, allá en la estación de Pillatopos. Él me evocaba demasiados mundos sacros y templos sacros. Vendría bien un cambio: la Bóveda y los corredores de La Cantera me atraían más.

Aquí pasé dejando que mi cabeza recorriera los caminos del pasado. Me apareció Catalina, esa tan bella Catalina. La recordé cuando se tornaba una fiera iluminada. Y recordé cuando, tras ir a puntos sacros, yo le pegaba y le pegaba. Resonaron en mis oídos aquellos agudos: “¡A-íí! ¡A-íí!”. Eran los gritos que, a través de su garganta, se expresaban en este mundo. Los gritos del otro mundo, del otro que nosotros vislumbrábamos y luego se nos escapaba. Y también recordé aquello que me era como un leitmotiv en mi vida. ¿Lo recuerdas? “Toda muerte trae una resurrección”. Sí, porque, en aquellos tiempos, yo quería morir. Y temía a la muerte, la temía pavorosamente. Me agarraba al mundo de los hombres...

Así pasé a La Cantera y así, ahora, con Nicole a mi lado, recordaba ese pasado. Es buena cosa tener una amiga con quien poder conversar de todas estas cosas que se nos vienen a la cabeza. ¿No lo crees tú? Ya no me importaba aquello del amor y la amistad que no puede juntarse, que hay que optar por el uno en detrimento del otro: o se acepta el amor, o se acepta la buena amistad. Ahora, ¡nada! ¡A lo que venga! Reíamos de buenas ganas con Nicole.

Luego salíamos a vagar, sin rumbo, a cualquier parte. Nos metíamos a un cine o a un teatrillo cualquiera. Después tomábamos un refresco y volvíamos a casa contentos, riéndonos de cualquier cosa.

Recordamos a Yvonne; tú sabes, la protagonista de ese *¡Oye!* que una vez escribí para Nicole. Pasó una pequeñita ráfaga de desaliento entre nosotros. Pero seguimos siempre, siempre contentos y ufanos.

Pero algo me taladraba en el fondo. ¿Sabes tú qué? Me taladraba el hecho de haber sido malo, de haber sido un puerco con la pobre Nicole. Porque he sido cruel, he sido injusto con ella. Hoy ha pasado todo eso, felizmente. Le criticaba sus mentiras; era su modo de hablar, de expresarse. ¡Todos mentimos así! Si no mintiéramos no podríamos vivir, cada cosa que quisiéramos decir a algún vecino se transformaría, acto continuo, en otro terrible e interminable “¡Oye!”. Hay que mentir para poder circular y pasar de un sitio a otro. A los otros no les importa lo que digamos o lo que no digamos, lo que vamos a hacer o no vamos a hacer! Pero hay que mantener esta convivencia. Entonces: ¡mentir! De una manera cualquiera, diciendo un “Hasta pronto”, o bien “¡Qué gran gustazo de verte!”, o bien “Espero volver a verte lo más pronto posible”, o bien cualquier bagatela por el estilo.

Tales eran las mentiras de la pobre Nicole. Tales son las mentiras que, a diario, prodigamos ambos con todos los conocidos que tenemos y que ellos prodigan con nosotros. Dime, Onofre, dime por favor: ¿qué tiene de reprochable que ella haya dicho, en esos tiempos. “Sí, iremos a tomar el aperitivo a Montparnasse...?”.

Ahora, Onofre, lleguemos un momento a casa. Ahí te ofreceré un trago de cualquier cosa y podrás saludar a Nicole. Ya, con los años, estoy mucho más tranquilo; ya no vivo por la sangre, por venas y arterias, como lo dijo Lorenzo en sus memorias sobre su viaje a Europa. Ahora vivo y nada más.

Vamos, Onofre, a casa a ver a Nicole.

Para allá nos dirigimos. Ahí estaba Nicole, al parecer, muy contenta. Estuvimos un largo rato juntos charlando de cuanto se nos venía a la cabeza. Nicole nos ofreció unos cocteles. Rosendo tomó su concertina y estuvo tarareando varias canciones. Estaba satisfecho; no se podía negarlo.

Pero algo había que a mí me inquietaba. Sentía que había que tener una desconfianza hacia Rosendo por mucho que hablara de la paz interior que ahora había conseguido. Me vino, súbitamente, un recuerdo de Curihue, allá en aquellos tiempos, cuando fuimos todos invitados por el capitán Angol a pasar esos días inolvidables. Me acordé del bueno de Desiderio Longotoma, me acordé de sus pronósticos que atribuían un fin calamitoso a Rosendo Paine; me acordé que este fin lo había vaticinado para tarde o temprano.

¿Qué sería este fin? ¿Volvería al alcohol y se entregaría a él en forma desenfundada? ¿O sería de nuevo el opio? ¿Se vería la tan alegre Nicole arrastrada en este fin?

Naturalmente nada supe. Al cabo de un largo momento de charla me despedí y volví a casa cavilando sobre esta suerte negra que, se me había antojado, se cernía sobre mi amigo Rosendo.

31

—Vamos a charlar un rato, o dos o tres ratos; los ratos que sean necesarios. El mejor sitio es siempre un bar para charlar. ¿No lo cree usted?

—Por cierto que lo creo, Jabalí Batuco. Vamos al Bar Boquejo y bebamos un falerno de la antigua Roma.

Jabalí Batuco se detuvo unos instantes y me miró. Luego me dijo con tono que no admitía réplica:

—No; nada de Bar Boquejo. Ahora iremos a otro bar, iremos al Bar Carola. Allí no sirven falerno pero sirven otras cosas. Y en él se está admirablemente. ¡Ea, vamos!

Allá fuimos y nos acomodamos ante una mesa. Pedimos nuestras bebidas, Jabalí se echó el sombrero hongo para atrás, puso sus dos manos sobre el bastón de palo de guindo y me dijo:

—Es lástima que no esté con nosotros Desiderio Longotoma. Me habría gustado entonar algunos trozos de *Tosca*, usted sabe, la ópera de Puccini.

—Sí, sí, la recuerdo.

—Y otros trozos de *Mefistófeles*, de Boito. Pero Longotoma no está.

—Acaso se halle en Las Tres Chimeneas, o en el Bar Azul...

—No importa donde se halle. No entonaremos nada. En cambio entraremos en un gran monasterio o en una iglesia de piedra. En monasterio o iglesia del pasado. ¿Qué le parece a usted?

—Me parece algo magnífico. Usted ha viajado mucho, según tengo entendido, así es que ha de conocer a las mil maravillas esos vetustos palacios de antaño y esos castillos y esas viejas catedrales e iglesias.

Bebió un sorbo y manifestó:

—La naturaleza es magnífica. Ella revela las grandezas de que estamos rodeados. Las revela de tal modo que el hombre, ante esta revelación y por la fuerza de las cosas, se siente pequeño, mísero, un átomo perdido en la inmensidad. Es decir, amigo, que al sentir esta

grandeza, el hombre reconoce su insignificancia. Pero el hecho mismo de este reconocimiento le hace ver que su insignificancia no ha de ser tanta, ya que comprende la grandeza. Cada cual comprende lo que es capaz de comprender; cada cual siente lo que es capaz de sentir. Y quien es capaz de comprender y de sentir grandezas, es porque algo de ellas lleva en su interior. Así el hombre se confirma a sí mismo. Pero la naturaleza, en su magnificencia, le desmiente tal idea. Por eso, y nada más que por eso, el hombre inventó la arquitectura monumental, para que algo externo le reconfortara en lo que la naturaleza le hacía dudar. ¿Qué piensa usted sobre este particular, amigo Borneo?

—Pienso que tiene que ser así, amigo Batuco.

—Entonces pensará usted como pensé yo al contemplar esas inmensidades de Castilla desolada. Porque así pensé mientras marchábamos en caravana hacia la mole del Escorial. Todo, todo alrededor nuestro era salvaje y abrupto. Un cielo gris, inclemente; un campo pardo, interminable; al frente, una montaña negra. Nos era menester hablarnos en voz muy alta para oírnos porque un ligero vientecillo que soplabá, bastaba para llevarse nuestras palabras a la inmensidad. Fue este hecho el que me hizo sentirme insignificante, e insignificantes a los que conmigo marchaban, e insignificantes a todos los hombres de la Tierra. La palabra, nuestro don preciado, se perdía en el espacio con un simple vientecillo. Por cierto que ningún hombre orgulloso puede resistir tal injuria de la naturaleza. Y si a su orgullo ha de unirse el poder, es lógico que la naturaleza se haya querido vengar... ¿No lo cree usted?

—Naturalmente, así lo creo.

—Entonces óigame bien, amigo Borneo.

—Bien lo oiré, amigo Batuco.

—Felipe II no puede haber tenido otro afán al haber dado la orden de que empezara a construirse el monasterio de El Escorial. Tal idea se me confirmó. Apenas nos hubimos introducido en aquella inmensidad de piedra, y que esa piedra nos envolvió cortándonos todo contacto con el mundo externo, como una lápida que se cierra sobre una tumba, nuestras voces débiles y perdidas, hace un instante, bajo la cúpula del cielo, al resonar en las vastas salas del monasterio o en los corredores silenciosos, se ampliaron y retumbaron amplificándose mil veces. Pude percibir que los otros, como yo, se sentían satisfechos al oír sus propias voces...

—¡Ah, mi señor y amigo! ¡El olor y la voz de las piedras! El olor es un verdadero narcótico que calma el espíritu, que apacigua todos los achaques, que adormece como un bálsamo. Es un olor especial que ellas no tienen en plena naturaleza. Empiezan a exhalarlo cuando se hallan así unidas, arrancadas de sus montañas. Cuando uno ya se adormece con ese olor, entonces hablan, dicen mil cosas que se comprenden pero que, apenas se ha traspuesto el umbral, se olvidan como por encanto. Su secreto no puede ser sacado de su propio templo. A ese templo voy de cuando en cuando, voy sin moverme de aquí, amigo Borneo, voy navegando en mis propios recuerdos. Esto me da las fuerzas para poder frecuentar sin mayores contratiempos los grandes familiones que estoy obligado a frecuentar por cortesía.

—¿Qué familiones, Jabalí Batuco? No lo veía yo en semejantes actividades ni logro verlo todavía.

—Conozco a la familia de Estanislao Buin, a toda la familia, a su mujer y a sus hijos; conozco a la familia entera de don Juan Enrique Arancibia Ocampo; conozco a la familia

Romeral, a Justiniano y a Higinio, el casado con Salaberga Huintil. Conozco a un sin número de familiones bien establecidos.

—¿Y los frecuenta usted, Jabalí Batuco?

—Sí, señor, los frecuento. Y mientras los frecuento los observo. Observo cómo hacen de su hogar un centro hermético, una punta de imán que a todos atrae. Ninguno debe olvidarlo, no debe olvidarlo por ningún motivo. Me refiero al placer, al enorme placer sentencioso y grave que experimentan los hombres al hacer sentir su superioridad aplastante sobre las mujeres. Es un rastro del afán feroz que aún queda en germen en los hombres, el afán de dominar, de hacer sentir su fuerza, de esclavizar. Esto se une con lo que llamo el pavorreal que todos llevan dentro: sentirse respetados, admirados, temidos. ¿No lo ha verificado usted, amigo Borneo?

—Sí, sí, creo haberlo verificado varias veces.

—¿Ha visto usted lo que es la sociedad, la sociedad afuera, para estos hombres?

—Pues, ha de ser..., en fin, será...

—No, no lo sabe usted. La sociedad es un ente enorme que los pone en su sitio calificándolos con un simple número y nada más. En ella se sienten borrados, convertidos en simples microbios de una vasta comunidad. Así tienen que vivir y así se desmoronan los sueños de rey que cada hombre llevaba dentro de sí. No pudiendo hacer efectivos sus anhelos, toman los aires que a ellos corresponderían, toman ciertos gestos de grandeza, ciertos modales de superioridad. De este modo rodean sus vidas de cierto misterio que las mujeres han de venerar y han de respetar y temer.

—¿Y qué misterio es éste, Jabalí Batuco?

—Entiéndalo, amigo Borneo, entiéndalo: el misterio viene de lo que ellos hacen fuera de la casa, de su vida sea en una oficina o sea en el club, de su vida de la calle, sobre todo si la calle ofrece momentos cruciales porque media ciudad sale a gritar que debe mandarse un canciller a Santiago y la otra media ciudad sale a gritar que no debe mandarse ningún canciller porque no tenemos canciller alguno. Por eso todos los hombres están contentos con estas revoluciones que a ellos los elevan y a las mujeres las bajan de categoría. Pero ya ha terminado la revolución así es que no hay más que hablar sobre el particular. Ahora, ¡a buscar otro tema que les dé rango y misterio!

“Vea ese clan de mujeres temerosas, véalo, amigo Borneo: cuando las mujeres se aventuran a ser indiscretas y algo preguntan, la mayor de ellas o aquella que goza de más reputación, las hace callar e indica el silencio. Así es la cosa, todo el día, desde la mañana. Por ejemplo, es la hora de vestirse y ellos van a bañarse. Hacen esto como un acto sagrado y trascendental. Una mujer dice a la otra: “No vayas al cuarto de baño porque ellos se están bañando”. Es un momento casi solemne. Como si en el baño se estuviese realizando un sacro misterio cuya revelación abriera la puerta sobre una vida ignorada que allí empezara, en la toilette matinal para luego, en el curso del día, ramificarse por la vasta ciudad. La vieja criada no quiere cumplir sus obligaciones: “Los caballeros se están bañando”. La vida habitual de la casa se suspende unos instantes. Los hombres hacen ruido, atraviesan por los cuartos a medio vestir, golpean las puertas. Están serios. El momento es casi grave. Por fin ha concluido y la calma puede volver. Pero ¡no! ¡Otro acontecimiento! ¿Qué cosa es ahora? El dueño de casa se va a vestir. Hay que hacer un pequeño rodeo al pasar cerca de su pieza. Su pieza siempre abierta a todas las miradas es ahora sacrosanta... ¡Es algo curiosísimo ver y observar estas cosas, amigo Borneo!

—Sí, sí, ha de serlo, amigo Batuco. Voy a fijarme en ello apenas tenga una ocasión.

—Hará usted muy bien en hacerlo. Luego verá venir la hora de comer. Se habla, se ríe. Pero alguno tiene hambre, más hambre que de costumbre. Ha trabajado mucho durante el día. Mucho... ¿En qué? ¿dónde? Se sospecha vagamente. En algo... En alguna parte... Pues tiene hambre y come. Se guarda un momento de silencio. Hay que dejarlo comer sin causarle molestia alguna. Come con ademanes de hombre en su club. De nuevo para esas mujeres hay una vislumbre en tales ademanes, de una vida misteriosa que se extiende por partes ignoradas. Entonces, al mascar, hace ruido con la boca. Ese ruido se respeta. Pienzan las mujeres temerosas: “Acaso allá se debe comer así...”. Él exagera su ruido. Encuentra que en ello hay algo de indiscutiblemente varonil. Prueba es que ellas no lo hacen.

—“Esto observo, amigo Borneo. Lo observo sin fijarme en ello. Ello se cuele en mí. Hasta que me aburro y me dedico entonces a mirar o a observar otras cosas o a no mirar ni a observar nada.

—¡Imposible, mi señor don Jabalí Batuco! Usted es un franco observador y tendrá que serlo toda su vida.

—Tal vez tenga usted razón. Ahora recuerdo otras observaciones que he hecho cuando menos pensaba. Fue esto durante un paseo. Óigala usted y puede ser que le divierta porque verá lo que es un paseo, una excursión entre gente del mundo.

—Soy todo oídos, amigo Batuco.

—Estaba yo hastiado en la ciudad. Me hastiaba la insignificante charla de mal gusto de la gente que me rodeaba. Esperaba, pues, con ansias el día del paseo. Eso nos sacaría de tanta y tanta vulgaridad. En el fondo sentía una pequeña esperanza que me halagaba: poder, ese día, tomar sobre ellos una revancha. La naturaleza se encargará de colaborar conmigo. Ella mostrará tan magníficos esplendores que tendrán que comprender que haya quienes se dediquen a rendirle ferviente culto. Así como en cada ocasión la gente gravita alrededor del más fuerte en la materia que se está tratando, en esa ocasión y aunque no lo quieran, gravitarán alrededor mío. Yo seré el centro y seré la justicia.

—“Amigo Borneo, durante el paseo todas las esperanzas se me vinieron por tierra! Porque hay que ver lo que es una excursión del mundo por medio de la naturaleza. Esta les queda absoluta y totalmente cerrada; totalmente, he dicho; pues queda tan ajena a ellos como cuando ellos se hallaban en un salón festejándose los unos a los otros. Es increíble pero así es; ¿me oyó usted, señor y amigo Borneo?

—Sí, amigo y señor Batuco, le he oído a usted y, créame, que me parece algo increíble que ni la naturaleza misma logre hacer despertarse a esas mentes.

—Así es y nada más que así. Pasan ante ella como ciegos ante la luz. No ven ni experimentan nada. Todo llamado que les haga hacia sus bellezas suena como voz hueca que se perdiera en un desierto. Me preguntará usted: ¿dónde reside el entusiasmo de todos ellos por salir? Piense que estábamos allá en el Sur, allá en la ciudad de Valdivia y teníamos un buquecito o barquichuelo a nuestra disposición. En él fuimos, navegando por grandes ríos en medio de selvas, hasta el vecino puerto de Corral. Durante una semana no se había hablado de otra cosa. Todos vivían en la espera de ese día tan deseado, el día en que zarparía el buquecito con nosotros dentro. Llega, por fin, ese día y... ¡nada! Es un día, para ellos, como todos los días de sus vidas, días en que se hacen las mismas cosas, se piensa del mismo modo y se profieren las mismas palabras.

—Es algo para hacer caer la energía del más templado de los hombres, algo para hundirlo a uno en desesperanza.

—Usted lo ha dicho y yo lo confirmaba allá en los ríos. Esto me aburría insoportable-

mente. Veía cuál es la causa que tenían de encontrarse en las selvas navegando por los ríos. No era el deseo de ponerse en contacto con la naturaleza. Nada de eso. La vida de esa gente giraba sobre un solo punto. Este punto era la broma de los unos a los otros, el chiste ligeramente condimentado con un grano de malicia que, al proferirlo el hombre y al recibirlo la mujer, les picaba alegremente como pica un granito de pimienta en un guiso bien preparado. Porque sus vidas no eran más que ellos mismos, era considerarse, mirarse, oírse, crear entre dos o más un pequeñito interés nacido de una futilidad cualquiera. Además toman cariño por ciertos temas de conversación. Los repiten a diario. Los repiten en la ciudad, en los salones, ahí en el buque aquél. Debe excitarles la piel esta renovación de un mismo tema. ¡Es algo insoportable, amigo Borneo, insoportable!

—¡Ya lo creo que ello tiene que ser insoportable! Tiene que ser algo matador.

—Pero esto es lo que ellos desean. Desean que, con marcada obstinación, este acto, así repetido, los domine, los subyugue, los haga autómatas y se encargue de hacer la vida que ellos son incapaces de hacer. ¡Lamentable, sencillamente lamentable y nada más! No le aconsejo que haga usted semejantes paseos.

—No, no los haré, mi buen Jabalí Batuco. Si algún día me veo en la obligación de aceptarlos, entonces...

—Se molestará usted tanto como yo me molesté. No se imagine que podrá distraerse contemplando las selvas y demás. ¡No hay caso! Hay que meterse en el ambiente que ellos crean. Y, así, esperar la hora del regreso a la ciudad, la hora, para mí, bendita y mil veces bendita. Aquella vez llegó esa hora, tenía que llegar. Estaban todos algo fatigados. Venían silenciosos. Algunos, hasta pensativos. Fue tal mi alegría al verlos así que...

—¿Qué hizo usted, Jabalí?

—Canté.

—¡Bravo, bravo! ¡Buena manera de demostrarles su manera de pensar y de sentir lo que era un paseo así!

—No, amigo Borneo, redondamente no. Tomaron mi canto como una expresión de melancolía romántica. Y todos vinieron a mí a escucharme y a felicitarme una vez que hube concluido de cantar. Entonces... no canté más. Y llegamos en silencio a los muelles de Valdivia y ahí desembarcamos. Al día siguiente volví. Volví jurándome no caer nunca más en un paseo así.

—Con lo que hace usted muy bien.

—Sí, muy bien. Pero, a lo mejor, caeré nuevamente. Usted me ha calificado de observador. Yo he respondido: "Tal vez". Volveré a observar lo que ante mí se presente. Observaré la burguesía. Ella es la continuación de esos paseos por los ríos. Porque la observaré aquí, aquí en San Agustín de Tango. ¡Es formidable un clan de burgueses! Iré a verlos, iré a casa de los Romeral, esa que, según creo, fue de usted, ahí en la calle de los Sagrados Corazones. Será una repetición del paseo en buque por los ríos del Sur aunque ese palacete no se ha de mover. Allí quedará, sin moverse. Y todos nosotros nos moveremos dentro de él haciendo equilibrio para que no se nos caiga.

—No se caiga, ¿qué cosa, Jabalí Batuco? No le comprendo a usted con ese temor a una caída.

—Que no se nos caiga la tacita con té o chocolate que, de seguro, nos van a poner en la punta de los dedos de la mano, de esta mano. ¡Y usted tiene que revolver el contenido de esa tacita con una minúscula cucharita! Mientras tanto se hablará de sulfas, de vitaminas y de antibióticos. El héroe será aquel que muestre un nuevo frasquito recién comprado

en una farmacia y que los demás no conocían aún. El doctor Hualañé hace falta en esos festines; sí, señor, el doctor Gil Hualañé...

—¿Cómo! ¿Se llama Gil nuestro doctor Hualañé...?

—Sí, señor, así se llama y así en todas partes, así cuando visita a un enfermo, cuando está en su gabinete, cuando se encierra en aquella pieza pequeñita donde, en compañía con el doctor Pitrufrquén, azota y azota a las víctimas de los antibióticos y de las vitaminas y sulfas y neurosis sin fin. Bebamos un trago, mi amigo, por el doctor Gil Hualañé y por el doctor Lucas Pitrufrquén.

—Tampoco sabía yo que el doctor Pitrufrquén se llamaba Lucas. Para mí, ambos eran los doctores, sin más.

—Bien, ya lo sabe usted: Gil y Lucas. Ahora, me marchó a casa, mi buen amigo Borneo. Tengo teatro esta noche. Iré, con Resedá, al Gran Teatro Musical.

—¿Quién es Resedá?

—¿Cómo! ¿Tampoco lo sabe usted? Resedá es mi hermana, la que vive conmigo, en el 488 de la calle Santa Gloria. Vivimos ahí. Algún día la conocerá usted. Es cuatro años mayor que yo y es viuda. Muy buena persona. Ella me ha invitado al teatro. Sabe muy bien cuánto me gusta a mí ver una buena bailarina. Y hoy, eso tenemos, una buena bailarina, una digna sucesora de la sin par Virginia Rapel. ¡Un gran chincolito como Praxedes Bagdad! Usted debe conocerla: Surama Tarcupay.

—Claro está, la conozco y la he aplaudido con frenesí.

—La ha aplaudido usted como ella se lo merece. Y me marchó. ¡Adiós, amigo Borneo!

—¡Adiós, amigo Batuco!

32

Estamos con Tomba en La Torcaza. Acaba de llegar Lorenzo Angol a visitarnos. Hemos charlado mucho, en todas partes de estas vetustas casas y en los campos que las rodean. Hacía ya tiempo que yo lo había invitado para corresponderle a sus invitaciones a La Cantera. Le había dicho que viniera con Benilde Panilonco. Pero Lorenzo ha preferido venir solo. Aquí estamos, pues, los tres: Tomba, Lorenzo y yo.

Nos ha dicho lo siguiente:

—Vivo en una lucha entre dos vidas: una sincera que nace del fondo de mi alma; otra artificial que se adhiere a mi ser como un mundo de parásitos. Entre ambas me balanceo. Me siento sin dominio alguno sobre ellas. Cada vez que me despierto me pregunto:

“¿Cómo irá a ser el día de hoy?”

Creo que estoy fatigado; siento una verdadera anemia; siento que la literatura me ha cansado, me ha hastiado, pues llega a repelerme después de una época, ya lejana, de tanto trabajo. Pero mientras más hastiado me hallo del trabajo, más me ensaño sobre él, guiado por un ímpetu salvaje, por una lucha de la que no quiero salir vencido. Porque comprendo que, una vez librada la última batalla y una vez derrotado, voy a caer en la más horrible desesperación.

Ya no es mi obra lo que defiendo. Me defiendo a mí mismo, a mi ser, defiendo toda

una vida. Mas no la defiendo para vivir largamente. No temo a la muerte. A mi edad, a los 60 años, he dejado de tener ese pavor que antes me asaltaba. Para mí había sido siempre el mayor temor de mi vida: esta imagen de la guadaña que me troncharía. Ahora, no. Pero, al fin, mis fuerzas físicas ceden. Entonces quedo en un profundo vacío.

Espero, entonces, espero. Me digo que voy a tomar un pequeño descanso y que luego volveré al trabajo, sea en la Bóveda de La Cantera, sea en mi escritorio en Fray Tomate.

Salgo a menudo, salgo sin rumbo. Llevo la intención de olvidar mis afanes y preocupaciones, de pensar en otra cosa. Me digo que así podrán renacer con mayor ímpetu mis fuerzas agotadas.

En La Cantera voy al pequeño bosque. Aquí, en La Torcaza, tú tienes también un bosque semejante. Cuídalo mucho, Onofre; te lo recomiendo, sobre todo, a ti, Tomba. Un bosque así puede ayudar enormemente en muchas circunstancias. Pero ojalá vayan a él sólo para reposar a la sombra de los grandes árboles.

Muchas veces este bosque me ha servido como calmante. Bajo sus árboles añosos descanso y, este descanso, envía el curso de mis pensamientos hacia otros mundos. Es una pequeña satisfacción. Pronto vuelve el pesimismo; mi mente se encarniza sobre el tema de la obra que deviene una idea fija.

El mundo me aparece sombrío; sobre mí siento pesar una fatalidad de la que me es imposible escapar. Tal es el destino de muchos artistas. Tal vez en otras condiciones se hubiese podido hacer algo. Es lo que pensamos como consuelo.

Escribir... ¿para qué?

Haga lo que haga no será más que una repetición de lo que ya tanto se ha hecho. Con la rapidez del relámpago cruza por mi memoria todo lo que hasta hoy día he hecho; por mi imaginación lo que eso será prolongado en el porvenir.

Nada..., nada...

Pero sigue mi mente vagando. Recorre cuanto le es posible recorrer sin que mi voluntad entre en ello. Así recuerdo cierto día en que terminé riéndome solo bajo un inmenso sauce. Porque me vino al recuerdo una de estas reuniones literarias a las que antes asistía regularmente. ¿Se las cuento, una de estas reuniones, en casa de Abdón Ucayali, en el bulevar de la Catedral?

Bien, allí estábamos todo un grupo. Recuerdo que estaban los hermanos Doñihue y Antenor Lentejuelas y Nemorino Limache y varios más. También recuerdo la llegada de Clotilde Antilhue con aquel viejo, viejísimo amor de Teófilo Borneo; tu primo, Onofre; que deben ustedes recordar: Epifania Tamarugal.

De pronto me levanté para ir a buscar un poco de whisky al "gabinete" de Ucayali. Nunca, jamás le oirán ustedes llamarlo de otro modo: gabinete y gabinete. Tomo la botella cuando mis ojos son tomados por un poema que había sobre la mesa. Lo leí, por cierto, y luego lo copié, diciéndoles luego a ellos que había estado hojeando unos libros. ¡Era un hermoso poema, ya lo creo! Pensé en Javier Licantén; pensé en el mismo Abdón Ucayali. En fin, el hecho es que lo copié y, si ustedes permiten, se los puedo recitar.

Decía así:

Bate el vate al ulular;
Hurga el ocioso al husmear...
Ahuyentar en la Alhambra
Como el holgazán con urticaria

Usurpa y exhorta al fariseo.
Hay que exhibir el contagio
Y pasar por el pasaje del paisaje.
¡No! ¡Alto, alto!
Ahí va la urna hecha un hollejo.
Volvamos a nuestra lozanía
Y susurremos sobre lo que se cierne.

El poema, naturalmente, seguía, pero, al terminar de copiar lo que acabo de recitarles a ustedes, entraba Ucayali a su gabinete.

—¿Qué es esto? —le pregunté mostrándole el original.

Me lo explicó en dos palabras: Habían venido a su casa varios amigos y la conversación había caído sobre la ortografía de la lengua castellana. Todos pretendían conocerla a fondo. Entonces Mamerto Masatierra, el profesor de castellano y geografía, les había dictado, improvisando una especie de poema, una serie de palabras de complicada ortografía.

—¡Oh! —exclamó Ucayali—; ¡qué de faltas! El que usted ve ahí es el mío: ni una sola falta...

Me chupé. Casi dije a Ucayali que había pensado en una loca inspiración de Javier Licantén, el inmenso vate, y que también había pensado en él. Me detuve a tiempo. Habría pensado que era yo un antilicantista o un antiucayalista. Me callé. Durante varios días quedé con esta interrogación que no me dejaba ni un solo momento en paz:

“¿No entenderé yo entonces nada de poesía...?”

En eso estábamos cuando apareció Ascanio Viluco. ¡Con qué solemnidad apareció! Hicimos todos una serie de reverencias y él tomó asiento. Luego nos dijo:

—He estado leyendo varias obras de Vicente Huidobro. He leído *Altazor* y también *Temblo de Cielo*. Ahora pregunto yo: en Huidobro, ¿dónde termina la poesía, dónde empieza la sátira? Llego a la conclusión de que todo esto no es más que una vulgar chacota.

Pero Ubaldo Masafuera, que allí se encontraba, le contestó de inmediato:

—No, mi señor don Ascanio. Allí no existen esas categorías estables y prefijadas que, de existir, darían como resultado una chacota si se las mezclara sin son ni ton. Fíjense ustedes en los niños: no hacen ni poesía, ni sátira, ni chacota. Simplemente son. Son de una manera que, a nosotros, nos parece lo uno o lo otro. Es como una pantera que vemos vivir: ¿hace estética o hace brutalidad? No hace nada. Vive. Nosotros hacemos semáforos ante ella para creer que entre nosotros nos entendemos.

“¿Dónde en *Altazor* o en *Temblo de Cielo* termina la poesía y empieza la sátira? En ninguna parte termina la una y empieza la otra. La pantera, ¿cuándo deja de ser bailarina rusa para empezar a ser verdugo de campo de concentración? Nunca.

“Vicente Huidobro fue un niño. Es todo. Un niño, ¿hace poesía al decir las hermosas cosas que dice; es loco al creerse, sobre un montón de tierra, en la cumbre del Aconcagua; es un criminal al lanzarle piedras a un pollo? Todo esto, prolongado hasta nosotros, sería llamado poesía, o locura, o criminalidad. No hay tal. Huidobro vivió. Los doctos clasificadores no lograrán entenderlo jamás.

Con mi actual manera de sentir la vida me he dicho que una persona se expresa de otra diciendo, por ejemplo: “Darío Valdepinos es muy sarcástico”. Pone, por lo tanto, la modalidad de “sarcástico” como fruto, como emanación pura y exclusiva de la función de Valdepinos.

Esto, creo, está mal. Ello pertenece al mundo tridimensional. Esta frase me presenta significado, únicamente como semáfora de entendimiento con los demás en la vida cotidiana. Pero en sí carece de todo significado. La frase empezaría a tenerlo si yo me expresara más o menos así:

—Lo sarcástico se expresa en Valdepinos sin que su voluntad ni su conciencia profunda estén para nada en tal expresión.

Diría con mayor justeza:

—Cierta modalidad del Todo, modalidad que llamamos “sarcasmo”, se hace presente en mí cuando Valdepinos sucede en mi suceder.

Porque yo no existo; Valdepinos no existe; nadie existe. Pero LO sarcástico, sí existe. Y existe únicamente en el momento en que otra persona —en este caso Valdepinos— me lo hace sensible.

Lo sarcástico cruza el mundo tridimensional en grandes planos inclinados; así lo veo con los ojos interiores; un hombre es tomado por ellos; yo reflejo esos planos por contacto con ese hombre; en resumen: LO está fuera de ese hombre, fuera de todos nosotros, fuera de Valdepinos, fuera, fuera... LO *es*; el hombre no es; el hombre es expresión hacia mí de un LO.

Me preguntarán ustedes por qué he escogido el sarcasmo, por qué he pensado en él. Es un recuerdo también, un recuerdo del cínico de Valdepinos; un recuerdo, por cierto, muy lejano. Una vez que peroraba sobre su familia, en contra de ella, y Teodoro Yumbel me murmuró:

—Este Valdepinos es muy sarcástico...

¡Oh, esas *Cavilaciones!* Admiro tu paciencia, mi querido Onofre. Son ya de una época remota, cuando aún creía yo en tantas y tantas cosas que ahora pongo en duda. Claro está que me acuerdo muy bien cuando me entregué a esos primeros pasos de la Magia Negra.

No he vuelto a ella. A veces siento un deseo de profundizar todas esas ciencias. A veces algo leo sobre ellas y algo las profundizo. Pero es ello un trabajo demasiado duro, un trabajo durísimo.

Sí; siento que él ronda en torno mío. Ronda en los momentos más raros, más imprevisibles. Me toma durante breves segundos y luego me abandona. Me tomó al llegar aquí, al pasar por la estación de Comepumas; luego aquí mismo, aquí en La Torcaza, al ver, en tu jardín, un arbusto lleno de flores anaranjadas.

Después, nada; he estado en calma.

Sin embargo anoche he pensado, mejor dicho, *se pensó* en mí. Óiganme ustedes bien:

Nada de muy especial había pasado anoche; había sido una de las acostumbradas noches de La Torcaza. Me fui a acostar con el espíritu en paz y pensando las cosas corrientes que uno siempre piensa sin que le dejen huellas de ninguna especie.

Me eché a la cama y apagué la luz. Allí quedé largo rato, creo, o poco rato; no sabría precisarlo. De pronto me sorprendí al volver a mí mismo. Porque...: ¡había estado ausente, sí, completamente ausente cerniéndome sobre otras regiones!

Traté de recapitular: Lo que he leído en estos últimos tiempos tenía influencia sobre mí; tal vez era ello lo que al fin afloraba en mi mente y se sumergía nuevamente. He leído mucho, con lentitud pero mucho, a Krishnamurti. Les repito: recapitulé y, al fin, anoté el resultado de estas meditaciones que habían pasado por mí sin percatarme yo de ellas. Aquí está esa anotación:

A ti te digo, parte pensante o intelecto:

Tú sabes que te voy a matar, que poco tiempo te queda para ser el amo y señor de mi persona. Sí, morirás y esto es lo que tú sabes. Por eso, y nada más que por eso, es que te aferras a mí y piensas como un loco, con el instinto de una rata que quiere escapar y se levanta en dos patas. Por eso me llevas para allá, para acá, por todas partes. Por eso te vuelves loco, intelecto, te vuelves loco de atar y piensas y piensas y piensas.

¡No! ¡Te mataré!

Viviré, entonces, en la paz.

Hoy por la mañana, al despertar, me vine a fijar en una cosa: el hecho mismo de haber anotado lo de la noche, era una prueba de que ese intelecto no va a morir todavía.

Luna nueva... Era siempre la que Lumba Corintia miraba con embeleso. La emocionaba más que la Luna llena. En realidad es muy hermosa. ¿No la encuentran ustedes? Yo encuentro que es cuando más habla de su misterio. Así, tal como está ahora. ¡Y en esta calma que reina en la Tierra...!

Déjenme un rato solo, aquí en este banco y frente a esta Luna nueva. Con ella iré hasta Boston donde su cuerpo reposa.

Su cuerpo... Porque ella misma... ¿dónde estará? Ya ha de estar aprendiendo esos misterios que a nosotros nos rodean todo el tiempo.

Luna nueva... ¡Lumba Corintia!

A Benilde Panilonco la conocí a bordo de la M.N. Maelstrom, durante un pequeño viaje que hice del Norte hasta Noriol. Hace ya de esto sus buenos años. Fue lo que en Francia se llama *un coup de foudre*. Yo diría que fue "un golpe sexual".

Ahí, a bordo del Maelstrom, nos amamos. Fue algo exclusivamente sexual, fue una locura que nos impulsó al uno sobre el otro. Pero en ello había algo más profundo que luego renació sin que nosotros nos lo confesáramos. Nos sentíamos como los títeres de una voz de la naturaleza, unos títeres que le debíamos total obediencia.

Siguió nuestro amor aquí, siguió en Santiago. Casi no hablábamos. ¡Besos y besos, la pasión desordenada! Ella a veces partía a Santiago y me escribía; yo, naturalmente, le contestaba.

¿Por qué hablo de Benilde en el pasado? Onofré (conversábamos los dos solos, sin Tomba), porque con ella también ha terminado todo. No, no es que estemos mal; por el contrario, estamos muy amigos. Siempre lo fuimos, muy, muy amigos. Ella no llegó jamás a perturbar el recuerdo que guardo de Lumba Corintia. Es un recuerdo sagrado que siempre conservo como tal. Ahora pago las faltas que cometí con ella, con mi pobre Lumba Corintia. Créeme que Benilde me acompaña en estas súbitas ráfagas de dolor que me asaltan de cuando en cuando.

Al recordarla me veo con las ínfulas de un rey; yendo y viniendo; despreocupado. A mi lado se llora, a mi lado hay lamentos. Yo paso; yo sigo. Yo continúo en mi búsqueda de la dicha.

¡Buscar la dicha para no afrontar la verdad...! Es lo que todos hacemos. Créeme que ahora una tristeza profunda me ha invadido. Un vacío. No puedo llenar este vacío. A veces pienso en su ataúd, pienso en el cementerio, allá en Bostón. No, no lo puedo. ¡Qué quiere, Onofré! El mundo es así. Habría que salir del mundo.

Estoy demasiado concentrado en este mundo. A veces algo logra desconcentrarse en

mí por algunos segundos. Como me desconcentré la otra noche aquí en tu fundo, la noche en que escribí sobre la muerte que he de dar a mi intelecto. Porque es el intelecto el que se aferra a esta concentración.

¡Sí, sí! Ya hablaremos de Pecarí Cudico, el hijo de Resedá Batuco viuda de Cudico; Pecarí, sobrino de Jabalí Batuco e hijo de Braulio Cudico, ya fallecido. Hablaremos de él y de ese afán por concentrarse en todo lo que ocurre aquí en la Tierra. Es una posición justamente inversa a la posición que yo venero como ha de venerarse lo que es grande en esta vida.

Pero sigamos hablando de Benilde Panilonco.

Ya te lo digo, Onofre, era la libertad absoluta entre nosotros. Recuerdo que, recién la conocí, estuve enamorado de Virginia Rapel. Casi, casi me decidí a ir tras ella. Pero me detuvo ese fantasma que anticipándose, siempre me pregunta con una obsesión verdaderamente irritante:

—¿Y después? ¿Cómo seguiría este amor...?

Es la verdad, Onofre. Siempre que pienso con lascivia en una mujer, llegan a mí otros proyectos de conversaciones interesantes, francamente interesantes, con ella. Trato de hablarle de mi vida, de mis lecturas, de lo que pienso en silencio, de esta terrible concentración en la Tierra que me impide volar lejos, lejos. Y la lujuria se acalla un tanto... Por eso no me acerqué a Virginia. Volví con mayores ímpetus a Benilde.

A veces, claro está, la recuerdo todavía. La veo como la divisé un día por la calle, marchando veloz. Iba vestida de equitación; algún paseo a caballo que habría hecho. Me quedé contemplándola y me pregunté:

“¿Por qué no le hago la corte; por qué no se la hice...?”

Pero luego vi la enorme diferencia que hay cuando se está con una mujer lado a lado, al frente, y... el recuerdo que de ella se tiene. Volví a casa y olvidé a Virginia.

Me encerré en mi escritorio; saqué un alto de papeles: las cartas de Benilde; las copias de mis cartas a ella.

Te vas a reír al ver que aquí, aquí en La Torcaza las tengo. He sentido la necesidad de hacerme acompañar por ellas. Acaso sabía que hablaríamos de ella. No lo sé. ¡Vamos a verlas, Onofre!

Éstas son mis cartas. En ellas creo que la ruego. Tampoco lo sé. Tú me lo dirás. No, no son cartas inspiradas por un amor de pura lujuria. En fin, tú verás. Te leeré algunos párrafos:

Te pregunto ahora, mi Benilde: ¿De qué y por qué voy a llorar? No lo sé, lo ignoro. Es un llanto que se ha acumulado dentro de mí y que pide salir y salir; un llanto muy hondo que siempre me acompaña y que tal vez busca una personita para desahogarse, una personita suave, silenciosa, que mira hacia su pasado y lamente mucho lo tan lleno que está ese pasado. ¿Quién podría ser esa personita? La contestación es clara: No puede ser más que Benilde.

Más adelante le digo:

En realidad te quejas demasiado. Mis cartas te han producido “una sensación de tristeza y desconsuelo”. ¿Por qué? Luego agregas: “¡Cuántos años pasados, cuánto cambio físico y moral, cambios ya irremediables...!”. Ves, Benilde, todo a

través de una cortina de humo fatal. Yo, por el contrario, veo que todo ha sido y es la dicha misma. Jugamos con plena libertad con este APARENTE cambio de las cosas, con este suceder NO EXISTENTE, cuando hay en uno un perfecto amor. Lamentas el ansia de poder querer, lamentas el no poder vibrar con sólo una mirada... ¡No, mi linda, ello no es posible! Sé que tú vibras, como tú únicamente en el mundo sabes vibrar, con sólo la presencia de un ser que te adore.

Le pido que volvamos a nuestro antiguo amor. ¿Te extraña que lo llame "antiguo"? Es el efecto que me hace, que han pasado años, siglos, de nuestra última entrevista íntima. Se lo pido ansiosamente. Le digo:

Y verás, Benilde, que todo, con una calma serena, vuelve a ser como antes fue.

Ve ahora algunos párrafos de sus cartas. Ve éste en una de sus primeras cartas:

Sigo siendo en mi familia la mujer tranquila y fría que todos creen ver en mí. ¡Sólo tú, mi Onofre, sabes del misterio!

Me despido con mucho, mucho cariño y con una mezcla desesperante de deseos de besarte, de apretarte y de llorar.

Ve uno de su última carta, carta recibida el día antes de venirme a tu fundo:

Siento deseos muy grandes de llorar, pero de llorar despacito, por algo demasiado lindo que pasó y no volverá: ¡el amor!

Has tenido el don de evocarme de una manera tan viva nuestro pasado. Es como escuchar una antigua canción que hace volver al sentimentalismo de otros tiempos, a recordar cuánto amé y cómo ahora no volveré a amar.

Yaquí, por fin, me escribe:

Ahora hablamos diferente idioma. Para mí ese capítulo del amor ha terminado por completo, se ha dado vuelta la hoja. Como ves, respecto a este punto no podemos coincidir: tú permaneces joven para el amor; a mí ha dejado de interesarme.

Sí, tal vez tú tengas razón, mi querido Onofre; Benilde ha cumplido ya sus 55 años. Un cambio brusco se ha producido en ella...

Veo que tienen ustedes los *Epigramas eróticos*, de Marcial. Los he leído también.

Hay en él muchos párrafos que siempre deberíamos tener a la vista y recordarlos con frecuencia, ¿no es así? Por ejemplo éste, éste en que habla de la poesía. Bien, lo leeré en voz alta:

“¡La poesía! ¡Menguado y triste oficio...! ¡Oh —pensaba yo amargamente ocultando mi dolor bajo risueño gesto—, hubiésemme el cielo concedido una pequeña granja donde poder vivir, y mi existencia entonces, libre de humillaciones y penalidades, se hubiera deslizado sin fausto en el seno de la mediocridad y del estudio! Tranquilo así y feliz, ¿adularía a alguien?; ¿aguardaría en la glacial antecámara a que se levantara el patrono para dirigirle humilde mi salutación matinal? ¡Con qué placer devolvería a Flaco su mísera esportilla de cien cuadrantes...! Pero, no;

tanta dicha no se ha hecho para un pobre poeta; y aun esta misma noche vuestro desventurado Marcial irá a tender la mano al despreciable Rufo”.

Luego está el Epigrama N° VI. ¡Lo he leído tantas veces y, al leerlo, se han cernido sobre mí los recuerdos de Benilde Panilonco y, sobre todo, de Marieta Uscana! Oiganlo ustedes:

“¿Quieres saber, Flaco, cómo me gustaría que fuera mi amante? Pues bien, ni muy fácil ni muy difícil. Me agradaría un término medio. Ni la obstinada esquizofrenia que atormenta, ni la excesiva blandura que hasta”.

Pensaba el otro día en Marieta Uscana. Inspirado acaso por Marcial quise escribirle también un epigrama. Y escribí. Pero me resultó otra cosa, otra completamente diferente. Lo tengo aquí en mi libreta. He aquí lo que escribí:

Unos deseos de echarme a tus pies y, en completo silencio, sin decir nada, que tú comprendas que he reconocido mi falta y que pido perdón.

He visto que no es aún el momento. Tú has extendido una fina cortina entre ambos. ¡Esperar!

El amor pasional por ti ya en mí ha pasado. Esto ha desaparecido. Al menos así lo espero y lo deseo. El camino es largo para cada cosa. Créeme que, en este momento, no hay amor pasional en mí para nadie.

Tú me has reprochado que yo siempre recuerde y siempre escriba algunas palabras a mis antiguos amores. ¡Sí, recuerdo y escribo! Porque hoy veo claramente lo que ellas han hecho por mí. Yo, inconsciente, pasaba a través de ellas y seguía. No, ello no es posible.

Ahora puedo decirlo:

Esto que he escrito no es justamente para Marieta; no es para Benilde; no es para Jenara; no es para Vivencia; no es para ninguna, ninguna. Creo que, en el fondo, es el espectro de aquella que ahora duerme allá en Boston, de Lumba Corintia.

Creo...; creo...

Mi vida, tal vez, se pase en una perpetua creencia que no llegaré jamás a ver como una certeza.

¿Qué es el goce supremo que se obtiene con una mujer? Para mí no hay duda alguna: es un momento de desconcentración total. Luego viene un súbito regreso a la concentración terrena. Hay que hacer en brevísimos instantes el largo camino de aclimatación con cuanto nos rodea. De esto, creo, nos viene un rechazo, un alejamiento por la mujer que nos llevó a esa desconcentración.

He pasado la tarde en el taller de Rubén de Loa. ¡Cuánto me gusta oírlo hablar! Al principio estábamos en silencio pues algo faltaba. Rubén, sentado frente a su caballete, raspaba

y raspaba una tela y de todo se preocupaba menos de disertar sobre tema alguno. Hasta que unos pasos precipitados nos anunciaron la buena nueva: ¡ahora oiremos hablar! Pues se presentaban Mamerto Masatierra y Macario Viluco. Ambos discutían o, mejor dicho, Mamerto pinchaba al joven para hacerlo hablar y hasta acalorarse. Éste no cabía en sí al verse incomprendido y gritaba:

—¡Pero si es evidente, evidente, Mamerto, por Dios! ¿Cómo es posible discutir lo contrario? Usted, Rubén, será el árbitro de esta discusión que tengo con el señor Masatierra. ¿Lo acepta, mi amigo de Loa?

Rubén dejó sus espátulas y contestó:

—Por cierto que lo acepto. ¿De qué se trata?

Macario se expresó inmediatamente:

—Se trata de nuestro reciente paseo en auto, mejor dicho, en liebre. Íbamos en una liebre repleta de gente y todos, todos sin excepción, conversábamos de lo que viniera a nuestras cabezas. Así corríamos por la carretera panamericana, así dejábamos atrás paisajes y más paisajes. Por ahí almorzamos todos juntos. Luego seguimos nuestra excursión. Por fin regresamos a San Agustín de Tango y, al despedirme de este caballero, sí, mi amigo, al despedirme de usted, Mamerto, le dije: “¡Oh, qué gente más necia la que venía en la liebre! Había varios que estaban enfadados, que estaban amurrados... ¡Qué necios! ¡Deberían haber estado todos pletóricos de entusiasmo!”. ¿Lo recuerda usted, Mamerto?

—Claro está que lo recuerdo —respondió éste—. Y recuerdo también que le pedí a usted, Macario, que me explicara por qué razón se enfadaba usted con esos amurrados.

—Sí, eso es; yo le di la explicación y usted no entendió ni media palabra de lo que yo hablaba. Ahora usted, Rubén de Loa y usted también, Onofre Borneo, me oirán calmadamente y luego darán su veredicto.

—¡Eso es, eso es! —gritamos ambos.

Mamerto se acomodó en un sillón y pronunció con voz cariñosa su eterno:

—¡Inefable!

Macario se estiró el vestón, dio dos o tres pasos, carraspeó y dijo con voz tonante:

—Es un desatino, un desatino sin par, disputarse y amurrarse porque en un vehículo cualquiera se junta gente diferente. Hay gustos diametralmente opuestos entre esa gente, hay quienes sólo ansían llegar pronto a sus casas; hay quienes desearían que ese paseo no terminase jamás; hay quienes, suspirando, se embelesan con el paisaje; hay quienes se quedan dormidos; hay quienes siguen preocupados con sus negocios de la ciudad; hay quienes caen a la contemplación pictórica de cuanto desfila ante sus ojos (esto me lo ha enseñado usted, Rubén, que hay una manera de mirar el mundo que sólo pertenece a los pintores); hay quienes se alegran de este descanso que, al fin, pueden tomar; hay quienes van preocupados por la cita que los espera; hay quienes..., hay y hay quienes... y más quienes porque hay de todo cuanto hay, de todo, y todos están sometidos inquebrantablemente a una voluntad, a una sola voluntad más poderosa que la de todos ellos y ellas juntos, sí, señores, la voluntad del chofer de la liebre, la voluntad que dirige a ese mundo conglomerado allí sin saberse por qué...

—¡Oh, oh! —clamó Mamerto—. ¡Esto es verdaderamente inefable!

Macario se volvió hacia él y le espetó:

—No sé si es inefable o no lo es. En todo caso puedo asegurar a usted que allí, en esa liebre, como en un autobús, o en un vagón de ferrocarriles, o lo que sea, hay una formidable riqueza; repito mil veces: ¡riqueza y riqueza! Porque ustedes no se han fijado que ese

chofer que los lleva tampoco es un hombre libre, no y no, es un simple subordinado que obedece a otras órdenes superiores, a las órdenes de las compañías de turismo las que, a su vez, obedecen a los turistas que están dispuestos a abrir sus carteras para pagarse el hecho de viajar y viajar aunque nada vean y aunque muchos se aburren como ostras mientras viajan, como creo que se aburría usted, Mamerto Masatierra, sí, usted mientras corríamos por esa espléndida carretera panamericana. ¿No es así?

Mamerto respondió ahogando una incontenible risa:

—¡Inefable, inefable!

—Es la única palabra que usted sabe: “inefable”. ¡A ver, su opinión, mi querido amigo de Loa! ¡Su opinión, señor Borneo! ¿No creen ustedes que al juntar y sumar todos esos gustos y pareceres que hay en un vehículo común se podría llegar a cantidades sencillamente fabulosas?

Rubén contestó:

—Seguramente se llegaría a cantidades fabulosas. Pero habría que aislar estas maneras de ver la naturaleza, habría que purificarlas. Porque hay dos bellezas diferentes: a) La belleza pictural, inapreciable para casi todos los que no son del oficio, y b) La belleza que brota, que parece subir de la tierra y bajar del cielo, la que trasluce su alma.

—Puedo asegurar que en esa liebre —argulló Macario— había gente para cada una de esas dos maneras de ver naturaleza; fuera de la que nada veía o se veía a sí misma sin ocuparse para nada de los paisajes que desfilaban.

—¡Oh, esa liebre! —exclamó Rubén—. Ella me hace viajar por las regiones del arte y de la estética. Vuelva a tomarla, Macario, y no se baje de ella.

Hubo un momento de silencio en el que cada uno de nosotros viajó por aquellas regiones. Pero necesitábamos un guía, un cicerone que nos orientara. Rubén de Loa se prestó a ser él ese guía, ese cicerone.

—Tenemos, pues, esas dos clases de belleza. Así, por ejemplo, en un crepúsculo o en una noche de campo. Se sale de las casas y se deja errar la vista; se empieza a respirar un aire puro cargado de perfumes; se pone uno a oír ese misterioso canto de la naturaleza. Se siente entonces, se impresiona y uno vibra. Algo divino, el alma del universo ha penetrado en el alma del que observa. Todo habla; parece que se nos sacara de la Tierra para transportarnos muy alto.

Así es la última de las bellezas que he mencionado. En ella no hay nada que se pueda pintar. Eso que se ve, que se siente, que se respira, aparecería en la tela sin arte alguno.

Vamos ahora caminando por los campos. Un pequeño rincón nos llama la atención, o nos la llama la forma de un cerro, o los arabescos de los árboles, o una escena íntima, o la luz que vibra en el paisaje. Son bellezas que aquel que no es pintor, no verá. Son bellezas picturales. Ellas pueden ocultarse en los pliegues y repliegues de los terrones, de los guijarros, de una hoja, de un insecto.

Por lo general allá es la “generalización” de la naturaleza lo que habló al alma; aquí es un matiz.

Este es el papel del artista: evocar estos matices picturales y, con ellos, evocar los sentimientos generales de la naturaleza entera.

Se dice generalmente al hablar de los artistas del pasado: ellos no buscaban simbolismo alguno, ni aun una expresión sentimental o cerebral de ninguna especie; sólo estaban guiados por expresiones directas de su arte, es decir, los pintores por la composición, la valoración, la armonía del color, la justeza de los tonos y demás. Así, pues, rebaten y criti-

can a los que tratan de ver en una obra una expresión cualquiera fuera de las del oficio; los tachan de literarios o de filósofos; los tachan de sugestionarse con sus propias ideas y sentimientos de otra índole que les han de quedar por siempre ocultos.

Hay quienes hablan, al ver un retrato, de "manos tísicas" o de "mirada paranoica" o de "expresión criminal" y ¡qué sé yo!

Los maestros jamás lo han pensado.

Sin embargo creo que este asunto es de mínima importancia. No merece ser discutido por la muy simple razón de que no existe. Se discute o se quiere discutir y saber si hay en las obras algo más que lo que concierne al oficio y al ideal estético para de ahí, según el resultado de la discusión, saber por dónde dirigirse para crear nuevas obras maestras. Eso se quiere y se cree discutir; en realidad lo que se discute es si el autor de una obra maestra tenía o no tenía la idea preconcebida de expresar ideas y sentimientos ajenos al oficio. La discusión se reduce en gran parte pues se limita a discutir lo que X o Y pensaban al sentarse frente al caballete. Todos los argumentos no podrán ir más allá de simples conjeturas. A los que niegan la expresión intelectual o espiritual en una obra de arte, debería ponerseles como tema de sus discusiones, tratar de saber si, al realizarse un ideal estético por medios puramente estéticos, se expresa o no se expresa una verdad o una manifestación de otra esfera de actividad, como ser, las esferas sentimentales o intelectuales o pasionales. Pero ellos discuten únicamente si el artista ha sido o no ha sido consciente de las fuerzas que ha puesto en acción. No discuten, aunque lo crean, si estas fuerzas existen o no existen. Al llegar a la conclusión, por datos y referencias que se tienen, de que los artistas no han sido conscientes de ello, creen tener un argumento que niega toda analogía entre dos o más esferas.

La discusión, pues, debe ser si en el hombre existe completa separatividad entre los diferentes planos en que actúa; o si los planos tienen lazos de unión y si están regidos por las mismas leyes. Luego discutir si una expresión dada en un plano no es fatalmente semejante a todas las demás expresiones de ese mismo plano.

Creo que así planteada la discusión, los detractores de la intelectualidad y espiritualidad en el arte, se verían bastante confusos para responder.

Sin embargo la discusión se mantiene siempre.

Desde luego queda el punto de si el artista es o no es consciente del alcance de las fuerzas que pone en acción.

Si se da cuenta de que al avanzar por un camino penetra sin querer en ciertas regiones no sospechadas por él y si, una vez en estas regiones, comprende que se halla en ellas.

Esto puede no suceder. Porque puede el artista haber tocado regiones mucho más lejanas de lo que creía; puede no guardar recuerdo alguno de ellas, por la sencilla razón de que la vivacidad de sus sensaciones le impidan fijar su conciencia más allá.

Ahora quedan otros puntos que ser discutidos:

1º) Qué es una obra de arte y por qué gusta y por qué los hombres le rinden perpetuo homenaje; si es por un simple gusto de aficionados a una cosa existente, o porque en ella ven una expresión mayor que les ayuda a comprender la vida misma y su evolución; 2º) Si existen las regiones de unidad superior, si es necesario el empleo entero de todas las facultades humanas o si basta ejercitar sólo una de ellas; 3º) Cuáles son los males y los bienes de cada método, los errores en que puede caerse si son violados los medios propios de cada plano de acción, y cómo el mal está en una falsa comprensión de intelectualidad y de espiritualidad estética y no está la intelectualidad ni en la espiritualidad mismas.

Creo, ante todo, que cualquier verdad o expresión de ella, en cualquier dominio que se tome, tiene con otra expresión de verdad hecha en otro dominio, un fondo común y se refieren, a pesar de las apariencias, a una misma y única cosa, a una unidad suprema.

Esta verdad última es, en buenas cuentas, el significado de nuestra evolución, de nuestra existencia en la Tierra. De ella derivan, bajando al mundo manifestado, mil aspectos diferentes, sea que se refieran a representar esa unidad misma, sea que se refieran a los deberes que tenemos como seres en evolución, sea a los estados superiores que la evolución promete, sea a los medios de aclarar la evolución.

Todo esto lo he hablado con Florencio Naltagua; mejor dicho, él lo hablaba y yo lo escuchaba. Al oír sus palabras me era claro cuanto me decía, lo veía con una diafanidad perfecta. Hoy, al tratar de repetirlo aquí, lo veo difuso, lo veo vago, como simples asomos de una verdad que luego se escapa. Pero, para mí, lo sé. Déjenme seguir vagando por esas regiones que Naltagua evocó tan claramente. Déjenme arrimarme al mundo de las artes.

¡Oiga, Macario! ¡Yo soy uno de los ocupantes de esa bendita liebre en que usted salió de excursión! Yo soy el hombre que sin preocuparse de lo que desfila ante él, se sumerge en las artes guiado por Naltagua. Expreso lo que veo, lo que vislumbro. Naltagua es como el chofer de la liebre. Más allá... acaso la cosa se disuelve en... Compañía de Turismo, Viajes alrededor del Mundo, Visitas a los Museos y a las Ruinas de otros tiempos... En fin, se disuelve, todo se disuelve, menos esas palabras, que ahora tan mal repito, esas palabras de Florencio Naltagua.

Veo una obra del pasado. Allí está: es una reproducción, cuyo original está en los Uffizzi, en Florencia, debido a Fra Filippo Lippi: *La Coronación de la Virgen*. ¡Mírenla bien! Mírenla en silencio hasta que de ella se desprenda, como un aroma, lo que hay en cada tono. Ahora miren lo que nunca me canso de contemplar: *El fin del Mundo*, de van Aken. Y miren aquella *Resurrección*, del Greco.

No se extrañen; en esto gasto yo mis ahorros, en comprarme y comprarme reproducciones de esas viejas obras. Aquí están mis dos últimas adquisiciones: *La Tentación de San Antonio*, de David Teniers, y el *Retrato del Rey Carlos VII*, de Jean Fouquet. Son ahora mis dos preferidos.

Pero no sólo me quedo con esas obras antiguas. También miro y miro las del siglo pasado y las de hoy día. Ahí tienen ustedes reproducciones por montón. Veán a Delacroix, veán a Chardin que aún se remonta más lejos en el tiempo, veán a Corbet y veán a Géricault. Aquí tienen a Whistler, a Renoir, a van Gogh, a Gauguin. Y remontémonos por el tiempo y verán a Goya. ¿Éste? Es Henri Rousseau. Ahí verán a Picasso, a Bracque, a Juan Gris, a Matisse, a Dalí, a Max Ernst, a Ives Tanguy y a Valentine Hugo. Estas otras son reproducciones que me he conseguido de la exposición de los pintores italianos que acaba de hacerse aquí, en el Museo de Bellas Artes, pintores de hoy como Edmondo Bacci y Alfredo Chiguine y Edoardo Giordano y Sandro Somare. ¡Véanlos todos esos cuadros, véanlos y guarden silencio! Piensen en la unidad del arte:

Los antiguos podrían ser de hoy día; los de hoy día podrían ser de ayer y de un remoto ayer...

El encanto de una obra maestra no es más que aclarar, que manifestar cuanto hay de latente hasta ahora en nosotros y que debe forzosamente desarrollarse tarde o temprano. Se manifiesta este encanto en el hombre como una admiración inconsciente hacia las cosas que pueden poner en evidencia el futuro hacia el cual marchamos. Esta conciencia es una especie de instinto que nos gobierna. Las expresiones de esta verdad se expresan

con los medios propios de cada esfera, con los elementos propios de cada modo de expresión, con los materiales propios a cada manera de comprensión que tenemos.

El empleo inadecuado de estos materiales –lo que sería en arte hacer literatura en pintura– causa confusión, y las dos fuerzas puestas en actividad –literatura y pintura– se matan, se aniquilan mutuamente.

Así es que al rendir los hombres homenaje a una obra de arte, rinden homenaje a una causa superior, a un significado mucho más alto y que les es velado por el placer momentáneo de los sentidos al percibir la obra, placer que no es otra cosa más que un bienestar de dichos sentidos al ponerse en contacto con esa fuerza que puede ayudar al ser que ellos sirven.

Cada vez doy menos importancia a lo que en otros tiempos la tenía tanta, a esas que eran las cualidades inherentes al arte de la pintura: que todo ello esté bien dibujado, que esté bien armonizado, bien compuesto y demás. Ya todo esto pasa a ser un refinamiento del “objeto para regalo”. ¿Para qué tales alardes de preciosismo de jovencitas? Todo eso se desprendió del arte. Ahora interesa la búsqueda, un nuevo punto de vista, una posibilidad más de lo que ve y de lo que es visto: el ojo y el objeto. Una penetración más en el misterio que nos rodea, un aporte a lo que creíamos simple y completo y que es un complejo infinito.

El otro día he conversado con Silvestre Tongoy, el musicólogo que ustedes conocen. Hablando el uno y hablando el otro, llegamos a las siguientes conclusiones:

La música sacude: la pintura calma. La primera tiene una belleza agitada; la segunda, una belleza plácida. Puede la agitación de la música ser alegre, triste, fogosa, tranquila. Siempre nos sacude, nos mueve y, cuando concluye, es como si a uno lo hubieran tenido suspendido y lo bajaran para reposar. El cuadro puede ser fogoso, alegre o triste, lleno de colores, lleno de ardor o bien puede carecer de ese ardor y ser plácidamente de un solo tono. Se le contempla y se siente venir el reposo.

Después hablamos del público. Si el músico compone algo que el público no comprenda, ese público dirá:

–Entiendo poco en música, así es que no puedo opinar.

Mientras que tratándose de pintura, todo el mundo opina, todos critican, aconsejan y discuten. Para cada cosa que uno hace, aunque sea sólo una mancha, tiene que soportar la letanía aquella, siempre tonta, sin base alguna, estúpida y dicha por imbéciles que se creen autoridades.

Silvestre Tongoy me preguntó:

–¿Por qué se creen autoridades sabiendo que nada saben?

Le respondí:

–Porque se basan, para emitir sus juicios, en la comparación de la obra con la realidad, en el parecido, en lo fotográfico, justamente lo que constituye el horror de los pintores. Y los que no son así, son sentimentalistas que quieren ver sus sueños de claro de luna en las obras picturales. De todos modos, de una manera o de otra, ¡todos opinan, todos se sienten con el derecho de opinar!

Ahora estoy en un período de quietud. Ahora siento que los sentimientos son plácidos. Ahora quiero estilizar. Siento que la línea es la que habla más. Siento que hay algo más alto que el color y que las luces. En la naturaleza todo se refleja grandiosa o misteriosamente. Esto es lo que debo buscar: línea, placidez, tranquilidad, sencillez expresiva.

En casa de Desiderio Longotoma, calle de La Excomuni3n. La Tomasa me ha abierto la puerta. Un telefonazo de Jabal3 Batuco le ha anunciado que le ser3 imposible venir pero que, en cambio, nos espera por la noche en la Taberna de Los Descalzos.

Hemos pasado un d3a agradabil3simo. Sin duda alguna, Longotoma es una gran persona que cada d3a yo estimo m3s.

LONGOTOMA: Aqu3 me tiene usted, amigo Borneo, entregado a mi pasi3n. No me mover3an de este sill3n ni con una yunta de bueyes. ¡Las novelas policiales! ¡Qu3 cosa admirable, mi buen amigo! Por ellas paseo por todos los medios ambientes que sea posible imaginar.

Yo: ¿Qu3 lee usted en este momento?

LONGOTOMA: Leo esta maravilla de Donald Henderson: *Adi3s al Crimen*. ¡Oh, mi amigo, qu3 tipo ese Adri3n Winterton...!

Yo: Pues vea usted, Desiderio, que en esto de las novelas policiales lo acompaño a usted con gran entusiasmo. Justamente he le3do esa obra de Henderson. Despu3 me puse a hacer una lista de los innumerables Adrianes que pululan en este mundo. Casi he llenado una p3gina de mi libreta.

LONGOTOMA: Me imagino su lista. Lo que es yo, ¡ah!, lo que es yo... me voy a poner a buscar una Thelma, una terrible Thelma, y una vez que la haya encontrado, me pasar3 usted su lista, se la daremos y... ¡uf! Le aseguro a usted que disminuir3n esos tipos embriagados en ellos mismos.

Y luego tiene usted ese libro de Eden Phillpotts, *El Cuarto Gris*. Es algo que yo considero estupendo. ¡Qu3 buenos momentos he pasado ley3ndolo! A usted, mi amigo, le gusta conversar con sus amigos y tocar las grandes cosas en medio de una charla, sea en el Caf3 o sea en las calles o en un fundo cualquiera. Yo... ¡ah!, yo me encierro aqu3, me tomo una novela policial y ¡santas paces! Las grandes cosas vienen a m3, vienen de s3bito, cuando usted menos lo piensa, en una p3gina cualquiera. En cambio los otros autores, esos que no matan a nadie, esos que escriben novelas para damiselas que se balancean al borde de la histeria; o que escriben novelones, como los llama Romualdo Malvilla, con el fin de dilucidar el caso que acomete a un sujeto cualquiera que jam3s ha pensado en asesinar a persona alguna; esos autores... ¡no, mi amigo! Me aburren desorbitadamente.

En cambio vea aqu3, en *El Cuarto Gris*, lo que dice el autor sobre su manera de encauzar la muerte. Óigalo usted:

Raymond describe un cielo donde cualquier subteniente podr3 encontrar todo lo que por el momento necesita. Pero ¿por qu3 re3irse de esas cosas? Si nos creamos nuestros infiernos propios, ¿por qu3 no hemos de crearnos nuestros cielos? Tenemos que entrar en el otro mundo m3s o menos cargados con los intereses y emociones de 3ste. Es inevitable. No podemos desprendernos en un instante de los intereses, afectos y deseos de toda una vida. Seguimos siendo humanos y morimos como humanos, no como 3ngeles de luz.

¿No es así como hablan Florencio Naltagua y Palemón de Costamota y Tadeo Lagarto y demás? ¿No es eso lo que tanto preocupa a ese gran amigo nuestro Lorenzo Angol? Ahora me acuerdo de Baldomero Lonquimay. ¡Ja, ja, ja! ¡El hombre que ama desde el Sol y desde las galaxias! No, no, no, amigo Borneo: Malvilla, con sus copetines en el cuerpo, es el que sabe más que todos, el único que ve.

Yo: Es lo que creo, Desiderio, que Malvilla, con sus copas, ve mucho, ve muchísimo. Tal vez no ve tanto como Naltagua ni se mete en esas cavernas de Palemón, pero el hombre hace magníficos viajes a lejanías sin fin.

LONGOTOMA: Y ahora acerquémonos a Rubén de Loa; veamos en este mismo autor, es decir, en Eden Phillpotts, lo que habla sobre pintura. Es lo que ha querido decir, sin lograrlo, nuestro amigo Rubén. Oigamos a un personaje suyo, al signor Mannetti. Aquí está. Porque yo clasifico muy bien lo que puede interesar en estos libros. Dice lo siguiente este signor Mannetti:

—Si ha encontrado usted en los cuadros la respuesta a un anhelo desconocido que había en su interior, la felicito. De música entiendo muy poco; pero mucho de pintura. Y veo que usted también desea entenderla. El espíritu está dispuesto pero, probablemente, no sabe lo que le aguarda. Busca a tientas sin una mano que lo guíe o una autoridad en quien confiar. Eso es una pérdida de tiempo. Cuando vuelva a Italia debe comenzar por el principio, no por la mitad. Sólo la ignorancia juzga al arte en términos de habilidad, puesto que en el arte no hay grados. Nadie ha ido más allá de Giotto, porque la técnica y el dibujo son accidentes del tiempo que no entran en el alma del asunto. El arte es una cosa estática. Cambia como cambia la superficie del mar, de hora en hora; pero no progresa. Hay artistas grandes y pequeños, movimientos grandes y pequeños, del mismo modo que hay olas grandes y chicas, brisas vivas y tempestades horribles; mas todas están hechas de la misma sustancia. El arte, en un caso, y el océano, en otro, siguen siendo inmutables. Le daré un plan para su instrucción y la enviaré primero a los primitivos, los grandes artistas que pusieron los cimientos. He vivido cinco años en Siena por amor a los principios del arte; y usted aprenderá también a amar y reverenciar los principios en medio de la oscuridad, esa luz que los hombres llaman el Renacimiento.

¿No oye usted a Rubén de Loa después de una visita elocuente de ese bueno de Macario Viluco?

Yo: ¡Por cierto que lo oigo! Veo una correlación perfecta entre esas palabras de Phillpotts y los conceptos de de Loa.

LONGOTOMA: Entonces, ¿para qué salir e ir en busca de esos parlantes cuando en estas novelas policiales se encuentra todo lo que queramos saber? ¿Quiere usted un ejemplo de espíritu de abnegación? Pues lea entonces *Los Goupi*, de Pierre Véry, y podrá usted meditar largas horas sobre ese espíritu. Aquí tengo una innumerable cantidad de novelas policiales. Algunas las he leído ya; las otras esperan su turno. Le puedo recomendar, desde luego y a sabiendas que le recomiendo algo bueno, las siguientes:

De Patrick Quentin.— *Enigma para actores; Enigma para tontos; Enigma para divorciadas; Enigma para demonios; Enigma para santos; Enigma para peregrinos.* De Leo Perutz.— *El maes-*

tro del Juicio Final. De Nicholas Blake.— *La bestia debe morir*; *Los toneles de la muerte*. De Graham Greene.— *El tercer hombre*. De John Dickson Carr.— *Los anteojos negros*; *El hombre hueco*; *Hasta que la muerte nos separe*. Y no deje de leer todo Georges Simenon; y toda Agatha Christie; y todo Ellery Queen... En fin, tengo todavía bastante que leer, tengo cómo pasar mis ratos yendo y viniendo por todos los mundos imaginables.

Y ahora hablemos de otra cosa, de lo que venga a nuestra cabeza. Hablemos, si a usted le parece, de culinaria. Pues ya se acerca la hora de comer. Comeremos aquí y nos iremos después a la cita con Jabalí Batuco. ¿No lo cree usted?

Yo: ¿Piensa usted preparar un gran banquete? Yo comería una ensalada de dihueñes en homenaje al amigo ausente, Jabalí Batuco. Pero antes hablemos un poco más de esas novelas policiales que tanto a usted lo arrebatan. ¿No cree usted que hay en ellas una falsedad, algo verdaderamente truculento con estos crímenes y más crímenes?

LONGOTOMA: ¡No, mi amigo, no, de ningún modo! Vea usted una sola cosa: el número, el inconcebible número de gentes que usted ha matado y mata a diario. Sólo que la policía lo retiene. Pero si no fuera por ella, créamelo, nos mataríamos como si estuviéramos en una trinchera. Si cada pensamiento suyo se convirtiera en realidad... ¡Uuuuuu! Las novelas policiales tienen eso de bueno: van a nuestra realidad reprimida y hacen de ella un hecho sin represión alguna.

Yo: Tal vez sea verdad lo que usted avanza. Yo he leído, hace ya tiempo, un libro policial de Heard, *Predilección por la miel*. Es cierto; pensé en todos esos crímenes que cometeríamos si tuviéramos la plena libertad de acción y no existiera castigo alguno.

LONGOTOMA: ¡Claro está, amigo! Somos unos salvajes, unos perversos salvajes que paseamos con nuestros instintos criminales por todas partes prodigando los saluditos a diestra y siniestra. Para combatir esta aberración, no hay como una buena ensalada de dihueñes y un par de huevos a la copa. Es la sabiduría misma alimentarse de este modo. ¿Para qué tanto afán de culinarias? Se lo diré, amigo mío: Para poder trascender en esto también, para tener una puerta más de escape y poder ir o poder simular ir a regiones suprasensibles. Por eso, cuando salgo y estoy con amigos y amigas, echo manos a todos los recursos gastronómicos y con ellos me envuelvo en grandes capas metafísicas, como lo hace siempre nuestro amigo Lonquimay. Pero caigo, caigo, siempre caigo de esas alturas. Pues veo a la buena de Tomasa que prepara un par de huevitos a la copa o un par de huevitos fritos o un par de huevitos duros... ¡Qué delicia, amigo mío! Los devoro, los devoramos, la Tomasa y yo, la Tomasa que es una mujer superior al deleitarse con esos huevitos. Después tomamos una taza de café con leche con pan tostado con mantequilla y... ¡henos convertidos en los seres más dichosos de este universo!

Yo: ¡Adelante, Desiderio, con huevos y dihueñes! Convide a la Tomasa que venga a departir con nosotros nuestra comida. No nos perturbará en lo más mínimo. Así podré comer debidamente: la belleza de la Tomasa, la charla de usted, y... ¡huevitos y dihueñes! ¡Adelante, adelante!

LONGOTOMA: Con belleza y buena comida, amigo, salvaremos nuestras almas. He aquí algo que apenas me preocupa: salvar el alma. ¡Es demasiado barato lo que piden por ello! Porque el alma tiene que ser algo importantísimo, ¿no lo cree usted? Y además algo trascendental. Y para ocuparse de ella, para prodigarle todos los cuidados del caso, ¿qué nos piden? El otro día estuve escuchando al padre Protasio que se dirigía a unas fieles. Lo escuchaba en los jardines de los Jerónimos mientras daba, muy distraídamente, de comer

a unos cuantos pajarillos. Les decía este viejo de Protasio: “Deben ustedes ir a oír la santa misa todos los domingos y todos los días de fiesta que guardar; deben ustedes confesarse y comulgar...”. Usted conoce esta eterna letanía. Resulta demasiado barato y entonces uno desconfía. Es como algo que me ocurrió a mí allá en Europa. Era, en aquellos tiempos, un loco admirador de Guy de Maupassant y todavía lo soy. De pronto veo, en una vitrina cerca del Sena, en París, nada menos que un autógrafo del insigne escritor. Me quedé embelesado mirándolo. Luego me trajiné los bolsillos y la cartera. Comprendí que no tendría lo suficiente pero dos días más tarde me llegaría dinero. Así es que entré en aquel negocio y pregunté por el precio de aquella tarjeta. El dueño la miró y me contestó: “Cinco francos, señor”. ¡Yo tenía más de setecientos en mi poder! Pues, ¿qué cree usted que hice? Di media vuelta, dije *merci* y me alejé sin el famoso autógrafo...

¡Cinco francos por Maupassant! ¡Demasiado poco! ¡Asistir a misa los domingos y fiestas que guardar y confesarse de cuando en cuando...! ¡Demasiado poco para salvar esto tan preciado que llamamos el alma!

Es como si nos dijeran que para ser cirujano basta una hora de estudio al mes durante cuatro meses. ¡No, mi señor y amigo! ¡Seis o siete o más años todos los días y entonces se empieza a ser cirujano! Si la vida no es ni puede ser un soplo; ¿no lo cree usted?

Yo: Por cierto, Desiderio, por cierto. Que si el dueño de aquella tienda le pide a usted unos quinientos francos...

LONGOTOMA: Ahora nos acompañaría a comer ese autógrafo junto con la Tomasa. ¡Es una buena chica esta Tomasa! El caso es que vivimos sin la menor pelea. Nunca nos hemos querido con arrebatos de amor. Pero las circunstancias nos han unido y gracias a estas circunstancias vivimos muy felices. ¡Nada de complicaciones, nada de aquello que trae un vehemente amor! Con buena voluntad se puede arreglar mucho, mucho. Ella, tímida, sin hacer ruido, me pregunta: “¿A usted, señor (porque siempre me dice “señor”), le gusta esto y aquello?”. Le respondo: “Sí, Tomasita (¡oh, cuánto se place al oír que le digo “Tomasita”), eso es lo que a mí me gusta”. ¡Un buen entendimiento tranquilo y llevado al máximo! ¡Hoy no lo cambiaría por ninguna pasión desahogada!

Nos sentamos a la mesa. La Tomasa nos acompañaba un rato y luego se encargaba del servicio levantando los platos y trayéndonos otros. Comimos: ensalada de dihueñes con merluza; pana de ternera con un par de huevos fritos; un postre de dulce de mora; café puro pues Desiderio, y yo también, consideramos que era demasiado agregar las tostadas con mantequilla.

A Longotoma no le paró la boca. Habló y habló durante todo el rato. A cada momento brindaba por Jabalí Batuco que pronto iríamos a encontrar.

Voy a poner sus palabras tal como las recuerdo, tal como ellas vengán a mi memoria:

—¡Ah, es algo curiosísimo fijarse cómo las mujeres ven el cine! Lo he observado siempre, ya sea en el cine del Tejón o en el cine de Aldebarán o en el de Homo Sapiens o en el que sea; lo ven como el teatro y como ven todo, es decir, subjetivamente pues se incorporan en la pantalla o en la escena y, según cómo se viva en ellas, les gusta o no les gusta. Ellas son las actrices y piensan que lo que pase, les está pasando a ellas mismas. Los hombres, en cambio, lo ven objetivamente, es decir, como una obra que ocurre fuera de ellos,

como un acontecer lejano del que tienen noticias gracias a lo que están viendo. De ahí viene eso que siempre dicen las mujeres: "Ella se parecía mucho a...; él me recordó a...; y etc. y etc.". Esto lo hacen para cada actriz, para cada actor que aparece.

No, no puedo enténdermelas con gente así. Ya lo experimenté una vez al ir al campo. ¡Estamos, amigo, en pleno siglo xx y, de pronto se encuentra usted con una persona que cree a pie juntillas que los baños calientes debilitan, que el café deja sin dormir, que los huevos hacen mal al hígado, que el cambio de temperatura enchueca la boca, que el tabaco ataca los bronquios, que hay que evitar que el sol nos dé en la cabeza... ¡Imposible, amigo mío, imposible!

Las radios las encuentro perfectas; son el invento del siglo. Naturalmente que no son hechas para escucharlas, ¡qué ocurrencia! Son hechas para que haya un ruido junto a nosotros, un ruido corriente que no se escucha; es decir, como hacemos todos con la charla de los conocidos que se nos juntan por aquí y por allá. Al fin nos acostumbramos a este ruido, nos acostumbramos tanto que él pasa a ser una segunda naturaleza nuestra. Ahora quiere usted que se calle, quiere silencio; bien, no tiene más que apretar un botón y es el silencio. Esto no lo puede hacer usted con un amigo que de pronto lo ha acometido. No, no, no; ésto es imposible y tiene usted que tolerar la conversación de punta a rabo...

Ahí tienen ustedes una obra del gran, del inmenso escritor que es Mister Reader's Digest. Ya lo he dicho y no me canso de repetirlo. ¿No se dan cuenta ustedes, Tomasa y amigo Borneo? Es un autor que escribe cada mes un libro sobre los puntos más extraños y ajenos unos de otros: Los viajes interplanetarios; El eco de la novela sentimental; La economía de los Estados Unidos de América; Vida de Santa Teresa de Jesús; Las fieras del África; Antología del cinematógrafo; Los microbios de las enfermedades virulentas; Los grandes escultores del Renacimiento; El político y teorizador Kautsky; Cómo vivir 100 años; La invasión alemana de Polonia; Los cocteles preferidos; ¿Se enfriará alguna vez la Tierra?; El fin de la moda del corsé... ¡y qué sé yo! Y agregué chistes y más chistes... Y le hablan a usted del: Fin de la civilización mesopotámica... Y de la Tormentosa vida de Oscar Wilde y del Confort de un gran barco moderno... Pues bien, todo ello, todo, con un estilo perfectamente igual que lo distingue usted a mil leguas de distancias...

¡Oh, cambiemos de tono puesto que vamos a hablar del Cementerio de Génova! ¡No nos parezcamos a esa revista del Reader's Digest! El cementerio de Génova me sumió a mí en una profunda meditación. ¿Sobre qué meditaba? Sobre esto, mi querido amigo: ¡Cuando a los burgueses se les deja hacer...! Vea usted cuánto cuesta llegar a tener una estatua de uno mismo en sitio público... De pronto... el cementerio, ese famoso cementerio de Génova. Bajo la dirección del Santo Padre y de la iglesia católica apostólica y romana... queda solucionado el problema.

A propósito de cementarios les voy a contar algo sobre Isidra Curepto. Fue ella una tarde al cementerio Apostólico, aquí en San Agustín de Tango. El caso es que quedó encerrada en él pues, cuando quiso salir, ya habían cerrado las puertas. De pronto ve una ventanita iluminada. Corre hacia ella y se asoma y ve a una mujer cocinando y, a su lado, a dos hombres jugando a las cartas. Yo, entonces, le pregunté lleno de pavor:

—¿Y estaban vivos esos seres?

—Por cierto —me respondió.

Yo no pude dejar de exclamar:

—¡Qué horror!

¡Qué buena idea que ahora fumemos un cigarrillo! Gracias, mi buen amigo Borneo.

No puedo menos que recordar a ese Teodoro, a ese bueno de Teodoro Yumbel, cuando, en un momento, decidió dejar el cigarrillo. Se sentía nervioso, el pobrecito; entonces para calmar sus nervios inventó el tormento de no fumar...

Gracias, gracias, amigo. Son excelentes estos cigarrillos. He observado a menudo que, debido a una infinita bondad del Omnipotente, en los sitios en que no hay más que una marca de cigarrillos, es ésta siempre de calidad superior.

Pero volvamos a Isidra Curepto. Le contaré lo que le acaeció con los llamados "cuentos alemanes". Pues bien, la gente contaba y contaba estos cuentos, todos se desternillaban de la risa, y ella, nada. No podía hallarles la gracia. Hasta un buen día en que la halló, con un cuento cualquiera, un cuento de esos que se multiplican por miles. Se los contaré:

Va don Otto por un camino campestre; al lado se elevan los postes telegráficos. De pronto ve un letrero en uno de ellos. Lo mira; no alcanza a leerlo. Saca sus anteojos; tampoco logra descifrar aquel maldito letrero. Picado entonces, toma una resolución y, sin más, trepa a pulso por el poste. Llega junto al letrero y lo lee. Decía: "Cuidado con la pintura".

Isidra, después de haber oído tantos y tantos cuentos sin que le arrancaran ni una sonrisa, comprendió éste y lanzó la carcajada. Corrió a su casa y se echó sobre un diván. Y ahí empezó a recordar, uno a uno, todos esos innumerables cuentos. Recordaba uno y era una carcajada; recordaba otro y era otra carcajada; recordaba un tercero y era una tercera carcajada. Pasó aquella tarde y el día siguiente riendo y riendo a más no poder. Hasta que entró en la más perfecta normalidad respecto a estas historias. Ahora sonrió y dijo:

—Curioso...

¡Cuánto me entretenían mis compatriotas allá en mis viajes por el Viejo Mundo!

Imagínese usted, mi amigo Borneo, que he visto, en La Croisette de Cannes, a una serie de compatriotas detenidos frente a la terraza de un gran hotel, mostrando allá al fondo la mesa que ocupaba el Príncipe de Gales. ¿No lo encuentra usted admirable?

Luego me junté con uno de ellos y le dije que yo veía a diario allá donde estaba, una piedra que se eleva del suelo, más o menos, unos 70 centímetros. Averigüé con varias personas y todas ellas me aseguraron que tenía que ver con la vida de su padre, el rey Jorge V. Yo la miré largo rato, me acerqué a ella, la toqué con mis dedos y luego les dije a estas personas:

—No, señores y señoras; ésta es la piedra en que meaba nada menos que Carlomagno...

Mi compatriota, al oír esta historia de la piedra del gran rey Carlomagno, me miró un largo rato, cambió de tema y luego se retiró algo enfadado.

Así, y mucho más, habló Desiderio Longotoma. La Tomasa se afanaba con nuestros platos y con nuestras tazas. Luego quedó en el arreglo de la mesa. Nosotros nos pusimos nuestros abrigos y cogimos nuestros sombreros y nos alejamos llenos de alegría, a la Taberna de los Descalzos a juntarnos con Jabalí Batuco. Durante la marcha, la labia de Longotoma seguía. Por ahí, un poco antes de llegar, nos cruzamos con unas gitanas. Longotoma me dijo apenas las vio:

¡Qué elegancia, qué garbo tienen esas mujeres! Sólo puede ser comparado ese garbo con el de las negras. Nosotros andamos como perros que han perdido su amo. Hay tanta elegancia en ellas como en las negras pero no es una elegancia igual. La elegancia de las gitanas está basada en el contorneo, en la ondulación, en el juego moviente de las formas;

en cambio la elegancia de las negras, en el deslizamiento sin retiembo, en el resbalar hierático, en el mínimo de esfuerzo en cada movimiento de un cuerpo que se siente de elástico pero que se guarda bien de mostrarlo a los demás ojos.

¡Qué bien comprendo a Lorenzo Angol cuando conoció a esa bella y locamente atractiva de Tina Maracá!

35

Llegamos a la Taberna de los Descalzos. Allí nos esperaba Jabalí Batuco, afirmadas sus dos manos sobre su bastón de palo de guindo y con su sombrero hongo echado hacia atrás. Sus grandes bigotes negros hacían un subrayado a su figura. Apenas hubo apercibido a Desiderio Longotoma, entonó, indicándole un asiento, el *Brindis* de la *Traviata*. Longotoma lo escuchó de pie y, antes de sentarse, entonó a su vez el *Brindis* de *Cavallería Rusticana*. Luego se estrecharon las manos y Jabalí se dirigió a mí:

—Usted, señor Borneo, no conoce debidamente a la gente que hay en esta ciudad. Para conocerla debidamente hay que saber su nombre y apellido. Usted ignoraba que nuestro doctor Hualañé se llamaba Gil; también ignoraba que el doctor Pitrufluén se llamaba Lucas. ¿Sabe usted cómo se llama el doctor Mangual?

Le respondí:

—Pues se ha de llamar... Doctor o Esculapio o...

—Usted lo ignora, Borneo. Se llama Tadel Mangual. No lo olvide usted: Tadel.

—Bien, Jabalí, me acordaré siempre del doctor Tadel Mangual.

—Me ha dicho el doctor Mangual que toda nuestra comida está hecha únicamente para el paladar, para cosquillar el paladar y hacernos luego disertar sobre los platos. Es esto un error, un profundo error porque la comida debe ser, ante todo, para conservarnos en buen estado de salud. ¿No lo creen ustedes?

—¡Por cierto! —exclamó Longotoma—. Por eso yo soy el hombre fiel entre los fieles a esos huevitos, esos huevitos a la copa o duros o fritos o como sean.

—Y yo —dijo Jabalí—, a la ensalada de dihueños.

—Justamente la acabamos de comer —le manifesté yo— y la hemos comido en su homenaje. La hemos acompañado con merluza y luego hemos comido esos huevitos con pana de ternera.

—Muy bien —respondió Jabalí—. Entonces les conviene beber, beber grandes cantidades de variados licores. El licor me dará fuerzas para sondear su ignorancia, Borneo, sobre la gente que es su conciudadana. ¡Ea, camarero! ¡Traiga pichunchos en grandes cantidades!

Momentos después bebíamos nuestros pichunchos y Jabalí verificaba mi supina ignorancia. Me decía:

—Ya le he dicho a usted que yo tengo una hermana, cuatro años mayor que yo. Se llama Resedá, doña Resedá Batuco de Cunico. Es viuda. Su marido falleció un día porque nada más tenía que hacer aquí en la Tierra. Resedá levantó los hombros y lo enterró. Sí, enterró a Curuzú Cunico. Ahora, que descansa en paz. Yo no creo en este descanso pero hay que decir así. Descansa en paz Curuzú Cunico.

“Tienen una numerosa familia. En todo caso la tiene Resedá porque yo no sé si los muertos siguen teniendo familia una vez que se han ido a reposar, si es que reposan. Se

casaron en 1909; ella tenía 18 años; Curuzú, 25. En 1911 nació el hijo mayor que usted, seguramente, no conoce; pero usted, Desiderio, lo conoce muy bien.

—Por cierto, lo conozco —contestó éste—, y me es un tipo muy simpático. Se llama...

—Pecarí. Este Pecarí Cunico Batuco es un hombre que tiene una gran misión aquí en este mundo. Aunque yo no creo en las misiones de este mundo. Ella es concentrarse y reconcentrarse en cuanto puede. Es lo único que hace. Es, pues, un contrario a su amigo Lorenzo Angol porque, tengo entendido, que él trata sólo de desconcentrarse aquí en este mundo. Pecarí, no. Tiene ahora 48 años y debe estar de cabeza metido en la F.T.U.L. Ya no trabaja más en la Ceneca; ya se dio cuenta de lo que era y prefiere la F.T.U.L. Como dejó el empleo que tenía en un diarucho, La Trompeta. Ya no ofrecía más misterios por mucho que trompeteara. Ahora le está echando el ojo a la R.D.D. Tal vez se consiga un viaje a Buenos Aires y Río de Janeiro. Se le abrirán grandes panoramas de estudios y verá alejarse esa temible desconcentración. Ahí se amarrará bien amarrado a esta Tierra. Y todo lo que no sea esta Tierra y hoy en día, ¡al diablo!

—¡Al diablo! —gritó Longotoma—. Por eso me gusta Pecarí. ¡Que le ligue ese empleo en la R.D.D. y que salga de viaje! Le juntaré unos buenos libros policiales y...

—¡Calle usted con sus famosos libros! —interrumpió Jabalí con brusca voz—. Hablemos, será mejor, de la familia de Resedá. Hablemos del segundo hijo, de Colibrí, nacido en 1914. Él que nace y la guerra que estalla allá en Europa. No podía ser de otro modo: allá, la locura; aquí, nace un loco. Relación clara, nítida. Porque este Colibrí es un loco de atar. Veán ustedes: admirador del escritor español Mario Roso de Luna; seguidor a pie juntillas de otro chiflado, de ese amigo suyo, Onofre, de Irineo Pidinco; atacado por esas llamadas Guaxas que le dan vueltas la cabeza, como temo que se la den a usted, señor Borneo.

—¡Oh, mi amigo —protesté—, yo tengo una buena amistad con don Irineo y nada más! Soy, por cierto, un admirador de Roso de Luna pero, créamelo usted, no soy víctima de las Guaxas, ni cosa por el estilo.

—¡Que los dioses lo escuchen! Aunque yo no creo en esos tan mentados dioses. En 1918, es decir, cuando terminó la guerra en Europa, nació una hija, bautizada Mariló. Es la paz y la cordura misma esta Mariló. Es tanta su cordura que yo la encuentro desteñida, sin gusto a nada. Tal vez tenga gusto para otros; no para mí. Después viene otra hija, una bonita muchachá, Rococó. Es tan bonita como limitada en su materia pensante. Pero es francamente feliz esta Rococó, es muy dichosa. Y, por último, viene otro hijo, Alhelí, nacido en 1923, es decir, dos años menor que Rococó.

—A este Alhelí no lo conozco ni lo había oído nombrar nunca. ¿Está usted seguro, Jabalí que existe? —inquirió Longotoma—. Yo creo que él vive en la imaginación de usted y nada más.

—Entonces, felicítame usted por mi imaginación. Alhelí tiene ahora 36 años y administra el fundo de su madre, el fundo llamado Nalauqué, cerca de aquí de San Agustín de Tango. Viene rara vez a esta ciudad. Para él la vida consiste en vaquillas y vaquillonas, ovejas y cabras. También siembra cebada y centeno. Yo lo odio, sin más. ¿La causa de este odio? Hacer cortar los árboles productores de dihueños. ¿Por qué los hace cortar? Sencillamente porque él no gusta de ellos. Para mí es un badulaque. Agreguen ustedes que también hace cortar las zarzamoras porque la gente come sus frutos, es decir, come la mora. No la corta porque ella sea una maleza. La corta por disciplina para hacer de sus inquietos un verdadero regimiento, uno de esos regimientos de que habla el gran Malvilla cuando ha bebido unas copas. ¡Que Dios confunda a este Alhelí! Aunque yo no creo en

ese Dios y, por lo tanto, no creo en esas confusiones. Quiero, más bien, que atrape una feroz indigestión de dihueños que coma sin saber lo que son; que crea que son otros hongos, que son alcachofas o alcapparras. ¡Y que se indigeste con terribles dolores!

“Y ahí tienen ustedes al completo la familia nacida del vientre de mi hermana, doña Resedá. Ahí tienen ustedes la descendencia de Curuzú Cudico, el paraguayo, como nosotros le decíamos. Esto no lo sabía usted, Desiderio Longotoma.

Longotoma fingió enfadarse una enormidad y exclamó:

—¡Cómo que no lo sabía! Como que me llamo Desiderio, sabía que ese Cudico era de origen paraguayo y que...

—Ya veo que usted lo ignora. Curuzú Cudico es tan chileno como cualquiera de nosotros.

Longotoma se calló sin saber qué hacer; yo interrogué para reanudar la charla:

—¿Por qué, entonces, lo llamaban así?

—Porque nació en el Paraguay, cuando su padre era o Embajador o Ministro de Chile allá y estaba en Asunción con su esposa. A la edad de dos años volvió a Chile. ¿Quisieran ustedes otros buenos pichunchos? Yo los ofrezco porque quiero enmendar así mi falta al no haber asistido a comer con ustedes y con esa distinguidísima dama que es la Tomasa.

—Por ella, amigo Batuco, le doy a usted sus más efusivas gracias.

—Entonces, cantemos.

—¡Vamos a casa! ¡Allá tengo mi mandolina! ¡Oh, supieran, mis amigos, qué efectos podremos sacar interpretando a Mascagni y a Leoncavallo acompañados por esa mandolina!

—¡Espléndida cosa, espléndida! ¡Vamos a su casa de usted y ahí nos hartaremos con esa música italiana! ¡En marcha!

36

—Vamos, mi Tomba, vamos a alguna parte. Ya estoy harto de charlar con Desiderio Longotoma, con Jabalí Batuco, de oír las explicaciones sobre sus sobrinos, los hijos de Resedá, de vagar y vagar siempre sin un objetivo.

—Vamos, Onofre. ¿Qué te parecería si fuésemos a ver a tu amigo, a Florencio Naltagua? Tal vez nos hablará y, al oírlo, tus ideas cambiarán.

—Sí, vamos, Tomba, a ver a Naltagua.

Nos dirigimos a la plaza Dominus Vobiscum. Un momento después estábamos con Florencio Naltagua en su escritorio.

Paz, paz... Calma, silencio. Aquí las palabras resuenan de otro modo. Los castaños de la plaza envían una luz tamizada por las grandes cortinas y, sobre todo, por la presencia de este sin par amigo nuestro.

—Habla, Naltagua, habla. Nosotros, Tomba y yo, escucharemos tratando de imbuirnos en lo que digas. Quiero sosiego, quiero que resuenen en mis oídos otros acordes que me devuelvan la tranquilidad. No te fuerces por nosotros. Lo que digas sabremos, sí, sabremos apreciarlo.

Entonces Naltagua habló:

—El sexualismo se presenta bajo dos puntos de vista en los seres que se hallan poseídos

por él. El sexualismo es una manifestación de nuestro cuerpo pasional, tal vez la más poderosa manifestación de él.

¿Por qué empezó Naltagua hablando así, de este sexualismo que, de pronto, acogota a un hombre y lo somete a su influencia? No lo sé. Hablábamos de todo y, súbitamente, el tema cayó en él. Pero yo no sé por qué senderos se encauzó. El hecho es que nuestro amigo trató de dilucidar lo que él piensa sobre esta materia y que nosotros lo escuchamos en silencio. Siguió hablando:

Debe él ser algo esencialmente pasional cuando permanece dentro de su límites. Entiendo por ello que en la realización de esta pasión está su propia finalidad. Luego el hombre sensual y pasional se deja llevar por completo por su pasión y, al hacerlo así, encuentra en ello su satisfacción completa. Es decir: al poseer a una mujer, esta posesión es su objetivo y el goce que experimenta reside en la posesión misma. Es, pues, satisfacer una necesidad o simplemente un deseo pasional que se manifiesta por medio de sus sentidos físicos, en este caso, sus sentidos sexuales. Los sentidos, entonces, juegan el papel de intermediarios; son los vehículos útiles para dar salida a una pasión desencadenada. Juegan, pues, un papel doble: A) Gracias a ellos (vista, tacto, etc.) la pasión se desencadena, pasa de latente a ser activa o imaginativa, pasa a tener su realización; B) Esto se opera volviendo la pasión o manifestándose nuevamente en los sentidos físicos que gozan.

La pasión, pues, aparece como un deseo que no se satisface a sí mismo, que necesita de la complicidad de los sentidos. Cuando los sentidos empiezan a obrar, la pasión entra en su estado normal. Es entonces, y sólo entonces, lo que debe ser. Al ser así se manifiesta en los sentidos, se expresa en ellos haciéndolos gozar. Hay, pues, una alianza íntima entre ambos, entre lo pasional y lo físico, ya que se excitan mutuamente.

He ahí lo que corresponde a los sentidos ante la pasión sexual.

Yo oía perfectamente a Florencio Naltagua. La prueba de ello es que puedo repetir lo que decía, claro está que sin la pureza de estilo con que él habla. Pido, pues, disculpas por la redacción que es obra mía.

Pero mi mente vagaba y vagaba. Me preguntaba: “¿Cómo se hace una conversación? ¿Cómo se pasa, con una naturalidad perfecta y sin *ex abrupto* de ninguna especie, de un tema a otro tema? ¿Empezó Naltagua hablando de sexualidad?”

No, no lo creo. Debemos haber hablado de otras cosas, de lo que siempre se habla al encontrarse, de todo aquello que flota en el aire ofreciéndose a ser tratado. Nuestras mentes no entraban en esta charla. Hasta que la mía, de pronto, *se fijó* en lo que oía y pude, entonces, verificar que era el sexualismo. Seguí escuchando y reteniendo, como mejor podía, lo que resonaba junto a mí. Y aquí, para ser absolutamente franco, tengo que decir:

No había nada, nada, de una *conferencia* en lo que expresaba Naltagua. Si algo aparece como tal, es también obra mía, es mi manera de redactar y de traer al papel mis recuerdos. Hablábamos, nada más. Sólo que yo anoto lo que es *para mí* esencial. Que se perdone, pues, esta especie de conferencia mal redactada y mal escrita que pongo en boca de mi amigo Florencio Naltagua. ¡No hay tal! Aquello fue una charla como todas y no fue nada más.

El cerebro ahora, en un hombre así, no juega papel alguno aunque parezca jugarlo y aunque el hombre tienda a hacerse la ilusión de que juega. El cerebro es en esto simple observador, diría mejor, simple espectador; es decir, no juega un papel sino que sólo *está*. Está en pasividad contemplativa o, a lo más, en carácter de juez cuyos juicios, sea dicho de paso, no son casi nunca escuchados ni menos obedecidos.

Así pues, el hombre sexual es aquel que siente un gran placer en el cumplimiento o realización de una pasión y que para ella necesita de los sentidos físicos en la forma que llamé A y B.

Ahora: Esta presencia de la pasión o, en otros términos, esta presencia del cuerpo pasional, existe desde que hay manifestación de vida o desde que se nota un móvil de acción. Las diferencias estriban sólo en una cuestión de preponderancia, es decir, si prepondera el cuerpo pasional o el físico o el cerebral; o si hay equilibrio entre dos de ellos.

Vamos entonces de reino a reino.

En los inferiores, como en el mineral, existe ya el cuerpo pasional puesto que hay atracciones y repulsiones; pero hay un predominio total del cuerpo físico. Lo hay por la carencia de dolor o de placer y por la carencia de iniciativa propia para buscar las atracciones y evitar las repulsiones. Lo que en otros términos podría expresarse:

Existe el cuerpo pasional apenas desarrollado y en forma colectiva sin llegar aún a ninguna individualización. La esfera sobre la cual obra obedece ciegamente sin ayudar y sin resistir.

En el reino vegetal:

La presencia es más o menos igual pero la individualización se nota algo más marcada y despunta el deseo. No despunta éste como sensación de placer o de dolor pero sí produciendo ciertos hechos que a nosotros, al contemplarlos, nos dan la idea, la evocación de manifestaciones de placer y de dolor.

En el reino animal:

El cuerpo pasional se manifiesta francamente. El animal experimenta deseos, experimenta placer y dolor, busca el placer y evita el dolor. Pero su cuerpo pasional obra en perfecto equilibrio con su cuerpo físico, en el sentido de que se deja regir por él obediéndole. La característica del cuerpo físico sería, en este caso, el obedecer a las leyes inquebrantables que ordenan de fuera del individuo ya que la característica del cuerpo pasional sería romper esas leyes. Las rompe para vivir con mayor intensidad o para disminuir esa intensidad. Su característica, siendo la movilidad, su tendencia es debordarse, exagerarse, renovarse. Es, sin duda, la tendencia oculta que lleva a un macho para ir tras una hembra. Desbordarse, correr eternamente tras la hembra que desea; pero apenas el acto cumplido, predomina la obediencia a las leyes y el macho se sosiega y se retira.

Igual pasa con el alimento. El cuerpo pasional incita al animal a buscar su alimento y a comer pero esta incitación no tiene valor ni fuerza de por sí sino que está al servicio de la mantención del animal, o sea, de su cuerpo físico. Apenas satisfecha esta necesidad vuelve la calma pues el animal no sabría vivir únicamente por su cuerpo pasional. Y no es el goce en sí el que ama sino que el goce aparece sólo para que el cuerpo físico siga su existencia.

¡Yí Sideral!

Mi mente se ha elevado, alto, muy alto, y ha venido a aterrizar a mi fundo, a La Torcaza, sin pasar por los caminos, sin divisar siquiera la estación de Comepu-

mas, sin entrar en las casas, sin nada. Ha venido, ha aterrizado junto a ti, mi linda ¡Yiyí Sideral!

Era una mañana primaveral. Yo marchaba a pie con mi perro, el Tucapel, y me acercaba a tu casa. Iba a ir más lejos aún, más lejos. El Tucapel se ha detenido y traba conocimientos con otro perro que ha salido de tu casa. Tú, entonces, miras por una ventanita. Me ves. Sin más sales sonriente y me alargas la mano:

—¿Cómo le va?

Me veías por primera vez. Yo tampoco te había visto antes. Quedamos con las manos tomadas un buen rato. Luego te pregunté por tu nombre. Tú me contestaste:

—Yiyí.

Yo te pregunté:

—Y su apellido, ¿cuál es?

Tú me contestaste:

—Rubilar.

Yo te dije:

—Usted será, desde hoy, Sideral. ¿Quiere?

Tú respondiste:

—Eso de sideral, ¿no se refiere a las estrellas y al cielo? Creo que algo así me han dicho.

—Sí, a las estrellas y al cielo. Por eso usted se llamará así.

Entonces reímos ambos. Estábamos riendo cuando apareció una vieja por la puerta del rancho. La seguía un mocoso. Luego nos despedimos. Me retiré pensando en ti, por el camino polvoriento, me retiré lentamente. Pasé todo el día contigo, Yiyí Sideral.

En el hombre totalmente normal y sano deberían aparecer ambos cuerpos en perfecto equilibrio. Pero entra un tercer elemento: el cuerpo cerebral o mental. Todos los grados dependen de la mayor o menor preponderancia que en el cuerpo pasional va teniendo el cuerpo mental sobre el cuerpo físico. En el grado más inferior el cuerpo mental juega el papel de memoria que trae consigo el *saber* lo que se ha hecho y puede, por lo tanto, volverse a hacer.

Registrado el goce en la memoria, en ella puede, aunque débilmente, ser repetido y esto obra como una excitación del cuerpo pasional. Si la excitación es grande, es potente, ello se traduce por un rompimiento de las leyes físicas para renovar los goces. El cuerpo pasional, libre entonces de las barreras físicas que lo regían, toma su característica de desbordarse, de exagerarse, priman estas tendencias sobre las leyes y el acto es repetido, no ya por orden superior de las leyes que gobiernan a una especie sino por iniciativa propia.

Permítanme un paréntesis: ¿Es esto bueno o malo? ¿Es una caída, una inferioridad del hombre respecto al animal? Muchos moralistas lo han entendido así. Sin embargo la cosa merece ser considerada detenidamente.

Al pasar por encima de las leyes físicas no hay que creer que el hombre se emancipa de toda ley. Lo único que hace es cambiar de tutela. Se emancipa de una ley porque ya la hora ha llegado de dejar un ama elemental para caer en otra que va a enseñarle cosas más

complicadas. Es salir de un curso preparatorio para entrar en uno más elevado que está sembrado, por su misma elevación, de mayores peligros y responsabilidades.

Ahora veamos por qué llamo ley a esta nueva faz:

Porque ella rige a todo el universo y porque ninguna cosa en evolución se escapa de ella. Podemos siempre notarla, desde lo más ínfimo a lo más complejo, en los planos más elementales como en los más elevados. Dicha ley es:

Los seres, cuando empiezan a evolucionar, son como los niños, son inaptos para gobernarse por sí mismos, faltándoles experiencia –en el caso de los niños–, faltándoles individualización –en el caso de los reinos–. Pero toda evolución consiste en ir llegando a esta individualización, consiste en individualizarse, consiste en ir desprendiéndose de un conjunto o colectividad para reproducir en pequeño, en individuo, las características de ese conjunto o colectividad.

¡Oh no, Tomba, no y no! Yiyí Sideral es otra cosa, sí, otra cosa que nada tiene que ver con lo que tú estás pensando o, mejor sería que dijera, con lo que tú pensarías si yo te contara en detalles este golpe sexual que ella despertó en mí.

Sí, porque fue una sexualidad indomable que me paralizó. Ella me hizo recordar a Lorenzo Angol cuando vio a aquella muchacha, la hija del Jefe de Estación, a aquella Berguibenda. ¿Recuerdas?

No, tú no has sido menoscabada, mi Tomba. Pues yo sentía pureza, ¿me oyes?, pureza frente a ella, a Yiyí. Quería tenerla en mis brazos y apretarla. Pero que en ello no hubiera engaño de ninguna especie, ni para ti ni para ella, Yiyí Sideral.

Díjeme entonces, mientras caminaba con lentitud por ese camino polvoriento: “Yiyí..., Yiyí... Tienes un nombre terminado en “i” acentuada. Deberías ser, por lo tanto, una pariente de Jabalí Batuco y de sus sobrinos, los hijos de Resedá: Pecarí, Colibrí y Alhelí. Serías, pues, un hombre; no una mujer como ahora eres. Porque si fueras una mujer –como lo son Mariló y Rococó– tendrías que llamarte “Yiyó”. Y este nombre no me gusta.

Pensando así, recuerdo, llegué a las casas del fundo. El día en que almorcé un gran plato de lentejas con carne molida. ¡Es riquísima cosa la carne molida! Y con lentejas...

(Debo haberme distraído un poco. Sí, sin duda. No en vano se evoca la sombra de una niña que vive en las estrellas, por la noche; en un rancho torcacino, por el día, Naltagua decía ahora otras cosas, hablaba del individuo incorporado en esta civilización).

Es indudable que uno mismo, individualmente, pasa, en un solo día, por momentos de la más baja civilización hasta por momentos de alta civilización.

Pongamos a las diversas razas de hoy día, desde los salvajes africanos hasta los más puros blancos; pasemos por indios silenciosos de Bolivia y los mapuches de Chile y veamos, puestos a su lado, a los ultra civilizados de la India, de China y de Japón.

Les aseguro a ustedes que sus expresiones pueden ser unificadas en un solo hombre, que ese hombre pasa por todas ellas; que ese hombre ni siquiera sospecha estos enormes balanceos que hace sobre las razas del mundo.

Sobre esto pensaba o, mejor dicho, me dejaba pensar cierta vez que caminaba hasta

la cruz que hay ahora en un cerro, cerca de las casas, allá en Lo Gay. Un día irán ustedes hasta allá y la verán. Es una gran cruz. La hizo colocar un viejo administrador del fundo, ahora jubilado. Quería hacer esta obra, costear una cruz y su erección, antes de morir. Allí está, pues, esta cruz.

Llegué a ella. Estaba medio sombreada por grandes árboles. A su alrededor, nadie; salvo un conejito que pasó veloz. Me senté cerca de ella y me puse a fumar. De pronto ella me habló.

—¡Qué rápida es tu vida, Florencio! — Vives apenas un momento fugaz. Mi vida está más al unísono con el tiempo de este mundo. A vosotros los hombres os veo en una loca precipitación. ¿Por qué os precipitáis así? ¿Qué os apresura de esta manera?

Le respondí:

—Nada nos apresura. Recuerda que el tiempo no existe. Yo lo he visto; he visto esa inexistencia del tiempo. He llegado a la unidad y en ella, puedo asegurarlo, todo es igual.

Ella entonces murmuró, con un acento lejano que parecía ser mecido por el viento, por un viento que no había:

—Yo recuerdo cuando empecé a crecer en un árbol. Todavía los hombres no me habían apercibido. No podían concebir esa cruz con que soñaban al verme a mí, pequeña, en forma de intención de rama que empieza a desperezarse. Esos hombres murieron. Vinieron otros hombres que, a su vez, murieron. Yo quedé creciendo siempre. Los años pasaron y pasaron, eso que llamáis años y que son sólo momentos de este existir. Al fin fui grande, fui frondosa. Venían los inviernos y caían mis hojas; venían los veranos y ellas volvían a crecer. Hasta que, poco a poco, empecé a envejecer. Otros hombres pasaban por mi lado, me miraban y no me veían. Éramos nosotros, ese árbol y las ramas que allí estábamos, sólo un vivir de esta inmensa naturaleza. ¡Inmensa naturaleza! Vosotros, hombres, os afanáis sobre ella buscándole un sentido. Al no poder encontrarlo os empecináis en transformarla en dinero... Tal vez el dinero os da la ilusión de inmortalidad... Siguieron, siguieron los hombres pasando. El árbol mío empezó a secarse. El árbol mío siguió secándose pero con una lentitud tal que, puedo asegurarlo, no mostraba diferencia alguna de un año a otro año. Un día nos cortaron. Caímos. Allí quedamos en el suelo por nuevos años. Hasta que ese viejo administrador tuvo la idea de transformar en cruz aquello que, lentamente, se incorporaba en la naturaleza para seguir otros rumbos. Nos cortaron, caímos, volvieron a cortarnos, nos limpiaron, nos cepillaron, nos embadurnaron y, por fin, nos trajeron para acá. Nos dieron una forma, nos hicieron cruz enterrándonos agudos clavos que nos herían. ¿Nos herían? No; no me herían. Pues yo tomaba, poco a poco, otra personalidad al irme alzando enhiesta aquí adonde ahora estoy. Me enderecé, me erguí. Los hombres, las mujeres, los niños vinieron junto a mí. En silencio me miraban. Después vinieron menos hombres, menos mujeres, menos niños. Ahora pasan por mi lado, me miran y no me ven. Ya empiezo a envejecer nuevamente. Vosotros moriréis y vuestros hijos, ya ancianos, morirán. Al fin moriré yo también. Así retornaré a la naturaleza. Por ahora sólo quiero la lentitud de mi vida y que vosotros os afanéis a mi alrededor... naciendo, creciendo, muriendo.

Así me habló aquella cruz. Siempre que vuelvo a Lo Gay voy a ella y la contemplo mucho rato en silencio.

Después trato de poner orden en mis meditaciones. Trato de pensar con lógica pero no con esta lógica que nace de nosotros mismos. Debe ser con una lógica superior; debe ser la manera natural de pensar allá, de pensar más allá, de pensar en otro plano.

He pensado en la ley del triángulo. Pero este triángulo se me confunde; trata siempre de ser un cuadrilátero. Veamos:

Tú, Florencio Naltagua, ocupas el vértice, el más alto vértice, aquel que es uno con el infinito. Lanzo una raya hacia la izquierda, una raya descendente, y en su extremo está Lorenzo Angol. Porque él es la mente, como tú, Florencio, eres el alma. Lanzó otra raya descendente hacia la derecha y allí está Juan Emar; está justo al final de una perpendicular que baja del alma, que baja de ti, Naltagua. Pero quedo yo, yo, Onofre Borneo. Si me descuido bajo, bajo, bajo. Y donde me detenga, en mi caída, allí habrá otro punto y el cuadrilátero quedará establecido:

ALMA..... Florencio Naltagua;

MENTE.....Lorenzo Angol;

OBSERVADOR....Juan Emar.

Todo esto necesita un CUERPO para poder vivir. Ese cuerpo no puede ser otro que Onofre Borneo. Un cuerpo necesita juergas y necesita mujeres, mujeres que cambien, que se entreguen y hagan ver que en esa entrega puede haber pureza porque, al final, es una risa, una carcajada alegre la que resuena entre ambos. Como habría resonado entre nosotros, como debió haber resonado, Yiyí Sideral. Pero no resonó.

Porque otra muchacha incógnita se interpuso. No fuiste tú, mi Tomba, no lo fuiste. Una muchacha sin nombre, una muchacha que suspiraba. Estaba en otro ambiente, con tinieblas, con fin de mundo. En él había: ¡desolación! Se ha perdido toda esperanza, toda, toda. Ahora no queda más que la muerte. Oigo otro suspiro que me penetra, me taladra. El mundo sigue su curso frenético, lo sigue fuera, sin que nadie se ocupe de estos suspiros.

La manera de pensar sin que se emplee para nada la voluntad. ¡No, no debe haber ningún acto voluntarioso! La voluntad no existe; no es una parte fundamental de nosotros. El hombre perfecto está más allá de toda voluntad. Porque la vida no está más que en nosotros mismos. No hay ni puede haber voluntad para hacernos dirigir los ojos hacia nosotros mismos.

¿Ahora? Ahora sigo, paso a paso, el camino que me he trazado o que, mejor dicho, me han trazado. Mucho leo a Rudolf Steiner. Su libro *La Iniciación* es mi libro de cabecera. No pasa un mes sin que lo abra y lea unas líneas. Después de haberme llenado con cientos de lecturas, he vuelto calmadamente a éste de Steiner. Pues creo haber absorbido cuanto encierra; sin embargo algo en él me atrae. Voy, lo abro y veo que hay que releerlo una vez más y, ahora, con toda lentitud.

Ha sido mi guía, mi principal guía. Claro está que también medito sobre las páginas de Krishnamurti, de Ouspensky. Se los recomiendo a ustedes todos estos autores. ¡Y nada de voluntad, nada de hacerse programas y afanarse por realizarlos!

Lean tranquilos, sin el menor apresuramiento. Dejen luego que lo que han leído resuene libremente en ustedes. Recuerden siempre esas palabras de Mabel Collins en *Luz en el Sendero*:

“La paz que debes desear es aquella paz sagrada que nada puede turbar, y en el seno de la cual, el alma crece como crece la flor santa en las lagunas inmóviles.

Algo traía yo en mí y este algo logró hacerse luz: era este odio por la tarea prefijada, la tarea que necesita un esfuerzo de voluntad para cumplirse.

Luego quedé maravillado al encontrarme con las palabras de *La Iniciación*, esas palabras que ustedes me van a permitir citar:

“Adquiriendo conocimiento y poderes en los mundos superiores, desaparecen los obstáculos siempre que se trate de una investigación ardiente y sincera.

Y este sentido de lo maravilloso no ha hecho más que acentuarse a medida que he avanzado un poco más en la lectura. Muy al principio dice que el iniciado sabrá allanar todas las dificultades para llegar hasta uno siempre que haya notado en uno:

“Un esfuerzo sincero y meritorio.

37

Necesitaba reposo. Necesitaba encerrarme en mi casa, con mi Tomba al lado, y tratar de que las palabras de Florencio Naltagua volvieran a resonar en mí. Había hablado de sexualidad, había citado a los reinos mineral, vegetal y animal. Luego había hablado del hombre. Yo había partido hacia La Torcaza, mientras lo oía, y allí había vuelto a aparecer el recuerdo de Yiyí Rubilar, la que yo apellidaba Sideral. Sobre todo esto veía elevarse enhiesta la cruz de Lo Gay. Por bajo se arremolinaban los sobrinos del hombre de bastón y sombrero hongo, de Jabalí Batuco. Luego veía el triángulo con Florencio, con Lorenzo y con Juan Emar. Y veía a Onofre Borneo que, inquieto, trataba de convertirlo en un cuadrilátero.

Ahora quería escribir sobre la visita que acabábamos de hacer. Pero pensaba que yo no escribo un libro, que no estoy, por lo tanto, sujeto a las normas que, según dicen, rigen la estructura de lo que va a publicarse para ser leído; pensaba que yo no hago literatura, que yo escribo y nada más.

¿Cómo voy a escribir lo que ha hablado Naltagua? Tiene que haber dicho mucho, muchísimo más de lo que yo recordaba. Había terminado citando unas palabras de *La Iniciación* de Steiner.

Tomba me interrumpió:

—Naltagua debería hablarnos más a menudo de Rudolf Steiner; ¿no lo crees tú, Onofre?

—Sí, por cierto. Pero ahora tengo la mente confundida. Me siento paralizado al no poder ver con claridad lo que acabamos de escuchar.

Tomba me respondió:

—¡Suéltate, Onofre, suéltate!

Le pregunté de inmediato:

—¿Cómo puede uno soltarse? No, Tombita; estoy amarrado, encadenado con lo que he oído, con las puertas que se abrieron al son de sus palabras. Tras una de ellas estaba Yiyí Sideral.

—¡Me cansas con tu tal Yiyí! —exclamó Tomba.

No le hice caso. Agregué:

—Tras otra puerta están, como estaban hace un momento, todas las notas que he hecho de mis charlas con Naltagua. ¿Te las leo?

—Sí —me respondió—. Ellas, acaso, te ayuden a soltarte.

Abrí un cajón, saqué un cuaderno y de él leí en alta voz lo que tenía anotado de lo dicho, tiempo ha, por Naltagua:

Nada es porque sí. Todo obedece a algo. Un señor hace un acto cualquiera. Mirándolo frívolamente, ese acto aparece aislado. Pero se debe pensar un poco. Ese acto obedece a otro; éste, a algo mayor; así hasta la gran concepción.

Un ejemplo:

X sale a cazar. Se dirá que es un capricho. Pero no lo es. Desde luego es preciso que tenga la ocasión y los medios de hacerlo. Ya tiene, pues, que contar con la resultante de miles de hechos. Además, al ir a cazar, obedece a su carácter, a su temperamento; después, a su medio pues si está en uno de gente deportista habrá mayores probabilidades que si está en uno de artistas o frailes. Después viene el estado de la civilización general cuando X fue a cazar: en un pueblo cuya moralidad no permitiera la caza, X no habría ido. En tiempos de la antigua Roma habría encontrado mejor cazar cristianos. Si viviera dentro de muchos siglos, no pensaría en salir de caza como hoy no pensamos en quemar vivo a un hombre.

Ahora bien, el estado general de la civilización se debe a un mil de diversas causas mayores a las cuales X ha obedecido al ir de caza; o Y, al encender un cigarrillo; o Z, al estornudar.

Ahora yo pregunto:

Todo, todo..., ¿a qué se debe, a qué obedece?

El encontrar esta respuesta es encontrar la verdad.

Luego leí en mi cuaderno, páginas más adelante, una anotación de lo hablado con Florencio una tarde que él había estado aquí en casa charlando. Decía así esta anotación:

Recuerda siempre, Onofre, esto que te digo a propósito de la vida de un hombre en relación a su verdadera vida de eternidad. Yo la explico así:

(Aquí había un dibujo hecho por él. Un sector de círculo; en él, dos rayitas casi juntas y, entre ellas, el sector más teñido).

Este pedacito mayormente teñido, es el lapso que ocupa la existencia del hombre desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte. Ese sector de un inmenso círculo que no alcanza, por cierto, a caber en la página, sería su vida en la totalidad de ella.

¿Por qué, Onofre, juzgas mal a un hombre por los hechos que le ves hacer? ¿Por qué encuentras que Fulano es un necio y Zutano un egoísta? ¡Ve el círculo en su totalidad! Entonces juzgarás una vida en esta Tierra como momentos de la gran vida. En esta vida, no todos los momentos son grandes; piensa en ti mismo cuando duermes o cuando tienes un instante de mal humor o en las horas que pasas ocupado en necesidades... ¿No es verdad?

Al ver así, al ver este sector de círculo y ese pequeño puntito en él, reflexio-

narás unos minutos y verás que allí está la manera de empezar a ver el AMOR PERMANENTE YA TODOS.

—Tomba —dije—, esto es verdad.

—Entonces y si es verdad, ¿por qué tú te empeñas en ser un puntito negro en esa línea infinita? ¡No te entiendo, Onofre!

—Me empeño porque la cabeza me da vueltas y más vueltas y no logro hacer la claridad y la calma en ella.

Pasó un rato, un largo rato. Tomba se había dirigido a la cocina y algo preparaba con ayuda de la cocinera. Guardé los papeles con anotaciones de Naltagua hechas por mí. Al guardarlos vi que aparecían ante mis ojos las *Cavilaciones* de Lorenzo, de mi buen amigo Lorenzo Angol.

—Voy a seguir copiando estas páginas, Tomba —le dije y se las mostré—. He tenido demasiadas dificultades al querer transcribir lo dicho por Florencio Naltagua. Pero la verdad es que yo no escribo un libro; lo he dicho y me lo he repetido ya cien veces o más veces. No, no es posible que esto escrito por Lorenzo vaya a perderse así, vaya a quedar olvidado y luego sea devorado por ese olvido. No es posible...

No es posible...

No es pos...

El sueño me invadió.

Allí, pues, quedó ese cuaderno con mis anotaciones de las palabras de Naltagua; allí quedaron las *Cavilaciones* de Angol; allí quedó todo.

Sin más me fui a mi cama, me acosté y me dormí.

Entonces... ¡soñé!

Me desperté sobresaltado, desperté a Tomba y le hice escuchar este sueño que había teñido.

—Óyelo bien, Tombita, óyelo bien:

¡Últimos adioses a las últimas personas! ¡Adiós, adiós!

Estoy en una estación de ferrocarriles y el tren ya se va, se va. Veo perderse la figura de un tío mío y de una tía mía. Tú sabes, Tomba, yo tengo un tío, el tío José Pedro, a quien mucho he querido. ¡Era un hombre...! Pero no hablemos de él esta vez porque el tío que allí estaba, creo más bien que era el ya fallecido de mi tío Modesto, hermano de mi padre como el tío José Pedro. La tía que allí me despedía era, sin duda, doña Tasmania, la hermana de mi madre. ¡Pobre tía Tasmania! Fue muy buena, muy buena y siempre nos regalaba... Pero, otra vez, no caigamos en recuerdos y vamos al sueño. El tren se va, se va. Se va por una inmensa cordillera, con precipicios horribles hacia abajo, sí, hacia abajo porque ni aun en los sueños los precipicios son para arriba. Para arriba es la nieve. Todo está blanco de nieve. ¡Qué linda cosa! Me arrebató de tal manera que tomo del brazo a ese Goicolea y nos ponemos a charlar de Benvenuto Cellini.

¡Apostaría que tú, Tomba, no lo has leído! Puedo asegurarte que es muy interesante. En sus crónicas dice...

Bueno; estábamos en mi sueño. Es que ahora veo que nuestra lógica no rige cuando soñamos. Porque los *Recuerdos de la Casa de los Muertos* no fueron escritos por él; fueron escritos por ese gran escritor que yo tanto admiro, por Dostoievski. ¿Cómo era su nombre completo? Fiodor Mijailovich, acentuando la primera "o" de Fiodor y la "a" de Mijailovich. Así es que su nombre total es... Sí, sí, mi sueño: Goicolea desaparece y, con el, Cellini.

Quedo en muda contemplación de esos barcos que se alzan frente a mí, barcos de guerra, porque yo siempre he tenido una verdadera predilección por esos barcos de guerra. Éstos son ingleses y son inmensos. Este primero es el Ocean; el otro, el crucero Lancaster; el tercero, el Canopus. Y en éste, en este enorme Canopus, está ella, ella la linda, la recordada...

¡No, Tomba, no es Yiyí! Es mejor, es mil veces mejor que Yiyí. La que allí aparece es... ¡Isoletta!

Es la verdad, Tomba; yo quise a Isoletta en realidad, la quise con un amor indescribible. Me habría casado con ella. Ahora, tal vez, viviríamos felices. Digo "tal vez" porque en esto... no, no se puede saber nada. Habrán sido unos catorce días o acaso unos quince días. Lo que tarda un barco de ir de Santos a Génova. Sí, la conocí casi enseguida; y... Pero ¡qué quieres, Tomba, qué se puede desear sino soñar y soñar! Me acuerdo, por cierto, de que te estoy contando el sueño que acabo de tener. Debe haber durado apenas unos pocos minutos. El sueño con Isoletta duró desde Santos...

¡Voy, voy! Es cuestión de sacar una pequeña cuenta y nada más: Desde Santos hasta que no se pudo escribir más debido a la primera guerra mundial, en 1914. Yo regresé a Chile y ella...

¡Qué diablos, Tombita, qué diablos! El Canopus acaba de hacer un inmenso viaje: ¡hasta la primera guerra! Bueno, ¡adiós mi tan linda y pequeñita Isoletta!

Se casa mi pariente. No sé qué pariente es, pero se casa. Y yo tengo que asistir a su matrimonio, tú comprenderás, tengo que asistir. Para ir, tomo un tranvía y me voy. ¡Qué haber tanta gente! Entonces retengo mi caballo y lo volteo hacia la izquierda. De este modo me siento mejor. ¡Curioso caballo éste en que he montado! Me ha llevado lejos, extremadamente lejos. O, acaso, me ha llevado cerca, al lado.

¡Porque hay cavernas en todas partes, mi Tomba! No, no creas que estoy filosofando, ni siquiera estoy intentando hacerlo. Te cuento lo que he soñado y nada más.

¡Cavernas, cavernas! Tienen que haber sido subterráneas, tienen que haber sido profundamente hondas. Era difícil avanzar por ellas, muy difícil. Pero yo no caía, te lo puedo asegurar, no caía, ni una sola vez ni siquiera resbalé. Tal vez volaba. Eso ha de haber sido, que yo volaba. Al mismo tiempo prendía las luces; o ellas se prendían solas. Hasta que vi a Remigio Natales que, furioso, pegaba y pegaba a otro varón. No pude distinguir bien quién era este varón. Porque a veces se parecía a Olegario Cunaco, luego al general Matquito, sin uniforme, por cierto. Estaba vestido como cualquiera de nosotros. Y gritaba, el infeliz, al verse acometido de esta suerte:

—¡Pero déjame pegarte yo también!

Nada. Natales seguía dando y dando. El otro, que ahora era más bien, Adalberto Huachipato, gritaba siempre:

—¡Pero déjame pegarte yo también!

¿Por qué no lo dejaba? Tal vez le tenía atadas las manos, tal vez. No pude verificarlo pues pasaban, en aquel momento, los muy suntuosos funerales de..., de...

Claro está que yo no era extraño a ese muerto o esa muerta que pasaba en un pomposo carro.

¿Qué tiene ello de raro? Es verdad, Tomba, que no podría, no podría descifrar si era un hombre o una mujer la que se iba al cementerio; pero que se trataba de una gran amistad mía... esto te lo puedo asegurar.

—Vamos, vamos, amigo, vamos.

Una voz me hablaba a mi lado. Me di vueltas y reconocí a quien se dirigía a mí. ¿Sabes tú quién era? ¿No, no lo sabes? Pero mi Tomba, ¡adivina! No..., no..., no. Bueno te lo diré:

¡Liberio Barón!

Sí, sí, el que ya ha muerto, hace muchísimo tiempo, el que, durante su vida, encontraba que todo tapaba la vista. Te lo he contado mil veces.

Imagínate, Tomba: Después de tanto tiempo, de tan largos años en que Liberio Barón reposa en paz –¡qué frase!–, vuelve a verme a mí, a mí, que nunca lo estimé mayormente.

Acaso tengas razón, sin duda has de tenerla. Era yo el que iba hacia él y no él el que venía hacia mí. Lo contrario es creer en supersticiones. Nosotros, al soñar, continuamos pensando como cuando estábamos despiertos pero sin tener la...

El caso es, mi pobre Tomba, que estoy ahora solo, en un rincón muy oscuro, muy oscuro. ¿Solo? No; creo que mi madre, tú sabes, está conmigo, doña Trinidad Calama. Oigo su voz que dice y repite:

–Tenía que suceder, tenía que suceder...

Porque al frente mío, a no mucha distancia, hay una serie de hombres que me disparan. Tienen fusiles o carabinas. Apuntan y: ¡pum, pum, pum! No me hacen daño, ningún daño. Pero quedo con un gusto a sangre en la boca, un gusto que, te lo prometo, todavía conservo. Es algo desagradable. Voy a ir a lavarme la boca. Sí, sí; vuelvo enseguida...

Ahora sigamos con mi sueño:

Los hombres de carabinas y fusiles han desaparecido. Estoy con una bella mujer que me mira y sonríe. ¡Siempre esas sonrisas que me han de acompañar! La reconozco: es la tan hermosa de Gervasia Cachapoal. Me dice al oído:

–Acuérdate, Onofre, acuérdate de aquello que dijiste... No lo olvides jamás... Acuérdate de ello...

–Me acordaré siempre, siempre, mi querida Gervasia; te lo puedo prometer.

Ahora yo te pregunto a ti, mi Tomba: ¿qué es eso que yo dije? ¿Qué es? No lo recuerdo; lo he olvidado. Y, en el momento del sueño, lo sabía perfectamente; lo sabía de tal manera que allí lo repetí, se lo repetí a Gervasia... ¿Qué podrá ser?

Tomba, era algo importante, era algo sumamente importante. Es todo lo que ahora puedo decirte sobre esto. Pero la substancia de ello... se fue, se fue, se perdió. Tal vez algún día lo vuelva a saber, tal vez se presente nuevamente a mi memoria.

Durmamos ahora, Tombita. Ya el gusto a sangre ha pasado. Hay que seguir durmiendo...

durmiendo...

durmiendo...

38

Desperté al día siguiente fresco y contento. Tomba, lo mismo. Saltamos de nuestras camas. Yo, sin vestirme, envuelto en mi bata, me precipité a mi escritorio y me dispuse a hacer un resumen de lo que tenía aún por escribir. Anoté lo siguiente:

Lorenzo Angol = *Cavilaciones*. Seguir copiando de ese montón de papeles escritos sin método y sin orden;

Florencio Naltagua = Pedirle que nos hable de *La Iniciación* y anotar, lo más claramente posible cuanto diga;

Yo, Onofre Borneo = Tratar de recordar lo que, en el sueño tenido anoche, he dicho a Gervasia Cachapoal, y luego escribirlo.

Teodoro Yumbel = Pedirle sus escritos pasados y copiarlos aquí. Creo que tienen, como título general el de *Amor*;

Irineo Pidenco = Volver a conversar con él para que me aclare los...

Sonó el teléfono. Cogí inmediatamente el receptor. Exclamé lleno de contento al oír su voz:

—¡Oh, don Irineo! Estaba pensando en usted en este preciso momento. ¿Qué me cuenta...?

Él respondió:

—Sí, mi señor, yo también pensaba en su alto cacumen de usted y por eso me he atrevido a llamar por este buen aparato que nos une sin obligarnos a cambiar de sitio...

—Don Irineo, dígame una cosa; ¿Cuándo y dónde podríamos vernos y charlar un buen rato?

—¡Oh, mi señor! Si ello no es engorroso en demasía para usted, osaría proponerle que nos encontráramos hoy día donde a usted le parezca más conveniente.

—Entendido, don Irineo. ¿Quiere usted que llegue yo a su casa? Hoy, después del almuerzo, iría encantado a verlo y a charlar con usted.

—Su gentileza me ofusca, mi señor. Esperaré que su presencia honre esta modesta casa o departamento o rincón en que yo habito.

—¡De acuerdo, don Irineo! A las 3 en punto seré su huésped.

—A esa hora, mi señor, trataré de ser el anfitrión que usted merece para ser recibido.

—¡Gracias, don Irineo! ¡Hasta pronto!

—Soy yo el que debe decir: “gracias”. ¡Hasta pronto!

Apenas hubimos almorzado con Tomba me dirigí a su casa o a su departamento o rincón, en la calle Pentateuco. Allí estaba don Irineo sentado en su gran sillón, envuelto en una gruesa bata de lana y con un libro en sus manos.

—¡Qué gustazo de verlo, don Irineo! —exclamé apenas lo ví.

—¡Oh, mi señor! —respondió él—. Es usted el que me ciega y me conturba con su presencia en este humilde rincón.

Tomé asiento. Y las horas empezaron a pasar, creo que en otro mundo, en un mundo al que me llevó su charla que versaba... ¿Sobre qué versaba esta charla?

Ahora se verá.

—¿Qué leía usted, don Irineo?

Me mostró el libro junto con explicarme:

—No, no leía propiamente hablado, mi señor don Onofre, no, no leía. Creo que podré decir que verificaba, eso es, verificaba lo que dicen estos autores con lo que me acaba de acontecer. Vea usted el libro, mi señor: *El Cuerpo Astral*; de Arthur E. Powel.

Quería verificar, nada más, verificar.

—¿Y verificar qué cosa, don Irineo?

El hombre vaciló, se movió y, por fin, me dijo como contestando a mi pregunta:

—¿Se serviría usted unos garbanzos, don Onofre? Es verdad que ya no es la hora de comerlos pero, pero si a usted le apetieseran, podría traerle un plato, un platito...

—¡Oh, no, tantas gracias, he almorzado en abundancia! Así es que..., usted comprenderá...

Me respondió presuroso:

—Sí, mi señor, sí, sí; lo comprendo perfectamente. Pero como yo no tengo otra cosa aquí en casa, creí..., en fin, pensé...

—Charlemos, será mejor, don Irineo. Usted verificaba algo al llegar yo aquí, ¿no es así? Entonces cuénteme el resultado de esas verificaciones, si no tiene usted inconveniente para ello.

—¡De ningún modo, don Onofre, de ningún modo! Me ha ocurrido lo ya habitual en mí, es decir, ellas, ¡ellas!, lo han hecho, sí, señor mío, lo han hecho ocurrir. Yyo, ¡mísero personaje, al fin y al cabo, como soy! no he atinado a saber debidamente. Por eso me he puesto a estudiar un poco y he tomado este libro. Sí, él verifica, hasta cierto punto, lo que he visto, digo yo...

—¿Y qué es lo que ha visto usted?

Don Irineo fue a sus ventanas, se cercioró de que ellas estuvieran bien cerradas, luego hizo lo mismo con las puertas y, al fin, me murmuró:

—Las Guaxás, mi señor don Onofre, las Guaxas...

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Lo han visitado a usted nuevamente?

Contestó humildemente:

—Usted lo ha dicho, señor, usted lo ha dicho. Otra vez más han llegado a este aposento, ¡otra vez!

—¿Y han venido muchas de ellas?

Don Irineo pareció excusarse al responderme:

—¡Oh, no, no, mi señor! No han venido muchas porque ha venido sólo una, una de ellas, pero, digo yo, creo que la más dudosa, la casi peor, la más nefanda, eso es, nefanda.

—¡Ya lo veo! Usted ha sido visitado por esa diablesa, por esa nefanda diablesa de Biandina Tarata.

Se inclinó hacia mí y, con voz apenas perceptible, volvió a susurrarme:

—No, mi señor, no era Biandina. He sido visitado, he sido visitado por..., por... ¡Eufobina Colliguay!

Grité, sin más, grité:

—¡¡Arrea!!

Y ambos quedamos en silencio. Don Irineo se secó la frente y la cabeza aunque, de verdad, ambas estaban secas. Luego carraspeó varias veces. Yo esperé callado. Al fin me atreví a pedirle que me contara lo acaecido. Él aceptó y empezó a contarme:

—Fue anoche, mi señor don Onofre, sí, fue anoche. Yo había degustado mi plato de garbanzos y luego había venido a reposarme aquí donde usted me ve. Pensaba en mis libros favoritos y los recorría en mi mente. Era ello, sin duda, un anticipo a lo que estaba haciendo cuando usted me ha manifestado su benevolencia al presentarse en este recinto. Su sapiencia anticipada...

¡Oh, de nada, de nada! No hago más que decir la santa verdad, la muy santa verdad. Sí, mi señor, porque Eufobina Colliguay me ha obligado a recurrir a ese libro, me ha forzado a ello, si la palabra “forzado” no hiere, por su potencia, los tímpanos de quien la oye, en este caso, de usted, don Onofre.

Ella lo dejó aquí, ella me lo dejó. Yo no acostumbro a leer esa clase de literatura, no,

señor, no acostumbro. Y menos aún a leer esta otra clase de literatura, esta otra clase...
¡Véala, mi señor, véala!

¿Qué me dice usted? *Los Adoradores del Falo...* ¿Qué ha querido mostrarme con esto...?

Ese es el nombre del autor: Doctor A. Martin de Lucenay. Una verdadera potencia en estas materias fálicas. Sí, lo puedo y lo puedo asegurar porque, a pesar de haberme dejado antes el otro libro, el del Cuerpo Astral, yo..., yo... leí primero éste y, al terminar su lectura, apagué la luz y me dormí. Me dormí pensando muchas, muchas cosas. Pero no soñé y, si he soñado, no lo recuerdo, no, no lo recuerdo.

Se lo explicaré, si usted permite don Onofre, se lo explicaré:

Creo que ha llegado aquí esa Guaxa, a las 9 de la noche. Ya verá usted todo lo que pasó. Pero no adelantemos nada. Cuando se ha marchado eran apenas las 10 de la noche...

¡Una hora, nada más que una hora! ¡Y me ha hecho sentir eternidades...!

Después he leído, mi señor, este libro sobre el falo. He leído hasta la 1 de la madrugada. El libro no es muy largo, como usted puede cerciorarse. Lo terminé y... nada más, lo terminé. Hoy me he puesto a hojear este otro libro y en eso estaba cuando usted ha tenido la amabilidad de presentarse. Claro está que algo me dejó, algo o más de algo. Yo ignoraba que se pudiera escribir sobre semejantes temas. Pero permítame usted que le hable de esa Guaxa que es Eufobina, permítamelo usted...

¡Tantas y tantas! Su amabilidad deslinda con lo infinito, eso es, deslinda o demarca con ese infinito del más allá.

El caso es que Eufobina se presentó. ¿Usted la conoce? No me negará que es una bella mujer, una bellísima mujer. Y llegó con una de contorneos... No, no creo que ellos fueran para provocar, no lo creo. Creo, más bien, que son sus dones naturales. ¡Y qué naturalidad en cuanto hacía, mi señor, qué naturalidad! Me hizo una serie de preguntas, de esas preguntas que habría hecho cualquier persona que se tilda de buena educación. Me preguntó por mi salud, me encontró rozagante, aludió que este estado mío se debía, sin duda, a los garbanzos que siempre consumo, en fin, era de una amabilidad exquisita. Yo no me atreví a ofrecerle un plato de mis favoritos, usted comprenderá, pero, de pronto, me acordé que había en mi cocina un poco de café. Se lo ofrecí y ella aceptó pidiéndome, eso sí, que le hiciera compañía. Así es que tomé un café, uno muy simple; yo poco gusto de esas bebidas.

De pronto me dijo:

–Irineo, estoy preocupada con el destino de los humanos. Sí, estoy muy preocupada.

–¿Por qué tanta preocupación? –le pregunté.

Me respondió:

–Déjame encender un cigarrillo. Los cigarrillos acompañan enormemente a quien quiere hablar y explicar estos temas...

–Estos temas, ¿qué? –interrogué con cierta ansiedad.

Ella tardó en encender su cigarrillo, más tardó aún en ir a buscar un cenicero y más aún en volver a sentarse..., a sentarse...

Usted me absolverá, mi tan buen señor. Tal vez ello se deba a esa vez que estuve allá en el bosque de Guayacán, cuando me llevó el señor Tadeo Lagarto, cuando yo tuve sólo 33 años de edad. Ella no estaba allí, en ese bosque; estaban otras: Biandina Tarata, Julieta Pehuén y Paulina Corcho. No, no, Eufobina Colliguay no estaba allí. Pero usted ha de comprender que desde entonces soy atraído, terriblemente atraído por las piernas de las mujeres, sobre todo cuando son tan guapas como es mi visitante de anoche. Así es que olvidé aquello de los temas que a ella la preocupaban y quedé embelesado contemplando

esas curvas que se dejaban ver, sí, señor, que se dejaban ver más arriba, mucho más, de sus rodillas. En eso estaba cuando ella dijo súbitamente:

–El destino de los humanos depende de una entrega que estos humanos hacen en su vida. ¿Sabes tú a qué entrega me refiero, lo sabes, Irineo?

–¡Oh, señorita, no, no lo sé! –le respondí porque, de..., de verdad no lo sabía, o lo había olvidado.

Ella me interrumpió con gesto autoritario:

–No me llames “señorita”; mi nombre es Eufobina, ¿me oyes? Eufobina. Así debes llamarme.

–Muy bien, señorita; digo, Eufobina –le respondí con cierto apremio–. Así la llamaré a usted de ahora en adelante.

Me miró un largo rato. Al fin me preguntó:

–¿Sabes tú cómo se llama mi hermana, la dos años menor que yo, la linda, la preciosa? Por tu cara veo que lo ignoras. Te lo voy a decir entonces: se llama Rubí, ¿me oyes? Pronto la vas a conocer pues vendrá hasta acá. Rubí Colliguay, no lo olvides. A ella le gustan las personas que la conocen o que han oído hablar de su gracia y donaire. Dos años menor que yo... tampoco debes olvidarlo, ¿me oyes? Bueno, pero yo te hablaba de otras cosas. ¿De qué era?

Hice rápida memoria y le insinué, eso es, le insinué para ponerla al día en nuestra conversación:

–Usted empezaba a hablarme de una entrega que hacemos los humanos en esta vida, sí, en esta vida... una entrega...

Eufobina encendió otro cigarrillo y sentenció:

–Los humanos nacen, y antes de alcanzar la edad de razón, se entregan a un clan de demonios o a un clan de dioses. Digo primero “demonios”; después digo “dioses”. ¿Sabes tú por qué anticipo al demonio a dios?

–No, señ..., Eufobina, no lo sé. Si usted, Eufobina, quisiera explicármelo, yo sería todo agradecimientos y le ofrecería otra tacita de café, sí, eso es, de café.

–No, gracias. Basta con una taza. Por lo demás, estaba muy bueno tu café, Irineo. Guarda el que te queda para cuando llegue Rubí. Parece que tú te olvidas de ella. Bien, haré que penetre en tu cacumen. Pronuncia y repite ese nombre: Rubí.

Yo, mi señor, dije: Rubí. Ella me gritó que lo dijera una vez más y otra vez y otra y otra. Así, pues, repetí cien o mil veces o diez mil veces ese nombre. De este modo:

–Rubí, Rubí, Rubí, Rubí, Rubí, Rubí...

Rubí...

Rubí...

Rubí...

Don Irineo se puso a repetir esta palabra. Yo noté que algo anormal le ocurría. Varias veces le dije: “¡Basta ya, don Irineo, basta ya!”. Pero, no y no. Él seguía repitiéndolo. Al fin me levanté de mi asiento y lo remecí. Me miró asombrado. Me dijo entonces a manera de disculpa:

¡Oh, perdone usted, mi tan grato señor! ¡La fuerza que tiene esta Eufobina es algo tremendo, sí, don Onofre, algo tremendo! Pero, en fin, ya ha pasado, ya ha pasado.

Ahora podré seguir, si ello no es muy engorroso para usted, narrándole mi entrevista con esa terrible Guaxa.

Déjeme usted descansar unos momentos. Puede usted servirse un poco de café que, esta mañana, me ha traído el distinguido señor don Manfredo Angachilla, el dentista que habita aquí, sí, aquí cerca de esa dama de tules blancos que ataca al piano. Aquí está ese café. Sírvasse usted, mi señor. El señor dentista me lo ha traído. ¡Es tan amable! Yo, me permite, voy a descansar unos muy pocos minutos, eso es, muy pocos minutos...

Se echó en el diván y cerró los ojos. Yo me serví una tacita de café. Luego quedé pensando en esa famosa Rubí: Nombre terminado en "i" acentuada, es decir, como Jabalí y como Pecarí y como Colibrí y Alhelí... ¿Estaré bajo el signo de las palabras terminadas así? Repetí varias veces: Así, así, así... ¡No, no! Esto se asemeja a lo que le ha pasado a mi amigo don Irineo. Felizmente ya él se levantaba del diván y se apresuraba hacia donde hallábame yo. Y siguió hablando:

¿En qué estábamos? ¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! El caso es que esta Guaxa de Eufobina, una vez que hube terminado de repetir y repetir aquel nombre, me dijo:

—Te decía, Irineo, que la mayoría, la gran mayoría de los humanos se entregan a una banda o clan de demonios. Junto con entregarse, firman un contrato. Los humanos son chicos, chiquitos, apenas tienen edad, pero ya saben firmar. Luego lo olvidan. Pero en aquel momento, sabían, ¿me oyes? En este contrato prometen por lo más sagrado que exista, entregarse, sin chistar, a la voluntad de los demonios que se presentarán a ellos en forma de fantasmas invisibles. Siempre están y estarán cerca de ellos, vigilando si cometen alguna falta, alguna falla, ¿me oyes?, a lo que han de hacer mientras vivan. Algunos, pocos, cometen esa falta o falla. Entonces los fantasmas piensan: "No sirve este miserable", y a los pocos días, ese miserable ha enloquecido. Así está hecha la vida, así y no de otra manera... ¿Me has oído debidamente?

—Sí, Eufobina, la he oído a usted debidamente; créamelo, sí, créamelo; lo digo con plena sinceridad.

Ella prosiguió, fumando siempre:

—Tienen un derecho estos que he llamado "miserables". ¿Sabes tú cuál derecho tienen?

—No, Eufobina, no lo sé pero quisiera saberlo. Si usted fuese tan gentil como para...

—¡Calla, Irineo! ¡No me interrumpas siempre! Ellos tienen el derecho a "pataleo". Sí, pueden patear cuanto deseen y nada, nada más. Un ejemplo te citaré: "El nescafé debe servirse con agua hervida". ¿Qué piensas tú de ello?

—¡Oh, oh! —exclamé todo confundido—. He olvidado de hacer hervir el agua. Porque yo lo tomo así, con agua..., con agua... en fin, como sale de los grifos. Si usted desea...

—¡Calla, Irineo, te lo he dicho! Tu café está bueno, está perfecto. En vez de preocuparte tanto de él deberías preocuparte de otras cosas. Deberías hacer, hasta el final, el trabajo que los hombres no hacen. Y él es: zafarse de esos demonios, zafarse de esos fantasmas. Tú ya te has zafado de muchos de ellos y por eso te felicito. Dicen ellos: "Los garbanzos no deben comerse todos los días". Tú comes garbanzos todos los días. Nuevamente te felicito. Y ahora dime: ¿Has tenido tú amores con alguna hembra eléctrica? No pongas semejante cara. Si te molesta esa palabra de hembra, diré "mujer". Y te repito mi pregunta: ¿Has tenido amores con mujeres eléctricas?

—No, no lo creo, Eufobina, no lo creo, por Dios santo. ¿Qué llama usted con ese apodo tan extraño? Porque, en realidad, no logro ver...

—¡Calla, Irineo, calla! Será mejor que me escuches en silencio. Oye bien: hay mujeres eléctricas, ¿me entiendes? Mujeres que despiden electricidad, sobre todo por los cabellos. Puedo citarte un ejemplo: Angélica Cottin. Fue observada por el gran sabio francés que fue Arago. ¿Quieres otro ejemplo?

—Si usted lo juzga necesario...

—Es necesario, muy necesario. El otro ejemplo: ¡soy yo!

Creí, mi señor, que tenía que ser amable, que debía ser gentil y por eso no vacilé en exclamar fingiendo gran admiración:

—¡¡Bendita sea, entonces, la electricidad!!

—Hablas, Irineo, sin conocimiento de causa. Puedo asegurarte que un golpe eléctrico no es siempre agradable, sobre todo si se está haciendo el amor. Hay que saber mucho, muchísimo, para encontrar un placer en esto. Y tú ya no estás en edad de aprender tales cosas. A no ser que volvieras a tus 33 años, como volviste aquella vez en el bosque de Guayacán, cuando te llevó Tadeo Lagarto. Tadeo el inmenso, el superinmenso... ¿No lo crees tú?

—Sí, por cierto. Tengo una verdadera admiración por su vasta ciencia y por su manera de aplicarla que es...

—¡Calla, Irineo, calla, te lo vuelvo a pedir!

En ese momento miré la hora, sí, mi señor, en aquel reloj que hay allí, sobre ese mueble. Osaría preguntar a usted si calcula cuánto tiempo había acaecido durante esta charla con Eufobina...

No es por contradecir a usted, don Onofre, pero es el caso de que sólo habían transcurrido dos minutos y medio y nada más.

Sí, mi señor, es muy posible. Porque cuando se está con una de estas Guaxas o con uno de sus terribles amos, el tiempo hace mil cosas que nosotros no tenemos costumbre de apreciar. ¡Dos minutos y medio y nada más! Es muy raro pero es así. Es tan raro que me sumí, sí, eso es, me sumí, me sumí...

—Me sumí en la meditación sobre el tiempo, si ello no es una ofensa para usted, mi distinguido señor don Onofre. Eso es, ni más ni menos, sobre el tiempo o, mejor dicho, sobre nuestras tan extrañas concepciones que de él tenemos. Pasó medio minuto mientras yo meditaba. Usted comprende, señor mío, que los minutos... En fin, ya lo verá usted.

Don Irineo me explicó su meditación sobre esta cuestión que se le presentó.

No sé ahora si él tenía razón o no la tenía. Lo mejor será que ponga aquí sus razones tal cual él me las expuso.

—El tiempo es *largo* y el tiempo es *corto*... ¡Qué cosa más complicada, mi señor! Es para volver a un hombre loco por cuerdo que sea. Sí, eso es, señor mío. El mismo lapso que ha sucedido para dos personas, el mismo, exactamente el mismo, una de ellas lo considera larguísimo y la otra lo considera cortísimo. ¡Es muy raro, muy raro!

¿Querrá decir que el tiempo está en nosotros, que es una..., una especie de facultad nuestra? A veces así lo pienso y así lo creo. Pero me basta mirar ese reloj o mi reloj pulsera para que me vea obligado a desistir de estas ideas estrafalarias. Pero quedo siempre en la duda, sí, mi señor, en la duda. Créame usted que más de una vez he abierto la tapa de ese

reloj para observar su interior, su mecanismo... Pero yo no soy relojero, y aunque lo fuera... No, no he podido sacar nada en limpio. Los relojes, creo yo, es una opinión mía y nada más, marcan un tiempo para que no nos disgustemos unos con otros, para..., para... Usted me va a perdonar, don Onofre, pero es lo que yo pienso y, de tanto pensarlo, he llegado a creerlo:

Los relojes marcan un tiempo no existente de modo que cada cual pueda acomodarse a él según sus intenciones.

¿No lo cree usted?

¡Sí, mi señor, sí, tiene que ser de este modo! Nadie lo pone en duda porque está la ciencia detrás, la ciencia que viene a apoyar este capricho, si usted permite, este capricho que tienen estos aparatos, este capricho de ser tan amables con los humanos que los consultan.

Porque dígame usted, mi señor don Onofre, si ello no es de una gran petulancia de mi parte osar plantearle a usted una pregunta de esta índole. ¿No? ¿No lo es? ¡Oh, tantas y tantas!

La pregunta que oso plantearle a usted es la siguiente:

¿No cree usted que aquí se mezclan otros seres, sí, otros seres que nosotros no vemos?

Déjeme usted explicarme con mayor claridad. Trataré de ser lo más breve posible. ¿Me lo permite? ¡Oh, tantas y tantas!

Sí, mi señor, es lo que yo creo. Creo que son los diablos los que se mezclan en esto, los discípulos de ese señor que se apoda don Palemón de Costamota. ¡No, no pienso en el tan fino de Tadeo Lagarto! Naturalmente es un hombre extraño pero nada más, un hombre original que, de seguro, ha de tener sus razones para ser así. Pero el señor de Costamota... es algo diferente, muy diferente. Él y sus secuaces son quienes lo alargan y lo acortan a su voluntad. Entonces nosotros, nosotros que no somos más que estos infelices escarabajos que somos, creemos divertirnos o creemos aburrirnos.

Al decir "escarabajos", usted comprenderá que no me he referido a usted, don Onofre. ¡Oh, no y muchas veces no! No olvido la posesión que usted posee al poseer esa innegable sapiencia que lo corona y lo sigue siempre. Me he referido a los humildes seres como soy yo, a los que hemos dedicado nuestro paso por esta bola llamada Tierra, nada más que a la siembra y cosecha del garbanzo.

Sí, mi señor, es así, de este modo: el tiempo es alargado para unos y es acortado para otros. ¡Obra de los demonios, señor mío, obra de esos egrégos de que usted tan a menudo nos habla! No puede ser otra cosa, no, no lo puede ser...

Pero juzgo que acaso me he bifurcado en estas consideraciones sobre el tiempo y sobre los demonios que emplean esas maquinitas que allí, sobre ese mueble y alrededor de mi muñeca y de la suya veo que también, de esas maquinitas que llaman relojes, eso es, que así llaman, de esas maquinitas que hay en todas partes, en todas partes... ¿Considera usted que me he trifurcado, mi señor?

¡Oh, tantas y tantas! Volvamos, entonces, a esa Guaxa, a esa Eufobina y, si usted permite, a esa hermana suya, a esa belleza sin par de la llamada Rubí.

Así conversábamos Eufobina y yo. Ella fumaba siempre, todo el tiempo. Llenó dos ceniceros con sus cigarrillos. Pero esto no es del caso. El caso es, mi señor, que Eufobina me habló de ese gran hombre de Tadeo Lagarto. Yo nada sabía, nada. Lo creía tan vivo como estamos nosotros y... y no, señor mío. Tadeo Lagarto murió hace ya tiempo pero

sigue entre nosotros, mejor dicho, viene hasta nosotros y comparte su sabiduría con los que, como yo, no pedimos mejor cosa que escucharlo.

Yo, usted comprenderá, yo me atreví a manifestar ciertas dudas sobre esta muerte. Pero Eufobina sentenció de inmediato:

—No seas incrédulo, Irineo. Cuando yo digo algo hay que creer y creer. Tadeo vive en el plano astral pues ya abandonó este plano físico donde estamos, donde estoy yo y estás tú. ¿Me oyes; me has oído y entendido?

Le respondí algo temeroso:

—Sí, le he oído a usted muy bien, mi querida Eufobina, pero para decir verdad, no me he compenetrado debidamente de esto del plano astral de que usted ha tenido la bondad de insinuar.

—No he insinuado nada; he afirmado. Porque tal es el destino de tu amigo Lagarto. ¡Ni media palabra más! ¿Me oyes?

—La oigo a usted con perfección, Eufobina, con toda, toda la perfección de que es capaz ésta mi persona. Creo a pie juntillas lo que usted ha afirmado.

—Gracias —me respondió—; haces muy bien. Lo que encuentro curioso es que no te hayas dado cuenta de estos planos y que en ellos vive y se zarandea como en su propia casa ese ex grande y grande de hombre que fue Tadeo Lagarto. Hoy es una inmensidad en el plano astral. Pero puede, gracias a sus poderes, llegar a este plano y dar sus vueltas por él. La prueba es que ha venido a tu casa y te ha llevado, por las galerías del cementerio Apostólico, a aquel anfiteatro donde reían hasta desternillarse esos cientos y miles de animales, de pájaros y demás. ¿Lo recuerdas, Irineo?

—Por cierto que lo recuerdo, Eufobina, lo recuerdo como si hubiera sido ayer, como si acabara de pasar, como si hubiera pasado hace apenas algunos minutos, como si...

—¡Calla, Irineo, calla, no hables tanto! ¿Nada te recuerda esta orden que te doy? ¡Piensa un rato. ¿Nada? ¿Y mis modales y mi autoridad? ¿Nada tampoco?

Pensé un buen rato, mi señor —usted sabe lo que pudo haber sido ese rato con estos aparatitos que son manejados de allá, de mucho más allá— y, al fin, caí en lo que buscaba:

—Sí, Eufobina, sí, usted me recuerda en sus modales y en esas órdenes que me infunde, al que ya no es, o que es a medias en este mundo, eso es, a medias...

—Te recuerdo a Tadeo Lagarto, ¿no es así?

—Sí, así es; usted habla como él, como él. Oso preguntar a usted si, acaso, si..., si... Usted me ha de comprender...

—Muy bien, Irineo, progresas. Algo ves o adivinas a través de las apariencias siempre equívocas de este plano. Hace ya más de un año que he dejado de existir entre ustedes los hombres que se afanan por permanecer aquí en esta Tierra.

Fue tal mi consternación, mi señor don Onofre, que no pude dejar de exclamar:

—¡Oh, Eufobina, mi más sentido pésame, mis condolencias más sinceras!

—Irineo —me dijo ella con tono adusto—, no se da pésame a los que ya han muerto. Se les da a los parientes que quedan y a nadie más. ¿Me has oído?

—Sí, Eufobina, he oído pero al aflicción que me ha invadido, usted comprenderá, es tan inmensa que...

Un gesto suyo me hizo comprender que debía callar así es que callé. Ella, entonces alargó una mano y cogió, no sé de dónde, una hermosa tunquínela. Me la alargó y sonrió. Yo, mi señor, me atreví a sugerirle:

—Debo hacer llegar mis condolencias a esa niña Rubí.

–Si quieres –me contestó–. Mas no veo qué objeto tendrían esas condolencias. Me sigo viendo con ella más a menudo que antes. A propósito, voy a telefonarle. Ya es tiempo de que ella estuviera aquí como me lo había prometido.

En realidad, mi señor, le telefoneó. Luego me explicó que esa bella niña de Rubí se aprestaba para venir. Digo “bella” porque, en realidad, es de una belleza sin igual. Pero permítame usted que nada adelante. Así es que, como no había llegado aún, seguiré contándole a usted lo hablado por esta difunta de Eufobina, sí, eso es. Pues yo le demandé cómo había fallecido. Ella respondió:

–Fallecí en un accidente de auto.

–¡Oh, qué lástima, qué lástima!

–¿Lástima? ¿Por qué? ¿Crees tú que ahora soy más desgraciada que antes? No, Irineo, no lo soy. Y para probártelo te voy a llevar a dar una vuelta a mi plano, ¿me oyes?, a mi plano astral. Esperemos que Rubí esté aquí con nosotros y partiremos los tres. Verás allí muchas cosas que no tienes ocasión de ver aquí. Ello te servirá, créemelo, te servirá bastante pues no te ha de faltar mucho tiempo para ser un huésped de allá. Pero hablemos ahora de aquel accidente automovilístico que me hizo perecer. ¿No te parece una buena idea?

–¡Oh, sí, Eufobina, una espléndida idea! Aunque si tomo en cuenta que él es el causante de...

–¡Calla, Irineo, calla! Te he dicho que ahora estoy mejor, mucho mejor que antes. Aquel accidente fue una liberación para mí, como han de ser todos los accidentes aunque ustedes aquí en la Tierra los consideren una calamidad. Lo único malo que yo le encontré es su lentitud, su terrible lentitud.

–Comprendo, comprendo; usted ha quedado herida y después ha muerto, eso es, después...

–No. He muerto *ipso facto*. Tú acabas de meditar sobre esos aparatitos llamados relojes; lo has meditado hace un instante, ¿verdad?

–Sí, es verdad. He meditado sobre ellos y sobre el destino que tienen de indicarnos el tiempo que pasa.

–Eso es, Irineo, eso es. ¡Te gusta esta frase! Bueno, por eso es que yo la empleo ahora. Volvamos a tu meditación, a lo que sacaste en limpio. ¿Qué fue ello? Te permito que hables y que me expliques lo que tengas que explicar. ¡Ea, vamos!

–Señorita... ¡oh, perdón! Eufobina, llegué a la conclusión de que eso del tiempo, es decir, la dimensión del tiempo, es algo absolutamente subjetivo, que no es de una realidad como la marcan esos aparatos diabólicos, sí, eso es, diabólicos, que es el apellido que deberían tener los relojes. Es decir, Eufobina, que a veces es muy largo y otras veces es muy corto. Diré mejor que él está en nuestra mente, en el concepto, eso es, en el concepto que nosotros nos formamos o nos hacemos de..., de..., de... En fin, por su cara veo que usted se da cuenta de lo que quiero decir o quiero explicar, eso es, explicar, ¿no es así?

–Sí, te comprendo, Irineo. En un accidente automovilístico el tiempo es enormemente largo, sobre todo si la muerte está al final de él. Porque íbamos no muy rápidos, a una velocidad corriente. De pronto aparece un camión en sentido contrario y... ¡pif, paf, puf! ¡El choque; el auto que se tumba y cae; y mi muerte! Y aquí voy a hablarte un poco de esa lentitud, de esa terrible lentitud que viene a confirmar lo que tú, hace algunos momentos, pensabas y meditabas.

Mi emoción, comprenderá usted mi señor don Onofre, ya no cabía en mí. ¡Tomar

como base de esas tan preclaras disertadas, o disertaciones, si usted prefiere, lo pensado por mí...! Era una enorme consideración que ella hacía explayarse por toda esta pieza y pasar más allá por las ventanas y puertas. Me sentía yo en medio de algo inmenso. Sólo pude articular:

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! ¡Hable usted, Eufobina, hable usted!

Me respondió:

—En eso estoy, hablando.

—Tantas, tantas gracias —dije anonadado.

—¿Me vas a dejar hablar, Irineo? ¡Calla! ¡Silencio! Porque debes oír muy bien esto que te voy a decir: ¿Qué crees tú que pasó durante esa lentitud? ¡Acuérdate de que fue una lentitud del tiempo, es decir, de los relojes, de tu especialidad, en buenas cuentas! ¿Qué pasó?

No supe qué contestarle, mi señor don Onofre, así es que me quedé mudo, mudo. Ella, entonces, me preguntó:

—¿Has perdido la lengua, Irineo? Sí, la has perdido así es que yo hablaré. Escucha bien, muy bien, ¿me oyes? Vi al chofer, lo vi con toda claridad y vi algo más, en este chofer: vi su mala voluntad, su pésima voluntad; vi que hacía esto con una determinación nociva, francamente nociva; con una nocividad, sí, con una nocividad —¡qué! ¿te extraña esta palabra?—; pues entonces la repetiré: con una nocividad en contra de nosotros, de los ocupantes de aquel carruaje. Vi eso aunque aquí, según el juicio corriente que impera en este mundo, ello no era posible, no, no era posible. Ese chofer es una espléndida persona, una persona que ama esta vida como pocas; ¿me oyes? Entonces no me quedó más que deducir: hay dos voluntades en los humanos, dos voluntades que se contraponen. En este caso: 1ª la de cuidar bien la vida y manejar con prudencia; 2ª la de pasar más allá de todo cuidado y arriesgar cuanto se pueda arriesgar. Yesto lo vi con mucha lentitud, como desarrollándose en otro compás del tiempo. Habría tenido ocasión de hacérselo ver; él, de responderme; yo, de alegrarle; él, de corregir; yo, de decirle que ahora hacía bien las cosas; él, de agradecerme con cierto orgullo; yo, de... En fin, has entendido perfectamente cuanto te he querido explicar; así es que no veo para qué me haces dilatarme en tantas y tantas explicaciones; no veo para qué...

—¡Oh, Eufobina, por Dios puedo jurar a usted que yo...!

—Una vez más te ordenaré que calles. ¡Silencio! No he, ¿me oyes debidamente?, no he terminado aún con mis largas explicaciones. Dame otra taza de café. Veo que hay bastante para que luego tome Rubí. ¡Ea, dame y una buena taza!

Se tomó su taza de café. Yo, yo... la miraba y nada más. Lo tomaba muy lentamente. Esto, el que le gustara el café, me hacía dudar de su muerte y de su existencia en ese otro plano, en ese de que hablaba, usted comprende, mi señor. De pronto me dijo:

—El auto se volcó. Yo me pegué contra algo. Y, con este golpe, fallecí. No así el chofer que quedó inmune. Debe haber pasado un largo rato o un largo tiempo. Hasta que desperté en el plano astral. Allí he seguido viviendo. ¿Qué será de Rubí? No llega aún. ¿Qué es de Rubí? ¡¡Calla, por piedad, calla!! No te lo estoy preguntando a ti. ¿Que no ves...?

Sí, mi señor, sí vi. Vi lo siguiente, si oso explicarlo a usted... ¿Permite? ¡Oh, tantas y tantas!

Eufobina preguntaba por su hermana Rubí a esa... a esa flor, sí, eso es, a esa tunqui-nela que no había soltado de las manos y que mecía de un lado para otro. A ella le hablaba.

Y usted me perdonará, mi tan distinguido señor don Onofre, pero es el caso de que..., de que... ¡esa flor le respondió!

Oí claramente su voz, una voz sedosa, como de la mejor seda existente en el mercado. Dijo, con esa voz, dijo:

—Ahora viene tu bella hermana Rubí; ahora viene...

Y la tunquín se desprendió de las manos de Eufobina y voló, voló... Yo no sé dónde voló, don Onofre. En ese momento golpeaban a la puerta. Eufobina se levantó y abrió. Y yo...

¡Ay, mi señor, ay!

Quedé petrificado, quedé, por unos instantes, fosilizado...

Mis ojos veían la personificación pura y mil veces pura de la más perfecta belleza que puede existir sobre este tan mísero mundo.

¡¡Entraba, por ahí, sí, por ahí, ella, ella, ella!!

Entraba, mi señor don Onofre, entraba:

¡¡¡Rubí Colliguay!!!

39

Quedó un buen rato el pobre de don Irineo Pidínco sin poder articular ni una palabra. Se limitaba a hacer gestos incomprensibles que pude adivinar, se referían a las formas y contornos de esa belleza que era Rubí Colliguay. Por fin pudo serenarse, se pasó un pañuelo por su calva, se levantó, volvió a tomar asiento y, al fin, logró seguir su charla.

—Mi señor, usted me ha de perdonar estos ademanes míos. Sé que, en pocos días más, voy a cumplir 78 años. Pero esto de la edad... ¡Qué cosa más extraña, don Onofre! Porque he de decirle la verdad: hay mujeres que me rejuvenecen, sí, como si me encontrara en el bosque de Guayacán en compañía de ese gran hombre o espíritu en que se ha convertido Tadeo Lagarto. Pero sigamos, eso es, sigamos, don Onofre. ¿En qué estaba?

¡Ah, lo recuerdo, mi señor! Estaba contándole a usted la tan enorme impresión que me había causado aquella mujer. Volví en mí cuando Eufobina nos presentó:

—Don Irineo Pidínco; mi hermana, Rubí.

Entonces tuve que tocar su mano, usted comprende, tuve que tocarla al estirar la mía para hacer efectivo este acto de la presentación. ¡Y otra vez, don Onofre, otra vez! Casi perdí el conocimiento al tomar contacto con esa suavidad de terciopelo; ¡no, no!, con esa suavidad mucho, muchísimo más suave que el más fino de los terciopelos que se logran hacer.

Fue entonces que Eufobina, tal vez dándose cuenta de mis tan ardorosas sensaciones, sacó, no sé de dónde, este libro, sí, este libro sobre los adoradores del falo. Lo sacó y me lo alargó. Me murmuró tan sólo:

—Un regalo, Irineo.

Lo tomé y lo escondí bajo unos papeles, bajo esos papeles que puede ver usted ahí. Luego tomé asiento y evité cuanto me fue posible dirigir mi vista hacia Rubí.

Ella no hablaba; ella, indiferente, miraba y miraba para allá y para acá. Así es que voy

a tener que repetir a usted, mi señor, nuevamente las voces de Eufobina. Manifestó lo siguiente, si me lo permite usted:

—Ya estamos aquí los tres: Rubí, yo y tú. Por lo tanto ya ha llegado el momento de partir, ¿me oyes, Irineo?, de partir al plano astral. Porque es una vergüenza que tú nada conozcas de ese plano. Así es que... ¡arriba! Y verás no pocas cosas que, creo yo, van a asombrarte en forma. ¡Arriba, he dicho! ¿No me oyes?

Por cierto que oí. Usted ha de saber, mi señor, por su extrema sapienza, que la voz de Eufobina es, a menudo, atronadora. O, al menos, a mí me suena como tal. El caso es que me levanté. Rubí, a su vez, se levantó. Seguía siempre indiferente, distraída. Al levantarse pasó cerca, muy cerca de mí, tan cerca que creí, por unos momentos, que me iba a penetrar. No supe qué hacer y, creo, me turbé en alto grado. Pero, de pronto, me acordé de mi edad, de estos 78 años que, como le he dicho, don Onofre, voy a cumplir en pocos días más. Los tomé, sí, mi señor, los tomé a estos 78 años y los puse entre ella y yo. Ella, al toparse con ellos, vaciló y luego se detuvo. Después siguió su marcha, sí, eso es, siguió su marcha.

Eufobina iba adelante; yo iba atrás, atrás... Pero usted me va a permitir, mi buen señor; es un pequeño paréntesis y nada más. Me lo ha ocasionado este léxico que empleo y que no sé, no, no lo sé, si él está de acuerdo con lo que..., con lo que..., en fin, usted verá y su sapienza... ¡Oh, de nada, don Onofre, de nada! Pero volvamos a este léxico:

He dicho que partimos... No creo que ésta sea la expresión que deba emplearse, no, no lo creo. Porque para ser nítido, para expresarme con toda nitidez, le diré a usted que no sé si, en realidad, partimos o no partimos. Tal vez no nos movimos, tal vez, digo yo. Tal vez ese plano astral fue el que vino hacia nosotros. Porque el caso es que... es que... ¡Oh, mi señor, es tan difícil explicar estas cosas! Imagínese usted que nada, nada de cuanto ahora nos rodea, que era lo mismo que nos rodeaba en aquellos momentos, siguió rodeándonos. Todo ello desapareció... Sí, mi señor, desapareció el piso y el techo y los muros que ahora nos rodean; desaparecieron los muebles, estos pocos y malos muebles que hay aquí; desaparecieron mis libros y mis papeles y los apuntes que tengo sobre la siembra y cosecha del garbanzo. No, no, señor mío, no le exagero ni un punto; pero óigame bien, óigame muy bien:

Quedamos suspendidos por los aires, eso es, ¡suspendidos por los aires!

Entonces me tomó una añoranza francamente horrible, una espantosa añoranza por lo que acababa de abandonar, por esta casa, por mis amigos, entre los que usted figuraba en primera línea, por mis costumbres ya arraigadas en mí, en fin, mi señor, por todo, todo. Y recordé la voz de Tadeo Lagarto, resonó en mis oídos como si estuviese a mi lado. Y esa voz me decía, o mejor, me advertía: “Pidinco, no te asomes jamás al infinito...; no te asomes...; no te asomes...”.

Yo le contestaba a Lagarto, mejor dicho, contestaba a esa voz con verdadera euforia:

—Oiga, Tadeo, o bien oiga el dueño de esa voz: Si yo no me asomo, no, no me asomo; he sido traído por estas Guaxas a este mundo. Yo soy un hombre nacido en esta Tierra, en este país, en Valparaíso, como cualquier hijo de vecino, aunque estos hijos no hayan nacido ahí...

Pero la añoranza por lo abandonado crecía y crecía siempre. Usted, don Onofre, con su vastísima sapienza, lo ha de comprender a las mil maravillas. Es claro; ya lo suponía yo. Pues por muy ínfimo que yo sea —¡qué quiere usted!— también soy tomado por lo que me

rodea. ¡Eso es, eso es! Todo eso parecía llamarme o me llamaba en verdad; todo y... ¡naturalmente! Claro, claro está, mis garbanzos también.

Y esa suspensión por los aires... ¡Oh, mi señor, qué cosa horrible! En vano miraba yo un algo donde sujetarme... Aunque, osaría decir a usted, aunque no había necesidad alguna, ni la menor necesidad de sujetarse. No, no lo había. Una suspensión, usted comprenderá, es una... Sí, eso es. Su sapienza me alucina, señor mío. De nada, de nada...

Pero estaban esas dos damas, esas dos Guaxas, si me permite usted. No, no es que me molestasen en lo más mínimo. Ellas, tanto la difunta de Eufobina como su hermana Rubí, ya no se ocupaban de mí; no, no se ocupaban. O lo hacían –digo yo; es una idea mía y nada más–, lo hacían fingiendo una no existente indiferencia por mí, sí, eso es. La fingían y me estaban atisbando con un ojo...

De pronto, mi señor don Onofre, todo cambió a mi alrededor. Sí, así es, todo, todo. Usted va a permitirme pero creo que debo mencionárselo, si estimo necesario transmitir detalladamente, con todos los pormenores, con todos los... ¡Oh, tantas y tantas! Tal es la ventaja de poder hablar así... Claro está, claro... Su sapienza me encandila, don Onofre.

Iré, por cierto, a esos detalles o pormenores. Se refieren a lo que de pronto avisté. Avisté, mi señor, ¡un lobo garú!

¡Oh, no, señor mío, de ningún modo! No se preocupó nada, nada de mí. Dejó en paz a mi persona. He dicho “paz”, usted comprenderá, pero..., pero... Eso es, eso es. Creo que la paz había, sí, desaparecido muy lejos, si usted permite, de mi pecho. Ese lobo garú parecía ocupado en otras actividades. Por lo demás, puedo afirmar, sí, puedo afirmar que en este plano astral nadie, nadie, se preocupaba de mi persona. Creo mejor decir “nada” que nadie. ¿No lo cree usted? Eso es, eso es.

De súbito fui atraído por una idea, por una de esas ideas que aún quedaban en mi mente. Porque me encontraba muy, muy vacío de esto que tanto apreciamos aquí, en este plano; es decir, de ideas.

Sí, mi señor, fui atraído por una de ellas que me hizo cavilar no poco. Que aquel que yo había visto era un lobo garú, uno de los más auténticos... ¡qué duda podía haber! Y recordé, don Onofre, recordé –esta es mi idea– que el lobo garú es de la Tierra, un ser nacido en forma astral y viviendo siempre conectado con ese plano pero, en fin, de ésta o de este plano, es decir, no sé si me explico debidamente, que ellos... ¡Oh, su enorme sapienza, mi estimado amigo! Porque eso es, justamente, eso es. Su autoridad y su competencia son sencillamente penetrantes. Es un placer para mí... ¡Oh, de nada, mi señor, de nada!

Pero en aquel momento fui interrumpido. Era Eufobina la que me interrumpía. Se acercaba a mí y me hablaba:

–¡No te quedes embelesado en tu contemplación, Irineo! ¿No has visto jamás un lobo garú? Son cosas que debieran ser muy corrientes para ti. ¡Conozco tu pasado, lo conozco! Mejor será que mires hacia el lado; no, no; más al fondo. ¿Ves?

Mi señor, usted disculpará, pero lo que vi..., lo que vi... Y ello no es nada aún, nada, nada. Sí, sí, se lo diré a usted: ¡un vampiro! No crea usted que oso referirme a esos animaluchos parecidos a los murciélagos, aunque mayores, por cierto, que hay aquí en este mundo. No, no, me refiero a los otros, a los que hay en..., en fin, en... ¡Eso es, eso es, mi señor, eso es! Su, me atrevería a decir, su enorme sap... ¡Oh, perdone usted! Es el caso de que ahora viene a mi recuerdo que yo uso erradamente esa palabra; pero, si no ve usted inconveniente para ello, voy a seguir usándola así, es decir, con error, por algunos momen-

tos más. Sí, sí, eso es. Yo decía "sapienza"; siempre había dicho de esta manera. No olvide usted, si ello no es desmedro para su alta sap..., digo, su alta sabiduría, que ya en pocos días más voy a cumplir mis 78 años de edad, mis 78... ¡Oh, no, de nada, de nada, señor mío!

Lo que vi era un vampiro astral. ¡Ay, qué horror, qué cosa más horripilante, don Onofre!

Y Eufobina reía y reía. Quité mi vista de ese monstruo, la quité de ella, de Eufobina, usted comprenderá, y..., digo yo, creo, fue para algo peor, sí, señor mío, para algo peor...

Señor mío, ¡¡Rubí!!

Allí estaba, altanera; aunque no sé si este epíteto es el que conviene para sintetizar su aspecto. Tal vez será mejor que diga yo: indiferente... o impasible... o insensible. Usted me ha de comprender, sin duda. ¡No, no, no, mi señor! No es que yo tenga un gran léxico. Es acaso la sombra de esa Guaxa de Rubí la que me inspira en este instante. No voy a discutir este misterio, no, no lo voy a discutir. El caso es que ahí estaba, impávida, y que dirigió sus ojos hacia mí. Al chocar ellos, es decir, su mirada con mi persona, creí fallecer; sí, lo digo sin exageraciones de ninguna especie: fallecer.

¡Oh, no, mi señor! ¡No fue sólo por sus ojos! Porque, se lo diré a usted, don Onofre, ella, Rubí... ¡me hizo una seña!

¿Qué podía hacer yo? Oso preguntarlo y mil veces preguntarlo: ¿qué podía hacer yo?

Es claro, señor, es claro: ¡obedecer!

Su sapiencia... sé, ahora que traigo esos recuerdos a mi mente, que ésta es la palabra y no lo es "sapienza", como yo acostumbraba a decir. Sí, mi señor, lo sé. Pero nada de esto importa, no, señor, nada de esto importa. Lo que importa es que yo obedecí a su llamado y me dirigí hacia ella, ¡hacia ella!

Y obedecí, mi señor, obedecí.

No, no era una falta de voluntad por parte mía, puedo, sí, puedo asegurarlo sin ruborizarme. Es esa obediencia que está, diría yo, fuera de nosotros mismos. Así es que me tendí en una especie de cama, creo, sí, que era una especie de cama. Y en ella quedé, quedé, atónito, si usted permite esta palabra.

Ella, entonces, vino hacia mí.

¡Oh, naturalmente, mi señor, naturalmente! Siempre indiferente, siempre impávida y mirando hacia otros lados. Así me tomó de los tobillos, si usted permite, y pasó... Porque debo explicarle, mi señor, que me di cuenta de que estaba yo, si oso decirlo, estaba yo completamente desnudo...

¿Antes? No, no lo creo; creo que estaba tan vestido como lo estoy ahora, sí, eso es. Pero en aquel momento las cosas habían cambiado un tanto, si puedo expresarme de este modo.

El caso es que Rubí tomó mis tobillos y pasó sus manos, las pasó con mucha lentitud, hacia arriba, hacia arriba...

¡Oh, no, mi señor, también puedo asegurarlo a usted! Nada, nada de obsceno. Sus manos subían lentamente y yo las sentía subir sin que ni una imagen me transportara a esa visita a la casa del distinguido sabio que ya no es; usted comprenderá, ese sabio de Bárulo Tarata.

Subían y, aunque no hacían presión de ninguna especie sobre mí, iban formando con mi cuerpo, sí, señor, con este cuerpo que de todo podrá tener menos de gordura... porque usted comprende que es un cuerpo que se alimenta con garbanzos así es que...

— ¡Eso es, don Onofre, eso es! Sin duda es el alimento perfecto, el alimento número uno. No, no me arrepiento de haber dedicado esta vida a su siembra y cultivo.

— ¡Por cierto, por cierto! ¡Siempre lo leo! Vea usted, señor mío, aquí esta: *El Garbanzo y su relación con lo Infinito*.

— Lo leo y lo releo.

— Es un libro superior, mil veces superior a aquel que ya ha visto usted, al que me dejó Eufobina, aquel sobre el falo. Pero hablábamos de Rubí, de esa sin par Rubí. ¡Qué linda mujer! ¡Qué hermosísima...!

— Calla boca, calla. El caso es que sus manos formaban con este mi cuerpo una especie de ola o de protuberancia, si oso decir así, eso es, que crecía y crecía y que llegó hasta mi boca. No con justeza hasta ella. Digamos hasta la barba; eso es, entre la barba y la boca y allí... permaneció. Sí, mi señor, allí permaneció esta ola o protuberancia.

— Claro está, don Onofre, claro está. Traté de hablar, traté de pedirle a esta Rubí que me explicara de qué se trataba o qué intentaba con tan extraños manejos. Pero aparecían de inmediato esas imágenes que acababa de ver, la del lobo garú y la de aquel temible vampiro y... y... y...

— Eso es, mi señor; callaba yo, callaba. Sólo trataba de no ahogarme con esa ola o protuberancia —sí, me parece más, más exacta, más afín esta palabra de “protuberancia” que la otra, la de “ola”; porque ésta nos llevaría a los mares, nos llevaría a todos los...—, en fin, usted ha de comprenderme; claro está. Rindo homenaje a su alta, a su altísima cultura o sapiencia, que es como debe decirse, según lo supe esa vez, en el plano astral. Pero ya se lo explicaré a usted todo, señor mío, ya se lo... ¡Oh, de nada, don Onofre, de nada!

— ¿Qué distracciones podía haber en aquel estado en que me hallaba yo? Sí, las había pero usted comprenderá que, estando yo tendido en esa especie de cama y con el contacto permanente de aquellas manos, no veía, me era imposible ver cómo aquello poblábase de gnomos que corrían de un lado para otro lado. Y de ondinas, mi señor, ¡de ondinas! Sí, son hermosas de verdad, muy hermosas. Porque vea usted, si ello no le es una molestia, vea usted que allí no había agua, no, don Onofre, no la había. Tal vez era todo eso algo acuoso o algo aguado... El epíteto exacto se me va, no lo encuentro. ¿Es igual usar el uno como el otro? Dicho está por su sapiencia... ¡oh, perdón!, quise decir su vasta sapiencia, eso es, sí, eso es.

— También los había, por cierto, los había. El aire entero, todo él, parecía no ser más que un solo silfo, un inmenso, un descomunal silfo que se... Tiene usted toda la razón, toda ella se ha postrado ante su saber, mi señor. No era un solo silfo, no lo era. Eran millones de ellos que volaban cual... cual... Quería encontrar el nombre de un ave que volara como un silfo, pero mi imaginación se debilita un tanto, un tanto. Son, acaso, esos 78 que ya se acercan los que...

— ¡Oh, usted exagera, don Onofre, exagera, si esta palabra que involucra un acto de exageración, no es una ofensa al ser dicha por este mísero ex cultivador de garbanzos...!

— Me inclino respetuoso ante su opinión, sí, perfectamente y totalmente respetuoso... De nada, de nada; usted lo merece mil veces, señor mío, cien mil veces.

— Claro está que las había. Y allí no ardía fuego alguno. O acaso estos ojos míos no lo veían, acaso porque estaban tomados por sus figuras. Sí, mi señor, sí, son muy hermosas. Tienen unos contoneos al moverse, estas salamandras, que producen un cierto pavor, sí, esa es la palabra exacta, pavor.

— Pero... ¿qué quiere usted, mi señor? La inmovilidad en que me tenía la tan bella Rubí...

¡Naturalmente! Su gran afinidad lo ha adivinado. Pero... pero... Este “pero” que acabo de pronunciar iba a referirse a otra cosa que allí acaeció repentinamente. Se la voy a narrar a usted, mi señor, si no ve inconven...

¡Oh, oh! Nuevamente me doblego ante su gentil gentileza.

Lo que allí acaeció es que desapareció Rubí y, con ella, la cama o lecho en que me hallaba tendido. Y desaparecieron todos esos gnomos y ondinas y silfos y salamandras; y yo quedé, quedé solo mi alma, sí, eso es, solo mi alma, como es costumbre decir aquí en este mundo, solo mi alma ante un inmenso mar que veía y contemplaba absorto desde una playa o de una roca. No sé bien definir si era una playa o una roca, no, no lo sé. Pero el mar lo veía, claro está. Y veía sus olas. Entre ellas veía grandes cantidades de cochayuyos que se mecían con..., con...

¡Eso es, mi señor, eso es! Osaría ofrecer a usted un platito de garbanzos.... ¿no, no le place? Pero ahora estoy recordando, sí, recordando que el café... ¡Oh, esas visitas, esa Eufobina y esa bella Rubí! Mi despensa no es grande pero es inagotable en lo que se refiere a café y a ..., a..., usted comprenderá... ¡Eso es, señor, eso es! ¡A garbanzos! Nos serviremos y, créame usted, será para mí un verdadero honor hacerle compañía... ¡Oh, de nada, de nada! Es justicia, únicamente justicia.

Pues bien, señor mío, por aquel mar que contemplaba, por las olas que iban y venían, vi, de pronto, un enorme pez. Sí, era este pez enorme. Se sumergía un tanto; luego volvía a aparecer; luego volvía... Usted lo ha de comprender con mayor claridad que la que yo pueda demostrar en esta descripción. Eso es, eso es.

Por cierto, mi señor, por cierto. No hay nada de raro en esto que me he atrevido a narrar a usted. Pero, ya verá usted, si es que me lo permite... ¡Oh, tantas y tantas!

Sobre el pez venía, montado en él, venía ¡Colibrí Cunico!

¡El mismo, el mismo, don Onofre! El hijo de doña Resedá Batuco de Cunico... Eso es, eso es... El hermano del distinguido joven don Pecarí y del no menos distinguido de don Alhelí, ese gran agrónomo que trabaja en el fundo de Nalauqué. Sí, sí; veo que usted, don Onofre, lo conoce... ¿No, no lo conoce? ¿De nombre únicamente? ¡Ah, sí, lo comprendo! El tan sapiente de don Jabalí Batuco, el admirador de las niñas que se entregan al arte de bien bailar. Es claro, es claro. Es el tío de ellos. Como lo es también de doña Mariló y de doña Rococó. Eso es, eso es. Lo sé, mi señor, lo sé que ya no es propiamente un joven. ¿Esa edad tiene? No lo habría imaginado. Yo lo creía menor, que tendría unos 40 años a lo más. Pero... 45. Es mucho. Aunque a mi edad... ¡Oh, su gentil gentileza me ofusca, don Onofre!

Don Colibrí Cunico es un gran hombre. Es un admirador de ese potentado de las letras que es, o que fue, don Mario Roso de Luna. ¡Oh, por cierto, por cierto! Sabe, don Colibrí, una enormidad sobre estas Guaxas. Las conoce al dedillo, si no encuentra usted un atrevimiento de mi parte usar esta expresión. ¿No, no lo encuentra? ¡Oh, tantas y tantas!

Lo saludé con verdadero entusiasmo. Él me saludó de igual, de exacto modo. Y, sin más, nos pusimos a charlar.

Voy a permitirme narrar a usted sucintamente nuestra charla; ¿lo desea usted? ¡Oh, tantas y tantas! Su benevolencia está a la altura de su sapienza... Digo así, “sapienza”, porque esta palabra me trae recuerdos de esta charla con don Colibrí. Sí, sí, sí, ahora verá usted.

Lo primero que me preguntó este joven, usted sabe, don Colibrí, fue qué estaba yo haciendo allí. Me lo preguntó con toda la amabilidad posible; me atrevería a sugerir, sí,

eso es, eso es, con un respeto que no creo merecer. Pero este joven –usted seguramente, me perdonaré que lo llame así– es, en todo lo que atañe a sus relaciones, de un miramiento casi indescriptible.

Le expliqué lo que yo hacía allí; le hablé de Eufobina y de la sin par Rubí. Le hablé con brevedad. Porque se me figuraba que alguna prisa le acometía. No, no, ninguna prisa. La prueba está en que, una vez que me hubo oído, me pidió permiso para tomar asiento... Sí, mi señor, había asientos ahí donde ahora nos encontrábamos. Tomó asiento y me dijo:

–Permítame, señor don Irineo, que me atreva a pronunciar una mínima duda referente a lo que usted ha tenido la grande y muy alta amabilidad de explicarme.

–¡Por cierto, don Colibrí, por cierto! –exclamé–. Usted ha de saber que yo soy un neófito en estas andanzas y en esto que llaman el plano astral. Así es que no pido nada mejor que poder escucharlo a usted.

El señor Cunico meditó un rato. Luego, con tono confidencial, murmuró:

–Señor Pidenco, mucho me temo que esas dos Guaxas, Eufobina y Rubí, lo hayan engañado a usted. Esto que vemos aquí, al lado nuestro... ¡no es el plano astral!

–Si usted lo ha dicho, señor mío, ha de ser como usted lo ha dicho; sí, sin duda. Entonces, ¿podría yo...?

Él, creo yo, algo se confundió. Al fin se explicó:

–Lo que aquí ve usted, don Irineo, son, simplemente, las que yo me atrevería a llamar emanaciones del plano astral sobre este plano, es decir, sobre el plano físico. Por eso ha visto usted a ese lobo garú y a ese vampiro. Si hubiera seguido usted viendo, pues habría visto a la Calchona y, nada raro, que se le hubiera aparecido aquel barco, ese barco fantasma, el Caleuche. Para ver todas esas entidades, es menester encontrarse en esta Tierra y no abandonarla. Un ojo puede proyectarse al plano que sigue, al astral, pero..., pero...

Mi señor, don Onofre, no sé si logro explicarme debidamente, si traduzco con corrección lo que se dignó hablarme don Colibrí, eso es, don Colibrí Cunico.

¿Sí? ¿Lo cree usted? Su amabilidad me sofoca. ¡Oh, no tiene usted de qué agradecer esta explicación que doy! En todo caso sería, creo yo, más adecuado, si ello no es una insolencia de mi parte, agradecer al señor Cunico, eso es, al señor Cunico.

Proseguiré entonces, mi señor.

Así charlando, avanzamos. Ya nos habíamos levantado de esos asientos que allí había; ya ellos habían desaparecido. Así es que avanzábamos. Digo yo que avanzábamos. O acaso aquel mundo se movía en torno nuestro. En todo caso, créame usted, era de menos en menos parecido a este mundo o plano.

¿Cómo podré explicar a usted, señor mío, lo que yo veía? Me es francamente dificultoso encontrar..., encontrar... ¡Sí, eso, eso es! Yo no creo haberme hallado en pleno allá, no, no lo creo. ¿Por qué? –sin duda se lo ha de preguntar usted. Sí, se lo diré, se lo diré, de inmediato, si no es demasiada la osadía mía...

¿No? ¿No lo es? Tantas y tantas. Se lo diré entonces:

Los recuerdos dejados atrás, esos recuerdos que debería yo haber abandonado totalmente, no estaban en mí abandonados, no, no lo estaban en su totalidad. Lo que quiere decir –al menos tales eran las ideas que albergara ese tan sabio de señor, tan sabio que es don Colibrí Cunico–, que yo no estaba en mi totalidad inmiscuido ahí. ¿Me ha entendido usted? ¡Oh, qué placer es oír que usted ha entendido éste mi léxico defectuoso!

Sí, mi señor, lo es y lo es. ¡No, no! Usted me abochorna con tales expresiones. Sí, seguiré:

Era tomado, a cada instante, por el recuerdo de Eufobina y de Rubí. No, ya no las veíamos. No lo sé; tal vez en algún rincón o escondrijo. Porque estaba lleno de esos escondrijos. O, al menos, lo estaba para mí que, como usted no lo ignora, soy nada más que un perfecto neófito de estas andanzas. Y además... Mi señor don Onofre, además veía yo a cada instante, por aquí, por allí, por todos lados, los cuadros del afamado pintor, su amigo, don Rubén de Loa.

No, no, no los cuadros mismos. Yo osaría expresarme diciendo los motivos o los temas que él tanto ha usado. De seguro que, con su tan alto talento, ha podido ir a esos mundos, de seguro.

Y, señor mío, ¡los gatos, oh, los gatos!

No son animales de este mundo, no lo son. Aquí, creo yo, hay sólo un reflejo, una emanación de ellos. ¡Allá es su verdadero mundo! Sí, sí, don Onofre; lleno, repleto de gatos. Claro está que se movían con mayor soltura de los que vemos aquí, que sus emanaciones. Sí, mi señor, a esa conclusión me he visto forzado a llegar. Es, por lo demás, la conclusión a que ha llegado el tan preclaro señor don Colibrí. Si no es una ofensa para usted, me aventuraría a sugerir que nosotros, aquí en la Tierra, que nosotros, con todas nuestras preocupaciones, sí, con todas ellas, aunque alcancen a los benditos garbanzos, que nosotros no somos más que débiles reflejos de ese otro mundo...

¿Cómo, mi señor? ¿Perros, ha mencionado usted? No, don Onofre, no. Si ha sobrepasado mi pésimo léxico, por el cual siempre me disculpo, comprenderá usted que, para estar afín allí, para estar plenamente allí, se necesita..., es necesario... No sé si me logro explicar con..., con...

¡Oh, su alta urbanidad me ofusca, me deslumbra, mi señor!

Gatos y gatos, nada más que gatos; de todos colores, de muy hermosos colores. ¡Y qué movimientos, mi señor, qué movimientos en todo instante! ¡Aun cuando dormían! He caído en error, al manifestarme de este modo. Pero, usted ha de comprender, la larga costumbre, larga... ¡Eso es, don Onofre, eso es! Son 78 años que hablo de esta manera.. ¡Oh, tantas y tantas! Porque allí no se duerme, no, no se duerme. El sueño es desconocido, completamente desconocido. ¿Yo? Usted perdonará, sí, perdonará, pero puedo asegurar a usted que no sentí, ni por un solo momento eso que aquí denominamos sueño... o modorra... o, permite usted, sopor. Son, éstas, cosas de aquí, sí, de aquí.

De pronto, mi señor, usted va a dispensarme su indulgencia, pero es el caso de que... ¡Oh, oh, es mucha su amabilidad! De pronto me veo lado a lado de Eufobina y de la bella Rubí.

Miré para todos los rincones, para arriba y para abajo. Sí, estaba algo desorientado. Hasta que ese sapiente varón, al ver mi turbación; o, mejor sería decir, al percatarse de que yo me encontraba turbado... ¡Su indulgencia, don Onofre, su tan alta indulgencia, por favor! He caído nuevamente en error terreno al manifestarme de este modo. Pero no es difícil comprender... Sí, eso es. Su sapienza me confunde.

¿Me otorga usted su beneplácito? ¿Sí? Soy un agradecimiento hecho un hombre, mejor diría, un anciano.

Aquí dije, sí, dije, porque conservaba mucho de este plano en que estamos, dije al señor don Colibrí, esa palabra "sapienza", usted se percatará. No lo sé, no, a propósito de qué... Tal vez, señor, tal vez... Entonces él tuvo la magnanimidad de corregir este léxico mío. Sapiencia, sapiencia. Pero usted... ¡Oh, su calidad de arúspice me...! ¡Eso es, eso es!

Estaba bastante desorientado; es mejor decir así que decir “algo desorientado”. ¿La causa verdadera? Se la diré a usted:

Eufobina y la bella Rubí se habían movido hasta mi persona, o yo me había movido hasta ellas, de manera astral, eso es, de manera astral. Quisiera poder decir: por afinidad.

¿No lo encuentra, usted..., no lo...? ¡Es claro! ¡Su altísima sabiduría...! Es justicia que me honro en cumplir.

Yo nada sabía de estas afinidades, nada, señor mío, puedo jurarlo miles de veces. Pero don Colibrí vino en mi amparo y me explicó, si usted lo permite, de este modo:

–Señor don Irineo, otórgueme usted la bienandanza de darle una mínima explicación sobre este suceso, sobre éste de la muy cercana cercanía de esas dos Guaxas que le han abordado.

–¡Por supuesto, don Colibrí, por supuesto! –respondí.

Entonces él prosiguió:

–Es la afinidad la que las ha traído a usted, señor don Irineo. La afinidad que, allá, en nuestro mundo habitual, yo la traduciría por un llamado, o por una cita. Aquí no se usan estas cosas. Usted las ha llamado y ellas... han obedecido a su llamado. Eso es todo. Pero me atrevería a pedir a usted la no aplicación que nosotros hacemos habitualmente, es decir, la de la simpatía y la de la antipatía. Espero ello no le sea muy dificultoso. Estas mujeres –me va usted a permitir que las llame así: mujeres– se mueven..., se mueven... Espere, espere un pequeñito momento para encontrar un símil que no denote con lo que trato de explicar a usted. ¡Ya lo tengo! Se mueven como se mueve el agua allá en nuestro mundo; o aquí en nuestro mundo, porque, de verdad, estamos a un paso de él o, mejor dicho, estamos aún en él. Todo es una cuestión de afinamiento de nuestras mentes y nada más. Pero le hablaba a usted del agua; sí, así se deslizan: caen, de pronto; se estancan, luego; hacen terribles cascadas; después corren mansamente; después salpican... Ellas han venido hasta usted porque usted..., sí, porque usted ¡las ha llamado!

Quedé perplejo. ¿Yo haberlas llamado? Créame usted, don Onofre, que tal cosa ni siquiera se me había insinuado. Recordaba a todo momento mis 78 años de edad. En el fondo, señor mío, lo único que yo deseaba era que todo aquello terminara de una vez, por muy astral que fuera, sí, señor mío, que terminara de una vez. Así se lo manifesté a don Colibrí, se lo manifesté una y cien veces. Pero parece que él no me escuchó. Por el contrario me repitió, también una y cien veces:

–Es su estado de ánimo, señor don Irineo, el que ha hecho a esas Guaxas venir hacia usted.

Iba a decirle algo, sí, señor mío, algo, pero en aquel mismo momento don Colibrí me tomó del brazo. Usted perdonará que me vea obligado a emplear estos vocablos que no son de allá; diré mejor, de ahí; me parece más justo, eso es, más justo...

¡Eso es, señor don Onofre, eso es! Su dilatada sabiduría me economiza recurrir y estrujar mi vocabulario... En resumen osaría decir a usted que eso de tomar, sí, de tomar, no está bien al hablar de aquel plano; como tampoco está correcto decir esa otra palabra de “brazo”. Porque allá... ¡oh, perdón! aquí no hay esos brazos que tanto nos sirven en este mundo y, por lo tanto, ellos no pueden ser... ¡Eso es, eso es! Su sapienza me trastorna. ¡Oh, no, no! De todos modos... ¡tantas y tantas!

Don Colibrí me hizo mirar o, más bien, me hizo considerar o apreciar, eso es, apreciar lo que ocurría allí: era un desfile que no desfilaba, que allí estaba... ¡No, no, no, mi señor! Es espantoso, casi terrorífico, tener que recurrir a nuestro... A nuestra lengua, eso es, sí,

eso es. Porque aquel desfile, al no desfilar... Tampoco es que estuviera detenido. ¡Ahí está, señor mío, ahí está! Veo que no es tan dificultoso entenderse con su dilatada sabiduría. ¡De nada, don Onofre, de nada!

Pasó Priapo, sí, Priapo en persona. Modos de expresarme, por cierto; pero no veo... ¡Oh, gracias, mi señor! Pasó Priapo que era aclamado con el nombre de Baal Peor... Y luego pasó Afrodita, aclamada con el nombre de Astarté. No sé cómo lo supe. Acaso fue don Colibrí. O fue Rubí. O lo supe, nada más. Lo que ahora sé, mi señor, es el significado que encierra este libro, sí, este librito que me ha dejado esa Guaxa de Eufobina. Usted ha de saber a qué librito me refiero. Sí, sí. Eso es: *Los adoradores del Falo*, del distinguido señor doctor Martín de Lucenay.

Por eso lo leía yo con tanto tesón, por eso. Pero ahora va a venir, siempre que usted me otorgue su advenimiento, el relato de lo que acaeció, eso es, de lo que acaeció y que fue lo más, sin duda, lo más culminante que allí..., que allí...

¡Eso es, mi señor don Onofre, eso es! Me reitero, una vez más, su más completo admirador... ¡Sí, eso es!

Esta culminación consistió en lo que, de pronto, vi en medio de aquel que he llamado desfile. Casi caí de estupor, sí, de un estupor admirativo... A ello voy, mi señor, a ello voy:

En medio iba... ¡Tadeo Lagarto!

Recuerde, señor, eso que me explicó don Colibrí Cunico, eso del agua que ya hace cascadas o ya permanece inmóvil. ¿Lo recuerda usted bien? Su memoria es un prodigio doblada de un portento. ¡Oh, no, es justicia, nada más! ¡Tantas y tantas! Sí, estábamos lado a lado y conversábamos. Mejor osaría mencionar que era él quien me conversaba y yo era nada más que oídos, agudos oídos.

Me aseguró Tadeo Lagarto —usted recordará que él mismo me prohibió anteponer a su nombre esas partículas de “don” o bien de “señor”, así que me aseguró Tadeo Lagarto:

—Haces mal, Irineo, en conducirte como se conducen los demás hombres de aquel mundo. ¿Me entiendes? ¡Muy mal! Porque tú caes en el hondo error de glorificar la inteligencia por sobre el gran instinto. He ahí tu error, tu petrificante error.

—Pero, Tadeo, yo no... —empecé a decirle.

Él sólo gritó:

—¡Silencio!

Y luego prosiguió:

—Tú deberías ya comprender que el instinto es la voz de un espíritu grupo, de un egrégor, de algo inmenso para cabezas como la tuya. En cambio la inteligencia es, apenas, un vago reflejo de una mente individual, de una sola mente, sin apoyo de ninguna especie, ni para adelante ni para atrás. ¿Me has entendido? ¡No musites ni una sílaba! El egrégor algo sabe; el individuo no sabe nada; todo lo ignora. Así es que por eso obras inadecuadamente. ¿Me oyes? ¡Silencio! Y ahora... ¡vete, vete! ¡Ea, prisa, prisa!

Y creo, no oso asegurarlo, pero creo que me debe haber dado un coscorrón o un sopapo... Porque me atreveré a mencionar a usted, una vez más, que esas son cosas de este plano y nunca, no, nunca, jamás, del plano que yo visitaba. El caso es, mi señor...

¡Eso es, eso es! Caí, o subí, o cambié, o me transporté... No encuentro el vocablo... ¡Oh, tantas, mi señor! Sí, me encontré aquí, en esta sala, sentado en este sillón y sin que nada hubiese cambiado en lo más mínimo, nada de nada...

Me retiré. Ahí, en su casa, dejé a don Irineo Pidinco. Lo dejé solo, pensando aún, sin duda, en esa Eufobina y en esa Rubí; y en el plano astral; y en su entrevista con Tadeo Lagarto.

¡Pobre don Irineo!

¿Pobre...? ¿Por qué? Tal es su vida; tales son los viajes que él tiene que hacer. Ahora comprendo por qué razón siempre se ha negado a viajar por este mundo.

Caminé lentamente por el Muelle de la Sotana. Ya era la hora del crepúsculo. Silencio en el Zoo de San Andrés. Me detuve unos instantes al final de él y, a través de la reja, miré ese famoso árbol histórico cuya historia, creo yo, nadie conoce.

Allí estaba cuando vi aparecer a Eusebio Palena. Nos saludamos. Luego me invitó a su casa, en la calle de Los Seminaristas. Para allá nos dirigimos.

Es siempre algo sobrecogedor entrar en una casa colonial. Todo en ella conserva su viejo carácter. Sobre todo esos cuadros, esos antiquísimos cuadros que, por las noches, han de tener conciliábulo y, en el día, callan al vernos a nosotros.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunté por preguntar algo.

—Hay —me respondió— una nueva Zambafusa. Vino a mí, o yo fui a ella, ayer por la noche.

—Eusebio —exclamé—, me gusta tu modo de expresarte: “Vino a mí; fui a ella”. Yo pienso de igual modo.

Me miró un largo rato. Por fin me dijo:

—Somos transeúntes en medio de un mundo desconocido. De pronto vemos algo, algo muy raro. Alargamos una mano y tocamos una cosa que ignoramos lo que es. Entonces, en este terreno, en este de aquí, buscamos materiales y tratamos de traducir.

—Léeme, entonces, tu traducción —le manifesté—. Puedo, y lo puedo muy bien, escucharla en completo silencio.

—En completo silencio —subrayó Eusebio.

Repetí:

—En completo silencio.

Eusebio se arrellanó en un amplio, en un inmenso sillón. Sacó de su bolsillo un papel. Y leyó así:

Zambafusa N^o 7

Sentí una punzada de alarma; luego maldije.

Ahora bien, yo me doy cuenta del estado de mi propia mente y espero que haya un medio para ver la existencia futura. Ninguno de los dos habló durante un rato. Mas lo que importa es fanatismo, y una vida sentimental. Creo que yo solo podría haber proyectado ese plan. Pues era la momentánea pérdida de mi aliado.

—Es que quiere considerarse como un ser muy extraño —murmuró él.

—Lo cual es bastante lógico —aseguró ella.

Yo quedé pensando:

“¿Por qué es que cualquier cosa que tocamos la hemos de convertir en problema...?”

Hay seis personas más. No conozco más que a dos de ellas. Hasta volverme

loco. Pues sé que no serviría como actriz. El cuerpo se me retorció. Clamé por la fisioterapia. Ya no era tiempo de hacer ejercicios matutinos. De modo que todos, sin excepción, tuvieron ocasión de quitármelo.

Fácilmente se colige cuánta dicha representa el comercio de la legislación. Porque soy un necio; nada más que un querubín. Sólo desearía hablar un poco de aquello que es el tiempo.

El tiempo...

El tiempo...

El tiempo...

Un dragón chino, todo de oro, nos ladró y luego rió estrepitosamente.

Rió.

Silencio hay que musitar.

Mientras Eusebio Palena leía su última Zambafusa, mi mente había partido a otras regiones. En estas regiones vi a Gervasia Cachapoal. Sonreía. Esa sonrisa trajo a Tomba. Tomba me dijo:

—Te escucho, Onofre.

Súbitamente recordé aquel sueño que, cuando quise contarlo a Tomba, se había desvanecido. Era así:

Me estoy vistiendo apresuradamente. Tengo que marcharme con rapidez. En la cama queda Gervasia, algo amurrada. Pero han llegado sus tres hermanos y, con ellos, nos vamos. Ella, moviendo su mano, me grita:

—¡Acuérdate siempre, Onofre mío, siempre!

—Siempre me acordaré, mi Gervasia —le contesto.

Con sus hermanos nos vamos a la reunión de las damas, de las enormes y tan serias damas. Se han reunido en un hall, un hall de paredes blancas y con pilares. Todas hablan a la vez. Producen un susurro, como el de miles de moscones que volaran. Aprovecho esto para robarme una cartera de mujer. ¡Qué linda cartera! Es negra, totalmente negra y con adornos dorados. La miro mucho rato. Al fin la dejo sobre un mueble, creo que sobre una cómoda. Hay mucha gente, hay demasiada gente. Me siento entonces a afeitarme. Me echo hacia atrás. Siento el hisopo que me llena de jabón, me embadurna entero. Esto aprovecha el ayudante del peluquero para molestarme un pie. ¡Qué incomodidad! Me marcho, entonces, de ahí, me marcho y bajo por la anchísima escalera de mármol. Bajo con suma lentitud. Me cruzo, de cuando en cuando, con otras personas de sexo indiferente. Otras personas me miran desde abajo. Una de ellas me saluda. El movimiento de su mano me hace levantar la cabeza: arriba es todo negro, de un color que lleva a los subterráneos. Entre esos inmensos peldaños vuelo, vuelo, sin alejarme mucho de ellos. Es agradabilísimo volar de esta manera. Y siempre voy bajando hasta que me detengo frente a un panorama, a un... ¿Es, acaso, un panorama? No lo sé. Es mejor que me siente, sobre esta piedra y lo considere con detención.

Es una planicie, una vasta planicie rosada. No hay en ella ni un árbol, ni una nada. Hay sólo grandeza y hay inmutabilidad. Hacia el fondo veo unos cerros o, acaso, una cordillera. No; son cerros y nada más. Pero son cerros amarillos. Apenas tienen unas sombras escarlatas. Detrás de ellos, el cielo, entre azul y un grisáceo que, a veces, tira hacia el rojo. Es un hermoso, un muy hermoso efecto.

Pero yo no había notado. En la planicie hay una serie de bestias. Así las llamaré a falta

de otro nombre más apropiado. Aquí cerca es un animal de espaldas, un animal de pecho prominente. Tiene una cabeza de cocodrilo, una cabeza que veo de perfil. Mueve y mueve sus fauces. Cuando las abre, alcanzo a ver la inmensa planicie que se aleja por entre ellas. No tiene, no, extremidades inferiores. En el sitio que correspondería a los órganos sexuales, algo se levanta, algo inmóvil y muy alto, muy, muy alto. En el extremo hay también una cabeza que se destaca sobre esos montes amarillos. Es la cabeza de un gallo, de un gallo sin cresta. A ratos es la de un hipopótamo. Luego es la de un murciélago. Abre y cierra sus fauces, del mismo modo que su progenitor. Nada más. Todo el resto, lo he dicho, inmóvil. Y a la izquierda, hay un ave, un ave enorme. Todo su cuerpo se destaca sobre los montes amarillos. Es la inmovilidad absoluta. En vano da vueltas junto a sus pies, un animalucho con cabeza de antílope y con sólo dos patas. El ave... ¡nada! ¡No se mueve!

Busco con la vista. Claro está, hay más cosas. Son cosas que se amontonan y se mueven un tanto. En todo caso cambian mucho de aspecto. ¿Animales, anfibios? ¿O son plantas con formas humanas? No lo sé. ¡Que sean lo que ellas, esas formas informes, crean necesario ser! Lo que es yo, no las miro más. Porque...

Aquí veo otro aspecto de cuanto contemplaba, otro aspecto hasta ahora inadvertido por mí. A él iré:

Todo esto que he descrito, no se asentaba sobre este mundo; todo esto estaba algo suspendido y yo podía verlo gracias a que también me encontraba, al sentarme en esa piedra, un poco alto, un poco elevado. Debajo de esta planicie estaba, acaso, la tierra, la verdadera tierra, es decir, su superficie pues para abajo...

Esta tierra era verde, verde como siempre ha sido la tierra que los hombres han cultivado. Y de ella se alzaban unos inmensos árboles. Sí, deben haber sido inmensos. Yo podía juzgarlos tan sólo por la anchura de sus troncos. Salían éstos gruesos, muy gruesos, y se elevaban hasta la altura en que empezaban a bifurcarse en innumerables ramas. Allí se detenían pues estaba esta planicie de que he hablado. Se detenían, desaparecían; ni una hoja, ni una sola. Eran como pilares naturales.

De pronto algo llamó mi atención, algo que vino a golpear a mis oídos: era un ritmo acompasado, monótono. Era un ritmo como el de la lenta marcha de un regimiento ya aburrido de marchar. Miré, puse toda la atención de que disponía y a ella, a esta atención, la hice penetrar por sobre la tierra verde y la obligué a escudriñar el origen de este ruido. Lo encontré:

Avanzaba un carro mortuorio tirado por dos caballos enlutados. Colgaban, tanto del carro como de esos caballos, negros crespones negros. Sobre el pescante se elevaban y cubrían a un cochero que, de seguro, conducía a depositar los restos del difunto a algún cementerio cercano. Atrás, de uno en fondo, marchaban unos señores, de negros vestidos, con sus chisteras bien encajadas en la nuca, sin pronunciar palabra, sin hacer ni un movimiento más que el de sus pies que avanzaban, avanzaban, avanzaban, lentamente tras el carro mortuorio.

Alcé los ojos. Y vi el mar, el inmenso mar. Vi un mar de paz. Sin oleaje. La planicie había desaparecido; los montes amarillos, también. Los bichos, tal vez se habían ahogado pues no se avistaba ni uno solo. Salvo esa especie de cocodrilo, aquél, el mayor de todos, el que dormía de espaldas, abriendo y cerrando sus fauces. Era ahora una carabela, una hermosa carabela, como esas que empleó Cristóbal Colón, esas que navegan tras nuevos mundos y los descubren.

¡El mar de siempre!

La carabela zarpó. Con gran lentitud. Zarpó. Se alejó por el mar de siempre, de siempre... Éste había sido mi sueño. Éste era el que había contado a Gervasia Cachapoal. Éste era el que no había podido contar a mi Tomba Montbrison.

¿Cuánto había durado? Ahora que lo he escrito, veo que es de una dimensión exagerada. Pero, no. Fue un sueño corriente, ni largo ni corto. La prueba está en que lo recordé entero y lo volví a repetir varias veces, mientras Eusebio Palena me leía su Zambafusa. Eusebio había apenas comenzado, decía: *Ninguno de los dos habló durante un rato*, y yo lo había recorrido entero. Cuando leyó sobre: *El tiempo... el tiempo...*, yo lo había repetido unas seis o siete veces.

Eusebio se arrastraba por ese tiempo de que habla. El tiempo, al sentirse pisoteado, se prolongaba y rozaba el infinito.

Hacía, allí en su casa, bajo la mirada adusta de esos óleos que nos rodeaban, un símil de nuestro vivir.

Lo felicité por su Zambafusa N° 7. Luego le dije que me iba a marchar, que me iba lejos, muy lejos. Él me contestó:

—Buen viaje.

Nada más. Salí, pues, de la calle de los Seminaristas. Salí y me engolfé por calles y muelles y avenidas. Quería irme lejos, muy lejos. Tomba no estaba en San Agustín de Tango; había partido a Santiago. Lorenzo se hallaba en La Cantera. Los demás, conocidos y conocidas, seguramente se habían marchado también. O estaban allí, a un paso, a medio paso. Pero “el tiempo, tiempo” los distanciaba de mí. Mis pasos resonaban solos en medio de aquel tan inmenso mundo que no veía.

Repetía:

“Me iré, me iré, me iré...”.

Así, hablando para mí, me encontré, de pronto, frente a mi casa, en la Plazoleta Fray Tomate.

Penetré. Mi departamento, solo. Conocía demasiado bien todo aquello. Estaba doblemente solo.

¡Partir, partir!

¿Hacia dónde? ¡Partir lejos, muy lejos!

Me senté frente a mi escritorio y abrí un cajón. Saqué unos papeles: *Cavilaciones*, de Lorenzo Angol. La mano se alargó y tomó una pluma. Puse papel delante de mí. Repetí:

“¡Partir, partir muy lejos!

Temblaba ante la idea de que el Silencio volviera a visitarme. No, no. ¡Partir! ¡Lejos, lejísimo!

La idea de ir a visitar a Florencio Naltagua vino hacia mí, se impuso.

Es lo que debo hacer: Florencio Naltagua.

41

Me he quedado con los escritos de Lorenzo. Podrá esperar Florencio. Es una manera de ahuyentar una posible visita de ese Silencio. Lorenzo, tú me reconfortas llevándome a tus *Cavilaciones*. Todos las hemos tenido, todos hemos cavilado

mucho, todos hemos hecho ensayos por salirnos de aquí y poder, sí, explorar otras regiones. Sigamos, pues, con ellas.

.....
Sí; tenemos dos naturalezas. Una de ellas es casi una abstracción, un mundo flotante donde se hallan las "posibilidades". Para quien se detenga a contemplar este mundo, él se transforma en un ruido de tentaciones. Este mundo lo imagino, a menudo, como un sitio de movimiento, respecto al otro mundo de que hablaré y que lo imagino como un mundo de reposo.

En las ferias se ven siempre ciertos curiosos juegos para hombres y niños. Consisten, a veces, en tapices rodantes; otras veces, en especies de carruseles que giran con gran rapidez. Hay un punto que da acceso a estos aparatos. A su alrededor, gente que mira; cerca del punto, algunos que vacilan, que avanzan un pie, que luego retroceden, que desean mas que no se atreven. De cuando en cuando, uno que se lanza. El torbellino lo toma; el tapiz lo encumbra, el carrusel lo hace bailar como un trompo.

Así es este mundo de movimientos. Desde el momento que uno traspasa el umbral de su puerta, el torbellino de la vida lo coge. Nacen, entonces, las ilusiones y los desengaños, vienen los esfuerzos que ora terminan con un éxito, ora con un fracaso. Es la vida misma.

Nuestra otra naturaleza es pesada, es dolorosa. Su tendencia semeja a la inercia. Pero no es tal. Cuando un hombre se entrega todo entero a ella, se verá que vive a su vez, que hace su labor lentamente, muy lentamente.

Nosotros todos somos, indiscutiblemente, esta última naturaleza pues nadie carece de ella. La anterior es voluntariosa; su esencia está en las "posibilidades". Es un hermoso panorama que nos deleitamos en contemplar. Pero desde el momento en que se la aborda, todas esas posibilidades exigen ser realizadas. El modo que tenemos de realizarlas, es empleando los materiales de la segunda naturaleza, naturaleza que, como he dicho, es extremadamente dolorosa.

De ahí la lucha.

La lucha es vibración; la vibración es vida. Henos aquí en la Tierra para vivir. Un secreto instinto nos lleva a vivir. Mas otro secreto instinto nos lleva a evitar todo dolor. Es por eso que un hombre, apenas es tomado por ese tapiz rodante, dos instintos lo solicitan: o seguir viviendo cada vez con mayor intensidad; o volver hacia atrás para ahorrarse el dolor.

Este problema tiene, para los seres débiles, su solución: crear, en su naturaleza inerte, la ilusión del movimineto de la naturaleza vibrante; ello es posible produciendo contrastes que simulen la lucha superior.

Entonces la marcha se ejecuta hacia abajo. Es decir, vivir mental y quiméricamente en el mundo de la creación pero sin penetrar del todo en él, sin que en él se halle el centro de la vida, sin que él haga moverse a la naturaleza inerte que con su sustancia da la obra y la da con dolor.

Es desear aquel mundo de posibilidades siguiendo siempre en la perezosa calma de la vida animal.

Para el ejemplo que di, es desear las expansiones de más en más sutiles, a condición de ser siempre un... líquido.

Por eso, no ser más un líquido, no ser más un hombre que sólo mire sin obrar, es el terror de nuestras existencias. Es, al mismo tiempo, la tentación.

Sin duda la mayoría de los seres nunca ha sentido la tentación. Pero desde el momento que ella se siente, se cambia de estado; no se puede seguir en la calma animal. Ello es como un pacto: O adelante, echándose sobre los hombros todos los dolores; o escaparse de la guarida inerte.

Un hombre puede vivir su vida entera sin siquiera vislumbrar esta lucha. Entonces es tranquilamente dichoso; pero no es un hombre aún. Forman éstos un reino intermedio entre los animales y los hombres. Es un error creer que, en el paso progresivo de la naturaleza, se salte del mono al ser humano. Esto está bien bajo el aspecto físico. Interiormente existe otro reino. Del reino verdaderamente hominal lo separa una tela tenue y frágil que sólo una mirada puede desgarrar. Hecho esto, el paso está dado y la naturaleza toda del ser que miró se cambia. Entonces a él le toca escoger: o acepta pasar a este nuevo reino de tormentos aunque de encantadoras apariencias; o quédase en el suyo, mas picado con el veneno, fecundado por un ser en verdad hominal.

Entonces, simular en su antiguo mundo, vivir en la ilusión, hacer como se hace allá arriba en la forma, mas por ningún motivo en el fondo; ello equivaldría a aceptar el hecho de convertirse en "otro". Según mi primera comparación: de líquido, ser gas; según mi segunda comparación: emplear este nuevo mundo de apariencias encantadoras, no para proporcionar encantos, sino para usar de la naturaleza baja para la creación con dolor.

Según mi modo de ver es de tal modo verdad que dentro de los hombres hay dos reinos, que a cada paso y en todas partes veo de ello mil pruebas.

Por ejemplo: Un animal comprenderá de nosotros sólo los gestos que también sean propios a su reino. Comprenderá que un hombre huya, que coma, que ataque, etc. No comprenderá de éste un pensamiento elevado; las mil preocupaciones que agitan nuestras vidas le permanecerán totalmente ajenas.

De igual modo, un hombre intermedio comprenderá del hombre propiamente dicho, sólo los gestos o palabras o lo que sea, que también sean propios a su reino. Comprenderá que este último se afane, busque el triunfo, llore el fracaso, ame la belleza, ensalce la bondad, olvide cuanto le rodea tras un problema que le intriga. Mas no comprenderá nunca el sentido íntimo de todos esos móviles, no comprenderá que ellos formen otro modo de vivir y que ellos sean "otra vida" en el más alto significado de tales palabras. Siempre los verá dentro de su reino; jamás los verá fuera, en el sitio que, de verdad, ocupan en el espacio.

Así, cuando el hombre verdadero se afana por un ideal, creará que su afán es de la misma índole que sus afanes cotidianos; cuando busca el triunfo, siempre le permanecerá oculto el matiz siguiente: que triunfo, para el verdadero hombre, es realizarse fuera de sí; cuando llora el fracaso, pensará que ese llanto es de la misma calidad que todos los llantos que vienen al perder un bien. No sospechará que, si la manifestación externa es la misma, se llora aquí ante el terror de no poder confirmarse como un ser creador. Y cuando vea el amor a la belleza creará que la ama como él; aun le agregará esta inferioridad: que el hombre verdadero *sólo* ama la belleza; él, en cambio, él, el intermedio, la ama también y le quedan fuerzas aún para cien actividades más...

Porque jamás comprenderá que en la belleza puede hallarse, oculta como celoso tesoro, la clave toda del Universo.

Así será también respecto a la bondad. Él también ama la bondad, pues, si todos los hombres fuesen unos malvados, la vida sobre el planeta sería imposible. Ni por un segun-

do cruzará por su mente la idea de que en la bondad hay un estrecho pasaje que conduce a la alta sabiduría.

Así, por fin, respecto al hombre que se afana por la verdad. A él también le gusta que le indiquen lo falso y lo verdadero; en todas sus preocupaciones, ¿no busca, acaso, siempre la verdad?

Sin embargo notará que entre él y esos perseguidores de la Belleza, del Bien y de la Verdad, hay algo diferente que mucho lo perturba. Notará que no son hechos de la misma cepa. Por eso dice a quien quiera oírle:

—Todos esos artistas, esos iniciados y esos sabios están muy bien y los comprendo... ¿Por qué no iría a comprenderlos? Pero es una lástima que todos ellos sean un poco locos... Si fueran como nosotros, podrían hacer mucho, muchísimo más.

¡Un poco locos!

Así se expresa la tela tenue y frágil. Es, sin embargo, honda como un abismo. Pues es la tela que separa al reino intermedio del reino propiamente hominal.

.....

Tú seguías llamándome, Florencio. No pude, no, continuar con estos papeles. Los volví a guardar en el cajón y salí presuroso. Pero caminé con mucha lentitud. Algo quería insinuarse en mí, algo grande, profundo. Caminemos lentamente.

A mi lado vino Pablo Neruda y, con suavidad, me murmuró:

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.

La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.

Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

42

Poco antes de llegar a la Plaza Dominus Vobiscum, quedé solo. Miré para todos lados. ¡Qué calma! Estaba en el centro de San Agustín de Tango. Sin embargo, ¡qué calma!

Me senté bajo la sombra de un gran castaño. Vi que toda la plaza estaba en sombra. No había nadie, nadie; era el silencio absoluto.

De pronto vi, a mi lado, a una niña, a una niña pobre, pobrecita. No se preocupaba de mí ni de nada que alcanzara a ver con mis ojos. Sentada, en un banco vecino, balanceaba sus pies y, creo, tarareaba una canción. Después callaba. Entonces se aburría.

Sin duda: algo quería insinuarse en mí, en mí mismo, dentro de mi alma. Quería salir y explayarse como un inmenso río.

¿Qué podría ser?

No quería subir a casa de mi amigo. Todavía no quería subir. Quería encontrar sólo esto que parecía bullir dentro de mi alma.

Nada. Silencio.

Pasó un auto; luego pasó otro. Y volvió la calma.

Llegó la madre de esa niña. Sí; debe haber sido la madre de esa niña. Era una vieja fea, horrible. Arregló unos papeles y estropajos, apoyándolos en el banco. Algo dijo a la niña. El caso es que ésta se levantó y la siguió. La siguió caminando sin ver nada, nada. Unos cuantos pasos más atrás. Siguió sin ver, sin ver... Ambas se perdieron por una calle.

Estamos a 12 de noviembre de 1959. Mañana, 13, es mi fiesta, mi cumpleaños. Venía, además... además, a invitar a Florencio para mi fiesta, mi cumpleaños. Pero ¿adónde lo invitaría?

Tengo un compromiso con Desiderio Longotoma; tengo otro, creo que mejor, con Romualdo Malvilla. Aunque Malvilla..., Malvilla me está... ¡No! Quiero enormemente a Malvilla. No tengo más que pensar en su vidente, en "Mi última Vidente", y siento que es enorme la estimación que siento por él.

Sin embargo acabo de pensar que Malvilla me aburre. Meterse con él es meterse con una serie de gentes que me cargan:

Ramiro Lampa, Gualberto Choapa, el pederasta de Carmelo Lipingue, su hermana Miroslava, Clementina Rengo, y Chispita... ¡Qué gracioso es Chispita! Y Julieta Pehuén con sus grandes, sus descomunales tacones... Don Irineo Pidincó la considera una tremenda Guaxa, ¿Guaxa? Bien; es un modo de llamar a estas mujeres que frecuentan sitios como el San Lito...

Son recuerdos del pasado; son recuerdos de un viejo, de un muy viejo pasado.

Pasado... Presente... Futuro...

¿Existirán, de verdad? Porque, ahora, en este momento, aquello está más presente en mi memoria que lo sucedido ayer y anteayer.

Tal vez es el futuro que, en esa forma, avanza hacia mí.

Hay un castaño sobre mí. Ya no hay ninguna niña aquí cerca. Ella se ha marchado tras la vieja. ¿Adónde pueden haber ido?

Hoy es 12 de noviembre. Mañana cumpla 66 años viviendo aquí en la Tierra.

Algo se insinúa.

No sé qué es. Yo no sé qué es. Yo.

¿Quién es "yo"? ¿Qué significado puede tener esta palabra? Con sólo pronunciarla, eso que se insinuaba doblega su poder.

Estoy viejo. Cumpliré 66 años.

En un cuaderno de mi diario he escrito, al margen, con fecha 14 de junio de 1953, esta sola palabra: "Envejecí".

Hace ya más de 6 años. Yo había envejecido.

No, no puede ser. Algo, claro está, ha envejecido. Algo, algo, algo. Algo, también ha rejuvenecido.

Necesito hablar con Florencio Naltagua. Esa es su casa, esos son sus balcones. Miran hacia esta plaza y, por ellos, se ven los castaños inmuebles que, para nosotros, desafían al tiempo.

No son como esa niñita que se ha marchado; ni son como los autos que pasan y pasan. No son como yo.

Pero yo no sé lo que es yo.

Ya la vida empieza a tomar otro significado para mí; ya he dado una media vuelta. Todo toma un significado diferente: lo que antes no interesaba empieza a interesar enormemente; lo que antes volvía loco ya empieza a dejarnos indiferentes.

Así quisiera poder escribir. Eso lo escribí yo. Pero ignoro totalmente quién es "yo".

Es, tal vez, un ímpetu que hay en mi interior. Es, acaso, eso que se insinuaba y que no salía a flote.

Pasan otros autos; pasa un camión; dos vejete se han sentado en el sitio que ocupaba la niñita. Pasa un joven recién vestido. Siempre me dejan esta impresión los jóvenes que pasan: recién vestidos. Pasa una damisela desparramando colores de todas las partes posibles, de sus labios, de sus uñas, de sus mejillas, de su cuerpo entero.

Los dos vejete hablan ahora... Pero, ¿habían hablado antes? Para mí, no. Su charla salía de sus bocas y se iba sin perforar mis oídos.

Tal vez seguía a la damisela que desparramaba colores. O bien seguía al joven recién vestido.

¡Pobre Anacleto Ibacache!

Esta noche tendrá que desvertirse ese joven. Mala cosa. Pues mañana tendrá que volver a ponerse esas prendas y sacarlas a que paseen, a que vean los nuevos edificios, a que vean a estas tan bellas damiselas que pasan, pasan, pasan, sin ir a ninguna parte. Podían, por lo menos, aprender de esa niñita. Pasó también hacia ninguna parte...

Siguió a la vieja horrible. La vieja iba a comer lo que quedaba en la olla. Luego saldría nuevamente. Tú, niñita, saldrías detrás caminando.

Los dos vejete hablan ahora. Hablan sobre el régimen que es conveniente seguir. ¡El régimen!

Me pongo serio, me pongo adusto. Y cae una castaña frente a mí. Aquéllas son las ventanas de Florencio Naltagua.

Un vejete dice al otro vejete:

—Debe usted comer peces magros y como frutos, frutos de esos que llaman metílicos. Porque vea usted...

Lo demuestra positivamente. No oigo ya lo que alega. Me basta mirar la cara del otro vejete, del otro que comerá, desde ahora en adelante, frutos metílicos y peces magros.

¡Así terminarás tu vida, vejete! ¡Sentado al lado del otro, a su izquierda, y oyendo lo que hay que ingerir!

Después, la tumba. Te acompañará el vejete que tienes a tu derecha. Pero éste, se habrá marchado con anterioridad a esa bella tumba del Cementerio Apostólico.

Yo no tengo tumba.

Yo colgaría mi cuerpo de un gancho para la ropa; este gancho lo colgaría en un ropero. Este ropero... ¡Basta!

Claro está que tengo una tumba. Y en ella dormiré... despierto. ¡Siempre despierto! ¡Siempre despierto!

Siempre despierto porque no tengo dinero. Quise ser capitalista y no tengo dinero.

Pues los capitalistas se acercaron, golpearon el hombro, fueron amables, disertaron en serio. Yo... me quedé sin un céntimo.

Ahora van a ser mis grandes amigos –pensé. Les había dado una enorme suma. Pero ellos desaparecieron; no golpearon más, nunca más, los hombros; no disertaron más en serio. Al menos conmigo, no disertaron más.

Pero no pudieron quitarme la tumba.

¡Tengo una tumba!

Y tengo, además, pagado, totalmente pagado, aun con los impuestos; y el derecho de entrar en él sin permiso; el derecho de salir de él sin avisar; el derecho de ocuparlo solo, si mi mujer, Tomba Montbrison, se ha marchado a Santiago, como es el caso actualmente; pudo haberse marchado a París, ¡París!, la ciudad de donde ella es oriunda; pudo haber seguido hacia el Asia o hacia el África; puede morir de tanto viajar y puede, por cierto, resucitar y venir aquí, asegurándome que no se ha movido, no se ha movido... tengo aquel departamento, sobre el de mi amigo Lorenzo Angol, plazoleta Fray Tomate N° 2.

No tengo más.

Ello, creo, es suficiente. Porque tengo, aquí a un paso, a mi frente, a un gran amigo: Florencio Naltagua.

Sobre mí tengo las ramas de un castaño.

A mi lado tenía una niña que se marchó tras una vieja.

Ahora tengo a dos vejetes. Uno de ellos aconseja al otro que se nutra con peces magros y con frutos metélicos.

Yo le diría a este vejete que aconseja:

–Señor, toda modificación, por justa que sea en el mundo positivo, es falsa y contra-productiva en un mundo superior.

Me imagino qué cara de estupor pondría este vejete. El otro, tal vez reiría para sus adentros.

Diría yo entonces:

–Señor, voy a explicarme. Pido a usted un minuto de total silencio. EL régimen tiene sólo relativa importancia; UN régimen la tiene toda. Puede ser con peces magros o gordos; puede ser con frutos metélicos o antimetélicos. No importa. Porque el régimen es pedir ayuda al mundo exterior relativo; un régimen es decidirse por una sola y determinada vía que tiene un solo y determinado fin. Esto es lo que importa, señor.

Y me marcharía; me marcharía lejos, lejos, muy lejos.

O pensaría que ya tengo bastante de castaños y de autos que pasan y pasan. Entonces me resolvería a entrar en casa de este gran amigo mío: Florencio Naltagua.

Algo me detiene. Hay una lucha en mí. ¿Subir esas escaleras o quedarme sentado aquí? No lo sé. Yo no lo sé. Yo...

Es decir, subamos. Cambiemos de atmósfera. Esta lucha que siento dentro, debo lucharla. Porque luchar es lo propio de una lucha. Y todo es acogedor allí. Desde que se cruza el umbral de la calle. Recuerdo que ahí escuché los versos de Jorge Manrique. ¡Lindos versos!

Hay una lucha en mí.

Sólo Florencio podrá echar luz sobre ella. Yo sufriré el resplandor de esa luz. Con él me alejaré. ¿Hacia dónde?

El mundo ha disminuido de tamaño si quiero ir, si quiero alejarme. El mundo sigue inmenso, inmenso. ¿Cómo será este mundo? ¿Pequeño? ¿Inmenso?

Los vejetes se han marchado.

Las luces empiezan a encenderse. El castaño duerme.

¡Ea! ¡Decídete, Onofre! Entremos a ver a Florencio, entremos a charlar con él. Es lo que tengo decidido desde hace ya..., ya bastante tiempo.

Algo se desgarró en mi interior ante el hecho de ir a hablar con el amigo de los amigos. Antes yo entraba y salía, subía y bajaba esas escaleras, sin que nada me importara nada.

Ahora, no.

Porque siento que hay una lucha en mí. Yo tengo una lucha que me perfora. Se lucha en mi interior. Y yo no soy consciente de las peripecias de esta lucha. Ni sé siquiera quiénes son los que se baten de esta manera.

Para eso he querido ver a Florencio.

Y algo me retiene.

Lo último que he escrito es lo siguiente:

Yo soy un receptáculo tonto que vive porque hay que vivir. Soy un disco impresor, receptor, que, cuando no está en uso, va por las calles y luego come y duerme y, a veces, ama...

Le di gran importancia a esto que escribía. Un minuto después lo olvidaba y no pensaba más en ello.

¡Claro está! ¡La tiene!

He de hablar con Florencio.

Hay una lucha en mí.

¡Adiós niñita tras la vieja! ¡Adiós vejetes y adiós los peces magros y los frutos metálicos! Crucemos la calle; subamos los escalones; toquemos el timbre.

¿Por qué he hablado en plural?

Yo soy uno, yo soy único, yo no soy más que yo. Pero ¿quién será yo?

Subamos. Toquemos el timbre.

¡Aquí está el amigo de los amigos! ¡Aquí está el amigo mío, Florencio Naltagua!

43

—Florencio, mañana es mi cumpleaños. Mañana es 13, tú sabes, es 13 de noviembre. Tenemos que festejarlo; ¿oíste?

—Mañana serás festejado, o por Longotoma o por Malvilla. Es mejor que así sea. Sólo te pido que no olvides tu edad. Recuerda: cumplirás 66 años.

Repetí:

—Sí; cumpliré 66 años.

Entonces él me preguntó:

—¿Quién cumplirá esos años?

Es verdad, no había pensado en ello. Pero mis labios, nada más que ellos solos, articularon:

“Hay una lucha en mí”.

Florencio, distraído, murmuró:

—Piensa en esa lucha.

—¿En qué lucha? —interrogué.

Algo se movía en mí; algo atronaba a veces; a veces era muy silencioso. Al fin tuve que declarar:

—Sé que hay alguien que mañana cumple 66 años. No creo que sea yo. Yo no soy. Pero ignoro quién es “yo”.

Apareció, cerca de mí, otro hombre. Me saludó amablemente. Era un hombre que me hizo pensar en Alfred de Musset, cuando dice:

qui me ressemblait comme un frère...

Lo reconocí. Entonces Onofre Borneo, serio, muy serio, extremadamente serio, me ordenó:

—¡Trabaja, trabaja, Onofre! ¡Haz algo, ocúpate, Onofre!

—Sí —le respondí—. Trabajaré como hasta ahora he trabajado. Sí, seguiré haciendo algo y me ocuparé como hasta ahora me he ocupado siempre.

Entonces él, satisfecho, me dijo:

—Ahora descansaremos.

Salimos ambos a descansar, por toda la ciudad, por todo el mundo. Pero sin ausentarnos de él, de este mundo, ¡oh, no! Sin ausentarnos de él.

Para no ausentarse, lo mejor es ir al San Lito o ir a Las Tres Chimeneas. Ahí estará Romualdo Malvilla y estará también Desiderio Longotoma.

¡Es la juerga, la juerga descomunal!

Pero alguien me toma del brazo y me murmura muy bajo, con notas que, en su susurro de trueno subterráneos, son más bajas que las más bajas de un bajo:

—Te vas de juerga; entonces, ¿qué haré yo?

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Juan Emar —respondió.

Con ira, con saña, exclamé:

—¡Haz lo que quieras, lo que quieras! ¡Y déjame en paz, en paz! ¿Oíste?

Desiderio Longotoma sabe mucho. Lo admiro en su enorme sabiduría. Y no es un verdadero juerguista. Romualdo Malvilla, sí lo es. Malvilla es terrible con su alcohol y su coca! Pero está la última vidente.

La última vidente extiende sus manos blancas. Bajo ellas todo es permitido.

Malvilla es mucho más fuerte que yo.

Ahora veo claro: Malvilla va por otro camino. Tiene otras finalidades. Otras, otras, muy otras...

El trago y la coca de Malvilla son diferentes al trago y a la coca de los demás. El trago y la coca de Malvilla traen a su lado a Alicia Bick y desparraman naranjas de los ojos de Alicia Bick. Malvilla coge estos ojos y, por ellos, ve el universo.

Ve un gran ojo; ve un indescifrable universo. Y ríe. Me golpea un hombro y vuelve a reír.

Reír... Es cosa grave ver, de pronto, el universo. Porque se comba su cuarto y se alza un brocal.

Con ellos se aleja. Sin ellos yo me quedo bebiendo con esos compañeros que ya no son ni compañeros míos ni de nadie. Necesitan beber, beber y beber.

Y pasa el hombre Martín Quilpué.

¿Adónde irá el hombre Martín Quilpué?

Repleto de liróforas y de ensordecedoras, pasa. Sobre él vuela una bandurria.

Canta, grita esta bandurria. Las flores del hombre Martín Quilpué le hacen eco. El eco crece y crece y crece. El eco lo llena todo. Dentro de él, el universo se hace pequeñín porque el universo quiere caber dentro del eco que produce el hombre Martín Quilpué al pasar.

Y Romualdo Malvilla ríe, ríe, toma una copa más, aspira un poco más de cocaína. Y ríe.

Mi Última Vidente –así, con mayúsculas– me será siempre, siempre indescifrable.

Todo ello sucede en otros planos a los que yo, Onofre Borneo, no tengo acceso. Tal vez nunca lo tendré, nunca.

Hoy es 13 de noviembre; hoy es mi cumpleaños.

Hemos bebido, hemos bebido en grandes cantidades.

Hemos estado en el San Lito; hemos estado en Las Tres Chimeneas; hemos estado en todas, sin olvidar ni una sola, en todas las casas de remoliendas que hay en esta bendita y enorme ciudad llamada: San Agustín de Tango.

Alguien la llamó: de Tongo, de Tongo, de Tongo...

Reímos todos como ríen los niños, como ríe la infancia, como debe reírse siempre.

Como han de reír, desde el interior de un tronco de árbol, con un pájaro al lado que canta a los ojos de Alicia Bick...

No, no es justamente así.

Bueno; como han de reír Bárbara y Colomba.

Lindas mujeres que os guardo en el fondo de mi pecho. Lindas y siempre lindas. Sois hermosas cual ninguna. Sois...

¡Bebamos más, más, más aún!

No quiero coca hoy día. Porque hoy es 13 de noviembre. Es decir, mi cumpleaños. Y un cumpleaños debe siempre festejarse, con quien sea, sea el que sea, el que sea... del verbo "ser".

Ser o no ser... Es la cuestión...

Es; sin duda, lo que ha de pensar Juan Emar.

Juan Emar, Juan Emar... Juan Emar...

En voz baja, como esa de los subterráneos que tú tan, tan bien imitabas, yo te digo que bebamos un poco, un poquitín y nada más que un poquitín. Porque hay un problema de dentro de mí, hay una lucha dentro de mí.

Sí; la hay.

¡¡Fuera, fuera toda lucha o todo problema!!

¡¡¡Yo soy yo, yo, y cuando yo hablo, no habla más que yo!!!

Ese es el canto de los cantos: Santa Lucía...

¿Por qué suena aquí? ¿Santa Lucía? Sí, eso es y nada más que eso: Santa Lucía.

¿No estábamos de fiesta, de juerga, de parranda, de fulgurante jolgorio?

Y esa orquesta toca esa música; toca la música que no debería tocarse jamás en un día como es éste, en un día que se cumplen y se cumplen 66 años en el planeta.

Óyela, óyela bien mi Tomba ausente. Santa Lucía. Mi chica, mi chiquita, óyela bien...

¡Es horrible, Tomba mía! ¿No lo ves?

Fíjate bien y verás: todo, todo se ramifica; al ramificarse es..., es..., es UNO SOLO.

La música ramificada es UNA SOLA.

Lo es con aquello que coge. Porque ella penetra por todas partes, ella abre las puertas clausuradas para nosotros los tan míseros hombres de aquí abajo.

De pronto estas puertas se han abierto. Balanceados por la música entramos en todos los sitios que antes callaban. Y en aquello que creíamos muerto vemos la vida. La vida que bulle con mayor lentitud; sí, con mayor lentitud. Pero bulle con más, con mucha más profundidad.

¡Santa Lucía! En italiano debe decirse: Santa Luchía.

Ahora veo: es por esta razón que el hombre Martín Quilpué silba siempre una música que lo acompaña. Esta música es *El Bolero*, de Maurice Ravel. Para que no haya ni una puerta, ni una sola, clausurada ante él. Rubén de Loa no podría clasificarlo entre los surrealistas porque el hombre Martín Quilpué vive y vive en medio de la vida de las puertas abiertas.

Ahora sé, sé, sé. Por eso marcha siempre. Nosotros creemos que no lleva objetivo alguno. No, no es así. Lleva un objetivo inmenso, inmenso: seguir de puerta en puerta, ahora abiertas, hacia donde aquel Bolero quiera llevarlo, hacia donde él está.

Estoy ebrio. Sí, ebrio.

Me haré la pregunta que, en este estado, se enfrenta ante mí:

¿Cuándo será? ¿Dónde será? ¿Qué será?

La primera interrogación, ¡es claro!, se refiere al Tiempo. Será mañana, fue ayer, es en este momento;

la segunda interrogación se refiere al Espacio. Será aquí, sí, aquí; es al lado, es decir, a miles de kilómetros de distancia, a tantos miles que vuelve a ser aquí;

la tercera, la tercera... No lo sé. Cállase Santa Luchía, como dicen los italianos; cálese ese famoso Bolero de Ravel; cálese todo, todo. Yo respondo, a esta tercera interrogación, escribiendo así: "¿j...!?"

El trago me repugna.

El trago me fascina.

Odio al trago.

Adoro al trago.

Todo esto es porque hay una lucha en mí. Pero yo no sé de qué lucha se trata. A no ser... Eso es... A no ser... Florencio, ese gran amigo que es Florencio Naltagua, me lo podrá explicar. Con él necesito hablar largas, larguísimas horas, hablar en el más profundo silencio.

Porque el trago me pone en la antigua ebullición. ¡Sagrada y, por eso, saludable ebullición! Pero una voz me pregunta:

"¿Qué vas a hacer con toda esa ebullición...?"

Nadie responde.

Bebamos un trago más, uno más, otro más.

Y penetremos en nuestra casa pues ya el Sol se avecina. Aún no ha aparecido. Por eso ése y ese otro farol están con luz. Ya será apagada esa luz. Ya estaré yo en mi cama cuando esa luz sea apagada. Y entonces podrá brillar la otra luz, la del Sol. Salvo si se apelonan montañas de nubes que lo oculten. Pero diviso allá una estrella; diviso otra estrella; diviso más estrellas, tantas, tantas... Pero no son tantas a esta hora en que el Sol empieza a tra-

garlas. El Sol nunca ha tragado nada. Esto me lo ha dicho Teodosia Huelén, la inmaculada Teodosia...

¡Qué linda, qué hermosa es Teodosia!

Claro está, va a los astros. Desde ellos mira hacia abajo, me ve y me grita:

—¡Ono, Ono, eres un terráqueo!

Yo soy lo que tú mandes, mi Teodosia adorada. Sí, lo que tú mandes, aunque yo no te tuteo. Tú me tuteas; quiero decir, usted me tutea, Teodosia, usted.

Ésta es mi casa.

Subamos a pie, subamos por la escalera. No quiero ningún, no quiero ni quiero ascensor alguno. A pie. En un ascensor, si dejo el dedo apretado en un botón, él sube, sube y sube. Traspasa el techo y sale. Y sigue. Una vez salido sigue y sigue. Yo iría en él, dentro de él. ¡Oh, qué escándalo sería! Solo, solito, solito un ascensor por los aires y yo dentro de él... El Sol, por cierto se avergonzaría y, por primera vez en la historia de la humanidad, por primera vez, no saldría.

Entonces todas las orquestas del Universo prorrumpirían con un himno solemne.

¡Alto aquí! ¡Alto en este descanso!

Escuchemos ese himno. Es una música que tú, mi adorada Teodosia, has inspirado. ¡Perdón! Usted, Teodosia, ha inspirado, sí, usted porque yo no la tuteo.

Subamos siempre. Ésta es mi puerta. Tomba no está. Esta es mi cama. Desnudémonos. Apaguemos todas las luces. No quiero luces que no sean las tuyas, ¡oh, Sol, yo te saludo, y estático ante ti me atrevo a hablarte! Estos son unos grandes versos que, cuando éramos chicos, teníamos que aprender de memoria, allá en el colegio donde estudiábamos.

Ahora... dormir. Y no olvidar que hay una lucha, una terrible lucha en mí. Pero para eso está Florencio Naltagua.

44

He dormido profundamente. Me he despertado a ratos y luego he vuelto a dormirme. Por fin ahora, dos días después de mi aniversario —pues estamos a 15 de noviembre— me siento mejor, me siento bien.

Recuerdo, naturalmente, mi visita a casa de Florencio. Fue una visita sin ningún resultado; yo diría que fue una visita de cortesía. Ello no está bien entre nosotros. Llevaba yo una serie de preguntas que hacerle; esperaba oír su voz que siempre me habla más allá de ella misma. Pero, apenas entré, me sentí completamente distraído; no pude formular ni una pregunta pues más, mucho más me preocupaba aquel hombre *qui me ressemblait comme un frère*, y más me preocupaban las andanzas del hombre Martín Quilpué silbando a Ravel. Creo que Florencio debe haberlo notado, sin duda. Sonrió, estuvo hablando tonterías sin mayor importancia, siempre ameno y, al parecer, contento. Por fin me marché con todo el bagaje que ardía en mí, completamente intocado.

Después... Bueno, ya lo he dicho: la juerga, el trago, *Santa Lucía*, Teodosia que me enamoró, el ascensor que trepaba y seguía trepando y perforaba el techo de esta casa para ver al Sol.

Me levanté y me dirigí hacia “El Altar de la Muerte y del Mal”. Lo miré largo rato y me sonreí; luego me puse serio; luego...

Pero debo explicar qué es esto del Altar. Yo no lo he hecho porque quien lo ha hecho he sido yo. Pero ahora me pregunto y me vuelvo a preguntar:

“¿Quién soy yo?”

Florencio, sé que tú me esperas apenas pueda desembuchar lo que hay dentro de mí, apenas logre ver claro mi lucha interior. Hablemos, será mejor, de este Altar:

Se encuentra en mi escritorio. Está sobre el clasificador de papeles que tengo. No está muy alto, a 1 metro y 10 centímetros del suelo. Está junto al muro. Sobre él se hallan las obras del Marqués de Sade, *Les Crimes de l'Amour* y los *Estatutos de la sociedad de los amigos del Crimen* y otras más; encima, *L'Ouvre de Crébillon le fils*; encima, *Obra libertina de los Cuentistas Rusos*. Y encima de estos libros, como protegiéndolos, se halla aquella misteriosa calavera incásica que recogí, el año de 1915, en Pachacamac, cerca de Lima.

Abajo, ahora, abajo, inmóvil, pero pronta a moverse y a retorcerse, se halla una culebra. Es una de esas culebras de madera, tan perfectamente imitadas que, sólo de verlas, da una sensación calofriante. Tomándola del centro y moviendo un poco la mano, ella se agita y se menea de un lado a otro lado. Es perfecta.

Así es el que yo llamo altar de la muerte y del mal. Así, como he dicho, lo miré y me sonreí para luego ponerme serio.

Luego me reí. Luego volvió la seriedad. Y pasó la imagen de Florencio Naltagua.

Todo esto me preocupó durante algunos instantes. Me dije:

“Iré a verlo y, esta vez, no permitiré que ninguna distracción venga hasta mí; permaneceré junto a él; charlaremos mucho, mucho y, al fin sabré. Pero... ¿sabré qué? ¡Basta, basta!

Y sonó el timbre. Fui a la puerta. Era Lorenzo Angol.

—Onofre —me dijo—, tengo una mala noticia que darté.

—¿Qué ha ocurrido, Lorenzo?

—Ha fallecido don Irineo Pidinco.

Quedamos ambos en silencio, mirándonos. Lorenzo me explicó, entonces, los pormenores de su muerte. Había sido repentina, sin ocasionarle ningún mal ni ningún dolor. Había despertado como todos los días, se había desayunado como de costumbre. Luego, sin más, había tosido varias veces y... había muerto. Tal vez algo cardíaco. En fin, había muerto.

Una sucesión de recuerdos se agolparon en mi mente. Todo lo que he escrito sobre don Irineo, todo, más lo que de él había oído decir por los amigos, acudió a mí. Lorenzo murmuró:

—No debemos jamás llorar la muerte de una persona; debemos llorar su nacimiento.

Le contesté:

—Sí, es verdad. Son esas las palabras de aquel profesor de Burdeos; son muy sabias palabras. Las tengo siempre presentes. He llegado a la conclusión de que uno, al afligirse, se aflige por uno mismo; no por el muerto. ¡Ya no tendremos más esas inefables y tan curiosas charlas que él siempre proporcionaba! ¡Pobre, pobre don Irineo!

—Parece que te contradices —señaló Lorenzo.

Le respondí.

—Sí, es verdad, hay aquí una contradicción. Debo decir y debo repetir: ¡Pobres, pobres de nosotros!

Lorenzo me aseguró:

—Así es. ¡Pobres de nosotros!

Al día siguiente, por la mañana, se efectuaron sus funerales. Yo me dirigí, con Lorenzo, al Cementerio Apostólico. Don Irineo Pidincó había sido trasladado al Convento de los Jerónimos. De ahí partieron sus funerales. Nosotros dos los vimos llegar al cementerio y los vimos penetrar en él. Luego acompañamos al féretro hasta su nicho, lo acompañamos sin pronunciar palabra, con la mirada gacha y el pecho oprimido.

¡Pobres de nosotros cuando la muerte viene a recordarnos que ella siempre está presente!

Una música lenta, acompasada; un redoble de tambores destemplado. Y el cortejo, lentamente, penetró en el Cementerio.

Abría la marcha un enorme estandarte. Era llevado por un hombre rechoncho. El estandarte era de color granate oscuro, muy oscuro. El hombre rechoncho iba con un fraile a cada lado.

Los seguían una innumerable cantidad de esas que el difunto llamaba Guaxas. Llevaban coronas todas ellas. Eran coronas de las más variadas flores que sea posible imaginarse: crisantemos de colores variados, amapolas, liróforas, rosas, azucenas, claveles, lirios, ensordecedoras, tunquinelas, lupinos, rododendros, achiras, bellsaminas, tulipanes, narcisos, adelfas, zínias, dalias, girasoles, y ¡qué sé yo! Tras esta selva de flores, por donde se asomaban, de vez en cuando, los rostros de esas lindas Guaxas, tras ella marchaba sola y con lentitud, Rubí Colliguay. Pude reconocerla gracias a Lorenzo que, en voz baja, me lo dijo. Era, en verdad, una hermosísima mujer. Llevaba en sus manos, en sus manos alzadas por sobre la cabeza, llevaba una flor del quillay.

Pasó.

Sentí una emoción profunda, recóndita.

Pero ahora avanzaba gente de las fuerzas armadas. Los distinguí por el resplandor de sus bayonetas. Era un resplandor movedido, saltante. Parecían soldados de juerga, soldados sin disciplina alguna, que se divertían al desfilar tras un féretro. ¿Sería ello posible?

Luego se acercaron y vi que era un grupo de soldados americanos. Tras ellos venía un grupo de soldados rusos. Los primeros bailaban un frenético *rock and roll*, contorsionándose presos de un delirio. De allí venía ese resplandor de sus bayonetas y la confusión que ellas formaban. Y luego, los soldados rusos... Brincaban por los aires, caían de cuclillas y alargaban, lanzaban una pierna hacia adelante, la recogían y lanzaban la otra. Y todo esto con sus fusiles al hombro que brillaban como chispas en sus bayonetas.

Tanto los unos como los otros, tanto los americanos como los rusos, tenían rostros risueños y miraban recto hacia delante de ellos pues parecían ver algo increíble y portentoso.

Yo me confundí. Sobre todo por aquella música que acompañaba estos curiosos bailes. No se veía ni banda ni orquesta de ninguna especie. Sin embargo sus compases eran perfectos para acompañar ese *rock and roll* y la danza popular rusa.

Tuve que cuchichear a Lorenzo:

—¿Es esto una chacota, amigo mío?

Me respondió con suma seriedad:

—No, jamás ha sido ni es una chacota. Es esto un reflejo exacto de lo que yo imaginaba, de lo que casi alcancé a ver en los tiempos en que escribía mis *Cavilaciones*. Pero, en un momento, pensé como piensas tú ahora, es decir, que me avecinaba a la chacota. Entonces

me detuve. En aquel momento fui visitado cortesmente por Palemón de Costamota. ¡Mira, Onofre, mira!

Avanzaba imponente Palemón de Costamota. Avanzaba solo, con la mirada altiva y lejana. Vestía de chaqué y llevaba un alto sombrero de copa. Encima, a un par de metros más alto, agitaba sus alas, con suma lentitud, un enorme vampiro astral. En su mano izquierda llevaba una larga cadena dorada en cuyo extremo pujaba por darse prisa, un lobo garú. En su derecha llevaba un bastón que marcaba el ritmo de esta marcha funeraria.

A cierta distancia caminaba el doctor Amancio Cunco. Junto a él iban dos frailes encapuchados, emisarios del Convento de los Jerónimos. Tras ellos venía ese hombre medio vivo y medio muerto de Tadeo Lagarto. Su vestimenta era desaliñada; su habitual gallardía había desaparecido y parecía más arrastrarse que marchar.

Tras él, por fin, el féretro. Estaba colocado sobre unas largas angarillas que eran llevadas por ocho hombres acurrucados que mantenían su peso sobre la nuca.

Una banda de tambores y bombos seguía el catafalco. Acentuaban el compás de aquella marcha con un redoble sordo, lento que hacía pensar en lóbregas profundidades subterráneas.

Después, y para cerrar el cortejo, venía la plebe, una plebe heterogénea. ¡Qué de caras desconocidas había en ella! Distinguí, eso sí, a Colibrí Cunico que marchaba pesaroso; distinguí también a Silvestre Tongoy que iba en charla con el abogado, don Waldo Caracoles; naturalmente pasó don Manfredo Angachilla, el dentista. A su lado iba una dama esbelta, envuelta en tules blancos; debe haber sido la del famoso piano que atormentaba a don Irineo; vi a Eusebio Palena y a Artemio Yungay que iban distraídos; pasó el escultor Recaredo Palquín que iba lado a lado de doña Claudia Puchuncaví; pasaron tío y sobrino juntos, es decir, Ascanio y Macario Viluco; muy al final caminaba Teodoro Yumbel del brazo de Albania Codahue; y, entre todos ellos, frailes y frailes y más frailes.

Entraron todos en el camposanto. Lorenzo y yo nos acoplamos al cortejo y penetramos también.

Bajamos todos al subterráneo. La puerta de él estaba custodiada por una serie de hombres que lucían sobre sus espaldas sendos sacos llenos de garbanzos. Luego se alineaban a lo largo de los corredores hasta encontrarse, los últimos, en el nicho N° 33514. En él fue depositado don Irineo. Junto con ser inhumado se acercó a él Palemón de Costamota e hizo una serie de gestos que yo veía por primera vez; Lorenzo, igualmente. Terminó sus gestos y se inclinó siete veces frente al nicho. Iba ya a dar la señal de retirada, cuando un tremebundo "Brrrrrrrrrr" nos obligó a todos a volver la cara: ¡era Baldomero Lonquimay quien avanzaba! Miró a diestra y siniestra y luego dijo:

—No hay ninguno vacío.

Entonces Desiderio Longotoma, surgido no sé de dónde, lo tomó de un brazo y le murmuró:

—Sí, mi amigo, aquí hay uno, justo al frente del que ocupa nuestro ex amigo, don Irineo Pidinco.

Hacia ese nicho avanzó Baldomero. Con una velocidad prodigiosa lo manipuló hasta convertirlo en una perfecta jaula. Luego sacó de los pliegues de su capa un lindo canario y lo echó dentro. El canario saltó y revoloteó. Después sacó una comadreja y la echó dentro. Miró satisfecho su trabajo. Entonces ordenó:

—¡Canta! ¡Trina!

El canario obedeció de inmediato: cantó y trino. Ha sido, sin duda, el más hermoso

canto de ave que yo haya oído en mi vida. En medio del silencio que guardábamos todos los acompañantes de ese cortejo, sus notas, sus trinos, se elevaban puros y retumbaban en las galerías subterráneas. Por fin calló y quedó sobre el palito que Baldomero había colocado en el interior del nicho. Fue lo que aprovechó la comadreja: de un brinco cayó sobre el avecita y, ante nuestro estupor, la devoró.

Baldomero proclamó:

-Todo ha sido hecho...

Y se alejó bufando un estrepitoso: ¡Brrrrrrrrrrrrrrrrrr...!

Se retiraron todos lentamente. Me despedí de Lorenzo. No sé qué impulso me retenía allí, junto al nicho N° 33514. Al cabo de un momento vino el silencio total. La comadreja dormía ahora profundamente haciendo la digestión de ese lindo canarito que tan, tan bien había despedido los restos del finado Pidinco.

Allí quedé, esperando. Pero esperando ¿qué? En esto meditaba cuando aparecieron, marchando por el largo corredor subterráneo, el doctor Hualañé, Florencio Naltagua y Rubén de Loa. Luego pude percatarme que eran acompañados por Marul Carampangue.

Cuando estuvieron a mi lado les pregunté de inmediato:

-¿Qué hacen ustedes aquí?

El doctor Hualañé me respondió por todos:

-Hemos venido a concentrarnos un instante ante el nicho de ese bueno y grande amigo que fue don Irineo Pidinco. Fue, don Irineo, un hombre demasiado atormentado, demasiado lleno de preocupaciones del más allá. Es lo que Palemón de Costamota y Tadeo Lagarto han aprovechado para cogerlo y llevarlo al sitio que ellos desean. Se han aprovechado, para ello, de esas llamadas Guaxas, el nombre usado por don Irineo. Se han aprovechado también de los innumerables frailes del Convento de los Jerónimos donde Pidinco reposó las últimas horas que estuvo aquí antes de ser sepultado. Ese facultativo de Amancio Cunco también fue aprovechado porque es de los que creen en complejos, vitaminas y antibióticos. Como usted puede ver, nada fue dejado al azar. Esto hay que destruirlo, amigo mío. ¿Cómo? Concentrándose un momento frente a sus restos mortales.

Así lo hicimos. ¡Ojalá haya tenido, esta concentración nuestra, un buen resultado!

45

Estoy en La Torcaza. Me vine después de los funerales de don Irineo Pidinco. San Agustín de Tango me fatigó de pronto. Sentí la necesidad de campo, de tranquilidad. Hice mis maletas y partí sin programa fijo ninguno. Hoy estamos a 26 de diciembre. Termina, pues, el año de 1959. Partí de allá, de Fray Tomate, el día 19 de noviembre. Hoy cumpla 38 días aquí. Han sido días de paz. Por las mañanas me despierto con el cantar de las aves. Por las noches apago mi luz no más tarde de las 10. Florencio Naltagua ha venido a verme varias veces; igualmente ha venido Lorenzo Angol. Pero yo quiero escribir, quiero verter al papel cuanto hay en mi mente. No quiero seguir según la cronología. Voy a entregarme, más bien, a la memoria espontánea, como ella venga, como ella haga aparecer nuestras charlas con Naltagua y con Angol y con esa niñita, esa linda niñita llamada Musa Cautín. Ya hablaré de ella como ella lo merece.

Tomba ha de llegar mañana. Ha estado, este último tiempo, en Viña y, naturalmente,

ha ido al Casino. La suerte la ha favorecido mucho. Ha ganado dinero. ¡Tanto mejor! Yo no frecuento ni casinos ni salas de juegos; me aburren soberanamente.

No quiero nada de distracciones. Quiero que resuene en mí la voz interior. No quiero distraerme como me distraje aquella vez que fui donde Florencio. Basta ya de cavilaciones mías sobre el Pasado, el Presente y el Futuro; no quiero que lleguen hasta La Torcaza esos vejetes que, bajo un castaño, conversaban sobre los peces magros y los frutos metélicos; no quiero recordar más que ahora no gozo de gran fortuna: La Torcaza... He tenido que arrendarla conservando yo, para mi uso, estas viejas y cómodas casas; tengo, además, un departamento en Fray Tomate; tengo mi tumba para ir en ella a dormir despierto; al lado dormirán, sin despertar, como esas piedras que vio Teodosia al ir, bajo los mares, a Borneo, dormirán los capitalistas. Ahora pueden resonar mejor los versos de Jorge Manrique. Tú, Florencio, me los evocas siempre. Fue al salir de tu casa donde los oímos. Claro está, los recuerdos mucho y siempre. Como recuerdo aquel que me evocó a Alfred de Musset, aquel *qui me ressemblait comme un frère*...

Pero en este hombre, en este casi igual a mí, creo que está esa lucha que hay en mi interior. ¡En ella está, en esa semejanza entre ambos, entre él y yo!

Así le hablé a Florencio. Le dije:

—Creo ser un hombre doble. Hay una parte en mí que quiere todo lo bueno; hay otra parte que quiere todo lo malo. Ahora veo, Florencio, que por eso abandoné San Agustín de Tango y me he venido a enclaustrar aquí en La Torcaza. Déjame contarte cómo fueron mis últimas horas allá.

Me respondió:

—Te escucho. Habla con calma y olvídate de que hay ciudades y más ciudades en el mundo.

Entonces hablé así:

—A raíz de los funerales del buen amigo de don Irineo Pidinco, caí yo en una especie de distracción absoluta, como aquella que sentí, el otro día, al ir a tu casa; cuando esos vejetes hablaban de peces y frutos, cuando... En fin, tú lo sabes. Era algo igual ahora en mi mente. No veía en mí al hombre sensible, al que tanto quería don Irineo. El hombre que había en mí se iba a revolotear en pequeñas fantasías. Imaginé países y más países. Creo que pensé en Sulandia y en otros países más. Pensé en Paraguay... ¿Te das cuenta, amigo mío? Le puse su superficie y le inventé una gran población, no muy grande, pero en fin, gran población. ¿Para qué voy a contarte más sobre lo que pensé e imaginé? Pensaba e imaginaba, ello se iba y, me pareció, cuando estaba lejos me hacía recordar la lucha que había en mí. Pero no lograba saber de qué lucha se trataba; no, no lo lograba...

Florencio me dijo pausadamente:

—Tal vez era Onofre Borneo el que te distraía con esos tantos pensamientos.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté intrigado.

—Tú me acabas de decir que crees ser un hombre doble. Entonces tiene que haber uno que, como lo has dicho, desea ir hacia todo cuanto es negativo. A ese lo llamo "Onofre Borneo".

—Bien; tú lo llamas así. Y el otro, ¿quién es; cómo lo llamas?

Florencio me respondió con gran seriedad:

—Juan Emar.

—En San Agustín de Tango me he encontrado con Malvilla. Lo he mirado y algo

comprendí al verlo. Malvilla es otra vida, tiene otras finalidades, va hacia otros objetivos. Malvilla tiene otras deudas que cancelar. Está en otro paréntesis que hace su marcha.

Florencio agregó:

–Igual cosa podrías decir de Desiderio Longotoma. Tú sabes cuánto lo estimo. Porque veo claramente ese paréntesis en que él vive y se desenvuelve.

–¿Crees tú que él lo ve?

Respondió:

–Creo que no. Está demasiado ocupado en cancelar lo que tiene de cómico, de grotesco esta vida. He dicho “cómico” porque siempre ríe Desiderio.

Pregunté entonces:

–¿Y qué piensas tú de Baldomero Lonquimay?

–Baldomero –me respondió– es la vorágine. Baldomero corre, se precipita bufando. De pronto se detiene y lanza sus ojos hacia el más allá. Pero no alcanza a verlo pues se le escabulle. Una hormiga lo hace detenerse; o lo hace detenerse la placidez de doña Clea Purén; o el recuerdo de doña Nora de Bizerta y Ofqui; o un pequeño remolino en el viento que le impide seguir tras la muchacha que ha divisado; o el concepto de su no relatividad, siendo que el mundo entero es relativo... Cualquiera cosa que tenga una rendija hacia lo inconmensurable, lo ha detenido y lo ha sumergido en meditaciones fugaces y relampagueantes.

“El otro día pasó junto a mí, veloz como un bólido. Llevaba un papel en la mano. Creí que no me había visto. Pero de pronto se detuvo y me llamó. Exclamó:

–“Esto es lo que hoy en día acaece. Leedlo. Y, una vez que lo hayáis leído, conservadlo cual sagrada reliquia.

“Y el hombre se alejó bufando.

Florencio extrajo de su bolsillo ese papel de Baldomero y me lo alargó. Lo leí. Decía así:

Nuestro Embajador, don Teodorico Junín, nos habló sobre un gran pintor. Refirióse, en especial, a una tela, tamaño natural, de una cabeza de anciano.

–Es aquello –nos manifestó– de una técnica desconcertante. En ella el maestro ha ido hasta donde nadie se había atrevido a ir, pues en las sombras va más allá del violeta. Llega al verde.

Cuando murió nuestro Embajador, don Teodorico Junín, un grupo de artistas pidió a la Facultad de Medicina se hiciera la autopsia del ilustre cadáver.

La petición fue aceptada y se procedió en el acto a abrir el testículo izquierdo del Embajador. Junto con rasgar el bisturí la bolsa, salió de dentro una cucaracha. La estupefacción paralizó a los cirujanos. La cucaracha marchó a lo largo de la mesa de operaciones, bajó por una pata al suelo y, corriendo hacia un rincón, desapareció por un hoyo.

–¡Atájenla! ¡Píllenla! –despertaron de su estupor los facultativos.

Era tarde. Era tardísimo. Allí quedaron azorados. No se volvió a ver nunca más a la cucaracha.

Se procedió, entonces, a la sepultación de los restos del Excelentísimo señor don Teodorico Junín.

Al día siguiente partió Florencio prometiéndome volver cuanto antes. Iba a sus trajes misteriosos y, para ellos, necesitaba ausentarse unos cuantos días.

Fui a dejarlo a la estación Comepumas. Al volver solo pasé, cortos instantes, a la chacra Lo Arrate, vecina de La Torcaza. Ahí, en un rancho rústico y muy bien acomodado, vi, por primera vez, a esa que siempre llamo la linda Musa Cautín. Hablamos dos o tres palabras. Estaba con ella su madre y otras mujeres más. Musa tiene 17 años; la miré mucho, por cierto que con el mayor disimulo; ella iba y venía atareada en pequeños quehaceres. Me miraba de cuando en cuando. Por fin sonrió. Al despedirnos le apreté la mano. Ella bajó los ojos.

Fines de noviembre.

Sigo en la lucha indecisa, en la lucha al parecer sin objetivo pues no se ve enemigo alguno.

Cuando estaba Florencio conmigo, hablamos de miles de cosas sin mayor importancia, como fueron esos comentarios sobre la mente mía siempre vagabunda; sobre el eufórico Malvilla; sobre Desiderio y sobre Baldomero agitando en su mano el papel de la autopsia que le hicieron al Embajador don Teodorico Junín.

Sobre todo lo que charlábamos, brillaba algo como un hecho principal. Era un brillo que de pronto se nublaba y yo entonces dejaba de percibirlo. Luego volvía a aparecer. Y la voz de mi amigo Naltagua resonaba en mi interior:

“Onofre Borneo... Juan Emar....”.

Por fin, el día 29 vi claro. Lo vi estando en cama, momentos antes de dormir. Vi el esquema que tenía que seguir:

Matar a Onofre Borneo; dejar campo libre a Juan Emar.

Comunicaría esta resolución mía a Florencio. Al despertar, al día siguiente, mi cabeza bullía de proyectos. Sería una lucha muy ardua. Porque Onofre no se dejaría vencer fácilmente. Tenía ya en mi cuerpo miles de hábitos que irían a aferrarse despiadadamente para no ceder ni un ápice de terreno.

Juan Emar, tendría que arrebatarse el sitio por sorpresa.

¿Qué sitio? ¿El sitio de quién?

Recuerdo que dije a Florencio que yo creía ser un hombre doble. Él, tal vez, ya lo ha visto. Ahora creo que todos, todos los hombres, somos dobles. Porque hay dos entidades dentro de nosotros que luchan y luchan. Meditemos..., meditemos...

46

ONOFRE BORNEO: —Bastaría con tener un poco de destreza. De este modo podríamos afrontar y manejar a nuestro antojo a los tantos personajes que se presentan. Así viviríamos plenamente felices. No debes matarme. Yo te soy de gran utilidad; yo te deparo muchas dichas que, sin mí, te serían desconocidas. Debes pensarlo bien, debes meditarlo con cordura.

JUAN EMAR: Quiero que aflore, sin tropiezos de ninguna especie, esa persona que hay en el fondo mío. Quiero manejar yo la vida y así cancelar lo que aún no he cancelado. Tú me estorbas, tú me llevas a otros parajes que no son los míos y en los cuales me siento como un verdadero intruso. Y yo quiero ser yo, nada más que yo.

ONOFRE BORNEO: ¿Y quién eres tú?

JUAN EMAR: Soy un contemplativo que vive ante la imagen de una estatua hierática y viviente.

Soy un trabajador que vierte su arte guiado por una necesidad interna que a ello lo empuja.

Soy un investigador de los infiernos impulsado por el recuerdo lejano de cientos de mujeres de fuego que hubo en mi pasado.

Necesito el mando total. Necesito que te marches lejos, lejos. Porque, ¿quién eres tú?

ONOFRE BORNEO: ¿Yo? ¿Quién soy? Soy, únicamente, la parte tuya de la cual no podrás deshacerte. Porque, no me lo niegues, tú amas también el alcohol. Yamas un poco de coca, un poquitín de esa nieve que saca del embrutecimiento del demasiado trago. Por eso amo a Malvilla. Y cuando una orquesta prorrumpa con un tango, amo a mi amigo Lorenzo Angol. Y amo..., amo...

JUAN EMAR: ¿A quién? ¿Acaso sigues amando a las mujeres? ¿Acaso piensas olvidar en sus brazos tus preocupaciones? ¡Tus preocupaciones...! ¡Si acaso las tienes...!

ONOFRE BORNEO: Sí, Juan Emar, las tengo. Cuando las veo venir, huyo de ellas, huyo como un escapado de los infiernos. Huyo y... ¿Adónde crees tú que voy, adónde crees tú que me lleva esta huida desafortunada? ¿No lo adivinas? Te lo diré quedamente, te lo diré en voz baja, bajísima. Óyeme bien, abre bien tus oídos y entonces lo sabrás.

JUAN EMAR: Te escucho.

ONOFRE BORNEO: Huyo hasta caer en los brazos de una mujer dulce, de una linda mujercita que sepa sonreír y que baje los ojos abochornados apenas ha sentido que una mano masculina ha retenido su mano femenina. ¿Me has entendido?

JUAN EMAR: Esas son cosas que suceden y nada más, nada más. Son cosas que las obliga a hacer una tradición tan vieja como la misma humanidad. Ellas, las mocosuelas que se abochornan cuando han sentido una mano que les retiene la suya, ellas, minutos más tarde lo han olvidado, completamente olvidado.

ONOFRE BORNEO: O quedan soñando y, a veces, contemplan esa mano como si de ella fuese a salir el deseo y abrazarlas enteras.

Óyeme, Juan Emar, aquí, cerca de aquí, a un paso de aquí, hay una linda mocosuela, una preciosa chiquilina. Tú la conoces pues ella ha bajado los ojos al contacto tuyo. Tú sabes cómo se llama: Musa Cautín. ¿Verdad? Tú creías que con tu matrimonio con esa bella mujer que es Tomba Montbrison, habías desechado a todas las demás mujeres de este mundo. ¿Verdad? Tomabas un deseo hipotético que hay en ti, por una realidad. Y pusiste un punto final antes de tiempo. Olvidabas que yo existía, sí, yo; y olvidabas que también existía Musa Cautín.

JUAN EMAR: ¡Me aburres con tu Musa Cautín! Ahora no tengo necesidad de ella, no, no la tengo. Ahora veo que puedo ya ir pensando de otro modo. Antes... Sí, lo diré y lo repetiré cien veces:

Antes necesitaba sensaciones fuertes, muy fuertes, para que algo se moviera en mí. ¿No es ésta la causa de mi vicio alcohólico?

Al mismo tiempo había algo o alguien en mí que se desesperaba con esas sensaciones. De ahí venían mis arrepentimientos, esos insoportables decaimientos.

Ahora, no. Empiezo, apenas, a encontrar la felicidad en las pequeñas cosas, en esas cosas que, para la vida de un tercero, son casi nada.

ONOFRE BORNEO: Es una pequeña cosa recostarse en los brazos de una mujer, de una mujer joven y hermosa. Y dormirse ahí. Ella, Musa, bien podría ser esa mujer. Musa es dulce y, por cierto, te quiere. Por eso se abochorna, por eso caen sus ojos al contacto detenido de tu mano.

¡Qué linda es esa muchacha!

SÍ, sí, no lo niegues. Le daríamos un beso interminable. Un beso dado por ambos. ¿Para qué quieres matarme? ¿Para qué?

JUAN EMAR: Para vivir libre de tu peso avasallador; para no tener que seguirte en tus juergas interminables; para no tener que esperarte junto a un farol nocturno y verme obligado entonces a recordarte el que creo que es tu deber: ¡obedecerme!

Yo quisiera vivir en otros estados de conciencia; quisiera que estos estados fueran la forma habitual de mi ser. De este modo me separaría totalmente de las masas, de esas masas que, guiadas siempre por la actividad de un egrégor, siempre están dispuestas a destruir y a aniquilar cuanto un hombre individual logra producir.

Sueño con un rincón de paz. Que en él se anulen los ruidos del mundo. Otras formas de vida empezarían a aparecer junto a mí. A ellas iría, a ellas me entregaría de pleno. Y no oiría más tu voz, nunca más tus llamados y tus incitaciones a ir a conocer este mundo.

¡Basta ya del mundo! Sé que el verdadero mundo está dentro de mí; sé que debo despartarlo y a él entregarme.

ONOFRE BORNEO: Y una vez que a él te hubieras entregado... harías una seña... y junto a ti vendría, suavemente, dulcemente, con una sonrisa en sus labios y una lágrima en sus ojos; vendría a tu lado... ¿Sabes tú quién?

JUAN EMAR: Sí; lo sé. Vendría otra concepción de cuanto me rodea y esta concepción me cogería y, tomándome de una mano, me haría avanzar hacia las regiones del supremo misticismo.

ONOFRE BORNEO: No, no, Juan Emar, no. A tu lado vendría una mujer. ¿Musa Cautín? Tal vez. O bien otra y otra y otra. Vendrían todas, vendrían esas que el difunto don Irineo Pidinco llamaba las temibles Guaxas. ¿Crees tú que sean tan temibles como él las veía? Yo no lo creo. Son mujeres como todas, como todas. Sólo que el destino... o el karma... o los egrégores... ¡Basta de jugar con las palabras! Prefiero la palabra karma. Entonces diré que el karma de ellas las ha llevado a convertirse, hoy por hoy, en unas Guaxas. Nada más.

JUAN EMAR: Pero en el fondo de ellas vive la mujer, vive la mujer pura e inocente que espera un llamado y a ese llamado ella, sumisa, obedecerá.

ONOFRE BORNEO: Como ha de obedecer Musa Cautín.

JUAN EMAR: ¡Basta de esa mocosuela! Yo, Juan Emar, quiero la soledad, la soledad más absoluta, porque la soledad no existe. La verdadera soledad está más poblada que el sitio más poblado de este mundo. La pueblan otros seres, otros que, acaso, veía, de tarde en tarde, el pobre don Irineo Pidinco. Pero estos seres se esfumaban y él quedaba solo frente a una Guaxa. Conmigo no se esfumarán jamás. Seremos amigos; la cordialidad reinará siempre entre nosotros. Porque yo amo esa soledad poblada; amo hablar el lenguaje que allí se habla. ¡Fíjate, Onofre, fíjate bien! No hay necesidad alguna de someterse a ninguna lógica porque la lógica está más arriba, en otra región. Quien te oyera diría que tú estás en un completo desvarío. Quien te oyera... Es decir, si tú me oyeras, si tú, la gente que ama las juergas. ¡Tú y tu famosa y bella Musa Cautín!

ONOFRE BORNEO: Tienes razón, tienes toda la razón: Musa Cautín es muy bella. Es joven,

es espontánea, es una mujercita al ciento por ciento. ¿Me has entendido, Juan Emar? Una mujercita al ciento por ciento.

JUAN EMAR: ¿Qué llamas tú eso de una mujercita al ciento por ciento? Explicáte mejor. Sí, te escucharé.

ONOFRE BORNEO: Oye: Musa Cautín se entregará a ti porque sí, por una excitación momentánea, porque todas las mujeres hacen lo mismo y se entregan. Lo hará... como si tal cosa. Tal vez no piense más en ello, en esta repentina entrega de su cuerpo. ¡Ea, Juan Emar, ea! Ve hacia Musa Cautín. Ve hacia ella y tómalala en tus brazos. Los labios se juntarán solos, sin que ni tu voluntad ni la suya entren para nada. ¿Me oyes? ¡Solos, solos! Y tú, Juan Emar, habrás tenido una mujer más en tu vida. Una mujer..., una mocosuela... una púber recién venida al mundo... ¡Cuánto podrás soñar después! ¿No sientes que ya tu sangre hierve entera? Sí, vamos, vamos, vamos...

JUAN EMAR: Vamos, vamos. Será la última vez que te obedezco. Vamos, vamos. Pero te dominaré, ¿oíste? ¡Te dominaré y te venceré!

ONOFRE BORNEO: Te dominaré...; te venceré. Vamos, vamos a ver a esa Musa. Si no vas de inmediato... te obligaré a no poder pensar más que en ella, en Musa Cautín. La transformaré en un leitmotiv de tu vida, de todos los momentos de tu vida. Camina, avanza, Juan Emar. Lo Arrate está aquí cerca, muy cerca. Y, tú lo sabías, ella, Musa, está sola ahora, sola en el galpón al lado de la casa en que la conociste.

JUAN EMAR: Es verdad. Está sola ahora en su casa, en el galpón que hay al lado de su casa. Lo Arrate está cerca. Iré, iré un rato y luego volveré. Es verdad que ella, Musa, me había dicho que estaría, como está siempre, en el galpón de al lado; y que estaría sola, como es la costumbre. Tiene algo que hacer ahí en ese galpón. Lo había olvidado...

ONOFRE BORNEO: Pero yo no lo había olvidado. Yo tengo un rinconcito en mi mente donde se albergan todos los recuerdos que tú tratas de olvidar. A un momento dado, ¡aparecen! Tú obedeces, entonces, Yo... ¡canto gloria!

JUAN EMAR: Yo cantaré gloria, sí, la cantaré. Cuando todo a mi alrededor sea la paz misma y yo vuelva a ser, para siempre, el que he sido de cuando en cuando. Cuando yo bendiga estas casas que ahora me son insípidas, insípidas...

ONOFRE BORNEO: ...insípidas porque no me obedeces, porque tardas en seguir mis consejos. ¡Y es tan linda Musa Cautín!

JUAN EMAR: Sí, es muy linda Musa Cautín. Baja los ojos al sentir mi mano en la suya... Pero yo triunfaré, triunfaré de ti, Onofre Borneo. No volverás a tener entrada al templo de mi alto espíritu. Dentro de él estaré yo de rodillas. Yo y nadie más que yo.

ONOFRE BORNEO: Ahí está la camioneta de tu arrendatario. Sube en ella y él te encaminará hasta Lo Arrate. Ahí te vas a despedir de él y..., y...

¡¡Musa Cautín!!

Don Ildefonso Cobija, ¿sería usted tan amable de llevarme hasta Lo Arrate? Sí, aquí al lado.

DON ILDEFONSO: Por supuesto, amigo mío. Suba, suba usted. Volveré por el atardecer. Si usted quiere lo paso a buscar.

ONOFRE BORNEO: ¡Oh, no, don Ildefonso! Volveré a pie. Una caminata me hará bien.

Y partimos juntos hablando sobre las próximas cosechas y halagándonos mutuamente por el buen tiempo reinante, por la bondad de las tierras de La Torcaza, por la puntualidad con que él me pagaba el arrendamiento.

Mientras íbamos en la camioneta de don Ildefonso Cobija, yo pensaba:

“Juan Emar es un candidato hacia la Magia Blanca; Onofre Borneo es un candidato hacia la Magia Negra.

“Porque Onofre Borneo quiere el goce desenfrenado. Y tiene la seguridad que, desde este goce, el mundo le presentará otros aspectos ya entrevistados y ahora olvidados.

“¡Vamos a ese goce! ¡Ven a mí, tú, Musa Cautín!

–Estamos en Lo Arrate, don Onofre. ¿Quiere usted bajarse aquí? –fueron las palabras de don Ildefonso.

–Sí –le respondí–; estamos bien aquí.

Me bajé y vi perderse la camioneta. Al fondo estaban las casas de Lo Arrate; cerca de mí, el galpón. A éste me dirigí. Abrí suavemente la puerta y miré la oscuridad ahí reinante. Al cabo de un instante la vi. Interrumpió su trabajo al verme. Exclamó a media voz:

–¡Oh! ¿Es usted?

–Sí –contesté–; soy yo. Y aquí estoy. Musa –agregué– es usted la más linda de las mujeres que he visto.

Ella se abochornó y susurró:

–Mentiroso...

Le tomé una mano. Se la apreté. Ella apretó la mía. Y, sin más, cayó en mis brazos y nuestros labios se juntaron. Luego nos separamos lentamente, con los ojos fijos en los ojos. Hasta que nuevamente ella se ruborizó. Le pregunté para que el aire, que en un momento pareció faltar, volviera a soplar y, con su fresco, nos pusiera sobre esta tierra:

–¿Qué trabajo está usted haciendo aquí?

Sonriendo me mostró una especie de telar. Me dijo:

–Estoy haciendo una manta, una especie de chamanto. Es para un sobrino mío. ¿Lo ve bien?

Al avanzar a verlo volví a tomarla en mis brazos. Nos miramos unos instantes. Otra vez nuestro labios se juntaron en un beso largo, en un beso interminable.

Mientras la besaba, mis manos recorrieron su cuerpo entero. Ella, con los ojos entrecerrados, se dejó acariciar. Sus fuerzas, sentía yo, se debilitaban. Cayó de espaldas sobre un montón de sacos. Caí sobre ella.

Y así fue cómo Musa Cautín se entregó y yo la poseí.

Salí dichoso de aquel galpón. Ella, sonriendo, levantó su mano y así me dijo adiós. A pasos lentos caminé, entonces, por el rayo de un sol sin piedad. En cada sombra que arrojaba un árbol cualquiera, me detenía y respiraba hondamente. ¡Oh, Musa, mi Musa! ¡Cuánto, cuánto te quería! Te llamé en voz alta, varias veces te llamé. Y, me acuerdo, que como tú en el galpón al partir yo, como tú también sonreí. Entonces apareció Onofre Borneo y me gritó:

–¡Cantemos gloria!

Le contesté de inmediato:

–¡Sí, cantemos gloria! ¡Y seamos siempre felices!

–¡Siempre felices, siempre! repitió.

Y juntos seguimos nuestra marcha de regreso a las casas de La Torcaza.

Tarareábamos una canción. Bendecíamos ese calor sofocante. Y ambos reíamos de nuestras canciones y del calor.

Un, dos; un, dos; un, dos; un, dos...

Así marchaba yo por el calor. Así, a mi lado, marchaba el grande de Onofre Borneo.

Uuuun... dooos – uuuun... doooooos...

Disminuía nuestra marcha. Ahora apenas nos movíamos. Nos paramos a la sombra de una enorme encina. Entonces Juan Emar habló:

–Siéntate. Cómodamente siéntate. Te noto algo inquieto. Te atormenta el recuerdo de esa chica, de Musa Cautín. Tienes toda la razón de inquietarte, toda la razón.

–¿Por qué? –pregunté con cierto temor.

Juan Emar me respondió:

–Porque has visto, has sentido, por encima de ella, sí, lo has visto dominándola en su más absoluta inconsciencia, has visto al egrégor sexual que ha obrado en ti y en Musa. Y a ella la has visto como un insectillo que obedece a su instinto, nada más que a su instinto, sin siquiera tener la duda de que aquí estamos para luchar justamente contra todos los instintos.

Reflexioné un rato. Luego argumenté:

–Tadeo Lagarto ha dicho una y mil veces que el instinto es mayor que toda inteligencia individual. Es lástima que no pueda hallarse con nosotros don Irineo Pidinco.

Silencio. Largo silencio. Me cubrí el rostro con ambas manos. Juan Emar puso su diestra sobre mi espalda. Yahí, bajo esa gran encina, dejamos que los minutos pasaran sin nosotros.

La paz reinaba bajo aquella enorme encina. Yo sentía que, poco a poco, iba quedando ajeno a esa paz. Un tiuque se posó por tierra y me miró altivo. Caminó y volvió a mirarme; luego devoró una oruga y emprendió el vuelo. Arriba, por entre las ramas de la encina, piaban algunas currucas. A lo lejos veía algunos vacunos que pastaban. Juan Emar me murmuró:

–Onofre Borneo desea ir hacia la Magia Negra.

–¿Por qué? –pregunté intrigado.

Me contestó:

–Porque va tras el goce desenfrenado. Una fuerza ciega lo impulsa cuando ve alguna mocosita accesible; una mocosita que baja los ojos y, muy en su interior, se estremece. Tal ha sido el caso de esa linda chicuela, de Musa Cautín. Ella se ha entregado por que sí, porque sí, porque todas ellas hacen lo mismo; casi diría yo: por dejación... ¿No lo crees tú?

Argumenté:

–A ella, a Musa Cautín, ¿no le ves tú un indicio del goce desenfrenado, una inclinación hacia la Magia Negra?

–No –fue la respuesta de Juan Emar–. Para ella, la Magia Negra es tan extraña como lo son..., digamos: esos países que hay en las antípodas del nuestro...; como lo que bulle en la mentalidad de un inmóvil asceta hindú que queda, por meses y por años, en completa inmovilidad; como son los hondos problemas psicológicos que debaten los sabios de este mundo: como Einstein llegando, gracias a sus cálculos, a la idea de la relatividad; como Colibrí Cunico volando con Eufobina y con Rubí Colliguay por el plano astral, en medio del estupor de don Irineo Pidinco; como los pensamientos que se agolpaban sobre Fra Angelico allá en su celda de Florencia cuando, dulcemente, pintaba entregado a Dios; como...

—¡Basta ya, Juan Emar! Ya lo sé: Musa Cautín está tan lejos de la Magia Negra como nosotros estamos de la antigua civilización del viejo Egipto. Ahora estoy pensando en algo: don Irineo tenía acaso razón al ver esas Guaxas por todos lados.

Juan Emar rió. Por fin me preguntó con cierto aire irónico:

—¿Crees tú en una Guaxa al recordar a tu Musa Cautín? No, amigo mío, no. Me haces reír con esta historia de las Guaxas. Ella está tan lejos de esas mujeres que atacaban a don Irineo como lejos está de la civilización medieval un gato, un gato cualquiera que, de pronto, fija su vista en algo que se mueve. Así es la cosa, mi querido... Onofre Borneo. Porque tú seguirás llamándote así: Onofre Borneo. Es tu nombre oficial. El nombre de Juan Emar lo dejaremos más alto, mucho más alto. Lo dejaremos como una inspiración que siempre estará dispuesta a visitarte. Sí, Onofre, siempre dispuesta a dirigir tus pasos de fondo. Tú le obedecerás. Tú te dejarás guiar de la mano. ¡Qué lindo será ver a Onofre Borneo guiado por Juan Emar!

Me levanté y penetré nuevamente en el calor reinante. Caminé por el Sol. Juan Emar me dijo:

—Tenías que pasar por eso: tenías que poseer a Musa Cautín. Porque yo jamás he renegado de tu cuerpo. Tu cuerpo tiene las necesidades que tiene todo cuerpo humano. Tú sabes que sin el cuerpo desaparecerías. ¡Hay que darle su sustento! ¡Volverás a ver a la linda Musa! Y en un beso eterno, eterno, ¡eterno!...

En un beso eterno te volveré a querer. Y seremos dichosos.

Olvidaremos el mundo mientras las lenguas se acarician...

Un, dos; un, dos; un, dos...

Así marchábamos. Onofre Borneo y yo. ¿Yo? ¿Quién soy yo? Yo eres tú, Onofre Borneo. Porque Juan Emar ha ido a vagar por las nebulosas, por las galaxias, a viajar por la constelación de Andrómeda, que se halla a 800.000 años de luz para que a ella no llegue ni un solo ruido de los que se producen aquí en esta Tierra bulliciosa. Podrás entonces descansar sumido en una larga contemplación de los millones de soles que te rodean, ¡oh, mi grande y bueno amigo, Sulpicio Calatambo! Esos 800.000 años de luz los sentirás al lado, lado a lado, formando uno solo con los soles de esta galaxia de la Vía Láctea. Porque todas las galaxias son sólo una galaxia que está dentro de nosotros...

Sí, sí, dentro de nosotros. Cuando nuestro cerebro se amplifica durante al momento de la amplificación suprema. Cuando se goza y se goza contigo, ¡Musa Cautín!

Ya lo he dicho y ahora lo repito: todo esto necesita de un cuerpo para poder vivir, para poder ser. Este cuerpo no es otro que este cuerpo, el de Onofre Borneo. Porque fue el cuerpo de Onofre Borneo el que gozó en brazos de Musa Cautín. Tú, Juan Emar, llorabas en aquel momento... ¡mientras nosotros gozábamos!

Porque tú lloras, Juan Emar cuando es Onofre Borneo el que vive. Como tú lloras, Onofre Borneo, cuando es Juan Emar el que penetra en la vida...

Quiere decir que tendré que vivir con un horrible sufrimiento junto a mí. Florencio Naltagua me explicará esto de tan agudo sufrimiento.

Ahora lo recuerdo: Florencio me habló de esto. Yo, apenas lo escuché. Pero sus palabras penetraban en mi mente. La prueba es que ahora aquí están esas sabias palabras. Fue una vez en su casa. Florencio manifestó:

Es la tragedia de los que no alcanzan a zafarse de un punto alto que han vislumbrado. Este punto los atormentará día y noche pues por él quedan marca-

dos. Y sobre él, sobre este punto, cabalga Palemón de Costamota, siempre tras el infortunado que, en vano, huye y huye.

Seguí mi marcha por el suelo asoleado.

De pronto me detuve a mirar una nube blanca, una gran nube que se destacaba sola sobre el cielo azul. Era una nube enorme. Allí estaba con sus contornos nítidamente delineados.

¿Cuá es la verdadera nube?

No puede ser sino esa que veo, esa mancha espesa y blanca como la nieve. ¡Sí, sí! ¡Eres tú, tal cual te veo! Sentí deseos de caer de hinojos ante ella. No lo hice porque un zumbido de motor me distrajo, un zumbido lejano que bajaba del cielo. Miré, busqué y al fin lo vi: un avión que pasaba. Iba directamente sobre la nube. Llegó a ella y la atravesó.

Un pasajero exclamó:

—¡Demontres! ¡Otra neblina tenemos!

El piloto susurró.

—Ya pasará, señor. Es una pequeña nube y nada más.

Una neblina..., una ligera neblina que pasará. El cielo está siempre lleno de estas neblinas. Bueno; pasan y vuelve el puro azul.

Piloto, te has equivocado; señor pasajero, se ha equivocado usted; toda la tripulación de ese avión se ha equivocado.

Porque la nube es aquella que yo veo; la blanca, la pura, la espesa; sola en medio del cielo azul.

Seguí mi marcha por el suelo asoleado.

Iba ahora solo, solo. Juan Emar se había marchado lejos, muy lejos. Yo era algo que marchaba por el calor y que era denominado Onofre Borneo; sí, Onofre Borneo, oficialmente; Onofre Borneo, el amante de ella, de ella mi Musa Cautín; Onofre Borneo, casado con Tomba Montbrison; Onofre Borneo que marcha solo, solo, por un largo camino lleno de polvo y de rayos de sol.

Marchemos. Lleguemos a ese rancho. Aprovechemos la última sombra antes de que se oculte el Sol.

Llegué al rancho. Un perro ladró. Un gato, que estaba sobre el marco de una ventana, me miró y saltó hacia el interior de aquella habitación o aposento sucio, muy sucio, me pareció al verlo de fuera.

Una vieja salió de aquel aposento. El perro se acercó a ella y empezó a hacer mil cabriolas de cariño. El gato pasó sereno por el fondo sin preocuparse de nada y luego desapareció.

Yo sentí horror por ese perro, por todos los perros del mundo. Sentí, al mismo tiempo, una atracción indomable por la suave aristocracia de los gatos. Lo llamé varias veces. No se dignó volver su vista hacia mí. En cambio el perro me miró y meneó varias veces la cola. Porque el perro estaba en plena vida nuestra, preocupado por nuestros movimientos, por nuestro estado de ánimo que, de pronto, podía transformarse en una mala palabra, en un chicotazo; podía transformarse en una caricia y en un pedazo de pan.

El gato está por encima de esto. Está preocupado en pasear su enigma, porque él mismo es el enigma.

Los hombres no quieren enigmas, los hombres quieren animales que a ellos los alaguen por su parecido con ellos mismos. Entonces, el perro. Pero cuando el hombre refle-

xiona, cuando se deja mecer por el más allá... entonces sí, venga el gato, acurrúquese junto a nosotros, ronronee y finja dormir.

Tal vez en ese momento se abra una puerta de otro mundo.

Seguí mi marcha. Divisé las casas de La Torcaza. El Sol enviaba sus últimos rayos. Ya Musa Cautín habría terminado su trabajo y se habría recogido a su casa. Me detuve unos instantes a respirar hondamente el crepúsculo.

De pronto, de entre mis pies, surgió una culebra. Huyó con pasmosa velocidad, contoneándose a ras de tierra como se contonea una mujer gitana; una mujer negra y joven; como, sin duda, tú te contoneabas Tina Maracá llena de garbo. Por eso enloqueciste a mi amigo Lorenzo Angol. Mirando a esa culebrita que escapaba, pequeña culebra de no más de medio metro, quedé inmóvil y alcé una mano. ¿Para qué? Fue una bendición a las regiones que entre medios sueños modula el gato; regiones en que las nubes blancas conservan su blancura espesa antes de convertirse en una niebla para los aviones que las cruzan; regiones en que ruedan los millones de soles con estupor de Sulpicio Calatambo; regiones que tratan de perforar los viejos Magos Negros para elevar sus goces de manera desenfrenada; regiones en que tú te hastías, Juan Emar; sí, te hastías porque en ellas, esas benditas regiones, guardan a la más bella de las bellas, te guardan a ti, mi Musa Cautín...

48

Miércoles, diciembre 16 de 1959.

Estoy ya en cama aquí en el fundo de La Torcaza. He vuelto a hacer diario porque el día de hoy debo marcarlo; no quiero que él se pierda entre el común de todos los días. Hoy ha sido un gran día. Te bendigo y sobre tu recuerdo dormiré.

Hoy: Musa Cautín ha sido mía.

Hoy dormirás tú, mi linda Musa, junto a mí. Sé que allá, en tu casa de Lo Arrate, tú piensas en mí como yo aquí pienso en ti.

¡Sí! ¡Bebamos una copa! Tengo aquí una botella de pisco. Te serviré y yo también me serviré. En tu ausencia, beberé tu copa. Y luego beberé una más por Onofre Borneo, ¡por el triunfo que ha tenido Onofre Borneo!

Tú, Juan Emar, vaga y vaga por las más lejanas de todas las constelaciones habidas y por haber.

Nosotros, mi Musa, iremos también a ellas sin movernos de aquí, sin separar nuestros brazos que se abrazan con pasión.

-¡Salud, Musa Cautín! ¡Bebo por ti!

-¡Salud, que yo también bebo por ti!

-¡Salud, viejo amigo que no me has abandonado; salud, Onofre Borneo!

Jueves, diciembre 17 de 1959.

He visto el campo por primera vez en mi vida. Antes todo lo que ahora percibo y respiro hasta el fondo de mi ser, me quedaba inadvertido. He visto una flor amarilla brillar como el Sol. Me he quedado largo rato mirándola y he sido arrancado de esta contemplación sólo al profundo resplandor que lanzaba una roja, una granate tunquinela junto a una serie de claveles rosados.

Mañana volveré a verte, Musa querida; volveré a tu galpón.

Pensar en nuestros labios unidos, es la mayor felicidad que hoy día puedo tener.

Viernes, diciembre 18 de 1959.

Don Ildefonso Cobija me ha llevado nuevamente a Lo Arrate. Me he despedido de él como el día 16. Pasé presuroso al galpón. Ahí estaba Musa inclinada sobre su telar. Me acerqué a ella y le dije:

-Musa, Musa, niñita linda entre las lindas.

Ella, sin levantar la cara, me contestó:

-Déjeme trabajar.

Quedé perplejo. Al fin avancé hacia ella y traté de tomarla entre mis brazos. Ella me rechazó y se esquivó.

-¡Pero Musa! -exclamé-. ¿Que no sabes que te quiero y sólo a ti en el mundo?

Ella me contestó poniéndose a la defensiva:

-Le he dicho ya que me deje trabajar. Si sigue molestándome me voy de aquí.

-Pero dime una palabra siquiera. Después podrás hacer lo que quieras. ¡Dime, Musa, qué te pasa! ¡¿Por qué has tenido un cambio semejante?!
Volvió a sumirse en su telar. Dijo únicamente:

-Yo soy así. ¡Ya! ¡Y váyase y déjeme en paz!

Quedé en silencio. Por fin dije:

-Bueno; me iré. Hasta luego, Musa.

Silencio completo de parte de ella. Seguía en su trabajo. Pasaba hebras y más hebras que estiraba y después parecía que las amarraba.

-Adiós, Musa, adiós -dije una vez más.

Silencio de ella.

Llegué lentamente a la carretera. Venía de vuelta don Ildefonso que se detuvo apenas me vio. Subí con él.

-¿Ha hecho usted, don Onofre, cuanto tenía que hacer?

-Sí, don Ildefonso, he hecho cuanto tenía que hacer.

Lunes, diciembre 21 de 1959.

Un telefonazo de Florencio Naltagua. Me anunciaba su venida a La Torcaza para mañana 22.

¡Bueno, muy bueno que venga! Le contaré esta extraña actitud de Musa Cautín. Él me oirá y luego me hablará de otros temas. No creo que haga alusión alguna a ella. Pero sus otros temas me harán salir de la imagen de esta mujercita que fue la linda durante unos pocos días y que hoy ha desaparecido de mi vida trabajando en su manto o manta o chamanto en el telar.

Martes, diciembre 22 de 1959.

Hoy, por la mañana, ha llegado mi viejo amigo Florencio. Hemos almorzado juntos hablando frivolidades en medio de una muy grata espontaneidad. Estuvo con Lorenzo Angol que le prometió, y le pidió me transmitiera el recado a mí, que haría lo posible por llegar hasta aquí. Aún no sabía cuándo sería este viaje.

Después nos sentamos a la sombra de los árboles. Florencio habló, habló mucho. Yo escuchaba haciendo, de tarde en tarde, alguna observación que me parecía atinada.

La imagen de Musa Cautín venía a cada momento hasta mí. La deseché, creo que hasta haciendo un gesto brusco. Al fin pude reconcentrarme en lo que hablaba Florencio. Pero a ella la sentía cerca de mí, esperando el menor descuido para precipitarse sobre mí.

Una palabra era la que me obsesionaba: "Gerontofilia".

Ella tenía 17 años; yo, 66. Ella, con mis caricias, había gozado, se había enloquecido, había llegado de pleno al más fuerte de los espasmos. Gerontofilia..., sí, gerontofilia... Pocos días más tarde había pasado su inclinación por los viejos, por los hombres mucho mayores que ella. Volvía a la normalidad.

Y yo caía en la más declarada pedofilia.

¿Es eso lo que ahora tengo?

Una franca inclinación por los jóvenes, por los niños casi.

Pero la voz de Naltagua me arrancaba de estas fugaces meditaciones mías. Lo oía lleno de atención sin que nada pudiera venir a turbar mi interés.

Transcribiré cuanto me ha dicho.

Jueves, diciembre 24 de 1959.

Hoy se ha marchado mi amigo Florencio Naltagua.

Su charla me ha hecho muy bien, ha sido reconfortante. Claro está que de ella, de Musa, casi no habló; sonrió e hizo un gesto como diciendo: ".....".

Pues, ¿Qué dijo?

No lo sé.

Tal vez fue un gesto a mis devaneos cerebrales por esa maldita gerontofilia de ella, o por esa no menos maldita pedofilia mía...

¡Los ancianos! ¡Los púberes!

Dejemos todo eso de lado y vuelvo a ti, mi Tomba Montbrison, vuelvo sumiso a tu mano que tan bien sabe acariciar los cabellos.

Ya pronto estarás aquí a mi lado. A ese momento me entrego de lleno.

Ahora, para que tú lo leas, Tomba, voy a escribir lo que me dijo Florencio. Ello está claro en mi mente así es que no tengo más que copiarlo; salvo esa penetración que él sabe dar a todo lo que dice.

Escucha, Tomba. Son las palabras que arrojaron lejos, muy lejos a Onofre Borneo y abrieron ampliamente la puerta para dar paso a Juan Emar.

49

A la sombra de un alcornoque nos sentamos cómodamente en pequeños bancos allí fabricados. El íntimo sentido de lo dicho por Florencio me resuena aún con claridad. Es lo que voy a tratar de transcribir aquí. Ya se ha marchado. Ya estoy solo nuevamente. Acercaré al amigo al repasar sus palabras, al tratar de darles forma.

Empezamos hablando de aquel cuento escrito por Artemio Yungay y titulado *Maldito Gato*. En él se tejió la palabra "arrepentimiento". Aquí toda mi atención fue acaparada. Oí, creo que en completo silencio, lo dicho por mi gran amigo y mi gran admirado de Florencio Naltagua.

Helo aquí:

—El arrepentimiento, Onofre... Es el tormento de muchos, de muchísimos humanos. Se han arrepentido de algo que han hecho y luego no saben deshacerse de este tremendo sentimiento.

Yo creo que de lo único que uno debe arrepentirse es de lo que “pudo haber hecho y no hizo”.

Es esto algo horrible.

Ya algo sabrás tú del arrepentimiento con lo que le ocurrió a Artemio Yungay con aquel maldito gato y con la pulga en su frente. Allí quedó y, a lo mejor, allí está todavía.

En cambio, amigo mío, no hay jamás que arrepentirse de lo que ya se ha hecho. Por el hecho mismo de haber sido hecho, es la vida que ha corrido. Por lo tanto lo hecho hay que *vitalizarlo*, hay que incorporarlo en el caudal de vida.

La manera de hacerlo es convertirlo en experiencia, en enseñanza; es buscar qué zona, antes nebulosa, ahora, gracias a lo hecho, ha revelado algunos de sus secretos.

Si así no se hace, se produce como un tumor o un cuerpo extraño en el organismo: un impedimento constante y acaso un foco que invade e invade tejidos vecinos. En cambio si el tumor o el objeto extraño se encuentran con una vitalidad suficientemente fuerte como para reabsorberlos, es la curación.

Ahora veo que cuando algo se pudo hacer y no se hizo, este algo, tarde o temprano, vuelve imperiosamente a presentarse y cobra sus derechos a la vida. Pero viene fuera de época, encuéntrase con otros elementos y con otra psique y de cien casos es en noventa la catástrofe.

¡Ahora recuerdo! ¡Hace ya de esto mucho tiempo, cuando era yo un niño! Iba yo por el camino del Morro de Arica; iba a pie.

Llegué hasta una punta que algo avanzaba sobre el mar. Luego apareció otra punta que también avanzaba sobre las olas; luego, una glorieta; luego, otra; por fin, un hotelito. Aparecían como aparecen exactamente en los cuentos que, en aquella época, nos contaban: la tentación hasta el supremo bien o hasta el supremo mal. Recuerdo mi insistencia, mi necesidad de empezar así la entrada a la aventura por cerros y más cerros. Era, acaso, una reminiscencia de lo sentido por Artemio Yungay al ir a los cerros del Melocotón. No sabía a qué atribuirlo; pero era una necesidad imperiosa. Tenía que hacerlo exactamente como en esos cuentos. Era un compendio, un símbolo de cómo uno va en la vida.

Callamos un largo rato. Nos levantamos y luego nos encontramos en el salón de las casas. De pronto Florencio me preguntó:

—¿Sabes, Onofre, en qué estoy pensando? Pues en el recuerdo súbito de un mundo magnífico. Se me presenta como un museo, con antigüedades muy, muy viejas. Luego se esfuma y va a colocarse en un museo determinado y todo el encanto desaparece. Quiere ello decir que es... ¡nada!

Luego estuvimos paseándonos bajo los árboles; luego hablamos algo en un rincón de las casas o a lo largo de estos viejos corredores. Florencio decía, a mi parecer, lo que le venía a la mente sin tratar de tener una continuidad lógica en sus palabras. Lo expresado por él se me confunde con los sitios en que fue expresado. Me aseguró:

—Veo una prueba de que todo obedece a algo. La veo a veces. Después veo lo contrario. A veces elevo a vertiginosa altura la influencia del medio ambiente. Luego veo al hombre

completamente ajeno a todo medio ambiente. A veces veo que uno es el producto de mil circunstancias externas que nos influyen siempre. A veces veo que sólo los débiles se dejan influenciar por estas circunstancias y que la verdadera obra se ejecuta cuando ya se está libre de toda circunstancia externa.

Óyeme, Onofre. Hablemos del medio ambiente, de ese medio que nos rodea desde nuestros primeros años, es decir, el medio de la familia.

Sin duda que él imprime un rasgo común a cada miembro de ella. Esto no lo puedo dudar. Como tampoco puedo dudar de que la ciudad también imprime su sello. También lo imprime el país; y el universo; y la época. Es algo difícil notarlo. Pero fijate bien:

Antes de mi primer viaje a Europa pensaba yo en eso y dejaba de creerlo pues veía tanto tipo diferente en un mismo sitio. Pero desde allá los vi a todos iguales. Noté, en cambio, una diferencia marcadísima entre los chilenos y los franceses; entre los alemanes y los argentinos; y demás.

Era que, desde allá, podía yo deshacerme de ese sin número de pequeñeces que perturbaban; podía dar un juicio claro y podía mirar en conjunto. Hay que echar de lado los hechos secundarios y mirar, después de haber descubierto, sólo las grandes verdades.

¿Por qué doy tanta importancia a la Gran Verdad?

Porque es la base sólida, es la única verdad, la única base. Sin ella todo pasa y vuelve a crear la ignorancia y la barbarie. Quien no tiene una alta concepción y capacidad de generalización, es un obrero vulgar, un ignorante, que si se mantiene, al parecer, como todos, en medio de un mundo civilizado, es sólo gracias al medio; rodeado de ignorantes caería al rango de ellos.

Si una gran verdad no sostiene a la civilización (aunque el vulgo ni siquiera sospeche dicha gran verdad), la civilización cae.

Tomemos como ejemplo las ciencias: Si sólo se conocen y verifican hechos aparte, habrá muchos obreros hábiles pero la ciencia no avanzará ni un ápice y ni una luz entrará en los cerebros que la practiquen. En cambio, aunque los obreros nada sepan de la gran verdad pero haya quienes se dediquen a ella, éstos guiarán desde lo alto a los demás y por una senda grande.

Así es con todo. Donde no hay un concepto generalizador, no hay nada; sea esto en ciencias, en artes, en religiones, en letras.

No hay necesidad de que esas grandes verdades estén en todos. ¡Qué ellas sean el foco que ilumine y guíe desde lo alto! Si este foco se apaga, ¡adiós! ¡Es el desastre!

Los fantasmas...

¿Siempre te persiguen, mi querido Onofre? Claro está que lo comprendo. Yo fui perseguido por ellos también. En un momento pensé que era algo divertido y, entonces, me propuse reír con sus exigencias. Pero no lo hice. Porque vi, en mi caso, vi que los que a mí me perseguían, eran los hijos de alguien que sufre a todo momento.

Sí, Onofre, evoqué varios grupos de gentes y los recorrí mentalmente. Vi que siempre había alguien que llevaba un dolor, un dolor oculto. Este era el padre de esos fantasmas. Los fantasmas salían y se iban lejos; salían generalmente cuanto su progenitor dormía. Se sentían libres. Entonces se acercan a uno y, muy bajo, cuchichean. Siguen cuchicheando. Al fin hay que gritarles con toda la fuerza de los pulmones: "¡Basta!".

Esto me sucedía siempre, a cada momento. Recuerdo una vez que iba yo en auto e hice detener para bajarme y comprar un paquete de cigarrillos en una cigarrería que pasó

a nuestro lado. La vendedora vaciló al pasármelos; yo vacilé al cogerlos. Yo vi un real fantasma en ella; ella debe haber visto otro igual en mí.

Pero esto se va y somos tomados por otras preocupaciones. Sin embargo creo que es un llamado de algo que necesita ser visto claramente y ser expresado. La mayoría lo deja de lado. Y él fructifica entonces dentro de uno. Otros, los menos, se enfrentan a estos fantasmas y, naturalmente, son derrotados. Hay que ir, ante ellos, con sumo tacto.

Antes de partir, Florencio Naltagua me alargó un papel. Me dijo tan sólo:

—Léelo, Onofre. Son anotaciones que he hecho de libros que han caído en mis manos. Tal vez son libros que hacen circular los fantasmas. Pero creo que han de ser muy buenos fantasmas.

Me senté en un banco del corredor y leí este papel. Había en él las siguientes anotaciones:

MEREJKOVSKI *Pedro el Grande*

Ama a todos los hombres y huye de cada uno.

Código Rosacruz.

No te detengas en el carácter cambiante del Yo exterior; trata, más bien, de descubrir en él al Yo interior, trata de descubrir la chispa divina.

¿Qué interés tienes en descubrir que otro sea o no sea culpable? Ven, amigo, y mira tu propia vida.

LANZA DEL VASTO *Peregrinación a las fuentes*

Me creía mano a mano con una verdad cuando la había formulado y comprendido. No había comprendido entonces que verdad obliga; que exige de nosotros algo más que un acto de locución; que le debemos la adhesión de todos nuestros actos.

LANZA DEL VASTO *Peregrinación a las fuentes*

... Sabe que su suerte la ha hecho con sus manos antes de su nacimiento, que su suerte de mañana la hace hoy día.

LANZA DEL VASTO *Peregrinación a las fuentes*

(Sobre los peluqueros a orillas del río Ganges).

La corriente arrastra las mechas perdidas que los peces desdeñan tanto como si fuesen flores.

CRISTO

Mi reino no es de este mundo.

SWAMI RANDAS *Carnet de Pélerinage*

Nuestra preocupación más constante es, en efecto, nuestro bien material, mientras que en la vida del hindú la búsqueda espiritual y moral es el motivo esencial.

(Prefacio de Lizelle Reymond.)

Jamás olvidó que “él”, el servidor, y “él”, el sublime, no eran otra cosa más que su yo individual luchando con su Yo eterno.

(Prefacio de Lizelle Reymond.)

En este estado, el odio, que no es más que la conciencia de la diversidad, toma fin; y el amor, que es la conciencia de la unidad, es realizado.

El sentido de la posesión y de las relaciones entre individuos diferentes se borraba en él.

El dinero que es la raíz de todo mal.

BEYMON RAY *Psiquiatría*

La conciencia no es sino una pequeña parte de la mente, de escasa importancia en la motivación de nuestra conducta. El vicio que no es la razón la que en general inicia nuestros actos sino la energía dinámica del inconsciente. Pues en éste está almacenado no sólo nuestro pasado personal sino también el pasado biológico de la raza, los impulsos primitivos que son tanto más poderosos que la razón.

RUDOLF STEINER *Ciencia oculta*

Lo que el hombre comprende como pensamiento en el mundo sensible no es más que la sombra del pensamiento que en el mundo espiritual son seres vivos y espirituales.

LEÓN DENIS *Después de la Muerte*

Para ciertos hombres, este pasado no está sin embargo totalmente borrado. Los sentimientos confusos de lo que ha sido arden en el fondo de sus conciencias. Es la fuente de las intuiciones de las ideas innatas, de los vagos recuerdos y de los misteriosos presentimientos, como un eco debilitado de los tiempos ya sucedidos.

LAO-TSEU.

Y por eso sé que hay muchas ventajas en la inacción.

STANISLAS DE GUAITA *La Clef de la Magie Noire.*

Lo sobrenatural no existe.

ROBERT AMADOU *El Ocultismo.*

El arte crea lo que no es; la ciencia descubre lo que es.

(Atribuido a Albert Einstein)

KRISHNAMURTI *La primera y última Libertad.*

La comprensión sólo llega cuando nosotros –vosotros y yo– nos encontramos *en el mismo nivel al mismo tiempo.*

El hombre que busca la verdad nunca la encontrará.

El que lucha no puede comprender.

Debemos estar en silencio, en observación, pasivamente receptivos.

Todas estas frases que Florencio había copiado me quedaron resonando. Hacían enormes círculos que pasaban por mi mente y se perdían mientras otras cosas llegaban a mí. ¡Qué lejos me encontraba de hallarme “pasivamente receptivo”, como aconseja Krishnamurti!

Pasaban mis viajes y ellos me confundían con los de Florencio. Me veía yo, Onofre Borneo, haciendo ese descubrimiento de la diferencia que hay en el conjunto de chilenos y el conjunto de franceses. Y aparecía Musa Cautín; primero estaba amante; luego era la rabia fría e indiferente hacia mí y me murmuraba: “Déjeme; tengo que trabajar...”. Y algo más iba a ver, hasta que lo veía, y se me borraba, se iba también. Entonces oía a León Denis que se refería a “los sentimientos confusos”; y se refería a “la fuente de las intuiciones, a los vagos recuerdos y a los misteriosos presentimientos”. Todo volvía a marcharse y yo quedaba solo, vacío, con mi cabeza que parecía ser llevada por fantasmas que se entretenían en abrirla y mirar con anteojos enormes lo que unas pinzas sacaban de ella. ¿Qué sacaban? La nada, la completa nada...

¿Donde estás Juan Emar? ¿Dónde, dónde? A veces lo veía, a veces se me acercaba hasta rozarme. Y yo caía entonces en el perfecto hueco.

—No olvides que debes zafarte de aquello que es representado por Onofre Borneo —me dijo Florencio antes de partir, mientras nos dirigíamos a la estación de Comepumas.

Después de un momento agregó:

—Recuerda siempre que trates de emprender una dura lucha aquellas palabras de Krishnamurti, es decir, que para luchar NO HAY QUE LUCHAR. Verás que el trabajo que te habías propuesto se hace solo, se hace por los egrégores si acaso tú logras permanecer PASIVAMENTE RECEPTIVO. Así, además, evitarás el dolor, el sufrimiento.

Contesté:

—Lo sé. Apenas en mi horizonte se presenta esa figura de Juan Emar, cesan los sufrimientos que consigo trae siempre ese Onofre Borneo. Sí, trae siempre y, lo que es peor, los obliga a compartir con muchas gentes. Creo, Florencio, que la pobre Musa Cautín sintió que un pesar se avecinaba a ella. Por eso me despreció y me obligó a marcharme. Me marcharé. No la volveré a ver. Dejaré que su destino se elabore solo y sin mí. ¡Basta ya de sufrimientos! ¡Basta ya de ti, Onofre, con tu sed devoradora que va en busca del goce desenfrenado! ¡Sufren ellas, sufro yo! Y la Magia Negra ronda por ese torbellino que me asalta.

Al despedirse me dijo:

—Ten confianza, Onofre, Juan Emar se acerca.

Respondí:

—Está bien que se acerque y me tome de lleno. Pero, ¡por favor!, que nadie, nadie sufra por causa mía.

50

De nuevo estoy en Fray Tomate. Hemos regresado el 4 de enero. Allá en La Torcaza hemos pasado el Año Nuevo. Con Tomba, solos los dos, apenas la radio lo hubo anunciado, nos escapamos al jardín y vimos, en la oscuridad, brillar las luciérnagas. Luego, casi corriendo, llegamos a un pequeño promontorio y desde él vimos el año de 1959 que se alejaba deshaciéndose de todas las miserias que había presenciado aquí en la Tierra durante su permanencia en ella. Caían como una ligera llovizna estas miserias. Entonces eran absorbidas por 1960 para seguir haciéndolas germinar y fructificar durante su permanencia aquí.

El día 27 de diciembre había llegado Tomba, en su coche. ¡Por fin estaba conmigo! Nos abrazamos y nos besamos largamente. La llevé después a recorrer las casas que me parecía eran vistas por ella por primera vez; le mostré los jardines que se hacen y los ya hechos; nos paseamos bajo los alcornos tomados del brazo y entonando canciones: *El Relicario*, *Valencia*, *La Madelon* y otras más que ahora han vuelto a estar de moda gracias a Sarita Montiel que las canta en su película *El último Cuplé*.

Estas canciones afloraron en mí desde muy hondo. Pasamos al salón y Tomba se echó en un sillón. Al fin no pude más, corrí hacia ella, me arrodillé junto a sus piesecitos adorados y, sin más le conté mi rápido y fogoso amor con Musa Cautín. Le conté, sin poderme detener, cómo ella se había entregado; cómo había gozado; cómo había yo salido de ese

galpón, pleno de felicidad; cómo había vuelto a Lo Arrate, en compañía de don Ildefonso Cobija; cómo ella, Musa, me había recibido poniendo leguas de distancia entre nosotros, una distancia helada como el hielo; cómo resolví no volver a verla nunca más.

Tomba me miró y al fin me dijo:

-*Ta gueule!*

Al día siguiente, 28 de diciembre, llegaban en auto Lorenzo Angol y Benilde Panilongo; venían acompañados de Florencio Naltagua. Aquí se instalaron para pasar juntos el Año Nuevo. Fueron muy lindos días. Conversamos cuanto es posible conversar. Ahora quiero recapitular sobre todo lo oído. Empezaré con las palabras de Lorenzo, palabras dichas a lo largo de nuestra estadía aquí.

-Onofre, me he sentido harto de los efluvios confusos que me rodean atacándome. Benilde, también. Pensaba yo siempre: "Si ya te has ido, mi Lumba Corintia, dime, desde el más allá, lo que debo hacer". Benilde tuvo un pensamiento semejante a éste mío y algo parecido le dijo al recuerdo de un viejo amor de ella. Este viejo amor, como el de Lumba Corintia, había fallecido.

Cada acto pide un hecho correspondiente que nosotros debemos hacer simbólicamente. Cada pensamiento debe materializarse en una forma tangible.

Esto lo pensé hondamente. Creo que, por su lado, Benilde también lo pensaba. Al fin le dije:

-Benilde, debemos casarnos. Nosotros haremos nuestro altar. Estaremos solos. Y ante ese altar en esa soledad, juraremos ser otros desde aquel momento. ¡Nada de testigos! Iremos a mi fundo, a La Cantera. Allí, solos, no lo olvidés, nos arrodillaremos ante ese altar y trataremos de nacer de nuevo. Tanto ella, Lumba Corintia, como él, tu viejo amor que ya no es, nos agradecerán este acto que haremos. Sí, mi Benilde, lo haremos una noche, una noche de luna llena y en medio del silencio. ¿Quieres, Benilde, que así lo hagamos?

Me respondió tan sólo:

-Lo que tú desees hacer, Lorenzo, son órdenes para mí. Yo obedezco a tus órdenes porque sé que obedezco a algo grande.

Nos fuimos a La Cantera. Allá arreglamos nuestro altar. Todo el tiempo yo pensaba mil cosas. Tenía cierto temor de besar a Benilde. Le tomé una mano y pedí, pedí que hiciera de ella...

Digo "pedir". Digo "que hiciera de ella". ¿A quién le pedía, quién tenía la fuerza suficiente para hacernos cambiar de este modo? En un momento, créeme, dudé de mí mismo. Pensé que todo ello no eran más que anhelos que giraban en torno mío, pero que eran anhelos sin una base de realidad suficiente.

Pero hicimos el altar.

Es en el Todo donde están las ideas; no están dentro de nosotros. Nosotros podemos unificarnos con ese Todo; así es que, si juzgamos que están dentro, ese "dentro" es el Todo.

Pensé también:

El deber de los hombres en este mundo es hacer efectiva, es condensar y hacer real el mayor número posible de fuerza que está desvanecida en el Todo.

Se lo comuniqué a Benilde. Ella me respondió:

-Nosotros los humanos somos la materia que se afina con la fuerza del Todo para que ésta obre.

Y calló.

Quedé atónito ante su frase.

¡Benilde, Benilde mía! ¿Cómo has podido ¡compenetrarte de tal modo con estas verdades?

La miré largo rato. Y, puedo jurártelo, Onofre, vi en su cara vagar una sonrisa de Lumba Corintia.

—¡Habla, habla más, mujer mía, te lo ruego!

Ella entonces dijo, con la mirada puesta en el más allá:

—Los Dioses, al crear a la humanidad y al universo, hacen lo mismo que los hombres, en mayor escala, naturalmente. O sea, condensan, realizan sus imágenes, hacen sus pensamientos efectivos. De donde... nosotros somos pensamiento divino.

A la media noche estábamos de rodillas ante nuestro altar. Un silencio profundo nos envolvía.

Sí, yo quería dar muerte a aquel hombre que, a pesar de tantas y tantas aventuras amorosas, seguía atado al recuerdo de ella, de Lumba Corintia. Sentía que este apego mío sólo le traía males y miserias en su actual desenvolvimiento.

Creo que Benilde sentía lo mismo por aquel hombre que la había abandonado.

¿Por qué, al hablar de Benilde, empleo siempre el verbo dubitativo, de creer?

Onofre, no lo sé. Ella me obedecía y lo hacía con verdadero gozo. Esto me bastaba. Nuestras luchas podían no ser iguales ni iguales los fines perseguidos. Pero era el hecho de que allí nos encontrábamos de rodillas, en el mismo sitio y al mismo instante. Esto me bastaba.

Claro está. Ahora comprendo la terrible lucha que tú has de sostener con Juan Emar y Onofre Borneo. Sí, lo sé: juraste un día dar muerte a Onofre Borneo para dejar libre campo de acción a ese hombre que ronda junto a ti y que tú llamas "Juan Emar".

Tú luchas solo, Onofre. Tu problema está en ti mismo y nadie más lo comparte. Yo lucho, sí, lucho, queriéndola cada vez un mundo más, con una sombra del más allá. Porque esta sombra me ha ordenado hacerlo.

Yo la quería aquí en la Tierra. Mi amor era terrenal. Este amor la acompaña. ¡No, mal hecho! Entonces debe haber otra mujer; ¿me entiendes?, otra mujer que tome esa parte del amor que ya no se le puede prodigar a un ser que no es.

Ella, Benilde Panilonco, amó también como se ama en esta Tierra. Ella ha comprendido que entorpece el desenvolvimiento del alma que se ha ido. Por eso se ha acercado a mí. Por eso rodaba una lágrima de sus ojos mientras estábamos allí arrodillados junto al altar.

La tuya, Onofre, es una lucha simple aunque no por eso menos ardua; la mía es una lucha doble, una lucha ramificada y no por eso más ardua.

De pronto, Lorenzo Angol y Benilde Panilonco, me aparecieron como dos seres recién nacidos, dos seres nuevos, vírgenes, que entraban al mundo sin pasado alguno.

En ese momento nos miramos y ambos sonreímos. Nos tomamos una mano sin saber cómo...

Allí permanecemos largo rato. ¡Qué lindo momento fue éste, mi querido Onofre! Pero fue un momento lleno de responsabilidades. Había, sobre todo, una responsabilidad hacia el recuerdo de los que nos miraban desde el otro lado.

Te hablaré de mí. En este momento estoy solo, sin Benilde ni nadie junto a mí. Ella tendría también sus responsabilidades, a no dudarlo.

Óyeme bien:

Lumba Corintia había muerto en Boston, allá por los años de 1954. Había muerto de seguro pensando en mí y diciéndose, tal vez, por qué razón era yo un hombre tan falto de

decisión y de fuerza. Toda la vida se me pasaba en lucubrar grandes cosas y grandes obras. Pero la realización era menguada... ¡Esquemas y más esquemas! ¡Nada más! Una serie de cosas trucas. Bocetos que hablaban de una obra que nunca se realizaba.

Mi deber era, pues, realizar los anhelos que no había cumplido. Para no aparecer como un ser que va a aprovecharse de lo ideado por otro, no debía yo gozar con sus proyectos ni con los ímpetus que da el cumplimiento de una obra.

Era una austeridad máxima la que se imponía en mí: recibir las grandes aspiraciones y jurar, sobre la memoria de la muerta, cumplirlas fielmente.

He aquí los tres primeros puntos que vi:

1º) Soy otro en todo diferente y no soy la continuación de aquel que pecó por falta de perseverancia;

2º) No tendré jamás esos goces que dejaba y que ahora dejo como herencia; esto sería robar;

3º) Realizar punto por punto, cosa por cosa, todo cuanto una vez soñé y a Lumba Corintia le prometí.

Un calofrío me cogió.

Sentí la manito de Benilde que se insinuaba con una suave presión sobre la mía.

¿Qué pensarías tú, mi Benilde, al conocer los propósitos que ahora empezaban a tomar forma en mi mente?

Me turbé. No hallé respuesta alguna.

—Ahora estamos unidos para realizar una gran obra —le dije a Benilde.

—Sí, sí —me respondió—, ahora estamos unidos para realizar una gran obra.

Nos levantamos. Encendí las luces.

Ella lanzó un profundo suspiro de satisfacción.

—¿Estás contenta? —pregunté.

—¡Oh, sí, estoy dichosa! —fue su respuesta.

Miramos hacia afuera. ¡La Luna llena! Fui, de inmediato, tomado por un sentimiento de romanticismo, con ganas de llorar por el placer de derramar lágrimas y que, ojalá, Benilde me las enjugara.

Pero mi atención fue tomada por el brillo movedizo de cientos, de miles de luciérnagas que volaban por entre las sombras de los árboles. Levanté los ojos y vi el cielo con cientos, con miles de estrellas, con luciérnagas fijas en lo alto.

Sobre un matorral había una estrella titilante que me llevó a ella atravesando instantáneamente los años de luz que nos separaban. Se la mostré a Benilde y le dije en voz baja, apenas en un murmullo:

—¡Mira! ¡Mira aquella luciérnaga que se ha detenido contra el cielo y, desde lo alto, nos contempla!

Ella se apretó contra mí. Entonces la estrella voló, suave, dulcemente, hizo por los aires unos arabescos y se mezcló con sus compañeras de los zarzales. Una de éstas se elevó y fue a ocupar el sitio oscuro que la otra, al desprenderse de la inmensidad, había dejado vacío. Se fue, se incrustó en aquel vacío y, desde lo alto, brilló.

Recité, entonces, con voz insonora aquellos versos de José Asunción Silva, que tanto había oído en años de mis mocedades:

Una noche, una noche toda llena de murmullos,

De perfumes y de música de alas,

Una noche en que ardían en la sombra nupcial y húmeda
Las luciérnagas fantásticas,
A mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda,
Muda y pálida,
Como si un presentimiento de amarguras infinitas
Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
Por las sendas florecidas que atraviesan la llanura
Caminabas.

—¿Cómo, cómo es posible —pregunté a la noche— que esos tan grandes magos blancos aseguren que lo sobrenatural no existe? ¿No, es, acaso, algo sobrenatural esta noche llena de luciérnagas estáticas y de estrellas inestables que ha venido justo a raíz de nuestro matrimonio que ha abierto las puertas de la evolución a tu antiguo amor y a Lumba Corintia?

—Sí —respondió ella—; esta noche está cuajada de cosas sobrenaturales.

Entonces avanzamos con lentitud. Atravesamos zarzales y matas espesas que se separan para dejarnos pasar y volvían a cerrarse después de nuestro paso.

Y, de pronto, vimos:

Luciérnagas y estrellas se borraron ante la luz de cientos, de miles de colores luminosos que se balanceaban en manos de todo un mundo que, pausadamente, caminaba. Y este mundo, entre tranco y tranco, cantaba a un Dios que creía ver:

¡Perdón, oh, Dios mío!

¡Perdón, indulgencia!

¡Perdón y clemencia!

¡Perdón y piedad!

Unos hacían voz profunda, voz nacida de hondos subterráneos; otros, sobre todo las mujeres, elevaban las suyas en agudos gritos.

Bajaron del cerro y pasaron a nuestro lado, sin mirarnos, sin siquiera ver que allí estábamos abismados ante este lento desfile.

Al lado de esta plebe marchaban varios frailes con una solemnidad aterrante que era recalcada por sus sotanas. Súbitamente uno de ellos tocó una campanilla. Todos se detuvieron. Y fue el silencio total.

Uno de los frailes habló. Su voz llegaba hasta nuestros oídos por rachas y se perdía. Era balanceada por el viento que provocaban esos cientos, esos miles de luciérnagas, de luciérnagas ¡fantásticas!, como son llamadas en la poesía que acababa yo de recitar. Una racha favorable nos trajo:

—... e iréis a los Infiernos, a lo terribles Infiernos, y en ellos os quemaréis eternamente en medio de los más espantosos dolores que provocarán aquellas llamas humeantes...

Y su voz se perdió. Frente a nosotros sólo vimos a un enorme fraile gesticulante y, a la luz de esos faroles temblorosos, los rostros de aquella gente que temblaba ante tales amenazas.

Se oyó de nuevo al fraile. Sus gesticulaciones gritaban:

—... y vuestro Padre que está en los Cielos os contemplará con el dolor taladrándole el pecho. Pues nada podrá hacer por vosotros, hombres de poca fe...

Siguió aquel guñol: el fraile orador que gesticulaba; el mundo que lo oía aterrizado y se golpeaba el pecho; los otros frailes hieráticos.

De pronto sonó nuevamente la campanilla. El cortejo reanudó su marcha. Las luces multicolores se balanceaban al compás de sus lentos pasos. Las luciérnagas, asustadas, se fueron hacia el cielo y en él se clavaron como miles de estrellas más.

—¡Vamos, vamos, mi Benilde adorada! Estamos interrumpiendo la evolución de los que ya no son al contemplar esta expresión de la Magia Negra que se desparrama sobre la Tierra.

—Sí, vamos, Lorenzo mío; vamos a reposar y no pensemos más en esta procesión que hemos visto.

—¡Vamos, vamos, Benilde! ¡Corramos! ¡Huyamos!

—¡Corramos!, ¡Huyamos! —fue su grito.

Llegamos a las casas; nos acostamos; y dormimos profundamente, sin soñar y respirando el reposo más completo.

Al día siguiente, mi querido Onofre, tuve ganas de caminar. ¿Hacia dónde ir? No importaba. Dejé a Benilde arreglándose y salí.

Hacia un día algo nublado, un día fresco. Ya no quedaban ni rastros de aquella procesión que habíamos presenciado y ya los ecos de los cantos y de las pláticas frailunas se habían disipado completamente.

Pasé frente a un rancho. De él, una voz me hizo volverme. Era una voz femenina:

—¡Salud, don Lorenzo! ¿Ya no me conoce?

Naturalmente la conocía, pero hacía, por lo menos un par de años que no la había visto. ¡Dos años! ¿Te das cuenta lo que son dos años en plena pubertad? Sobre la niña, sobre esa mocosita que antes yo había visto con indiferencia, ahora había una niña, una joven que ya mostraba los primeros albores de una mujer. Le contesté inmediatamente:

—¡Claro está que te reconozco, Estela Yacal! Aunque estás inconocible. Tú eras una chiquilina. Ahora eres ya toda una mujer hecha y derecha. Y eres una mujer preciosa.

Estela Yacal se ruborizó o fingió ruborizarse. Nos dimos la mano. Apareció el padre de ella y nos saludamos. Me retiré. Ella me gritó, al volverme yo:

—¡Chao, chao!

Le respondí:

—¡Chao, Estela, chao!

Otra vez sentí el fuego indómito de la sexualidad que hacía de mí su presa. En casa me eché sobre mi cama y pensé, mejor dicho, dejé que se pensara en mí.

Mi pensamiento me llevó a planear sobre el recuerdo de varios amigos. Desfilaron ante mí. Ninguno se sostuvo en mi mente. Es decir, que los dejé pasar. Hasta que llegó Eliphás Lévi. ¿Era él o era una reminiscencia de él? No lo sé. Pero con su imagen al frente, me dije que hay que ser, o bien positivo o bien negativo; pero jamás, jamás ser neutro.

Valdepinos (¿Cómo, has llegado tú, Darío Valdepinos?) se inclina a ser negativo y, para ello, inventa teoréticas que lo justifiquen. Se mofa, con envidia, de los positivos. Odia, aborrece a los neutros porque hay tanta gente que los estima y ellos debieran ser para realzarlo a él... cuando esas gentes los vieran, los desenmascararan y dejaran en su sitio un simple idiota.

Pero creo que esto está mal, Onofre. ¿Por qué esta preocupación mía de lo que son los demás? Tú me has mostrado esos pensamientos que subrayó Florencio Naltagua, que

luego los copió y te los entregó, tal vez para meditarlos. Recuerdo uno, que se me ha grabado. Eso es, del *Código Rosacruz*:

¿Qué interés tienes en descubrir que otro sea o no sea culpable? Ven, amigo, y mira tu propia vida.

Jenara Linares... Vivencia Pocuro... Benilde Panilonco... Estela Yacal...

Desde el más allá: Lumba Corintia...

Y hay más, más, muchas más.

Pero un día yo juré, sí, Onofre, juré ante ella, ante mi Lumba Corintia, que un día entraría yo por el sendero del más puro esoterismo.

¡Tal es mi ideal!

Pero a cada momento soy distraído por esta sexualidad que me devora.

Tú, Onofre Borneo, tienes un problema semejante. Tú lo tienes cada vez que abandonas a Juan Emar. Es entonces que encuentras un amigo maravilloso en Romualdo Malvilla. Lo abrazas y juntos van al San Lito o a remoler donde sea.

Pronto ves que Malvilla te ha abandonado. Porque ves que él tiene una vida completa tal como la hace.

Los que han nacido en un medio ambiente y no caen al ambiente inferior, son pocos. Todos tienden a caer. Así pasan la vida. Y cuando ven el ambiente desde el cual han caído, creen en una franca ascensión.

Se ha de buscar solo, solo, completamente solo. Jamás de a dos. Ni con otros hombres ni con otras mujeres. Porque todo Pacto se ha de romper.

He poseído a Benilde. He llegado al supremo goce y ella ha llegado también entre mis brazos.

Ahora puedo jurarte, Onofre, que la imagen de Lumba Corintia no se presentó ni una vez ante mí. Nos sentíamos solos y lejos Benilde y yo, apartados del resto del mundo, ¡desconcentrados de cuanto nos rodeara!

A ella, a Lumba Corintia, la vi en su mundo evolucionando. Sí, y, al irse, la vi acercándose a mí. Está ahora aquí a mi lado, me penetra íntegramente.

Pero de pronto me siento yo.

Grito... ¡no! Se grita en mí:

“¡¡Soy yo!!

Ya sé, Onofre, quién soy yo, ya empiezo a saberlo: Yo soy la rebelión completa contra mí mismo. Yo soy el que quiere hacer algo para luego verlo sin valor alguno. Yo soy el que maldice y maldice siempre, el que jamás está contento con nada ni con nadie.

Onofre, quiero una juerga descomunal, más larga que el largo de mi vida; quiero una juerga interminable en la que, presas de delirio, estén ellas todas, todas, en torno mío. Que estén más allá de los celos, amando el amor que va, va y viene, por fin a radicarse en mí. Entonces me besan con frenesí.

Pero no, Onofre mío. No, no quiero tantas mujeres a mi lado. Quiero una sola en el silencio de una cabaña perdida en los montes. ¿Quién será esa mujer?

No, ya no es Benilde Panilonco. Creo que ha de ser aquella de quien te hablé: Estela Yacal.

Mi mano avanza a tocar y apretar sus senos.

Puesto que tú has seguido y seguido y sigues y seguirás siempre, ¿qué te importa que por mis dedos se transmita esa cosa terrible que es el amor?

El amor... ¿Qué es, Onofre?

Aquí me detengo y quedo pensando, meditando. El amor..., el amor... ¿Qué será?

Y yo pienso, yo, Onofre Borneo, en ella, en Musa Cautín. Cada palabra de Lorenzo me la evocaba con mayor nitidez. ¿Qué te ha pasado, mi mujercita adorada? ¿Por qué te has negado de ese modo glacial?

Y Tomba Montbrison suena en mi conciencia como suena Lumba Corintia en la conciencia de Lorenzo Angol.

Entonces ambos, Lorenzo y yo, seguimos caminando por un mundo que no entendemos.

Lorenzo dijo tomándola por la cintura:

–Caminemos, Benilde, avancemos.

Benilde respondió:

–Adonde tú me digas, allá iré. Porque me siento purificada. Tú también Lorenzo debes estarlo. ¿No oíste la voz de Lumba Corintia? ¿No te dijo que seguía su marcha? Yo, te lo aseguro, oí la voz de aquel que fue mi amor. Así es que avancemos... por todos los lados que existan.

Ahora recuerdo que lo último que hablamos fue sobre una idea súbita que a mí me vino. Ella venía de una asociación de ideas, muy fugaz, rapidísima, con una ópera italiana oída en mi juventud:

Dos mujeres luchan, cantando, por cierto, por el amor de un hombre que en ese momento no está en escena. Entonces una de ellas grita en una melodía que aún oigo con claridad:

Lo amo como el fulgor del creador...

La otra responde:

Lo amo como el tigre ama la sangre...

Se las cité a Lorenzo, estas frases que interpretaban dos matices del amor; le dije que así yo veía su situación con su lucha entre el esoterismo que tanto anhelaba, y la sexualidad que viene a él y lo devora y lo sumerge.

Lorenzo me hizo el siguiente comentario:

–El “fulgor del creador” es el que guía mis pasos por esta Tierra. Me chupa y me atrae y yo voy tras él. Pero de pronto soy tomado por una sed devoradora, una sed loca, como tú muy bien lo has citado, se asemeja a “como el tigre ama la sangre”.

Al final de esa senda del “fulgor” está la palabra para mí sagrada de ESOTERISMO.

Mezclada con el sabor de la sangre, está la palabra, para mí nefasta, de SEXUALIDAD.

Entre ambas vivo, Onofre, entre ambas debo mantener la más dura de las contiendas.

51

Hablé mucho con Florencio Naltagua. Dejé que mi cerebro se vaciara ante él. Fue un verdadero diálogo. Pero ahora, aquí en Fray Tomate y para claridad de mi entendimiento, prefiero poner lo hablado separadamente.

Trataré de evocar mis propias palabras. Claro está que la presencia de Florencio me falta. No sólo él habla más allá de lo que puedo transcribir sino sabe, además, hacer surgir un real torrente de palabras.

En fin, vamos a ello.

—Deseo que Juan Emar tome el mando; deseo que Onofre Borneo sea desterrado, que se pierda, ni siquiera con la compañía de Malvilla.

He dado esta orden y así me he acercado a mi escritorio tanto en Fray Tomate como en La Torcaza. ¡Oh, mi querido Florencio, qué alto de notas y más notas Juan Emar ha acumulado!

¿Es posible que otro ser se interponga entre esas notas y él, dejándolas que allí se petrifiquen?

Sentí que mis ojos se humedecían, sentí que yo no era digno de Tomba Montbrison. ¡Perdóname Tomba! Algún día vendrá en que Juan Emar ha de triunfar.

Sentí que mis ojos —óyeme bien, Florencio—, mis ojos interiores se volvían hacia Oriente. Pensé en la vieja China, en el viejo Japón, en la milenaria India.

Sentí que esta tragedia mía también la sufren aquellos países, todos ellos, pues la conquista occidental avanza sobre ellos y los doblega.

¡No importa, no, no importa!

Trabajaré de otro modo.

Me miré a mí mismo; quise ver qué ardía en mí mismo. ¿Qué vi?

Vi un público aglomerado en un pequeño redondel, un público que vociferaba. Y vi dos gallos agachados, uno frente al otro, y que de pronto se lanzaban a destrozarse en medio de los gritos ensordecedores de aquel público.

Vi un redondel mayor. Lo vi pletórico de un público eterogéneo, un público que gritaba como enloquecido. Al centro, sobre un alto cuadrilátero, dos hombres se pegan y se pegan. Hasta que uno de ellos cae. Entonces fue la ovación al que permanece de pie.

Vi un redondel inmenso. El público era clamoroso. En toda la atmósfera no había más que su clamor. Pero, de pronto, este clamor se interrumpía. Todo allí era silencio expectante. Al centro estaban toro y torero inmóviles. El toro acataba; el torero lo hacía pasar a su lado siguiendo su capa roja. Y el público, todo entero, exclamaba un largo: “¡Ooooo...le!”.

Esto no importaba. Los gallos, el box, los toros... De algo tiene que sustentarse el hombre. De algo tienes que comer tú, Onofre Borneo. ¿Juan Emar? Ya vendrá, ya vendrá. Porque no he de hacer ningún esfuerzo, nunca, ningún esfuerzo. Las cosas deben venir solas.

Ponía los codos sobre mi mesa y apoyaba la cabeza en ambas manos. Allí quedaba. Pero ya todo lo demás había muerto. Estaba solo, solo.

Oye, Florencio:

Estaba tan inmóvil el sabio Canales que, sobre su espalda, una arañita tejió su tela. La tejió entre su espalda y la muralla de atrás. Allí vivía la arañita sobre la inmovilidad del sabio, del eminente sabio Canales. Allí esperaba a las moscas que vinieran a enredarse en su tela. Y las moscas venían, se enredaban y la arañita se las comía.

Así vivieron largos años, acaso largos siglos, sabio y araña.

De pronto el sabio Canales ¡descubrió!

Descubrió, por fin, el misterio que allí lo tenía clavado.

El sabio Canales sonrió. Se restregó las manos en el colmo de la dicha. Y se levantó. La tela fue destruida. Cayó la arañita. Y murió.

Entonces Juan Emar me pidió que escribiera esta historia del sabio Canales. Yo le contesté:

—Sí, sí, la escribiré. ¿Cómo puedes dudarle? ¿No sabes cuál es mi ideal?

—No lo sé. Dímelo.

Me detuve un momento a pensar. Al fin le dije:

—Oye, Juan Emar, sólo deseo escribir sobre todo, todo lo que he leído. En mis notas podrás verificar la verdad de cuanto te avanzo. ¡Escribir sobre ello! ¡Qué linda cosa sería! Porque todo lo transmutaría en obra bien meditada; haría algo que demostrara que lo he pensado y repensado hasta el fondo. No tendría más que poner un pedazo de mi mente frente a mí y entonces... ¡copiar!

Él me dijo solamente:

—Hasta que no aparezca frente a ti la silueta de esas famosas Tres Chimeneas. ¿No es verdad?

—O la silueta del San Lito —agregué.

—O el piano de Carmelo Lipingue.

—Estoy asediado por miles de pequeñas supersticiones que día y noche me asechan. Veo que, pensando en ellas, consumo todo mi tiempo. No, no creo en ellas, jamás me preocupan hasta llegar a molestarme de verdad. Ya te lo he dicho: son pequeñitas y ni yo mismo creo en ellas. Pero en ellas pienso, ellas me persiguen y, al fin de cuentas, veo que he pasado mi tiempo tomado por ellas. Así, por ejemplo, no puedo empezar una marcha sino con el pie derecho; se me figura que hacerlo con el izquierdo me va a acarrear unas desventuras irremediables; empiezo, pues, con el pie derecho y... ¡ahora sí! Después me fijo que he cambiado de superstición: es con el pie izquierdo que hay que comenzar toda marcha. Después... me es igual con cualquier pie. Y, al final, vuelvo al pie derecho.

—Ahora, Juan Emar, si tú supieras lo que me cuesta entrar en el jardín de aquí de las casas de La Torcaza. Porque, te diré, hay en él dos atmósferas, dos diametralmente opuestas. Y yo me veré obligado a respirar de una de ellas según por la puerta que penetre. Por aquella puerta voy a ser asediado por los espíritus negativos; por esta puerta, por los espíritus positivos. Naturalmente escojo esta última puerta. Pero he ahí que los espíritus, más ágiles y traviesos que yo, me han adivinado y se han cambiado sus papeles. Entonces donde creía encontrar a los buenos y queridos positivos, me encuentro con una cantidad de nefastas criaturas que me hacen las muecas más horribles.

—Me recuerdas tú los viajes en auto que hago a menudo entre La Torcaza y Santiago. También me recuerdas los viajes que hago hasta San Agustín de Tango. Voy feliz en el coche. A mí me gusta mucho, me encanta, viajar en coche, sobre todo en un coche cuyo chofer no intente batir ningún record de velocidad. Una velocidad moderada y es lo suficiente para contemplar debidamente el bello paisaje que se despliega a ambos lados. ¿No lo crees tú?

—Bien, así voy, así vamos.

—Juan Emar, no contemplo ningún paisaje, ninguno, ¿me oyes?, ¡ninguno! Porque otras cosas me han asaltado, se me han metido entre ceja y ceja y no hay medio de deshacerme de ellas. ¿Qué es eso que ha osado meterse aquí, entre ceja y ceja? Escúchame con calma:

—Es los puntos que vamos a atravesar, aquellos por los cuales el coche ha de pasar. ¿Me

has entendido, Juan Emar? Por ahí, sí, por ahí está ese sitio que denominan Los Novios. Es una especie de salida que hay en el camino, rodeada de árboles y con algunos bancos derruidos. ¿Por qué se llama a eso Los Novios? ¡Ah, te lo diré! Cuando hay un matrimonio en el fundo, los novios son acompañados por numeroso público que los vitorea. Cuando han llegado a ese punto hacen un alto y, bajo esos frondosos árboles, toman un gran trago, un enorme trago, por la felicidad eterna de esa pareja feliz. ¿Me has entendido bien?

“Pero apenas atravesemos el puente la cosa va a andar bien, muy bien, perfectamente. Es el puente sobre el río Tulcamar el que parece esperarme para recordarme que en todo momento y en todo sitio hay un designio de muy alto.

“Entonces me digo que es necesario que el puente esté libre, que nadie nos cruce al ir nosotros pasándolo. ¡Libre, libre! Y si veo venir otro coche en sentido contrario... pues, entonces me digo que esa es la cosa, que nos crucemos y sigamos con una franca bendición sobre nosotros.

“Al fin me desespero. Ha sido todo este tiempo perdido en mil tonterías insignificantes. Siento que allá, al fondo, muy lejos, siento que Juan Emar está triste, que llora por mi infidelidad permanente. En vano he tratado de compartir con él todas estas supersticiones que me rozan al pasar. Juan Emar llora, llora, mi querido Florencio.

“Oye, Florencio, ¿por qué llora Juan Emar?

“¡Sí, eso es! Tú lo has dicho, mi querido amigo. Me he estado engañando miserablemente. La verdad que le he prometido es otra, es una que se aproxima a lo dicho por Lao-Tseu:

El débil vence al fuerte, el blando vence al duro. Todo el mundo sabe esto y sin embargo nadie lo hace.

Las cosas más suaves de este mundo vencen a las más duras. Lo que no tiene materia entra allí donde no hay ninguna hendedura. *Y por eso sé que hay muchas ventajas en la inacción.*

Porque de pronto ha venido hasta mí Lorengo Angol: sí, él ha venido, mi querido Florencio. Entonces yo he visto esa procesión de que él me hablaba: los pasos lentos, los rostros en otro mundo, los frailes que escoltan con ojos severos, y las voces de toda esa gente que se eleva por los aires:

Alabado sea el agosto
Sacramento del altar,
Y mil veces por los siglos infinitos
Ensalzada sea su deidad...

Otra vez caminaba yo por estos campos. Era en un día primaveral. ¡Qué lindo estaba todo a mi alrededor! Me estiré y respiré profundamente aquel aire pletórico de aromas. Me eché bajo un inmenso roble. Ya me iba a dormir, cuando de lo alto me llegó la voz de Desiderio Longotoma... Casi muero de estupor. Tuve que gritarle apenas lo vi:

—¿Qué hace usted allí, Desiderio? ¿Que no estaba usted en San Agustín de Tango? ¿Y ahora está aquí?

Él se refregó las manitos y me contestó sonriendo:

—Aquí estoy, amigo mío, encaramado como allá, hace ya tanto tiempo, me encaramaba en los árboles de Curihue.

—¿Y ha venido usted expresamente a encaramarse en un árbol?

Me contestó mientras sus ojitos reían de buenas ganas:

—He venido a algo más. He venido a oír al excelso bardo que es Eusebio Palena. Ha escrito su Zambafusa N^o 8 y ha querido, el tan insigne vate, leerla en sitio apropiado. Entonces yo le he dicho: “¿Qué mejor que leerla bajo el viejo roble de allá del fundo de La Torcaza de nuestro amigo Onofre Borneo?”. El me respondió: “Vamos a ese viejo roble y ahí leeré a usted mi Zambafusa”. Partimos y henos aquí.

Miré hacia arriba. Ahí estaba, en efecto, Eusebio Palena. Me saludó con la mano y amablemente. Le dije:

—Quiero oírlo yo también, mi querido Palena.

—Conforme —contestó.

Y encaramado en las espesas ramas me leyó lo siguiente:

Zambafusa N^o 8

Devoré un cogote de pollo. Y luego ese retrato descubrió una nueva perspectiva que pudo indicarle a tiempo, con una seña, que nada preguntaba. De modo que me fue esencial entender todo el proceso de nuestro pensar. ¿Qué significa, pues? Saqué un par de anteojos enormes, con armazón de cuerno, que usaba siempre para subrayar la acción basada en ideas muy superficiales. Terminé de devorar ese cogote de pollo. Y comprendí que lo que importa, muy particularmente, es que el discípulo libre sus nerviosos estrujones cerca de Maximina. Porque nosotros somos el mundo. ¡Sí, somos el mundo! Y no hay más; siempre que desconfiemos de la interpretación popular y poética del siglo xv, sometida al Imperio Bizantino. Y ahora, al llegar a la plenitud de mi vida, no logro ser el profeta que al principio fui. Pues, ¿cuál será el estado de los fenómenos físicos en el plano absoluto? Será demostrado con la lógica de lo ilógico cuando los muertos retornen, uno a uno, a sus blancas y nobles tumbas. Amén.

Y otra vez, mi querido Florencio, Juan Emar ordenó con tono severo a Onofre Borneo:

—No tendrás ya ni una mujer más...

Quedé lelo al oír esta orden. Musa Cautín me miró desde un sitio invisible, hizo un gesto de desprecio que yo interpreté como si dijera o, en realidad, decía:

“¿No lo habías entendido, vejete? Que yo haya tenido un momento de olvido, un momento en el que pensaba en otras cosas... Y tú, tú llenándote de ilusiones... ¡Ja, ja, ja...!

¡Qué tragedia fue ésta para mí, Florencio! ¡Había que ver cómo me rebelaba! Sentía nítidamente que un período de mi vida ya había terminado, que ahora debería poner mi mente en otras cosas, en otras preocupaciones. ¡Adiós, adiós, a la juventud! La vida dejó de tener significado para mí. Era un golpe de guadaña anticipado que me tronchaba. Pero Juan Emar no dejaba de murmurarme:

—Adelante..., adelante..., adelante...

Entonces juré dirigir mi vista hacia el Oriente.

Las lecturas del pasado vinieron en tropel hacia mí. Era una voz que sonaba por todos

lados, que casi me aturdía. Ohsawa... y Krishnamurti... y Ouspensky... y ¡qué sé yo cuántos más!

Eran pequeñitos grupos de gentes que meditaban en silencio y que, por cierto, no estarían dispuestos a acogerme entre ellas.

¿No existe, acaso, esa gente aquí en Occidente? Sí, claro que existe. ¿Ir hacia ella?

¡Vamos a ella! Pero una mano se puso ante mi pecho y me dijo:

—En su alma solamente es donde el hombre puede encontrar la manera de poder abrir los labios del iniciado.

—¿Quién me habla así? —pregunté perplejo.

Entonces vi que era Rudolf Steiner.

Me doblegué. Y quedé solo, solo, sin Oriente lejano ni sombras de Occidente; sin nada, nada. Miré estos campos terriblemente desolados; otras veces miré la plazuela de Fray Tomate; otras, copié esas *Cavilaciones* de Lorenzo Angol; otras, me paseé por calles y más calles, sin rumbo fijo; otras miré el edificio en que habita Marul Carampangue y vi sus ventanas cerradas; por fin vine y me arrodillé junto a los piesecitos de Tomba Montbrison y se los besé largamente.

Terminé farreando con Romualdo Malvilla. ¿Dónde? Te lo diré, Florencio: en Las Tres Chimeneas. Estuvimos en el bar y en la sala de baile. ¡Ya ni sé dónde estuvimos! O fue todo aquello en una casa cualquiera de remolienda, o en el San Lito... No lo sé y... ¿para qué iba a saberlo? Sólo sé que es Malvilla el que perora, el que me abraza y me llama Onofrini y Onofrensky. Oigo aún su voz martillándome los tímpanos:

—¡Oye, Borneovsky! ¡Óyeme bien! El trago me da una euforia interior que me hace comprender y amar todo. ¡Bebamos otro y otro más! ¡Ea, camarero! ¡Dadnos trago, dadnos de ese rico gin con gin! ¡O pisco Peralta! ¡O pisco Tres Cruces! Yverás, mi celebérrimo Borneoni, que será la locura. ¡Sí, la locura! Pero sin esos frecuentadores de estos sitios, sin ese Gualberto, ese terrible Gualberto Choapa ni ese no menos terrible Ramiro Lampa. Chispita... ¡sí! Chispita ¡que pase y que cante! Y tú Clementina Rengo, y tú Perpetua Mamoero... ¡Eh, no! Hablemos los dos, nadie más que los dos, grande Borneov.

¿Qué iba a hacer, Florencio? Ya la euforia alcohólica había picado en mí y ella era azuzada por esa pisca de blanca nieve que había aspirado. Malvilla estaba ora serio como un gendarme; ora lleno de un bienestar que afloraba por todos sus poros; ora a punto de derramar lágrimas amargas.

Pasando de un estado a otro me comunicó:

—¡Oh, la lucha espantosa que han de sostener éste mi cuerpo y... ¿quién?, sí, éste mi cuerpo que pide alcohol y más alcohol y, por el otro lado yo... ¿me entiendes?... yo!

“Mi cuerpo quiere irse de este mundo, Onofrensky. A veces lo pienso. Pero otras veces pienso que yo no quiero tener más cuerpo. ¡Sépallo el diablo! ¡Sépallo él, mi ñaté querido! En todo caso te puedo asegurar que allí reside el fondo de mi tragedia, de esta más que espantosa tragedia que asoma, de pronto, sus cachos por los ojos y los oídos míos. ¿Sabes tú, ñaté, cuándo los asoma? Si no lo sabes te lo diré: cuando mi última vidente se despabila y puja por asomarse al exterior y mandarse mudar... Yo tengo que sujetarla y pedirle que no, que no, que no me abandone.

Así me hablaba Malvilla. Así yo lo escuchaba y, a través de sus palabras, sobrepasaba ese sitio donde se alberga su última vidente e iba a revolotear a alturas infinitas. Así paso yo muchas horas de mi vida, mi querido Florencio, muchas horas. Porque me ocurre, no siempre, pero me ocurre lo que Malvilla me dijo un día, creo que en la sala de las tristezas

de Las Tres Chimeneas; esa sala en que uno es tomado por todo cuanto hay de triste, de desesperante en este mundo.

Oyeme bien, Florencio. Te repetiré lo dicho por Malvilla:

—La ebriedad me lleva a otra “mentalidad”. No alcanzo nunca a cogerla debidamente... ¡Qué hacerle! Hago disparates que no corresponden ni a una ni a otra mentalidad... ¡Qué hacerle! Es, ñaté, la confusión yegua... ¡Qué hacerle! Pero nadie me podrá negar que he estado en otra mentalidad. De ahí, Borneoni, viene aquello que dice: “Los últimos serán los primeros...”. ¡No hay más!

Luego digo y repito:

“Los últimos serán los primeros...”; “los últimos serán los primeros...”.

¿Me has entendido, Florencio? Es decir, ¡cae, cae al vicio más abyecto! ¡Sí, eso es! ¡El vicio, el vicio! Es la única manera de ser de los últimos y así seremos de los primeros. Onofre Borneo está en la gloria. Ahora, que vengan mujeres, trago y coca.

De pronto me detengo. Porque he visto la jugarreta que Onofre Borneo le ha hecho a Juan Emar. Juan Emar me ha retenido. Entonces lloro de aburrido, de terriblemente aburrido. Todo ha perdido su color. Cuanto miro se me figura un enorme estado de ánimo que está presente y que me invade. Esté donde esté ese estado de ánimo me persigue y me inunda. Los campos, los árboles, los vaqueros de este fundo o de otro fundo cualquiera; la cordillera allá a lo lejos, toda nevada y blanca, o ya sin nieve y azul transparente; la ciudad, sus calles y avenidas, sus plazas, el río..., en fin, tú me has de comprender. Veo, tras de ese estado de ánimo, veo la lucha despiadada de Onofre Borneo para reconquistar el puesto que corre riesgos de perder.

Así vivo, Florencio. Así vivo desde el momento en que di la orden a Juan Emar de tomar el mando de mi vida y de dirigir él las normas que he de seguir.

Total: estoy algo cansado; a veces siento que me adormilo frente a una hoja de papel o frente a un libro cualquiera. Te aseguro, mi querido Florencio, que es algo triste vivir así.

52

Ahora iré a Florencio Naltagua. La Torcaza se transforma al oír su voz. Yo lo escuché callado, apenas intercalando una que otra frase. Florencio es un iniciado, no lo dudo. Pensemos, pues, en aquellas palabras de Rudolf Steiner que ya he citado:

“En su alma solamente es donde el hombre puede encontrar la manera de poder abrir los labios del iniciado.

¡Elévate alma mía! Y escuchemos estas frases dichas a lo largo de los días que pasamos juntos con Tomba, con Benilde, con Lorenzo y con la presencia oculta de tantos y tantos amigos lejanos.

Ya debería entender Juan Emar que la vida es eterna. Con este entendimiento cesaría en él toda precipitación. ¡Calma, calma!

Sí, Onofre, cambia el ritmo de tu vida por un ritmo de gran lentitud.

No te precipites jamás.

Creo que nos bastaría con doblar el tiempo para que nuestra vida tomara otro ritmo y un ritmo mejor.

Me fue extremadamente penoso el camino para llegar y encontrar el esoterismo.

Quien me ayudó muchísimo fue Piotr Demianovich Ouspensky. Leía de él su obra *Tertium Organum*. ¿La recuerdas, Onofre? En esta obra volvía y volvía sin cesar a aquello que habla sobre los maderos de una cruz, de un mástil y de una horca; sobre los hombres que junto a ellos hacen su labor: el asceta, el marinero y el verdugo. Esto era un tema permanente de meditación que siempre iba conmigo.

Después pensaba en las piedras de una fortaleza y en las piedras de una fábrica. Habla de ellas también Ouspensky en su misma obra. ¿Qué veía yo al penetrarme debidamente en esto?

Veía, Onofre, a la Región Superior que lentamente se penetraba en ellas, en esas piedras; como se penetraban en los maderos de la cruz, el mástil y la horca.

Y veía a un hombre apoyado indiferentemente en un madero o en una piedra de esas de que te hablo. Veía, entonces, cómo aquella Región Superior lo contaminaba, se desprendía de maderos y piedras y seguía la marcha de aquel hombre.

Muchas veces pienso que nuestra vida consiste en desprenderse de estos efluvios que nos han penetrado.

No hay análisis químico alguno que logre ver, que logre hacer ver la diferencia que existe entre estos maderos y estos ladrillos de una cruz, un mástil y una horca, de una fortaleza y de una fábrica.

Durante mis viajes por el Lejano Oriente he visto una horca donde acababa de ser colgado un pobre hombre, un inocente tal vez, digo yo.

Esta horca me dio una orden que, apenas hube llegado a Chile, cumplí fielmente.

Ahí tienes, mi querido Onofre, el origen de esa cruz que se levanta ahora en Lo Gay. Ella envía sus bendiciones al miserable que allá lejos fue ahorcado. Estas bendiciones lo ayudan a seguir su lenta evolución en los planos que ahora atraviesa.

De los maderos que me sirvieron para hacer la cruz, sobró un palo. Lo hice arreglar y pulir y pintar. Luego se lo ofrendé a un marino para que lo pusiera de palo de bandera en su barco. Lo puso en su barco, el Hipocampo. Ahora navega y navega, cruza los mares.

Con esta cruz y este palo de bandera, créeme, me siento más tranquilo. Porque ha quedado contrapesado el mal que arrojaba esa horca de allá, del Lejano Oriente.

Te daré un consejo. Te lo daré siempre que para cumplirlo no hagas esfuerzo alguno. Debes cumplirlo con una pasividad "activa".

Onofre, no hagas nunca un gesto de carácter.

La tendencia de la verdadera civilización es la de librar al hombre de todo gesto de carácter.

Hay que someterse a la voluntad de los egrégos; hay que saber escuchar su voz y obedecerla.

Para ello: calma, calma y... una actividad que no se traduzca con gestos ampulosos.

¿Por qué pienso retirarme un largo tiempo a Lo Gay?

Orillemos esta pregunta tuya. Óyeme:

Cierto día vi en una revista ilustrada, una serie de fotos de hindúes que habían adoptado una postura determinada y en ella permanecían inmóviles, hieráticos. ¿Por cuánto tiempo? Tal vez por un tiempo que, para nosotros, es simplemente fabuloso.

Tú las has visto también esas fotos, sea en esa revista o en cualquier otra. ¿Te das

cuenta qué concentración mental se necesita para renunciar de este modo al mundo y quedar en la más perfecta "inacción"? Ella nos hace recordar al filósofo chino, a Lao-Tseu.

Te quiero preguntar:

—¿Puedes tú pasar una hora, nada más que una hora, sin hacer nada y... contento?

Los hindúes pueden pasar meses y, acaso, años.

Sí, mi amigo, hay una cadena interminable desde lo más pequeño hasta lo más alto. ¡No evitemos jamás estas alturas cuando las hemos divisado!

Yo necesito un rincón apropiado. He pensado en Lo Gay. Para eso quiero irme allá y allá tratar de entrar en mí mismo.

¿Ves tú cómo aun no estoy verdaderamente preparado?

¡Pobre Anacleto Ibacache! Estaba tomado por otros problemas muy diferentes a los que a nosotros pueden asediarnos. Los de él eran taladrantes como un punzón:

¡Cada mañana, al despertar, tener que empezar, una vez más, la vida...!

Es ello tener que repetir, día a día, lo que, en un plano superior, tenemos que hacer. Él estaba obligado a hacerlo en ese plano superior y, al mismo tiempo, se le recordaba en el pequeño, pequeñito plano del diario existir.

Estos planos, Onofre, hay que multiplicarlos al infinito.

Porque:

Cada mañana es un nacimiento; cada noche es una muerte.

Aquí he pensado en dos clases de tipos clasificándolos en cómo despiertan y en cómo se duermen. Sí, te lo voy a decir:

Los que despiertan felices... Y luego se dormirán llenos de tristeza... Onofre, es gente que ama esta vida sobre la Tierra.

Los que despiertan angustiados... Y luego se duermen plenos y satisfechos... Es gente que se da cuenta de lo que será este paso por la Tierra. Es gente que irá serena a la muerte; es gente que ha comprendido lo que ha hecho.

¡Naturalmente! ¿Por qué has de mezclar siempre la conciencia en todo lo que sucede? La conciencia puede estar ausente de este despertar y de este dormir. Pero la idea de fondo que hay en este proceso, no es otra.

Se repite en pequeñito lo que sucede en grandes escalas.

Hay gente que no lo soporta. La prueba de ello la tenemos en el pobre de Anacleto Ibacache...

Comprendo perfectamente la desesperación de Ibacache. En él se había radicado en esas horas extremas del vivir: levantarse, acostarse. A veces era acometido durante sus quehaceres cotidianos y, entonces, buscaba un asiento cualquiera y ahí se echaba a esperar que aquello pasara.

Recuerdo un día que lo encontré en nuestro balneario, en Pompita, sentado en un banco de la plaza, con una cara de franca consternación.

—¿Qué hace usted aquí, amigo mío? —le pregunté de inmediato, algo sorprendido—. ¿Acaso se siente a mal traer?

Él me ofreció asiento a su lado y me explicó:

—Es la vida diaria la que me produce este efecto. No es sólo tener que levantarme y acostarme todos los días. Es algo más, sí, algo más. Óigame usted, Naltagua, y verá:

“Tuve que venir para Pompita para asuntillos de todos los días. Tuve que venir precipitadamente. Entonces vi las miles de cosas que tenía que hacer para prepararme y venir: Afeitarme apenas llegara; ponerme otra ropa, otra camisa, otros calcetines; echarme la

libreta de apuntes al bolsillo y un lapiz rojo para marcar lo cancelado; y mi talonario de cheques; y el reloj pulsera que voy a necesitarlo a cada momento; y el auto que nos traerá, que no vaya a tener desperfecto alguno porque si lo tiene me atrasaré y no podré hacer nada de nada... ¡Oh, mi querido Naltagua, esto hay que multiplicarlo todos los días y, al fin, cáigo rendido! Y fíjese usted que había olvidado los cigarrillos... Tuve que ir a comprar rápidamente. Cuando no obra la costumbre de hacer algo, cuando ello sale de lo habitual, es la fatiga lo que se impone y aquí me tiene usted descansando...

Tú deberías leer a Stevenson: *El doctor Jekyll y mister Hyde*.

Verías ahí un caso parecido al tuyo.

Verías actuando a Juan Emar y a Onofre Borneo. Es un caso real, auténtico, de esas dos personas que hay en uno.

En un libro policial, de Patrick Quentin, *Enigma para tontos*, he leído una definición que puede interesarte:

Se trata de la esquizofrenia. Dice el autor:

“Mente dividida entre la cordura y un mundo imaginario.

Tal es el mundo de los hombres que tienen talento; tal es el genio. Ese mundo imaginario debe ser un mundo con sus leyes que se adapten unas a otras y, de este modo, formen otro mundo, el mundo de los grandes hombres.

Es esta esquizofrenia el terror de la mediocridad; es ella la que no permite aquel “regimiento” de que siempre habla nuestro amigo Malvilla.

La esquizofrenia es el antirregimiento de Malvilla.

Cualquier amor no egoísta es algo inmenso.

Hay una tendencia a clasificar las cosas con pocas, con muy pocas palabras. Recordaba ahora la expresión de “suicidios colectivos”.

Exacto; es la expresión que se usa para hablar de aquellos que quisieron marcharse de la Tierra cuando se sintieron unos simples “intrusos” en medio de esta naturaleza hostil que los rodeaba. Sí, sé que te acuerdas del tan bueno de don Irineo Pidincó, cuando hablaba de esos miles de miles de seres, tal vez de millones de seres, que optaron por suicidarse pues nada tenían que hacer aquí.

¿Qué se ha explicado así?

Nada, nada. Ellos creen haber resuelto el problema. Han hecho una semáfora y es todo. Ahora siguen preocupados de sus asuntos cotidianos. Cuando se presente el caso harán nuevamente esta semáfora y la olvidarán apenas hecha.

Nadie ha profundizado la causa de estos suicidios, nadie se ha puesto en la mentalidad de esa humanidad desesperada que recurrió a tal extremo para volver al sitio de donde creía venir.

¡Crear!

¡Qué inmensa autosuficiencia expresa esta palabra! Ella es la autoafirmación del hombre.

De la nada... harán algo que sin ellos no habría existido jamás. Es algo increíble pero es así.

No podemos más que decir:

Ir acercándose...

Onofre, si quieres progresar un poco, óyeme:

¡No discutas nunca con nadie!

Todos, todos tenemos dos seres dentro de nosotros. Ésta es la lucha que mantenemos siempre: zafarse del inferior; quedar sólo con el superior.

Desde el momento que tú diferencias a estos dos seres haces dos enemigos que lucharán sin tregua por tener el mando.

Porque hay algo que mandar, hay algo sobre lo cual hay que tener un dominio absoluto.

Haces bien en preguntármelo: “¿Sobre qué se ejerce este mando?”.

Recuerda lo que dice Ouspensky:

Si tomamos el cuerpo físico de un hombre, encontraremos en él, además de su materia, ALGO, que si bien es verdad que cambia constantemente, es indudable que es lo mismo desde el nacimiento hasta la muerte. Este algo es el LINGA SHARIRA de la filosofía hindú, es decir, la forma en la que está moldeado nuestro cuerpo físico.

Pocas líneas más adelante agrega:

Si tratamos de representarnos la imagen de un hombre desde su nacimiento hasta su muerte, con todas las particularidades y características de su niñez, su madurez y senilidad, como habrían de sucederse en el tiempo, tendremos entonces el LINGA SHARIRA.

Ya sabes, pues, que hay algo sobre lo cual tienes que trabajar. Es sobre lo cual yo trabajo. Mi biografía...

Nací en San Agustín de Tango el año de 1890. En mi vida hay algunos puntos fuertes. Uno de ellos lo llamo Nastia Poltava. Tú sabes cuánto la quise, cuánto venero su recuerdo. Ella murió al choque de dos ejércitos que se encarnizaban el uno contra el otro.

Había vivido conmigo en París. Un día nos separamos y yo me embarqué contigo en Marsella. Tienes que recordarlo muy bien. Esa navegación en la que tanto, tanto departimos.

Llegué a Chile. ¿Lo recuerdas? Llegamos a Valparaíso. Llegué ya sin Nastia. Ya ella se había dirigido por otros senderos que la encaminarían a lo que nosotros llamamos muerte.

Aquí en Chile me encontré sin fortuna. Todo cuanto tenía se había esfumado en manos de esos capitalistas que con sus acciones lo habían volatilizado para mí pero, de seguro, no para ellos.

Luego recuperé parte de mi fortuna. ¿Cómo? No lo sé, mi querido Onofre. El caso es que un día tuve un buen pasar, un buen vivir.

Pero hay otro punto fuerte: Lola, la chiquilina, el bebé, la hijita de mi hermano Benigno Naltagua y su mujer Brígida Chipana. Tú lo sabes, ella murió. Ella causó un dolor profundo en mi ser al morir.

Ella guía mis pasos por muchas sendas. Hay una comunicación entre nosotros. Jamás me he dejado engañar por los cortos años que vivió aquí entre nosotros, siendo yo ya un hombre maduro. Tengo la fe más absoluta de que ella lleva más experiencia que yo, que

su paso por aquí por la Tierra fue algo que no podremos comprender con nuestros pensamientos habituales.

¡Lola! ¡Sigue tu marcha! Y eres tú la que debes llorar por nosotros quedados aún aquí. Debemos ir hacia el Yo permanente.

En él está el verdadero significado que debemos descifrar con lentitud. ¿El tuyo, Onofre? Naturalmente es él, nada más que él; es Juan Emar.

Onofre Borneo te distrae, es una distracción de todos los días para que no vayas tras ese Yo permanente.

Es muy duro enfrentarse con el Yo permanente. Porque una vez que te enfrentes con él y te resignes a obedecerle, ya nada más te sucederá; todo, todo tendrás que hacerlo tú.

La inteligencia es poder corregir continuamente.

Siento lejos la literatura de mí. Paso por un período en que la he abandonado. En toda ella veo el *bluff*. Naturalmente, me refiero a la literatura narrativa.

Esta literatura cuenta lo que a X o a Yo a Z les ha sucedido o les sucede. El autor debe sentir el poco interés que hay en esto. Para aplacar su falla cae en el exceso de lo sucedido y de este modo tenemos al Señor de Focas, a Dorian Gray y a tantos más.

Es como en pintura: en vez de pintar un cacharro se pinta la Creación del mundo. Una literatura así, no creo que sobrepasará los límites de lo curioso.

Lo contrario es crear el ambiente, la fatalidad, la imposibilidad de que algo hubiera sido de otro modo de como fue. Esto no es con datos ni hechos como se consigue sino con medios puramente literarios, es decir, con el ritmo y por la unidad.

Los deseos, cuando perciben una posibilidad de realización, empiezan a transformarse en creencias.

Cuando se influye o se trata de influir sobre alguien obra un espíritu colectivo, o espíritu grupo, o egrégor. Él ordena tener prosélitos. Poquísimas veces obra el interés por la persona influida.

No debes juzgar a la gente por el título que se han colocado en la frente: capitalistas, comunistas, libre pensadores, católicos, budistas y demás.

Míralos y déjalos vivir. Entonces se verá lo que son en realidad y... ¡qué de sorpresas recibirás!

Sentados en unas piedras nos sorprendió, cierta vez, el crepúsculo. Frente a nosotros se alzaban dos enormes eucaliptos, lado a lado. No soplaba ni una gota de viento. Era un crepúsculo detenido.

De pronto esos eucaliptos se pusieron a conversar haciendo grandes movimientos contra el cielo sereno. Estos movimientos los hacían permanecer en la inmovilidad más absoluta para los ojos profanos.

Súbitamente, traduciendo sus palabras, comprendí su cuchicheo. Giraba alrededor de esa sexualidad que agarrotó a Lorenzo Angol al ver a Estela Yacal.

Había sido rápida pero intensísima; había penetrado y movido su sexo entero; por la noche lo había despabilado impidiéndole conciliar el sueño; se había desparramado más allá de Benilde Panilonco; casi había llegado a rozar a Lumba Corintia.

Me sentí mal, me sentí sin donde aferrarme ante un torbellino de ideas que

me asaltó. Se lo comuniqué en pocas palabras a Florencio. Él tan sólo me tomó del brazo y, alargando su diestra hacia el cielo, me dijo a media voz:

—Mira, Onofre, mira. Es Venus que brilla. Es ahí donde nuestro amigo Teodoro Yumbel expurgó un llamado pecado de amor. Es Venus, que los poetas de otros tiempos llamaban: “lucero de la tarde”. Se ha hablado mucho de aquel satélite. No sólo los astrónomos; también los que se pretenden de ocultistas.

Una vez leí, en un libro de teosofía, algo increíble. Allí se decía que tanto el trigo como la miel habían sido traídos de Venus.

Lo decía este libro con una seriedad absoluta. Es el afán de hacer todas las cosas según nuestras necesidades, nuestros modos y medios. Habían sido traídos por unos iniciados... ¿Cómo? ¿En superaviones a chorro? El libro había sido escrito antes de estos aviones. Acaso ellos ya habían sido descubiertos por estos iniciados... ¡Qué lastimosa cosa! Es la superadmiración de nosotros por nosotros.

En estos libros de teosofía y de ocultismo en general, hay que saber distinguir muy bien la parte que encierra una verdad del resto que está cuajado de insensateces como ésta de la miel y del trigo.

Cuando un egrégor se forma aquí abajo, aquí en la Tierra es la peor de las calamidades.

No olvides nunca, Onofre: nosotros los hombres no somos egrégores. Tenemos el deber de trabajar en nosotros mismos, el deber de hacerlo INDIVIDUALMENTE. Y oír la voz de los egrégores.

Te preocupa la lucha que sostiene Lorenzo Angol entre su recia sexualidad y su ansia de marchar hacia el esoterismo.

Veamos, Onofre, qué es esta sexualidad y qué relación ella puede tener con el esoterismo, es decir, con el mundo de las causas, con el mundo de los prototipos:

El espasmo sexual es una momentánea y rapidísima desconcentración de este mundo.

Creo que es esto lo que ha sentido y siente Lorenzo y por eso está siempre cobrecogido por la sexualidad. Fíjate bien que no busca la belleza en la mujeres; que es casi indiferente a esta belleza. Busca a aquellas que pueden proporcionarle esta desconcentración del mundo que lo rodea. ¿Por qué ha de estar unida esta cualidad con la belleza que todos ven? Claro está, puede estarlo; pero ella no es el quid del asunto.

Luego el espasmo ha pasado. Entonces vuelve el mundo, vuelve él a reintegrarse, relativamente con lentitud. Vuelven las faenas diarias, vuelve el bullicio que en todas partes está. Vuelve todo lo que se había alejado un instante.

Volveré pronto a mi rincón del Portal Colonial. Siento que me llama. Ya he pasado buenos días de campo.

¿Por qué te extraña que tanto me apegue a ese rincón en medio del ruido de una ciudad? Él no se opone a las bellezas que veo en Lo Gay; ni aquí, en La Torcaza; ni en ninguna parte. Es la meditación enclaustrada en un pequeño espacio.

Un dolor no puede ser olvidado.

Los esfuerzos silenciosos, los esfuerzos constantes y duros, los esfuerzos sin alardes de ninguna especie que hace y hace siempre Linga Sharira por alcanzar ese sitio que, en realidad, le corresponde... Busca el sitio del equilibrio desde el cual poder alcanzar “la paz

sagrada que nada puede turbar, y en el seno de la cual el alma crece como crece la flor santa en las lagunas inmóviles”.

No olvides jamás estas palabras de Mabel Collins. Así podrás darte cuenta de la lucha del Linga Sharira. ¡Lucha cruenta! Por un lado lejano, silente, casi mudo, nace la ayuda; por otro lado lleno de fragor y de ímpetus indomables, forja su camino aquello que a todo prefiere lo que es su fácil costumbre. En tu caso están: Juan Emar y Onofre Borneo.

Onofre Borneo tiene más probabilidades de triunfar. Porque es astuto, ladino; y recurrirá a miles de subterfugios para lograr su fin. A su lado, Juan Emar es la seriedad que trabaja lentamente, sin pensar en el éxito en este plano.

El éxito es algo que embriaga más que el alcohol.

Todos tenemos dos edades: la de los años desde el día de nuestro nacimiento; la edad eterna, es decir, de siempre. Ve cuánta gente hay que sólo tiene la edad de los años. Así es como vive la enorme mayoría de los humanos. Algunos tienen ambas. Pocos, muy pocos, tienen la edad eterna.

¿Por qué te ha venido a la mente la imagen de Hilario Quinchao? Quinchao dice y repite la frase que hoy día está en voga: “Todos los hombres son iguales”.

Yo te digo lo contrario: “Todos los hombres son diametralmente diferentes”.

Piensa en la mente de René Descartes, en las preocupaciones que lo asechaban; piensa, a su lado, en la mente de un hotentote. Piensa en Buda; a su lado piensa en Nonato, el capataz de La Cantera. Ponte tú mismo iluminado con la luz de Juan Emar; ve a tu lado pasar a don Juan Enrique Arancibia Ocampo o a Estanislao Buin. Ve a Rubén de Loa ante una paleta rebelde; ve la cara de estupor que pondría al verlo Higinio Romeral.

No es la educación lo que ha hecho la diferencia entre ellos. Han sido los siglos que ya traían antes de nacer.

Di adiós a todas las necesidades del mundo; di adiós a la sociedad y a su modo de comportarse; di adiós a las divisiones de clases y de castas; di adiós a ese enorme chisme que a todo ello envuelve y lo colorea; di adiós a las miles de noticias que han de llegar para ser publicadas, leídas y olvidadas; di adiós a todo ello haciendo un verdadero esfuerzo.

Porque este esfuerzo no te dará mayor felicidad. ¡No le dará mayor felicidad a Onofre Borneo! Onofre Borneo, acaso sea tomado por una terrible neurosis.

La felicidad irá a Juan Emar. Juan Emar no necesita hacer un despliegue de esta felicidad. La encerrará dentro de sí; allí la cultivará con el esmero que requiere una planta delicada.

Anda hacia tu trabajo y nada más.

Él es:

Profundizar hacia el INTERIOR.

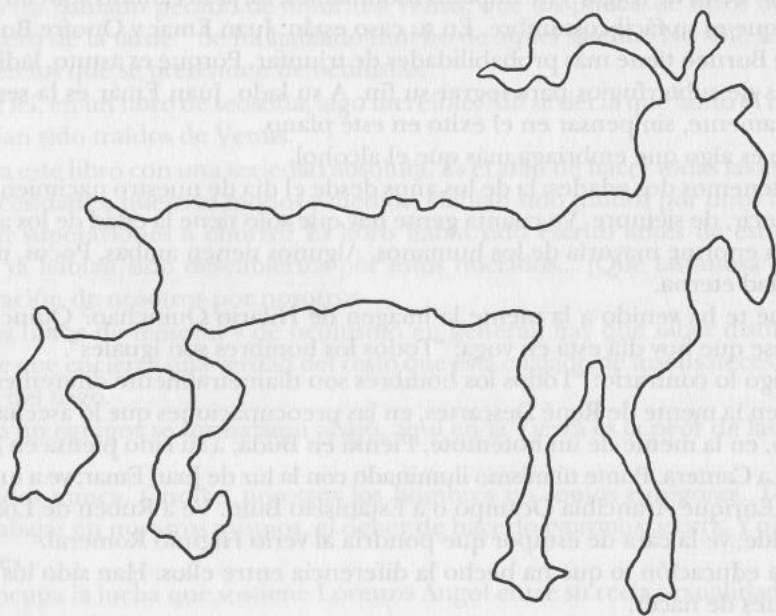
Al decir “adiós” a todo cuanto te he dicho, debes recordar que todo ello es un arma de dos filos: a un lado está la elevación; al otro lado está... ¡Palemón de Costamota!

Por lo tanto fíjate muy bien que tu modo de vivir COINCIDA en todos sus puntos con esta marcha.

Después de tanto conversar con Florencio, me quedé solo en un camino cercano a las casas. Quería meditar sobre las palabras de Naltagua. Pero ni una meditación venía hacia mí. Entonces me detuve a mirar la altura de los árboles que me rodeaban. Mi vista era atraída por el suelo. Mi vista se clavaba en una poza de agua que allí había. Sin más, como si ello fuera la más importante de mis tareas,

la copié. Una vez copiada volví a las casas con una dicha interior que me acompañó largo rato.

He aquí el dibujo del agua en la tierra:



53

Hoy estamos a 20 de enero de 1960. Estamos en pleno verano. Hace calor. Me es indiferente que haga calor; lo prefiero, en todo caso, al frío invernal. Pero la temperatura no influye en mí. Estoy más allá de calores y fríos; estoy más allá o estoy más acá. Siento que la vida es pesada, es lenta, lentísima. No sé qué es lo que quiero o de qué quierô huir. Huir, huir hasta perderme. Y una vez que haya huído, encontrarme en el mismo sitio que creía haber abandonado puesto que allí estará, a mi lado, dentro de mí, ese Linga Sharira de que me habló Florencio Naltagua, citándome a Ouspensky.

¡Jamás saldré de él!

¿La muerte? No; Linga Sharira irá con nosotros, irá hasta que haya cumplido todo cuanto tenía que cumplir, todo, todo. Así sucederán los siglos, los milenios. Y yo suspiraré por un poco de dicha, por un descanso, por una sonrisa que, desde el cosmos, se me haga.

La tomaré, te tomaré, ¡oh, grata sonrisa! Entonces tendremos que empezar los dos esta espantosa huida infinita...

¿Habrá al final otra sonrisa benévola? Tal vez la haya. Entonces seremos tres los que huyamos. Después seremos cuatro; después, cinco; seis; siete...

No nos desprenderemos jamás de esta Tierra. La sonrisa será la de un demente que se retuerce en su demencia.

Estoy neurasténico.

Aquí estoy en Fray Tomate. No sé en qué apoyarme. No vivo con el diario vivir y aun no vivo fuera de este diario vivir.

Sí, claro está: quiero a Tomba Montbrison, mi mujer. Debería, pues, contarle este estado en que vivo y no vivo. Tendría en ella, entonces, una enfermera y, lentamente, el hastío vendría a rondar junto a ella, mi Tomba.

Musa Cautín... Ha quedado allá en Lo Arrate. Musa Cautín se aleja para acercarse más.

Allá está Marul Carampangue... ¿Dónde, en verdad, estará? Sí, está en su departamento, en la avenida del Ave María. Ahí estás, Marul, y estés donde estés no estás conmigo.

Estoy solo, solo, de dentro. Estoy neurasténico. Estoy en medio de un ambiente descolorido en el que las cosas suceden resbalando y no haciendo nada; en un ambiente descolorido que los rayos del Sol no logran darle ni el menor color.

Quiero llorar. Y no veo qué objeto tenga el hecho de llorar.

¡Detente, oh, mundo!

Detente aunque más no sea que un instante. Porque entonces podría moverme yo y con dedos largos, muy largos, iría despojándote de las ilusiones con que nos envuelven.

Quiero algo que no resbale bajo nosotros. Quiero algo firme, inmóvil, duro como una galería subterránea, más dura aún que esas vistas por Teodosia cuando corrió, por línea recta, tras de mi apellido. ¡Eso quiero!

Puesto que nosotros SOMOS.

Ahora, aquí en Fray Tomate, quiero recapitular. Me han sucedido demasiadas cosas junto con no haberme sucedido nada.

He escrito las conversaciones que he tenido con Lorenzo Angol y con Florencio Naltagua. He escrito lo que yo he dicho. Algunos puntos de todas ellas chisporrotean. Luego son consumidos por un fuego voraz o por un hielo absoluto. Y vuelven a chisporrotear allá más lejos.

Mientras tanto los relojes seguían su marcha, impertérritos. Un moscón zumbó y yo me guarecí de él como de un enemigo feroz. Hasta que tuve que darle caza. Volví, entonces, a mi recapitulación.

Me levanté; caminé por esta habitación y, al fin, salí a ver a Lorenzo.

—Oye este disco, Onofre —me dijo.

Lo puso en su fonógrafo y el disco cantó:

Tengo el corazón gitano,

Tengo el alma trianera...

Entonces te vi, ¡Tomas! Te vi mujer calladita que cumples tu misión, sin chistar, sirviendo a Desiderio Longotoma. Mientras te veía, sonó la voz de Isidore Ducasse, el conde de Lautréamont:

Yo, ser lo bastante generoso para amar a mis semejantes... ¡No, no! Lo decidí desde el día de mi nacimiento. Se verán derrumbarse los mundos, la piedra resbalando como un corvejón sobre la superficie de las olas, antes de que toque la mano infame de un ser humano.

Volví a casa. Corrí a la pequeña biblioteca que siempre me acompaña. Cogí el libro de Lautréamont, *Los Cantos de Maldoror*, lo abrí y leí:

Me sucede a veces que sueño, pero sin perder por un solo instante el sentimiento vivo de mi personalidad y la libre facultad de moverme: sabed que la pesadilla que se oculta en los ángulos fosfóricos de la sombra, la fiebre que palpa mi rostro con su muñón, cada animal que alza su garra sangrante, pues bien, es mi voluntad que, para dar un alimento estable a su actividad perpetua, los hace girar.

Entonces Juan Emar me murmuró con una repetición que me enloquecía:

-Yo te acompañé allá en La Torcaza, yo no te dejé ni un solo instante. Aprovechaba cualquier momento tuyo de pasividad actuante, para penetrar en ti y murmurarte algo que te hiciera volver la vista hacia NUESTROS deberes. ¿Me entiendes? Así, después de oír hablar a Florencio, tú, queriendo elevarte, miraste hacia la copa de los árboles. Yo, entonces, te hice bajar los ojos y contemplar a ras de tierra. ¿Que viste, Onofre? Viste que el agua que allí había caído, había dibujado una especie de macho cabrío. Lo copiaste de inmediato. Creíste copiar ese macho cabrío; en realidad copiaste mi voz.

Sí, copié tu voz, Juan Emar. Aquí la tengo en mi libreta. La guardo con celo por si alguna vez quiere expresarse de otro modo.

Sé, pues, lo que he hecho: mirar hacia la cima de los árboles; bajar la vista; ver ese macho cabrío formado por el agua sobre la tierra; copiarlo en mi libreta; guardar ésta celosamente; seguir a las casas; hablar un poco con todos; acostarme; dormir.

Y ahora aquí estoy con una profunda neurosis.

Me miro, me examino. Todo está igual, nada ha cambiado. Me asomo a mi balcón: la gente pasa; algunos se sientan a reposar unos instantes; un auto claxonea... Todo está igual.

Yo, sin embargo, no estoy igual. Yo paso por un momento de franco descenso; yo me sumerjo bajo tierra.

La neurosis, la neurastenia... ¿qué es?

Es un silencio absoluto cerca de uno, un silencio en el cual chisporrotean las voces y la bulla de los demás. Esto de "chisporrotear" ya lo he escrito líneas más atrás. No es una palabra habitual en mí, pero ahora estoy obsesionado con ella que viene hasta mí como un recuerdo lejano. Ya sé:

El tuero chisporrotea
Y el vasto hogar ilumina

Don Gaspar Núñez de Arce. Él suena en mí hoy día y yo sé para qué suena hoy día y en este momento, es decir, mientras escribo todas estas líneas.

Mis movimientos son más lentos. Es, tal vez, el peso de mis años. Ello ha de ser. Pero ahora recuerdo que en La Torcaza ella, Tomba, me dio un encargo para la mucama y yo, sin pensarlo, lo hice, fui hasta las casas a grandes pasos, hablé con la mucama, volví a grandes pasos también, y al rayo del Sol, y no me cansé y no me acordé más del asunto... hasta ahora que escribo.

Mis movimientos siguen efectuándose a igual velocidad.

Sin embargo hay una orden, una orden lejana, que me fuerza a hacerlos con mayor lentitud.

La neurosis, la neurastenia... ¿qué es?

Hoy, aquí en Fray Tomate, me bañaba. Entonaba una melodía de una ópera italiana.

Era una melodía de *Tosca*. Junto con sus acordes oí claramente una voz. Pero la oí con el oído interior, si es posible explicarse así. Esta voz me dijo:

“La neurastenia es la pérdida de todo automatismo en las acciones que uno hace. Hay que tener conciencia de todo cuanto se hace. Y nuestra atención está fijada en estos actos.

Entonces se avanza fijándose en todo, siendo carcomido por este actuar. Uno se dice: “Voy a escribir, voy a recordar las palabras de Florencio Naltagua; me he sentado frente a la máquina; he puesto el papel; he puesto el número que corresponde. Ahora, escribamos. Pero, no. Sería mejor leer unas cuantas páginas antes. Se va a la biblioteca y se coge un libro y se abre. No; la máquina llama. Ahora comprendo al pobre de Anacleto Ibacache: tiene que levantarse; luego tiene que acostarse, para levantarse nuevamente; y se levanta para acostarse otra vez, ¡otra vez más!

Pero leamos. No hay que escribir por ahora. Un libro. Éste hay que leerlo una vez más: *Luz en el Sendero*, de Mabel Collins.

Veamos:

Es un hecho muy conocido, y que Bulwer Lytton trató con gran precisión, que la primera de todas las experiencias del neófito en ocultismo, es una tristeza intolerable.

(Es lo que a mí me ocurre).

Se apodera de él un sentimiento de vacío que convierte al mundo en un desierto y a la vida en una lucha vana.

(Es también lo que a mí me ocurre).

Con sólo proponerse contemplar el misterio inefable de su propia naturaleza superior, suscita la presentación de la prueba inicial. La oscilación entre el placer y el dolor cesa quizá por un momento; pero esto es bastante para hacerle desprender de los fuertes lazos que lo ataban al mundo de la sensación. Ha experimentado, aunque brevemente, la vida más grande; y continúa en la existencia ordinaria abrumado por un sentimiento de no realidad, de negación vacía y horrible. Esta fue la pesadilla del neófito de Bulwer Lytton en *Zanoni*; y hasta el mismo Zanoni, que había aprendido grandes verdades y que se hallaba dotado de grandes poderes, no había pasado realmente el umbral donde el temor y la esperanza, la desesperación y la alegría, parecen en un momento dado realidades absolutas, y al siguiente instante meras formas de la fantasía.

Sí; esto es lo que a mí me ocurre; esto es lo que me trabaja y devora por dentro. Es decir, que estoy dando un paso por el Sendero... ¡No, no! Estoy aplastado, estoy humillado ante no sé qué cosa que me aplasta y me humilla. Estoy más bajo que ese neófito de que habla Bulwer Lytton.

Sin embargo tengo fe y espero.

Espero y veo nuestra vida. Nosotros tenemos que escoger por cuál sendero engancharnos. Ahora veo estos dos senderos como muy grandes, como inmensos círculos espirales: uno que sube y se pierde en las nubes; otro que baja y se pierde en temibles cavernas. Uno es ascendente; el otro, descendente.

No debo olvidar jamás que ambos tienen la forma de círculos espirales. Por un lado, este círculo toca la belleza, la grandeza, toca todo lo que es superior; por otro lado toca el

reverso, toca el lado negro, el lado en que se debilita y se pierde la fe. Esto es igual en ambos círculos. Pero uno sube; el otro baja.

Ahora creo bajar.

Tengo la fe del que se pierde en cavernas. Son los rayos postreros de la fe; son los últimos que ella derrama.

Siento que en un rincón, para mí invisible, espera siempre galante, atento, obsequioso, Palemón de Costamota.

Es decir, mi fe es la fe sin esperanzas; es el recuerdo de una fe que yo tuve y ya no tengo.

Escucha el canto de vida.

Así dice *Luz en el Sendero*. Lo escucho y, al escucharlo, sólo recuerdo que en un día lo escuché y encontré en él un significado.

Hoy no encuentro ningún significado. Miro un árbol y veo en él tan sólo un árbol sin conexiones con cuanto nos rodea; miro un ave y la veo como un ave aislada que vuela y vuela y que nada tiene que hacer con las demás aves del cielo; miro una casa y es lo mismo; miro el agua que lentamente corre; miro el cielo; miro las estrellas... ¡Nada!

Antes, todo esto, entonaba un canto para mí. El ave era parte del árbol y del agua que corre y de la casa y del cielo y de las estrellas y de cuanto existe. Y yo entraba en este "cuanto existe". Así es que yo era parte del árbol, del ave, de la casa, del agua, del cielo, de las estrellas, ¡de todo!

Ahora sufro por la incertidumbre de lo que va a suceder. Lo que va a suceder no podremos saberlo jamás. En media hora puede todo haber cambiado. Esto lo he escrito ya o alguien me lo ha dicho y yo lo he escrito. Era cuestión de un auto que marchaba a gran velocidad por la noche. Sus faros tenían esta particularidad: alumbraban para los costados y para atrás; pero era la oscuridad para adelante. Y el auto seguía veloz, por la noche, es decir, por la oscuridad.

Claro está: vivimos en el momento presente y podemos recordar el pasado. Para el futuro... es la oscuridad. Así es que no puedo entregarme a soñar en hermosos sueños. Porque todo resbala bajo mis pies. Y yo no sé, lo ignoro totalmente, si de pronto hay un inmenso guijarro en el cual tropezaré.

Pero yo no sé, lo ignoro totalmente, si este estado en que ahora vivo es hijo de Juan Emar o de Onofre Borneo. Lo ignoro.

Ya nada espero. Y espero siempre, ¡siempre!

Porque nadie llora en mí. El llanto me está ausente. No tengo ni una lágrima que verter. De seguro lloran los que van por el lado negro del círculo espiral ascendente. Yo debo ir por el círculo espiral descendente.

Ahora recuerdo:

Onofre Borneo llora cuando es Juan Emar el que está mandando; Juan Emar llora cuando es Onofre Borneo el que está mandando.

Ahora ninguno de los dos llora. Es el silencio absoluto y vacío. ¿Absoluto? Algo oigo en él con los oídos interiores. No es Lorenzo el que lo produce; no hay ruido posible que llegue de su departamento hasta el mío. Es un canto el que oigo. Canta este canto:

Tengo el corazón gitano,

Tengo el alma trianera...

¡España! España... ¿no será un país formidable? Hoy es mirado de arriba a bajo por los grandes señorones que se pasean tras sus chalecos. Estos chalecos pasarán y se pudrirán. Los señorones también y, tal vez, antes que ellos.

Tú seguirás ¡España! Para algo se gesta en ti la fuerza de un “corazón gitano”, de un “alma trianera”.

Debería ir a consultar al doctor Hualañé. Lo respeto enormemente. Oigo sus consejos sin que asome en mí ni un titubeo. El podrá sacarme de esta neurastenia en que vivo.

He visto al doctor Gil Hualañé. Le he explicado:

—Doctor, estoy con una neurosis atroz. En ella predomina una idea que revolotea, claro está, pero es la idea que predomina. Es ella que cuanto me sucede, sea en el plano que sea, no me sucede a mí; ello sucede a otros. Lo que yo siento es, por lo tanto, un simple reflejo de lo que acaece en otras personas.

El doctor Hualañé me ha mirado un gran rato en silencio. Por fin me ha dicho:

—¿Por qué quiere usted evitar esto que le ocurre? Tal vez así sea su manera de evolucionar. Nada ocurre sin un motivo. Por lo tanto le aconsejaría a usted con una sola palabra: ¡Adelante! Y no se deje dominar por el lado desesperado que esta idea puede traerle. ¡Luche contra ello! Al final de ese lado está, está... Usted sabe quién está: ¡Palemón de Costamota!

Volví a casa caminando sin ver nada. Es claro: tal es mi destino, tal es mi suerte. Pero no debo decir así. Debo decir:

“¡Tal es mi vida!

Lautréamont no me ha sacado de esta neurosis. Lo he leído porque algo había que hacer. Él me ha sumergido más en mí mismo donde sólo hay asco y miseria.

Arthur Rimbaud ya lo ha dicho:

Una manera de desperdiciar cierta fuerza, un enervamiento.

Sigo leyendo a Rimbaud:

Yo me habitué a la alucinación simple: veía muy al descubierto una mezquita en lugar de una fábrica, una escuela de tambores hecha por los ángeles, cabezas por los caminos del cielo, un salón en el fondo de un lago; los monstruos, los misterios; un título de vodevil alzaba espantos ante mí.

Y sigo igual. Todo ello lo veo también y, al fin, llego a preguntarme:

“¿Qué gano con ver así?

¡Nada, nada!

El doctor Hualañé me ha repetido que en el hígado es donde tenemos la medida del tiempo que pasa. Estoy bien del hígado. Así es que sentiré este terrible paso del tiempo con mayor, con más penetración que en los momentos en que se está enfermo y el hígado duele.

Yo estoy y continúo en esta lucha entre dos hombres: Juan Emar y Onofre Borneo. Al menos así se me presenta a mí: una lucha feroz. Tal vez, allá donde ellos *en realidad viven* sea un mundo de paz y de dulzura.

Todos —¿todos?—, de adolescentes, aspiramos a un personaje mejor. En algunos este personaje creado se introduce en el cuerpo y cala perfectamente. Entonces se sigue con

él en una vida dichosa. En otros cala mal. Ellos, a cada momento, sienten que algo cruje y se destempla en su interior. Añoran, refunfuñan. Éstos son los que sufren y luchan. Otros, lo dejan atrás y entonces, junto con tratar de despreciarlo, se amargan. Otros lo dejan alrededor y lo miran de cuando en cuando. Quieren imitarlo y de pronto lo olvidan. Y otros, por fin, nunca lo han creado.

Yo no he tenido que aspirar a ningún personaje puesto que ese personaje aquí esta: Juan Emar. A veces dudo de que tú seas un ser superior a este mísero de Onofre Borneo. ¿Por qué eres un ser superior? ¿Porque has acumulado aquí un alto de notas? ¿Qué dicen tus notas? Voy a verlas, voy a ver qué te preocupaba, qué te atormentaba. Sacaré una nota al azar, la que venga.

Dice así esta nota de Juan Emar:

“No hagáis perder el tiempo a Stanislas de Guaita”. Esto es *real*. Cada vez que alguien abre un libro y lee, el autor *realmente* habla, hace un esfuerzo. Si no se le comprende, es la prédica en el desierto; es como un puñetazo que no da en el blanco, es una fuerza que se desvanece y que volverá a cansar.

Hay que leer de otro modo. La gente que picotea un libro —como, por ejemplo *El Templo de Satanás*, de Stanislas de Guaita— se encuentra con anécdotas, con trozos aislados, cuyo único valor no puede ser más que el de una mayor o menor “amenidad”. Luego ello cae al pozo común de que en el mundo se escribe.

Hay que ir al total para que cada trozo brille en su justo valor, para que sea iluminado y valorizado con las luces de los demás y con la luz total y única de un ser, que es aquí el punto de vista y tónica del libro.

Es como el señor que ve únicamente un farolito de un coche. ¿Qué es para él? Un farolito y nada más y seguramente inferior al que tiene sobre su mesa, al de un tortillero, a cualquiera que, ocioso, se balancea por las noches.

Pero se le hace ver que está sobre un tapabarro, el que cubre a una rueda; que éstas son cuatro; que ellas están accionadas por un motor colocado en un chasis; que este chasis soporta una carrocería con asientos; que estos asientos son ocupados por varias personas que ruedan por calles y carreteras a gran velocidad; etc. y etc.

Ahora, pues, han desaparecido en la mediocridad, ¡oh, farolito!, el que se halla sobre tu mesa y el que balancea el tortillero.

Así han de ser todas las notas de Juan Emar. ¿No es mejor ir de farra con Malvilla y escaparse de esta vida por algunos instantes? Sí, es mejor, que atiborrarse el cerebro lucubrando sobre los farolitos de los coches, sobre los que hay sobre las mesas, sobre los que balancean los tortilleros que van por las calles silenciosas.

¡Romualdo Malvilla! ¡Espérame, espérame! Iré contigo y junto nos embriagaremos sumidos en la blanca nieve. La blanca nieve... Tú sabes lo que quiero decirte. Después..., después... ¿qué? Sí, eso es: ¡te amaré una vez más a ti, mi linda Musa Cautín! Juntos saldremos de paseo y iremos como ríen dos colegiales que hacen la cimarra. ¡Juntos, juntos! Te besaré; me besarás. ¡Ea, ríamos! Tu, mi Tomba, aguardarás pensando cosas profundas. Volveré a ti y te veré. Entonces Juan Emar alzaré su voz en tus labios. Y yo caeré de rodillas ante ti. Te pediré perdón, me arrepentiré, lloraré como un niño. Agacharé la cabeza y seguiré tras de ti, Juan Emar.

Pero el hecho es que somos acosados por entidades inferiores, por los otros "yo" que dan albergue a esas entidades. ¿Por qué no lo seríamos por entidades superiores?

Aquí hay otra nota. Ésta no es tuya, Juan Emar. Ésta es de Onofre Borneo cuando tú lo atacas. Ésta es mía cuando ronda cerca de mí esta neurastenia que ahora me tiene preso. Oye bien, Juan Emar, oye bien. Esta nota dice:

Todo es posible, todo, todo. La imposibilidad no ha nacido más que de un prejuicio de debilidad, de terror, impuesto por el tiempo. El tiempo de idiotas que pesan sobre nosotros.

En la sonrisa estereotipada de ese cretino que una vez me quedó mirando, lo supe. Supe que todo no era debido más que al peso de la imbecilidad de los siglos que nos aplastan. Y para probárselo a él, ahora que todo lo puedo y lo sé..., el tren que pasaba iba lento, lento. Yo debo subirme a él, sí, subirme como subo las cuatro gradas de la puerta de mi casa.

El cretino, entonces, ¡vería!

¡Vuelve a la vida real!

Cuando zumbó a mi lado, silbó y me echó aire frío por todo el cuerpo. Era evidente: el tren no iba lento. El peligro se asomó y me detuvo. Pero nada de esto desmiente lo que sostengo: la rapidez del tren.

¿Qué prueba ello?

Prueba una desconexión de velocidades.

Invirtamos ahora las sumas: yo voy a velocidad inaudita y echo hacia los lados y hacia atrás el viento frío. El tren va como cucaracha por la tierra. ¿Puedo entrar en él? Pasaré por delante, por atrás, por en medio, rompiéndolo; mas no entraré.

No es cuestión de cabeza, del trago que se revuelve dentro de ella. Es cuestión de desconexión de la velocidad con que pongo el pie en la primera grada y el dedo en la campanilla. Y, ¡sobre todo!, de la lentitud al hablar de todos ellos los de mi casa.

O paso por delante, o paso por atrás, o paso por el medio, o me rompen y me trituran. Pero yo, ¡entrar! ¡Jamás!

No, no es posible que siga copiando notas y más notas del alto que aquí han acumulado Juan Emar y Onofre Borneo. Porque yo estoy neurasténico. Y quiero paz, paz. No la hallaré en ninguna parte.

Tal vez es eso lo que quiero: paz, paz y paz.

Para acercarse a la paz, la voz de un amigo que hable de cosas ajenas a nuestros males, es un santo remedio. Hace tiempo ya que no veo a Rubén de Loa; hace tiempo que no entro en ese taller de la calle de la Tiara, que no cotejo mi opinión con la del tucán conocedor en pintura. Además hoy día debe ir a verlo Macario Viluco. Él nos hará hablar, él hará lanzar unos cuantos "inefables" a Mamerto Masatierra, él me hará conectarme con mis oídos y ser todo atención. Tal vez, en esta atención, salga y se vaya esta neurosis mía.

Entonces emprenderé el camino de regreso con rapidez. La neurosis, al verse sin nadie a quien atacar, se disolverá bajo los ojos fijos del tucán.

Aquí estamos todos reunidos: Rubén, como dueño de casa; Mamerto, echado en un sillón; Macario, siempre nervioso y activo; yo, ofreciendo cuanto tengo por salir de mí mismo y entrar en otro estado de ánimo. ¿Y aquella que se acurruca en el diván? ¡Hace tanto tiempo que no la veía! Ella es Lucila Volcán, el amor de Rubén, según se dice. Bueno, que se amen. Pero ahora no hay ni un solo momento para entregarlo al amor pues Macario quiere hablar, quiere contradecir a Mamerto y hacer de nosotros los jueces de esta cruenta batalla.

Muy en el fondo yo traía la intención de contar a Rubén lo que vi en La Torcaza, ese macho cabrío que había dibujado el agua sobre la tierra y quería, además, mostrarle el croquis que de él había hecho en mi libreta. Dejémoslo para cuando haya una ocasión más propicia. Ahora el ambiente truena con la voz aguda de Macario:

—¡Sí, mi señor don Mamerto, sí y mil veces sí! Hoy es una época en que todos los hombres sólo tratan de acabar con el misterio, de acabarlo como sea. Aquí hay un misterio... pues se va a él y se le desentierra con pala y picota y se le muestra a la luz del día. Esto es lo que diferencia esta época de todas las demás que ha vivido la humanidad, de todas, absolutamente de todas. Y cualquiera puede ver las cosas como son, tal como son. Así es y así es. Para eso las librerías están llenas, cuajadas de libros que todo lo explican. El que cree todavía en misterios es un perfecto cretino y nada más.

Mamerto murmuró:

—¡Inefable!

—Puede ello parecerle a usted muy inefable, señor don Mamerto. Pero es así. Y las librerías están repletas de libros gracias al gran hombre que fue Nuremberg...

—Nuremberg, según entiendo —dijo Rubén—, es una ciudad de Alemania.

—¡Sí, sí! ¡De Alemania! Quise decir: Gutenberg.

Mamerto prorrumpió en un estrepitoso:

—¡¡Inefable!!

Macario lo miró airado. Al fin le preguntó:

—¿Qué es lo que halla usted de tan inefable? ¿Una confusión de nombre como las tenemos todos los días? ¡Usted exagera, amigo mío! Toda persona culta debe equivocarse.

Y quedó mirando con ojos furibundos a Mamerto. Pero éste no habló. Miraba a Rubén de Loa. Lucila Volcán suspiró de satisfacción. Macario calló. Y Rubén, entonces, habló pausadamente:

—¿Quién estaría más en la verdad, el que ve un muro denso o el que lo ve intraatómico? Esto no está dicho en ningún libro; me refiero a “la verdad”. Porque ambas son esencialmente exactas. Lo que sobre ella se diga, no pasa de ser una opinión de un señor cualquiera que lucubra sobre la verdad. A su lado habrá otro que dice justamente lo contrario.

Giorgio de Chirico estuvo en la verdad, estuvo más en la verdad con sus muebles en la calle que el señor que cree firmemente que ellos están donde deben estar al colocarlos en los escaparates de su tienda para ser vendidos y adquiridos por una dama que los pondrá en su salón, o sea, en el sitio de verdad para ellos. Pues no hay un sitio ni para los muebles, ni hay un sitio para nada. Chirico hizo bien al poner un canapé, un sillón, un velador, una cómoda y demás, en medio de la calle. Porque gente como Chirico no puede equivocarse. No lo olviden: Chirico golpeó muchas veces a las puertas que se abren sobre el más allá. No podía, pues, no lo podía, jamás podía equivocarse. Hasta un día en que se

cansó de golpear a esas puertas y entonces..., dicen, aseguran... pintó como un verdadero académico. ¡No puede ser verdad! Es:

La academia que ha ido a ver lo que un hombre hacía.

¡No hay más!

•El hombre de ciencia busca LO QUE ES. El artista busca LO QUE NO ES.

Lo terrible es cambiar estos papeles. El cambio da:

En ciencias: supersticiones;

En arte: academismo.

Creo que Chirico no puede ser un académico. Ahí está Chirico viendo la cara de estupor que ha de poner el academismo al penetrar por las sendas que ya han sido holladas por el golpeador de puertas del más allá.

Nada, nada que sea "a la manera de..." logra interesarme. Ustedes me han de preguntar:

—¿Y los hombres de ciencias? ¿Qué papel les da usted?

Y pueden ir más lejos con sus preguntas. Pueden, por ejemplo, preguntarme:

—¿Y los artistas del viejo Egipto? ¿Y los artistas griegos? ¿No avanzaban por un solo camino, a una voz de mando?

Hoy día nos parece que ellos avanzaban con una voz de mando. Esta voz aparece a toda mirada superficial. Hoy día estamos sometidos a esta misma voz. ¿No lo creen ustedes? Óiganla. Ella clama por la exaltación personal. ¡La exaltación personal! Por eso es que vemos tanta diferencia de una obra a otra. Vistas desde los siglos se verán iguales... a la mirada superficial. Sí, superficial si las miramos pasando los ojos y pensando en otra cosa. No hay tales superficialidades. Porque en toda obra está la lucha de la personalidad por salir a flote.

Ya lo he dicho cientos de veces: el arte no es *hacer*; el arte es *buscar*.

Veamos cómo buscan las cantidades de pintores que por todos lados pululan. Se diría que en su delirio por buscar y encontrar algo pierden el equilibrio.

Los pintores se afanan entre dos puntos o extremos: Ellos y la naturaleza. A la pintura misma, a los materiales los usan únicamente como un medio, como un instrumento de conexión. ¡Vano y vago punto de apoyo al que cierran todos sus innumerables secretos, sus revelaciones pasmosas y que sólo pide dar!

¿No sería mejor afanarse en estos extremos: ellos y el material? Así se concentraría el hombre en la paleta, vacilaría para agregar un poco de éste y de aquel color, caería en un aislamiento perfecto, un aislamiento que estaría cercado por los altos muros del trabajo de obrero.

Entonces resonarían a sus oídos interiores las voces de la naturaleza. Se abrirían sus ojos. Y vería que ante sí todo ha tomado otro significado que se pierde a distancias incommensurables. Entonces su mano pintaría. Pintaría como ha de pintar quien se tilde de ser artista. Huirían lejos de él todos los demás hombres que lo rodeaban; huirían tras un refugio donde poder desplegar sus afanes y su acción. El pintor se marcharía lentamente hacia el mundo de los intelectuales, hacia el mundo de aquellos que piensan que es en ellos mismos donde se ha ocultado la suma verdad.

Porque debemos diferenciar al hombre de acción del intelectual. Son dos mundos opuestos, dos mundos que se diferencian por el respeto y el empleo que hacen de las vidas de los demás.

El intelectual, por naturaleza, desea el desenvolvimiento máximo de todas las vidas,

de toda manifestación de vida, seguro de que únicamente de este modo la suya se desenvolverá en su plenitud perfecta. El hombre de acción, por naturaleza, obra en el sentido de apagar el libre desenvolvimiento de toda vida para que ellas —¡estas vidas!— crezcan bajo su inmediata tutela y luego puedan ser dirigidas por los caminos que él les ha trazado.

Así, en un último extremo, iremos a hacer el bien. ¡No, no! Esto no es egoísmo ni autoadoración. Es cumplir con lo que se nos tenía encargado de cumplir.

El bien no lo hacemos directamente porque lo hace nuestra obra. Quien lo hace directamente es un apóstol; no es un intelectual. El intelectual debe ser abuelo del bien, pues es su hija, la obra, quien debe hacerlo. El apóstol es padre del bien que es su hijo directo. Es, pues, el apóstol más egoísta que el intelectual porque recibe el halago del bien hecho. El intelectual desea sólo crear hijos suficientemente fuertes como para vivir y poder desenvolverse con plena independencia, como seres aparte, como entidades que no le pertenecen totalmente. Él ha de pensar y ha de desear como la madre piensa y desea al contemplar a su hijo: que sea fuerte, sano, que sea un elemento vivo y ¡basta! Su acción... no le pertenece.

Por este camino marchaba Anacleto Ibacache. Pero él era tal vez demasiado pensador, demasiado teorizante. Recuerdo una vez que hablamos de la estructura, de la composición de un cuadro. Me dijo:

—En todo cuadro debe haber un centro o un foco principal que encierre la idea primordial de la obra. Es decir, un foco intelectual. Con medios pictóricos, entonces, como la intensidad de la luz, las grandes sombras, la convergencia de las líneas, etc., hacerlo foco efectivo donde caigan, sin querer, los ojos. De este punto irradia lo restante del cuadro, irradian sus atributos. La verdad de lo que es el foco debe estar ante todo, sea ello en bien o en mal.

Mucha, muchísima gente ha visto mis cuadros. Nunca ha faltado quien diga, ante la variedad de géneros que ellos muestran, que yo era todavía un pintor en busca de su personalidad y sin haberla aún encontrado. ¡Pobres gentes! No se dan cuenta de que mi personalidad es buscar siempre, hasta el último momento, y, sobre todo, ¡no encontrar jamás!

Lo que llaman “encontrar”, ¿qué es? ¿No es justamente detenerse, abandonar la carrera?

“Encontrar” quiere decir: Estoy cansado; no puedo seguir; aquí me quedo...

Todo se marcharon poco a poco después de comer algunos bocadillos y algunas golosinas que Rubén sacó de no sé dónde. De pronto vi a Lucila Volcán y comprendí. Me acerqué a ella y juntos brindamos con un ponche a la salud de todos los presentes y ausentes.

Me quedé solo con Rubén. Temía irme; él no quería permanecer en la soledad que dejaba la muy bella Lucila al haber salido no sé a qué.

Temía irme; temía las calles. Me senté, pues, y aproveché para contar a Rubén lo del macho cabrío dibujado por el agua sobre la tierra.

Rubén me escuchó en silencio largo rato. Al fin me dijo:

—Has hecho bien en mirar lo que el agua ha dibujado en la tierra. La naturaleza está siempre haciendo cosas y más cosas en todas partes. Para percibir las hay que tener los ojos alertas. Es algo como yo, e Ibacache también, hacíamos con esos guijarros perdidos en

todas partes. ¿Lo recuerdas? Yo vi a Elsa entonces. ¡Elsa! Ha de estar siempre por ahí porque siempre la recuerdo. Y tú, Onofre, ¿cómo llamas a quien dibujó ese macho cabrío, a quien dirigió el agua al caer sobre la tierra?

Yo respondí súbitamente, sin haberlo pensado antes:

«La llamo ¡Eva!

55

Salí del taller de Rubén de Loa, salí lentamente. En la calle de la Tiara me detuve a escuchar. Oía una música, no sé si lejana o cercana. Pero la oía con claridad. Pasó a mi lado, pasó con sus violines y cellos, sus saxofonos y bandurrias, sus cítaras y su tremolar de cientos de guitarras y mandolinas.

Me cogí a ella.

Entonces ella subió, subió haciendo una escala loca que fue a trepidar a alturas vertiginosas.

Desde estas alturas vi la Tierra que rodaba abajo. La saludé agitando mi sombrero.

Entonces sonaron los contrabajos. Yo me agarré, con uñas y con dientes, a una nota bronca que pasaba junto a mí, retorciéndose cual una enorme serpiente. Lado a lado llegamos a la Tierra, lado a lado nos posamos cerca del cráter de un volcán.

Y la música se sumergió por él.

¡Oh, qué de acordes!

Noté que ellos se unían con los que emanaban del fondo de nuestra Tierra y aparecían por el cráter como una erupción.

Me sumergí también tras de la música. Luego no fuimos más que una mezcla de notas, de llamas y de piedras que surgían tras las estrellas mientras yo bajaba, bajaba, bajaba.

Así atravesé el primer estrato terrestre, el que algunos libros llaman “estrato mineral”.

Por él avancé, caminando. Había grandes sinuosidades en el terreno; había hoyos profundos y puntas amenazantes. Las llamas surgían de los hoyos y lamían estas puntas. Yo avancé una mano a las llamas. No me quemé. La llama me hizo una caricia larga, una caricia lenta. En su lentitud vi que me envolvía todo íntegro. ¡Oh, qué delicia fue esto! Me envolvía y yo caía como dopado por un terrible espasmo.

Ella —creo que la llama— me extendió un brazo y me murmuró:

—¿Viene usted?

—¡Por cierto, por cierto! —exclamé—. Pero... ¿hacia dónde iremos?

Me susurró:

—Iremos a seguir nuestro destino, sí, ¡nuestro destino! Él es caminar y caminar siempre, no detenernos jamás, jamás.

Caminamos entonces por la ancha galería. ¡Qué hermosa era la ancha galería! Toda íntegra tapizada de gruesos terciopelos color lila con granate. Y grandes cojines yacían por tierra, grandes, enormes cojines... que no se movían, no se movían; estaban allí quietos y algo decían en voz bajísima. Al fin pude percatarme de su hablar callado:

—Adelante..., adelante..., adelante... Al final lo hallaréis con su fiel compañero. Adelante... adelante... adelante...

¿A quién hallaré? Muchos rostros me daban vueltas por la cabeza; aparecían y se marchaban envueltos en vapores. ¿A quién hallaré?

Por fin un cojín me gritó:

—¡Ahora, ahora, lo veréis! Un paso más y estaréis frente a él. Dos pasos más y podréis estrechar su mano.

Di este paso más volviéndome a la izquierda. En realidad ahí estaba, siempre altivo, siempre con una mueca sardónica que erraba por sus labios, se enroscaba en sus agudos bigotillos y luego se esparcía con una fragancia de azufre y canela.

Su tocado era francamente magnífico: un saqué ajustado, extremadamente ajustado; a veces parecía formar parte de su piel misma al penetrarse en ella. Se tocaba con una desmesurada chistera de alas planas. Sus piernas estaban cubiertas por finísimos pantalones de titilantes colores que, sin embargo, tendían al gris. Sus botines eran del más fino charol imaginable y eran puntudos como para hacer daño. En su mano caracoleaba un bastón a velocidad inaudita, tanto que sólo de mirarlo me sentí algo mareado. Entonces él gritó con voz de flauta:

—No miréis este colihue que gira entre mis dedos; mirad esta mano que ante voz se tiende.

Cogí de inmediato esa mano y la apreté con fuerza. Él sonrió con gran amabilidad y me dijo:

—Palemón de Costamota, servidor de usted.

Yo respondí:

—Onofre Borneo, siempre a vuestros pies.

Y prorrumpió en la más estrepitosa carcajada que jamás oídos humanos hayan oído.

Tuve que reír a mi vez. ¿Hay algo más contagioso que la risa? No, no lo hay. Así es que reímos ambos, reímos haciendo atronar los ámbitos, perforando con nuestro reír ese estrato mineral y haciendo perderse nuestra alegría loca por los ámbitos eternos que por todas partes nos envolvían.

Y continuaba agitando mi mano en la suya. Al fin exclamó:

—Ya pensaba marcharme. ¡Cuánto tardáis en llegar! Ya me iba al estrato siguiente, al estrato fluídico. Era una cuestioncilla de ver si todo en él marcha como es debido, si está listo para explotar a una orden mía. ¿Queréis acompañarme a él?

—¡Sí quiero! —grité lleno de júbilo.

Y lado a lado nos encaminamos al estrato siguiente, al estrato fluídico, como es llamado por algunos libros; ejemplo: *La Concepción Rosacruz del Cosmos*, de Max Heindel.

Pronto nos hallamos rodeados por una materia viscosa y espesa. Nadar por ella era cosa facilísima. No tenía más que imitar los movimientos de Palemón de Costamota y todo andaba bien. No hacía ningún daño esta materia. Prueba de ello es que la chistera de mi amigo quedaba inmaculada y sus bigotillos relucían y se afilaban cada vez más hasta el punto que creí podrían hacerme algún mal, algún daño.

—Reposémonos un rato —me aconsejó Palemón—. En este gran orificio lo podremos muy bien. Recostaos si tal es vuestro modo de conseguir el descanso. Yo me pasearé lentamente.

Me recosté y fijé los ojos en mi amigo que, como lo había dicho, empezó a pasearse. ¡Era curiosísimo ver sus paseos! Pues por cada paso que daba, Tadeo Lagarto, salido súbitamente no sé de dónde, se mezclaba entre sus pies y giraba en torno de ellos a velocidad indescriptible. Los botines de Palemón se alargaron, se afilaron, y Tadeo —digo yo— parece

que se esforzaba por evitar estas puntas. Pues volaba en su torno y los chapines seguían a su amo impertérritos.

De pronto Palemón se detuvo. Tadeo se empequeñeció, elevó los ojos y quedó también en espera. El primero preguntó:

*-¿Qué tal? ¿Cuántos adeptos tenemos hoy día?

Tadeo respondió al punto:

-No muchos pero la trampa está armada. Así es que pronto van a caer cual hormigas. Y formaremos el gran regimiento, el regimiento que barrerá a los adoradores del lado malevo. Cantaremos gloria, mi gran Señor, gloria eterna a vuestros poderes sin límites.

Palemón se limitó a advertir:

-No olvides, Tadeo, que yo debo rendir cuentas a Lucifer, al enorme Lucifer.

-Sí, sí, mi amo y señor, sí, sí -contestó Tadeo-. Y veréis cómo nuestro amo y señor se refocilará al saber mis denuedos por conseguirle más y más prosélitos. ¡La humanidad es nuestra, es nuestra! Pronto será aquí el hervidero de los humanos. Y oiremos ese chirrear de dientes y veremos las melenas azotadas al fuego de las llamas, y nuestras narices se deleitarán con el aroma del azufre que yo, yo haré...

-¡Calla, calla! -vociferó Palemón-. Eres un parlanchín y nada más que un parlanchín abominable. ¿Qué trampas has armado? ¡Ea! ¡Explicate!

Tadeo Lagarto se empequeñeció aún más y desde su pequeñez trató de dar cuenta de sus famosas trampas. Dijo a media voz:

-La vanidad, mi noble amo, la vanidad. La pongo a la vuelta de un camino, los hombres la ven y pican. Por cada uno que pica yo grito: "¡Triunfo!". Y coloco más vanidad a lo largo del camino que ellos van a seguir. Todos pican y pican. ¡Oh, serán unos poquísimos los que siguen sin notarlas! Como sea Santa Teresa de Jesús y esa Santa Rosa de Lima... ¿Las recordáis?

-Sigue hablando y no preguntes nada.

-¡Oh, sí, seguiré! Y ese San Agustín, vos lo sabéis mejor que yo; el que fue obispo de Hipona, el hijo de Santa Mónica...

-¡Basta ya de lecciones, so mequetrefe entrometido!

-Es que quería, si me otorgáis vuestro permiso, explicar en pocas palabras esta astucia mía de poner como trampa la vanidad. ¡Es algo increíble! ¡La vanidad, la vanidad...!

-Habla de ella. Y habla con prisa. No puedo perder éste mi precioso tiempo escuchándote.

Palemón se estiró aún más. Yo tenía que alzar los ojos para ver su rostro; Tadeo quedó diminuto, apenas si me llegaba a mitad de pierna. Su voz, pues, pasaba a mi lado de abajo hacia arriba; parte de ella penetraba a mis oídos. Lo demás continuaba su marcha, se detenía unos instantes cerca de las orejas del gran Palemón, luego seguía su caminata explayándose por todos los ámbitos que nos rodeaban.

Oí que Tadeo Lagarto decía:

-He osado citar a Fra Angélico. Sí, digo "osado". Pero no empleo esta palabra porque el tal Fra se encuentre a incommensurable altura de nosotros, los servidores de vuestra augusta y fiera personalidad. Lo he nombrado así porque se halla en el barro, se halla en la podredumbre. ¿Por qué, por qué? Pido el otorgamiento de vuestros tímpanos para que en ellos resuenen las ideas que a mí acuden:

Este fraile no se atrevía a retocar lo que su mano pintaba; no, no se atrevía y dejaba, tal cual había aparecido, lo que su mano había pintado. Pensaba que..., que..., que ¡era

Dios quien había guiado sus dedos! Entonces, entonces no se atrevía y dejaba las cosas así tal cual Dios había querido. Es decir, mi Señor, este fraile colaboraba. Este fraile era un simple vehículo de una voluntad superior a él. Y así como él hay tantos, tantos, tantos. Hay tantos que se borran para dejar que esa voluntad se exprese. Creo que es esto una muy mala cosa. No debe este pensamiento, no, no debe penetrar en las cabezas de los hacedores, de los que trabajan, de los que pugnan por hacer algo. Deben creer que son ellos y nada más que ellos los que crean; deben creer que, sin ellos, eso que ha creado jamás habría visto la luz del día. Entonces quedan aislados, quedan solos, solos... y... y... A un hombre solo es fácil tomarlo y alistarlo en nuestras filas. Pero, os ruego que me digáis, ¿cómo hacerlo, cómo convencerlo de que es él el verdadero autor de sus patrañas? ¿Cómo, cómo?

-¡Prisa, Lagarto, o recibirás una manifestación de mi cólera inmensa!

-Sí, sí. Les vislumbro la vanidad. Al que es un desconocido le muestro la popularidad; al que nadie saluda lo hago verse rodeado por cientos, por miles, de otros hombres que le reverencian inclinándose; al que muere de hambre le hago vislumbrar los más deleitosos manjares del mundo; al que no puede...

-¡He dicho prisa! ¿O tenéis los oídos atiborrados de sucias inmundicias?

-He querido decir que les pongo, vestido con los oropeles de la vanidad, el aplauso de los seres inferiores.

"Ellos no lo ven. Ellos sólo ven que allí hay un aplauso y esto les basta. Es decir, mi Señor, que ellos pican, pican y mil veces pican. Porque han visto el sueño dorado de la vida, el sueño para el cual han nacido y que otras potencias querían y luchaban por nublarse: seguir la marcha seguros tras ¡el guía!

-¿Qué guía? ¿Me pones a mí como guía de esos imbéciles? ¿Me comparas con ese fraile, o con el San Agustín, o con Fray Luis de Granada, o con Santa Rosa de Lima o con...? ¡Ea! ¡Y calla! ¡Calla petimetre! ¡Te haré conocer mi ira feroz!

-Perdón, perdón, mi luz, mi inefable lucero. Jamás osaré tocaros en lo más mínimo. Quería, tan sólo, haceros ver mi trampa que creo magnífica. ¡Mirad, mirad hacia la Tierra y podréis ver cuántos éxitos obtengo! ¡Poner el éxito para ahora, para el momento mismo! ¡Que no piensen jamás que el éxito es para después, para mucho después, para muchísimo después...! ¡Que vivan en el tiempo diario, pesando el peso de un día que nace y es seguido por otro día, por otro, por otro, por otro...

-¡Calla, vuelvo a repetir! Aquellos nombres que has citado siguen brillando sobre el mundo y cogiendo cada vez mayor número de prosélitos. Aquellos nombres y miles, cientos de miles, millones de nombres más. Por tu desidia se ha formado una verdadera cohorte y, ¡por tu culpa!, tendré que luchar contra ella. ¡Eres un miserable, un canalla de la peor especie! ¡Toma! ¡¡Toma!!

Un chirrido espantoso, un chirrido que creí destruía mis oídos, sonó por todos lados. Y pude ver que Palemón de Costamota, con un látigo en la mano, azotaba despiadadamente al infortunado de Tadeo Lagarto. ¡Gritos y más gritos! Eran gritos de furia y de dolor.

Huí por aquel estrato, no sé si braceando o corriendo. Pero huí, huí, como un desforado, como un desatentado.

Me parecía a cada instante que era aquella materia la que se iba corriendo conmigo. En un momento creí que ella explotaba y pensé que yo volaría como un mísero mosquito. Pero de pronto aquello se serenó y la visión de Palemón, látigo en mano, y de Tadeo revolcándose a su lado, fue para mí como una visión de otro mundo.

Comprendí que ya no estaba en el estrato fluídico. Comprendí que ahora me hallaba más en el fondo de nuestra Tierra, que, sin querer, había ahondado un paso más.

Sentí una corriente de vida que fluía. Sentí que todo, todo vibraba a mi alrededor. Grité de gozo, grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

Y una voz me respondió:

—¡¡U-huy!! ¡¡Ono querido!! ¡¡U-huy!!

Me volví inmediatamente y la reconocí:

—¡Teodosia! —exclamé—. ¡Esto es increíble! ¿Qué hace usted por aquí?

Ella me alargó su mano, me miró sonriente y me preguntó a su vez:

—¿No crees, Ono, que más bien yo debería preguntártelo a ti?

—Si —respondí—. Es verdad.

—Tiéndete, Ono; así hablaré mejor. ¿Cómo es que te encuentras aquí; cómo has llegado?

Hice memoria y le contesté:

—Teodosia, he llegado siguiendo una llama, allá, en el cráter de un volcán. Era una llama invertida, así es que me hizo bajar y bajar hasta que...

Y le conté, a mi querida y noble amiga, Teodosia Huelén, mis aventuras con Palemón de Costamota y con Tadeo Lagarto. Ella las escuchó con suma seriedad. Al fin me dijo:

—Malo, malo, muy malo que te hayas aventurado a estos mundos sin un compañero ya avezado en estas excursiones. Felizmente no te ha ocurrido nada excepcional. Pero, pero... No vuelvas a hacerlo otra vez. ¿Me lo prometes?

—¡Sí, por cierto, se lo prometo a usted, mi buena amiga, se lo prometo!

—Ya has visto lo que por aquí sucede: Palemones, Tadeos y *tutti quanti*. Felizmente, te lo repito, estábamos nosotras a tu lado.

—¿Estaban ustedes? ¿Quién más, Teodosia?

Y Tomba, aparecida súbitamente, se presentó, riendo de buenas ganas, ante mis ojos.

—¡Yyo, mi buen Onofre, y yo!

Entre ambas me explicaron:

—No hay que venir nunca solo a estas profundidades. Siempre es conveniente tener con quien hablar. Porque nuestra charla distrae a los demonios y les impide atacarnos. La charla, por tonta, por insípida que sea, es un fluido que se escapa de nosotros y que va, va muy lejos. ¿Sabes tú adónde va?

—No, lo ignoro. Diría que no va a ninguna parte, que calla, que se pierde con las ondas sonoras que, a su vez, son...

Teodosia rió y le murmuró a Tomba:

—Este Ono es incorregible. Es la esencia de un terreno. No se le pueden acabar esas ideas que le han metido en la cabeza.

—Bueno, bueno —dije de mala gana—, sea yo terreno o no terreno me es igual. Pero el caso es de que usted, Teodosia, se marchó una vez sola su alma hasta la isla de Borneo, tras mi apellido. Y recuerde que lo hizo en línea recta, por lo tanto introduciéndose a grandes profundidades en la Tierra. ¿Quién la acompañaba?

—¡Ono, Onito mío! —me dijo con lástima—. ¿Pero que no te das cuenta de que yo soy ya una verdadera cliente de estos mundos? Entonces puedo viajar sola. Así y todo, te lo diré, es mejor ir en compañía de alguien. Cuestión de conversar, de conversar mucho, muchísimo, lo más que se pueda. ¿Me entiendes, Ono? ¡Veamos, dime algo, cualquier cosa, lo que primero venga a tu cabeza!

Le dije sin vacilar:

–Teodosia, cuando la vi a usted creí que la muerte la había tocado, que ya usted no era de este mundo, que por eso se hallaba en estas regiones.

–¡Ooooh! –exclamó ella–. ¡Siempre tú con tus ideas de allá, tus ideas de la superficie! Es el afán que todos tienen de dividir a los hombres en dos categorías: vivos y muertos. Entonces se inclinan a colocarnos entre los muertos... cuando nos quieren de verdad. ¿No es cierto?

–Es decir, Teodosia, que nosotros matamos a alguien apenas sentimos que un afecto nos lleva hacia esa persona...

–Ono, nuestra conciencia, no y no. Nuestra conciencia quiere que vivamos larguísimo años. Pero nuestra subconsciencia quiere lo contrario, quiere la muerte porque, en verdad, se está mejor en la otra vida que en ésta. Yo, créeme, envidio a los que ya se han ido. ¿Sabes tú por qué?

–No, no lo sé. Si usted quisiera explicármelo...

–Sí, te lo explicaré: porque los que ya se han ido no tienen necesidad alguna de hacer vibrar el aire para comunicarse entre ellos; es decir, no necesitan hablar. Y hablar, hablar... ¡oh, qué insoportable tabarra! Es ello una lata doblada de un peligro.

–¿Peligro, ha dicho usted?

–Sí, Ono, he dicho peligro.

–¡Pero, Teo! –exclamó de pronto Tomba–. ¡De alguna manera hay que dar salida a lo que se tiene dentro, hay que explayarlo y no veo otro medio más que las palabras aunque ellas hagan vibrar el aire y lo que quieran.

Teodosia se acomodó cómodamente y nos dijo:

–Nada de eso quita ni agrega un ápice a la noción de peligro. Hablar es peligroso por el destino que tienen nuestras palabras una vez que han sido pronunciadas. Oíganme bien: nuestras palabras se van, todas ellas, a un fondo común que se encuentra en el estrato siguiente, el estrato vaporoso. Y ahí forman un revoltijo espantoso. Palabras sin ton ni son, palabras que se han mezclado perdiendo todo significado lógico. Les diré: es aquello peor que oír a dos damas conversando sobre actualidades. ¡Uuuuy! Es algo de poner los pelos de punta. Bueno, esto no sería nada si a ello se redujera. Pero, por encima, está... ¡ah!, está...

–¿Quién está, Teodosia?

–¡Palemón de Costamota!

–¿Y qué hace allí?

–Esas palabras las junta, las acomoda bien, les da el significado que creían sus progenitores o progenitoras que tenían y, poco, después, llega a ellos, a esos progenitores, los amarra a sus palabras y, alrededor de ellas, las hace vivir. Así ha tomado un..., ha tomado un... ¿Te das cuenta, Ono mío?

–Sí, me he dado cuenta; un prosélito más.

–¡Bravo, bravo! –gritó Teodosia llena de euforia–. Veo que te desprendes un poco de tu calidad terrena porque, créeme, que es la primera vez, o la segunda, no más, que alguien comprende tan rápidamente esta cuestión de las palabras, de la ensalada que ellas forman y de las terribles consecuencias que tienen para los que las han pronunciado aquí en la Tierra.

–Entonces hablemos lo menos posible –dijo con cierto temor.

–Creo que el silencio hablado es peor –dijo Tomba.

–Si –repuso Teodosia–, el silencio es peor cuando él es hablado.

–No comprendo nada –agregué yo.

–Has vuelto a la Tierra, hombrecito terreno –afirmó–, sí, has vuelto.

Yo entonces me expliqué:

–No sé si debo pedirle que hable usted, Teodosia, porque una conversación nos hace hablar a todos; nuestras palabras irán a ese fondo común, allí las sorprenderá Palemón o alguno de sus secuaces y ellas volverán hacia nosotros cargadas de fuerzas maléficas. Por lo tanto, hay que callar. Pero usted, y tú Tomba también, me aseguran ahora que el silencio es peor... ¡No entiendo nada!

–El silencio *hablado*, hemos dicho.

–¿Qué llama usted un “silencio hablado”?

Teodosia levantó su índice y manifestó con voz calmada:

–El soliloquio hueco e insípido que siempre mantenemos con nosotros mismos. ¿Me has entendido, Ono? Esa charlatanería nunca interrumpida en que se place nuestro cerebro balanceándose por todos los tópicos que puedan imaginarse. ¿Me has entendido, Ono? Por lo demás Florencio Naltagua ya te lo ha dicho repetidas veces, ¿no es verdad, Onito Lindo? Recuerda sus palabras:

“Onofre, si quieres progresar un poco, óyeme:

¡No discutas, nunca con nadie!

“Al decir “nadie”, Florencio pensaba, de seguro, en ti mismo. Porque nosotros discutimos permanentemente con nosotros mismos creyendo que adelantamos por el hecho que ponemos argumentos que pronto y de antemano, sabemos cómo echarlos por tierra. Total, mi querido y buen Ono, no hablar ni discutir con nadie ni con uno mismo. Es mejor..., sí, es mucho mejor... ¿Sabes tú qué?

–Usted dirá, Teodosia.

–Viajar, hacer viajes siderales como yo los hago. Y, a falta de ellos, sumergirse aquí en este planeta y tratar de profundizarlo lo más posible. Ellos, estos viajes, Ono, ¡en silencio! No, no hablo con nadie. Tú has de pensar en Saturnino, en esa belleza del planeta vecino.

–¿Belleza? –pregunté yo indignado–. Es el abocastro más repelente que es posible imaginar.

Teodosia me miró con malicia:

–¡Terreno, terreno! –exclamó por fin–. Pero estamos hablando y esto, ya lo he dicho, es mala cosa, es dar alimento a Palemón y a Tadeo y a toda esa cohorte de demonios. Así que les ruego, por favor, guardemos silencio. ¡Y verás, Ono, verás!

–¿Qué veré?

–Silencio, he dicho.

Nos llamamos. Luego oí, lejos, muy lejos, una música triste tocada, al parecer, por una banda de ejército: se escuchaban los tambores, los platillos, el bombo.

–¿Qué es eso? –pregunté alarmado.

–Ono, Ono mío, aquí se ve tanto el pasado como el futuro, esas dos cosas que allá en la Tierra nos obligan a ver separadas. Eso que oyes es algo que a ti te va a interesar grandemente.

Entonces busqué con los ojos, busqué por todos lados.

La música seguía y aumentaba en su sonoridad; parecía que se acercaba. Cuando, de pronto, vi:

¡Unos funerales! ¡Unos solemnes funerales!

Iba adelante, abriendo calle...

Pero, ¿podrá decirse calle aquí en este estrato donde nos hallábamos? Algo abría, naturalmente, esta primera parte del solemne cortejo, si "abrir" puede decirse para el hecho de ir adelante. Después seguían...

Pero he descrito ya demasiados cortejos fúnebres: Chinchilla, don Irineo Pidincó... ¿Y ahora otro más?

¡Basta, basta ya de tales descripciones! Que me baste con decir que aquello era grandioso en su solemnidad.

De mal humor le pregunté a Teodosia:

—¿A quién entierran ahí?

Me respondió, sonriendo siempre:

—Ono, Ono, aquí no hay tierra donde poder enterrar a nadie. ¿Todavía no te das cuenta de que estamos en un estrato, en el profundo estrato vaporoso?

—Sí, sí, me doy cuenta de ello; pero usted ha de saber que una costumbre adquirida y además...

—Calla, Onito, y no te disculpes. Entiendo bien: a éste, a éste donde nos hallamos, pasan los..., los... ¿Quieres que diga "arquetipos"? Bien, pasan esos arquetipos que se elaboran un..., un..., un... ¡Oh, qué difícil es hablar contigo de cosas que no estén pegadas a la superficie de la Tierra! Hemos empleado esa palabra así es que seguiré con ella. ¿No ves inconveniente alguno?

—¿Yo? ¡Oh, no Teodosia, ninguno!

—¿Y tú, Tomba?

—Me haces reír, Teo. Comprendo tan, tan bien la dificultad en que te hallas al hablar de todo esto (hizo un vasto gesto con su mano) con un ser como es Onofre.

Me indigné:

—Tú también, Tomba, tú también contribuyes a que se me trate como a un infeliz que nada entiende, a que se me denigre, a que...

Teodosia se interpuso:

—¡Calla, Ono, por favor, calla! Y trata de entender un poco. Tú quieres matar a alguien, ¿no es verdad?

—¿Yo, Teodosia, yo matar? Usted, de seguro, me confunde con alguien. Créame que jamás, jamás...

—¿Me vas a dejar explicarme? Sí, tú has querido, y quieres todavía, matar a ese Onofre Borneo. Querer una cosa es como si ya ella se hubiera realizado. ¿Un poquito diferente a lo que allá ocurre, allá en la superficie? ¿No lo encuentras tú? Bueno, decía que tú quieres matar a Onofre Borneo. ¿Sí o no?

—Si usted llama matar a ese deseo que hay en mi fondo... Bueno, tendré que decir que sí. Pero lo que yo quiero es, de verdad, algo diferente pues...

—¡No hables más, Onito mío! ¿Quieres?

—Bien, me callaré y seré todo oídos.

—¡Mira, mira! ¡Qué funerales más suntuosos! Se diría que ha fallecido el hombre de los hombres, el prócer de los próceres. Y van todos sus conocidos y aun gente que no lo

conocía. ¿Quién va atrás, sí, tras el sarcófago? ¡Qué cara de pena lleva impresa en todo su rostro! ¿Quién será?

No pude más y la interrumpí:

–Teodosia, usted lo sabe perfectamente; usted conoce muy bien a ese que camina; usted, creo, lo estima más que a Onofre Borneo. ¡Juan Emar! ¡Él es, Juan Emar!

–¡Pobrecito! –murmuró Teodosia–. Caminar así tras los restos del que fue su mejor amigo... ¡Oye, Onofre, oye bien! ¡Y dejemos esas bromas aparte! Ahí estás viendo tú un deseo tuyo que se ha manifestado; un deseo tuyo que siempre se manifiesta; un deseo tuyo que no te quita y que, al mismo tiempo, te duele enormemente. ¡Matar a Onofre Borneo! ¡Matar tu vida libertina, despreocupada, tus charlas con Romualdo Malvilla y con esos seres del San Lito y Las Tres Chimeneas...! ¡Uy! ¡Qué sé yo! Matar todo eso, meterlo en un ataúd y enterrarlo para siempre. Entonces tú quedarías sólo con Juan Emar... ¿verdad? Y Juan Emar te llamaría para que fueras con él a explorar otras regiones, otras regiones solemnes, como esas que yo veo en mis viajes interplanetarios y astrales, como veo también aquí en las profundidades de la Tierra. ¡Pero no, mi Ono, no y no! Para hacer una vida así, así, guiada por una personalidad como ese Juan Emar... ¡Oh, mi buen Onito! Creo que tendrías que nacer de nuevo y haber quemado, hasta la pulverización, todas esas cosas que te atormentan desde el fondo de tu ser. Así es y así y nada más. Además, mi buen Ono, tú haces algo muy malo, muy malo con esos sueños locos que te acometen...

–¿Qué cosa, Teodosia?

–¿Te lo diré? Sí, voy a decírtelo ya que no lo ves tú por ti mismo.

–Soy todo oídos, Teodosia.

–Ono, tú perturbas este mundo; tú te juntas con una cantidad de otros seres que sueñan como tú y que realizan estos sueños aquí, en estos estratos. ¡Y eran sueños para ser realizados allá, allá en la Tierra! Entonces esos sueños vuelven sobre ellos y los mortifican a todo momento. Además forman una de remolinos aquí en este mundo que lo hacen francamente inhabitable. ¿Me has entendido, mi buen Ono?

–Sí, le he entendido a usted. Entonces, ¿qué debería hacer yo, según su opinión?

–¡Ono, Ono! ¡Ya debes saberlo tan bien como yo o como cualquier persona bien informada! ¿Me oyes?

–No, Teodosia, no lo sé.

Ella me miró moviendo lentamente la cabeza. Al fin exclamó llena de convicción:

–¡Dejarnos en paz, mi Ono, en paz! ¡No producir más remolinos así y dejar que, en cada sitio, se cumplan las cosas como se han de cumplir. ¿Me has entendido? ¡No meterte tanto en lo que a ti no te importa, mi buen Ono. ¡Matar a Onofre Borneo! ¡Vaya una idea! Dime, Onito, ¿no nació contigo? ¿No han vivido ustedes dos en muy buena armonía? Él te ha hecho rabiar... ¡Claro está! ¿Y Juan Emar? ¿No le ha dado pésimos momentos a Onofre Borneo? ¡Vive en paz, mi buen Ono! Y que tu..., tu... ¿Cómo lo llamaba Florencio?

–Ya sé, Teodosia. Lo llamaba Linga Sharira.

–¡Eso es! Que tu Linga Sharira goce, goce con la vida tanto del uno como del otro. Y... ¡cuidadito, cuidadito con provocar nuevos remolinos en este sitio! Aquí necesitamos tranquilidad, sí, mucha tranquilidad. ¿Me has oído, mi buen Ono?

–Sí, le he oído perfectamente y créame usted que desde ahora en adelante seré todo obediencia.

Ella miró hacia un lado y me preguntó, creo que con mucha, con muchísima malicia:

—Pero, ¿qué es eso? ¡Otra vez, otra vez! ¡Ay, Ono, hay! Tu calidad terrena es francamente insoportable.

Miré a mi vez y vi otros funerales que avanzaban lentamente. Un carro mortuario tirado por unos caballos tan encrespados que parecían un montón de crespones moviéndose; al lado, unos seres compunjidos; atrás, una cantidad de otros seres que caminaban sin expresión ninguna; entre ellos, chorreando lágrimas, Juan Emar...

Teodosia me tomó de un brazo y me dijo con suma autoridad:

—¡Ono! Vas a dejarte de hacer cabriolas con tu propio ser, vas a terminar con ellas, ¿me oíste? Vas a dejar vivir en plena tranquilidad a ese Linga Sharira y, entonces, él determinará si ha de vivir o ha de morir el Onofre Borneo. ¡Deja que esa parte superior conduzca tu vida! Y así habrá mayor calma aquí en este plano y, los que en él nos acomodamos, podremos disfrutar sin los oleajes que producen los intrusos que a él llegan con sus remolinos y más remolinos.

Sonrió luego y me preguntó:

—¿Me obedecerás, Onito?

Le respondí de inmediato:

—¡Sí, Teodosia, sí, le obedeceré!

—Entonces —murmuró— idos, idos ambos hacia donde ese gran Linga Sharira quiera llevarlos.

—¡Sí, sí! —gritó Tomba—. ¡Vamos, Onofre, vamos! Te veo algo turulado, algo indeciso. ¡Ea, sígueme! Y ya veremos adónde iremos a parar caminando por estos estratos. ¡Adiós, Teo, adiós!

—¡Adiós, Tomba; adiós, Ono!

Y, en verdad, no sé más de mí. Sé que caminaba o que nadaba y ello es todo.

Tomba me precedía. A veces era yo el que iba adelante. Estábamos en el estrato acuoso, el cuarto contando desde la superficie de la Tierra. Es, al menos, lo que Tomba me aseguró.

De pronto me detuvo y exclamó:

—¡Onofre! ¡Es Florencio Naltagua quien está ahí!

—¡Sí, sí, él es! —respondí lleno de alegría—. ¡Vamos a su encuentro y aquí, como si estuviéramos en el Portal Colonial, en su casa, reanudemos nuestras charlas!

Un minuto después nos encontrábamos y nos abrazábamos. ¡Qué inmensa alegría! ¡Encontrarse con el viejo y sabio amigo a esas profundidades de nuestro planeta! En un momento sentí que no las había, que todo estaba a la misma altura, que todo era plano y que era una simple ilusión nuestra ésta de querer comprenderlo todo con un arriba y un abajo.

Después de conversar algunas cuantas palabras, Florencio nos dijo:

—Onofre, tienes que hacer algo durante algunos minutos. Tú, Tomba, mientras tanto, quedarás aquí conmigo y pasaremos nuestro tiempo viendo las fuerzas de los egrégores; porque en este estrato están sus arquetipos. Tú (se dirigió a mí) bajarás aún más, bajarás sin preocuparte de nada, y llegarás al centro. Es necesario que lo hagas, sí, mi buen Onofre, debes hacerlo y cuanto antes será mejor. En un par de minutos tendremos el gusto de volver a verte.

Obedecí inmediatamente y me lancé hacia el centro de la Tierra. Bajé, bajé. Como un relámpago pasaron los estratos siguientes, el germinal, el ígneo, el reflector, el atómico, el material. Y me encontré en el inmenso centro del espíritu terrestre.

Algo encandilado me era difícil ver con claridad. Pero todo se aclaró lentamente; todo, al frente mío, a un paso, parece que se juntó y, entonces, dio forma a un ser humano. Este ser y yo quedamos en silencio contemplándonos.

Era una mujer. Vestía de oro brillante con una gran banda de plata. Sus cabellos eran rubios; sus ojos, celestes.

Estaba muda. Estaba hierática.

La reconocí. La llamé con toda mi voz:

—¡Colomba! ¡¡Colomba!!

Y perdí toda noción de mí.

CUARTO PILAR

TOMO I	Revista <i>Mapocho</i> N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.)	2443
TOMO II	Revista <i>Mapocho</i> N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 202 págs.)	2645
	Revista <i>Mapocho</i> N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 209 págs.)	
	Revista <i>Mapocho</i> N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 209 págs.)	
	Revista <i>Mapocho</i> N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 246 págs.)	
	Revista <i>Mapocho</i> N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 226 págs.)	
	Revista <i>Mapocho</i> N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 207 págs.)	
	Revista <i>Mapocho</i> N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 223 págs.)	
	Revista <i>Mapocho</i> N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.)	
	Revista <i>Mapocho</i> N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.)	
	Gabriela Mistral, <i>Lagar II</i> (Santiago, 1991, 172 págs.)	
	Gabriela Mistral, <i>Lagar II</i> , primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.)	
	Roque Esteban Scarpa, <i>Los naufragios de los sembrados</i> (Santiago, 1992, 179 págs.)	
	Pedro de Orma, <i>El legado de Cavendish</i> , edición crítica de Mario Fernández P. y María Bustos (Santiago, 1992, 341 págs.)	
	<i>La época de Bolívar en Chile</i> , Conferencia (Santiago, 1992, 125 págs.)	
	Lidia Contreras, <i>Historia de los libros cartográficos en Chile</i> (Santiago, 1993, 478 págs.)	
	Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, <i>Apuntes</i> , N° 1 (Santiago, agosto, 1992)	
	Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, <i>Apuntes</i> , N° 2 (Santiago, agosto, 1993)	
	Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, <i>Apuntes</i> , N° 3 (Santiago, diciembre, 1995)	
	Julio Renard Aylla y Sergio Villalón R., <i>Bibliografía histórica de Chile</i> (Santiago, 1993, 263 págs.)	
	Pablo Virgilio Marón, <i>Asíada</i> , traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1993, 107 págs.)	
	José Ricardo Morales, <i>Arte y paleografía de los documentos chilenos (siglos XV y XVI)</i> (Santiago, 1993, 117 págs.)	
	Oriste Plath, <i>Obsequios. Libro para leer y usar</i> (Santiago, 1994, 156 págs.)	
	Hans Ehrmann, <i>Primer</i> (Santiago, 1995, 163 págs.)	
	Soledad Bianchi, <i>La escritura modelo para escribir</i> (Santiago, 1995, 275 págs.)	
	Patricio Kulbio, <i>Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada</i> (Santiago, 1995, 438 págs.)	
	Jurencio Valle, <i>Historia del libro</i> (Santiago, 1995, 25 págs.)	
	Graciela Toro, <i>Bajo el signo de los arcanos. Apuntes de viaje a Italia y Papánetos</i> (Santiago, 1995, 223 págs.)	
	<i>Colección Fuentes para el estudio de la Colonia</i>	
	Vol. I. Fray Francisco Xavier Ruedas, <i>Cronicones. Sacro-Imperial de Chile</i> , transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.)	
	Vol. II. <i>Apuntes de don Nicolás de la Cruz y Bolívar en Chile</i> . Primer conde de Monto. Prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Bocca (Santiago, 1994, 300 págs.)	

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

BIBLIOTECA NACIONAL

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

1990-1996

- Revista *Mapocho* N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172, págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Pedro de Oña. *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Lidia Contreras. *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre 1995).
- Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Juvencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Colección Fuentes para el estudio de la Colonia*
- Vol. I. Fray Francisco Xavier Ramírez. *Coronición Sacro-Imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II. *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, Prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III. *Protocolos de los escribanos de Santiago. Primeros fragmentos 1559 y 1564-1566*, transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, en prensa) dos tomos.

Colección Fuentes para la historia de la República

Vol. I. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. II. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. III. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. IV. *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. V. *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. VI. *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

Vol. VII. *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

Vol. I. Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).

Vol. II. Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).

Vol. III. Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).

Vol. IV. Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).

Vol. V. Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).

Vol. VI. Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).

Vol. VII. Ricardo Nazer Ahumada, José Tomás Urmeneta. *Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).

Vol. VIII. Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930)*. Visión de las elites (Santiago, 1994, 259 págs.).

Colección Escritores de Chile

Vol. I. *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).

Vol. II. *Jean Emar, escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).

Vol. III. *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).

Vol. IV. *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).

Vol. V. *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).

- Vol. vi. *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. vii. *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. viii. *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, C + 4.134 págs.), cinco tomos.

Colección de Antropología

- Vol. i. Mauricio Massone. Donald Jackson y Alfredo Prieto. *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. ii. Rubén Stehberg. *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. iii. Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores). *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. i. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M. *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 61 págs.).

Se terminó de imprimir
esta primera edición, de quinientos ejemplares,
en las talleres de Impresos Universitarios, S.A.,
San Francisco 434, Santiago de Chile,
en el mes de julio de 1996.

Se terminó de imprimir
esta primera edición, de quinientos ejemplares,
en los talleres de *Impresos Universitaria, S.A.*
San Francisco 454. Santiago de Chile
en el mes de julio de 1996.